ALPHONSE DAUDET

JACK

Madrid, 1891

DAVID MARÍN

ESTUDIO Y EDICIÓN DIGITAL
DE

ALPHONSE DAUDET

JACK

Edita

Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721
Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos traducidos al español

Málaga, 2007

Jack, de Hermenegildo Giner de los Ríos

DAVID MARÍN
Universidad de Málaga

1. Introducción

Aunque los datos demuestran que la economía española de finales del siglo XIX prosperó en no pocos aspectos (Tusell, 1998: 7-11), lo cierto es que lo hizo, sin embargo, a un ritmo mucho menor que los demás países de nuestro entorno. El retraso tradicional que distanciaba a España del resto de Europa, lejos de corregirse, se agravaba. Los regeneracionistas comprendieron que la ilusión de estabilidad que ofrecía el turnismo político durante el periodo de la Restauración borbónica, basado en el control de los resultados electorales gracias a los *pucherazos* auspiciados por el caciquismo, era un lastre para el verdadero desarrollo del país, por lo que iniciaron una labor de denuncia de las imposturas de la España oficial. Su objetivo consistía no solo en modificar el sistema político y económico, sino en regenerar moral e ideológicamente la sociedad española, aquejada por unas elevadas tasas de analfabetismo. Las naciones más desarrolladas de nuestro entorno habían de servirnos de modelo, y en ellas se inspiraron muchos de los intelectuales españoles para «importar» las ideas que permitirían el desarrollo de España. En este contexto, es obvio que la traducción de obras extranjeras había de desempeñar una función esencial en el panorama intelectual. Estas traducciones ocupaban un lugar nada marginal en el campo literario y ensayístico de la época, pues se realizaban a menudo con la clara intención de señalar las ventajas de las que disfrutaría España de seguir la senda europea.

Uno de los pilares en los que se apoyaba el proyecto de los regeneracionistas era la educación de la sociedad española («escuela y despensa», rezaba el famoso lema de Joaquín Costa). En sus análisis sobre los males de la España de la Restauración, los intelectuales progresistas coincidían en denunciar el abismo que existía entre el pueblo y la clase política: el español seguía considerándose a finales de siglo XIX un súbdito del Antiguo Régimen antes que un ciudadano con el derecho de participar en las elecciones e intervenir directamente en la dirección de su país. En estas circunstancias, la educación de la sociedad pasó a ser para los regeneracionistas una de las prioridades en su propósito de modernizar España[1].

[1] En 1900, el 63% de la población española no sabía leer ni escribir (mientras que en Francia, en ese mismo año, el porcentaje de analfabetismo se reducía a un 24%). Aunque según la Ley Moyano de 1857 debía haber un centro de educación primaria en

De todos los proyectos que se emprendieron en esta dirección, la creación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE, en adelante) fue uno de los más sólidos, tanto por su duración en el tiempo (solo la Guerra Civil del 36 acabó con su actividad pedagógica) como por la relevancia de profesores y estudiantes que participaron en ella.

Entre los muchos intelectuales que formaron parte del proyecto regeneracionista difundiendo en nuestro país obras traducidas, Hermenegildo Giner de los Ríos (hermano de Francisco, uno de los fundadores de la ILE) fue uno de los más destacados, si no por su nombre —firmaba sus traducciones ocultándose bajo el prestigio de su apellido: «H. Giner de los Ríos»—, sí por el elevado número de traducciones que publicó y por la intención política con la que estas se realizaron. Catedrático de Filosofía de enseñanza secundaria, fue miembro del Partido Republicano Radical, teniente de alcalde de Barcelona y diputado a Cortes por esta provincia. En las páginas que siguen se estudiará la importancia de la labor traductora en el *currículum* de Hermenegildo Giner de los Ríos y de qué manera esta se inserta en su proyecto político progresista.

A diferencia de los ensayos políticos y económicos que tradujo, podría parecer que la traducción de *Jack*, la novela de Alphonse Daudet en la que nos centraremos en este trabajo, no guarda una relación tan estrecha con su labor regeneracionista. Sin embargo, la temática de esta obra nos permite incluirla entre sus traducciones comprometidas, pues, a través de Jack, el protagonista de la novela, Daudet no solo buscaba excitar el sentimentalismo con la desdichada historia de un niño abandonado por su madre, sino también criticar la penuria económica de las clases trabajadoras de finales de siglo XIX. Daudet —al igual que Charles Dickens, con quien se le comparó tras la publicación de esta novela— denuncia con especial crudeza la indigencia en la que vivían muchos menores durante la Revolución Industrial, los cuales, obligados a trabajar desde la infancia y carentes de una verdadera instrucción escolar, estaban condenados al estancamiento personal y social. En este sentido, la versión española que realizó nuestro traductor es tan política como pueden serlo las traducciones de otros ensayos más reivindicativos —como, por ejemplo, *Socialismo y educación*, del italiano Edmondo de Amicis, uno de los autores preferidos de Hermenegildo Giner de los Ríos—.

---

todos los municipios de más de 500 habitantes, en la práctica esta exigencia se incumplía con frecuencia. Frente a estos datos, sorprenden los elevados presupuestos (al menos, en comparación con los de la educación primaria y secundaria) de los que disponía la escasa decena de centros universitarios españoles, donde estudiaban menos de 17.000 alumnos. Los datos demuestran, pues, el carácter elitista del sistema educativo, que concentraba todos sus esfuerzas en los ciclos superiores, a los que solo podían acceder las clases económicamente privilegiadas (Tusell, 1998: 12).

La voluntad política que preside la traducción de Hermenegildo Giner de los Ríos no solo se percibe en la elección de la obra, sino también en los procedimientos concretos de traducción. Tras el cotejo de la traducción con la obra original, tenemos la impresión de que Giner de los Ríos ha querido presentarnos a un Daudet más reivindicativo de lo que en realidad era. El traductor ha subrayado en ocasiones los aspectos más escabrosos de la novela francesa. Ciertos detalles que el lector sobreentiende —pero sobre los que Daudet ha querido correr el velo del «buen gusto»— se mencionan, sin embargo, de forma explícita en la traducción española. Es lo que sucede, por ejemplo, con la prostitución de la madre de Jack. No estamos ante una prostituta de los bajos fondos parisinos, sino ante una elegante y distinguida mujer —una *cocotte*, en palabras del autor francés— que se deja mantener por caballeros adinerados. No todos calificarían esta situación de prostitución, y, en cualquier caso, ni su apariencia y ni su comportamiento son los típicos de las prostitutas de otras novelas naturalistas. Pese a ello, observemos cómo traduce Giner de los Ríos el siguiente pasaje en el que la madre de Jack se queda extasiada al contemplar uno de los profesores de su hijo:

> Il répondait à tous ses désirs à tous ses rêves, *à cette sentimentalité bête qui fait le fond de ces âmes de filles*, à ce besoin d'air pur et d'idéal qui semblent une revanche de l'existence qu'elles mènent, à ces aspirations vagues qui se résument pour elles dans un mot très beau, mais qui prend sur leurs lèvres l'expression vulgaire et dégradante qu'elles prêtent à tout ce qu'elles disent: «l'artiste» [...]. (págs. 105-106; cursivas nuestras)

> Respondía á todos sus deseos, á todos sus ensueños, *á esa bestia sentimental que hay en el fondo de esas almas de mujer prostituida*; á esa necesidad de aire puro y de ideal que parece un desquite de la vida que hacen; á esas aspiraciones vagas que se resumen para ellas en una palabra muy hermosa, pero que toma en sus labios la expresión vulgar y degradante que prestan á todo lo que dicen: «¡el artista!» (pág. 81; cursivas nuestras)

Resultan más que evidentes las profundas divergencias entre el texto francés y el español: el «sentimentalismo tonto» del que habla Daudet se transforma en una «bestia sentimental»; y las «almas de niñas» se convierten en «almas de mujer prostituida». Lo que en el texto original no pasa de ser una crítica paternalista a la inmadurez sentimental de la madre de Jack adquiere en la traducción española el tono de una cruda denuncia social.

2. La traducción entre los miembros de la ILE

Hermenegildo Giner de los Ríos estuvo desde el primer momento vinculado a la ILE y, en general, al movimiento regeneracionista que impulsaban los sectores progresistas del país. Además de su implicación directa en la vida política, su participación en este proyecto intelectual se plasmó fundamentalmente en dos ámbitos: la investigación pedagógica, por un lado, y la traducción de obras extranjeras que permitiesen levantar y apuntalar un nuevo marco social en España. La labor divulgadora, en efecto, fue el cauce a través del cual contribuyó a que la sociedad española siguiese la estela de los países europeos más desarrollados. Catedrático de Instituto, elaboró varios manuales para la enseñanza secundaria de materias humanísticas, y tradujo ensayos extranjeros sobre pedagogía y manuales de literatura comparada. No solo en estas traducciones, sino también en los libros de texto que él mismo elaboró es visible la atención que prestaba a las tendencias artísticas e intelectuales en el resto de Europa, como lo demuestra su preocupación por estudiar las relaciones entre nuestra literatura y la de otras lenguas[2].

Efectivamente, mirar hacia Europa fue una constante de los regerenacionistas, conscientes de que para paliar de forma inmediata los síntomas más apremiantes del retraso cultural español había que recurrir a la importación de los modelos políticos y sociales extranjeros —a la espera de que, a largo plazo, se generase en España un ambiente intelectual más fértil que produjese sus propios frutos—. Alemania, Francia o Gran Bretaña, por ejemplo, eran modelos en los que la sociedad española debía inspirarse para superar de forma efectiva —y no solo formalmente— los *tics* del Antiguo Régimen que persistían en nuestro país. Basta recordar, a este respecto, que el krausismo, principal tendencia del pensamiento español de finales de siglo XIX, fue un sistema filosófico importado por el profesor Sanz del Río, quien viajó a Alemania en 1843 a petición del entonces ministro de la Gobernación, Pedro Gómez de la Serna, con el encargo de estudiar y adaptar al contexto español las doctrinas que habían permitido avanzar a aquel país. No es de extrañar, pues, que la traducción aparezca en el currículum de la mayoría de intelectuales progresistas de la época.

Pero de todos los intelectuales vinculados a la ILE, Hermenegildo Giner de los Ríos fue, sin duda, uno de los que más intensamente se dedicó a la traducción. La elección de los textos originales, en cualquier caso, demuestra que no se le puede considerar un «traductor de plantilla». No asumía los encargos de traducción como un trabajador

---

[2] *Historia abreviada de la literatura nacional y extranjera*: Madrid: Victoriano Suárez Editor, 1902. *Cfr.* igualmente su *Manual de literatura nacional y extranjera antigua y moderna*. Madrid: Enrique Rojas, 1899.

más del engranaje editorial, sino que era él mismo quien solía decidir los textos que iba a ofrecer a los lectores españoles, y sus elecciones se regían por su deseo de contribuir a la regeneración de España, a la modernización de las ideas y costumbres de nuestro país; en suma, a la europeización de la sociedad española.

Las obras y los autores traducidos por Hermenegildo Giner de los Ríos reflejan bien sus afinidades políticas, filosóficas y literarias. Tradujo, por ejemplo, varias obras[3] del pastor protestante francés Charles Wagner (1852-1918), vinculado a los sectores más liberales del protestantismo galo y considerado por la iglesia católica de su país como un miembro de la extrema izquierda dogmática (es revelador el lema con el que inauguró su parroquia: «Ici on enseigne l'humanité»).

A esta misma línea política puede vincularse otro de los autores vertió al español: Guillaume Tiberghien. Este filósofo belga, discípulo de Ahrens —que, a su vez, lo era de Krause—, fue rector de la Universidad Libre de Bruselas, institución asociada al movimiento progresista belga desde su fundación por Pierre-Théodore Verhaegen, jefe del Partido Liberal. Eran muchas las coincidencias biográficas entre Hermenegildo Giner de los Ríos y Tiberghien: además de su afinidad ideológica, en los dos es visible una fuerte vocación pedagógica, pues ambos fueron profesores y trabajaron desde sus respectivos partidos políticos por desarrollar la educación pública. El fomento de la enseñanza como instrumento para el progreso social fue seguramente lo que llevó a Giner de los Ríos a acercarse a la obra del autor belga, del que tradujo *Philosophie morale* (1854), adaptándola para sus clases en la enseñanza secundaria en un manual que llevó por título *Elementos de Ética o de Filosofía moral*, *precedidos de unas nociones de Biología* (1872). De Tiberghien tradujo igualmente *Krause y Spencer* (1883) y *La enseñanza obligatoria* (1874).

Hermenegildo Giner de los Ríos también publicó la traducción de una obra de Edmond de Gouncourt[4], con las connotaciones literarias —y políticas— que implicaba traducir a un autor naturalista francés en la España de finales del XIX: las novelas naturalistas estaban estigmatizadas por la Iglesia como «obras anticatólicas», por lo que publicar una versión de uno de los máximos representantes de esta corriente suponía manifestarse claramente a favor de las posturas más progresistas en el debate sobre la «cuestión palpitante».

Fueron muchas las obras del escritor italiano Edmondo De Amicis que Giner de los Ríos publicó en español. Aunque De Amicis quizás sea más conocido en la actualidad por su lacrimógena novela *Corazón* —

[3] *La vida sencilla*. Madrid: Faure, 1907. De este mismo autor tradujo también *Juventud*. Madrid: Faure, 1906; y *Junto al hogar*. Madrid: Instituto Nacional de Sordomudos y de Ciegos, 1920.

[4] *Sor Filomena*. Madrid: Sáenz de Jubera, 1890.

adaptada a la televisión en una conocida serie japonesa de dibujos animados: *Marco, de los Apeninos a los Andes*—, interesa ahora señalar que, además de publicar numerosas novelas, fue un ensayista y periodista afín a los sectores más liberales de Europa: no es casual que el escritor italiano acompañase a Amadeo de Saboya cuando este vino a España para ser nombrado rey tras la abdicación de Isabel II. Recordemos que, si entre las distintas dinastías europeas candidatas a sustituir a los Borbones tras la Revolución del 68, el general Prim se decantó por los Saboya fue, entre otras razones, por el prestigio que había adquirido Víctor Manuel II entre los liberales españoles al haberse opuesto frontalmente al Papado durante la unificación italiana, de manera que Edmondo de Amicis, arropado en el séquito de Amadeo de Saboya, se ganó fácilmente la simpatía de los progresistas al compartir el aura liberal del nuevo rey.

No eran arbitrarias, pues, las elecciones de Giner de los Ríos en su faceta de traductor, lo que nos demuestra una vez más que esta actividad, al margen del contenido vocacional que pudiera tener, no era en absoluto ociosa, sino que se integraba en su proyecto político y pedagógico.

Desde el punto de vista literario, las obras que tradujo muestran igualmente la atención y la perspicacia con la que siguió la literatura europea de su tiempo, la francesa y la italiana especialmente: los títulos seleccionados por el traductor nos ofrecen un certero resumen de las tendencias literarias del siglo XIX a través de algunos de sus autores más representativos. Además de las obras de clara inspiración romántica (fundamentalmente las novelas sentimentales del italiano De Amicis, así como los ensayos de este mismo autor, en los que exalta patrióticamente la lengua y la cultura italiana), tradujo a destacados autores realistas y naturalistas franceses: a la mencionada traducción de *Sor Filomena*, de Edmond de Goncourt, hay que sumar las versiones que realizó de varias novelas de Flaubert (*La educación sentimental: historia de un joven*, o *Salambó*), que se siguen reeditando en la actualidad. Sin embargo, en un giro también visible en otros intelectuales-traductores de la época (como Pardo Bazán), Giner de los Ríos dejó de lado a los naturalistas más ortodoxos y optó por el realismo de corte espiritual de autores como Paul Bourget —del que tradujo la novela *Mentiras*, uno de los textos más representativos de la novela psicológica de finales del XIX—, cuyo idealismo encajaba mejor en las tendencias krausistas que dominaban el pensamiento español finisecular. Precisamente la adscripción de nuestro traductor a la filosofía krausista de la ILE nos permite suponer que debió de sentirse más atraído por las obras de Daudet que por las de aquellos otros autores franceses que hicieron gala de un naturalismo más puro, al subrayar con más intensidad las pulsiones animales del hombre. El naturalismo de Daudet, más matizado, encajaba mejor en el idealismo krausista de la época.

3. La recepción de Daudet en Francia y España

Aunque la obra de Alphonse Daudet es extensa y variada —escribió cuentos populares, relatos cortos, obras de teatro, novelas realistas y naturalistas, artículos periodísticos—, la imagen del escritor ha quedado asociada a su famosa recopilación de cuentos *Les Lettres de mon moulin*, y a la serie de novelas consagradas a su personaje más carismático: *Tartarín de Tarascón*. La ternura con la que Daudet percibe su Provenza natal, marco de muchas de sus historias —y la capacidad para transmitírsela al lector gracias su sensibilidad literaria— siguen cautivando igualmente al lector del siglo XXI. Incluso en aquellos relatos que hoy podrían resultarnos más hirientes por su temática —infidelidades que acaban en posibles malos tratos, como en «La diligencia de Beaucaire»— la luminosidad del ambiente mediterráneo, la amabilidad desde la que se describe a los personajes, el humor irónico que adopta el narrador consiguen suavizar los aspectos más escabrosos de las historias.

Sin embargo, en su obra hay algo más que paisajes mediterráneos. Como se ha mencionado anteriormente, el escritor se sumó en su momento a la corriente naturalista de finales de siglo XIX —la publicación de *Fromont jeune* et *Risler aîné* (1874) marca el giro hacia el naturalismo—. Fueron precisamente las novelas escritas durante este periodo las que le valieron el prestigio literario entre los escritores de su generación. Zola, además de incluir a Daudet en la nómina de sus *Romanciers naturalistes*, dedicó vivos elogios a una de sus grandes novelas: *Le Nanab* (1877). El lirismo costumbrista con el que describió su Provenza natal dio paso a una actitud más observadora y crítica de la realidad (Ribes de Dios, 2003: 333-349). Es cierto que Daudet nunca se identificó plenamente con el naturalismo —la concepción filosófica del hombre que se derivaba de esta corriente era difícil de aceptar por alguien educado en una familia de profundas convicciones católicas—, pero no hay duda de que las técnicas narrativas y documentales de *Le Nanab*, *L'Évangeliste* (1883), o *Sapho* (1884) son las propias de las novelas naturalistas; como también lo es el tema de estas dos últimas obras: si en *L'Évangeliste* es la patología del protagonista lo que determina sus actos, en *Sapho*, la pasión incontrolable de un joven artista por una mujer lo arrastra a la perdición: tanto en un caso como en otro asistimos al declive del hombre, presa de su entorno y de sus impulsos más instintivos.

En cualquier caso, incluso en las páginas de las novelas naturalistas de Daudet se sigue percibiendo la mirada amable y el tono humorístico de su primera etapa provenzal. A diferencia de los hermanos Goncourt o Zola, Daudet no concentró su atención exclusivamente en los bajos fondos o en las mezquindades de sus personajes. Siempre conservó en

su forma de narrar los rasgos más característicos de sus primeros cuentos. Frente a las descripciones objetivas y frías de otros autores de la época, Daudet sigue interponiendo una pátina de indulgencia entre la realidad y el lector, y ello gracias a unos procedimientos literarios de una gran eficacia sentimental, que se comentarán más adelante.

Una constante en la crítica española de la época consistió justamente en subrayar el naturalismo matizado de Daudet en comparación con otros autores de esta escuela. El propio escritor francés, en una entrevista traducida en *La Ilustración. Revista Hispano-americana*, explicó lo que le separaba de Zola: «He aquí la diferencia entre Zola y yo. Yo paso horas y días enteros, pensando en la manera de expresar los hechos más crudos de la manera más decente; Zola cree que eso es tiempo perdido. Yo soy de opinión de que no todo debe decirse. La intensidad del arte consiste en tratar asuntos repugnantes de un modo no repugnante» (1883: 362).

Esta dualidad de Daudet, así como la pluralidad de temas de su obra —que, a modo de resumen quizá excesivamente esquemático, podríamos dividir en las dos etapas mencionadas: la «provenzal» de tono bucólico y la naturalista— es la que hizo posible que el escritor francés fuese bien recibido en ambientes intelectuales muy distintos, incluso políticamente enfrentados entre sí. Así, los cuentos populares de temática provenzal fueron leídos y traducidos a principios de siglo XX con especial interés por la clase conservadora catalana de tendencia nacionalista, que veía en el folklore de Daudet y en su pasión por las tradiciones populares un modelo para la incipiente literatura en lengua catalana. En efecto, las primeras traducciones de Daudet en Cataluña van asociadas al periodo de la Renaixança y el consiguiente auge de los géneros literarios populares. La versiones de la serie de *Tartarín de Tarascó* o de *Lletres del meu molí* conectaban bien con las expectativas del lector catalanoparlante de la época y, al mismo tiempo, contribuían a desarrollar el tipo de literatura más adecuado para fomentar el folklore catalán, aunque para ello hubiese que suprimir de la versión catalana los pasajes en los que Daudet se mostraba más crítico con el peso de la tradición (Ribes de Dios, *op. cit.*: 334). La estrecha vinculación cultural entre la Provenza francesa y las regiones catalanoparlantes de España explica igualmente que el ambiente rural de las novelas de Daudet fuese bien recibido por el movimiento de la Renaixança.

Ahora bien, mientras estos sectores de la clase intelectual catalana se interesaron por las bienintencionadas obras provenzales de su primera etapa, fue, sin embargo, una novela como *Jack* (1876) —mucho más próxima al naturalismo que al género folklórico— la que atrajo a un progresista como Hermenegildo Giner de los Ríos. Y es que en esta obra coinciden varios de los temas que más interesaron a nuestro traductor y que ocuparon en mayor grado su actividad política e intelectual: a la descripción de las miserias que padecían las clases

obreras, hay que sumar la denuncia implícita de Daudet ante la falta de proyectos vitales para los niños de estos ambientes, las primeras víctimas de la miseria económica; niños que se ven obligados a vivir desde su primera infancia en un ambiente hostil en el que la lucha por la supervivencia los absorbía y los privaba de una educación. Desde esta perspectiva, el argumento de *Jack* podría considerarse una buena ilustración de los proyectos sociales en los que más insistieron los regeneracionistas de la Institución Libre de Enseñanza. Recuérdese, a este respecto, la vocación pedagógica de Giner de los Ríos, un catedrático de instituto que, además de publicar numerosos manuales y libros de texto, escribió varios ensayos sobre la función de la enseñanza pública y tradujo obras como *La enseñanza obligatoria* (del belga Gillaume Tiberghien) o *Socialismo y educación* (del italiano Edmondo de Amicis).

También desde un punto de vista literario debió de sentirse atraído Giner de los Ríos por *Jack*, pues el sentimentalismo a flor de piel del que hace gala Daudet en algunos pasajes de la novela parece que fue muy del gusto del traductor español —recordemos que fue él quien tradujo la lacrimógena novela *Corazón*, de Edmondo de Amicis, con el desventurado Marco en busca de su madre, de los Apeninos a los Andes—. Sin embargo, ahí termina la analogía entre Marco y Jack. La novela francesa es mucho más sombría y pesimista que la italiana, y ello no solo por el triste final que le reserva Daudet a su protagonista, sino por el realismo con el que describe las duras condiciones de vida de la clase obrera y la implacable mirada que adopta para denunciar la hipocresía social, tanto de la pudiente burguesía parisina, como de las clases más desfavorecidas.

El mismo título de la obra refleja bien el sarcasmo con el que Daudet observa a sus contemporáneos. Se trata de una burla —que, por cierto, sigue vigente— hacia la costumbre por parte de algunos padres de elegir para sus hijos nombres de sonoridad extranjera, aparentando así unos orígenes de los que se carece, como si el halo de exotismo de un nombre foráneo fuese la llave para el ascenso social. Las primeras páginas de la novela nos describen con ironía los intentos de la madre de Jack para que su hijo sea admitido en un internado católico elitista. A falta de otros argumentos de más peso, la estrategia de la mujer consiste en fingir que el padrino del niño es un *lord* inglés, general del ejército británico en la India, que comparte cacerías con un *rajah* de Singapur, para lo cual se empeña en subrayar la sonoridad de la *k* final del nombre y la pronunciación inglesa de la jota inicial: «Par un K, monsieur le supérieur, par un K ! Le nom s'écrit et se pronnonce à l'anglaise..., comme ceci, Djack». Intentos vanos, pues el rector de la institución, un abad jesuita, descubre la farsa de la madre —sus modales y forma de hablar la traicionan— y, cuando vislumbra su estilo de vida licencioso, le recuerda que el colegio «exige a las familias [...] unas condiciones de moralidad excepcionales. No faltan en París colegios laicos donde

encontrará Jack todos los cuidados que le son necesarios». Parece como si desde la primera página Daudet declarase sus intenciones: en solo algunos párrafos queda al descubierto la hipocresía del jesuita, que rechaza al hijo de una mujer de costumbres disolutas para evitar que comparta pupitre con los de unos católicos adinerados; pero también la hipocresía de la madre, la falta de sentimientos hacia el niño y los intentos por ocultar su condición social imitando infructuosamente la forma de vestir y hablar de la alta burguesía.

Aunque *Jack* apareció en volumen por primera vez en 1876 —editada por «Librairie de France», con ilustraciones de Yvonne Préveraud de Sonnevielle—, Daudet la había ido publicando por entregas a lo largo de 1875 en el diario *Le Moniteur*, de Paul Dalloz, al más puro estilo folletinesco (la división de los capítulos refleja este sistema de entregas: aunque algunos mantienen una clara independencia argumental —constituyen auténticos retratos costumbristas con valor autónomo—, la mayoría, sin embargo, suele concluir dejando la trama suspendida en un momento de tensión, para asegurarse así la fidelidad del lector/suscriptor entrega tras entrega). Tras su aparición en las librerías, el éxito de *Jack* fue enorme. Enseguida superó los dos cientos mil ejemplares (Jouveau, 1987: 101) y las reediciones fueron continuas[5] —de hecho, la traducción de Giner de los Ríos se realizó a partir de la edición número 137—. Además de traducirse rápidamente a otras lenguas, Daudet, animado por la buena acogida que brindaron los lectores a *Jack*, escribió al poco tiempo una obra de teatro basada en la novela.[6]

Jack no solo tuvo éxito entre los lectores. Otros grandes escritores de la época elogiaron también la novela. Flaubert, por ejemplo, tras leerla, le escribió a Daudet: «Je viens de finir Jack, et la tête m'en tourne. Il m'a extrêmement amusé. Le caractère de Charlotte, la pension des pays chauds d'Argenton, Clarisse et Jack... superbe ! Superbe ! Et que de détails exquis ! Nous causerons de votre livre très longuement, quand je

[5] Se considera como edición definitiva de la obra la publicada en 1899 por Alexandre Houssiaux Éditeur, donde se publicaron igualmente las obras completas de Daudet.

[6] La obra, que llevaba el mismo título que la novela, se estrenó el 11 de enero de 1881, en el teatro Odéon (Jouveau, 1987: 113). Flaubert ironizó sobre ello en una carta a Guy de Maupassant: « Parlez-moi de la pièce. Quand passe-t-elle ? J'ai lu les comptes rendus de l'Assommoir dans le Figaro, le Gaulois et la France (envoyés par vous ce matin). Je suis content du succès pécuniaire pour Zola. Mais ça ne consolide pas le naturalisme (dont nous attendons toujours la définition) et ça ne pose pas notre ami comme auteur dramatique. À lui maintenant de faire une pièce "dans son système". J'ai vu que Daudet en avait lu une à l'Odéon, tirée de Jack. Quels industriels que tous ces gaillards-là ! ».

l'aurai relu. Je tiens seulement à vous remercier de votre trop belle dédicace, qui m'a fait bien plaisir» (10 de febrero de 1876).[7]

4. Las traducciones españolas de *Jack*

Prueba de la atención con la que se seguía la literatura francesa desde el ámbito hispánico es que la primera traducción en español de *Jack* se publicó ya en 1876: ni siquiera había transcurrido un año desde que apareció en su lengua original. Esta primera versión española fue publicada en París por el editor francés Xavier de Lassalle, el cual se había especializado en la edición de traducciones en español de obras francesas. En efecto, la capital francesa era a finales del siglo XIX el centro de la literatura mundial, y ello no solo porque los autores galos fuesen auténticas referencias internacionales, sino también porque el cosmopolitismo parisino favorecía que autores de todo el mundo recurriesen a editoriales francesas para publicar sus obras en sus respectivas lenguas. No era difícil, pues, encontrar en París numerosas imprentas y librerías en donde podían adquirirse obras en multitud de lenguas, lo que le valió a esta ciudad el calificativo de «República mundial de las letras» (Casanova, 1999)[8].

La edición de *Jack* por parte de Lassalle consistió en la publicación en volumen de las entregas que habían ido apareciendo previamente en un periódico en español elaborado también en la capital francesa: *El Correo de Ultramar, periódico político, literario, mercantil e industrial*. Este diario, que apareció por primera vez en 1842, se editaba en Francia para difundirse a continuación en varios países sudamericanos. Se trataba de un periódico de carácter general —publicaba crónicas políticas y económicas, pero también artículos sobre arte y ciencia— que, junto a sus doce páginas habituales, ofrecía por entregas la traducción en español de novelas extranjeras, fundamentalmente francesas. Una vez que se había concluido la publicación de las entregas en este diario, el editor Xavier de Lassalle se encargaba de la edición en volumen de la novela-folletín en la colección «Biblioteca del Correo de Ultramar». Así fue como se publicó la primera versión española de *Jack*.

No sólo cabe hablar, pues, de «novelas folletinescas», sino también de «traducciones folletinescas», que se iban realizando a toda prisa para que las entregas de la versión española coincidiesen prácticamente con las del texto original. Este proceder, como no podía ser de otra manera, mermaba la calidad de la traducción. Un vistazo a esta versión anónima de *Jack* publicada por Lassalle basta para comprobar que está plagada de

[7] La edición electrónica de la correspondencia privada de Flaubert puede consultarse en el sitio: http://flaubert.univrouen.fr/03corres/conard/lettres/76a.html. [10 de septiembre de 2007

[8] Cooper-Richet (2004: 5-6) ofrece datos exactos acerca del número de editoriales parisinas que se dedicaron a publicación de literatura no francesa.

erratas y faltas de ortografía (no sólo desde una perspectiva actual, sino también según las normas ortográficas que regían en el momento en que se publicó). Pero no es este el principal defecto de esta traducción. El reproche más grave que cabría formularle —no forzosamente al traductor, sino a este sistema que le obligaba a traducir con la misma premura con la que se confecciona una publicación periódica— es que han desaparecido muchos fragmentos del texto original. El traductor, a medida que reescribía en español el texto original, resumía la novela francesa y filtraba, sobre todo, aquellos párrafos que le planteaban especiales problemas.

La versión de *Jack* que realizó Hermenegildo Giner de los Ríos se publicó por primera vez en 1891 en la editorial madrileña Sáenz de Jubera Hermanos[9], con ilustraciones del pintor y dibujante Félicien de Myrbach[10]. Se trata, pues, de la primera traducción de esta novela publicada en nuestro país —la de Lassalle, como acaba de indicarse, se realizó y publicó en Francia—. El éxito de esta novela en España fue tan rápido como en Francia, algo lógico si se tiene en cuenta que la mayoría de periódicos y revistas literarias de nuestro país anticipaban a sus lectores —gracias a los corresponsales culturales— la buena acogida que las novelas habían tenido al otro lado de los Pirineos, de manera que el público español estaba «a la espera» de los éxitos franceses. Después de la versión de Hermenegildo Giner de los Ríos, se realizaron rápidamente numerosas traducciones de *Jack*[11], así como una adaptación teatral a

[9] Esta editorial —que inicialmente se llamó «Agustín Jubera Editor»— desempeñó un papel fundamental en la introducción de la literatura francesa en España a finales del XIX y principios del XX. Buena parte de su catálogo está dedicado a las traducciones de novelas galas. Destaca en especial su labor en la divulgación de Julio Verne en España: la edición de sus obras completas —tanto por la rigurosidad filológica, como la calidad del libro objeto— marca un hito en la recepción española del novelista francés. En lo que concierne a Daudet, son muchas las obras de este escritor que se publicaron en Sáenz de Jubera Hermanos: Mujeres de artistas (1890), La lucha por la existencia (1890) y Recuerdos de un hombre de letras (1890) —traducidas también por Hermenegildo Giner de los Ríos—; Cabeza de familia (1898) —en traducción de Francisco Sarmiento—; La capilla del perdón: costumbres conyugales (1895) —traducida por Francisco Gutiérrez Brito—; La Fedor: páginas de la vida (1900) —en versión de Luis de Olive y Lafuente—.

[10] De origen austriaco, Myrbach se estableció en París en 1886. Desde entonces, colaboró con numerosas editoriales parisinas ilustrando obras de novelistas francesas. Además de varias novelas de Daudet, ilustró igualmente a Jules Verne, a Pierre Loti, o a Bourget, entre otros.

[11] Además de la mencionada traducción editada por Xavier de Lassalle en París, la editorial barcelonesa Maucci publicó en 1901 la traducción de Pedro Gregorio Pérez. Por su parte, Calpe publicó en 1923 la versión de Eduardo Ugarte Blasco, con el título *Jack: historias contemporáneas*. En 1949, Editorial Siglo XXI volvió a publicar una nueva traducción, a cargo de José Ruiz Alonso, titulada *Jack: La novela de un niño*. La editorial catalana Molino publicó en 1954 la versión de H. C. Granch, y solo tres años después otra editorial barcelonesa, Mateu, dio a conocer la traducción y adaptación de Marta Fábregas: *Jack, la novela de un muchacho*. Desde entonces, la novela de Daudet no ha

cargo de Alejandro Sawa —con el título Calvario (1909)[12]—, lo que nos ofrece un buen testimonio del caluroso recibimiento que se le brindó en España a esta novela.

Veinte años después de su publicación en Sáenz de Jubera, la versión de Giner de los Ríos se volvió a publicar en París, en la editorial Thomas Nelson and Sons Ltd., especializada en obras infantiles, manuales escolares, literatura popular y libros religiosos.

5. Procedimientos de traducción

El cotejo de la novela original con la versión de Hermenegildo Giner de los Ríos permite apreciar fácilmente una preocupación estilística en el proceso de reescritura. Es cierto que, en ocasiones, ante determinadas frases o expresiones que le plantean alguna dificultad en la búsqueda de equivalencias, el traductor opta por limar los matices léxicos del texto francés. La traducción queda en estos casos simplificada en una prosa más plana (como, por ejemplo, en la descripción del traje de Jack en las primeras páginas de la novela). Estos atajos funcionales, en cualquier caso, no son representativos del conjunto de su labor, pues solo se presentan en contadas ocasiones, en pasajes puramente descriptivos a los que el traductor no ha concedido gran importancia en el seno de la obra —al menos, eso es lo que se deduce de esta estrategia—.

Por el contrario, son abundantes los ejemplos que demuestran su preocupación por los aspectos formales de su texto, y ello en todos los planos lingüísticos. Los signos de puntuación son tanto más reveladores cuanto que este suele ser un aspecto descuidado en muchas traducciones de la época, en las que las marcas puntuarias del texto de llegada se limitaban a reproducir las del original, con los inevitables calcos e incorrecciones que de ello se deriva. Por ejemplo, en la siguiente oración: «C'était le même regard, plus profond, le même front, mais élargi, la même bouche resserrée par une expression plus sérieuse» (pág. 6), Daudet utiliza las comas como meros indicadores de pausas suprasegmentales. Frente a esta puntuación meramente prosódica, el traductor ha recurrido a un criterio lógico más matizado: el recurso al punto y coma de su versión separa las unidades no solo según su realización oral, sino en función del sentido del mensaje: «Era la misma mirada, más profunda; la misma frente, más ancha; la misma boca,

---

dejado de traducirse y reeditarse en multitud de ocasiones: Bruguera lo hizo en 1973 y 1977, en traducción de José Antonio Vidal Sales; Petronio publicó en 1973 la versión de J. Ribera; y EDAF ha vuelto a editar en 1962, 1963 y 1966 la traducción de Pedro Gregorio Pérez (publicada inicialmente en 1901), junto con otras obras de Daudet.

[12] Angela Campagnoli ha realizado una edición digital de esta adaptación de Sawa consultable en internet: http://www.cisi.unito.it/artifara/rivista1/testi/Calvario.asp. [2 de septiembre de 2007]

contraída por una expresión más seria» (pág. 11).

Estas alteraciones en la forma de puntuar el texto no introducen cambios significativos entre la versión española y la novela francesa, pero nos parecen reveladoras de la actitud del traductor, que no se deja arrastrar por el original, sino que adopta una cierta distancia formal y asume la autoría de su propio texto. En otras palabras: frente a un método de traducción excesivamente generalizado en su época —según el cual muchos traductores del francés concebían su tarea como una mera transcodificación lingüística (la similitud formal entre el francés y el español lo permite en ocasiones)—, Giner de los Ríos interpreta el proceso traslativo como la reescritura en español de la novela extranjera; un proceso que genera un nuevo texto del que se siente autor.

Las huellas de este método de traducción son especialmente visibles en aquellos casos en que los procedimientos estilísticos a los que recurre Daudet exigen una reformulación lingüística en español. Cuando así sucede, el traductor se aleja formalmente del original para reproducir dicho procedimiento mediante los elementos lingüísticos españoles habituales en estos casos. La traducción de los pasajes irónicos, numerosos en la novela de Daudet, nos ofrece abundantes ejemplos de ello (comentados con más detalle en las notas que hemos introducido en esta edición digital).

Este prurito por rentabilizar al máximo los recursos expresivos de la lengua española es el que, ante ciertas dificultades para encontrar equivalencias léxicas, le lleva a crear palabras derivadas en lugar de recurrir a las perífrasis empleadas por otros traductores: «[...] cette fièvre d'agitation *d'emprunteur* [...]» (cursivas nuestras), dice Daudet para describir, no sin cierta dosis de crueldad, la exaltación de Monroval ante la posibilidad de seguir sacándole dinero a la madre de Jack. *Emprunteur*, palabra de difícil traducción en español, a juzgar por los distintos procedimientos a los que han recurrido nuestros traductores. A diferencia de las perífrasis que han empleado algunos de ellos —«el que va a pedir prestado» (Pedro Gutiérrez), o «el que tiene una demanda» (traducción anónima de editada por Lassalle)—, Giner de los Ríos se apoya en el sustantivo «sablazo» y, mediante un sufijo, genera una palabra derivada: «esa febril agitación del *sablacista*» (cursivas del traductor). Independientemente de la mayor o menor fortuna de esta creación léxica, nos interesa ahora destacarla porque refleja bien la actitud del traductor durante el proceso de reescritura: lejos de asumirlo como una transcodificación lingüística, lo concibe como un acto creativo en el que intenta exprimir al máximo las posibilidades del español.

Apenas hay adaptaciones culturales en la traducción española de la novela. Frente a otras traducciones de este periodo en las que ciertos *realia* franceses se convertían en elementos propios del ámbito hispánico —los francos, por ejemplo, se transformaban en pesetas en la

traducción que Pardo Bazán realizó de *Los hermanos Zemganno*, de Edmond de Goncourt—, Giner de los Ríos, por el contrario, los mantiene tal cual en su texto, y solo cuando considera que el lector español necesita alguna aclaración, la introduce en el mismo texto.

Si algo podría reprochársele a Giner de los Ríos, desde nuestro punto de vista, es el no haberse tomado ciertas libertades cuando el texto francés parece pedirlo. Nos referimos, por ejemplo, a la traducción —siempre difícil, en cualquier caso— de las variedades dialectales. Daudet las emplea conscientemente, y con una finalidad burlesca, en el habla de Monroval, o en la de Mâdou (cuyo nombre es transcrito como «Madú» en la versión española). Ante el francés característico de la isla de Guadalupe con el que Daudet caracteriza al personaje Monroval, el traductor opta por mantener esta variante con los mismos elementos formales a los que recurre el escritor francés en la novela: eliminando las erres de las palabras («dortoir», por ejemplo, se transforma en «dotoi»; variación que es traducida con el mismo procedimiento en la versión española: «dormitorio» se convierte en «domitoio»). Aunque el efecto que esto podría producir en español es más el de un defecto articulatorio que el de una variante dialectal, lo cierto es que el lector comprende bien la finalidad cómica que este ejemplo desempeña en el texto.

No sucede lo mismo con la deficiente sintaxis de Saïd, uno de los alumnos extranjeros del colegio Monroval: los errores que comete en la novela francesa no son mantenidos en su versión española, de manera que desaparece un rasgo característico de este personaje. La oración «Pourquoi toi dors pas, moucié?» (pág. 71), por ejemplo, es traducida mediante una correctísima frase en español: «¿Por qué no duermes, chiquillo?» (pág. 56). Los únicos casos en los que Giner de los Ríos recurre a las variedades intralingüísticas del español para generar equivalencias funcionales son aquellos en los que estas equivalencias pueden conseguirse mediante unidades léxicas concretas. Cuando existe la posibilidad de condensar el efecto que busca Daudet en una única palabra, el traductor no duda en utilizarla. La particular forma que tiene Mâdou de pronunciar monsieur: «moucié», es reflejada por el traductor mediante la variedad meridional del español: «zeñó» (pág. 71, entre otras). Como se ve, hacer hablar en «andaluz» al criado de la casa es un socorrido procedimiento de larga tradición en las traducciones españolas.

Al margen de casos concretos como el que acaba de mencionarse, en aquellos otros pasajes en los que Daudet recurre a distintas variedades y registros de la lengua francesa para caracterizar a sus personajes, el traductor parece darse por vencido. La lengua española, con sus múltiples variedades diafásicas y diastráticas, le ofrecía la posibilidad de reproducir en el texto de llegada la intención literaria de Daudet. Sin embargo, Giner de los Ríos no parece haberle concedido

especial importancia a estos elementos, pues, en lugar de buscar en español una variedad funcionalmente equivalente a la francesa, se limita con frecuencia a sortear esta dificultad y ofrecer una explicación acerca de las intenciones del autor. Esto es lo que sucede, por ejemplo, cuando Daudet ridiculiza la pronunciación exagerada de Mme. Monroval en sus clases:

> [...] la petite naine était une excellente femme, dont le seule défaut était une exagération constante dans la façon de prononcer les mots les plus simples. Elle disait: "l'estomack", "les ouagons", "je suis allée en ouagon"... Nous nous rencontrâmes en ouagon". On ne savait plus de quoi elle parlait. (pág. 94)

En la traducción de Giner de los Ríos, desaparecen los ejemplos concretos, sustituidos por una glosa del texto francés:

> [...] la enanita era una mujer excelente, cuyo único defecto consistía en una constante exageración en la manera de pronunciar las palabras más sencillas, exageración tan grande, que á veces era causa de que no se entendiera lo que quería decir. (pág. 73).

Al margen de algunos errores que no pasan de ser meras inadvertencias[13], de algunas equivalencias léxicas dudosas[14] y de algunas frases cuyo sentido no ha sido bien comprendido[15] —de escasa incidencia en la lectura global del texto por el escaso número en que aparecen—, lo cierto es que Hermenegildo Giner de los Ríos ha llevado a cabo una «traducción literaria», y ello no solo porque esté trasladando un texto catalogable como literatura, sino porque ha asumido la labor traductora como un acto creativo. La literariedad de la traducción procede, pues, de la consciencia por parte del traductor de estar elaborando un texto con valor estético en sí mismo y contribuyendo, por ello, a ampliar el acervo de la literatura española. Esto es lo que hace

---

[13] En el capítulo IV, por ejemplo, el sintagma «[...] les Ratés de l'art, de la littérature et de l'architecture» aparece traducido como «los deheredados del arte, de la literatura y de la agricultura» (cursivas nuestras; pág. 87). Hay algún error más de naturaleza similar, pero el contexto, como suele suceder, aclara el sentido de estos deslices.

[14] «[...] tant d'idées inexprimées, inexprimables plutôt [...]»: «[...] tantas ideas inexpresadas ó más bien inesperadas [...]» (cursivas nuestras).

[15] No parece haber captado bien, por ejemplo, la ironía implícita en el falso elogio que el narrador dedica a uno de los estudiantes del colegio de Jack: «Madu s'était surpassé comme frotteur», que ha traducido como «Madú se había excedido». Una traducción poco acertada: no sólo elimina información relevante («comme frotteur», en efecto, importa, pues ahí radica la ironía: la única tarea en la que Madú logra destacar es frotando suelos), sino que escoge el verbo «excederse» como equivalente de «se surpasser». Todo indica, sin embargo, que en este caso Daudet lo emplea con la acepción se «sobresalir, distinguirse». Así es como lo ha traducido Pedro Gregorio Pérez en su versión de 1901: «Madú se había distinguido como pulimentador».

posible que las versiones de Giner de los Ríos —no solo la de *Jack*, que ahora comentamos, sino también las que realizó a partir de otras obras de Flaubert, de Amicis, etc.— puedan seguir leyéndose en la actualidad conservando su literariedad, como lo demuestran las continuas reediciones contemporáneas de sus textos[16]. Es cierto que en su traducción se observan marcas que delatan el momento en que se realizó —por ejemplo, los usos ortográficos de la época[17]—, pero estas huellas externas no afectan en ningún momento a la lectura literaria del texto: salvando el pequeño esfuerzo inicial que exige la diferente ortografía del siglo XIX, el lector puede acercarse a esta traducción como lo haría con cualquier obra española original del mismo periodo.

En otras palabras: la dificultad o extrañeza que podría causar en el lector actual una traducción del siglo XIX no es forzosamente mayor que la que le produciría una novela española de este mismo periodo, por lo que no encontramos razones lingüísticas que justifiquen que una traducción literaria —esto es, elaborada con pretensión literaria— habría de caducar por el mero hecho de que haya transcurrido más de un siglo desde su publicación: el mismo tiempo ha transcurrido desde aparecieron obras de autores españoles y no por ello dejan de ser leídas.

Bibliografía citada en el estudio preliminar

ALANTE-LIMA, W. (1997) : «Melvil-Bloncourt, le communard marie-galantais ?», *Bulletin de la Généalogie et Histoire de la Caraïbe*, 91, 1898-1908.

Anónimo (1883): «La taberna», *La Dinastía*, 8 de diciembre de 1883.

AHRENS, H. (1878): *Enciclopedia jurídica o Exposición orgánica de la ciencia del Derecho y el Estado*. Madrid: Victoriano Suárez Editor, traducción de Francisco Giner de los Ríos (y otros).

BALANZÁ, M. y otros (1979): *Historia de España y de los Países Hispánicos*. Barcelona: Vicens-Vives.

CASANOVA, P. (1999): La République mondiale des lettres. Paris: Seuil.

COPPER-RICHET, D. (2004): «Littérature étrangère et monde du livre à Paris au XIXème siècle», *I Seminário Brasileiro sobre Livro e História Editorial*, edición electrónica de las actas del seminario consultables en el sitio http://www.livroehistoriaeditorial.pro.br/ [1 de septiembre de 2007].

[16] Su traducción de *L'Éducation sentimentale* ha sido reeditada recientemente por Mondadori (2005), o por RBA (2004) y por Edaf (1993).

[17] Nos referimos, por ejemplo, a la acentuación de la preposición «á», de la conjunción disyuntiva «ó», de los hiatos en –ui (como «sustituídas», o «huída»), etc. Caso de distinta naturaleza es el de las excesivas erratas de la edición publicada por Jubera; y aún más numerosas son las que se aprecian en la reedición de esta traducción a cargo de la sede parisina de la editorial Nelson and Sons, debidas con toda probabilidad a que los tipógrafos franceses que la prepararon no dominaban el español.

CORREDOR, Anna María (1997): «Cent anys de la mort d'Alphonse Daudet», *Presència*, 28-29.

DUBOIS, Jacques (1971): «Une écriture à saturation. Les présupposés idéologiques dans l'incipit de Nanab», *Études littéraires*, 3, vol. 4, 297-310.

FAWCETT, H. (1879): *El libre-cambio y la proteccion : Investigacion de las causas que han reta-rdado la adopcion general de la libertad de comercio desde que se introdujo en Inglaterra*. Madrid: Librería de Victoriano Juárez, traducción de Gumersindo de Azcárate y Vicente Junerárity.

FUENTES, S. (1915): «Lecturas infantiles», *La Lectura*: Revista de Ciencias y Artes, 177, 434-442.

GAUBERT, E. (1912):«Le Parthénon», *La Lectura*, 141, 448-451.

GINER DE LOS RÍOS, Hermenegildo (1899): *Manual de literatura nacional y extranjera antigua y moderna*. Madrid: Enrique Rojas.

—— (1902): *Historia abreviada de la literatura nacional y extranjera*. Madrid: Victoriano Suárez Editor.

JOUVEAU, M-T. (1987): *Alphonse Daudet, maître de tendresse*. Publicación electrónica. http://www.up.univmrs.fr/tresoc/libre/libr0028.htm [2 de septiembre de 2007].

MANTOUX, Charles (1941): *Alphonse Daudet et la souffrance humaine*. Paris: La Pensée Universelle, 1973.

KRAUSE, F. (1874): *Compendio de Estética*. Sevilla: Gironés y Orduña, traducción de Francisco Giner de los Ríos.

PARDO BAZÁN, E. (1911): *La literatura francesa moderna*. Citamos por la edición digitalizada de la obra, accesible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: www.cervantesvirtual.com [4 de septiembre de 2007].

—— (1907): «Fernando Brunetière», *La Lectura*, mayo de 1907, 121-247.

RIBES DE DIOS, À. (2003): *La recepció d'Alphonse Daudet en llengua catalana. Traduccions en volum*. Tesis doctoral dirigida por la doctora Marta Giné Janer y defendida en la Universidad de Lérida.

RÖDER, K. (1876): *Las doctrinas fundamentales reinantes sobre el delito y la pena en sus interiores contradicciones: ensayo crítico y preparatorio para la renovación del derecho penal*. Madrid: P. M. Pérez, traducción de Francisco Giner de los Ríos.

—— (1883): *Krause y Spencer*. Madrid: Librería de Fernando Fé, traducción de Hermenegildo Giner de los Ríos.

TUSELL, Javier (1998): *Historia de España en el siglo XX*. Madrid: Taurus.

WILLIAM, Frederick y John Hemmings (1976): «De Jack àGerminal: le prolétaire vu par Alphonse Daudet et Émile Zola», *Les Cahiers Naturalistes*, 50, 107-114.

VAUCHERET, Étienne (1992): «Les milieux littéraires et artistiques parisiens dans les romans de Daudet», *Révue régionaliste des Pyrénées*, LXXV, 273-276.

Traducciones de Hermenegildo Giner de los Ríos

AMICIS, Edmondo de (1833): *Constantinopla*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
—— (1883): *Holanda*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
—— (1883): *Recuerdos de 1870-1871*. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alaria.
—— (1884): *Retratos literarios*. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alaria
—— (1885): *Italia*. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alaria.
—— (1887): *Corazón: diario de un niño*. Madrid: Casa Hernando.
—— (1889): *En el océano: viaje a la Argentina*. Madrid: Agustín Jubera.
—— (1889): *Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas*. Madrid: Agustín Jubera.
—— (1892): *Amor y Gimnástica: la cuestión social, Garibaldi y otros trabajos*. Madrid: Tipografía franco-española.
—— (1897): *Para el Primero de mayo: apuntes y argumentos*. Madrid: Imprenta de Ricardo Rojas.
—— (1898): *Socialismo y educación*. Madrid: Imprenta de Ricardo Rojas.
—— (1898): *Turín, Londres y París*. Madrid: Sáenz de Jubera.
—— (1902): *Recuerdos de la infancia y de la escuela: memorias juveniles*. Madrid: Ricardo Rojas.
BONGHI, Ruggiero (1878): *León XIII y la Italia*. Madrid: Casa editorial de Media, poesías latinas del Pontífice traducidas por Juan Quirós de los Ríos.
BOURGET, Paul (1888): *Mentiras*. Madrid: El Cosmos.
CURCI, Carlo Maria (1878): *La nueva discordia entre Italia y la Iglesia considerada con motivo de un hecho particular*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
CARDUCCI, Giosuè (1915): *Poesías: nuevas rimas y odas bárbaras*. Barcelona: Fernando Granada.
DAUDET, A. (1889): *Treinta años en París: A través de mi vida y de mis libros*. Madrid: Agustín Jubera, traducción de Hermenegildo Giner de los Ríos.
—— (1890): *La lucha por la existencia*. Madrid: Sáenz de Jubera.
—— (1890): *Mujeres de artistas*. Madrid: Sáenz de Jubera.
—— (1891): *Jack*. Madrid: Sáenz de Jubera.
DUMAS, Alexandre (187?): *Historia de un cascanueces*. Madrid: Sáenz de Jubera.
FLAUBERT, Gustave (1898): *La educación sentimental*. Madrid: Librería de José Jorro.
—— (1898): *Salambó*. Madrid.
CARLE, Giuseppe (1912): *La vida del Derecho en sus relaciones con la vida social: Estudio comparado de Filosofía del Derecho*. Madrid: Faure.

GONCOURT, Edmond de (1890): *Sor Filomena*. Madrid: Sáenz de Jubera.
HEGEL, G. W. F. (1908): *Lecciones sobre la Estética*. Madrid: Faure. Traducción indirecta a través de la versión francesa de Ch. Bernard.
LOLIÉE, F. (1905): *Historia de las literaturas comparadas desde sus orígenes hasta el siglo XX*. Madrid: Ginés Carrión.
LOTI, Pierre (1888): *Recuerdos del destierro*. Madrid: El Cosmos Editorial.
MAISTRE, Xavier de (1886): *Obras completas*. Madrid: Imprenta Sáez y Ramírez.
PESTANA, Alice (1909): *Desgarrada*. Barcelona: F. Granada y Cia.
SELDEN, Camille (1870): *Mendelssohn*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Juan Fernández.
TIBERGHIEN, G. (1874): *La enseñanza obligatoria*. Madrid : Librería de Anllo y Rodríguez.
—— (1883): *Krauser y Spencer*. Madrid: Librería de Fernando de Fe. Puede consultarse en edición digital en la Biblioteca Virtual de Andalucía. Véase infra la sección de enlaces digitales.
—— (1912): *Tesis: reflexiones filosóficas*. Valencia: F. Sempere y compañía.
WAGNER, Ch. (1906): *Juventud*. Madrid: Faure.
—— (1907): *La vida sencilla*. Madrid: Faure.
——(1920): *Junto al hogar*. Madrid: Instituto Nacional de Sordomudos y de Ciegos.

Traducciones de *Jack* en español por orden cronológico

Traducción anónima (1876): *Jack, costumbres contermporáneas*. París: X. de Lassalle.
GINER DE LOS RÍOS, Hermenegildo (1891): *Jack*. Madrid: Sáenz de Jubera.
GREGORIO PÉREZ, Pedro (1901): *Jack*. Barcelona: Maucci. Reeditada en 1963 por esta misma editorial.
UGARTE BLASCO, Eduardo (1923): *Jack: costumbres contemporáneas*. Madrid: Calpe.
RUIZ ALONSO, José (1949): *Jack, la novela de un niño*. Madrid: Ediciones Siglo XX.
GRANCH, H. C. (1954): *Jack*. Barcelona: Molino.
FÁBREGAS, Marta (1957): *Jack: la novela de un muchacho*. Barcelona: Mateu.
RIBERA, J. (1973): *Jack*. Barcelona: Petronio.
VIDAL SALES, J. A. (1973): *Aventuras de Jack*. Barcelona: Bruguera.

Enlaces digitales a obras y traducciones de Hermenegildo Giner de los Ríos

Biblioteca Virtual de Andalucía[18]

http://www.juntadeandalucia.es/cultura/bibliotecavirtualandaluc ia/inicio/inicio.cmd

Elementos de Ética ó Filosofía moral: precedidos de unas nociones de Biología y arreglados para la 2ª enseñanza. Madrid: Aribau y compañía.

Manual de estética y teoría del arte e historia abreviada de las artes principales. Madrid: Sáenz de Jubera, 1894.

Programa de estética y teoría del arte é historia abreviada de las artes principales. Madrid: [s.n.], 1894.

Educación y enseñanza. Madrid: [s.n.], 1889.

Portugal: impresiones para servir de guía al viajero. Madrid: [s. a.], Imprenta Popular.

Arte literario ó Retórica y poética : preceptiva para servir de texto en los Institutos de 2ª Enseñanza. Madrid: Administración de la Biblioteca Andaluza, 1891.

Milton: cuadro dramático en un acto y en verso. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Aralia, 1879.

Tiberghien, Guillaume: *Krause y Spencer*. Madrid: Librería de Fernando de Fe, 1883, traducción de Hermenegildo Giner de los Ríos.

Enlace digital a la versión original francesa de *Jack*

<http://gallica.bnf.fr/>

[18] En el catálogo de la Biblioteca Virtual de Andalucía se atribuyen a Hermenegildo Giner los Ríos algunas obras que no son suyas, como *Estudios filosóficos* y *religiosos*, o *Estudios sobre artes industriales*, ensayos ambos que fueron elaborados por su hermano Francisco Giner de los Ríos.

COLECCIÓN JUBERA.

Jack

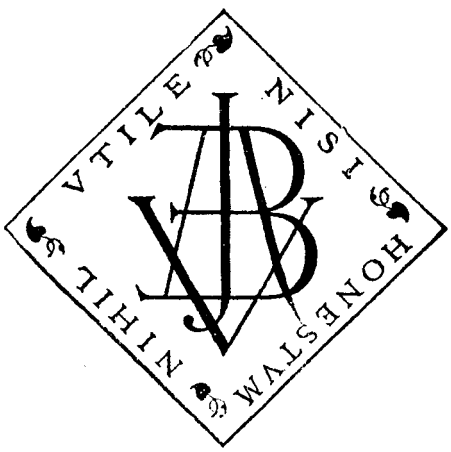
POR

VERSIÓN CASTELLANA

DE

E. Giner de los Ríos.

MADRID
Sáenz de Jubera, hermanos
10, *Campomanes*, 10


NIHIL VTILE NISI HONESTVM

COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

Jack

ÚNICA VERSIÓN CASTELLANA

AUTORIZADA POR EL AUTOR

MADRID
Sáenz de Jubera, hermanos.
10, Campomanes, 10

ES PROPIEDAD

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

Entraron en la pastelería española.

I

LA MADRE Y EL NIÑO

¡Con K, señor rector, con K! El nombre se escribe y se pronuncia á la inglesa... así, Jack... El padrino del niño era inglés, comandante general en el ejército de la India... lord Peambock... ¿Lo conocería usted tal vez? Un hombre muy distinguido y de la más elevada aristocracia, ¡oh!... crea usted, señor abate, que era de la más elevada... ¡Y cómo valsaba![1]... Murió de una manera horrorosa en Singapoore, hace algunos años, en una magnífica cacería de tigres organizada en su obsequio por un rajah amigo suyo... Parece que los tales rajahs son verdaderos monarcas... Ese de que

1. Ya desde la primera página muestra Giner de los Ríos su esfuerzo por recurrir a un léxico lo más cercano posible al francés. «Quel valseur!», dice Daudet en la versión original. El verbo *valsar* -aunque esté recogido en el DRAE- no es utilizado habitualmente en nuestra lengua, ni en la actualidad ni en el momento en que se publicó esta traducción. Prueba de ello es que otro traductor de este periodo, Pedro Gregorio Pérez, optó por evitar este verbo y reflejar el sentido de la exclamación francesa mediante otros recursos lingüísticos: «¡Y un bailarín admirable!» (1901: 6).

hablo, sobre todo, es muy famoso en su país... ¿Cómo se llama?... Espere usted... ¡Dios mío!... Tengo el nombre en la punta de la lengua... Rava... Rama...

– Perdone usted, señora, interrumpió el rector, sonriendo á pesar suyo, ante aquella volubilidad de palabras y aquel perpetuo saltar de una idea á otra... Y después de Jack, ¿qué más ponemos?

De codos en la mesa sobre la cual estaba escribiendo un momento antes, con la cabeza ligeramente inclinada, el digno sacerdote dirigía de reojo una mirada maliciosa, impregnada de penetración eclesiástica, á la joven que estaba sentada delante de él, con su Jack (con K), en pie al lado de ella.

Era una mujer elegante, vestida irreprochablemente, muy á la moda del día y de la estación—era en Diciembre de 1858;—hasta se adivinaba por lo magnífico de las pieles, por la riqueza de su traje negro y la originalidad discreta de su sombrero, el lujo tranquilo de la mujer que posee un carruaje y que pasa de la nitidez de sus alfombras á los cojines de su coche, sin tener que sufrir la vulgar transición de la calle.

Tenía la cabeza muy pequeña, lo cual hace siempre parecer más altas á las mujeres; un bonito rostro, cubierto de pelusilla[2] como una fruta: movible, sonriente, iluminado por dos ojos cándidos y claros y por dientes muy blancos, que se cuidaban mucho de lucirse con cualquier pretexto. La movilidad de sus rasgos parecía extraordinaria, y no sé qué en aquella fisonomía agradable, tal vez el labio inferior ligeramente extendido por una perpetua necesidad de hablar, acaso la frente estrecha bajo el brillante cabello, indicaba la ausencia de reflexión, un talento un poco limitado; y explicaba los paréntesis abiertos á cada instante de la conversación de aquella mujer bonita, como esas cajitas japonesas de tamaño calcu-

2. «Un joli visage duveté comme un fruit», dice Daudet. El paso del tiempo no sólo introduce cambios en los procedimientos de traducción, sino en el concepto de belleza. La «pelusilla» con la que Giner de los Ríos recubre el rostro de la madre de Jack quizás no encaje bien en el canon actual de belleza femenina. Más moderna resulta, en este sentido, la traducción que propuso Pedro Gregorio Pérez, en la que el rostro de la mujer queda embellecido al transformar el vello en terciopelo: «bonitas facciones *aterciopeladas* como fruta» (1901: 6; cursivas nuestras).

lado que entran unos dentro de otros, y el último de los cuales está siempre vacío.

Cuanto al niño, figuráos un niño de siete á ocho años, esbelto[3], demasiado crecido, vestido á la inglesa como demandaba la K de su nombre de Jack, con las piernas al aire, una gorrilla con pluma plateada y un *plaid*. El traje era tal vez apropiado á su edad; pero parecía en desacuerdo con su mucha estatura y su cuello ya robusto. Sus pantorrillas, de fuerte musculatura y flacas, se destacaban de su grotesco traje en un torpe esfuerzo de desarrollo. Él mismo se avergonzaba de verlas. Confuso, tímido, con los ojos bajos, deslizaba de vez en cuando sobre sus desnudas piernas una mirada de desesperación, como si allá en el fondo de su corazón maldijese á lord Peambock y á todo el ejército de la India, porque tenían la culpa de que lo llevasen así vestido.

Físicamente se parecía á su madre, pero había en él algo que era más fino, más distinguido, y entre una y otra cara veíase toda la transformación de una fisonomía de mujer bonita á la de un hombre inteligente. Era la misma mirada, más profunda; la misma frente más ancha; la misma boca, contraída por una expresión más seria.

Por el rostro de la mujer, las ideas, las impresiones, resbalaban sin dejar huella ni arruga alguna, con tanto apresuramiento, con tanta rapidez sustituídas unas por otras, que parecía conservar siempre en los ojos el asombro de su huida. En el niño, por el contrario, veíase que el pensamiento tomaba arraigo, y hasta su aire demasiado reflexivo hubiera inspirado cuidados, si no hubiese ido unido á cierta pereza de actitudes, á una languidez de todo su ser, á los movimientos mimosos y tímidos del chiquillo educado debajo de las faldas de su madre.

En aquel momento, apoyado contra ella, con una mano metida en su manguito, la oía hablar,

3. No parece acertada, en este caso, la elección léxica de Giner de los Ríos. Alguien esbelto es, efectivamente, alto y delgado, como Jack, pero la esbeltez implica también proporción en la figura. Por el contrario, el adjetivo francés que emplea Daudet, *efflanqué*, subraya precisamente la desproporción en el físico del muchacho. «Larguirucho» es la traducción que propone Pedro Gregorio en su traducción de 1901. El propio Giner de los Ríos parece corregirse a sí mismo cuando, páginas más adelante, califica a Jack de *desgarbado*.

lleno de muda admiración, y de vez en cuando miraba al sacerdote y todo lo que le rodeaba con curiosidad comprimida y temerosa.

Había prometido no llorar.

Algunas veces, sin embargo, un suspiro sofocado como un sollozo, le hacía estremecerse de pies á cabeza. Entonces la mirada de la madre se fijaba en él y parecía decirle:

"Ya sabes lo que me has prometido...„ En seguida el niño contenía su suspiro y sus lágrimas; pero sentía dentro de sí un gran pesar, esa cruel impresión de destierro y de abandono que el primer colegio produce en los muchachos que han vivido hasta demasiado tarde en el hogar doméstico.

Esta investigación de la madre y del niño, que el sacerdote había verificado en algunos minutos, habría satisfecho á un observador superficial; pero el Padre O... que dirigía desde hacía más de veinticinco años el aristocrático colegio de Jesuítas de Vaugirard, estaba demasiado al corriente de las cosas del mundo, conocía demasiado bien á la alta sociedad parisiense y todos sus matices de lenguaje y de traje para no haber adivinado en la madre del nuevo discípulo que se trataba de una cliente de un género especial.

El aplomo con que entrara en su despacho, aplomo demasiado visible para que fuese verdadero; su manera de sentarse echando el cuerpo hacia atrás; aquella sonrisa un poco forzada, y sobre todo el flujo de palabras que se desbordaban, con el cual parecía que disimulaba el embarazo de un pensamiento oculto, todo hacía desconfiar al sacerdote. Desgraciadamente en París, las gentes están tan mezcladas, la comunidad de los placeres, de los trajes, de los paseos, ha hecho que la línea de demarcación sea tan delgada y tan fácil de rebasar entre las mujeres á la moda de la buena y de la mala sociedad, entre una loreta[4]

4. El apelativo «loreta», que sorprenderá sin duda al lector actual por haber caído en desuso, es un calco del francés *lorette*. El contexto, en cualquier caso, permite deducir su significado: mujer joven de costumbres disolutas. Según el *Trésor de la Langue Française,* el término debe su origen al barrio parisino de Notre-Dame-de-Lorette, donde resultaba fácil encontrar a estas mujeres en tiempos de Daudet. *Loreta* no figura en ninguna de las ediciones del DRAE, ni en las más recientes ni en las de finales del siglo XIX. Sin embargo, a juzgar por su presencia en otras traducciones de la época (como la ya citada de Pedro Gregorio, 1901: 8) y en novelas de autores españoles de prestigio, hemos de deducir que su empleo era habitual en este periodo. Lo utilizan, por ejemplo, Galdós en *Tormento* («puedes casarte con una fuencarralera o con alguna loreta de París»), o Valera en su correspondencia privada («Tiene la educación de una loreta, el temperamento de una bacante y el corazón de una muchacha púdica.»)

que se resiste y una marquesa que se abandona, que á primera vista hasta los más expertos pueden equivocarse; y por eso el cura miraba á aquella mujer con tanta atención.

Lo que más dificultaba su examen era lo descosido de la conversación. ¡Cómo enterarse, en medio de sus caprichos, de sus cambios de frente, de sus saltos y brincos de ardilla enjaulada! Sin embargo, su juicio, que acaso trataban de extraviar, estaba ya medio formado. La actitud embarazada de la mujer cuando le preguntó cuál era, además de Jack, el nombre del muchacho, acabó de decidirlo.

La joven se puso colorada, se turbó y titubeó un segundo.

—En verdad, dijo; perdone usted que aún no me haya presentado... ¡Qué cabeza tengo!

Y sacando del bolsillo un elegante tarjetero, perfumado como saquillo de esencia, sacó una tarjeta en la cual leíase con letras largas este nombre sonriente é insignificante:

IDA DE BARANCY

El rector sonrió con una expresión singular.

—¿Se llama así el niño también?

La pregunta era casi una impertinencia. La señora lo comprendió, se turbó más todavía, y ocultó su turbación adoptando cierto aire de dignidad.

—¡Pues es claro... señor abate... es claro!

—¡Ah! dijo el sacerdote con voz grave.

Ahora era él quien no sabía cómo expresar lo que tenía que decir. Daba vueltas á la tarjeta entre sus dedos, con ese temblorcillo de labios propio del hombre que comprende el valor y el efecto de las palabras que va á pronunciar.

De pronto se levantó, se acercó á una de las

elevadas puertas vidrieras que daban acceso á un gran jardín plantado de magníficos árboles y lleno de un espléndido sol de invierno, y dió un golpecito en los cristales. Por delante de las vidrieras pasó una silueta negra, y casi en seguida se presentó en el despacho un sacerdote joven.

—Llévese usted, mi querido Duffieux, dijo el superior, á este niño, y déle usted un paseíto... Enséñele la iglesia y las estufas[5]. El pobrecillo se fastidia. .

Jack creyó que tomaban aquel pretexto de paseo para cortar radicalmente los tristes adioses de la separación, y su mirada adquirió una expresión tal de desesperación y de espanto, que el buen sacerdote lo tranquilizó cariñosamente:

—No tengas miedo, hijo mio...; tu mamá no se irá... y la encontrarás aquí cuando vuelvas.

El niño todavía titubeaba.

—¡Anda, querido! dijo la señora de Barancy con un ademán de reina.

En seguida salió sin decir palabra, sin quejarse, como si estuviese preparado ya para todo género de servidumbres.

Cuando estuvo fuera, hubo en el despacho un momento de silencio. Oyéronse los pasos del niño y de su acompañante que se alejaban, crujiendo por la arena endurecida y fría; el chisporroteo de la lumbre, los piídos de los pajarillos en las ramas de los árboles, los acordes de los pianos, las voces, el murmullo de una casa llena, todo el ruido ensordecido por el invierno y las ventanas cerradas de un gran colegio á la hora de estudio.

—Este niño parece que quiere á usted muchísimo, señora, dijo el rector, á quien la gracia y la sumisión de Jack habían impresionado.

—¿Cómo no ha de quererme? respondió la señora de Barancy, tal vez demasiado melodramáticamente: ¡el pobrecillo no tiene más que á su madre en el mundo!

5. Una de las huellas más visibles que el paso del tiempo deja en la traducción son los cambios en los usos de las palabras. Las «estufas» de las que habla el sacerdote son los «invernáculos» del colegio; acepción esta que, aunque figure en el DRAE, no es hoy la primera en la que piensa el lector. Algo similar sucede con el verbo *fastidiarse* como traducción de *s'ennuyer,* en este mismo párrafo. Aunque en la vigesimotercera y hasta el momento última edición del DRAE se defina el verbo «fastidiar» como «causar hastío», el propio diccionario académico precisa que se trata ya de un significado en desuso. La primera equivalencia en la que pensaríamos hoy para «s'ennuyer» es «aburrirse».

—¡Ah! ¿Es usted viuda?

—¡Ay! ¡Sí, señor rector!... Mi marido murió hace diez años, el mismo año de nuestro casamiento, y en circunstancias bien dolorosas... ¡Ah, señor mío! Los novelistas que van á buscar tan lejos las aventuras de sus heroínas, no sospechan que la vida de cualquiera, por insignificante que sea, da materia para diez novelas.[6] Buena prueba de ello es la existencia mía... Mire usted. El señor conde de Barancy pertenecía, como os indicará su nombre, á una de las más antiguas familias de la Turena...

Iba por mal camino. Precisamente el padre O... había nacido en Amboise y conocía á fondo á toda la aristocracia de su provincia. En el mismo momento el conde de Barancy fué á unirse en las dudas y desconfianzas de su espíritu con el general Peambock y el rajah de Singapoore. No dejó que en el semblante se le conociera nada, y se contentó con interrumpir á la que se decía condesa.

—¿No cree usted, como yo, señora, preguntó, que sería una verdadera crueldad, separar tan pronto de usted á un niño que parece estar tan encariñado con su madre? Es muy pequeño todavía, y además no sé si será bastante fuerte para soportar el dolor de esa separación.

—Se equivoca usted mucho, padre, respondió ella con la mayor candidez. Jack es un niño muy robusto. No ha estado nunca enfermo. Está un poco pálido tal vez, pero eso es efecto del aire de París, al cual no se encuentra acostumbrado.

Aburrido de ver que la joven no comprendía su pensamiento con estas insinuaciones, añadió acentuando la nota:

—Aparte de esto, tenemos ahora todos los dormitorios llenos...; el curso escolar está ya muy adelantado... Hemos tenido que suspender hasta el año que viene la admisión de alumnos nuevos... Agradecería á usted mucho que esperase hasta

6. La ironía de esta afirmación radica en que, aun estando en boca de la madre de Jack, resulta difícil no entrever también al propio Daudet detrás de ella. Las intenciones de la frase cambian radicalmente en función de a quién se la asignemos. La pobre mujer recurre a esta mentira para hacerse pasar por quien no es y esconder, así, su vulgaridad. Pero cuando tomamos conciencia de que es Daudet quien se dirige a nosotros a través de este personaje, comprendemos que lo que está diciéndonos es justamente lo contrario: la vulgaridad de la madre de Jack resulta tan novelesca como la vida de cualquier aventurera en un país exótico. Todo un alegato en defensa de la novela realista que, como se verá, volverá a aparecer en repetidas ocasiones.

entonces. El año que viene tal vez podríamos... Aunque no me atrevo á responder tampoco.

La viuda comprendió lo que querían decirle.

—De modo, dijo, ¿que se niega usted á recibir á mi hijo? ¿Se negará también á decirme por qué razón?

—Señora, respondió el sacerdote, hubiera dado cualquier cosa porque no tuviésemos esa explicación; pero puesto que me obliga usted á ello, hay que decirle que el colegio que yo dirijo exige á las familias que le confían sus hijos condiciones de moralidad excepcionales... No faltan en París colegios laicos donde encontrará Jack todos los cuidados que le son necesarios; pero aquí no es posible. Por Dios, añadió al ver un movimiento de protesta indignada, ¡no hagáis que me explique con mayor claridad!... No tengo derecho á pedirle á usted nada, á reprocharle nada... Siento el pesar que le causo en este momento, y crea que el rigor de mi negativa me es tan doloroso como á usted misma.

Mientras el sacerdote hablaba, el rostro de la señora de Barancy había pasado por todas las expresiones del dolor, del desdén, de la confusión. Al principio trató de poner buena cara, conservando la cabeza alta y bien puesta la careta que se usa en sociedad; pero las bondadosas palabras del rector, al caer sobre aquel alma infantil, la hicieron romper de pronto en lágrimas, en quejas, en confesiones, en expansiones ruidosas y desoladas.

¡Oh! Sí, sí, había sido muy desgraciada. Era imposible que nadie supusiera lo que había sufrido ya por aquel niño...

Sí, señor; el pobrecillo no tenía nombre ni padre; pero ¿acaso era eso una razón para hacer un crimen de su desgracia y exigirle responsabilidad por la falta de sus padres? "¡Ah, señor cura, señor cura ,se lo ruego! ..„

Mientras hablaba, por un movimiento de abandono que habría podido hacer sonreir en otra circunstancia menos grave, había cogido la mano del sacerdote (una bonita mano de obispo, gordinflona y blanca) que el bueno del rector procuraba desprender suavemente de entre las suyas, no sin cierta turbación.

—Cálmese usted, señora, decía asustado de aquellas efusiones, de aquellas lágrimas; porque lloraba como una chiquilla que era, con sollozos, con sofocaciones y con el cándido abandono de un carácter un poco vulgar.

—El pobre hombre pensaba: "¿Qué va á ser de mí, Dios mío, si esta señora se pone mala?„

Pero las palabras que empleaba para tranquilizarla la excitaban más aún.

Ella quiso justificarse, explicar cosas, relatar su vida, y de grado ó por fuerza el rector vióse obligado á seguirla por aquel relato oscuro, entrecortado, jadeante, interminable, en el cual se lanzó ella como una loca, rompiendo á cada paso el hilo conductor, sin preocuparse de saber cómo saldría de aquel laberinto.

"Aquel nombre de Barancy no era el suyo... ¡oh! si hubiera podido decir su nombre, su verdadero nombre, se asombrarían muchos. Pero el honor de una de las más nobles familias de Francia ¿lo oye usted bien? de una de las más nobles, iba unido á ese apellido, y antes moriría que dejárselo arrancar.„

El rector quiso protestar, asegurarle que no tenía el menor empeño en arrancarle nada; pero ni siquiera consiguió hacerse oir. Ella llevaba una terrible velocidad, y más fácilmente se habrían detenido las aspas de un molino de viento lanzadas á toda velocidad, que aquella palabra que revoloteaba en el vacío. Lo que más empeño parecía tener en demostrar era que pertenecía á la aristocracia, que su infame seductor también lle-

vaba no sé qué corona sobre no sé qué escudo, y que además había sido víctima de una fatalidad inaudita.

¿Qué se debía creer en todo aquello? Probablemente ni una sola palabra, porque las reticencias, las contradicciones abundaban en aquel discurso incoherente. Resaltaba, sin embargo, algo sincero, tierno, hasta conmovedor, y era el amor de aquella madre y de aquel hijo. Habían vivido siempre juntos. Ella le hacía estudiar en la casa con maestros particulares, y sólo quería separarse de él en razón de aquella inteligencia que despertaba demasiado, de aquellos ojos que se abrían y de los cuales todas las precauciones que se tomaran serían pocas.

—La mejor de todas, dijo el sacerdote gravemente, sería la de no cometer ninguna irregularidad en su manera de vivir de usted y hacer la casa digna del niño que la habita.

—Esa es mi preocupación constante, señor rector, respondió ella... A medida que Jack crece siento que me vuelvo más formal... Además, de un día á otro mi situación se hallará regularizada... Hay una persona que me solicita hace tiempo... Pero entretanto, hubiera querido alejar á mi hijo, separarlo de mi vida todavía irregular; hacer que le diesen una educación aristocrática y cristiana, digna del ilustre apellido que debe llevar... Había yo creído que en ninguna parte como aquí podrían hacer eso, y usted, no sólo le rechaza, sino que al mismo tiempo desanima á la madre para que insista en sus buenos propósitos...

Ahora el rector pareció vencido. Titubeó un momento, y mirándola luego de hito en hito:

—Bueno, sea, señora; puesto que tiene usted tanto empeño, accedo á sus deseos. Jack me ha gustado mucho. Consiento en recibirlo como discípulo.

—¡Oh, señor rector!

—Pero con dos condiciones.

—Estoy dispuesta á aceptarlas todas.

—La primera es, que hasta tanto que la situación de usted se haya regularizado, el niño pasará los días de salida, y hasta las vacaciones, en esta casa, sin parecer por la de usted.

—¡Ah! ¡Mi pobre Jack se morirá de no ver á su madre!

—¡Oh! Podrá usted venir á verlo siempre que guste. Pero—y ésta es mi segunda condición—no lo verá usted nunca en el salón de recibo, sino aquí, en mi despacho, donde tendré cuidado de que no la vea á usted nadie.

Ella se levantó temblorosa.

La idea de que no podía entrar nunca en el salón, mezclarse á esa deliciosa confusión de los jueves, en la cual las madres se enorgullecen con la hermosura de sus hijos, con la riqueza de sus trajes y con el carruaje que espera en la puerta; la idea de que no podría decir á sus amigas: "He saludado ayer en el colegio de jesuítas á la señora de C... ó á la señora de V...„ señoras verdaderas; la idea de que tendría que ir á escondidas á dar un beso á su Jack, todo esto acabó por sublevarla.

El astuto sacerdote había tenido la puntería certera.

—Es usted muy cruel conmigo, señor cura; me obliga usted á rehusar aquello mismo que hace un momento le agradecía como una merced; pero yo tengo que conservar mi dignidad de madre y de mujer. Las condiciones de usted son inaceptables. ¿Y qué pensaría mi hijo de?...

Se detuvo al ver allá, al otro lado de la vidriera, una carita rubia que miraba, animada por el aire vivo de afuera y por una fiebre de ansiedad. A una seña de su madre, el niño entró en seguida.

—¡Oh! ¡Qué buena eres!... Me decían que no, pero yo creía que te habías marchado.

Le cogió la mano bruscamente.

—Te marcharás conmigo, le dijo, porque aquí no nos quieren.

Y salió solemnemente, erguida, altiva, tirando del niño, estupefacto, á quien aquella salida repentina parecía una huida. Apenas había contestado con una inclinación de cabeza al saludo respetuoso del sacerdote, que también se había puesto de pie; pero, á pesar de su precipitación, no huyó bastante de prisa para evitar que su Jack oyese una voz dulce que murmuraba detrás de él: "¡Pobre niño! ¡Pobre niño!„ con un acento y una compasión que le llegaron al corazón.

Lo compadecían... ¿Por qué?

Muchas veces pensó en ello después.

El rector no se había equivocado.

La señora condesa Ida de Barancy era una condesa de broma.

No se llamaba Barancy, ni tal vez Ida tampoco. ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Qué había de verdad en todas aquellas historias de nobleza que la perseguían como una obsesión? Nadie podía decirlo. Esas vidas complicadas tienen fortunas tan varias, tienen tanto oculto, un pasado tan largo y tan borrascoso, que nunca se conoce de ellas más que el último aspecto. Se parecen á esos faros giratorios que tienen largas alternativas de sombras entre los intermitentes resplandores de su luz.

Lo que hay de cierto es que no era parisién, que estaba recién llegada de una capital de provincia cualquiera, de la cual conservaba todavía el acento; que no sabía nada de París y que carecía completamente de tono, según la señorita Constancia, su doncella.

"Vengadora provinciana[7]...„ decía ésta desde

7. «Cocotte de province», se lee en la novela francesa. Sorprende que en esta ocasión Giner de los Ríos traduzca «cocotte» por «vengadora». Como se verá en las siguientes páginas, la equivalencia a la que recurre habitualmente el traductor español es «cocota», naturalización de un préstamo utilizado con frecuencia en España a finales del siglo XIX, aunque nunca llegó a ser aceptado por la Academia. En efecto, *cocotte* (mujer de costumbres ligeras) fue un apelativo corriente no solo en las traducciones de la época, sino también entre nuestros autores. Lo utiliza Clarín en *La Regenta* («una esquela perfumada, como todas las suyas, que parecen de *cocotte* de sacristía»); o Pardo Bazán en *La quimera* («¿La amiga de Julio Ambas Castillas? ¿Una *cocotte*?»); o Camilo José Cela en *La colmena* («Yo sé que es usted una mujer decente, que no es ninguna *cocotte* [...]». En la página 76 de la novela se juega con el doble sentido de la palabra (en lenguaje infantil, significa «gallinita»), lo que provoca la sorpresa de Jack al descubrir que los profesores de su escuela también consideran a su madre una *cocotte*.

ñosamente. Es verdad, que una noche, en el teatro del Gimnasio, dos comerciantes lioneses habían creído reconocerla como una tal Melanía Favrot, que tuvo allá en sus tiempos una tienda de guantes y perfumes en la plaza de Terreaux; pero aquellos señores se habían equivocado y se excusaron mucho y pidieron mil perdones. Otro día, á un oficial del primer regimiento de húsares se le antojó tomarla por una tal Nana, á quien él había conocido ocho años antes en Orléansville. Éste también pidió los mismos perdones, por haber cometido el mismo error. ¡Verdaderamente, había parecidos muy impertinentes![8]

Sin embargo, la señora de Barancy había viajado mucho, y no lo ocultaba; pero buen hechicero había de ser quien sacase algo en claro, algo de positivo del torrente de palabras que soltaba con cualquier pretexto, hablando de su orígen ó de su vida. Unas veces, Ida había nacido en las colonias; hablaba de su madre, una criolla de deslumbradora hermosura; de sus plantíos, de sus negros. Otras, era turenesa y había pasado su infancia en un magnífico palacio á orillas del Loira. ¡Y qué de detalles, de anécdotas; qué maravilloso desdén para reunir todas esas piezas descosidas de su existencia!

Como se habrá podido observar, en sus fantásticos relatos dominaba la vanidad; una vanidad de cotorra verde y parlanchina. La nobleza, la fortuna, el dinero, los títulos, y de allí no salía.

Cuanto á rica, seguramente lo era, ó por lo menos estaba espléndidamente entretenida.[9] Acababan de tomarle un hotelito en el boulevard Haussmann.

Allí tenía caballos, carruajes, muy buenos muebles, de un dudoso buen gusto; tres ó cuatro criados y la existencia vacía, ociosa, holgazana de sus semejantes, pero acaso con un airecillo un poco más vergonzoso, una falta de aplomo que

8. Los signos de exclamación que enmarcan esta frase, ausentes en el texto original, son reveladores de la actitud del traductor, que no duda en alterar la puntuación de la novela francesa para introducir nuevos matices expresivos. En este caso, no se trata sencillamente de un mayor énfasis, sino de un cambio en la voz del narrador. Los signos de exclamación podrían convertir esta oración en una muestra de estilo indirecto libre: aunque es el narrador quien está hablando, lo hace asumiendo -de forma sarcástica- en sus palabras el enfado de la madre de Jack.

9. Se aprecia, de nuevo, el esfuerzo de Giner de los Ríos por forzar la lengua española todo lo posible para mantenerse formalmente cerca del francés. En la edición de 1899 del DRAE se indica que el verbo *entretener* se utilizaba «antiguamente» con el significado de *mantener*. Se trata, pues, de una acepción poco frecuente, como lo demuestra el hecho de que las demás traducciones de esta novela que se publicaron a finales del siglo XIX optasen por otras equivalencias para evitar este verbo. Pedro Gregorio Pérez, por ejemplo, elimina la dificultad y se limita a explicar que la mujer «vivía en la holgura»; la versión anónima publicada en la Biblioteca del Correo de Ultramar recurre a un procedimiento similar y dice que «álguien pagaba sus gastos» (sic). Giner de los Ríos, como en tantas otras ocasiones, decide mantener el verbo formalmente más similar al francés: «entretener».

la provincia, que se defiende mejor que París contra las mujeres de cierta clase, le había sin duda comunicado. Esto, y también su frescura real, recuerdo probable de una infancia pasada al aire libre, la ponían fuera de la corriente parisiense, en la cual, por otra parte, no había tomado sitio, porque era recién llegada.

Cada ocho días, un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y aspecto distinguido, iba á verla. Cuando hablaba de él, Ida decía "el señor„ con un aire tal de majestad, que cualquiera se hubiera creído en la corte de Francia en los tiempos en que se designaba así al hermano del Rey. El niño le llamaba, simplemente, "Buen Amigo.„ Los criados anunciaban en voz muy alta "el señor Conde,„ al mismo á quien llamaban, hablando entre ellos familiarmente, "su viejo.„

Su viejo debía de ser muy rico, porque la señora no reparaba en gasto, y había un *chorreo* enorme en la casa, dirigida por la señorita Constancia, una doncella factótum, única y verdadera influencia que había en el hotel. Esa Constancia daba á su ama señas de los proveedores, y guiaba su inexperiencia de la vida parisiense y de la buena sociedad; porque, ante todo, el sueño, el deseo de aquella mujer, era pasar por persona distinguida, noble, intachable.

Ahora, puede comprenderse fácilmente en el estado en que la pondría la acogida que le hizo el padre O..., y la rabia con que saldría de allí.

Un elegante carruaje particular la esperaba en la puerta del colegio. Precipitóse en él, más bien que montó, con su hijo, conservando la fuerza precisa para gritar al cochero con tono firme: "¡Al hotel!„ de modo que la oyese un grupo de curas que charlaban en el vestíbulo y que se habían apartado para dejar paso á aquel torbellino de pieles y de cabellos rizados.

Pero en cuanto el coche estuvo en marcha, la

pobre se acurrucó en un rincón, no ya en su postura coquetona de paseo, sino abatida, llorosa; ahogando sus sollozos y sus gritos en el capitonado testero del carruaje.

¡Que vergüenza!... ¡Pensar que se habían negado á recibir á su hijo, y que á primera vista aquel cura había descubierto su situación, la cual creía ella tan bien disimulada bajo todas aquellas apariencias lujosas y fingidas de mujer de mundo y de madre irreprensible!

¡De modo que no se veía lo que era ella!

A cada instante, la mirada penetrante del rector, que su orgullo herido ponía enfrente de ella como un suplicio intolerable, hacía que sólo con el recuerdo se le subieran al rostro colores y rubores súbitos. Recordaba su charla, todos sus embustes desembuchados inútilmente, y aquella sonrisa, aquella sonrisa incrédula ante la cual no había sabido contenerse, y que anunciaba que desde el primer momento la había completamente adivinado.

Inmóvil y silencioso en el otro rincón del carruaje, Jack miraba tristemente á su madre, sin comprender su desesperación, pero adivinando que tenía un disgusto á causa de él. El pobrecillo conocía vagamente que era culpable; pero en el fondo de aquella tristeza, sentia la gran alegria de ver que no se quedaba en el colegio.

Hacía quince días que no se hablaba más que del dichoso Vaugirard. Su madre le había hecho prometer que no lloraría, que sería muy bueno. "Buen Amigo„ le había catequizado. La Constancia le había comprado el equipo. Todo estaba dispuesto, decidido. No vivía más que temblando ante el pensamiento de aquella cárcel, hacía la cual le empujaba todo el mundo. Y ahora resultaba que en el último momento lo indultaban.

¡Oh! Si su madre no hubiera tenido tan gran disgusto, ¡con cuánta alegría le hubiese dado las

gracias! ¡Cuán feliz se hubiera considerado al verse allí, tan cerca de ella, envuelto en las pieles de aquel carruajito, en el cual habían paseado tantas veces y en el que *podrían seguir paseando.* Y Jack recordaba las tardes del Bosque de Boloña, los largos paseos deliciosos á través de aquel París fangoso y turbulento, tan nuevo para ellos, y que le inspiraba tanta curiosidad al uno como al otro. Un monumento que se veía al paso, el menor incidente de la calle, todo les regocijaba.

—Mira, Jack...

—Mira, mamá...

Parecían dos niños. Veíanse al mismo tiempo asomados á la portezuela los grandes rizos rubios del muchacho, y el rostro medio oculto, con su velo, de la madre...

Un grito desesperado de la señora Barancy arrancó bruscamente al niño de todos sus buenos recuerdos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo, decía retorciéndose las manos, qué he hecho para ser tan desgraciada?

Esta exclamación quedó, naturalmente, sin respuesta, porque el chiquillo ignoraba tanto, por lo menos, como la madre, lo que había hecho. Entonces, no sabiendo qué decirle ni cómo consolarla, tímidamente le cogió la mano y la apretó contra los labios con fervor, como un verdadero enamorado.

Ella se estremeció y lo miró asustada:

—¡Ah, cruel, hijo cruel, cuánto daño me has hecho desde que estás en el mundo!

Jack palideció.

—¿Yo?... ¿Que yo te he hecho daño?

El niño no tenía, no amaba más que á un ser en la tierra: su madre. Le parecía guapa, buena, incomparable: ¡y sin quererlo, sin saberlo, le había hecho daño!

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

A esa idea, el pobrecillo tuvo también una crisis de desesperación; pero de una desesperación muda, como si después del dolor ruidoso de que acababa de ser testigo, hubiese sentido pudor en manifestar su pesar. Tenía temblores, sollozos ahogados; un espasmo nervioso.

La madre tuvo miedo y lo cogió en brazos.

—No, hijo, no; ¡si es en broma! ¡Oh! ¡Qué chiquillo!... No se debe ser tan sensible... ¡Un grandullón que le arrastran las piernas y quiere que lo mezcan como si fuera un niño de pecho!... No, no, Jack mío; no me has hecho nada... Yo soy la que estoy loca cuando te mezclo en estas historias... ¡Vamos, no llores!... ¿Acaso lloro yo?

Y aquella mujer extraña, olvidándose de su dolor pasado, reía francamente, para hacer reir á su Jack... Era uno de los privilegios de aquel carácter tornadizo, todo superficial, que no podía conservar mucho tiempo una impresión cualquiera. ¡Cosa singular! Las lágrimas que acababa de derramar no habían hecho más que prestarle más belleza y más juventud, del mismo modo que una nube, al descargar sobre el plumaje de las tórtolas, le da más lustre y la hace brillar, sin penetrar debajo de la pluma.

—¿Dónde estamos? dijo de pronto bajando el cristal empañado. ¡En la Magdalena ya!... ¡Qué de prisa hemos venido!... ¡Mira! ¿Y si nos detuviéramos en casa de ése... ya sabes, el famoso pastelero?... Vamos, enjúgate los ojos, tontín... Voy á comprarte unos merengues.

Se apearon á la puerta de la pastelería española, muy en boga por entonces.

Había muchísima gente.

Las telas, las pieles, se frotaban unas con otras; se daban prisa, como si sus dueños tuviesen apetito; y las caras de mujer, con el velo levantado hasta la altura de los ojos, se reflejaban en los espejos de la tienda, rodeados de dorados y de

molduras color de crema, entre toda clase de alegres reflejos, el blanco lechoso de los platillos, el cristal de las copas, la variedad de las confituras.

A la señora de Barancy y á su hijo los miraron mucho. Esto le agradó. Aquel pequeño triunfo, unido á la crisis de un momento antes, le hizo devorar una porción de merengues y pasteles rociados con un dedo de vino de España. Jack la imitaba, pero con más moderación, porque su gran pesar de poco antes había llenado su corazoncito de suspiros contenidos y de lágrimas no derramadas.

Cuando salieron de allí, el tiempo era tan delicioso, aunque frío; el mercado de la Magdalena llenaba el aire de un tan dulce olor á violeta, que Ida quiso seguir á pie hasta su casa, y despidió el coche. Con presteza, pero con ese paso un poco lento de las mujeres acostumbradas á dejarse admirar, se puso en camino, llevando á Jack de la mano. El paseo al aire libre y la vista de las tiendas que empezaban á encender sus luces, acabaron de devolverle su buen humor.

Luego, de repente, delante de un escaparate más brillante que los demás, la idea de un baile de máscaras, al cual debía ir aquella noche, baile precedido de una comida, se le vino á las mientes.

—¡Misericordia!... ¡Y yo que ya no me acordaba!... Mira, pobre Jack mío, qué aturdida estoy... ¡Pronto, pronto!

Necesitaba flores, un ramo; algunas menudencias olvidadas. Y el niño, para quien esas frivolidades habían sido siempre la vida, el cual experimentaba, casi tanto como ella, el sutil encanto de esas elegancias, la seguía dando saltos, animado por la idea de aquella fiesta que él no había de ver.

Una de sus alegrías era, siempre, el traje de su madre, la belleza de su madre, aquella aten-

ción admirativa que despertaba por donde quiera que pasase.

—¡Magnífico!... ¡Magnífico! Envíemelo usted á casa: boulevard Haussmann.

La señora de Barancy entregaba su tarjeta, salía, hablaba á Jack con exuberancia de todas aquellas compras suyas. Luego le decía con gravedad:

—Sobre todo, acuérdate de lo que te tengo recomendado. Es menester que no digas al "Buen Amigo„ que he ido á ese baile... Es un secreto .. ¡Caramba! Las cinco ya... ¡Cómo va á regañarme Constancia!...

Y no se equivocaba.

Su doncella-factótum, una mujer alta y fornida de cuarenta años de edad, hombruna y fea, se precipitó á su encuentro en cuanto la oyó llegar.

Ya estaba allí el traje... No tenía sentido común en volver tan tarde á casa. La señora no estaría arreglada á tiempo... No era posible vestirla tan pronto.

—No me riñas, Constancia... ¡Si supieras lo que sucede...! ¡Mira, mira!

Y la señaló el niño. La factótum pareció indignada.

—¡Cómo, señorito Jack!... ¿Ha vuelto usted? Eso está muy mal hecho, después de lo que había usted prometido. ¿Habrá que llevarlo á usted á esa escuela con una pareja de gendarmes?... ¡Y es que su mamá de usted es demasiado buena!

—¡Pero si no tiene él la culpa! Son aquellos curas quienes no han querido... ¿Comprendes tú eso? ¡Que se me haga á mi semejante afrenta!... ¡A mí, á mí!

Y al recordarlo, se echó á llorar otra vez y empezó de nuevo á preguntar á Dios lo que había hecho para ser tan desgraciada. Unid á esto los merengues, el vino de España, el calor de la habitación. Se sintió mala.

Fué menester llevarla á la cama y destapar frascos de sales de éter para reanimarla.

La señorita Constancia se cuidó de todo eso, como mujer conocedora de esa clase de crisis; iba y venía por la habitación; abría y cerraba los armarios con esa sangre fría que presta la experiencia, y parecía decir: "Esto pasará pronto.„

Y al mismo tiempo que funcionaba, hablaba sola:

—¡Vaya una idea la de llevar á aquel niño á un colegio de Jesuítas!... ¡Como si en su posición pudiera hacerse eso!... No habría pasado lo ocurrido si me hubieran consultado antes... ¡Vaya un trabajo que me costaría á mí encontrarle un colegio, y bueno!

Jack, muy asustado al ver á su madre en aquella situación, se había acercado á la cama y la miraba con ansiedad, pidiéndole perdón desde el fondo de su alma por el pesar que le producía.

—¡Vamos, quítese usted de ahí, señorito Jack!.. Mamá ya está buena... Voy á vestirla.

—¡Cómo, Constancia! ¿Quieres que vaya á ese baile?... ¡Tengo tan pocas ganas de diversiones!...

—¡Bah! Deje usted, que yo la conozco... Dentro de cinco minutos ya no se acuerda de nada... Mire usted este bonito traje de *Locura*, y estas medias de seda color de rosa, y el birrete con cascabeles...

Había cogido el traje, lo extendía, hacía sonar y relucir todos aquellos cascabeles, á los cuales no pudo resistir Ida.

Mientras vestían á su madre, Jack entró en el tocador, solo y á oscuras.

Las sombras llenaban aquella habitación coquetona, capitonada, llena de objetos, sobre los cuales un farol del boulevard lanzaba su pálido resplandor. Tristemente, con la cabeza apoyada en los cristales, se puso á pensar en aquel día de emociones; y poco á poco, sin que pudiera expli-

carse por qué, sintió que se convertía en "el pobre niño„ de que hablaba aquel cura con tanta conmiseración.

¡Es tan singular verse compadecido cuando uno se cree feliz! ¡Luego hay desdichas tan bien disimuladas, que aquellos que son causa ó víctima de ellas, no las adivinan siquiera!

La puerta se abrió. Su madre estaba dispuesta.

—Entre usted, señorito Jack... y venga á ver qué hermosa está.

¡Oh! ¡Qué *Locura* más encantadora, color de rosa y plateada, toda de raso! ¡Qué bonito ruido de cascabeles producía el menor movimiento!

El niño miraba, admiraba; y la madre, empolvada, ligera, vaporosa, miraba á Jack y le sonreía, sin preocuparse en lo más mínimo de lo que le habría hecho á Dios para ser tan desgraciada. Luego Constancia le echó sobre los hombros una confortable salida de teatro, y la acompañó hasta el carruaje, mientras Jack, apoyado en la barandilla, veía bajar la alfombrada escalera, vivos y saltadores como si ya los agitara el baile, aquellos dos zapatitos de color de rosa, bordados con plata, que se llevaban á su madre lejos, muy lejos de él, á bailes á los cuales no pueden ir los niños. Cuando oyó el último eco de los cascabeles, entró en la habitación sin saber qué hacerse; y por primera vez de su vida le puso en cuidado aquel abandono en que le dejaba casi todas las noches.

Cuando la señora de Barancy comía fuera de casa, Jack quedaba confiado á la señorita Constancia.

—Comerá contigo, le decía la madre.

Ponían dos cubiertos en el comedor, el cual le parecía aquellos días muy grande al niño; pero generalmente, Constancia, á quien divertía muy poco estar á solas con el chiquillo, llevaba los dos cubiertos á la cocina, y allí comían en com-

pañía de los demás criados. Era una verdadera francachela.

El lodazal aparecía allí en toda su abundancia sobre la mesa manchada de grasa y en la desordenada alegría de los comensales. Naturalmente, la factótum presidía, y no dejaba de contar, para regocijo de todos, las aventuras de su ama, si bien con palabras encubiertas y de cierto modo, con objeto de no asustar al muchacho.

Aquella noche hubo gran discusión en la cocina sobre la negativa rotunda de los jesuítas de Vaugiraud. Agustín, el cochero, declaró que mejor era que hubiese sucedido aquello, porque si no, los curas hubieran hecho del niño "un jesuíta, un hipócrita.„

La señorita Constancia[10] protestó contra esas frases. No practicaba la religión, es verdad, pero no quería tampoco que se hablase mal de los curas. Entonces la discusión cambió de asunto, con gran disgusto de Jack, que todo era oídos, esperando saber por qué aquel cura, que parecía tan bueno, no había querido admitirlo en el colegio.

Ahora ya no se trataba de Jack, ni de su madre, sino de las convicciones religiosas de cada cual.

El cochero Agustín, cuando había bebido, tenía algunas verdaderamente singulares... Su Dios era el sol... No reconocía otro...

—¡Soy como los elefantes, adoro al sol!... repetía sin cesar, con obstinación de borracho.

Al fin, le preguntaron dónde había visto eso de que los elefantes adorasen al sol.

—¡Lo he visto una vez en una fotografía! dijo, con aire majestuosamente embrutecido.

Al oir lo cual la señorita Constancia lo trató de impío y de ateo, mientras la cocinera, una robusta moza de Picardía, llena de astucia rural, les decía á los dos:

10. La españolización de los nombres propios constituía una norma de traducción en el siglo XIX. Giner de los Ríos no es, como se ve, una excepción, y asume esta norma siempre que le es posible. Traduce no solo los antropónonimos (Constanze se transforma en Constancia; Auguste, en Agustín; Evariste, en Evaristo; Mélanie, en Melanía, etc.), sino también los topónimos (Pointe-à-Pitre se traduce como Punta Pitra; la Touraine, como la Turena, etc.).

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Ninguno de los dos tenéis razón... Oidme á mí... No se deben discutir las creencias de nadie.

¿Y Jack?... ¿Qué hacía entretanto?

Allá, en un pico de la mesa, pesada la cabeza á causa del calor de las hornillas y de la interminable discusión de aquellos brutos, se dormía, con la cara apoyada sobre la manga de terciopelo de su traje. En medio de esa turbación que precede al sueño cuando se está sentado, cansado y desagradablemente, oía las tres voces de los criados... Ahora le parecía hablaban de él; pero era allá lejos, muy lejos, entre la bruma.

—¿De quién es este angelito? preguntó la voz de la cocinera.

—No lo sé, contestaba Constancia; pero lo que sí sé es que no puede permanecer aquí, y que su madre me ha dado el encargo de buscarle un colegio.

Entre dos eructos, el cochero refunfuñó:

—Espera, espera, que yo conozco un famoso colegio, y que de seguro es lo que bus... lo que buscas. Se llama la escuel... no, no la escuela... el gimnasio... el colegio Moronval. Un colegio. Cuando estaba yo en casa de los Said, en casa de mis egipcios, allí llevaba al chico; por cierto que el encargado de las comidas, un tío muy sucio, me daba siempre algún prospecto. Creo que todavía debo de tener alguno...

Buscó en su cartera, y de entre los papelotes arrugados que puso encima de la mesa, sacó uno, más grasiento todavía que los demás.

—¡Aquí está! dijo con aire de triunfo.

Desdobló el prospecto y comenzó á leer, ó más bien á deletrear trabajosamente:

Co... Colegio Moronval... en el... en el...

—Dame eso, dijo la señorita Constancia; y quitándole el papel de las manos, leyó de un tirón:

Colegio Moronval, 25, avenida de Montaigne. En el barrio más hermoso de París.—Institu-

ción de familia.— Gran jardín.— Número de alumnos limitado.— Curso de pronunciación francesa por el método Moronval-Decostère.— Corrección del acento extranjero ó provinciano. Corrección de todo género de vicios de pronunciación por la posición de los órganos fonéticos...

La señorita Constancia se interrumpió para respirar, y dijo:

—Esto me parece muy conveniente.

—¡Ya lo creo! contestó la cocinera, abriendo mucho los ojos.

— ... De los órganos fonéticos... Lectura expresiva en alta voz. Principios de articulación y de respiración.

Continuó la lectura del prospecto, pero Jack se había dormido por completo y no oía nada.

Soñaba.

Sí: mientras se trataba de su porvenir en torno de aquella inmunda mesa de cocina; mientras su madre, disfrazada de *Locura*, se divertía como una loca sabe Dios dónde, él soñaba con aquel cura de voz dulce y penetrante, que había dicho:

"¡Pobre niño!„

Vieron entrar un colegial alto y estirado.

II

EL COLEGIO MORONVAL[11]

Avenida de Montaigne, 25, *en el barrio más hermoso de París*, decía el prospecto Moronval.

En efecto; no se puede negar que la Avenida de Montaigne está situada en uno de los barrios más bonitos de París, en el centro de los Campos Elíseos, y que es muy agradable para vivir en ella, limitada por un lado por los muelles del Sena, y por el otro, por fuentes bordeadas de flores. Pero tiene el aspecto disparatado, descompuesto de una vía trazada de prisa y corriendo y todavía no concluída.

11. El nombre que recibe el colegio en la novela francesa es *Gymnase Monroval*. Mientras que en otras traducciones se ha mantenido la denominación de *gimnasio*, Giner de los Ríos ha optado por *colegio*, un término más acorde con los usos españoles. Sin embargo, no ha tenido en cuenta que, al llamar al colegio *gymnase*, Daudet pretendía ridiculizar la moda francesa de emplear terminología alemana para denominar las instituciones escolares. Como se verá en la página 36 de la novela, son las ínfulas de grandeza del señor Monroval, director del colegio, las que le han llevado a presentar su depauperada escuela como un gimnasio alemán, esto es, como un «lugar libre de ejercicio para el espíritu y para el cuerpo». Se trata de la vieja estrategia de esconder bajo grandes palabras una realidad vergonzosa. El efecto cómico que pretendía Daudet se pierde, pues, en la traducción de Giner de los Ríos.

Al lado de suntuosos hoteles que adornan sus redondeadas esquinas con cristales, con colgaduras de sedas de colores claros, con doradas estatuítas, con jardineras rústicas, vense casas para obreros, edificios sombríos, donde suenan los martillos de carreteros y de herradores. Hay también allí un rincón del barrio que animan por las noches los violines de Mabille. En aquella época, se veían también en la Avenida, y creo que aún existen hoy, dos ó tres pasajes sórdidos, viejos recuerdos de la antigua alameda de las Viudas, el miserable aspecto de los cuales formaba singular contraste con los esplendores que les rodeaba. Una de esas callejuelas comenzaba en el número 25 de la Avenida de Montaigne, y se llamaba el pasaje de las Doce Casas.

Unas letras doradas, en el frontón de la verja ojival del pasaje, anunciaban muy pomposamente que la institución Moronval se hallaba instalada en aquel sitio. Pero en cuanto se pasaba al otro lado de la verja, se metían los pies en ese barro negro, infecto, indestructible, que los derribos y las edificaciones recientes vierten en derredor suyo: un barro de terreno vago. El arroyo, en medio del pasaje, el farol que cortaba el espacio, y á un lado y otro casuchas malas, solares cercados de vallas viejas, os llevaban á cuarenta años atrás y al otro extremo de París, allá por La Chapelle ó por Menilmontant.

De aquellas especies de hotelitos, que se hallaban en comunicación con la calle por medio de galerías abiertas, de balcones, de escaleras exteriores, se desbordaban las ropas puestas á secar, jaulas con conejos, un hormiguero de chiquillos desarrapados, de gatos flacuchos y de maricas aprisionadas.

Llamaba la atención también que en tan poco sitio pudiera moverse tan numerosa población de palafreneros ingleses y de criados, tantas anti-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

guas libreas, tantos pingajos, tantos chalecos encarnados y tantas gorrillas de telas á cuadros. Añadid que todas las tardes, á la puesta del sol, entraban allí—después de terminar su trabajo del día—las alquiladoras de sillas, los carritos tirados por cabras, los teatrillos Guignol ambulantes, los barquilleros, los mendigos de toda especie, los enanos del Hipódromo con sus jaquillas microscópicas y sus cartelones-reclamo, y tendréis una idea de ese pasaje singular, colocado como escenario lleno de trastos detrás de la magnífica decoración de los Campos Elíseos, rodeado del sordo rodar de los carruajes, de los árboles verdes, del lujo tranquilo de esas grandes avenidas, de las cuales parecía el reverso miserable y turbulento.

En medio de ese conjunto pintoresco, no estaba fuera de lugar el colegio Moronval.

Varias veces al día, un mulato de elevada estatura, muy flaco, con los lacios cabellos cayéndole sobre los hombros, cubierta la cabeza con un sombrero de cuákero de anchas alas, y echado hacia atrás como una aureola, atravesaba el pasaje con aire de hombre atareado, seguido de media docena de diablillos, cuyos colores variaban, desde el cobre claro al más intenso negro, y que, vestidos con uniformes raídos de colegiales descuidados, pálidos, desgarbados, parecían formar parte de algún cuerpo de tropas sublevadas, pertenecientes á un ejército colonial.

El director del colegio Moronval paseaba á sus *países cálidos* como los llamaba, y las idas y venidas de aquel colegio polícromo, lo descosido de sus ocupaciones, el aire raro de los profesores, completaba á maravilla la extraña fisonomía del pasaje de las Doce Casas.

Seguramente que si la señora de Barancy hubiese ido en persona á llevar á su hijo al colegio, la vista de aquella corte de los milagros, que ha-

bía que atravesar para llegar al colegio, la hubiera asustado, y jamás hubiese consentido en dejar á su *angelito querido* en semejante cloaca. Pero su visita á los jesuítas había sido tan desagradable, el recibimiento tan distinto de lo que ella había esperado, que la pobre criatura, muy tímida en el fondo y muy fácil de desconcertar, había temido alguna nueva intimación, y dejó á la señorita Constancia, su doncella, el cuidado de colocar á Jack en el colegio elegido por la gente de su cocina.

Una mañana triste, fría y nevada, se detuvo el carruaje de Ida en la Avenida de Montaigne, enfrente del letrero dorado del colegio Moronval.

El pasaje estaba desierto, el farol se columpiaba pendiente de la cuerda que lo sostenía, y la fachada de las casuchas y los papeles que le servían de cristales en las ventanas, todo tenía el aspecto enmohecido, desunido, socavado, que da una reciente inundación ó la proximidad á un canal que no tiene todavía hechos sus muelles y embarcaderos.

La osada factótum avanzaba valerosamente con el chiquillo de la mano, y en la otra un paraguas.

Al llegar á la casa duodécima se detuvieron.

Estaba al otro extremo del pasaje, en el sitio donde éste se estrecha todavía hoy para entrar en la calle de Marbeuf, entre dos tapias muy altas. Algunas ramas ennegrecidas y entecas se columpiaban por encima de una puerta pintada de verde y desteñida.

Cierta limpieza anunciaba la proximidad á la aristocrática institución, y las conchas de ostras, los platos rotos, las latas viejas de sardinas abiertas y vacías, estaban cuidadosamente apartadas á un lado del portal verde, macizo, sólido é imponente, como si diera acceso á una prisión ó á un convento.

El profundo silencio, que desde fuera parecía hacer más grandes los departamentos y los jardines del colegio, fué repentinamente turbado por el vigoroso campanillazo que dió la señorita Constancia.

Aquel campanillazo heló el corazón al pobre Jack; y en el jardín, los gorriones, agrupados en un solo árbol, con ese instinto de asociación que se les desarrolla en invierno cuando el grano escasea, echaron á volar, asustados, al alero del tejado próximo.

Nadie, sin embargo, acudió á abrir; pero oyóse cuchichear al otro lado de las sólidas hojas de la puerta; y en el ventanillo con reja que se veía en una de ellas, se vió una cara negra, de labios como belfos, de grandes ojos saltones, de sonrisa silenciosa.

—¿El colegio de Moronval?... preguntó la imponente factótum de la señora de Barancy.

La cabeza de mulato había dejado su sitio á un tipo diferente, malayo ó tártaro, con unos ojillos ribeteados, con pómulos salientes, con un cráneo estrecho y puntiagudo. En seguida apareció á su vez un mestizo, color de café con leche, curioso y sonriente; pero la puerta permanecía cerrada, y la señorita Constancia comenzaba á impacientarse, cuando una voz agudísima gritó desde lejos: "¿Queréis abrir, atajo de macacos?...„

Entonces se redoblaron los cuchicheos más extraños y acentuados. Hubo vueltas de llave apresuradas, luego juramentos, golpes, un escándalo terrible, y cuando al fin se abrió la puerta, Jack vió espaldas de colegiales que huían en todas direcciones, tan asustados como los gorriones de antes.

No quedaba en la entrada más que un mulato alto y flaco, cuya corbata blanca, que daba muchas vueltas alrededor de su pelado pescuezo, hacía que la cara pareciese más negra y más terrosa.

El Sr. Moronval rogó á la señorita Constancia que tuviese la bondad de entrar; le ofreció el brazo, y atravesaron un jardín bastante grande, pero en el cual las veredas destrozadas, los sembrados pisoteados, aparecían aún más tristes por el matiz sombrío y uniforme del invierno.

Varios edificios, dispersados, de extraña construcción, se desparramaban por en medio de los difuntos prados, El colegio era, según parece, una antigua fotografía hípica[12], arreglada por el señor Monroval para casa de educación. Había, entre otras cosas, una gran rotonda cerrada de cristales, enarenada, que servía á los muchachos de sala de recreo, y los cristales de la cual, dispuestos como los de una estufa, en parte rotos ó rajados, estaban sujetos por todas partes con sinnúmero de tiras de papel.

En una calle de árboles encontraron á un negrito con chaleco encarnado, armado de una enorme escoba y de un cogedor de carbón. Se apartó tímidamente, respetuosamente, al pasar el Sr. Moronval, que le dijo:

—¡Fuego en el salón!

El negro pareció tan asombrado, tan estupefacto, como si le hubiera dicho que se había prendido fuego al salón, siendo así que lo que le mandaban era que encendiera de prisa lumbre.

Y no era aquella ciertamente una orden inútil.

No puede imaginarse nada más frío que aquel enorme locutorio, el suelo del cual, entarimado, viejo y encerado con brillo, producía la impresión de un lago helado y resbaladizo. Hasta los muebles parecían preservarse de aquella temperatura polar, empaquetados en unas fundas muy viejas y que les estaban poco á la medida, en las cuales se envolvían como enfermos de hospital en sus blusas de uniforme.

Pero la señorita Constancia no veía ni los desconchones de las paredes, ni la desnudez de

12. También en francés resulta extraño denominar «fotografía» al local donde trabaja el fotógrafo. El *Trésor de la Langue Française*, que considera este uso metonímico como «vielli et rare», cita precisamente esta novela de Daudet para ilustrarlo. No ha sido Giner de los Ríos el único traductor que ha mantenido en su versión la metonimia de Daudet. También la encontramos en la traducción de Pedro Gregorio (1901: 30).

aquel enorme salón, que se parecía á un corredor en parte acristalado, porque el establecimiento de fotografía hípica había dejado, á su paso por aquellos edificios disparatados, abundancia de luz, sin la cual se hubiera uno podido pasar muy bien.

La doncella estaba por completo dedicada á jugar á la señora y darse importancia.

Estaba satisfechísima, y le parecía que los muchachos debían estar muy bien allí, al aire libre como en el campo.

—Completamente como en el campo... contestaba Moronval pavoneándose.

Hubo un momento de cortedad, de instalación, como sucede en casa de los pobres, en la cual las visitas parecen siempre temerosas de espantar una masa de átomos invisibles.

El negrito encendía la chimenea. El Sr. Moronval buscaba una banqueta para la noble forastera. Por fin la señora de Moronval, que se llamaba antes de casarse Decostère, á la cual habían ido á avisar, hizo su entrada, saludando con ademán afectado y pretencioso. Aquella mujer bajita, muy bajita, con una cabeza larga y aplastada, toda frente y barba,[13] debía ser algo contrahecha. Se presentaba siempre de cara, muy derecha, sin perder nunca ni una pulgada de estatura, como para disimular un no sé qué que sabía que tenía entre los omoplatos. Por lo demás, era muy amable, cariñosa y digna.

Llamó al niño á su lado, acarició sus rizosos cabellos, y dijo que tenía unos ojos muy bonitos.

—Los ojos de su madre... añadió osadamente Moronval, mirando á la señorita Constancia.

Esta no se apresuró á reclamar; pero Jack, indignado, exclamó con lágrimas en la voz:

—No es mamá...; es mi criada.

Al oirle esto, la señora de Moronval, antes Decostère, un poco avergonzada de la familiaridad,

13. «Tout front et menton», dice Daudet. La barba, en efecto, es la «parte de la cara que está debajo de la boca», según el diccionario de la Academia. Nada que objetar, pues, a esta equivalencia, pero resulta inevitable asociar metonímicamente esta parte de la cara con el vello que crece en ella. Consciente del efecto que esto podría tener el lector, otros traductores ha evitado emplear este término. «Barbilla» es el que emplea Pedro Gregorio en su versión (1901: 31).

adoptó una actitud reservada, que hubiese podido perjudicar tal vez á los intereses del colegio. Afortunadamente, su marido extremó sus amabilidades, comprendiendo que una criada encargada por los amos de llevar personalmente á un niño al colegio, debía de tener cierta importancia en la casa.

La señorita Constancia se lo demostró plenamente. Habló muy fuerte y con tono perentorio; no ocultó que la elección de colegio había sido dejada por completo á su discreción, y cada vez que pronunciaba el nombre de su ama, lo hacía con cierto airecillo de protección y lástima, que desesperaba á Jack.

Discutieron el precio de la pensión; tres mil francos al año, sin contar el equipo. Después, en cuanto se hubo convenido la cantidad, el Moronval empezó á defender la cifra.

¡Tres mil francos!... Podía parecer una cifra considerable...Sí, sí, era el primero que convenía en ello... Pero el colegio Moronval no se parecía á otros establecimientos de enseñanza. No sin razón se le había dado, á la alemana, el nombre de Gimnasio Moronval, lugar libre de ejercicio para el espíritu y para el cuerpo. Al mismo tiempo que educaban á los discípulos, se les iniciaba en la vida parisiense.

Acompañaban á su profesor al teatro y á visitas. Las grandes sesiones académicas les contaban entre el público de esas justas literarias. En lugar de hacer de ellos unos brutos pedantes, atiborrados de griego y de latín, se procuraba desarrollar en ellos todos los sentimientos humanos, enseñarles también las dulzuras de la vida de familia, de la cual casi todos ellos, como eran extranjeros, se veían privados hacía mucho tiempo. A pesar de esto, no se descuidaba la instrucción, al contrario; los hombres más eminentes, sabios, artistas, no habían vacilado en asociarse á esta

obra filantrópica, *en calidad de profesores*, profesores de ciencias, de historia, de música, de literatura, cuyas lecciones alternaban todos los días con un curso de pronunciación francesa por un método nuevo, infalible, del cual era autor la señora Moronval-Decostère. Además había cada ocho días una sesión de lectura expresiva en alta voz, á la cual eran invitados los padres ó encargados de los alumnos, para que pudiesen convencerse de la excelencia del sistema Moronval.

Este largo discurso del director que, más que nadie, hubiera necesitado las lecciones de pronunciación de su mujer, fué desembuchado tanto más de prisa, cuanto que, en su calidad de criollo, se comía la mitad de las palabras, suprimía la *r*, y decía "pofesó de liteatú„, "oba filantópica„, por profesor de literatura y por obra filantrópica.

No importa: la señorita Constancia quedó deslumbrada.

Lo del precio no era cuestión para ella... ¿saben ustedes? Lo que se deseaba era que el niño recibiese *una educación esmerada y aristocrática*.

—¡Oh! En cuanto á eso, no hay cuidado, dijo la señora de Moronval levantando la cabeza.

Y su marido añadió que no admitía en el colegio más que extranjeros de distinción, herederos de grandes familias, nobles, príncipes. Precisamente en el colegio había entonces un niño de sangre real, el propio hijo del rey de Dahomey. ¡Ahora sí que ya no tuvo límites el entusiasmo de la señorita Constancia!

—¡Un hijo de rey!... ¿Oye usted, señorito Jack? ¡Será usted educado con el hijo de un rey!

—Sí, replicó con gravedad el director; he sido encargado por Su Majestad dahomeyana, de la educación de Su Alteza real, y creo, sin que esto sea vanagloria, que he conseguido hacer de él un hombre distinguido bajo todos conceptos.

¿Qué tendría el negrito que estaba encendien-

do la chimenea para agitarse tanto y mover con tanto estrépito el cogedor del carbón?

El director continuó:

—Espero, y la señora de Moronval que se halla presente espera también, que cuando el príncipe ocupe el trono de sus mayores, recordará los buenos consejos, los buenos ejemplos que le dan sus maestros en París, y los hermosos años pasados á su lado, y sus cuidados infatigables y sus asiduos esfuerzos.

Aquí Jack sintióse muy sorprendido al ver que el negrito, que seguía ocupado delante de la chimenea, volvía hacia él su crespada cabeza y la agitaba, moviendo sus grandes ojazos blancos, con una mímica de enérgica y furiosa negación.

¿Querría decir que Su Alteza real no se acordaría de las buenas lecciones del colegio Moronval, ó que no las agradecería de ningún modo?

¿Qué sabría de eso aquel esclavo?

Después de este último discurso del director, la señorita Constancia se declaró dispuesta á pagar, según costumbre, un trimestre adelantado.

Moronval hizo un gesto magnífico, que significaba: "¡No corre prisa!„

Y, por el contrario, corría mucha prisa.

Toda la casa lo pregonaba con sus muebles cojos, sus paredes desconchadas, sus alfombras rotas; y la levita negra, rapada, del Moronval, decía á su manera que corría mucha prisa, así como el vestidillo lustroso y ajado de la señora de la barbilla puntiaguda.

Pero lo que más lo demostró fué el apresuramiento con que los dos cónyuges fueron á buscar en la habitación contigua un gran libro-registro con broches, para inscribir en él el nombre y la edad del nuevo alumno, y la fecha de su entrada en el Gimnasio.[14]

Mientras se solventaban esas graves cuestio-

14. Consciente, ahora sí, del efecto que busca Daudet al llamar *gimnasio* a la escuela, el traductor abandona el término *colegio*, que ha estado empleando hasta ahora.

nes, el negro seguía acurrucado delante de la chimenea, sin que, sin embargo, pareciera necesaria su presencia.

La chimenea, que al principio habíase negado en redondo á consumir ni una astilla, del mismo modo que los estómagos cerrados á fuerza de ayuno rechazan todo alimento, devoraba ahora con avidez, avivando con toda la fuerza de su corriente de aire una hermosa llama rojiza, caprichosa y chillona.

El negrito, con la cabeza entre los puños, con la mirada fija, como extasiado, parecía una pequeña silueta diabólica, por el contraste que su negrura formaba con el fondo rojizo del hogar de la chimenea.

Abría la boca para reir silenciosamente, y al mismo tiempo los ojos.

Parecía que estaba aspirando por todas partes el calor y la luz, envuelto, tiritando, en el rayo del hogar, mientras que fuera, bajo el cielo encapotado y amarillento, la nieve blanquísima revoloteaba en torbellinos.

Jack estaba triste.

Aquel Moronval tenía cara de malo, á pesar de su dulzona manera de hablar.

Y además, en aquel extraño colegio, el niño sentíase perdido, más lejos aún de su madre, como si aquellos alumnos de color, procedentes de todos los rincones del globo, hubiesen llevado allí una tristeza de abandono, y la inquietud de las largas distancias.

Al mismo tiempo se acordaba del colegio de Vaugirard, tan bien arreglado, tan lleno y tan susurrador, de los hermosos árboles, de la caldeada estufa, toda una atmósfera de dulzura, de tranquilidad cariñosa, de la cual le había dado la sensación la mano del rector, posada un momento sobre su cabeza.

¡Oh! ¿Por qué no se habría quedado allí?... Y al

recordar lo sucedido, se dijo que tal vez tampoco le quisieran recibir en este colegio.

Tuvo un momento de mucho miedo.

Junto á la mesa, alrededor del inmenso libro de registro, el matrimonio Moronval y Constancia cuchicheaban y lo miraban atentamente. Sorprendía algunas palabras sueltas y algunas señas. La mujer de la cara larga lo miraba con simpatía, y dos veces Jack la oyó murmurar lo que había dicho el cura:

"¡Pobre niño!„

¿También ella?

¿Por qué lo compadecían todos?

Era una cosa terrible aquella compasión que sentía pesar sobre él. Sentía deseos de llorar de vergüenza, atribuyendo, con su candidez de niño, que aquella compasión mezclada de desdén, se refería á alguna particularidad de su traje, á sus piernas desnudas ó á su cabello demasiado largo.

Pero la desesperación de su madre era lo que más le asustaba, al pensar que pudieran negarse á recibirlo allí también.

De pronto vió que la señorita Constancia metía la mano en su saco y alineaba billetes de Banco, monedas de oro encima del tapete viejo y manchado de tinta. Decididamente se quedaba allí.

Se alegró con sinceridad el pobrecillo, sin pensar que lo que acababa de firmarse encima de aquella mesa era la desgracia de su vida, de toda su lúgubre vida.

En aquel momento oyóse una formidable voz de bajo, que sonaba en el desierto del jardín:

Monjas que reposáis bajo esta tierra fría...

Aún retemblaban los cristales del locutorio, cuando un hombrecillo gordo y bajo, ancho y rechoncho, con un fieltro de terciopelo negro, con el pelo cortado al rape, la barba en forma de horquilla, abrió la puerta ruidosamente.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¡Encendida la chimenea del salón! gritó con estupefacción cómica. ¡Ese sí que es lujo! ¡Bah! ¡Bah! Hemos atrapado algún discípulo nuevo... ¡Bah! ¡Bah!

Por una manía de cantante, para asegurarse de la presencia en su teclado subterráneo de cierta nota de bajo, con la cual estaba muy orgulloso, y de la cual se mostraba muy preocupado, el recién llegado acentuaba todas sus frases con aquellos *¡Bah! ¡Bah!* especie de mugidos cavernosos y sordos que parecían salir de debajo del suelo de los sitios por donde pasaba.

Al ver aquella señora forastera, el niño y el montón de dinero, se detuvo de pronto, sin poder pronunciar palabra. El estupor, la alegría, el asombro, combatían en su semblante, cuyos músculos parecían hechos por expresiones diversas.

Moronval se volvió con gravedad hacia la doncella.

—¡El Sr. Labassindre, de la Academia Imperial de Música, nuestro profesor de canto!...

Labassindre saludó dos veces, tres, cuatro, y después, por disimular su turbación, dió un puntapié al negrito, el cual desapareció sin decir palabra, con el cogedor de carbón en la mano.

La puerta se abrió de nuevo para dar paso á otros dos personajes.

El uno muy feo, canoso, de cara flacucha y sin barba, con los ojos adornados con unas gafas de cristales convexos y abrochada hasta el cuello una levita vieja, que llevaba en las solapas evidentes muestras de su torpeza de miope.

Era el doctor Hirsch, profesor de matemáticas y de ciencias naturales.

Exhalaba un fuerte olor á álcali, y gracias á toda suerte de manipulaciones químicas, sus dedos eran multicolores: amarillos, verdes, azules, encarnados.

El otro hacía con este fantoche un contraste singular.

Era bastante buen mozo, vestido cuidadosamente, con guantes claros, con el pelo pretenciosamente peinado hacia atrás, como para agrandar una frente interminable, con la mirada distraída, desdeñosa; y su espeso bigote rubio, muy lleno de cosmético, su faz ancha y pálida, le daban aire de mosquetero enfermo.

Moronval lo presentó como "nuestro gran poeta Amaury D'Argenton, profesor de literatura.„

Él también, al ver las monedas de oro, tuvo el mismo movimiento de estupor que el doctor Hirsch y el cantante Labassindre... Su mirada fría se animó; pero pronto se calmó de nuevo, después de echar una mirada en redondo al niño y á la criada.

Luego se acercó á los otros profesores instalados delante de la chimenea, y después de saludarse, se miraban los tres sin hablar, con aire asustado y gozoso.

La señorita Constancia pensó que aquel D'Argenton tenía el aire[15] orgulloso: á Jack le produjo un efecto indefinible de repulsión y de terror.

De todos los que había allí, había de sufrir el niño; pero de aquél más que de los otros. Cualquiera hubiera dicho que lo había comprendido. Sólo al verlo entrar, había adivinado en él un *enemigo*, y aquella mirada, al cruzarse con la suya, lo había helado hasta el fondo del corazón.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las tristezas de su vida, debía volver á encontrar aquellos ojos de azul apagado, adormilado bajo el pesado párpado y cuyas miradas, cuando se animaban, tenían los brillos del acero! Se ha dicho, que los ojos son las ventanas del alma; pero éstos eran ventanas tan bien cerradas, que no se sabía si detrás de ellas había un alma.

Cuando terminó la conversación entre la se-

15. El excesivo apego a la sintaxis francesa resulta evidente en esta traducción. «[...] d'Argenton avait l'air fier», dice el narrador en la novela original. También Pedro Gregorio Pérez, en su traducción de 1901, ha optado por mantenerse cerca de la literalidad del francés, pero ha sustituido el artículo determinado por uno indeterminado para evitar calcar la expresión: «tenía un aire orgulloso».

ñorita Constancia y los esposos Moronval, el mulato se acercó á su nuevo discípulo, y dándole una amistosa palmadita en la mejilla:

—Vamos, vamos, amiguito... Es menester que pongamos una cara más alegre que esa.

Y es que, en efecto, Jack, al separarse de la doncella, sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. No porque tuviese cariño á aquella mujer; pero al fin formaba parte de la casa, se acercaba á su madre todos los días, y la separación le parecía definitiva después que se fuese aquella persona.

—Constancia, Constancia, le decía en voz baja agarrándose á su vestido; no dejes de decir á mamá que venga á verme.

—Sí, sí, vendrá, señorito Jack...Pero es necesario no llorar...

El niño tenía grandes deseos de llorar; pero le pareció que todas aquellas gentes lo examinaban, que el profesor de literatura fijaba en él su mirada irónica y helada, y esto bastó para que comprimiese su desesperación.

La nieve caía con violencia.

Moronval propuso que fuesen á buscar un carruaje; pero la factótum declaró, admirando á todo el mundo, que Agustín, con la berlina, les esperaba á la salida del Pasaje.

Una berlina... ¡Diablo!

—Y á propósito de Agustín, dijo, me ha dado un encargo... ¿No tiene usted aquí un discípulo que se llama Said?

—Sí, sí, perfectamente... un muchacho encantador... dijo Moronval.

—Y un bajo soberbio... Va usted á oirlo... añadió Labassindre asomándose á la puerta para llamar á Said con voz de trueno.

Un aullido terrible le contestó, seguido de la aparición del encantador muchacho.

Vióse entrar á un colegial acucho,[16] cuya levita

16. «Un grand collégien basané», se lee en el original. Pese a la pérdida de los carácteres iniciales en esta ediciçon, todo apunta a que el adjetivo elegido por el traductor es «flacucho». No nos parece acertada la equivalencia propuesta: nada tiene que ver con la flaqueza el adjetivo francés «basané», que se refiere al color tostado de la piel del estudiante mulato. El propio Giner de los Ríos, en la reedición de esta traducción publicada años más tarde en París por Nelson and Sons, sustituyó «flacucho» por «cetrino». Se acercó más al original con este cambio, pero, en nuestra opinión, siguió sin dar con el color acertado. En la traducción anónima de la Biblioteca del Correo de Ultramar se ha optado por «curtido». Pedro Gregorio, por su parte, traduce *basané* por «atezado», opciones más cercanas al francés.

de uniforme, como todas esas levitas que se hacen para que duren y van colocadas en cuerpos que crecen mucho, era demasiado estrecha y demasiado corta, apretada como si fuese un caftán, y le daban todo el aire de un egipcio vestido á la europea.

Completaba la figura una cara bastante regular y abultada, pero la piel de la cual, amarilla, estirada, como si fuera á romperse, parecía haber sido distribuída con tanta parsimonia, que los ojos se cerraban ellos solos cuando se abría la boca, y recíprocamente.

Aquel pobre muchacho, de piel demasiado corta, daba ganas positivamente de hacerle una incisión, un pinchazo, algo para consolarlo.

Recordaba muy bien al cochero Agustín, que había servido en casa de sus padres, y que le daba todas las colillas de sus cigarros.

—¿Qué quiere usted que le diga de su parte? preguntó la señorita Constancia con mucha amabilidad.

—Nada... respondió simplemente el colegial.

—Y sus padres de usted, ¿cómo están?... ¿Tiene usted noticias de ellos?

—No.

—¿Han regresado á Egipto, como se proponían?

—No sé... No escribo nunca.

En verdad, la muestra de la educación Moronval-Decostère, no era afortunada en las respuestas, y Jack, al oirlas, hacía extrañas reflexiones.

La manera indiferente con que aquel muchacho hablaba de sus padres, unido á lo que el Sr. Moronval decía poco antes acerca de la vida de familia, de la cual la mayoría de sus discípulos estaban privados desde la infancia, y que él se ingeniaba para hacérsela disfrutar, le causó una impresión siniestra.

Parecióle que iba á vivir con huérfanos, con ni-

ños abandonados y que estaba él tan abandonado como si vidiese de Tombuctu ó de Otahiti.

Maquinalmente se afianzaba á la falda de la horrible criada que lo había llevado allí.

—¡Oh! ¡Dile que venga á verme!... ¡Dile que venga á verme!

Y cuando la puerta se cerró detrás de las faldas de la factótum, comprendió que todo había concluído, que todo un fragmento de su vida, su existencia de niño mimado, pertenecía ya al pasado y que ya no volvería á pasar aquellos felices días.

Mientras lloraba silenciosamente de pie contra la puerta del jardín, una mano se extendió hacia él, con una cosa negra dentro.

Era el gran Said que, para consolarlo, le ofrecía colillas de cigarros.

—Toma, hombre, no seas tonto.. Tengo una maleta llena... decía el interesante muchacho cerrando los ojos para poder hablar.

Jack sonreía y lloraba, hacía señas de que no quería aquellas excelentes colillas; y el colegial Said, cuya elocuencia era muy limitida, permanecía delante de él, sin saber qué decir, cuando entró el Sr. Moronval.

Había ido á acompañar á la señorita Constancia hasta el carruaje, y volvía animado de una respetuosa indulgencia para con el pesar que tenía su nuevo discípulo.

El cochero Agustín llevaba unas pieles magníficas; el caballo de la berlina parecía tan brioso, que el hijo de Barancy experimentó las ventajas de la soberbia apariencia de su carruaje. Aquello era una cosa extraña para el Sr. Moronval, que necesitaba á menudo recurrir, para calmar las nostalgias de sus discípulos de *países cálidos*, á un método silbante, cimbrante, cortante y nada parecido al de Decostère.

—Eso es, dijo al egipcio: trate usted de dis-

El otro hacía con este fantoche un contraste singular.

Era bastante buen mozo, vestido cuidadosamente, con guantes claros, con el pelo pretenciosamente peinado hacia atrás, como para agrandar una frente interminable, con la mirada distraída, desdeñosa; y su espeso bigote rubio, muy lleno de cosmético, su faz ancha y pálida, le daban aire de mosquetero enfermo.

Moronval lo presentó como "nuestro gran poeta Amaury D'Argenton, profesor de literatura.„

Él también, al ver las monedas de oro, tuvo el mismo movimiento de estupor que el doctor Hirsch y el cantante Labassindre... Su mirada fría se animó; pero pronto se calmó de nuevo, después de echar una mirada en redondo al niño y á la criada.

Luego se acercó á los otros profesores instalados delante de la chimenea, y después de saludarse, se miraban los tres sin hablar, con aire asustado y gozoso.

La señorita Constancia pensó que aquel D'Argenton tenía el aire orgulloso: á Jack le produjo un efecto indefinible de repulsión y de terror.

De todos los que había allí, había de sufrir el niño; pero de aquél más que de los otros. Cualquiera hubiera dicho que lo había comprendido. Sólo al verlo entrar, había adivinado en él un *enemigo*, y aquella mirada, al cruzarse con la suya, lo había helado hasta el fondo del corazón.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las tristezas de su vida, debía volver á encontrar aquellos ojos de azul apagado, adormilado bajo el pesado párpado y cuyas miradas, cuando se animaban, tenían los brillos del acero! Se ha dicho, que los ojos son las ventanas del alma; pero éstos eran ventanas tan bien cerradas, que no se sabía si detrás de ellas había un alma.

Cuando terminó la conversación entre la se-

ñorita Constancia y los esposos Moronval, el mulato se acercó á su nuevo discípulo, y dándole una amistosa palmadita en la mejilla:

—Vamos, vamos, amiguito... Es menester que pongamos una cara más alegre que esa.

Y es que, en efecto, Jack, al separarse de la doncella, sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. No porque tuviese cariño á aquella mujer; pero al fin formaba parte de la casa, se acercaba á su madre todos los días, y la separación le parecía definitiva después que se fuese aquella persona.

—Constancia, Constancia, le decía en voz baja agarrándose á su vestido; no dejes de decir á mamá que venga á verme.

—Sí, sí, vendrá, señorito Jack...Pero es necesario no llorar...

El niño tenía grandes deseos de llorar; pero le pareció que todas aquellas gentes lo examinaban, que el profesor de literatura fijaba en él su mirada irónica y helada, y esto bastó para que comprimiese su desesperación.

La nieve caía con violencia.

Moronval propuso que fuesen á buscar un carruaje; pero la factótum declaró, admirando á todo el mundo, que Agustín, con la berlina, les esperaba á la salida del Pasaje.

Una berlina... ¡Diablo!

—Y á propósito de Agustín, dijo, me ha dado un encargo... ¿No tiene usted aquí un discípulo que se llama Said?

—Sí, sí, perfectamente... un muchacho encantador... dijo Moronval.

—Y un bajo soberbio... Va usted á oírlo... añadió Labassindre asomándose á la puerta para llamar á Said con voz de trueno.

Un aullido terrible le contestó, seguido de la aparición del encantador muchacho.

Vióse entrar á un colegial acucho, cuya levita

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

traerlo... Jugad juntos... Pero, ante todo, váyanse ustedes al salón, que esto está muy frío... Doy vacaciones hasta mañana, con motivo de la entrada de este nuevo colegial.

¡Pobre nuevo!

En la gran rotonda cerrada de cristales, donde una docena de mestizos estaban jugando y dando aullidos, vióse de pronto rodeado, interrogado en una jerga incomprensible con sus rubios cabellos rizados, su plaid, sus piernas desnudas, inmóvil y tímido: en medio de la gesticulación desenfrenada de todos aquellos mestizos flacuchos y vivarachos, *parecía un elegante niño parisiense* perdido en la jaula grande de los monos, en el Jardín de Plantas.

Esta idea que le ocurrió á Moronval, lo divirtió mucho; pero fué arrancado de su silenciosa hilaridad por el ruido de una discusión muy animada, en la cual los *¡bah! ¡bah!* de Labassindre, y la vocecilla solemne de la señora de Moronval, reñían terrible torneo. En seguida adivinó de qué se trataba y se apresuró á acudir en auxilio de su mujer, que defendía heroicamente el dinero del trimestre contra las reclamaciones de los profesores, á los cuales se les debía una cantidad considerable por atrasos.

Evaristo Moronval, abogado y literato, había ido en 1848 de Punta Pitre á París, como secretario de un diputado de la Guadalupe.

Era en aquella época un mozo de veinticinco años, lleno de ambición y de apetito y no falto de instrucción y de inteligencia. Como no tenía fortuna, había aceptado aquella posición porque le pagasen el viaje y poder así llegar hasta este terrible París, cuya llama se extiende hasta tan lejos, y atrae también á las mariposas de las colonias.

Apenas desembarcó, abandonó á su diputado, adquirió algunas relaciones y se lanzó á la políti-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ca parlante y gesticulante, esperando encontrar en ella sus éxitos de Ultramar. Pero no había contado con la guasa parisiense y con aquel pícaro acento criollo, del cual no pudo deshacerse jamás, á pesar de todos sus esfuerzos.

La primera vez que habló en público, no recuerdo con motivo de qué proceso por delito de imprenta, tuvo un apóstrofe violento contra esos *miseabes esbios que deshongan la liteatúa*; y la formidable carcajada con que fué acogida la frasecilla, advirtió al pobre Evaristo Moronval la dificultad enorme que tendría para hacerse un nombre como abogado.

Contentóse, pues, con escribir; pero pronto echó de ver que no es tan fácil ser célebre en París como en un pueblo. Muy orgulloso, echado á perder por sus éxitos de campanario, violento, por esta causa, hasta el exceso, pasó sucesivamente por las redacciones de varios periódicos y no pudo permanecer en ninguna.

Entonces comenzó para él esa terrible vida de vaca rabiosa que lo destroza á uno en seguida ó que lo cura de espanto. Fué uno de esos mil pobres peales, famélicos y orgullosos, que se levantan todos los días en París, aturdidos por el hambre y por sus ensueños de ambición, devoran por la calle á bocaditos un panecillo de dos cuartos que llevan escondido en el bolsillo, que se ensucian la manga de la levita con tinta, limpiando en ella la pluma y que se blanquean la camisa con un pedazo de tiza de billar, sin otra cosa para calentarse que los caloríferos de las iglesias y de las bibliotecas.

Conoció todas las humillaciones, todas las miserias, y el no fiarle nadie la comida, y el negarle la llave de su casa cuando se retiraba después de las once de la noche, y el no tener más que un cabo de vela escaso para toda la noche, y el mojarse los pies por todas las roturas de las botas.

porque los caballos no quisieron nunca entrar en aquella cloaca.

Podía censurarse al nuevo colegio aquella abundancia de galerías acristaladas; pero aquello era solo provisional, porque los fotógrafos hicieron esperar á Moronval una próxima expropiación para una vía imaginaria en aquel barrio, cruzado ya en todas direcciones por tantas calles sin acabar.

Dijéronle que por allí debía pasar un boulevard, y que el proyecto se hallaba ya en estudio; y ya supondréis el efecto que aquella indemnización en perspectiva debió de producir en el colegio de Moronval. El dormitorio resultaría húmedo, la sala de recreo se elevaría en verano á una temperatura de estufa. Todo ello no importaba. Se trataba solamente de firmar un contrato de arrendamiento por largo plazo, de colocar en la puerta un gran rótulo con letras doradas, y de esperar lo que viniese.

De veinte años á esta parte, ¡cuántos parisienses han arruinado sus facultades, su fortuna, su vida, con esa fiebre de esperanza!... Apoderóse furiosamente de Moronval, y desde aquel momento le educación de sus alumnos, su bienestar, fueron lo que menos le preocupó.

Cuando se necesitaba urgente una reparación, contestaba: "Esto cambiará pronto...„ ó: "Es cuestión de dos meses nada más...„

Y todo se volvían proyectos fantásticos, basados en la exorbitante suma de la expropiación. Debía continuar su negocio con los muchachos de *países cálidos* en mayor escala, hacer una obra grandiosa y civilizadora y fructífera.

Entretanto, descuidaba el colegio, agotaba su actividad en inútiles gestiones, y siempre, cuando volvía á casa, preguntaba:

—¡Qué! ¿No ha venido nadie para eso de la expropiación?

Nadie. ¡Siempre nadie!

Pronto comprendió que lo habían engañado; y en aquella naturaleza impresionable y débil, de criollo indolente, el descorazonamiento degeneró en seguida en cobardía. Ni siquiera vigiló á los alumnos. Con tal de que se acostaran temprano, con objeto de gastar la menor cantidad posible de lumbre y de luz, no se les exigía más.

El día se repartía en horas de clases, vagas, indeterminadas, á capricho del director, y en hacer una porción de recados, de los cuales encargaba á los muchachos, para su servicio personal.

Al principio, los mayores seguían el curso en un instituto. Se suprimió el gasto, pero sin dejar de cobrarlo, á los interesados, en las cuentas trimestrales.

¿Acaso los profesores particulares no podían reemplazar ventajosamente á la rutina universitaria? Y Moronval llamó en su auxilio á sus antiguos amigos de café, un médico sin título, un poeta sin editor, un cantante sin contrata; gente inútil, frutos secos, desdichados, rabiosos como él con la sociedad, porque ésta no quería reconocer ni aprovechar sus talentos.

¿Habéis observado de qué modo esos entes se buscan en París, cómo se atraen, cómo se agrupan, comunicándose unos á otros sus quejas, sus exigencias, sus vanidades ociosas y estériles? Llenos en realidad de un desprecio mutuo, se hacen unos con otros un público complaciente, admirador, fuerte, del cual no les queda sino el vacío. Figuráos lo que serían las lecciones de semejantes profesores, lecciones apenas pagadas, y de las cuales la mayor parte del tiempo se pasaba en discusiones alrededor de un jarro de cerveza, entre el humo de las pipas, humo que bien pronto se hacía tan espeso, que acababan por no verse y por no entenderse. Hablaban fuerte, sin embargo; se quitaban la palabra de la boca, agota-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ban hasta lo absurdo las pocas ideas que tenían, en un vocabulario especial, en el cual el arte, la ciencia, la literatura, estirados en todos sentidos, deformados, recortados, salían hechos trizas, como telas preciosas al esfuerzo de ácidos violentos.

¿Y qué era de los muchachos en medio de todo esto?

Sólo la señora de Moronval, que había conservado las buenas tradiciones del colegio Decostère, tomaba en serio su papel; pero el repaso de la ropa y la cocina, el cuidado de aquel desmantelado establecimiento, le absorbía una gran parte del tiempo.

Era necesario que, por lo menos para salir á la calle, los uniformes estuviesen en orden, porque los muchachos iban muy orgullosos con sus levitas, llenas de galones hasta el codo. En el colegio Moronval, como en ciertos ejércitos de la América del Sur, no había más que sargentos, y era eso una bien pequeña compensación á las tristezas del destierro y al mal trato del maestro.

Porque el mulato no andaba con bromas. En los primeros días del trimestre, cuando la caja se le llenaba de dinero fresco, menos mal, solía sonreir; pero el resto del tiempo se vengaba en aquellas pieles negras, de lo que tenía de negro la sangre que corría por sus venas.

Su violencia acabó de hacer lo que su indolencia había comenzado.

Bien pronto algunos corresponsales, armadores, cónsules, se asombraron de la educación perfeccionada del Gimnasio Moronval y quitaron á los muchachos. De quince, quedaron reducidos á ocho.

"Número de alumnos limitado,„ decía el prospecto. Y esa era la única verdad que decía.

Una tristeza sombría cerníase sobre aquel gran establecimiento desamueblado; estaba hasta ame-

nazado de un embargo, cuando de pronto llegó el pobre Jack, conducido por Constancia.

Ciertamente no era una fortuna el importe de aquel trimestre adelantado; pero Moronval había comprendido toda la ventaja que se podía sacar de la situación de aquel nuevo alumno y de aquella madre extraña, que él adivinaba antes de conocerla.

Así es que aquel día hubo una pequeña tregua en los rigores y cóleras del mulato. Hubo en honor del nuevo alumno una gran comida, á la cual fueron invitados todos los profesores, y los pobres chicos de *países cálidos* tuvieron un traguito de vino; cosa que no les sucedía desde hacía mucho tiempo.

Y ahí tenéis á lo que quedó reducido el descendiente del omnipotente Tocodonou...

III

APOGEO Y DECADENCIA DEL REYEZUELO MADÚ-GHEZO

Si el Gimnasio Moronval existe todavía, cosa que me complazco en creer, denuncio á la Comisión de Salubridad el dormitorio de aquel respetable establecimiento como el lugar más insalubre, más extravagante, más húmedo, en que jamás se ha hecho dormir á niños.

Figuráos una enorme habitación de un entresuelo, sin ventanas; que recibe luz solamente por el techo, gracias á una montera de cristales, y

perfumada con un olor indeleble de colodión y éter, porque había servido en otros tiempos para las preparaciones fotográficas. La casa estaba situada en el fondo de uno de esos jardines que hay en París, rodeado de altas tapias sombrías, silenciosos, cubiertos de hierba á la sombra de las cuales se esparce la humedad hasta donde quiera que llega.

El dormitorio estaba pared por medio de un magnífico hotel; es decir, de la cuadra de ese hotel, en la que había constantemente ruido de coces, y el de una bomba siempre en movimiento; *lo cual completaba perfectamente el aspecto de* aquel depósito de reumatismos, rodeado, á la altura de la mitad de la pared, de una siniestra banda verdosa como una línea de flotación.

Todo el año estaba húmedo; con la diferencia, según las estaciones, de que la humedad era muy fría ó muy calurosa. En verano, aquel enorme cajón sin aire, caldeado por la claraboya de cristales, evaporaba, con el fresco de la noche, todo el calor del día, se llenaba de vaho como un cuarto de baño, y sudaba por todas las junturas de los ladrillos.

Además, una porción de bichos mantenidos por la proximidad de la hierba, atraídos por la claridad de los cristales, se introducían á través de las mas pequeñas junturas, revoloteaban ó corrían por el suelo zumbando, y después se dejaban caer pesadamente sobre las camas, atraídos por la blancura de las sábanas.

La humedad del invierno, era menos mala. El frío caía del techo y subía de la tierra por las junturas del entarimado; pero se podían acurrucar debajo de la ropa, juntar las rodillas con la barba, y calentarse al cabo de dos horas.

La perspicacia de Moronval había comprendido en seguida el destino que debía de darse á aquella especie de cobertizo inútil, aislado entre

montones de barredura, y ennegrecido por esas manchas que los chaparrones, mezclados á los humos de París, ponen bien pronto en los edificios abandonados.

—Aquí, el dormitorio, había dicho el mulato sin titubear.

—¡Pero, hombre, va á ser un poco húmedo! se atrevió á decir la señora Moronval.

Él contestó:

—Los muchachos de los *países cálidos* estarán frescos...

Razonablemente, había sitio para diez camas; pusieron veinte, con un lavabo en el fondo, una mala alfombra delante de la puerta, y ya estuvo dispuesto el *domitoio*, como él decía.

¿Y por qué? Un dormitorio es un sitio para dormir. Pues bien; allí dormían los muchachos á pesar del calor, del frío, de la falta de aire, de los bichos, del ruido de la bomba y de las furiosas coces de los caballos. Cogían reuma, oftalmías, bronquitis; pero dormían con los puños cerrados, tranquilos, sonrientes, suspirando bajo la influencia de ese saludable entorpecimiento del sueño que sigue al juego, al ejercicio, y á los días libres de preocupaciones y cuidados.

¡Oh, santa infancia!

La primera noche, sin embargo, Jack no pudo cerrar los ojos. Jamás se había acostado en una casa extraña, y la diferencia era demasiado grande entre su alcobita, alumbrada por una mariposa, ocupada por sus juguetes favoritos, y la oscuridad, el extraño aspecto del sitio donde se encontraba.

En cuanto los chicos se acostaron, el criado negro se llevó la lámpara, y desde aquel momento Jack estuvo despierto.

A la pálida claridad que caía de la claraboya cargada de nieve, miraba aquellas camas de hierro colocadas en fila á lo largo de la pared, la

mayor parte de ellas desocupadas, muy aplastadas y con la ropa arrollada á los pies; solamente siete ú ocho estaban ocupadas, agitadas por los movimientos de los que en ellas dormían, y animadas por un suspiro, por un ronquido, por una tos ahogada debajo del embozo.

El nuevo tenía el mejor sitio, un poco al abrigo del viento que entraba por la puerta, y del ruido de la cuadra. No tenía calor, sin embargo, y el frío, unido á lo imprevisto de la vida en que entraba, le tenían los ojos abiertos. Columpiado por lo vago de la larga vigilia, le parecía ver en conjunto todo aquel día, ilustrado con detalles muy precisos, como sucede á menudo en los sueños en los cuales el pensamiento, cruzado de grandes vacíos, se pone en comunicación, siempre consigo mismo, por medio de hilos brillantes, impregnados de recuerdos.

Así es que la corbata blanca de Moronval, su silueta de saltamonte, en la cual los codos, pegados al cuerpo, salían por detrás de la espalda como si fueran patas; las gafas enormemente abombadas del doctor Hirsch, su gabán lleno de manchas, se presentaban al espíritu del niño; y sobre todo, ¡oh! sobre todo, la mirada altanera, glacial, irónica y azul de *su enemigo*.

El miedo que le producía este último recuerdo era tal, que, sin querer, inmediatamente después pensaba en su madre como se piensa en un defensor... ¿Qué estaría haciendo á aquella hora? Las once daban en todos los relojes lejanos. Sin duda estaría en el teatro, en algún baile. Pronto volvería á su casa, muy envuelta en su abrigo de pieles y en los encajes de su toquilla.

Cuando entraba en su casa, por muy tarde que fuese, abría la puerta del cuarto de Jack, se acercaba á su cama: "¿Duermes, Jack?„ Y hasta en sueños la sentía cerca de sí; sonreía, poníale la frente para que la besara, y con los ojos medio

cerrados, entrevía los esplendores de su tocado. Quedábale una visión radiante, embalsamada, como si una hada hubiese bajado hasta él envuelta en una nube.

Y ahora...

Sin embargo, entre las tristezas de la jornada deslizábanse de vez en cuando algunas satisfacciones de amor propio: los galones, el kepis y la felicidad de haber escondido sus piernas larguiruchas en los pantalones de un uniforme azul con vivos encarnados. El traje le estaba un poco grande, pero se lo arreglarían. La señora de Moronval había señalado con alfileres los pliegues que debían cogérsele. Además, había jugado, trabado conocimiento con sus compañeros, raros, pero buenos muchachos á pesar de la ferocidad de sus fachas. Se habían peleado con bolas de nieve, en medio del aire frío del jardín, y aquello había sido una diversión nueva, llena de atractivo, para un niño educado en el confortable tocador de una mujer bonita.

Una cosa preocupaba á Jack. Hubiera deseado ver á Su Alteza real. ¿Dónde estaría aquel reyecito de Dahomey, de quien tan elocuentemente hablaba el señor Moronval? ¿De vacaciones? ¿En la enfermería?... ¡Ah! ¡Si pudiera conocerlo, hablar con él, hacerse amigo suyo!

Había hecho que le dijesen cómo se llamaban los ocho alumnos, y entre ellos no había ningún príncipe.

Al fin se decidió á preguntar á Said:

—¿No está Su Alteza real en el colegio?

A lo cual, el muchacho de la piel demasiado corta se había puesto á mirarlo con ojos asombrados, tan abiertos, que le había quedado un poco de piel para poder cerrar la boca un momento. Lo había aprovechado, y la pregunta de Jack se había quedado sin respuesta.

El niño pensaba todavía en esto, agitándose en

la cama y oyendo la música, porque de cuando en cuando oíanse ecos de música que salían de la casa, unidos á la voz de bajo á quien llamaban Labassindre. Todo ello se mezclaba agradablemente al ruido de la bomba, todavía en movimiento, y al de aquellas coces con las cuales los caballos de la vecindad hacían retumbar las paredes.

Al fin reinó la calma.

Se dormía en el dormitorio, lo mismo que en la cuadra, y los tertulianos de Moronval, después de cerrar la verja del Pasaje, se alejaban entre el ruido lejano de la calle, cuando se abrió la puerta del dormitorio, que estaba interceptada por un montón de nieve.

El criadito negro entró con un farol en la mano.

Se sacudió violentamente los copos blancos que aumentaban su negrura, y avanzó por entre las camas y la pared, con la espalda encorvada la cabeza metida entre los hombros, aterido y tiritando.

Jack miraba aquella silueta, cuya sombra se alargaba de perfil en la pared, exagerada y grotesca, poniendo de relieve todos los defectos de aquella cabeza siniestra, con los labios abultados, las orejas enormes, despegadas, el cráneo lanudo y demasiado saliente.

El negrito colgó su linterna en el fondo del dormitorio, que apareció entonces alumbrado como el entrepuente de un buque. Luego se quedó quieto, de pie, con sus enormes manos hinchadas de sabañones, y su terriza cara vuelta hacia el calor, hacia la luz, con una expresión tan bondadosa, tan infantil y confiada, que Jack le tomó cariño desde aquel momento.

Mientras se calentaba, el negrito miraba de cuando en cuando á la claraboya.

—¡Cuánta *neve!*... ¡Cuánta *neve!*... decía tiritando.

Aquella manera de pronunciar la palabra nieve, el acento de aquella voz dulce, poco segura, hablando una lengua extraña para él, conmovió al pequeño Jack, el cual le dirigió una mirada de viva compasión y de curiosidad. El negro lo advirtió, y en voz baja dijo: ¡Hola! El nuevo... ¿Por qué no duermes, chiquillo?

—No puedo, contestó Jack suspirando.

—Es bueno suspirar cuando uno tiene penas, dijo el negrito; y añadió con tono sentencioso:

—Si la pobre gente no hubiera suspirado ¡pobre gente! se habría ahogado de seguro.

Y mientras hablaba, echaba una manta en la cama contigua á la de Jack.

—¿Duerme usted ahí?... preguntó éste, muy asombrado de que un criado se acostara en el dormitorio de los colegiales... Pero ¡si ahí no hay sábanas!

—Para mí bueno está. Las sábanas no me hacen falta, porque tengo la piel muy negra...

El negro formuló esta respuesta riendo dulcemente; y ya se disponía á meterse en su cama, medio vestido para tener menos frío, cuando de pronto se detuvo, apretó contra su pecho una cazolilla de marfil tallado que llevaba pendiente del cuello, y se puso á besarla con devoción.

—¡Oh! ¡Qué medalla tan rara! dijo Jack.

—No es medalla, dijo el negro. Es mi gri-gri.

Pero Jack no sabía lo que era un *grij-grij*, y el otro le explicó que se llamaba así á un amuleto, á una cosa que servía para darle á uno buena suerte. Su tía Kerika se lo había regalado antes de marcharse de su país; su tía que lo había criado, y con la cual esperaba poder reunirse algún dia no lejano.

—Como yo á mamá, dijo el niño Barancy.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno de los dos chicos pensaron en su Kerika.

Jack continuó al cabo de un momento:

—¿Es muy bonito su país de usted?... ¿Está lejos?... ¿Cómo se llama?

—Dahomey, respondió el negro.

Jack se sentó en la cama.

—¡Oh! ¡Pues entonces... pues entonces, usted lo conoce!... ¡Tal vez haya usted venido á Francia con él!

—¿Con quién?

—Con Su Alteza real... ya sabe usted... el hijo del rey de Dahomey.

—Soy yo, dijo sencillamente el negro.

El otro lo miraba estupefacto... ¡Un Rey aquel criado á quien había visto todo el día con su chaleco de lana encarnada, andando por la casa con una escoba ó con un cubo en la mano, á quien había visto servir la mesa y limpiar las copas!

El negrito, sin embargo, hablaba seriamente. Su semblante había tomado una marcadísima expresión de tristeza, y sus ojos, fijos, parecían mirar lejos, muy lejos, hacia el pasado ó hacia alguna patria perdida.

No sé si era la ausencia del chaleco encarnado, ó la magia de la palabra rey, pero ello es que Jack encontraba al negro, sentado en el filo de la cama, con el cuello desnudo, la camiseta entreabierta sobre su pecho sombrío, sobre el cual brillaba el amuleto de marfil, cierto prestigio, cierta dignidad.

—¿Y cómo es eso?... preguntó timidamente, resumiendo en esa pregunta todos los asombros de aquel día.

—Pues es... pues es... dijo el negro.

De pronto se incorporó para apagar la linterna.

—El señor Moronval se enfada cuando Madú deja la luz encendida...

Luego acercó su camastro al de Jack.

—Tú no tienes sueño, le dijo. ¡Yo nunca tengo

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sueño cuando se habla de Dahomey... Escucha.

Y en la oscuridad, en la cual sus blancos ojos brillaban, el negrito comenzó á contar su lúgubre historia...

Se llamaba Madú, nombre de su padre, el ilustre guerrero Rack-Madú-Ghezo, uno de los más poderosos soberanos del país del oro y del marfil, á quien Francia, Holanda, Inglaterra enviaban sus regalos, allá al otro lado de los mares.

Su padre tenía grandes cañones, millares de soldados armados de fusiles y de flechas, rebaños de elefantes amaestrados para la guerra, músicos, sacerdotes, bailarinas, cuatro regimientos de amazonas y doscientas mujeres para él solo. Su palacio era inmenso, adornado con moharras de lanzas y de conchas y cabezas cortadas, que colgaban en la fachada después de la batalla ó de los sacrificios. Madú había sido educado en aquel palacio, donde entraba el sol por todas partes, caldeando las losas y las esteras extendidas. Su tía Kerika, general en jefe de las amazonas, cuidaba de él, y desde muy pequeño lo llevaba con ella á sus expediciones.

¡Qué hermosa era aquella Kerika, alta y fuerte como un hombre, vestida con una túnica azul, con las piernas y los brazos desnudos, llenos de collares de vidrio, con el arco de su flecha al hombro, con colas de caballo flotando y ondulando alrededor de su cintura, y en la cabeza, entre la lana de sus cabellos, dos cuernecitos de antílope formando media luna, como si los guerreros negros conservaran la tradición de Diana, la blanca cazadora!

¡Y qué golpe de vista, qué firmeza de mano para arrancar un colmillo de marfil, ó para cortar una cabeza de achanti de un solo golpe! Pero si bien Kerika á veces era terrible, mostrábase siempre dulce con su pequeño Madú, le regalaba collares de ámbar y de coral, taparrabos

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

de seda, bordados con oro y muchas conchas, que son la moneda del país. Le había regalado también una escopetita de bronce dorado, que le enviara la reina de Inglaterra, que la parecía demasiado ligera para ella. Madú la usaba cuando la acompañaba á cazar por aquellos inmensos bosques.

En ellos, los árboles eran tan copudos, las hojas tan anchas, que el sol no penetraba jamás bajo aquellas verdes bóvedas, donde retumba cualquier ruido como dentro de un templo. Pero, sin embargo, había mucha luz, y las flores enormes, los frutos maduros, los pájaros de todos colores, cuyas plumas arrastraban desde las ramas de los árboles hasta el suelo, brillaban con todos sus reflejos de piedras preciosas.

Oíanse continuos zumbidos, y susurros entre la maleza. Serpientes inofensivas movían sus cabezas chatas, armadas de dardos; los monos negros cruzaban de un salto el espacio entre dos copas de árboles, y grandes estanques misteriosos, donde jamás se reflejara el cielo, colocados como espejos en el inmenso bosque, parecían continuarlo bajo tierra, en una profundidad de verdor...

Al llegar á este punto del relato, Jack no pudo contener una exclamación:

—¡Oh! ¡Qué hermoso sería aquello!

—Sí, muy hermoso, contestó el negrito, que tal vez exageraba un poco y veía á su país á través del prisma de la ausencia, la magia de sus recuerdos de niño y el entusiasmo dorado de los pueblos del sol. ¡Oh! ¡Sí, muy hermoso!...

Y animado por la atención de su compañero, continuó su historia:

—De noche, los bosques cambiaban de aspecto. Se vivaqueaba entre los juncos, delante de unas hogueras grandes, que ahuyentaban á las fieras

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

que andaban alrededor y rugían delante de la llama. Los pájaros también se inquietaban en las ramas, y los murciélagos, silenciosos y negros como las tinieblas, atraídos por la claridad del cielo, pasaban volando para reunirse por la mañana en un árbol inmenso, en el cual parecían, inmóviles y apretados unos contra otros, hojas raras, secas y muertas.

Con aquella vida de aventuras al aire libre, el pequeño rey iba haciéndose robusto y hábil en toda especie de ejercicios guerreros, manejando el sable y el hacha á la edad en que los niños suelen agarrarse todavía á los taparrabo de sus madres.

El rey Rack-Madú-Ghezo estaba orgulloso con su hijo, con el heredero de su trono. Pero ¡ay! parece que no es bastante, ni siquiera para un príncipe negro, eso de saber manejar un arma y alojar una bala en el ojo de un elefante, sino que necesita también saber leer en los libros de los blancos, conocer su escritura para poder comerciar con ellos en polvo de oro, porque según decía el sabio Rack-Madú á su hijo: *banquito siempe papé en bolsillo pa engañá nego.*

Sin duda se habría podido encontrar en Dahomey un europeo bastante sabio para ilustrar al Príncipe, puesto que las banderas francesa é inglesa flotan sobre las factorías establecidas á orillas del mar, como en los palos de los buques anclados en los puertos. Pero el Rey había sido enviado por su padre á una ciudad llamada Marsella, que estaba muy lejos, en el fin del mundo, porque se hiciese muy sabio, y quiso que su hijo recibiese la misma educación que él.

¡Qué desgracia para el principito dejar á su tía Kerika, meter su sable en la vaina, colgar su escopeta y marcharse con *zeñó*[17] Bonfils, un blanco de la factoría, que todos los años iba á poner en

17. Con esta variante de «señor» pretende reproducir Giner de los Ríos la peculiar pronunciación de Madú. En el texto francés «monsieur» se transforma en «moucié». Como se ve, hacer hablar en «andaluz» al criado de la casa es un socorrido procedimiento de larga tradición en las traducciones españolas.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

lugar seguro el polvo de oro robado á los pobres negros!

Madú se resignó, sin embargo. Quería ser rey algun día, mandar las amazonas de su padre, poseer todos sus campos de trigo y de maíz; sus palacios llenos de jarrones de barro encarnado, donde se enfría el aceite de palma, y todo aquel tesoro de marfil, de oro, de minio, de coral. Para tener aquellas riquezas, era necesario merecerlas, ser capaz de defenderlas si llegaba la ocasión, y Madú pensaba ya que es cosa dura ser rey, y que si se tienen más goces que los otros hombres, también hay que pasar más trabajos.

Su partida dió motivo á grandes festejos públicos, á sacrificios á los fetiches y á las divinidades del mar Todos los templos fueron abiertos para aquella solemnidad; todo el pueblo hizo rogativas, y á última hora, cuando el buque se disponía á zarpar, el verdugo condujo, á la orilla del mar, quince prisioneros achantis, cuyas cabezas, cortadas, cayeron enrojecidas, chorreando y sonoras, en un gran recipiente de cobre.

—¡Misericordia!... interrumpió Jack, asustado, y escondiendo la cabeza debajo de la sábana.

La verdad es que no tiene nada de tranquilizador el oir contar historias semejantes al mismo que ha sido héroe de ellas. Verdaderamente había motivo para que se asustasen los más valientes; para tranquilizarse era necesario decirse, muy de prisa, que se estaba en el colegio de Moronval, en el propio riñón de los Campos Elíseos, y no en aquel terrible Dahomey.

Madú, al advertir la emoción de su auditorio, no insistió en lo de los festejos públicos que precedieron á su partida, y relató de prisa, para llegar pronto á su estancia en el instituto de Marsella.

¡Oh! ¡Gran instituto de sombrías paredes; la cla-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

se triste con bancos carcomidos, en los cuales los nombres de alumnos grabados con punta de navaja, revelaba pasatiempos de los prisioneros; los profesores acentuaban lo negro de su traje con la solemnidad de las amplias mangas y de la toga; la voz del pasante gritando "¡Silencio!„ y todas aquellas cabezas inclinadas, el ruidillo de las plumas al escribir, las lecciones monótonas, veinte veces recitadas, como si cada muchacho se tragara, cuando le llegaba su turno en el aire enrarecido de la clase, el mismo pedazo de ciencia; y los grandes comedores, los dormitorios, el patio parecido al de un cuartel, donde penetraba un rayo estrecho de un pequeño sol, tan escasamente distribuído, en este sitio por la mañana, en el otro por la tarde, y tan metido en los rincones, que para disfrutarlo era preciso apoyarse contra las elevadas tapias que se lo sorbían todo.

Así se pasaban las horas de recreo de Madú. Nada lo divertía, nada le interesaba; sólo una cosa, el tambor llamando á comer, á clase, á levantarse, á acostarse; el cual, á pesar de aquellos ínfimos destínos, hacía latir el corazón de aquel príncipe guerrero cada vez que oía el redoble de los palillos. Había también días de salida, pero muy pronto se los quitaron. He aquí la razón.

En cuanto el *señó* Bonfils iba á buscarlo, Madú lo arrastraba hasta el puerto, hacia donde lo atraían las entrecruzadas arboladuras y los cascos alineados de los buques allí fondeados. No era feliz más que en aquel sitio, oliendo á brea y entre las mercancías que iban descargando, muchas de las cuales vienen de su país. Tenía verdaderos éxtasis ante aquellos ríos de dorados granos y aquellos sacos y aquellos fardos, algunos de los cuales llevaban una marca conocida.

Los vapores que encendían sus calderas, indi-

cando, á pesar de su inmovilidad, el movimiento del viaje, por los resoplidos del vapor; algún buque de vela de alto bordo hinchando sus lonas, estirando sus cuerdas, lo atraían, le hablaban de partida, de rescate, de libertad.

Permanecía de pie las horas muertas, mirando huir hacia el sol poniente una vela hinchada, que parecía el ala de una gaviota; una columnilla de humo, ligera como la de su cigarro, que parecía ser la cola de un astro luminoso que iba perdiéndose de vista con él, allá por el horizonte.

Madú se pasaba pensando en aquellos buques todo el tiempo que estaba en clase. Al fin y al cabo, eran la imagen de su regreso al país de la luz: un pájaro, decía, lo había traído, y otro se lo volvería á llevar.

Y perseguido por esa idea fija, dejó plantado el cartel del Ba, Be, Bi, Bo, Bu, en el cual sus ojos no veían más que el azul del mar y del cielo, y un día se escapó del colegio, se metió en uno de aquellos barcos del *señó* Bonfils, se escondió en la bodega, pero lo encontraron antes de salir al mar; se volvió á escapar, y esta vez fué tan astuto, que no advirtieron su presencia á bordo hasta que estaban en medio del golfo de Lión. A otro chico lo hubiesen dejado á bordo; pero cuando supo el nombre de Madú, el capitán, que sin duda contaba con una buena recompensa, volvió á llevar á Su Alteza real á Marsella.

Desde aquel día estuvo peor, porque lo vigilaron y lo encerraron; pero su persistencia no sufrió quebranto.

A pesar de todo, se seguía escapando del colegio y escondiéndose á bordo de todos los buques que salían para su país; lo encontraban en el fondo del departamento de máquinas, en las carboneras, debajo de un rollo de cuerda. Cuando le cogían, no se sublevaba; no hacía más que sonreir tristemente, y quitaba á cualquiera la fuerza para

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

castigarlo. Al fin, el director no quiso cargar con la responsabilidad de un alumno tan sutil.

¡Enviar al príncipe á Dahomey!

El *señó* Bonfils no se atrevía, temiendo incurrir en el enojo de Rack-Madú-Ghezo, cuya regia terquedad conocía perfectamente.

En medio de estas perplejidades, apareció en *El Semáforo* el anuncio del Gimnasio Moronval. En seguida el negrito fué consignado al número 25 de la Avenida de Montaigne, al barrio más hermoso de París, donde fué recibido—os lo puedo asegurar—con los brazos abiertos.

Era una fortuna para el colegio, y un reclamo vivo aquel heredero negro, de un reino remoto. Así es que lo exhibieron, lo pasearon por todas partes. El señor Moronval lo llevó al teatro, á las carreras, al boulevard, como esos comerciantes que pasean por todo París, en un coche alquilado por horas, algún anuncio parlante de su tienda.

Lo llevó á reuniones, á los círculos que él frecuentaba, con la misma gravedad con que Fenelón acompañaba al duque de Borgoña, haciendo que en todas partes anunciaran: "Su Alteza real el príncipe de Dahomey y el señor Moronval, su preceptor.„

Durante muchos meses, los periodiquillos se vieron llenos de anédoctas y de frases atribuídas á Madú; hasta fué á París expresamente un redactor del *Standard* de Londres, para verlo, y tuvieron una seria conversación financiero-administrativa, acerca de la manera como el príncipe pensaba en gobernar sus Estados cuando subiese al trono; sobre lo que pensaba del régimen parlamentario, de la instrucción obligatoria, etc., etc. El periódico inglés reprodujo aquel diálogo al pie de la letra, con sus correspondientes preguntas y respuestas. Las respuestas evasivas y vagas dejaban bastante que desear. Llamaba, sobre todo, la atención una contestación

de Madú, quien cuando le rogaron que diese su opinión sobre la libertad de imprenta, dijo: "Toda clase de comida es buena para comer; no toda clase de palabra es buena para dicha...„

Todos los gastos del colegio de Moronval fueron pagados por aquel solo alumno; el *señó* Bonfils pagaba las cuentas sin hacer la menor observación. Naturalmente, la educación de Madú estuvo un poco descuidada. No pasaba del abecedario, y el método Moronval-Decostère lo encontró constantemente rebelde á sus encantos; pero no había, á pesar de esto, el menor inconveniente, todo lo contrario, puesto que los años de colegio, debían así multiplicarse en sentido inverso de los progresos del futuro rey.

Conservaba, pues, su pronunciación defectuosa, su manera de hablar medio infantil; la cual, haciendo perder á los verbos su tiempo debido, da á la frase una fisonomía impersonal, y parecen los ensayos de un pueblo recién salido del mutismo animal. Por lo demás, le tenían muy cuidado, muy mimado, muy preferido. Obligaban á los demás muchachos á que lo distrajesen, á que le diesen gusto; cosa que al principio fué bastante difícil de conseguir, en razón á su color terriblemente oscuro, que es marca de esclavitud en casi todos los países exóticos.

Pues ¿y los profesores? ¡Qué indulgencia! ¡Qué sonrisas tan amables tenían para con aquella bolita negra, que, á pesar de su inteligencia, rechazaba todos los beneficios de la instrucción, y que bajo la espesa capa de lana de su cabellera ensortijada, conservaba, con un ardientísimo recuerdo de su país, el desprecio más profundo por todas aquellas tonterías que trataban de inculcarle!

Todos en el colegio hacían proyectos sobre aquella futura realeza, ya poderosa y halagada, como si Madú hubiese caminado, en pleno París,

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

bajo los abanicos de pluma, los doseles con franjas, las lanzas en pabellones de la corte de su padre.

¡Cuando Madú sea rey!

Era el estribillo de todas las conversaciones. En cuanto coronasen á Madú, irían todos juntos á Dahomey. Labassindre soñaba con regenerar la música grosera de aquel pueblo, y se veía ya director de un Conservatorio, maestro de la Capilla Real.

La señora Moronval-Decostère esperaba aplicar su método, en grande escala, en unas clases amplísimas, en las cuales le parecía ya estar viendo las numerosas trenzas de pelo negro, á los pequeñuelos acurrucados en los bancos. Pero el doctor Hirsch, por su parte, en sus ensueños, acostaba á toda aquella morralla en innumerables camas colocadas en fila y hacía en ella los peligrosos experimentos de su medicina de fantasía y sin título, sin que á la policía se le ocurriese meterse en ello.

Los primeros días de su residencia en Paris parecieron bien al principito, á causa de aquella adoración general; y luego, que París es la ciudad del mundo donde menos se aburren los emigrados, acaso porque en su atmósfera se mezcla algo de la atmósfera de todos los países.

Si quisiera el cielo sonreir, en vez de estar chorreando continuamente esa lluvia menudita y penetrante, ó de envolverse en torbellinos de pelu sa blanca, de esa *neve* que tanto se parecía al grano abierto y maduro de los algodoneros; si el sol hubiese querido calentar, desgarrando el velo turbio que lo ocultaba constantemente; si Kerika, con su carcaj, su carabina, sus desnudos brazos adornados de pulseras, se hubiera presentado de cuando en cuando en el Pasaje de las Doce Casas, Madú hubiera sido completamente feliz.

Pero esta vida cambió súbitamente.

El *zeñó* Bonfils se presentó un día en el Gimnasio Moronval con siniestras noticias de Dahomey. El rey Rack-Madú-Ghezo había sido destronado: había caído prisionero de los achantis, que acababan de apoderarse del país y de fundar en él una nueva dinastía. Las tropas reales, los regimientos de amazonas, todo había sido vencido, dispersado, asesinado, y Kerika, la única que había escapado de la hecatombe milagrosamente, refugiada en la factoría Bonfils, rogaba á Madú que permaneciese en Francia y que conservase siempre su *gri-gri*.

Estaba escrito: si Madú no perdía su amuleto, reinaría.

Era necesario esa idea para dar valor al pobre reyecito. Moronval, que no creía en la virtud del *gri-gri*, presentó su cuenta—¡y qué cuenta!—al *zeñó* Bonfils, que aquella vez pagó, pero advirtiendo al señor Director del colegio que en lo sucesivo, si quería tener allí á Madú, no debía contar con una retribución inmediata, sino con el agradecimiento y los favores del Rey, en cuanto las contingencias de la guerra le devolvieran su trono. Había que escoger entre esa fortuna problemática, ó renunciar á todo en absoluto.

Moronval contestó con nobleza: "Yo me encargo del niño.„

Ya no era Su Alteza real.

En cuanto se le perdió el respeto, no quedó nada de los cuidados y atenciones de que habían colmado al negrito. Cada cual le echaba la culpa de una decepción personal y del mal humor de todos. Primero fué un simple pensionista, igual á los demás hasta en el más pequeño botón del uniforme, regañado, castigado, corregido, durmiendo en el dormitorio, sometido al reglamento común.

El niño no comprendía la razón de todo aque-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

llo, trataba en vano de ser amable, de hacer aquellas muecas que antes parecían adorables y que ahora tropezaban contra una frialdad extraña.

Peor fué cuando, después de pasar algunos trimestres, Moronval, que no recibía dinero, empezó á creer que Madú era una boca inútil. Del estado de pensionista se le hizo pasar al de subalterno. Como había despedido al criado por economía, Madú lo reemplazó, no sin protesta. La primera vez que le pusieron una escoba en la mano, diciéndole cómo debía de usarla, se negó á ello obstinadamente. Pero el señor Moronval tenía unos argumentos irresistibles, y después de una vigorosa paliza, el niño se resignó.

Además, prefería barrer á que lo enseñaran á leer.

El reyecito, pues, barrió y fregó con un ardimiento y una constancia singulares, y de ello era fácil convencerse viendo lo reluciente que estaba el salón de Moronval. Pero esto no endulzó el feroz carácter del mulato, que no podía perdonarle todas las decepciones de las cuales era causa involuntaria.

Por más que Madú se aplicaba á hacer relucir y á dar al vetusto edificio cierto barniz de limpieza; por más que miraba á su amo con ojos cariñosos, con la miedosa humildad de un perro sumiso, no obtenía generalmente más que golpes por toda recompensa.

—¡Jamás contento!... ¡Jamás contento!... decía el negrito con expresión desesperada.

Y el cielo de París se volvía para él más negro, la lluvia más continua, la nieve más abundante y más fría.

¡Oh, Kerika, tía Kerika, tan cariñosa y tan buena! ¿Dónde estás? ¡Ven á ver lo que hacen con el Rey: con qué dureza lo tratan, qué mal lo alimentan, cómo lo visten de andrajos, sin com-

pasión alguna para su aterido cuerpo! ¡Ahora ya no tiene más que un traje limpio, y es su librea, casaca encarnada, chaleco á rayas y gorra galoneada! ¡Ahora, cuando acompaña al amo, no va á su lado como su igual, sino diez pasos detrás de él! Y no es eso lo peor.

Desde la antesala pasa á la cocina, y de la cocina, después de haber puesto á prueba su honradez, su ingenuidad, lo mandan al mercado de Chaillot con una gran cesta á la compra.

¡Y ahí tenéis á lo que ha venido á parar el último descendiente del omnipotente Tocodonu, fundador de la dinastía dahomeyana! ¡A ir á regatear los víveres para el Gimnasio Moronval!... Dos veces por semana se le ve subir la calle de Chaillot, pegado á las paredes de las casas, flaco, enfermizo, tiritón, porque ahora tiene frío, siempre frío, y nada para calentarse, ni los ejercicios violentos, á los cuales le condenan, ni los golpes, ni la vergüenza de que lo hayan convertido en criado, ni siquiera su odio contra el Padre del palo, que es como llama á Moronval.

Y, sin embargo, ese odio es vigoroso.

¡Ah! ¡Si Madú llegase á ser Rey!... Su corazón latía de rabia al pensarlo; y es cosa de oirle confiando á Jack sus proyectos de venganza:

—Cuando Madú volver Dahomey, escribir una cartita al Padre del palo; hacerlo ir á Dahomey y cortarle allí la cabeza; luego, con su pellejo hacer un gran tambor de guerra para pelear contra los achantis... ¡Zim! ¡bum! ¡bum!... ¡Zim! ¡bum! ¡bum!

Jack veía brillar en la oscuridad, menos densa á causa del reflejo de la nieve, dos ojillos de tigre, mientras el negro golpeaba sordamente con la mano en el borde de la cama, para imitar el redoble del tambor. El hijo de la Barancy estaba aterrado; así es que la conversación quedó

cortada durante algunos minutos. Tapado con las sábanas, con la cabeza llena de lo que acababa de oir el *nuevo*, creía ver pasar relumbrones de sable y contenía la respiración.

Madú, á quien su propio relato había excitado, hubiese querido seguir hablando; pero creía que su compañero estaba dormido. Al fin, Jack dió uno de esos prolongados suspiros, que parecen salir de esas inmensidades que se recorren, soñando, en un momento y de la profundidad de una pesadilla.

—Tú no duermes, *señó*, preguntó Madú en voz baja. ¿Tú querer hablar todavía conmigo?...

—¡Oh, sí, si quiero! respondió Jack... Pero es menester que no hablemos más de ese pícaro tambor de guerra... Me ha dado mucho miedo.

El negro sonrió, y luego, con el tono propio de un niño:

—No, no, *señó*... Madú no hablar más... Ahora hablar tú... ¿Cómo te llamas?

—Jack... con *k*... Mamá se cuida mucho de escribirlo así.

—¿Es muy rica tu mamá?

—Sí, es rica... ¡ya lo creo! dijo Jack, que no sentía darse tono á su vez con el heredero de un rey... Tenemos coche, muy buena casa en el boulevard, caballos, criados, y todo... Y además, ya verás, ¡cuando mamá venga á verme, qué guapa es! En la calle todo el mundo la mira... Tiene trajes muy buenos, joyas muy ricas... "Buen Amigo„ tiene razón en darle gusto en todo y no negarle nada. Cuando mamá quiso venir á París, él nos trajo... Antes estábamos en Tours... ¡un pueblo muy bonito! Vivíamos cerca del Mail, y muchas veces íbamos á pasearnos por la calle Real, donde hay muy buenos pasteles, y muchos oficiales vestían con uniformes muy bonitos... ¡Ah! ¡Cuánto me divertía!... En primer lugar, todos los señores me mimaban, me besaban. Tenía

papá Carlos, papá León; papás de broma, ¿sabes? porque mi padre ha muerto hace mucho tiempo, y no lo he conocido... Al principio de estar en París, me aburría un poco de no ver árboles ni el campo; pero mamá me quiere tanto, me mima tanto, que me he consolado. Me han vestido á la inglesa, que es lo de más moda, y me rizaban el pelo todos los días para llevarme al Bosque de Boloña, á la orilla del lago... Luego, mi buen amigo dijo que no aprendería nunca nada, que era necesario ponerme en el colegio, y mamá me llevó á Vaugirard, al colegio de los Padres...

Aquí Jack se detuvo.

Aquella confesión que iba á hacer, de que los jesuítas no habían querido recibirlo, lastimaba su amor propio; á pesar de la candidez, de la ignorancia de la edad, comprendía que tenía algo de humillante para su madre y para él. Y después, aquel relato que había comenzado á hacer aturdidamente, lo llevaba á la única preocupación seria que había tenido en su vida... ¿Por qué no lo habían admitido? ¿Por qué aquellas lágrimas de su madre y aquel "¡Pobre niño!„ tan compasivo del Director?

—Oye, *zeñó,* dijo el negro de pronto... ¿Qué es eso de una cocota?

—¿Una cocota? contestó Jack un poco asombrado... Yo no sé... Una cocota será una polla.

—Es porque el Padre del palo decía á señora Moronval que tu mamá era una *cocotte.*

—¡Vaya una ocurrencia!... ¡Mamá una cocota!... Habrás oído mal... ¡Mamá una cocota![18]...

A la idea de que su madre era una polla con plumas, con alas, con patas, se echó á reir con todas sus fuerzas, y Madú también lo imitó, sin saber por qué.

Aquella alegría disipó muy pronto la impresión siniestra de las historias de poco antes, y los dos pobrecillos abandonados, después de haber-

18. Juega Daudet aquí con el doble sentido de la palabra *cocotte,* que, además de utilizarse para hacer referencia a una mujer de vida licenciosa, significa en la lengua infantil «gallinita».

se confiado uno á otro su historia, se durmieron profundamente, con la boca entreabierta, aún llena de risa, que la respiración regular del sueño trocó bien pronto en mil notitas, alegremente confusas.

¡Oh, caballero, soberbio! ¡Feliz, usted que tiene tanto talento!

IV

UNA REUNIÓN LITERARIA EN EL GIMNASIO MORONVAL

Los niños son como los hombres; no les sirve la experiencia ajena.

Jack había quedado aterrado al oir la historia de Madú-Ghezo, pero la conservó en la memoria aminorada, descolorida, como el recuerdo de una horrible tempestad, de una batalla sangrienta, vista en un diorama.

Los primeros meses de su permanencia en el colegio, fueron tan buenos; todo el mundo se mostró tan afectuoso, tan amigable para él, que se le olvidó que las desdichas de Madú habían tenido un comienzo tan brillante como aquél.

En las comidas, ocupaba el sitio de preferencia al lado de Moronval; bebía vino, tomaba postres, mientras que los otros muchachos, en cuanto aparecían las frutas y los dulces, se levantaban de la mesa bruscamente, como indignados, y tenían que contentarse con una especie de bebida extraña, amarillenta, compuesta expresamente para ellos por el doctor Hirsch, y que se llamaba *zarza-rosa*.[19]

Aquel ilustre sabio, cuyo estado financiero, á juzgar por su aspecto, era deplorable, era el continuo comensal del colegio de Moronval. Animaba las comidas con toda suerte de ocurrencias científicas, relatos de operaciones quirúrgicas, descripciones de enfermedades extraordinariamente purulentas, que había leído en los libros, y las cuales relataba con verbosidad endiablada.

Además tenía á los comensales al corriente de la mortalidad pública, de la enfermedad reinante; y si había en alguna parte, en el último rincón del globo, un caso de peste, de lepra, ó de elefantiásis, lo sabía antes que los periódicos, lo hacía constar con una satisfacción amenazadora y con meneos de cabeza que significaba: "Cuidado, mucho cuidado si viene hasta aquí.„

Por lo demás, era muy agradable, y no tenía, como vecino de mesa, más que dos inconvenientes: primero, su torpeza de miope, y después la manía de echar á cada momento en el plato del vecino ó en su copa, ya una gota, ya un puñadito de una cosa en polvo, ó líquido, contenida en una caja microscópica ó en un frasquito azul muy sospechoso. Este contenido variaba á menudo, porque no pasaba semana sin que el doctor hiciera un descubrimiento científico; pero en general, el bicarbonato, el álcali, el arsénico (á dosis infinitesimales), constituían la base de aquella medicación con los alimentos.

Jack soportaba aquellos cuidados preventivos,

19. El nombre que recibe el licor en la novela es «églantine». Al margen de este brebaje, la *églantine* es un tipo de rosa silvestre, lo que explicaría que Giner de los Ríos haya pensado en la zarzarrosa como posible equivalente.

y no se atrevía á decir que el alcalí le sabía muy mal. De cuando en cuando, los otros profesores estaban también convidados á comer. Toda aquella gente, bebía á la salud del joven Barancy, y era cosa de ver el entusiasmo que producía su gracia y su gentileza; era de ver cómo el cantante Labassindre, á cualquier salida del *nuevo*, se trepaba en su silla, destornillado de risa; cómo se enjugaba los ojos con la servilleta, y qué puñetazos daba encima de la mesa.

Argenton, hasta Argenton mismo perdía su gravedad. Una ténue sonrisa agitaba su hermoso bigote; sus ojos azules, de mirar frío y penetrante, se volvían hacia el niño con altanera aprobación.

Jack estaba contentísimo.

No comprendía, no quería comprender los movimientos de hombros, los guiños que le enviaba Madú al pasar por detrás de los convidados con la humildad de sus íntimas funciones, con un paño en el brazo, y con su plato en la mano, que continuamente se entretenía en limpiar.

¡Y es que Madú conocía el valor de aquellas alabanzas exageradas, y la mudanza de las grandezas humanas!

También él se había sentado en el sitio de preferencia; había probado el vino del maestro, sazonado con el contenido del frasquito del doctor. Y aquella levita de uniforme galoneada, con la cual Jack estaba tan orgulloso, le estaba grande, sólo porque había sido hecha para Madú.

El ejemplo de aquella ilustre caída, habría debido poner en guardia al joven Barancy contra el orgullo, porque sus comienzos fueron absolutamente iguales á los del príncipe heredero.

Recreo permanente, en el cual tomaba parte todo el personal del colegio para divertirlo á él; adulaciones insensatas, y solamente, de cuando en cuando, algunas lecciones de la señora de

Moronval con objeto de aplicarle su famoso método. Y para eso, las tales lecciones tampoco eran nada penosas; la enanita era una mujer excelente, cuyo único defecto consistía en una constante exageración en la manera de pronunciar las palabras más sencillas, exageración tan grande, que á veces era causa de que no se entendiera lo que quería decir.[20]

Moronval confesaba, que sentía verdadera debilidad por su nuevo discípulo. El muy bribón *había tomado informes*. Conocía el hotel del boulevard Haussmann, y todo el partido que se podía sacar del "Buen Amigo.„

Así es que, cuando la señora de Barancy iba á ver á Jack, cosa que sucedía con frecuencia, tenía una acogida cariñosísima y un auditorio atento á todas las historias locas y vanidosas que se complacía en relatar.

Al principio, la señora de Moronval quiso conservar cierta actitud de dignidad y reserva frente á una mujer tan ligera; pero el mulato tomó cartas en el asunto, y, con una porción de matices, asociaba, sin que se dieran de coscorrones, los escrúpulos de mujer honrada y su conveniencia de industrial interesado.

¡Jack... Jack... aquí está tu madre! gritaba en cuanto abrían la puerta; y vestida elegantemente, *avanzaba Ida hacia el locutorio, con las manos* y el manguito llenos de paquetes de pasteles y bombones. Aquel era un día de fiesta para todos, y Jack hacía entre sus condiscípulos una distribución general, y la señora de Barancy también se dignaba quitarse el guante de una mano, el de aquella en la cual llevaba unas sortijas, para tomar su parte de golosinas.

La pobre mujer era tan generosa, se le iba tan bien el dinero de entre las manos, que llevaba siempre, además de los dulces, una porción de regalos, de caprichos, de juguetes, que distribuía

20. En la novela francesa se mencionan ejemplos de esta pronunciación exagerada: «Elle disait: "l'estomack", "les ouagons", "je suis allée en ouagon"... "Nous nous rencontrâmes en ouagon"». El traductor, en lugar de buscar en español ejemplos funcionalmente equivalentes a los franceses, ha optado por eliminarlos. No parece que Giner de los Ríos haya concedido especial importancia a las variaciones dialectales y diafásicas presentes en el texto original, pues su estrategia habitual consiste, como en este caso, en sortear la dificultad eliminándolas de su traducción. Normalmente, aprovecha la voz del narrador para introducir alguna nota aclaratoria en la que explica el efecto que buscaba Daudet con estas variantes.

como pan bendito y sin trabajo ninguno. Ya comprenderéis las adulaciones bajas, las exclamaciones de campesino ladino con que eran acogidas aquellas prodigalidades desconsideradas. Solamente Moronval sonreía de compasión, así como á impulsos de envidiosa contrariedad, al ver cómo se gastaba una fortuna en aquellas bagatelas, en vez de acudir en auxilio de algún alma elevada, generosa, desheredada, como la suya, por ejemplo.

Aquella era su idea fija, y si bien admirando á Ida, si bien prestando atención á sus historias, estaba siempre distraído, y se mordía frenéticamente las uñas, y experimentaba esa febril agitación del *sablacista*[21] que tiene ya su petición en la punta de la lengua y que casi casi se enfada de que no lo adivinen.

La ilusión de Moronval era, desde hacía ya tiempo, fundar una Revista consagrada á los intereses coloniales, satisfacer su ambición política, comunicando periódicamente con sus compatriotas, y llegar, ¿quién sabe? si á la Diputación.

Para empezar, le parecía indispensable el periódico, aunque hubiera de abandonarlo en seguida.

Hablaba de esto á menudo con sus bohemios, todos los cuales lo excitaban para que llevase á cabo su proyecto. ¡Ah! ¡si ellos hubieran tenido un órgano en la prensa!... ¡Había tantos originales inéditos en aquellos cerebros, tantas ideas inexpresadas ó más bien inesperadas, y que ellos creían poder poner en claro, gracias á la claridad de los caracteres de imprenta!

Moronval tenía un vago presentimiento de que la madre de su nuevo discípulo cargaría con los gastos de aquella Revista; pero no quería precipitarse, temeroso de hacer nacer desconfianzas en la señora. Se trataba de rodearla, de envolverla, de traer la cosa de muy lejos, á fin de que

21. Se observa aquí el prurito de Giner de los Ríos por rentabilizar los recursos expresivos de la lengua española. Ante ciertas dificultades para encontrar equivalencias léxicas, opta por crear palabras derivadas, en lugar de recurrir a las perífrasis empleadas por otros traductores. «[...] Cette fièvre d'agitation d'*emprunteur* [...]», dice Daudet en el original. *Emprunteur*: sustantivo derivado del verbo *emprunter*, pedir prestado. Palabra de difícil traducción en español, a juzgar por los procedimientos a los que han recurrido otros traductores. Frente a las perífrasis de algunos de ellos -«el que va a pedir prestado» (Pedro Gutiérrez), o «el que tiene una demanda» (traducción anónima de editada por Lassalle)- , Giner de los Ríos se apoya en el sustantivo «sablazo» y, mediante un sufijo, genera una palabra derivada. Independientemente de la mayor o menor fortuna estética de esta creación léxica, lo cierto es que refleja bien su actitud durante el proceso de reescritura: lejos de asumirlo como una transcodificación lingüística, lo concibe como un acto creativo en el que intenta exprimir al máximo las posibilidades del español.

su talento, un poco limitado, tuviese tiempo para responder.

Desgraciadamente, la señora de Barancy, por su movilidad misma, se prestaba poco á esas combinaciones. Sin malicia alguna desviaba, por virtud de su misma frivolidad, una conversación que le divertía poco; escuchaba al mulato, sonriendo y mirándole con ojos amables, pero distraídos, y tanto más brillantes, cuanto menos se fijaban en cualquier cosa.

"¡Si se le pudiera imbuir la idea de escribir!...„ pensaba Moronval, y delicadamente trataba de insinuar que ante madama de Sevigné y Jorge Sand, habia quedado un sitio que ocupar; ¡pero vaya usted á insinuar cualquier cosa y hablar por alusiones á un pájaro que no deja de hacer aire en torno suyo, á fuerza de sacudir las alas!

"¡No es muy lista la pobre mujer!„ decía él después de cada una de esas conversaciones, á las cuales el uno ponía toda su fiebre y la otra toda su charlatana indiferencia; él mordiéndose las uñas con furor, y ella hablando, hablando sin escucharse á sí misma, sin oir nada de lo que le decían.

Con razonamientos no podía uno apoderarse de aquel cerebro de alondra; era preciso deslumbrarlo, y Moronval lo consiguió.

Un día que Ida peroraba en el locutorio, subrayando todos aquellos títulos y todos aquellos *de* que ponía á los apellidos de sus amigos y conocidos, como para hacer más visible su propia nobleza, la señora Moronval-Decostère le dijo tímidamente:

—Mi marido quisiera pedir á usted una cosa, pero no se atreve.

—¡Oh! diga usted, diga usted... dijo la pobre tonta, con un tan vivísimo deseo de complacer, que al director le dieron ganas de formular en el acto su petición de dinero para publicar una Re-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

vista; pero demasiado astuto y demasiado desconfiado, prefirió conducirse prudentemente, llegar poquito á poco, *sondear*, como él decía, entornando sus ojos de tigre. Contentóse con rogar á la señora de Barancy que asistiese el domingo siguiente á una de sus sesiones públicas y literarias.

En el programa se llamaban "sesiones de lectura expresiva en alta voz, seguidas de recitado de trozos escogidos de nuestros mejores poetas y prosistas.„ Inútil es añadir que, entre ellos, figuraban siempre, en primer término, D'Argenton y Moronval. En resumen: era aquel un medio que los bohemios habían encontrado para imponerse á un público cualquiera, tomando por intermediaria á la infatigable y expresiva señora Moronval-Decostère. Invitaban á algunos amigos, los encargados de los alumnos del colegio. Al principio, esas pequeñas fiestas se habían verificado cada ocho días; pero después de la decadencia de Madú, se realizaban mucho más de tarde en tarde.

Porque por más que Moronval apagaba una bujía de los candelabros á cada persona que se despedía, lo cual dejaba casi á oscuras el final de la velada; por más que ponía á secar durante toda la semana el residuo de la tetera, en paquetitos pegados y negruzcos, con objeto de que sirviese en las veladas sucesivas, los gastos eran todavía demasiado crecidos para que los soportase el colegio. Ni siquiera se podía contar con la compensación de su reclamo, porque de noche, á la hora en que se celebraban las veladas, el Pasaje de las Doce Casas, con su farol encendido como un ojo único en la frente de un monstruo, no estaba nada á propósito para atraer á los transeuntes; los más atrevidos no pasaban nunca de la verja.

Ahora se trataba de dar nuevo esplendor á las veladas literarias.

La señora de Barancy aceptó la invitación con entusiasmo. La idea de figurar á título de cualquier cosa en casa de una mujer casada, y sobre todo de asistir á una reunión literaria, la halagaba extraordinariamente, como si fuera subir un escalón más alto de su rango y de su vida irregular.

¡Ah! fué una fiesta espléndida aquella sesión de lectura expresiva en alta voz, "primera de la nueva serie.„ Los más antiguos de los alumnos no recordaban una prodigalidad semejante.

Dos faroles de color fueron colocados en las acacias de la entrada; el vestíbulo adornado con una mariposa, y más de treinta bugías encendidas en el salón, tan barrido y encerado por Madú para la fiesta, que aquella iluminación extraordinaria se reflejaba, á falta de espejos, en el suelo, que añadía, á lo brillante de los espejos, todas sus cualidades resbaladizas y peligrosas.

Madú se había excedido.[22] Y, á propósito, debo decir, que Moronval estaba muy perplejo acerca del papel que el negrito debía desempeñar en la velada.

¿Debía dejarlo de criado, ó sustituirle por un día su título y su difunto esplendor? Esto último era muy tentador. Pero entonces, ¿quién pasaría las bandejas, quién abriría la puerta á los invitados?

Madú, con su piel de color de ébano, era inapreciable; y además, ¿quién lo reemplazaría? Los otros alumnos tenían encargados en París que habían podido mirar con malos ojos aquel sistema de educación, y, por fin, acabaron por decidir que la velada se privaría de la presencia y del prestigio de Su Alteza real.

A las ocho, los alumnos se colocaron en los bancos, y en medio de ellos, la cabellera rubia de Barancy resaltaba como una luz sobre el fondo oscuro de aquellos muchachos atezados.

22. Para el lector español esta oración resulta enigmática (y no es este, sin embargo, el efecto que quiere producir Daudet). Giner de los Ríos ha traducido sólo la mitad de lo que dice el texto original. «Madu s'était surpassé comme frotteur», dice el narrador en la novela francesa. Una traducción poco acertada: no sólo se elimina información relevante («comme frotteur», en efecto, importa, pues ahí radica la ironía: la única tarea en la que Madú logra destacar es frotando suelos), sino que, además, escoge el verbo «excederse» como equivalente de «se surpasser». Todo indica, sin embargo, que Daudet lo emplea en este caso con la acepción de «sobresalir, distinguirse». Así es como lo ha traducido Pedro Gregorio Pérez en su versión de 1901: «Madú *se había distinguido* como pulimentador».

Moronval había repartido una porción de invitaciones en los círculos artísticos y literarios, por lo menos en los que él frecuentaba; y de todos los rincones más excéntricos de París, los desheredados del arte, de la literatura, de la agricultura,[23] mandaron numerosas representaciones.

Llegaban á bandadas, transidos, tiritando, procedente de lo último de Montparnasse ó de Ternes, en los imperiales de los ómnibus, raídos, oscurecidos y llenos de genio, sacados de las sombras, donde luchaban por el deseo de exhibirse, de recitar, de cantar algo para demostrarse á sí mismo, que todavía existían. Luego, una vez respirada la bocanada de aire puro, entrevista la luz del cielo, confortado por un remedo de gloria, de éxito, volvían á sus guaridas con la fuerza necesaria para seguir vejetando.

Porque realmente era una raza vejetativa, embrionaria, inacabada, bastante parecida á esos productos del fondo del mar, que son seres sin movimiento, y á los cuales no les falta más que el perfume para ser flores.

Había allí filósofos más grandes que Leibnitz, pero sordomudos de nacimiento que no podían producir más que los gestos de sus ideas y formular argumentos inarticulados. Pintores atormentados por el deseo de hacer algo notable, pero que colocan de un modo tan singular una silla sobre sus patas, un árbol sobre sus raíces, que todos sus cuadros parecían vistas de temblores de tierra ó el interior de buques en un día de tempestad. Músicos inventores de instrumentos intermediarios,[24] sabios como lo era el doctor Hirsch, de esos cerebros destornillados, en los cuales hay de todo, pero en los que nada se encuentra, á causa del desorden, del polvo, y también porque todos los objetos allí están rotos, incompletos é inútiles para todo servicio.

Estos eran los tristes, los que inspiraban com-

23. Se preguntará el lector qué ha de entender por «desheredados de la agricultura». Se trata de un desliz del traductor. No es de la *agricultura* de lo que habla Daudet, sino de la *arquitectura*.

24. Seguramente, también desconcertarán al lector estos "instrumentos intermediarios". Se trata, en este caso, de un error de comprensión del texto original. "Claviers intermédiaires" es la expresión utilizada por Daudet para ridiculizar a esos supuestos genios musicales que creen haber inventado nuevas "claves intermedias" que ningún músico ha sabido percibir hasta ahora. Cierto es que la palabra *clavier* puede emplearse igualmente para referirse al teclado de los instrumentos de cuerda, como el de un piano, pero no parece ser éste su sentido en este contexto.

pasión; y si sus insensatas pretensiones, tan espesas como su cabellera; si su orgullo, sus manías daban risa, había tanta miseria retratada en su pobre aspecto que, á pesar de todo, se sentia cierto enternecimiento ante el brillo febril de sus *ojos, ebrios de ilusiones, ante sus fisonomías* extragadas, en las cuales todos los ensueños perdidos, todas las esperanzas muertas, habían dejado sus huellas al caer.

Junto á esos estaban los que, encontrando que el arte era demasiado duro, demasiado árido, demasiado infructuoso, pedían auxilio á extrañas profesiones, en desacuerdo con las preocupaciones de su espíritu: un poeta lírico que tenía una agencia de colocaciones para criados; un escultor, comisionista de vinos de Champagne; un violinista, empleado en la fábrica del gas.

Otros, menos dignos, se hacían mantener por sus mujeres, cuyo trabajo entretenía su genial pereza. Esas parejas asistían juntas, y los pobres compañeros de los desheredados, llevaban escrito en sus valerosos y macilentos rostros lo que cuesta el entretenimiento de un hombre de talento.

Orgullosas de acompañar á sus maridos, les sonreían como sonríen las madres, como diciendo: "¡Es obra *mía*!„... Y, en efecto, tenían de qué estar orgullosas, porque, en general, todos aquellos caballeros tenían la cara de buen año.

Añadid á esa colección dos ó tres antiguallas literarias, fabulistas de salón, antiguos socios de ateneos, sociedades filotécnicas, y otros, siempre al acecho de tales veladas; luego comparsas, tipos vagos, un señor que no hablaba palabra, pero de quien decían que era un sabio, porque había leído á Proudhon; otro, presentado por Hirsch, á quien llamaban el *sobrino de Berzelius*, no tenía más título de gloria que su parentesco con el ilustre sabio sueco, y parecía un perfecto imbé-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

cil; un cómico *in partibus*, llamado Delovelle, que, según decían, iba á á ser contratado en un teatro.

Finalmente, los habituales comensales de la casa, los tres profesores Labassindre, en traje de gala, que á cada momento hacía "¡beuh! ¡beuh!„ para ver si estaba bien de *voz*, porque la necesitaría durante la velada, y D'Argenton, el bello D'Argenton, peinado, rizado, untado de pomada, con guantes claros, genial, austero, pontifical.

De pie, á la entrada del salón, Moronval recibía á todo el mundo, daba apretones de mano distraídos, muy inquieto al ver que iba haciéndose tarde, y que la Condesa—así llamaban á Ida de Barancy—no había llegado todavía.

Una especie de angustia se cernía sobre la concurrencia. Se hablaba en voz baja por todos los rincones mientras la gente se instalaba. La diminuta señora de Moronval iba de grupo en grupo, diciendo con aire amable: "No empezaremos todavía... estamos esperando á la Condesa,„ y de sus labios expresivos, la palabra Condesa tomaba inflexiones extraordinarias de misterio, de solemnidad, de aristocracia. Y esto se cuchicheaba en seguida, y cada cual, en un deseo de parecer enterado, repetía: "Se espera á la Condesa ..„

El armonium, abierto, sonriendo con todas sus teclas, como si éstas fueran una inmensa dentadura; los alumnos alineados contra la pared; la mesa adornada con un tapete verde, con un quinqué con pantalla, con una copa de agua azucarada, elevábase encima de una plataforma, siniestra y amenazadora, como el tablado de una guillotina al amanecer, y el Sr. Moronval crispado, dentro de su chaleco blanco, y la señora de Moronval-Deçostère, como cuando soltera, colorada como un pavo por el calor de la recepción. Y Madú-Ghezo tiritando al lado de la puerta: todo, sí, todo esperaba á la Condesa.

Pero como no llegaba y hacía mucho frío, D'Argenton accedió á recitar su *Credo del amor*, que todos los concurrentes conocían, por haberlo oído cinco ó seis veces, cuando menos.

En pie, delante de la chimenea, con el cabello echado hacia atrás, la cabeza erguida, como si recitase aquellos versos para las vigas del techo, el poeta declamaba con voz tan enfática como vulgar, lo que él llamaba su poema, haciendo pausas después de cada efecto, para permitir que las exclamaciones admirativas se abriesen camino y llegaran hasta él.

Bien sabe Dios que los desheredados no son avaros de esa clase de aplausos.

—¡Inaudito!...

—¡Sublime!...

—¡Abrumador!...

—¡Hugo puro, pero más moderno!

Y este otro, más asombroso que los demás.

—¡Goethe con corazón!

Sin turbarse, aguijoneado por las alabanzas, el poeta continuaba, con el brazo extendido, con el grito dominador:

Y aunque el vulgo se ría de mi idea:
¡yo creo en el amor lo mismo creo en Dios!

Ida entró.

El poeta lírico, siempre con la mirada puesta en el techo, no la vió siquiera. Pero ella sí lo vió, la infeliz, y desde aquel momento se acabó la vida para aquella mujer.

Jamás se le había aparecido más que con sobretodo, con sombrero, vestido para la calle y no para el Olimpo; pero allí, envuelto en la pálida luz de las bóvedas, color de ópalo, que hacían palidecer aún más el color de su tez, con frac negro, con guantes gris perla, y creyendo en el "amor como creía en Dios,„ le hizo efecto de fatalidad sobrehumana.

Respondía á todos sus deseos, á todos sus en-

sueño s,á esa bestia sentimental que hay en el fondo de esas almas de mujer prostituída; á esa necesidad de aire puro y de ideal que parece un desquite de la vida que hacen; á esas aspiraciones vagas que se resumen para ellas en una palabra muy hermosa, pero que toma en sus labios la expresión vulgar y degradante que prestan á todo lo que dicen: "¡el artista!„[25]

Sí, desde aquel mismo momento le perteneció, y entró por completo en su corazón, tal como estaba allí, con sus cabellos armónicamente separados por la raya, el bigote rizado á fuego, el brazo extendido y tembloroso, y toda su hojarasca poética. No vió ni á su hijo Jack, que le hacía señas desesperadas, enviándole besos, ni á los Moronval inclinados hasta tocar casi con la frente en el suelo, ni todas aquellas miradas de curiosidad que se dirigían á ella, desconocida, joven, fresca, elegante, con su traje de terciopelo y su sombrerito de teatro blanco, rosa, abullonado, adornado con volantitos de tul.

¡A él, sólo á él!

Mucho tiempo después había de recordar aquella impresión profunda, que nada pudo alterar en lo sucesivo, y volver á ver como entre sueños á su gran poeta en pie, tal como lo vió por vez primera en el salón de Moronval, que aquella noche le pareció inmenso, espléndido, resplandeciente, como si lo iluminaran mil bujías. ¡Ah! Por más que le dió todo género de penas, que la humilló, la ofendió, destrozó su vida, y algo aún más precioso que su vida, no consiguió nunca borrar el resplandor vivísimo de aquel minuto...

—Ya véis, señora, dijo Moronval con su más exquisita sonrisa, cómo preludiamos esperando á usted... El señor vizconde Amaury de Argenton, nos recitaba su magnífico poema *El credo del amor.*

¿Vizconde?... ¡Era Vizconde!

25. Es este uno de los pasajes en los que el traductor más se distancia del texto francés, hasta el punto de que el original apenas se reconoce en la traducción. «*Cette sentimentalité bête qui fait le fond de ces âmes de filles*» se convierte en «*esa bestia sentimental que hay en el fondo de esas almas de mujer prostituida*». En el estudio que precede a la traducción ofrecemos una explicación del posible origen de esta divergencia así como los efectos que de ella se derivan.

¡Todo lo tenía!

Ella se dirigió á él tímida, ruborizada, como una niña:

—Continúe usted, caballero; yo se lo ruego...

Pero D'Argenton no quiso. La llegada de la Condesa había interrumpido el efecto más bonito de su poema, un efecto seguro, y esas cosas no se perdonan. Se inclinó, y dijo con fría é irónica cortesía:

—He concluído, señora.

Y en seguida se mezcló en los grupos, sin ocuparse más de ella.

La pobre mujer sintió el corazón encogido, lleno de una vaga tristeza. Le había desagradado, y ya esta idea le era insoportable. Fueron necesarias las caricias de su hijo Jack, contentísimo de ver á su madre, orgulloso del éxito que acababa de tener, de las amabilidades de Moronval, el afecto de todos, el convencimiento de que era la reina de la fiesta, para borrar aquella pena delatada en ella por un mutismo de cinco minutos, lo cual era, para una naturaleza como la suya, muy extraordinario.

Cuando se hubo disipado la turbación de su llegada, cada cual tomó sitio para la sesión de lectura expresiva. La majestuosa Constancia, que había acompañado á su señora, se instaló en el banco, cerca de los alumnos; Jack se apoyó en el sillón de su madre, en el sitio de preferencia, teniendo á su lado á Moronval, que acariciaba paternalmente su rizado cabello.

El público formaba ya una asamblea imponente, alineada en filas de sillas, como para una distribución de premios. La señora de Moronval tomó para sí la mesa, toda la plataforma, toda la claridad del quinqué, y empezó á leer un estudio etnográfico del Sr. Moronval, sobre las razas mogolas.

Aquello era largo, fastidioso y triste, una de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

esas lucubraciones que se leen en las Sociedades sabias, de tres á cinco, para mecer el sueño de los individuos de la mesa. La diablura es que con el método Moronval-Decostère, no se tenía ni el recurso de dormirse y oir tranquilamente aquella lluvia tibia y monótona. Había que escucharla á la fuerza: las palabras se le metían á uno en la cabeza como á tornillo, sílaba á sílaba, letra á letra, y las más difíciles le arañaban á uno al pasar.

Y lo que ponía el colmo á la fatiga producida por aquella audición, era la voz instructiva y aterradora de la señora de Moronval, en el pleno ejercicio de su método. Abría la boca en forma de O, la torcía, la alargaba, la retorcía. Y allá en los bancos, ocho bocas de niño hacían absolutamente la misma música, siguiendo al profesor en todas sus contorsiones fantásticas, y dando lo que al magnífico sistema llama "la configuración de las palabras„. Aquellas ocho pequeñas mandíbulas silenciosas en movimiento, producían un efecto fantástico. La señorita Constancia estaba aterrada.

Pero la Condesa no veía nada de aquello. Miraba á su poeta apoyado en el quicio de la puerta del salón, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada distraída.

Soñaba.

¡Cómo se veía que estaba lejos, que se iba, que volaba! Su erguida cabeza parecía estar escuchando una voz misteriosa.

De cuando en cuando su mirada descendía, bajaba á la tierra, pero sin dignarse fijarse. La infeliz seguía, esperaba, casi mendigaba aquella mirada errante; pero siempre en vano. Resbalaba indiferentemente sobre todo el mundo, excepto sobre ella. El sillón que Ida ocupaba parecía estar vacío para él, y la pobre mujer se hallaba tan desolada, tan turbada con aquella indiferen-

cia, que olvidaba felicitar á Moronval por el brillante éxito de su estudio, la lectura del cual acababa de concluir, en medio de los aplausos y de la satisfacción universales.

Después de aquella lectura expresiva, vino la audición de un fragmento poético de D'Argenton, acompañado al armonium por Labassindre. Esta vez Ida escuchó—bien puedo jurarlo,—y todos los perfiles, todos los sentimentalismos de aquellos versos, la llegaron hasta el corazón, modulados por los acordes del instrumento. Allí estaba con la respiración fatigosa, fascinada, ahogada por aquella tromba de armonía.

—¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso es! decía volviéndose hacia Moronval, que la escuchaba con una sonrisa biliosa, como si le estuviese sabiendo á amargo.

—*Preséntemeusted al Sr. D'Argenton, dijo, en* cuanto acabó la lectura... ¡Ah! caballero, es magnífico. ¡Feliz usted que tiene ese talento!

Hablaba á media voz, tartamudeando, buscando las palabras, ella tan charlatana y expansiva ordinariamente. El poeta se inclinaba con mucha frialdad, como si le fuera indiferente aquella muda admiración.

Entonces ella le preguntó dónde podían comprarse sus poesías.

—No se las puede comprar en ninguna parte, señora, contestó D'Argenton, con aire solemne y ofendido.

Sin quererlo, había tocado el punto sensible de aquel orgullo, y otra vez el poeta se separaba de ella, sin haberla mirado siquiera.

Pero Moronval aprovechó la ocasión:

—¡Ay, señora! dijo; así está la literatura... Versos como esos no encuentran siquiera un editor.. El talento, el genio, quedan heridos, desconocidos, reducidos á brillar en un rincón.

Y en seguida añadió:

—¡Ah! ¡Si tuviéramos una Revista!

—Pues es preciso tenerla, dijo ella con viveza.

—Sí; pero el dinero...

—¡Oh! ya se encontrará el dinero... Es imposible dejar en la oscuridad esas obras maestras.

Y la Condesa se sentía indignada y hablaba elocuentemente, ahora que el poeta no estaba ya allí.

"¡Vamos! ¡la cosa marcha!...„ se dijo Moronval; y comprendiendo con su pérfida malicia el flaco de la dama, le habló de D'Argenton, se cuidó de pintarlo con esos colores románticos y sentimentales que á ella le gustaban.

Hizo de él un Lara moderno, un Manfredo, un carácter bellísimo, altivo, independiente, que no habían podido dominar las durezas del destino adverso. Trabajaba para vivir, rehusando todo auxilio del gobierno.

"¡Oh! eso es...„ decía Ida; y luego, atormentada de continuo por aquellos blasones que tenía metidos en la cabeza y que aplicaba á unos y á otros, viniera ó no viniere á cuento, preguntó:

—Es noble, ¿verdad?

—Muy noble, señora... vizconde D'Argenton, descendiente de una de las más antiguas familias de Auvernia... Su padre, arruinado por un administrador desleal...

Y le contó una novela vulgar, con acompañamiento de amores desgraciados á una elevada dama, una historia de cartas entregadas al marido por una marquesa celosa. Ida no se cansaba de preguntar pormenores; y mientras los dos, acercando sus respectivos sillones, cuchicheaban, aquel de quien estaban hablando, parecía no enterarse de aquel manejo, y Jack, preocupado de ver á su madre tan distraída, se ganó dos ó tres frases de impaciencia: «Jack, estáte quieto... Jack, eres insoportable...„ que al fin le hicieron retirarse á un rincón haciendo pucheros, y con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Entretanto, la velada continuaba.

Ahora era uno de los alumnos, un chiquillo del Senegal, negro como un dátil curado, el que acababa de recitar desde la plataforma una poesía; de Lamartine: "Oración del niño, al despertar„ poesía que él pronunciaba de tal manera, que demostraba hasta la evidencia que la naturaleza se ríe de todos los métodos, hasta del método Moronval-Decostère.[26]

Luego, el cantante Labassindre, después de hacerse rogar mucho, se decidió á *dar su nota*, como él decía. La tanteaba primero dos ó tres veces, luego la soltaba sin andarse con miramientos, tan profunda, tan retumbante, que los cristales del salón y sus paredes de cartón-piedra, temblaron, y desde el fondo de la cocina, donde se hallaba preparando el té Madú-Ghezo, entusiasmado, contestó con un espantoso grito de guerra.

¡A Madú le gustaba el ruido!

Hubo también incidentes cómicos. En medio del más profundo silencio, mientras un extraño fabulista que se había impuesto la tarea—lo confesaba ingenuamente—de rehacer las fábulas de La Fontaine, recitaba *El derviche* y *el cántaro de harina*, paráfrasis de *Pierrette* y *la lechera*, surgió un altercado ruidoso entre el sobrino de Berzelius y el hombre que había leido á Proudhon. Hubo palabras fuertes y hasta bofetadas; y en medio de la riña, á Madú le costaba mucho trabajo tener la bandeja de pasteles y jarabes que paseaba por delante de los avariciosos ojos de los muchachos, á los cuales estaba prohibido darles nada. Dos ó tres veces, sin embargo, durante la velada, les distribuyeron un poco de *zarza-rosa*.

Moronval y la Condesa siguieron conferenciando, y el hermoso D'Argenton, que acabó por advertir la atención de que era objeto, hablaba enfrente de ellos muy alto, con frases y gestos de

26. En el texto original se cita el poema de Lamartine con la peculiar pronunciación del alumno senegalés. Giner de los Ríos ha optado por una solución rápida: eliminar el poema para no verse, así, en la obligación de tener que reproducir en español el particular acento del muchacho. Pedro Gregorio Pérez, por el contrario, sí lo ha intentado en su traducción: «O pae que adoa mi pae, / Tu á qui no se nombra más que arrodillao / Tu cuyo nome tieno y duce / Hase encová á cabesa a mi mae.»

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

relumbrón, á fin de que lo vieran y lo oyesen.

Parecía muy enfadado. ¿Contra quién?

Contra nadie y contra todo el mundo.

Pertenecía á esa raza de seres amargados, desilusionados, que parece haber vuelto de todas partes sin haber ido nunca á ninguna; los cuales declaman contra la sociedad, contra las costumbres y los gustos de su época, cuidando siempre de ponerse fuera de la corrupción universal.

En aquel momento habia cogido por su cuenta al fabulista, pacífico empleado de un ministerio, y le decía con tono de odio, despreciativo, amenazador:

—¡Calle usted!... Lo conozco... Usted es de los podridos... Tiene usted todos los vicios del siglo último.

El fabulista bajaba la cabeza, anonadado, convencido.

—¿Qué habéis hecho vosotros del honor?... ¿Qué del amor? Y vuestras obras, ¿dónde están? ¡Buenas están vuestras obras!

Aquí el fabulista se rebeló.

—¡Ah! permítame usted...

Pero el otro no permitía nada; y, además, ¿qué podía importarle á él lo que pensaba el fabulista? Le hablaba por encima del hombro, apuntando más lejos y más alto de lo que él estaba. Habría querido que Francia entera hubiese estado allí para poder oirlo, y él le hubiese dicho todo lo que se merecía. Ya no creia en Francia... país quemado, perdido, arrasado, del cual no se podría sacar partido alguno en punto á ideas, ni en punto á fe. Él se encontraba decidido á no vivir más en ese dichoso país; á marcharse, á expatriarse en América.

Y mientras hablaba, el poeta adoptaba posturas irresistibles. Y es que adivinaba vagamente, sin verla, que había una mirada de admiración fija en él. Experimentaba esa sensación que se nota

por la noche en el campo, cuando la luna saliente surje de pronto á la espalda de uno, le magnetiza con su luz y le obliga á volver la cara hacia su rostro silencioso. Positivamente, aquellos dos ojos de mujer fijos en él, lo iluminaban de cierta aureola. Parecía hermoso, á fuerza de desear serlo.

Poco á poco se fué haciendo el silencio en todo el salón en torno de aquella voz solemne que demandaba la atención general. Ida de Barancy era la que se hallaba más recogida.

Aquel destierro voluntario á la América, hábilmente insinuado en el discurso, le había helado el corazón. En un minuto, las treinta bugías del salón de Moronval se habían apagado, para dejar paso al duelo de sus pensamientos. Lo que acabó de consternarla fué que, una vez resuelta la marcha, el poeta, antes de embarcarse, formuló una vigorosa diatriba contra las mujeres francesas, contra su ligereza, su corrupción, y la frivolidad de su sonrisa y la venalidad de sus amores.

Ya no hablaba, tronaba, apoyado en la chimenea, con el rostro vuelto hacia la gente, y no escaseando ni la voz ni las palabras.

La pobre Condesa, tan preocupada de él, pues no podía creer que ella le fuese indiferente, creyó comprender á quién se dirigía.

—Sabe quién soy, se decía; y bajaba la cabeza bajo el peso de aquellas maldiciones.

Por todas partes circulaban murmullos de admiración:

—¡Qué verbosidad! ¡Jamás ha estado tan hermoso!

—¡Qué genio! decía Moronval en voz alta, y añadía para sus adentros: "¡Qué farsante!„

Pero Ida no tenía necesidad de tales excitaciones. El efecto estaba producido.

Amaba.

Para el doctor Hirsch, que tan en busca anda-

ba siempre de rarezas patológicas, era aquel un caso de combustión instantánea, muy curioso y digno de ser observado. Pero el doctor Hirsch ocupábase en aquel momento en otra cosa muy diferente. Procuraba arreglar, ó mejor dicho, envenenar la cuestión entre el sobrino de Berzelius y el hombre que había leído á Proudhon. Labassindre andaba también mezclado en el asunto, y todo se volvía cuchicheo, gestos desesperados, idas y venidas, toda una gestión conciliadora para lograr que se batieran dos mozos que maldita la gana que tenían de tal cosa. Por lo demás, nadie se cuidaba de aquello, porque tales cuestiones eran muy frecuentes en las veladas literarias del colegio de Moronval, y se arreglaban siempre, precisamente en el momento de adquirir mayor gravedad. Pero en general, marcaban el término de aquellas pequeñas reuniones, durante las cuales, cada desheredado se había detenido al lado de la chimenea ó junto al armonium, el tiempo preciso para revelar su talento.

Ya hacía una hora que la señora de Moronval había tenido la caridad de mandar á la cama á Jack y á los dos ó tres alumnos más pequeños. Los que aún estaban levantados bostezaban, entornaban los ojos, hipnotizados por lo que acababan de ver y de oir.

Disolvióse la sesión.

Los faroles de papel, destrozados por el viento, se balanceaban todavía en la puerta del jardín. El pasaje estaba siniestro: todas sus casas dormidas, y ni siquiera el monótono pasear de un agente de la autoridad, animaba el cuadro. Pero entre aquellos grupos bullangueros que se alejaban, hablando alto, tarareando, declamando, discutiendo, no había nadie que parase mientes ni en el frío de la noche ni en la neblina húmeda que estaba cayendo.

Al llegar á la calle, echaron de ver que había

pasado la hora de los ómnibus. Todos aquellos pobres diablos tomaron valerosamente su resolución. Las ilusiones doradas iluminaban y acortaban su camino, la ilusión les daba calor, y esparcidos por aquel país desierto, cada cual volvió valerosamente á las miserias oscuras de la vida.

¡El arte es tan gran hechicero! Crea un sol que, como el otro, sale para todos; y los que se acercan á él, aun los pobres, aun los feos, aun los grotescos, se llevan un poco de su calor y de su resplandor. Ese fuego del cielo que los desheredados conservan en el fondo de sus pupilas, les hace algunas veces temibles y casi siempre ridículos; pero su existencia, gracias á él, tiene una serenidad grandiosa, un desprecio á lo malo[27] y una virtud para sufrir, que las demás miserias no conocen.

27. «Un mépris du mal», dice Daudet. La traducción propuesta por Giner de los Ríos no refleja con exactitud el sentido de la frase francesa, que se refiere más bien al «desprecio por el dolor», ya sea físico o moral, que siente el artista cuando se siente inspirado por su musa.

Y se comunicaban muy lindos proyectos.

V

CONSECUENCIAS DE UNA LECTURA EN EL COLEGIO DE MORONVAL

Al día siguiente, el matrimonio Moronval recibía de la señora de Barancy una invitación para el lunes próximo. Al pie de la carta había una posdatita expresando el placer que se tendría en recibir con ellos al Sr. D'Argenton.

—Yo no voy... dijo el poeta muy secamente, cuando Moronval le dió cuenta de la esquela coquetona y perfumada.

Entonces el mulato se enfadó. Lo que hacía Argenton no era propio de un buen compañero. ¿Qué le importaba aceptar aquella invitación?

—No como en casa de esas mujeres.

—En primer lugar, dijo Moronval, la señora de Barancy no es lo que tú crees. Y, además, por los amigos bien pueden sacrificarse algunos escrúpulos: sabes que tengo necesidad de la Condesa; que la idea de mi Revista colonial no le ha parecido mal, y tú haces todo lo que puedes para echar á perder el negocio. La verdad es que eso no está bien.

D'Argenton, después de hacerse de rogar mucho, acabó por aceptar.

Al lunes siguiente, los señores de Moronval dejaron el colegio al cuidado del doctor Hirsch, y se dirigieron al hotelito del boulevard Haussmann, donde el poeta debía reunirse con ellos.

La comida estaba anunciada para las siete. D'Argenton no se presentó hasta las siete y media, y ya supondréis que, durante aquella media hora, no pudo Moronval hablar de su gran proyecto.

¡Estaba Ida tan inquieta!

—¿Creen ustedes que vendrá?... ¡Con tal que no esté enfermo!... ¡Parece tan delicado!

Por fin llegó, fatal y rizado; se excusó ligeramente con sus muchas ocupaciones, siempre muy reservado, pero menos desdeñoso que de costumbre.

El hotel le había impresionado.

El barrio, entonces enteramente nuevo; aquel lujo de plantas y de flores, que comenzaba en la escalera, adornada de plantas verdes, y acababa en el gabinetito de Ida, perfumado de lilas blancas; el salón con un techo magnífico, pintado en el centro y rodeado por un artesonado dorado; los muebles negros, capitonados, y el balcón en el final; el polvo del boulevard revoloteaba mez-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

clado al yeso de las obras vecinas, todo debía de entusiasmar á aquel habitante del Gimnasio Moronval y darle una impresión lujosa y de buena vida.

El aspecto de la mesa puesta, la facha imponente de Agustín, el adorador del sol, y todas esas menudencias del servicio, que dan bonitos reflejos á los malos vinos y gusto á los platos más ordinarios, acabaron de volverle el juicio. Sin mostrarse tan asombrado ni tan adulador como Moronval, que lanzaba exclamaciones y alababa con imprudencia las vanidades de la Condesa, el incorruptible D'Argenton se dulcificó poco á poco y se dignó sonreir y hablar.

Era un hablador infatigable, con tal que se tratara de él y que no le interrumpieran nunca una vez comenzado un período, porque su imaginación caprichosa era fácil de distraer. Usaba un tono sentencioso, autoritario para los más triviales argumentos, y cierta monotonía que dependía de aquel eterno: ¡Yo, lo mío... yo, lo mío! con el cual empezaba todas sus fases. Ante todo, le importaba dominar á su auditorio, comprender que lo escuchaba.

Desgraciadamente, el saber escuchar era una virtud superior á las fuerzas de la Condesa, y esto produjo durante la comida algunos incidentes desagradables. D'Argenton gustaba mucho de repetir las palabras que había pronunciado en ciertos sitios, dirigidas á personajes conocidos, redactores de periódicos, editores, directores de teatro que no habían querido nunca aceptar sus obras ni imprimir su prosa y sus versos. Eran palabras terribles, emponzoñadas, que quemaban, que levantaban ampollas.

Pero con la señora de Barancy no podía llegar jamás á esas palabras famosas, precedidas generalmente de toda una explicación preliminar. Cuando llegaba el momento patético de la histo-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ria, y cuando, con voz solemne, empezaba á decir: "Entonces yo solté esta frase cruel...„

Precisamente en aquel momento, la pobre Ida se lanzó en medio de su frase, siempre ocupada de él, es verdad, pero de una manera desastrosa para el discurso.

—¡Oh, señor D'Argenton! tome un poco de este helado...

—¡Gracias, señora!

Y el poeta, frunciendo el entrecejo, repetía, redoblando su tono de autoridad:

—Entonces le dije...

—¿No le ha gustado á usted? preguntaba la otra con candidez.

—Excelente, señora... "esta frase cruel.„

Pero la frase cruel tan retrasada no producía efecto; tanto más, cuanto que ordinariamente eran cosas como esta: "A buen entendedor„ ó "Caballero, ya nos veremos.„ Después de lo cual, D'Argenton no dejaba nunca de añadir: "Y se enfadaba.„

Ante la mirada severa que le lanzaba el poeta interrumpido, Ida se desesperaba: "¿Qué tiene? ¿Lo he vuelto á disgustar?„

Dos ó tres veces durante la comida, tuvo muchas ganas de llorar, lo cual disimulaba como Dios le daba á entender, diciendo á la señora de Moronval con amabilidad: "Coma usted... ¿Pero no come usted?„ y al Sr. Moronval: "¡No bebe usted nada!„ Lo cual era un gran embuste, porque la inventora del método Decostère hacía funcionar sus mandíbulas más activamente todavía que las noches de lectura expresiva, y su apetito no tenía más rival que la sed infatigable del tal Moronval.

Cuando acabó la comida y pasaron al salón, muy caldeado, muy alumbrado, y al cual el café daba cierto perfume de intimidad, el mulato, que atisbaba su presa hacía dos horas, juzgó favora-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ble el momento, y dijo de pronto con aire negligente á la Condesa:

—He pensado mucho en nuestro negocio... Habrá que gastar menos de lo que yo había pensado.

—¡Ah! dijo ella, con aire distraído.

—Sí, por cierto... Y si nuestra bella directora quisiera concederme algunos minutos de conversación seria...

"Directora„ era un golpe de audacia, una salida de ingenio, pero enteramente perdida, porque la *directora* no lo escuchaba. Seguía con la vista á su poeta, que se paseaba por el salón silencioso, preocupado.

"¿En qué pensará?„ se decía ella.

Estaba digiriendo.

Ligeramente atacado de gastralgia, y siempre muy cuidadoso de su salud, jamás dejaba, al levantarse de la mesa, de pasear durante un cuarto de hora á grandes pasos, donde quiera que estuviese. En cualquier otro aquello podía ser ridículo, en él era una sublimidad más; y en lugar de escuchar á Moronval, Ida contemplaba, al hundirse en las sombras del rincón de la sala y volver luego á la luz de las lámparas, aquella frente encorvada, cruzada por una arruga austera.

Por la primera vez de su vida amaba en realidad, apasionadamente, y sentía latir su corazón con esos latidos que á ningunos se parecen. Hasta entonces, se había entregado siempre al azar de su vida, al capricho de su vanidad, y las relaciones más ó menos largas que había tenido, se ataron y desataron sin que su voluntad interviniese en ello.

Bastante tonta é ignorante, de un espíritu crédulo y romántico, muy próxima ya á los funestos treinta años, que son siempre en la mujer principio de una transformación cualquiera, recurría

ahora á todas las novelas que había leído, para crearse un ideal que se pareciera á D'Argenton. Su fisonomía se metamorfoseaba tan bien al mirarlo, sus ojos alegres se volvían tan tiernos y su sonrisa tan lánguida, que su pasión no podía ya ser un misterio para nadie.

Moronval, al verla así absorta y temerosa, dirigió á su mujer un ligero movimiento de hombros, que significaba:

"Está loca.„

Y lo estaba, en efecto; y después de comer, atormentaba su espíritu buscando un medio de volver á entrar en su gracia. Al fin lo encontró; y cuando el poeta llegaba cerca de ella, en uno de esos paseos de pantera enjaulada:

—Si el Sr. D'Argenton fuese tan amable que nos recitara aquel poema delicioso que obtuvo tan gran éxito la otra noche en el colegio... He pensado en él toda la semana... Un verso, sobre todo, me persigue... *Yo, yo creo...* ¿Cómo es?.. ¡Ah!...

Yo creo en el amor, como creo en el buen Dios,

—¡En Dios! dijo el poeta, haciendo un gesto horrible, como si se hubiera cogido los dedos con una puerta.

La Condesa, que no era muy fuerte en prosodia, no comprendió más que una cosa, y fué que lo había vuelto á disgustar. El hecho es que empezaba á causarle esa impresión asustadiza, de la cual no pudo jamás defenderse, y que hacía parecerse su amor por él á ese culto de miedo que los japoneses rinden á sus feroces ídolos. Delante de él parecía más tonta de lo que realmente era, y hasta perdía el atractivo de pajarillo, aquella movilidad de pensamiento y de expresión, con la cual su limitado talento podía agradar por su constante variedad.

Sin embargo, el ídolo se humanizó; y para de-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

mostrar á la señora de Barancy que no le guardaba rencor por haber destrozado su verso, D'Argenton suspendió por un momento su ejercicio higiénico:

—Tengo mucho gusto en recitar algo... Pero, ¿qué? Verdaderamente no me acuerdo de nada.

Se volvió hacia Moronval con ese movimiento tan querido de todos los poetas, que en general no piden un consejo más que con la firme resolución de no seguirlo:

—¿Qué recito?

—Puesto—respondió el otro con tono enfurruñado,—puesto que te piden *credo*, recita el *credo*.

—¿De veras? ¿Quiere usted?

—¡Oh! Sí, señor; me hará usted muy feliz, contestó la Condesa.

—¡Bah!... dijo D'Argenton muy naturalmente y muy apuesto, con la mirada alta, se quedó un momento pensativo y empezó de este modo.

A una que me ha hecho mucho daño...

Al ver el asombro de Ida, que esperaba otra cosa, continuó con voz más solemne todavía:

A una que me ha hecho mucho daño...

La Condesa y Moronval cruzaron una mirada significativa. Sin duda, se trataba de la elevada dama de quien le había hablado.

El fragmento comenzaba dulcemente.

¡Señora, vais prendida con un gusto!...

Luego, el pensamiento empezaba á ponerse sombrío, pasaba de la ironía á la amargura, de la amargura al furor, y terminaba con estos versos terribles:

Señor, libradme de esta dama horrible,
Que se bebe la sangre de mis venas.

Como si aquella poesía singular hubiese traído á su memoria recuerdos penosos, D'Argenton no volvió á hablar una palabra en toda la noche. La pobre Ida también estaba pensativa. Pensaba en aquellas aristocráticas damas que tanto daño habían hecho á su poeta; y parecíala estar viendo allá, en algún salón aristocrático del barrio de San Germán, en el cual damas-vampiros se habían bebido toda su sangre sin dejar ni una sola gota para ella...

—Sabes, chico, decía Moronval al pasar cogido del brazo de Argenton por los desiertos boulevares, mientras la señora de Moronval los seguía trabajosamente. Sabes, que si al fin hago la Revista, te tomo de redactor-jefe.

Así tiraba al mar la mitad del cargamento para tratar de salvar el buque, porque veía perfectamente que si D'Argenton no andaba en el asunto, no se podrían conseguir de la Condesa más que palabras vagas y promesas, pero nada serio.

El poeta no contestaba. ¡Para ocuparse en la Revista estaba él!

Aquella mujer lo turbaba. No se ejerce la profesión de poeta lírico, martir del amor, sin que lo conmuevan esas adoraciones mudas que halagan al mismo tiempo dos amores propios; el del literato y el del hombre afortunado con las mujeres. Desde que había visto á Ida rodeada de galante lujo, un poco vulgar como ella, pero impregnado de un gran bienestar, sentíase invadido por yo no sé qué languidez amorosa, que derretía la rigidez de sus principios.

Amaury D'Argenton pertenecía á una de esas antiguas familias provincianas, cuyas moradas parecen grandes granjas, menos en el aspecto de riqueza. Arruinados desde hacía tres generaciones, los D'Argenton, después de haber pasado entre aquellas viejas paredes toda especie de

privaciones, una vida campesina de aristócratas cazadores y labradores, habían tenido que vender aquella única propiedad, abandonar el país y venirse á París á buscar fortuna.

Luego, había caído tan bajo en la miseria y en las desgracias comerciales, que hacía más de treinta años que no usaba ya el *de* delante de su apellido. Al lanzarse á la literatura, Amaury recobró el *de* y el título de vizconde, al cual tenía derecho. Esperaba poderlo ilustrar, y en el fervor de ambición de los comerciantes, pronunció esta frase imprudente. "Quiero que algún día se diga el vizconde de Argenton, como se dice el vizconde de Chateaubriand.

—Y el vizconde D'Arlincourt... contestó Labassindre que, en su calidad de antiguo obrero convertido en cantante, detestaba cordialmente á la Condesa.

El poeta tuvo una infancia desgraciada y pobre, sin alegría y sin luz. Rodeado de cuidado y de lágrimas, de preocupaciones, de dinero que tanto echa á perder á los niños, no había jugado ni sonreído nunca. Una plaza en el colegio de Luis el Grande, facilitó sus estudios, que tuvo el valor de seguir hasta el final; continuó aquella posición precaria convertida en dependiente. Por toda distracción tenía el pasar las vacaciones y los días de salida en casa de una hermana de su madre, excelente mujer, que tenía una casa de huéspedes en el barrio del Marais, y que le producía para comprarle guantes de cuando en cuando, porque el traje fué siempre una de sus mayores preocupaciones.

Esas infancias tan tristes, hacen los caracteres amargos. Se necesita mucha felicidad en la vida, muchas prosperidades para borrar la impresión de esos primeros años; y se ven hombres ricos, felices y poderosos, en elevada posición, que parece no disfrutan nunca de la fortu-

na; de tal modo, conservan sus labios las huellas de las antiguas decepciones, y su aspecto, la timidez que da á los cuerpos jóvenes y nuevos, las levitas viejas y raídas, achicadas de las de los padres.

La sonrisa amarga de D'Argenton tenía su razón de ser.

A los veintisiete años aún no había conseguido más que publicar por su cuenta un tomo de poesías humanitarias, que lo había tenido á pan y agua durante seis meses, y del cual nadie habló una palabra. Sin embargo, trabajaba mucho; tenía fe y voluntad, cosas perdidas para la poesía, á la cual sólo se le piden alas. Y D'Argenton no las tenía. Sentía, tal vez, en el sitio que debían ocupar, esa inquietud que produce la ausencia de un miembro, pero nada más; y perdía el tiempo y el trabajo en esfuerzos inútiles é infructuosos.

Las lecciones que daba para vivir, le permitían esperar, á fuerza de privaciones, el último día de cada mes, fecha en la cual, su tía, retirada en un pueblo, le mandaba una pensión. Todo esto se parecía muy poco al ideal que se formaba Ida, de esa vida disipada de poeta á la moda, llena de éxitos y de intrigas en todos los salones aristocráticos.

De un carácter orgulloso y frío, el poeta había huído hasta entonces toda clase de relaciones serias. Y las ocasiones de tenerlas, sin embargo, no le faltaban.

Sabido es que siempre hay mujeres para amar á esos seres y para morder en su *Creo en Dios*, como el pez muerde el anzuelo. Pero para D'Argenton, las mujeres no habían sido nunca más que un obstáculo, una pérdida de tiempo. Su admiración le bastaba; se colocaba á propósito más alto, en las esferas donde uno se cierne, rodeado de adulaciones, á las cuales no se dignaba contestar.

Ida de Barancy era la primera que verdaderamente le había causado impresión. Ella no lo sospechaba; y cada vez que atraída hacia el colegio, más á menudo de lo que era necesario para ver á su hijo Jack, se encontraba con D'Argenton, pedía gracia con la misma humilde actitud, con la misma voz tímida.

El poeta, por su parte, aun después de su visita al boulevard Haussmann, continuó representando su comedia de indiferencia; pero esto no le impedía mimar al niño en secreto, atraérselo, hacerle hablar de su madre, de aquella casa cuya elegancia lo había seducido, indignándolo, por una mezcla de vanidad y de celos.

¡Cuántas veces en clase de literatura—qué literatura les interesaría á aquellos chiquillos de *países cálidos*;—cuántas veces llamaba á Jack cerca de su mesa para preguntarle... cómo estaba su madre, qué hacía, qué había dicho!

Jack, muy halagado, daba todas las noticias que le pedían, y hasta las que no le pedían. Así fué que introducía siempre el pensamiento del "Buen Amigo„ en sus conversaciones íntimas; pensamientos que perseguían á D'Argenton, el cual procuraba rechazarlos, y que aquel angelito, con su vocecilla cariñosa, le recordaba sin cesar, implacablemente: "El Buen Amigo„ era tan bueno, tan complaciente... Iba á menudo á verlos ¡oh! pero muy á menudo; y cuando no iba, enviaba cestos llenos de fruta, de peras magníficas y de juguetes para Jack... Así es que Jack le quería con toda su alma.

—¡Y sin duda, tu mamá también lo querrá mucho! decía D'Argenton, escribiendo ó haciendo como que escribía.

—¡Oh, sí señor! contestaba Jack con candidez.

¿Era bien seguro que hablaba con candidez? El alma de los niños es un abismo, y nunca se sabe

hasta qué punto tienen noción de lo que nos dicen. En esa germinación misteriosa que se verifica continuamente en ellos, de sentimientos y de ideas, hay nacimientos súbitos, los cuales no podemos conocer por ninguna señal exterior; fragmentos de comprensión que llegan á formar un conjunto, unidos entre sí por hilos de los cuales el niño se apodera repentinamente.

¿Eran fragmentos de ese género los que habían hecho comprender á Jack la rabia y la decepción de su profesor, cada vez que le hablaba del "Buen Amigo?„ El caso es que insistía mucho. Ni le gustaba D'Argenton. A la repulsión de los primeros días uníase ahora cierto sentimiento de envidia. Su madre se ocupaba demasiado de aquel hombre. Durante los días de vacaciones ó de visita, le hacía toda clase de preguntas acerca de su profesor, si era bueno con él, si le había dicho algo de ella.

—Nada, contestaba Jack.

Y, sin embargo, el poeta no dejaba nunca de encargarle que saludase á la Condesa. Una vez hasta le dió una copia del *Credo del amor;* pero Jack la olvidó primero, luego la perdió, medio por aturdimiento, medio por malicia.

Así es que, mientras aquellas dos naturalezas desemejantes se atraían mutuamente por todos los polos imantados y contrarios, el niño se sostenía entre ellas dos, desconfiado, alerta, como si sospechara ya que iba á ser cogido, estrujado, ahogado en el choque violento y previsto de su primer encuentro.

Cada quince días, los jueves, Jack salía y se quedaba á comer en casa de su madre, á veces solo con ella, á veces con su "Buen Amigo„. Esos días lo llevaban al concierto, al teatro. Repicaban gordo para él y para todos los alumnos, porque volvía siempre de esas excursiones á casa de su madre, con los bolsillos llenos.

Un jueves, al llegar á su casa á la hora de costumbre, Jack vió en el comedor tres cubiertos puestos en la mesa, que se hallaba muy adornada con cristal y con flores. "¡Oh, qué alegría!... se dijo al entrar... "Buen Amigo„ está aquí.„

Su madre salió á recibirlo, hermosísima, muy engalanada, con el pelo adornado con lilas blancas, parecidas á las que adornaban la mesa. Un fuego magnífico y confortable ardía en la chimenea del salón, adonde se lo llevó riendo.

—Adivina quién está aquí.

¡Oh! me lo figuro, dijo Jack muy contento... ¡Está mi "Buen Amigo!„

Porque tenían costumbre de hacer esas cosas cuando él llegaba los jueves.

Era D'Argenton.

Más pálido, más grave aún que de ordinario, se hallaba en el sofá, de frac y corbata blanca, con una pechera muy almidonada, que le daba un aire imponente.

El enemigo estaba en su sitio. La decepción del niño fué tan grande, que le costó Dios y ayuda el contener sus lágrimas.

Hubo un momento de embarazo y de silencio.

Por fortuna, la puerta se abrió ruidosamente, violentamente, como si una horda de salvajes se hubiese abalanzado á ella, y Agustín anunció con voz de trueno: "La señora está servida.„[29]

La comida pareció triste y larga al pequeñuelo. Estorbaba y le estorbaban. ¿No habéis sentido nunca ese aislamiento que le da á uno ganas de desaparecer, de irse, á fuerza de sentirse inútil é importuno? Cuando Jack hablaba, no le hacían caso. Y en cuanto á comprender lo que decían los otros, era inútil que lo pretendiera.

Todo eran esas medias palabras, esos giros de frases enigmáticas que se emplean para hablar de modo que los niños no se enteren de lo que se dice. A veces veía que su madre se echaba á

29. "Madame est servie !", es la expresión empleada en francés para indicar que la comida está servida. Giner de los Ríos la traduce literalmente.

reir, y luego que se ponía colorada, y bebía para que no lo notaran.

"¡Oh, no, no!„ decía ella. Y luego, esos *Quién sabe... Tal vez... ¿De veras?* y otra porción de frasecillas que parecían no ser nada, y que, sin embargo, la hacían reir mucho. ¿Qué se habían hecho aquellas agradables comidas, en las cuales *Jack*, sentado entre su madre y su "Buen Amigo„ era el verdadero rey de la mesa, y manejaba á su antojo la risa y las preocupaciones de los comensales? Repentinamente se le vino á la memoria ese recuerdo con una frase desdichada. La señora D'Argenton acababa de ofrecer una pera á D'Argenton, que se extrañaba ante la buena cara de aquella fruta

—Las mandan de Tours... dijo Jack, con malicia ó sin ella... Nos las envía "Buen Amigo.„

D'Argenton, que estaba mondando la pera, la dejó en el plato con un movimiento en el cual se traslucía, á un tiempo mismo, el despecho de no comerse una cosa que le gustaba, y el profundo desprecio que le inspiraba su rival.

¡Oh! ¡Qué mirada tan terrible de la madre al niño! ¡Jamás lo había mirado de aquel modo!

Jack no se atrevió ni á moverse ni á hablar más; y durante la velada, continuó aquella impresión de la comida.

Sentados uno junto á otro, delante de la chimenea, D'Argenton é Ida se habían puesto á hablar en voz baja en ese tono confidencial, que por sí solo constituye una intimidad. Él relataba su vida, su infancia nerviosa y enfermiza, encerrada en un antiguo castillo perdido en medio de una montaña. Pintaba las almenas, los torreones y los enormes corredores, por donde mugía el viento; después sus luchas artísticas, sus primeros trabajos, los obstáculos con que tropezaba su talento continuamente, y todas las bajezas que había visto.

Hablaba de persecuciones encarnizadas, de las cuales era víctima; de sus triunfos literarios, de los terribles epigramas que le habían dedicado:

"¡Entonces le dirigí esta frase cruel!„

Aquella noche Ida no le interrumpía. Escuchaba, inclinada hacia él, con la cabeza apoyada en el codo, sonriente, como en éxtasis. Y tan prisionero estaba su pensamiento, que cuando él callaba, ella seguía escuchando, y no se oía en el salón más que el tic-tac del reloj y el roce de las hojas de un álbum que Jack, aburrido y soñoliento, hojeaba por hacer algo.

De pronto, ella se levantó temblorosa:

—Vamos, Jack, hijo mío, llama á Constancia para que te lleve al colegio. Ya es hora...

—¡Oh, mamá!

No se atrevió á decir que otros días estaba allí hasta más tarde; temía afligir á la madre, y sobre todo, encontrar en sus preciosos ojos claros, de ordinario tan cariñosos, la expresión de enfado que lo consternara poco antes.

Ella le premió su docilidad, besándolo con singular expansión.

—Buenas noches, hijo... dijo D'Argenton, más solemne que nunca; y atrajo al pequeño como para darle un beso. Éste presentó su frente de niño rubio:

—Buenas noches, señor.

Pero el poeta lo rechazó, como á impulsos de un movimiento invencible y repulsivo, parecido al que había tenido en la comida, cuando dejó la pera que había empezado á mondar.

Y, sin embargo, aquel niño no era un regalo de «Buen Amigo.„

—No puedo... no puedo... murmuró, dejándose caer nuevamente en la butaquita, enjugándose la frente.

Jack, estupefacto, miraba á su madre, como diciendo: "¿Qué le he hecho yo?„

—Anda, Jack, hijo mío... Lléveselo usted, Constancia.

Y mientras la señora de Barancy se acercaba á su poeta para procurar apaciguarlo, el niño se volvió, con el corazón lacerado, al colegio de Moronval; y en el jardín oscuro, más triste aún por las tristezas del regreso al colegio, en el glacial dormitorio, al pensar en el profesor tan cómodamente instalado allá en el sofá del salón entre luz y flores, decíase con envidia: "¡Qué feliz es él!„... ¿Hasta qué hora estará allí?...

En la exclamación de D'Argenton de "¡no puedo!„ y en su repugnancia de dar un beso á Jack, había ciertamente algo del fingimiento y el énfasis propios de aquel carácter declamatorio; pero en el fondo algo también de un sentimiento real y sincero.

Tenía celos del niño, como el niño los tenía de él. En su concepto, aquél representaba todo el pasado de Ida, la fuerza viviente, y bien viviente, de que otros la habían amado antes que él, y su orgullo se resentía.

No precisamente porque estuviese enamorado de la Condesa. Más bien podría decirse que él se amaba á sí mismo en ella, y que al ver en aquellos ojos límpidos y cándidos su imágen reflejada, se detenía completamente ante ellos, con la sonrisa egoísta que dirige la mujer al espejo que la hace bonita. Pero D'Argenton habría deseado que el espejo no estuviese empañado por el aliento de nadie, que no hubiera reproducido nunca más que su figura, en vez de conservar, en la sombra del pasado, el recuerdo ofensivo de otras muchas imágenes.

Esto era irremediable. La pobre Ida no podía evitarlo, sino lamentarlo, como lo lamentaba, y decir sinceramente: "¿Por qué no te he conocido antes?„ Lo cual no es bastante para calmar las torturas de los singulares celos retrospectivos,

sobre todo cuando se hallan alimentados por un orgullo extraordinario.

"Debiera haberme presentido», pensaba D'Argenton; y de ahí procedía la sorda cólera que sólo ver al niño excitaba en él.

Ella, sin embargo, no podía renegar ni abandonar aquel fruto de sus amores pasados. Pero poco á poco, bajo la influencia del poeta, para evitar aquellos encuentros desagradables, en los cuales cada cual sufría por lo que estorbaba á los demás, tomó la costumbre de sacar á Jack del colegio más de tarde en tarde, y de escasear también sus visitas al Gimnasio. Y es que entraba ya en la vida de los sacrificios, y aquel no era ciertamente el más pequeño.

En cuanto al hotel, al carruaje, al lujo con que vivía, la pobre mujer estaba dispuesta á prescindir de todo, y no esperaba más que una indicación cualquiera de D'Argenton, para despedir al "Buen Amigo.„

—Ya verás, le decía ella, cómo te ayudo, cómo trabajo. Y, además, no pesaré por completo sobre ti. Siempre me quedará algun dinero.

Pero D'Argenton vacilaba todavía. Era, á pesar de su aparente exaltación, un espíritu fuerte, lúcido un burgués metódico y lleno de buenas costumbres, que razonaba hasta sus calaveradas.

—No, no... Esperemos todavía... Día ha de venir en que yo sea rico, y entonces...

Aludía á aquella tía vieja que tenía en provincias, que le mandaba una pensión, y á la cual tenía que heredar, infaliblemente, un día ú otro. ¡Era tan vieja la pobrecita!

Y hacían proyectos deliciosos para entonces. Se irían al campo, bastante cerca de París para disfrutar de su luz; bastante lejos para huir de su ruido. Tendrían una casita propia, el plano de la cual meditaba él hacía ya tiempo, toda de planta

baja, con una terraza á la italiana, adornada con parras y una divisa en la fachada, encima de la puerta: *Parva domus, magna quies*. "Casa pequeña, gran reposo.„ Allí trabajaría él. Haría un libro... su libro... el libro... ¡el libro!... aquella *Hija de Fausto*, de que hablaba hacía diez años. Luego, inmediatamente después de *La hija de Fausto*, publicaría un volumen de poesías, y luego *Las cuerdas de bronce*, una colección de sátiras implacables. Tenía en la cabeza una porción de títulos vacíos, de rotulatas de ideas; de lomos de libros sin nada dentro.[30]

Entonces acudirían los editores, ¡ya lo creo que acudirían! Porque sería rico, célebre; tal vez académico, aunque la Academia era una institución que andaba muy de capa caída; estaba mohosa.

"No, no importa, decía Ida... Es preciso ser académico.„ Ya le parecía á ella estar viéndose en un rincón de la sala de sesiones, el día de la recepción, oculta y palpitante, vestida con un trajecito modesto, como corresponde á la mujer de un hombre célebre.

Entretanto, seguían comiéndose las peras de "Buen Amigo„, que por cierto era el más cómodo y el más ciego de todos los buenos amigos del mundo.

A D'Argentón le parecían excelentes aquellas condenadas peras, y se las comía, si bien con un humor endiablado, rabioso, vengándose al mismo tiempo en la pobre Ida, con una porción de frasecitas aceradas y ofensivas, de lo indelicado de su propia conducta.

Así pasaron semanas y meses enteros, sin más cambio en la vida de todos, que una frialdad marcadísima en las relaciones entre Moronval y su profesor de literatura. El mulato, que seguía esperando que la Condesa adoptase una resolución relativa al proyecto de fundar una Revista,

30. Entre los proyectos de D'Argenton que menciona Daudet, Giner de los Ríos ha eliminado uno: *Les Passiflores*, esto es, *Las pasionarias*.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sospechaba que D'Argenton era hostil á ese proyecto, y no tenían pelos en la lengua para decir todo lo que pensaba acerca de aquel caballero.

Un jueves por la mañana, Jack, que ya no salía del colegio sino muy rara vez, contemplaba con tristeza á través de los cristales de la galería, que se hallaba convertida en sala de recreo, un cielo magnífico de primavera, muy azul, muy despejado, que hacía pensar en el paseo y en la libertad.

El sol ya calentaba; las ramas de las lilas empezaban á verdear, y la tierra inculta del jardincillo tenía misteriosos sacudimientos de vida. Del Pasaje se escuchaban gritos de niños y cantos de pájaros enjaulados. Era una de esas mañanas en las cuales todas las ventanas se abren para dejar que éntre un poco de luz en las casas, y que se evaporen las sombras del invierno; toda esa negrura con la cual lo largo de las noches y el humo de las chimeneas llenan las habitaciones que están cerradas mucho tiempo.

Jack pensaba que sería delicioso, en una mañana como aquella, salir un poco del colegio, tener otro horizonte que no fuera la tapia tapizada de hierbajos, al pie de la cual acababa el jardín en montones de piedrecillas verdosas y de hojas secas.

Precisamente en aquel momento sonó la campanilla de la puerta y el niño vió entrar á su madre, vestida elegantísimamente, radiante, muy presurosa y presa de una agitación extraordinaria.

Iba á buscarlo para llevarlo al Bosque de Boloña. No volvería hasta la noche. Un verdadero día de fiesta, como los que disfrutaba en otros tiempos.

Era preciso ir á pedir permiso á Moronval; pero como la señora de Barancy llevaba aquel día el importe del trimestre, comprenderéis que el permiso fué concedido en seguida.

—¡Oh, qué alegría! exclamaba Jack; y mientras su madre contaba al mulato que el señor D'Argenton se había visto obligado á salir precipitadamente para Auvernia, porque su tía se estaba muriendo, el niño atravesó corriendo el patio, para ir á vestirse.

En el camino encontró á Madú. Madú, flaco, triste, ocupado ya, por completo, en todos los quehaceres de la casa, y transportando sus escobas y sus cubos de fregar, sin darse cuenta siquiera de que ya hacía buen tiempo y que el aire le perfumaba con las nuevas savias.

Al verlo, se le ocurrió á Jack una locura, una de esas ideas de niño alegre y feliz, que quiere que todo cuanto le rodea se ponga al unísono con su felicidad:

—¡Oh, mamá! ¿Por qué no nos llevamos á Madú?

El permiso era más difícil de obtener, á causa de las múltiples funciones que el príncipe tenía que desempeñar en el colegio; pero Jack suplicó tanto, que la buena de la señora de Moronval dijo que aquel día ella se encargaría de las tareas del negrito.

—¡Madú, Madú! —gritó Jack, precipitándose al jardín: deprisa, vístete; te llevamos con nosotros en coche; nos vamos á almorzar al Bosque.

Hubo un momento de confusión. Madú estaba asustado. La señora Decostère le buscaba un uniforme prestado. El hijo de Barancy saltaba de alegría, y su madre, como un pájaro parlero excitado por el ruido, daba á Moronval multitud de pormenores acerca del viaje de D'Argenton y el estado desesperado de la salud de su tía.

Al fin se fueron.

Jack y su madre se sentaron en el fondo de la victoria; Madú, en el pescante, al lado de Agustín. La cosa no era muy régia; pero S. M. había pasado por trances más duros.

La salida fué deliciosa, á lo largo de aquella Avenida de la Emperatriz, tan anchurosa por la mañana, tan aireada y tan familiar. Encontraba algunos paseantes, de esos que gustan de respirar aire puro antes que el movimiento, el ruido y el polvo del día lo impurifiquen; niños acompañados por sus ayas, otros muy pequeños llevados en brazos, solemnemente envueltos en sus largos trajes blancos; otros mayores, paseando con los brazos y las piernas al aire y el cabello suelto. También pasaban algunos jinetes y amazonas; y el paseo reservado, la arena recientemente recorrida, conservaba las huellas de aquellas primeras cabalgatas, y parecía en muchos sitios más bien la vereda de un parque particular, que un paseo público. El mismo aspecto tranquilo, lujoso, reposado, tenían también las casitas desparramadas entre los verdes prados, y de las cuales los ladrillos color de rosa y las pizarras azuladas, en aquella mañana deliciosa, parecían recién lavados.

Jack se extasiaba, besaba á su madre, tiraba á Madú de los faldones de la levita.

—¿Estás contento, Madú?

—¡Oh, muy contento, *señó!*

Llegaron al Bosque, ya por muchos sitios verde y florido. Había calles de árboles cuyas cimas era lo único que aparecía verde ó enrojecida por la savia, lo cual daba á las ramas bañadas de sol, un aspecto vaporoso. Los diversos tonos de los árboles, más ó menos precoces, pasaban, desde el verde tierno de los nuevos brotes, al verde permanente de los arbustos de invierno.

Arboles que habían llevado nieve en sus hojas rígidas y crispadas, rozaban con lilas en brote, todavía endebles y desconfiadas de sus propias fuerzas.

El carruaje se detuvo en el restaurant de la Mariposa, y mientras preparaban el almuerzo,

la señora de Barancy se apeó con los niños para dar una vuelta alrededor del lago. En aquella hora matinal, los largos paseos de por la tarde, y todos sus reflejos mundanos de cocheros con el pelo empolvado y llenos de galones, caballos lujosamente enjaezados, ejes de coches barnizados, no lo turbaban todavía.

El lago conservaba de la noche anterior una ligera frescura, que subía como vaho hacia la luz. Por él nadaban cisnes; algunos tallos de hierba se miraban en aquel agua limpísima, á la cual las sombras, el silencio, la soledad, parecían haberle rehecho una verdadera fisonomía de agua viviente: tenía rizos, estremecimientos, subidas de pequeñas olas, que se deshacían en la superficie en burbujas claras. En vez de aquel estanque inmóvil, que parece servir de espejo á las últimas modas y á las vanidades de París, el lago se atrevía á volver á ser lago, cuyas aguas cruzaban las aves, agitaban los peces y servían para que bañasen sus ramas abandonadas los sauces.

¡Qué paseo tan delicioso!

¡Y el almuerzo!... El almuerzo delante de las ventanas abiertas, con esos apetitos de colegial, inconscientes y avivados, que la emprenden con todo. Desde el principio hasta el final de la comida aquello fué una alegre y continuada carcajada. Todo les servía de pretexto para reir: un pedazo de pan que se caía, la facha del mozo; y aquellas cándidas expansiones iban á encontrar en las ramas de los árboles los primeros cantos de los pájaros.

Cuando hubieron almorzado:

—¿Vamos al Jardín de Aclimatación? propuso la madre.

—¡Oh, qué buena idea, mamá!... ¡Madú no ha estado allí nunca, y se va á divertir mucho!

Tomaron el coche para encaminarse por la

Gran Avenida hasta la verja. En el Jardín, casi desierto, volvieron á encontrar la impresión tranquila de despertar y de frescura que les había producido el Bosque; pero, para los niños, el atractivo era todavía mayor, á causa de aquella vida animal que llenaba hasta el último rincón y los veía pasar dando saltos contra las empalizadas, con ojos fieros y lánguidos y hocicos sonrosados, extendidos hacia el agradable olor á pan caliente que llevaban del restaurant.

Madú, que hasta entonces se había divertido por complacer á Jack, empezó á divertirse por su cuenta.

No necesitaba mirar el letrero azul que da á todas aquellas jaulas el aspecto de calabozos numerados, para conocer á muchos animales de su país. Con cierto sentimiento, mezclado de placer y de pesar, contemplaba á los canguros puestos de pie sobre sus patas, tan largas que tienen la agilidad y la fuerza de un par de alas. Parecía que les compadecía por verlos lejos de su país, que sufría al contemplarlos en aquel reducido espacio, que atravesaban de dos saltos para volver á su cabañita, con esa precipitación del animal que conoce el refugio y la necesidad de tener su casa.

Se detenía delante de aquellas verjas ligeras, pintadas de claro para que la ilusión sea mayor, detrás de las cuales se hallaban los antílopes encerrados sin consideración ninguna á sus finísimos cascos, tan ligeros, tan ágiles; y había allí rinconcitos de verde tan pelado, vertientes de montículos tan pobres de hierba, que de pronto, al paso de sus rápidos trotes, surgía para Madú algún fragmento lejano de un paisaje quemado por el sol.

Lo que más lástima le daba, eran los pájaros enjaulados. Al menos los avestruces, los casoares alojados solitariamente al aire libre, con un

arbusto exótico que los acompaña en la perspectiva de las calles de árboles, como si estuviesen pintados en una estampa de historia natural, tenían sitio para tenderse, para escarbar al sol, entre las piedrecillas de aquella tierra nueva, removida, renovada, que en el Jardín de Aclimatación conserva siempre la fisonomía de una cosa improvisada. Pero, en cambio, ¡qué tristes parecían entre las cotorras, los cacatúas en aquella enorme jaula, dividida en compartimientos uniformes, cada uno de los cuales está adornado con un bebedor y un palo para que se suban, pero sin nada de hojas verdes ni de ramas!

Madú, al contemplar aquellos sitios melancólicos, un poco sombríos, porque el edificio es demasiado alto para lo pequeño de aquel corral, pensaba en el colegio de Moronval. En aquellos estrechos palomares, las plumas brillantes parecían oscurecidas y guarnecidas de franjas; hablaban de luchas, de batallas, de espantos de prisionero ó de loco, á lo largo de un enverjado de hierro colado. Y los pájaros del desierto ó del espacio, los flamantes, cuyas plumas color de rosa, cuyos cuellos estirados, vuelan en forma de triángulo por el fondo que forma el Nilo azul ó el cielo pálido; los ibis de pico largo, que parecen soñar posados sobre las esfinges inmóviles, todos tomaban la misma fisonomía vulgar entre los pavos reales blancos, que hacían vanidosamente la rueda, y los pequeños ánades chinos de colores delicados, que se bañaban con comodidad en su diminuto lago.

Poco á poco el Jardín iba llenándose.

Ahora ya había gente, ruido, animación, y de pronto, entre dos avenidas, surgió un espectáculo extraño, fantástico, que llenó á Madú de un éxtasis tan grande que lo dejó inmóvil, mudo, sin poder pronunciar ni una sola palabra para explicar su estupor, su admiración.

Por encima de los arbustos, de las verjas, casi á la altura de los árboles grandes, dos elefantes, á los cuales no se les veía más que las enormes cabezas y las trompas en movimiento, avanzaban, columpiando en sus enormes lomos todo un mundo abigarrado, de mujeres con sombrillas claras, de niños con sombreros de paja, cabezas morenas, rubias, adornadas con cintas de colores. Detrás de los elefantes iba una jirafa, con el cuello estirado y muy erguida su pequeña cabeza, seria y altiva; también había gente montada encima de ella. Y aquella caravana singular desfilaba á la vista de Madú, entre los encajes de las amarillentas ramas, con muchas risas, gritos y esa excitacion que producen la altura, el aire vivo y también un temor vago, corregido por el amor propio.

Bajo los rayos del sol que ya calentaban, aquellas telas de primavera parecían de seda rica, y todos los colores resaltaban sobre la piel espesa y rugosa de los elefantes. Al fin se les vió del todo, guiados por el *cornac*, con la trompa extendida á derecha é izquierda, hacia los brotes de los árboles ó los bolsillos de los transeuntes, pesados, cargados, tranquilos, agitando apenas sus grandes orejas, á las cuales un chiquillo echado sobre sus cuellos ó una muchacha del pueblo alegre y vivaracha, hacían cosquillas con la contera de una sombrilla ó con un latiguillo inofensivo.

—¿Qué tienes, Madú?... Estás temblando... ¿Estás malo? preguntó Jack á su compañero.

Positivamente[31] Madú desfallecía de emoción; pero cuando supo que él también podría montar encima de las pesadas bestias, su cara tomó una expresión grave, reposada, casi solemne.

Jack no quiso acompañarlo.

Se quedó con su madre, á la cual no encontraba bastante alegre, bastante risueña, para lo que merecía aquel día feliz; experimentaba la necesi-

31. "Positivement" es el adverbio utilizado por Daudet. Aunque en ciertos contextos su uso coincide con nuestro adverbio "positivamente" (como cuando se emplea para significar que algo sucede de manera real y efectiva), no parece que en esta ocasión coincidan en su uso. En este caso, "positivement" se emplea para reforzar la afirmación, función que podría cumplir en español el adverbio "verdaderamente".

dad de estar muy cerca de ella, de apretarla, de admirarla, de aspirar el polvo que levantaba la larga cola de su vestido de seda, que arrastraba con tanta majestad. Sentados los dos, miraban al negrito izarse á todo lo alto del elefante con una prisa, con un estremecimiento singular.

Una vez allí arriba, pareció estar en su casa, en su sitio.

Ya no era el chicuelo atontado, de facha ridícula, de lenguaje casi grotesco; ya no era el colegial torpe y contrahecho, el criadito humillado por sus funciones serviles y la tiranía del amo. Bajo su piel negra, ordinariamente terrosa, se sentía circular la vida: sus crespos cabellos se levantaban salvajemente, y en sus ojos, entre las languideces del destierro, brillaban relámpagos de cólera ó de dominio.

¡Feliz reyecito!

Dos ó tres veces dió la vuelta al jardín.

"¡Más, más!„ Y por el puentecillo que hay para atravesar el estanque, entre los cercados de los canguros, pasaba y volvía á pasar, excitado hasta la embriaguez por el andar pesado y rápido del elefante. Kerika, Dahomey, la guerra, las grandes cacerías, todo esto acudía á su memoria. Hablaba solo en su lengua, y al oir aquella vocecilla africana, chillona, acariciadora, que le hacía cerrar los ojos de placer, el elefante contestaba con mugidos entusiastas; las cebras relinchaban, los antílopes saltaban asustados, mientras que del enorme jaulón de los pájaros exóticos, donde caía el sol con rayos más dorados, llegaban píos, cantos, llamamientos, picotazos estridentes, todo un tumulto de bosque virgen, antes de la hora tranquila del sueño.

Pero era tarde. Era preciso volver, bajar de aquel hermoso ensueño. Además, en cuanto desapareció el sol, se levantó aire vivo y frío, como sucede en esos comienzos de primavera, en los

cuales la escarcha de las noches sucede á los calores de los días.

Esta impresión de invierno, hizo que los niños tuvieran un regreso triste y sombrío. El carruaje corría en dirección al colegio, se alejaba del Arco de Triunfo, aún iluminado por el sol poniente, y parecía dirigirse hacia la noche. Madú iba pensativo en el pescante, al lado del cochero; Jack, sin saber por qué, tenía el corazón encogido, y ¡cosa sumamente rara! la señora de Barancy iba callada.

Tenía, sin embargo, algo que decir, y algo que probablemente la costaba mucho trabajo, porque esperó al último momento para hablar.

Al fin se atrevió, y tomando la mano de Jack entre las suyas, le dijo:

—Escucha, hijo mío: tengo una mala noticia que darte...

El niño comprendió en seguida que le ocurría una gran desgracia, y sus ojos suplicantes se volvieron hacia su madre.

—¡Oh! no me lo digas, no me digas lo que tienes que decirme.

Pero ella siguió hablando en voz baja y muy deprisa:

—Tengo que marcharme... hacer un viaje muy largo... Tengo que dejarte... pero te escribiré... Sobre todo no llores, hijo mío, porque me darás mucha pena... En primer lugar, no me voy por mucho tiempo... Nos veremos pronto... Sí, muy pronto; te lo prometo...

Y empezó á contarle una porción de cosas. Se trataba de asuntos de dinero, de una herencia que había que recoger, de una porción de cosas misteriosas.

Habría podido hablar mucho todavía, inventar otras mil historias. Jack no la oía. Aplanado, abatido, lloraba silenciosamente en un rincón, y el París que iba atravesando le parecía muy varia-

do desde por la mañana, despojado de sus rayos primaverales; de sus perfumes de lilas, lúgubre, desastroso; porque lo miraba con los ojos arrasados en las lágrimas de un niño que acaba de perder á su madre.

... Aprovechar la desbandada que volvía á reinar en colegio...

VI

EL REYEZUELO

Algún tiempo después de aquella despedida precipitada, llegó al colegio una carta de D'Argenton. El poeta escribía á *su querido director*, para decirle que, habiendo variado su posición, á causa de la muerte de una pariente, le rogaba que le admitiese su dimisión de profesor de literatura. En postdata añadía que la señora de Barancy, obligada á salir de París repentinamente, confiaba á su hijo Jack á los cuidados paternales del Sr. Moronval. En caso de enfermedad avísese á las señas de D'Argenton, en París ó donde se encontrara.

"¡Los cuidados paternales á Moronval!„ ¡No se habría reido poco al escribir esa frase! ¡Como si no conociese al mulato, como si no supiera lo que esperaba al niño en el colegio en cuanto se supiera que su madre se había ido y que ya nada había que esperar de ella!

Al recibo de aquella carta seca, sucinta, impertinente á fuerza de discreción, Moronval tuvo uno de esos accesos de cólera, terribles, alocados, como le daban algunas veces, y producían en el colegio el temblor, la conmoción, la agitación, la consternación de una tempestad en los trópicos.

¡Se había marchado!

Se había ido con aquel descamisado, aquel belitre, sin talento, sin ingenio, sin nada. ¡Ah! ¡Ella llevaría su merecido!... ¡Vaya una vergüenza! ¡Una mujer de su edad, porque ya no era una niña, tener corazón para irse, dejar á ese pobre chico solo en París, en nación de extraños!

Si bien compadeciendo la suerte del pobre niño, el mulato se agitaba de un modo que parecía decir: "Espera... espera... ya verás cómo lo cuido, cómo cuido á tu Jack, y muy paternalmente!

Lo que más lo irritaba, no era el chasco que se había llevado, viendo para siempre muerto su proyecto de Revista, aquella última esperanza de fortuna, sino el misterio insolente, desconfiado, en que se envolvían aquellos dos seres que se habían conocido por él, en su casa, á quienes sus salones habían servido de intermediarios. Corrió al boulevard Haussmann en busca de noticias para saber algo; pero allí el misterio era el mismo. Constancia esperaba una carta de su señora. Lo único que sabía era que había roto definitivamente con su "Buen Amigo„ que abandonarían la casa del boulevard, y que probablemente venderían el mobiliario.

—¡Ah, Sr. Moronval! añadía la vigorosa fac-

tótum: ha sido una gran desgracia que pusiéramos los pies en su casa de usted.

El mulato volvió al colegio, convencido de que al trimestre siguiente quitarían á Jack del colegio, ó se vería obligado á despedirlo por falta de pago. Resultó de aquí, lo mismo para él que para toda la gente del colegio, que como ya no había que tener miramientos á Barancy, convenía desquitarse de todos los mimos que se le habían prodigado durante un año.

Esto empezó desde arriba, en la mesa del maestro, en la cual, desde aquel día, no sólo se sintió el igual, sino el mártir de los demás. Ya no hubo vino ni postres.

Zarza-rosa como todo el mundo, *agabanzo*, salobre, dulzón y turbio, tan cargado de cuerpos extraños y de espuma malsana, como las aguas de un río desbordado. Y constantemente miradas de odio y alusiones ofensivas.

Procuraban hablar de D'Argenton delante de él. Decían que era un poetastro egoísta, vanidoso. Cuanto á su abolengo aristocrático, ya sabía todo el mundo á qué atenerse; y aquellos corredores donde decía que había pasado su infancia, no existían, como no existía el viejo aristocrático castillo perdido allá en lo alto de las montañas. Donde había estado de muchacho, era en la casa de huéspedes que tenía su tía en la calle de Fourcy, una de la encrucijada de callejuelas tortuosas y húmedas que rodean la iglesia de San Pedro.

La pobre mujer era auvernesa, y todo el mundo recordaba haberla oído cien veces gritar por aquellos corredores de la casa de huéspedes: "Amaury, hijo mío, súbeme la llave del cuarto número siete."[32] Y el Vizconde le subía las llaves.

Aquellas burlas sangrientas contra el Vizconde, á quien tanto detestaba, divertían al niño; pero había algo que no le dejaba reirse de ellas,

32. La frase de la tía a D'Argenton pierde su efecto cómico en la traducción de Giner de los Ríos. En francés, Daudet imita el acento de la región de Auvergne, que se caracteriza, entre otras particularidades fonéticas, por transformar las eses en ches ("un accent qui chuinte"). "Amaury, mon garçon, monte-moi la cé du *ché bi* (du sept bis)", se lee en la novela francesa. El traductor, una vez más, prescinde de la variante dialectal y se limita reproducir el significado denotativo de la frase.

ni mezclarse á la ruidosa alegría de sus compañeros los de *países cálidos*, que daban pruebas de su aduladora bajeza, á cada nueva broma de Moronval. Y era, que siempre aquellas revelaciones burlescas acababan con alusiones á otra persona á quien no nombraban, es cierto, y la cual no quería el niño adivinar, porque se echaba á temblar de pensar que no se equivocaba. Parecía que algún lazo misterioso unía en el ánimo de los comensales á Amaury D'Argenton, aquel belitre, ridículo, antipático, con aquella otra persona á quien el niño adoraba y respetaba más que nada y más que á nadie del mundo.

Había, principalmente, cierto ducado de Barancy que salía á colación en todas las conversaciones.

—¿Dónde se encuentra ese ducado? gritaba Labassindre. ¿En Turena ó en el Congo?

—De todos modos hay que convenir en que está muy bien *entretenido*, replicaba el doctor Hirsch, guiñando maliciosamente un ojo.

—¡Bravo, bravo... muy bien entretenido!

Y todos reían á mandíbula batiente.

Hablábase también del famoso lord Peambock, comandante general de los ejércitos de la India.

—Lo he conocido mucho, decía el doctor Hirsch; él fué el que mandó el regimiento de los treinta y seis papás.

—¡Bien por los treinta y seis papás!

Jack bajaba la cabeza, miraba al pan, al plato, y ni siquiera se atrevía á llorar de miedo á aquella ironía que lo ahogaba. A veces, sin darse cuenta del verdadero significado de las palabras que oía, notaba algo que denotaba el ultraje que querían hacerle, en la expresión burlona de aquellos semblantes.

Entonces, la señora de Moronval le decía cariñosamente:

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Jack, hijo mío, ve á dar una vuelta por la cocina.

Y después regañaba á los demás en voz baja.

—¡Bah! decía Labassindre: no lo entiende.

Ciertamente, el pobre muchacho no lo entendía todo; pero su inteligencia abríase á estas primeras tristezas, se fatigaba buscando las razones del desprecio y del odio que lo rodeaba; y algunas palabras oscuras oídas en las conversaciones de la mesa, le quedaban en el ánimo como una duda, como una mancha.

Hacía tiempo que sabía que no tenía padre; que llevaba un nombre que no era el suyo; que su madre no tenía marido: todo esto servía de punto de partida á sus tristes reflexiones. Sentíase acometido de susceptibilidades. Un día que Said le llamó *hijo de cocota*, en vez de reirse como otras veces, se abalanzó al cuello del egipcio y le hizo un arañazo con sus manitas crispadas, que estuvieron á punto de estrangularlo. A los aullidos de Said acudió Moronval, y por primera vez desde su entrada en el colegio, el pobre Barancy trabó conocimiento con la matraca.

Desde aquel día desapareció el encanto. El mulato no se contuvo ya en sus arrebatos de castigo; pegar á un blanco le parecía cosa muy sabrosa. Ahora ya, para que la suerte de Jack fuese en un todo semejante á la de Madú, no le faltaba más que ir á la cocina. Pero no vayáis á creer que con esta revolución, verificada en el colegio, había mejorado en lo más mínimo la suerte del reyecito. Al contrario, más que nunca era el objeto de todos los malos tratamientos. Labassindre le molía á puntapiés, el doctor Hirsch seguía tirándole de las orejas, y el Padre de palo le hacía pagar caro la muerte de su proyecto de Revista.

"Nunca contentos, nunca contentos,„ repetía el desdichado negrito, acosado por las tiránicas

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

exigencias de sus amos. A su abatimiento se agregaba un estado singular de nostalgia, producida por la nueva estación, el regreso del calor y del sol, y sobre todo por aquella visita al Jardín de Aclimatación que le había traído recuerdos vivos, palpitantes de la patria ausente.

La melancolía de desterrado se tradujo primero por un terco mutismo, una resignación á toda prueba con las exigencias y los palos. Después, el semblante de Madú tomó una resolución, una animación extraordinarias. Cualquiera hubiese dicho que al correr por el Jardín, por la casa, en sus múltiples ocupaciones, se encaminaba á un punto lejano desconocido para todos; y cualquiera lo hubiera dicho, por la fijeza de su mirada y el ademán con que andaba como si alguien caminase delante de él y lo fuera llamando.

Una noche, cuando el negrito estaba acostándose, Jack le oyó refunfuñar en su extraña lengua, y le preguntó:

—¿Estás cantando, Madú?

—No, zeñó; yo no cantá, yo hablar en nego.

Y confió á su amigo todos sus proyectos. Había resuelto marcharse. Pensaba en ello hacía tiempo, y no esperaba más que la vuelta del sol, para ejecutar su plan. Ahora que el sol había vuelto, Madú iba á volverse á Dahomey y á reunirse con Kerika. Si Jack quería acompañarlo, irían á pie hasta Marsella, se esconderían en un buque, y se marcharían juntos. A él nada malo podía sucederle, porque llevaba su *gri-gri*.

El otro hizo objeciones. Aunque era muy desgraciado, no le entusiasmaba el país de Madú-Ghezo. El gran caldero de cobre dorado lleno de cabezas recién cortadas, acudía siniestramente á su memoria. Y además, allá estaría aún más lejos de su madre.

—¡Bueno! dijo el negro tranquilamente. Tú quedarte en el colegio; yo, irme solo.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana, contestó el negro con voz resuelta.

Y en seguida cerró los ojos para conciliar el sueño, como si hubiera de necesitar de todas sus fuerzas.

Al día siguiente por la mañana era *día de método*, como decían en el colegio. Ese día se reunían para la lección de la señora Decostère en el salón grande donde estaba el armonium, porque este instrumento era necesario para la lectura expresiva. Al entrar, Jack vió á Madú barriendo la destartalada é inmensa habitación, y supuso que había renunciado á su viaje.

Ya hacía una ó dos horas que los alumnos de *países cálidos* estaban en clase y se desternillaban las mandíbulas por aprender la *configuración de las palabras*, cuando apareció la cabeza de Moronval por la entreabierta puerta.

—¿No está aquí Madú?

—No, respondió la señora Moronval-Decostère: lo he mandado á la compra.

Aquella palabra, "compra,„ llevó á la fisonomía de todos los chicos una expresión tal de alegría, que de seguro hubieran podido decir en seguida la configuración exacta de aquel vocablo, si se la hubiesen preguntado. ¡Comían tan poco! Jack, menos hambriento, pensó en su conversación de la noche antes, que como la había tenido en el momento de dormirse, se le había quedado impresa como si fuera un sueño.

El Sr. Moronval se marchó para volver al cabo de algunos instantes:

—Pero ¿y Madú?

—No ha vuelto... No sé qué habrá hecho, contestó la mujer, un poco intranquila también.

Las diez, las once, y Madú sin parecer. Ya hacía tiempo que habían concluído la lección. Era la hora en que ordinariamente subían de la cocina subterránea, tan pequeña y tan pobre, pero co-

cina al fin, ciertos olores calientes que sobrexcitaban el apetito feroz de los colegiales. Aquella mañana, nada: ni legumbres, ni carne. Y Madú sin parecer.

—Le habrá sucedido algo... decía la señora de Moronval, más indulgente que su feroz marido, el cual iba de cuando en cuando á la entrada del Pasaje con la matraca en la mano para esperar al negrito.

Sonaron las doce campanadas del mediodía en todos los relojes; las marcaron todos los de bolsillo; se oyeron en todos los de torre de los alrededores, señalando esa hora del almuerzo que divide el trabajo del día en dos períodos próximamente iguales. Aquellas alegres campanadas vibraron de un modo siniestro en los estómagos vacíos de todos los habitantes del colegio. Y mientras se iba haciendo el silencio en todas las fábricas y talleres de la vecindad, y mientras de todas las casas del Pasaje las cocinas encendidas enviaban hasta ellos ruido de freidura y humillos apetitosos, los maestros y los discípulos, sin tener nada que hacer, se entregaban á ese loco esperar de la comida que no llegaba.

¿No os figuráis aquel colegio hambriento, sin víveres, perdido como barco náufrago en medio de un océano de gentes que almorzaban?

Los chiquillos tenían las caras estiradas, los ojos abiertos, y sentían despertarse en ellos, con los calambres del hambre, sus antiguas ferocidades de caníbales. A eso de las dos de la tarde, la señora Moronval-Decostère se decidió, á pesar de su origen aristocrático, á ir á comprar salchicha, porque no se atrevía á dar el encargo á ninguno de aquellos muchachos hambrientos, temiendo que lo devorase todo por el camino.

Cuando volvió cargada con panes enormes y papeles aceitosos y grasientos, la recibieron con un ¡viva! de entusiasmo, y solo entonces, como

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

si todas las imaginaciones extenuadas se hubiesen reanimado con la esperanza de comer, empezó cada cual á comunicar á los otros suposiciones y temores provocados por la fuga del reyecito. Moronval no creía en un accidente; tenía sobradas razones para prever una escapatoria.

—¿Cuánto dinero llevaba? preguntó.

—¡Quince francos!... respondió timidamente su mujer.

—¿Quince francos?... Pues entonces es seguro que se ha escapado.

—Pues lo que es con quince francos no logrará llegar al reino de Dahomey, dijo el doctor.

Moronval sacudió la cabeza, y fué en seguida á dar parte al Comisario de barrio.

Era un mal negocio aquel. Era necesario, á toda costa, encontrar al muchacho y evitar que llegase á Marsella. El mulato temía las observaciones del Sr. Bonfils, y además, como la gente es tan mala, el príncipe podría quejarse de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir, y desacreditar el colegio. Así es que, en su declaración ante el Comisario, tuvo muy buen cuidado de decir que Madú se había llevado una suma considerable de dinero. Después de lo cual, añadió que la cuestión de dinero le preocupaba muy poco, pero que le acongojaba pensar en los peligros á que se exponía aquel pobre niño, aquel infeliz hijo de reyes, destronado, desterrado, sin hogar y sin patria.

Al tigre se le humedecían los ojos al hablar. Los agentes de policía lo consolaban.

—Ya lo encontraremos, Sr. Moronval, no tenga usted cuidado.

Pero el Sr. Moronval, por el contrario, estaba con mucho cuidado y tan agitado, que, en vez de esperar tranquilamente en su casa el resultado de las pesquisas, como le aconsejaba el Comisa-

rio, se puso inmediatamente en campaña, escoltado por todos sus discípulos, entre los cuales iba nuestro amiguito Jack, con objeto de secundar los esfuerzos de la policía.

Hubo excursiones lejanas y variadas á todas las puertas de París. El mulato preguntaba á los aduaneros, les daba las señas de Madú, en tanto que los muchachos salían á ver si por aquellos caminos que empezaban en los fielatos se alojaba entre los carros vacíos, ó algunos regimientos en marcha, la silueta negra del reyecito. Luego iban á la prefectura de policía á la hora del parte; ó bien entraban en las prevenciones, por las mañanas cuando se abren las puertas de esos establecimientos para operar la primera selección de lo que ha caído durante la noche en esa red nocturna que tiende la policía, en la cual se agitan tantas miserias y tantas infamias.

¡Ah! ¡Y vaya si saca fango la tal horrible red: cuando la echan hasta los fondos de la gran ciudad! Algunas veces ese fango es rojo, y cuando se le mueve, exhala un olor nauseabundo de crimen y de sangre.

¡Qué idea más singular la de llevar allí niños, llenar sus ojos de todos esos horrores, sacudir sus nervios al temblor de aquellas voces suplicantes, de aquellos aullidos, maldiciones, sollozos, canciones obscenas, toda esa música infernal que se oye en las prevenciones de policía, cuando están llenas, y la cual les ha valido el apodo triste, y que rechina, de *El violón*.[33]

Aquello era lo que el director del Gimnasio Moronval llamaba iniciar á sus discípulos en la vida parisiense.

Los chiquillos de los *países cálidos* no comprendían bien todo lo que veían, todo lo que oían, pero sacaban de allí una impresión siniestra: Jack, cuya inteligencia estaba más despierta, más afinada, volvía de esas excursiones con el

33. La palabra *violon*, además de designar el instrumento musical, se emplea también en francés para referirse a la cárcel (el parecido entre las cuerdas del violín y los barrotes de las celdas está en la base de este uso metafórico). Daudet juega con los dos términos de la metáfora para transformar en música popular el griterío de la prisión. Giner de los Ríos se limita a traducir el nombre del instrumento sin más explicaciones. Pedro Gregorio Pérez, por su parte, mantiene en su traducción la palabra "violín", pero propone entre paréntesis una equivalencia funcional para aclarar a sus lectores la acepción con la que se emplea en este contexto: "chirona".

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

corazón metido en un puño, inquieto, sensible, asustado de lo que hay en el fondo de ese París entrevisto, y pensando á veces con espanto: "Tal vez esté ahí dentro Madú.„

Luego se tranquilizaba, suponiendo que el negrito debía de estar ya lejos, corriendo á todo correr por la carretera de Marsella, carretera que él suponía derecha como una I, con el mar al final y los buques dispuestos á hacerse á la vela.

Todas las noches, al entrar en el dormitorio, Jack experimentaba un movimiento de alegría cuando veía desierta la cama de su amigo:

"¡Cómo corre, cómo corre el reyecito!„... se decía; y por un momento olvidaba las tristezas de su propia existencia, el abandono inexplicable en que lo dejaba su madre. Una cosa, sin embargo, lo inquietaba, relativa al viaje de Madú. El tiempo, que era tan hermoso el día de su fuga, había cambiado súbitamente. Ahora volvía á caer agua á cántaros, y granizo y hasta nieve, como si el invierno quisiera defenderse todavía contra las invasiones de la primavera. Y esto le disgustaba mucho; y en algunas claras fortuitas, el viento, que soplaba continuamente, traía torbellinos de nubarradas tales, que los muchachos, dormidos bajo la claraboya de cristales vibrante, envueltos en el aire de fuera que sacudía las endebles paredes del edificio, podían muy bien soñar que estaban haciendo una larga travesía y experimentar impresiones de alta mar y de peligros terribles.

Acurrucado entre las sábanas, para sustraerse á los terribles vientos colados que corrían y silbaban por el dormitorio, Jack seguía con el pensamiento la ruta imaginaria que había tomado Madú-Ghezo. Veíalo acurrucado en el fondo de un barranco, debajo del árbol de un bosque, resistiendo ráfagas y chaparrones, sin más defen-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sa que la levitilla encarnada, impotente para preservarlo de los furores del tiempo.

Pues bien, la realidad era aún más siniestra que todas esas suposiciones.

—¡Ya lo han encontrado! gritó Moronval una mañana, entrando precipitadamente en el comedor en el momento en que iban á sentarse á la mesa... Lo han encontrado. Acaban de avisarme de la prefectura de policía... ¡Pronto, mi sombrero y mi bastón!... Voy corriendo á reclamarlo en el Depósito.

Estaba en un estado cruel de indignación, de malvada alegría.

Tanto por adular al maestro como para satisfacer la necesidad de chillar que les caracterizaba, los muchachos acogieron la noticia con un ¡viva! formidable. Jack no mezcló su voz á aquel aullido de triunfo, y pensó en seguida: "¡Ah, pobre Madú!„

Madú estaba en el Depósito, en efecto, desde el día anterior. Allí, en esa cloaca, entre malhechores vagabundos, un montón humano ahito de pereza, de disgusto, de cansancio ó de embriaguez, todos mezclados sobre unos cuantos colchones tirados en el suelo. Allí fué donde el heredero presunto de la corona de Dahomey fué encontrado por su excelente maestro.

—¡Ah! ¡Infeliz muchacho, en qué estado tengo que... tengo que...!

El digno Moronval no pudo hablar más, sofocado por la sorpresa y por la emoción; y al verlo echar al cuello del negrito sus dos enormes brazos, como ávidos tentáculos, el inspector de policía que lo acompañaba, no pudo menos de pensar:

—Este es un director de colegio que quiere de veras á sus discípulos.

En cambio aquel mal corazón de Madú parecía enteramente indiferente; sus facciones no expresaron nada al ver aparecer á Moronval, ni ale-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

gría, ni pesar, ni sorpresa, ni vergüenza, ni siquiera ese santo temor que le inspiraba el mulato ordinariamente, y que parecía que las circunstancias debían fortalecer en aquel momento.

Sus ojos miraban y no veían, sombríos en aquella faz negra, pálida por debajo y desprovista de brillo. Lo que más acentuaba su postración era el aspecto sórdido y aterrador de toda su persona: un verdadero montón de harapos llenos de barro. Desde los pies á la cabeza, y hasta en el pelo mismo, el barro se había ido amasando por capas antiguas y recientes superpuestas, las unas secas, de las cuales se levantaban en placas color de polvo.

Parecía un ser anfibio que se hubiera metido primero en el agua, y que luego se hubiese revolcado en la arena de la orilla.

No llevaba ni zapatos ni gorra; sus galones, sin duda, habían excitado la atención de algún ratero. Cubrían sus carnes solamente el pantalón y el chaleco encarnado, todo deshilachado, y sin permitir ver de qué color era más que en alguno que otro sitio, desteñido por el sol y manchado por el fango.

—¿Qué le había sucedido?

Solo él podría haberlo dicho, si hubiese querido hablar. El inspector sabía solamente que unos agentes de seguridad, de servicio el día anterior en las canteras de América, lo habían encontrado tendido sobre el horno de un tejar, medio muerto de hambre y entumecido, á consecuencia del excesivo calor del horno. ¿Cómo estaba todavía en París? ¿Qué le había impedido marcharse?

Moronval no se lo preguntó, ni le dirigió la palabra en el largo trayecto que recorrieron los dos en carruaje, desde el Depósito al colegio.

Entre el niño tirado en el fondo del coche como un fardo, y el director que aparecía solemne y triunfante, no hubo más que algunas miradas.

¡Y qué miradas!

Una hoja de puñal aguda, acerada y cortante, cruzándose en el aire con un hierrecillo torcido, roto y vencido anticipadamente.

Cuando Jack vió pasar por el jardín aquella faz negra y estropeada, costóle trabajo el conocer al príncipe.

Madú le dirigió un *buenos días, zeñó*, de una tristeza inenarrable; luego en todo el día no se volvió Madú á ocupar de él. Las clases se verificaron á sus horas de costumbre y los recreos lo mismo. Solo de cuando en cuando, y muchas veces repetidas, oyéronse grandes golpes sordos, y profundos gemidos que arrancaba del cuarto del mulato. Hasta cuando aquel ruido siniestro cesaba, parecíale á Jack estar oyéndolo; la señora de Moronval parecía muy conmovida también al oirlo, y á veces veíase temblar el libro que tenía en las manos.

A la hora de la comida el director se sentó á la mesa extenuado, pero radiante:

—¡Oh, ese misegable! decía á su mujer y al doctor Hirsch; ¡en qué estado me ha puesto el misegable!

Y la verdad es, que parecía rendido por el cansancio.

Por la noche, en el dormitorio, Jack vió ocupada la cama contigua á la suya. El pobre Madú había puesto á su amo en un estado tal, que no tuvo más remedio que meterse en la cama, y eso no lo pudo hacer sin ayuda.

Jack había deseado hablarle, conocer los pormenores de su viaje tan penoso y tan corto; pero la señora de Moronval y el doctor Hirsch estaban allí, inclinados sobre el niño, que parecía dormitar, con esos profundos suspiros que arranca al pecho un día de fatiga y de lágrimas.

—¿De modo, Sr. Hirsch, que no cree usted que esté malo?

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Lo mismo que yo, señor... Crea usted que está acorazado lo mismo que una fragata el demonio este.

Cuando se marcharon, Jack cogió la mano de Madú, que parecía más negra junto á lo blanco de las sábanas, y que estaba rasposa y ardiente como un ladrillo recién sacado del horno.

—Buenas noches, Madú.

Madú entreabrió los ojos, y mirando á su amigo con salvaje descorazonamiento:

—Se acabó Madú, le dijo en voz muy baja. Madú perdido, *gri-gri*. Ya no verá jamás su tierra. Se acabó...

Hé aquí por qué no había salido de París. Dos horas después de su fuga del colegio, cuando andaba en los alrededores de las afueras buscando una puerta que lo condujera al campo, los quince francos de la compra y la medalla que llevaba al cuello, habían pasado, sin que él supiera cómo, al bolsillo de uno de esos rateros para quienes toda presa es buena, uno de esos pájaros de rapiña que se abalanzan á todo lo que brilla.

Entonces, sin pensar ya en Marsella, ni en los barcos, ni en el viaje, sabiendo que sin su *gri-gri* no llegaría nunca á Dahomey, Madú desanduvo el camino andado, y recorrió durante ocho días y ocho noches consecutivas los peores sitios de París en busca del amuleto. Temeroso de que lo cogieran y lo reintegraran á casa de Moronval, había hecho esa vida nocturna, arrastrada, escondida que hace el París que roba y que mata. Había dormido en las casas en construcción, en los solares, debajo de los puentes donde sopla el viento, detrás de unos barracones, convertidos en teatro, y mezclado con toda la escoria social.

Favorecido por lo pequeño que era y por su color negro, había podido escurrirse por todas partes y dormir en cualquiera. Había sentido el vicio, rozándole con sus viscosas y silenciosas

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

alas de ave nocturna; había comido el pan de los ladrones, porque los ladrones son á veces caritativos. Había asistido á repartos nocturnos, á reuniones de asesinos en los sótanos de alguna casa en obra, y su sueño de niño había estado al lado del sueño de un bandido. Pero ¿á él qué le importaba? Buscaba su *gri-gri* y pasaba por entre todas aquellas infamias sin verlas.

Entre la inmensa escoria parisiense, el príncipe estaba tan tranquilo como en los bosques á donde Kerika lo llevaba á acampar á las grandes cacerías, cuando, despierto durante la noche por los berridos de los elefantes y de los hipopótamos, veía bajo los árboles gigantescos vagamente iluminados, formas de animales monstruosas que rondaban en torno del campamento, y sentía las ondulaciones de los reptiles que pasaban por debajo de las hojas, sobre las cuales dormía él. Pero París es más terrible con sus monstruos que todos los bosques de Africa; el negrito se hubiese asustado mucho, si hubiera podido ver y comprender. Afortunadamente, la idea de su *gri-gri* lo ocupaba por completo, y aquí, como en las lejanas cacerías, la protección de Kerika se extendía sobre él...

—¡Se acabó, Madú!

El príncipe no habló más aquella noche, por lo extenuado que estaba, y su vecino de cama tuvo que dormirse sin saber más pormenores.

En medio de la noche, Jack despertó sobresaltado.

Madú reía, cantaba, hablaba solo con una volubilidad extraordinaria, y en la lengua de su país. El delirio comenzaba.

Por la mañana, el doctor Hirsch, á quien habían llamado precipitadamente, declaró que Madú estaba muy enfermo.

"Una buena *meningitis encefálica*, decía, frotándose unas con otras sus falanges amarillen-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tas y relucientes como fichas de jugar. Sus gafas brillaban. Estaba contentísimo.

¡El tal doctor Hirsch era un hombre terrible! Con la cabeza trastornada por las lecturas científicas, por todas las utopias, por todas las teorías, demasiado perezoso y desordenado para un trabajo seguido, apenas había cogido una ó dos prescripciones médicas, y ocultaba su ignorancia real con un fárrago de estudios sobre las medicinas india, china, caldea. Hasta se ocupaba de una de magia; y cuando por casualidad caía en su poder una vida humana, pensaba en los misterios del sortilegio y en las tenebrosas recetas peligrosas de las hechiceras.

La señora de Moronval opinaba que debían de llamar á un verdadero médico para auxiliar á aquella ciencia delirante, pero el director, menos compasivo y no amigo de hacer gastos que probablemente no le reintegrarían nunca, dijo que bastaba con el doctor Hirsch para cuidar aquel macaco, y se lo abandonó por completo.

Como quería poseer él solo á su enfermo, el extraño doctor tosió pretextó, una complicación que podía hacer contagiosa la enfermedad, para mandar que llevasen la cama de Madú al otro extremo del jardín, á una especie de estufa cerrada de cristales como todas las demás barracas de la antigua fotografía hípica y en la cual había una chimenea.

Durante ocho días, pudo ensayar en aquella pequeña víctima todas las medicinas de los pueblos bárbaros, y atormentarla á su gusto: el otro resistía como si fuese un perro enfermo. Cuando el doctor, cargado de frasquitos mal tapados, llenos y compuestos por él de paquetes de polvos olorosos y variados, entraba en la estufa cerrando cuidadosamente la puerta, era caso de pensar:

"¿Qué irá á hacerle?„

Y los chicos de *países cálidos*, para quienes un

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

médico tenía siempre algo de mago, de hechicero, movían la cabeza y abrían mucho los ojos.

Pero les estaba prohibido acercarse, á causa de la epidemia, y así, existía un rincón misterioso, allá en el fondo del jardín, un rincón rodeado de sombras, de misterio, de terror, donde parecía prepararse un acontecimiento mucho más oculto y aterrador que todas las drogas del doctor.

Jack hubiera deseado, sin embargo, ver á su amigo Madú; franquear aquella cerrada puerta, abarricadada por una vigilancia infatigable y rigurosísima. Por fin, á fuerza de atisbar, aprovechó un momento, en el cual el doctor, en busca de algún medicamento olvidado, acababa de salir á la calle, para entrar con Said en aquella enfermería improvisada.

Era uno de esos sitios medio rústicos donde se guardan los instrumentos de jardinería y macetas de plantas delicadas. La cama de hierro en que estaba acostado Madú reposaba sobre la tierra movida. Veíanse en los rincones botes de barro amarillo apilados unos sobre otros, pedazos de hierro, de vidrios rotos, de un azul muy bonito, de ese azul de atmósfera que forman capas de aire superpuestas. Ramas secas de enredadera y grandes montones de raices muertas, completaban aquel aspecto desolador; y en la chimenea, como si allí se hubiera refugiado alguna plantita trópica sensible al frío y débil, brillaba la llama de la lumbre, llenando la estufa de un calor sofocante y soñoliento.

Madú no dormía. Su pobrecita cara, cada vez más deslustrada y sucia, conservaba la misma expresión de absoluta indiferencia. Sus manos negras, se crispaban cogiendo el embozo de la sábana. Había algo de animal en el abandono de su ser, en aquella renuncia de todo lo que le rodeaba, y la manera que tenía de estar vuelto ha-

cia la pared, como si á sus ojos se abrieran rutas invisibles por entre las piedras blanqueadas con cal, y como si cada grieta del viejo barracón hubiera sido una salida luminosa hacia un país conocido por el sol.

Jack se acercó al lecho.

—Soy yo... Soy el *señó* Jack.

El otro lo miró sin comprenderlo, sin contestarle; ya no sabía francés. Todos los métodos del mundo habrían sido inútiles para enseñárselo de nuevo. Poco á poco, la naturaleza iba volviendo á apoderarse de aquel pequeño salvaje; y en el delirio, durante el cual uno no se pertenece, en el cual el instinto borra todo lo que se ha aprendido, Madú no hablaba más que la lengua de Dahomey. Jack le dijo dos ó tres cosas más en tono cariñoso, en tanto que Said, que era mayor que él, se alejaba lleno de terror y de angustia, sintiendo el frío que las alas de la muerte esparcen en derredor de ella, cuando va bajando lentamente, como pájaro que se deja caer, sobre la frente sombría de los agonizantes. De pronto Madú dió un gran suspiro... Los dos niños se miraron.

—Creo que duerme... murmuró Said muy pálido.

Jack, muy turbado, también respondió en voz baja:

—Sí, tienes razón, está durmiendo... Vámonos.

Y los dos salieron precipitadamente, abandonando á su compañero en poder de no se qué sombra siniestra que lo envolvía, más aterradora aún en aquel extraño sitio, donde entraba una luz verdosa, indefinible, un rayo de luz del jardín, á la hora del crepúsculo.

Ya es de noche. En aquel desván silencioso y oscuro, cuya puerta cerraron los niños al marcharse, brilla la llama de la chimenea, se refleja, se pasea por todos los rincones como si buscase

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

á alguien á quien no encontraba. Ilumina los vidrios amontonados, se mete en el interior de las macetas vacías, sube por las varillas de hierro viejo que se apoyan en la pared, y corre incesantemente sin encontrar á nadie; ¡á nadie! Se pasea por la cama de hierro, con aquella levitilla encarnada, cuyas mangas se estiran tranquilamente en actitud de reposo; pero parece que tampoco allí hay nada, porque la llama continúa recorriendo el techo y la puerta, sigue rondando y extremeciéndose hasta el momento en que cansada, agotada, desanimada, comprendiendo que el fuego era inútil, que ya no tiene á nadie á quien calentar allí, se mete entre las cenizas y se apaga, ella también, como el pobrecito rey que tanto la había animado otras veces.

¡Pobre Madú! La ironía de su suerte lo perseguía hasta la tumba; el director del colegio vaciló mucho tiempo entre si debía ser enterrado como un criado ó como un príncipe real. De un lado se presentaba la cuestión de economía, del otro un interés de reclamo y de vanidad que pudo más que el otro. Después de larga indecisión, Moronval se dijo que era necesario dar un gran golpe y que, puesto que el rey niño no había dado en vida todo el provecho que esperaba él, era necesario aprovechar su muerte.

Organizaron, pues, unos funerales pomposos.

Todos los periódicos publicaron una biografía del rey Dahomey, biografía bien corta ¡ay! y proporcionada á la duración de su existencia, pero rodeada, envuelta en un largo panegírico del colegio Moronval y de su director. La excelencia del método Decostère, la ciencia del médico que asistiera al regio niño, la salubridad de la institución, nada había sido olvidado; y lo que hubo de más conmovedor en todos aquellos anuncios, fué su unanimidad, la conformidad de su estilo.

Un día del mes de Mayo, París, que á pesar de sus innumerables ocupaciones y su atareamiento febril, se cuida siempre de lo que ocurre. París vió desfilar á lo largo de los boulevares un entierro opulento y extraño. Cuatro colegiales negros llevaban las cintas de un féretro riquísimo. Detrás un colegial de la raza amarilla con un fez en la cabeza — Said — llevaba sobre un almohadón de terciopelo no sé qué cruces extrañas, qué insignias llamadas Reales. El mulato, con corbata blanca, seguía inmediatamente rodeado de Jack y de los demás alumnos. Detrás iban los profesores, los amigos de la casa, todos los desheredados conocidos de Moronval ¡Cuántas espaldas encorvadas, cuántas caras enflaquecidas, abofeatadas por la suerte que les había marcado sus cinco dedos en la mejilla con huellas imborrables! ¡Cuántas miradas tristes, cuántos cráneos sin pelo y con la aureola de las ilusiones! ¡Cuántos abrigos raídos, zapatos rotos, esperanzas perdidas, ambiciones irrealizables!... Todo aquello iba desfilando, con la turbación que le producía verse exhibido en la calle y en pleno día, y en verdad que aquel cortejo siniestro era el que convenía al pobre reyecito destronado. ¿Acaso no eran todos aquellos infelices desilusionados, pretendientes á un reino imaginario, en el cual no habían de entrar jamás?

¿No es verdad que sólo en París puede verse un entierro semejante: un rey de Dahomey acompañado al cementerio por todos los desheredades de la bohemia?

Para que aquella ceremonia lamentable fuese más triste todavía, la lluvia, una lluvia copiosa, fría, caía con ruido incesantemente como si la fatalidad se ensañara contra el pobrecito rey niño, persiguiéndolo hasta debajo de la tierra donde debía reposar para siempre. ¡Ay! sí, hasta debajo de la tierra; porque cuando bajaron el atadú,

luntad. Sólo Jack iba quedándose cada vez más atrás, fingiendo un gran cansancio.

—¡Vamos! decía Moronval.

—¡Vamos! ¡Vamos! repetía el egipcio.

A la entrada de los Campos Elíseos, Said se volvió por última vez agitando sus brazos desmesurados; pero los volvió á dejar caer en actitud de espanto, de estupefacción.

Esta vez, Jack había desaparecido.

Un hombre tendido allí...

VII

MARCHA DE NOCHE Á TRAVÉS DEL CAMPO

En el primer momento no corrió. No quería que conociesen que iba ugado.

Por el contrario, llevaba un paso de paseante desocupado é indiferente, con ojo avizor, eso sí, y con las piernas dispuestas á una carrera prodigiosa. Pero á medida que se acercaba al boulevard Haussmann, grandes ganas de echar á correr lo empujaban, y su paso iba haciéndose más largo á pesar suyo, á medida que su impaciencia por llegar se aumentaba con una inquietud terrible.

¿Qué iría á encontrar en el boulevard? Tal vez la puerta cerrada. ¿Y si Hirsch y Labassindre se habían equivocado? ¿Y si su madre no hubiese vuelto? ¿qué iba á ser de él? La alternativa de volver al colegio después de su escapatoria, no se le ocurrió siquiera. Si hubiese pensado en semejante cosa, el recuerdo de aquellos golpes sordos y de aquellos quejidos que durante toda una tarde había oído en el cuarto, en el cual el mulato y Madú estaban encerrados, lo hubiera llenado de espanto y lo habría hecho variar de propósito...

"¡Ahí está!„ se dijo el niño con un transporte de alegría, al ver desde lejos todos los balcones y ventanas del hotel abiertos, y las puertas de la calle abiertas de par en par, como cuando su madre iba á salir. Echó á correr para llegar antes de que saliera el coche. Pero al llegar al vestíbulo parecióle extraordinario el aspecto de la casa.

Estaba llena de gente, de animación.

Bajaban muebles, butacas, sofás, cuyas telas de color delicado, hechos para la semiclaridad del gabinete, parecían desteñidas á la luz de la calle. Un espejo con marco adornado de amorcillos, se apoyaba sobre la piedra fina de la entrada, mezclado con jardineras marchitas, cortinajes descolgados, una araña de cristal de roca. Mujeres elegantes circulaban por la escalera, y sobre la mullida alfombra sus menudos pies se cruzaban con los gruesos zapatones de los mozos de cuerda que bajaban cargados de muebles.

Jack, estupefacto, subió, mezclado á toda aquella gente, y costóle trabajo reconocer la casa: de tal suerte aparecían todas las habitaciones confundidas por el desorden de sus muebles, llevados de un lado á otro, fuera de su sitio, desapareados y todavía nuevos. La gente abría los cajones vacíos, daban golpecitos en la madera y en las sillas, miraba en torno suyo con aire impertinente, y alguna vez, al pasar por delante del

piano, una mujer elegante, sin detenerse ni quitarse los guantes, hacía sonar las teclas. El niño creía soñar, al ver su casa invadida por aquel gentío, en el cual no conocía á nadie, y para el que pasaba inadvertido como otro extraño cualquiera.

¿Dónde estaba su madre?

Quiso entrar en el salón; pero la muchedumbre se apiñaba allí, mirando una cosa que había en el fondo de la habitación, y Jack, demasiado bajo para poder distinguir nada, oía cifras pronunciadas en voz alta y golpes dados con un martillo encima de una mesa.

«¡Una cama de niño con dosel, dorada y capitonada!...„ Jack vió pasar por su lado, entre dos gruesas patas negras. la camita que su "Buen Amigo„ le había regalado, y en la cual había tenido sus sueños más deliciosos. Quiso gritar: "¡Esa cama es mía! ¡No quiero que se la lleven!.. „ pero lo contuvo la vergüenza: y allí estaba, estúpido, errante, perdido, buscando á su madre por todas las habitaciones en la confusión de aquella casa abierta á todo el mundo, donde entraban el tumulto del boulevard y su luz resplandeciente, cuando sintió que lo cogían del brazo:

—¡Cómo, señorito Jack! ¿no está usted ya en el colegio?

Era Constancia, la doncella de su madre. Constancia, engalanada con un sombrerito adornado con cintas color de rosa como el de las acomodadoras de teatro, muy colorada, muy atareada, y dándose mucha importancia.

—¿Dónde está mamá? le preguntó el niño en voz baja y con acento tan emocionado y ansioso, que la factótum no pudo menos de conmoverse.

—La madre de usted no está aquí, pobre hijo mío.

—¿Dónde está?... ¿Qué sucede?... ¿Quiénes son todas estas gentes?

—Personas que han venido á la subasta. Pero no se esté usted aquí, señorito Jack. Bajemos á la cocina... Allí hablaremos mejor.

Había gran tertulia en el sótano, Agustín, la cocinera, y criados y criadas de la vecindad. El Champagne circulaba que era un gusto por la grasienta mesa, alrededor de la cual se decidió cierta noche el porvenir de Jack. La llegada del niño produjo sensación; fué rodeado, mimado por el antiguo personal de la casa que, después de todo, sentía quedarse sin un ama fácil de contentar, y que se cuidaba poco del despilfarro que ellos hacían. Como temía que lo volviesen á llevar al colegio, Jack se guardó mucho de decir que se había escapado, y habló de un permiso imaginario que había aprovechado para venir en busca de noticias de su madre.

—No está aquí, señorito Jack, dijo Constancia con aire discreto, y no sé si debo...

Y luego á impulsos de un buen sentimiento:

—¡Qué demonio! ¡Tanto peor! ¡No hay derecho para ocultar á esta criatura dónde está su madre!

Entonces le dijo á Jack que la señora vivía en un pueblecillo de los alrededores de París que se llamaba Etiolles. El niño se hizo repetir varias veces aquel nombre, Etiolles... Etiolles... y de ese modo lo fijó en la memoria.

—¿Está muy lejos de aquí? preguntó negligentemente.

—Ocho leguas largas, contestó Agustín.

Pero la cocinera, que había estado sirviendo algún tiempo en Corbeil, regateó algunos kilómetros. Siguió á esto una larga discusión acerca del camino que había que tomar para ir á Etiolles, discusión que Jack escuchó muy atentamente, porque estaba ya resuelto á hacer sólo y á pie aquel largo viaje. Había que pasar por Bercy, Charenton, Villanueva de San Jorge; allí se tomaba á la derecha, y dejando la carretera de

Lyon para tomar la de Corbeil, se seguía por la orilla del Sena y el bosque de Senart, hasta llegar á Etiolles.

—Eso es—decía Constancia.—La señora vive muy cerca de un bosque.. una bonita casa que tiene encima de la puerta un letrero en latín.

Jack abría mucho los oídos, procuraba retener todos aquellos nombres, sobre todo el del lado de París por el cual debía salir, Bercy, y el del pueblo adonde iba Etiolles. Esto constituía en su espíritu los dos puntos luminosos, entre los cuales se extendía un camino largo y oscuro, abierto en lo desconocido.

La distancia no le asustaba: "Andaré toda la noche, se decía... Por pequeñas que sean mis piernas, bien podrán andar ocho leguas en todo ese tiempo.„

Luego, en voz alta, añadió: "Vaya, me voy... Tengo que volver al colegio...„ Una cosa le faltaba que preguntar todavía, una pregunta que por anticipado le quemaba los labios. ¿Estaba D'Argenton en Etiolles? ¿Iría á encontrar entre él y su madre, aquella influencia que le parecía tan fuerte?... Pero no se atrevió á preguntárselo á Constancia. Sin conocer con precisión la verdad, comprendía que aquel era el lado poco honroso de la vida de su madre, y no habló de ello.

—¡Vaya, adiós, señorito Jack!

Las criadas lo besaron, el cochero le dió un apretón de manos; y después se encontró solo en el vestíbulo, entre el desorden del final de la subasta, y las disputas de los mozos que reñían por quién había de llevar los muebles á los compradores.

Sin detenerse ante aquel inexplicable desbarajuste, mientras el nido adonde había ido á buscar auxilio se deshacía por completo, el niño solitario, puesto en mitad del arroyo por la dispersión de aquel hogar aventurero, emprendía el

largo viaje que debía aproximarlo á su único protector.

¡Bercy!

Jack recordaba haber estado allí poco tiempo antes, con Moronval, cuando andaba buscando á Madú. El camino no tenía pérdida; no había más que buscar el Sena y seguir sus orillas, subiendo siempre. Verdaderamente estaba lejos ¡oh! muy lejos; pero el miedo de caer otra vez en manos del mulato le hizo recorrer rápidamente aquella distancia. A cada instante, una nueva angustia le hacía apretar el paso.

Ya eran las anchas alas del sombrero de Moronval, cuya sombra parecía dibujarse en una pared; ya el andar apresurado de alguien que lo perseguía de cerca. La mirada inquisitorial de los agentes de Orden público lo aterraban; y aun el barullo de París, entre el rodar de los coches, las conversaciones de los transeuntes, ese resoplido continuo de una gran ciudad bulliciosa, parecíale oir á cada paso estas palabras, mil veces repetidas: "¡Detenedlo... detenedlo!...„ Para huir de esas obsesiones, bajó del camino y se puso á correr cuanto podía por el estrecho pretil que bordea el río.

Anochecia: el agua del río, pesada, muy crecida, amarillenta á causa de las recientes lluvias, chocaba con estrépito contra los arcos de los puentes, donde se veían grandes argollas de hierro. El viento soplaba, paseando los últimos rayos del sol poniente. Todo se animaba del apresuramiento con que mueren los días de París, tan ocupados y tan llenos. Las mujeres salían de los lavaderos cargadas con enormes sacos de ropa mojada, y llenas de esos matices sombríos que el agua salpica sobre las telas malas que se calan rápidamente. Los pescadores de caña salían con sus aparatos y sus cestos, rozando con los caballos que otros hombres llevaban al abrevadero.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Los que sacan la arena esperaban á la puerta de esas casetas donde les pagan su jornal, y toda esa población de las orillas del río, marineros, cargadores con sus espaldas encorvadas, con sus capuchones de lana, circulaba por la orilla mezclada á otra raza, astuta y terrible, ladrones, merodeadores y especuradores del Sena, capaces de sacaros del río por quince francos y de tiraros á él por cuatro cuartos. De vez en cuando, entre aquellos hombres, había alguno que se volvía para ver pasar aquel uniforme de colegial que tanta prisa llevaba y que tan pequeño parecía en aquel paisaje grandioso de las orillas del Sena.

A cada paso, la fisonomía del ribazo variaba. Aquí aparecía negro y unida por enormes tablas flexibles á lanchones cargados de carbón. Más allá los pies resbalaban sobre cáscaras de fruta, y un gusto fresco de huerta se mezclaba al olor del cieno, y bajo los grandes toldos entreabiertos de los barcos amarrados al muelle, grandes montones de manzanos conservaban el brillo y la hermosura de sus campesinos colores.

De pronto experimentábase la impresión de un puerto de mar; veíase un amontonamiento de mercancías de todo género, de vapores de chimeneas cortas y sin humo. Era agradable el olor del alquitrán, de la hulla y el viaje. Poco después el espacio se estrechaba, un grupo de árboles corpulentos metía en el agua sus viejas raíces, y cualquiera podía creerse á veinte leguas de París, ó tres siglos atrás.

Desde aquella baja calzada, la ciudad tomaba una fisonomía particular. Las casas parecían más altas desde toda la profundidad de su reflejo, los transeuntes más numerosos, apretados por la distancia, y veíanse filas de cabezas apoyadas en los parapetos de los muelles ó de los puentes, sobre codos perezosamente apoyados en la piedra. Parecía que de todos los rincones de París, los des-

ocupados, los aburridos, los desesperados, dirigían su muda contemplación á aquellas aguas cambiantes como un sueño, pero también tan desesperadamente uniformes como la más triste vida. ¿Qué problema arrastra ese agua viva, para que tantos desgraciados la contemplen en actitudes tan descorazonadas, estúpidas y tentadoras?...

Cuando se detenía para tomar aliento, parecíale á Jack que todos aquellos ojos lo observaban, lo vigilaban, lo perseguían, y pronto echaba á correr otra vez.

Pero la noche avanzaba.

Los arcos de los puentes se oscurecían y semejaban negros agujeros; el ribazo iba quedándose desierto, iluminado solamente por esa luz vaga que se desprende del agua. por sombría que sea. De las casas del muelle no se veía ya más que la cresta, el final de los tejados y chimeneas y campanarios, cada vez más negros; y las sombras del aire uníanse á las nieblas del agua en una línea pálida, borrosa, en la cual los primeros faroles encendidos, las luces de los carruajes brillaban como un resto de día.

Sin que el niño lo advirtiera, el pretil que subía insensiblemente y se ensanchaba al mismo tiempo, lo condujo á un ancho muelle á nivel del ribazo, del cual lo separaban algunos guardarruedas nada más. Allí el gas alumbraba camiones que entraban por enormes portales, donde rodaban barricas y pipas con gran estruendo; y de aquellas enormes puertas cocheras, de aquellos almacenes, de aquellas cuevas, de aquellos millares de barricas alineados en el muelle, subía un olor de vino mezclado al olor á moho que se desprende de la madera húmeda.

Era Bercy. Pero al mismo tiempo era de noche completamente: Jack no lo echó de ver en seguida.

El tumulto del muelle lleno de luz; el Sena, an-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

cho en aquel sitio como una rada que envía á una y otra orilla sus reflejos, le daban la ilusión de la hora nocturna; y luego su pobrecita imaginación, sobrexcitada por la fiebre de la carrera, estaba dominada por el terror de no poder franquear las puertas. Creía que en todas ellas habrían recibido ya aviso de su fuga. Sólo esa idea le preocupaba.

Pero una vez franqueada la barrera sin dificultad, sin que ningún aduanero se hubiese ocupado de él; cuando, al dejar el Sena á la derecha, como le había recomendado Agustín, se vió en un camino largo, donde los faroles eran cada vez más escasos, entonces la oscuridad y el frío de la noche que le caían sobre los hombros, penetraron hasta su corazón con el temblor de un calofrío.

Miéntras se vió en la ciudad, entre la gente, tenía mucho miedo: el miedo de que le conocieran y lo detuviesen. Ahora tenía miedo también, pero era de otra clase; un malestar no razonado, aumentado por el silencio profundo y la soledad.

Y, sin embargo, el sitio donde estaba, no era todavía el campo. El camino estaba lleno de casas á uno y otro lado; pero á medida que el niño avanzaba, las casas se espaciaban cada vez más, unidas por grandes vallas de tablas, talleres de cantería, depósitos de materiales. Al apartarse unas de otras, las casas disminuían de altura. Algunas fábricas de techumbre baja erguían sus altas chimeneas hacia el cielo color de pizarra; despues, sólo, entre dos solares, un inmenso edificio de seis pisos se levantaba agujereado de ventanas por un lado, sombrío y cerrado por las otras tres fachadas, perdido en medio de terrenos vagos, siniestro y estúpido. Pero, como si aquel último esfuerzo hubiese agotado ya sus fuerzas, la ciudad que allí acababa, no presentaba ya más que casuchos pobretones, casi á flor de tierra.

La calle parecía morir también; ya no tenía ni aceras, y los dos lados se hallaban unidos por el arroyo. Todo aquello parecía una carretera que al pasar por un pueblo se convertía en calle real, en el trayecto de unos cuantos metros.

Aun cuando eran escasamente las ocho, aquella extensa vía, que se perdía allá en la oscuridad, estaba silenciosa y desierta ó poco menos. Los poquísimos transeuntes caminaban sin hacer ruido, sobre la tierra removida y llena de charcos; tropezaba uno, sin verlas, con sombras silenciosas que se escurrían por el lado de las empalizadas, que se encaminaban sin duda á quehaceres misteriosos; y, como para hacer el espacio más ancho, el silencio más terrible todavía, de vez en cuando, en los corrales de las fábricas desiertas, ladraban algunos perros.

Jack estaba emocionadísimo. Cada paso que daba lo alejaba de París, de su ruido, de sus luces, y lo hundía más y más en la oscuridad y en el silencio. En aquel momento llegaba al último casucho, una tabernilla todavía alumbrada y cortando la carretera con una ancha faja luminosa, que al niño le parecía el límite del mundo habitado.

Después de aquello, lo desconocido, las sombras.

—¿Entraré aquí á preguntar por el camino? se decía mirando á la tienda. Desgraciadamente no llevaba ni un céntimo en el bolsillo... El tabernero roncaba sentado detrás del mostrador. Alrededor de una mesilla coja, dos hombres y una mujer bebían, apoyados de codos en ella y hablando en voz baja. Al ruido que hizo el niño al empujar la puerta entreabierta, levantaron la cabeza y lo miraron. Tenían rostros siniestros, lívidos, terribles; rostros como aquellos que Jack había visto en las prevenciones de policía, por las mañanas cuando buscaban á Madú. La mujer, sobre todo, estaba terrible.

—¿Qué quiere este otro? - dijo una voz chillona.

Uno de los hombres se levantaba; pero Jack se escapó asustado; flanqueó de un salto el espacio iluminado por la claridad que salía de la tienda, oyendo á sus espaldas una porción de injurias y el ruido de la puerta al cerrarse de nuevo. Precipitado como un loco en aquella oscuridad siniestra que ahora le parecía un refugio, corría á todo correr, y no se detuvo hasta mucho tiempo después, en medio del campo.

A lo lejos, á derecha é izquierda, se extendían campos y campos, que por todas partes parecían tocar la línea del horizonte.

Algunas casitas de camineros, bajas y nuevas, que parecían cubiletillos blancos diseminados por aquella oscuridad de tinta, era lo único que rompía la monotonía de la vista.

Allá lejos, París seguía sus tareas de gran ciudad, todavía perceptible á aquella distancia, y animaba un punto del cielo iluminado con un reflejo que parecía el de una fragua. Desde todos los alrededores se conoce á París en aquella súbita luz, envuelta, como ciertos astros, en la atmósfera deslumbrante de su propio movimiento.

El niño estaba allí inmóvil, aterrado.

Era la primera vez que se veía fuera de casa tan tarde y sólo. Además, no había comido ni bebido nada desde por la mañana, y tenía una sed ardiente, devoradora. Ahora empezaba á comprender lo terrible de la aventura en que se había metido. Acaso se equivocaba y caminaba en dirección opuesta al deseado y lejano Etiolles. Y admitiendo que fuera en buena dirección, ¡cuántas fuerzas necesitaría para llegar hasta el final!

Entonces se le ocurrió la idea de acostarse en una de las cunetas abiertas á un lado y otro de la carretera, y dormir allí mientras llegaba el día; pero al acercarse á la cuneta, oyó á su lado

respirar pesadamente. Un hombre estaba allí tendido, apoyada la cabeza en un montón de piedras, y formando una masa de harapos confundidos entre lo blanquecino de los guijarros.

Jack se detuvo petrificado, con las piernas destrozadas, temblorosas, incapaces de dar un paso más, ni atrás ni adelante.

Para colmo de susto, aquella cosa empezó[34] á moverse, á gemir, á estirarse en sueños.

El niño recordó la mirada sangrienta de la mujer de la taberna, aquellas caras patibularias que rondaban por las afueras de París; se dijo que *aquello* que *dormía*[35] debía de tener una de aquellas caras innobles, y temblaba de pensar que se abrieran aquellos ojos cerrados, que se levantara aquel cuerpo abandonado, con los zapatos hacia adelante, sobre el barro de la carretera.

Toda la oscuridad se llenaba para él de aquellas aterradoras larvas. Se arrastraban por el fondo de las cunetas y le cortaban el paso; con sólo alargar la mano á un lado ú otro, parecíale que las hubiera tocado.

¡Ah! Si aquel miserable caído sobre aquel montón de piedras para encubar su vino ó su crimen, habría podido despertar, abalanzarse sin que Jack tuviese fuerza ni para dar un grito...

Una luz y el ruido de unas voces que venían por la carretera, lo sacaron súbitamente de su abatimiento.

Un oficial que volvía de prisa al fuerte donde estaba de guarnición, uno de esos fortines destacados en los alrededores de París, caminaba al lado de su ordenanza, que había salido á su encuentro con un farol, á causa de la oscuridad de la noche.

—¡Buenas noches, señores! – dijo el niño con voz dulce y temblorosa de emoción.

El soldado que llevaba el farol, lo levantó en dirección de aquella voz.

34. El tiempo verbal empleado por Daudet en este párrafo es el presente de indicativo. Parece que claro que la función de este cambio temporal es la de imprimir vivacidad al movimiento repentino del mendigo. El narrador quiere transmitir al lector la misma sorpresa que se apoderó de Jack, y para ello acerca la acción al momento de lectura mediante el tiempo presente. El traductor, sin embargo, continúa con el tiempo habitual de la narración.

35. A diferencia de otros traductores de la época, como Pedro Gregorio Pérez, Giner de los Ríos ha comprendido bien la cosificación de la es objeto el transeúnte y emplea el pronombre en género neutro. «Ça qui dormait», dice Daudet en la novela francesa.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Mala hora es ésta para viajar muchacho, dijo el oficial. ¿Vas lejos?

—¡Oh! no señor; no lejos, aquí muy cerca...—respondió Jack, que no tenía ganas de contar su escapatoria.

—Pues entonces, podremos ir juntos un rato... Yo voy hasta Charenton.

¡Qué felicidad para el niño el caminar durante una hora en compañía de aquellos buenos soldados, arreglar su paso al de ellos, andar protegido por la luz del farol bienhechor que ahuyentaba las tinieblas, haciéndolas aparecer más espesas y más terribles! Iba ganando, también, el haber sabido que iba por el buen camino, porque los nombres de los pueblecitos que oía, eran los mismos de que le hablara Agustín.

—Ya estamos en casa nosotros, dijo de pronto el oficial, retirándose. ¡Vaya, buenas noches, muchacho!... Te aconsejo que otra vez, no te atrevas á andar solo por estos caminos á estas horas. Las afueras de París no son seguras.

Y los dos militares, con su farol, se metieron por una callejuela, dejando á Jack sólo otra vez, á la entrada de la calle Mayor de Charenton.

Allí encontró de nuevo faroles como los de Bercy; las tabernas, de donde salían canciones de borracho, disputas brutales que la pesadez del sueño hacía más brutales todavía. Las nueve daban allá en el reloj de una iglesia, detrás de la cual se levantaban barriadas de casas y de jardines. En seguida se encontró á la entrada de un muelle, atravesó un puente que le parecía tendido sobre un abismo; tan oscura estaba la noche. Hubiera querido detenerse, apoyarse un momento en el parapeto, pero las canciones de poco antes, dispersas ahora por las calles, se acercaban, y ahuyentado por un nuevo terror, el pobre niño echó á correr hacia el campo, donde por lo menos el miedo tomaba aspectos de sueño.

Aquí ya no eran las afueras de París con sus campos sembrados de fábricas y talleres. Pasaba por delante de granjas, de establos, de donde salía un olor á paja caliente y á ganado. Luego, el camino se ensanchaba, volvía á presentar sus cunetas interminables, sus montecillos de piedras simétricamente alineados y sus mojones bajos, que sirven para que mida las distancias el cansado paso de los viajeros.

Aquel silencio que resbalaba por el espacio, aquella muerte de todo movimiento, hacía al niño la ilusión de un inmenso sueño, y temía oir cerca de él el ronquido que tanto le había asustado allí junto aquel otro montón de piedras. Hasta el ligero ruido de sus pasos le asustaba; á veces se volvía de repente...

La luz de París seguía alumbrando el horizonte. A lo lejos se oía el rechinar de unas ruedas y el campanilleo de unos cascabeles. El niño se decía: "Esperemos„, pero nada pasaba; aquel carro invisible, cuyas ruedas parecen andar trabajosamente, se hunde allá en un punto lejano del horizonte, vuelve, se calla, se despierta en las caprichosas revueltas de algún camino difícil, y no se decide nunca á presentarse.[36]

Jack continúa su marcha... ¿Quién es aquel hombre que lo espera de pie en la revuelta del camino?... Un hombre, dos, tres... Son arboles que tiemblan con todas sus hojas, sin doblegar el tronco; olmos, viejos olmos de Francia, de troncos caprichosos, tupidos, inmensos, retorcidos; y Jack sigue andando, rodeado de naturaleza, envuelto en el gran misterio de las noches de primavera, en las cuales parece que se oye crecer la hierba y entreabrirse los brotes y agrietarse la tierra para dar salida á las simientes. Todos esos ruidos confusos le asustaban.

—¡Cantaré para darme ánimo!

En medio de la oscuridad, se le vino á la me-

36. Daudet recupera, de nuevo, el presente en los verbos de este párrafo descriptivo, y, de nuevo, el traductor se separa de él al mantener el imperfecto. Sólo en el siguiente párrafo respetará Giner de los Ríos el tiempo verbal utilizado por Daudet. El presente en la novela francesa nos acerca con mayor dosis de realismo a las andanzas de Jack y nos transmite su cansancio con mayor intensidad. Se diría que el novelista pretende con este tiempo verbal abandonar el tono del narrador que relata una historia del pasado para situarse ante su protagonista con el famoso espejo de Stendhal: ya no inventa, sino que se limita a reflejar verbalmente una acción que está observando.

moria una canción nocturna, una canción de Turena, con la cual le dormía su madre en otro tiempo, en su alcobita, después de apagar la luz.[37]

Las notas temblaban en el aire fino, y daba lástima oir aquel miedo de niño caminando por la carretera oscura y sirviéndose de la canción para guiarse como si fuera un alambre conductor, temblón y sonoro... De pronto, dejó de cantar.

Una cosa terrible se acercaba; un amontonamiento más negro que el espacio, como si las tinieblas más lejanas se acercasen para tragarse al niño.

Antes de ver nada, de distinguir nada, lo oyó.

Al principio fueron gritos humanos mal articulados, que parecían sollozos ó aullidos; luego golpes sordos, mezclados al tumulto de una arriada, de un chubasco de tormenta, que se acercaba á él como llevado por aquella lúgubre avalancha. De pronto resonó un mugido horrible. Bueyes, ¡son bueyes!; una boyada numerosa, apretada entre las dos cunetas del camino, que envuelve al pobre Jack, lo tumba, lo derriba. Siente el húmedo resoplido de los hocicos, el latigazo de las vigorosas colas, el calor de las robustas grupas, todo un olor á establo tumultuosamente revuelto. La boyada pasó como una tromba, guardada por dos perrazos enormes y por dos zagalotes, mitad pastores, mitad carniceros, que corren detrás de las reses indisciplinadas, arreándolas con sus latigazos y con sus gritos.

Detrás de ellos el niño permanece estúpido[38] de terror. No se atreve á dar un paso. Aquellos han pasado, pero tal vez se acercan otros. ¿Dónde ir? ¿Dónde meterse? ¿Tomar á campo-traviesa?... Se perdería, y además ¡estaba tan oscuro! Llora, cae de rodillas, quisiera morir allí mismo. El rodar de un carruaje, dos faroles encendidos que ve desde lejos venir por la carretera, como dos

37. En la novela francesa, Daudet nos canta la canción, que dice así: «Mes souliers sont rouges / Ma mie, ma mignonne». Giner de los Ríos, como se ve, la elimina de su traducción.

38. «Stupide» es el adjetivo que emplea Daudet para significar no la falta de inteligencia de Jack, sino su estupor. Tanto el francés «stupide» como el español «estúpido» poseen ambos significados (el de necio y el de estupefacto), aunque en ambas lenguas este adjetivo se emplea habitualmente para referirse a personas de escasa inteligencia. Al comparar esta traducción con otras de la época, constatamos, una vez más, la voluntad de Giner de los Ríos por forzar la lengua española para mantenerse cerca de la literalidad francesa, aunque ello le lleve a emplear palabras en sus acepciones más inusuales. Pedro Gregorio Pérez, por ejemplo, prefiere «aturdido» antes que «estúpido».

miradas amigas, lo reaniman de pronto. Excitado por el miedo grita:

—¡Señor!... ¡Señor!...

El carruaje se ha detenido y de debajo de la capota sale una gorra de piel con orejeras, que se inclina para ver á quién puede pertenecer aquella voz tímida que sube desde tan bajo, desde el mismo suelo.

—Estoy muy cansado, dice Jack temblando. ¿Quiere usted dejarme que suba un poco en su coche?

La gorra de pieles oscila, pero desde el interior del carruaje una voz de mujer acude en auxilio del niño: "¡Oh, pobrecillo!... ¡Déjalo entrar!„

—¿Dónde vas? preguntó la joven.

El niño titubea un momento; como todos los fugitivos que temen ser perseguidos, oculta cuidadosamente el término de su viaje.

—A Villanueva de San Jorge, respondió al fin.

—Bueno; pues sube.

Ahí lo tenéis[39] en el coche, arropado con una manta de viaje, entre un señor gordo y una robusta señora, que miran á la luz de los faroles del carruaje, con una gran curiosidad, á aquel colegialillo recogido en mitad del camino. ¡Dios mío! ¿dónde va tan tarde y solo? Jack tenía muchas ganas de decir la verdad. Hay, cuando se está cerca de las buenas gentes, gran tendencia á hacer confidencias. Pero no. Tiene demasiado miedo de que lo vuelvan á llevar á Moronval. Entonces contó una historia... Su madre estaba muy enferma en el campo, en casa de unos amigos... Se lo dijeron aquella noche y se puso en camino inmediatamente, á pie, porque no tenía paciencia para esperar el tren del día siguiente.

—Lo comprendo, dice la señora, que parece una persona buena y cándida; y la gorra de pieles también lo comprende. Pero hace observaciones llenas de prudencia sobre los peligros que

39. Aunque Daudet suele interpelar con frecuencia a sus lectores, en esta ocasión no es él quien lo hace: es el traductor, que, acostumbrado ya a que el narrador francés se dirija habitualmente al lector, asume esta técnica narrativa y la emplea ahora *motu proprio*.

hay para un niño en caminar á semejante hora por la carretera. Esos peligros son de todo género, y la gorra de pieles, con tono de doctrino, se complace en irlos enumerando uno á uno á su nuevo amiguito; después de lo cual le pregunta que en qué sitio de Villanueva viven los amigos de su madre.

—A lo último del pueblo, responde Jack con viveza. La última casa á la derecha.

Por fortuna es de noche, y su rubor puede ocultarse á la sombra de la capota del carruaje. Desgraciadamente, no había terminado el interrogatorio. El marido y la mujer son muy charlatanes y curiosos, como todos esos habladores con quienes no se puede estar cinco minutos sin enterarse de todas sus cosas. Son comerciantes de paño de la calle de los Bordonnais, que todos los sábados se van al campo á evaporar en una buena casita de su propiedad, el aire pesado, el polvo incómodo de su comercio; un buen comercio que les permitirá pronto retirarse del todo á su rinconcito de Soisy-sous-Etiolles.

—¿Está eso muy lejos de Etiolles? preguntó Jack temblando.

—¡Oh! no... está tocando, responde la gorra de pieles dando un amistoso fustazo á su caballo.

¡Qué fatalidad!

Si no hubiera mentido, si hubiese simplemente confesado que iba á Etiolles, no tendría más que seguir su camino en aquel coche cómodo que rodaba tan tranquilamente por un camino, iluminado por sus dos faroles. No hubiera tenido más que dejarse mecer en todo el bienestar que sentía, estirar sus piernecitas entumidas y dormirse recostado en el hombro de la señora, la cual le preguntaba á cada momento si iba bien y si estaba abrigado. Además, la gorra de pieles había destapado un frasco de una cosa fuerte y le hizo beber un trago para reanimarle.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

¡Ah! Si hallara valor para decirles: "No es verdad... He mentido... No tengo nada que hacer en Villanueva... Voy más lejos... ¡precisamente al mismo sitio donde ustedes van!„ Pero era exponerse al desprecio, á la desconfianza de aquellas gentes tan buenas, tan francas, y prefería á eso caer de nuevo en todos los horrores de los cuales le habían sacado. Sin embargo, cuando les oyó decir que llegaban á Villanueva, el niño no pudo reprimir un sollozo.

—No llores, hijo mío, le decía la señora. Tal vez tu mamá no esté tan mala como tú te figuras, y el verte le hará mucho bien.

Al llegar á la última casa de Villanueva, el coche se detuvo.

—Aquí es, dijo Jack muy emocionado.

La mujer le dió un beso y el marido le apretó la mano y le ayudó á bajarse.

—¡Ah! ¡Dichoso tú que has llegado; á nosotros nos faltan todavía cuatro leguas largas!

¡Y él también tenía que andar aquellas cuatro leguas largas!

Era terrible.

El niño se acercó á la verja de una casa como si fuera á llamar.

—¡Vaya, buenas noches! le gritaron sus amigos.

El contestó *buenas noches* con voz ahogada por las lágrimas; y el coche, dejando la carretera de Lyon, tomó á la derecha por un camino con árboles á un lado y otro, dibujando con sus faroles un gran circuito luminoso en la oscuridad del llano. Entonces se le ocurrió la locura de que tal vez pudiese unirse á aquella luz protectora, mantenerse dentro de su radio, siguióla corriendo. Lanzóse en pos de ella con verdadera rabia; pero sus piernas, que con el descanso se habían entumido más todavía, del mismo modo que la luz hacía que sus ojos viesen menos en la oscuridad, se negaron á prestarle sus servicios.

A los pocos pasos tuvo que detenerse; quiso echar á correr otra vez, y acabó por caer abatido, presa de una crisis, derramando un torrente de lágrimas, mientras que el carruaje hospitalario continuaba tranquilamente su marcha, sin sospechar que dejaba detrás de sí una desesperación tan profunda y tan completa.

Allí quedó tendido á un lado de la carretera. Hace frío, la tierra está húmeda. ¡No importa! El cansancio puede más que nada. Enrededor suyo siente la inmensidad de los campos. El viento tiene esa respiración larga, con la cual recorre los grandes espacios, lo mismo en el mar que en la tierra, y poco á poco los soplos del llano, el roce de las hierbas unas con otras, los crujidos de las hojas confundidas en un inmenso balance de suspiros y de sonidos, envuelven al niño, lo mecen, lo tranquilizan y lo duermen profundamente.

Un ruido espantoso lo despierta sobresaltado. ¿Qué es esto ahora? Apenas abrió los ojos Jack, vió á pocos metros de él pasar una cosa monstruosa, terrible, una bestia que rugía y silbaba, con dos enormes ojos abombados y sanguinolentos, y grandes anillos negros que se desenroscaban haciendo saltar chispas.

El monstruo iba dejando en la oscuridad como la cola de un inmenso cometa, cuyo rayo hendiera el espacio con estrépito formidable. Por donde pasaba desgarrábanse las tinieblas, dejando ver un grupo de árboles, un matorral; la oscuridad renace poco á poco, y solo cuando la aparición está ya lejos, cuando ya no se ve de ella más que una pequeña luz verde, es cuando el niño echa de ver que acaba de pasar por allí un tren expreso.

¿Qué hora es? ¿Dónde está? ¿Cuánto tiempo ha dormido? No lo sabe; pero aquel sueño le ha hecho daño. Ha despertado transido de frío, con

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

los miembros rígidos, con el corazón metido en un puño: ha soñado con Madú...

Como la humedad del suelo se le metía en los huesos, Jack ha soñado que estaba enterrado en el cementerio, al lado del reyecito. Tirita todavía como si sintiera el frío de aquella tierra: un frío pesado, sin aire. Ve la cara de Madú y siente aquel cuerpecillo yerto como si estuviera pegado al suyo. Para huir de la obsesión, se levanta; pero por el suelo de la carretera, seco y endurecido por el viento de la noche, sus pasos retumban tanto, que le parecen dobles, como si sintiera los pasos de otro que lo siguiese. Madú caminaba detrás de él.

Y empieza de nuevo á correr como un loco.

Jack corre sin dirección en medio de la oscuridad y del silencio. Atraviesa un pueblecillo, en el cual todo duerme; pasa por debajo de un campanario, que le tira á la cabeza las pesadas y vibrantes notas de sus campanadas. Dan las dos. Otro pueblo: son las tres. Jack sigue, sigue. La tierra le da vueltas. Si se detuviera, temería volver á su pesadilla, aquella horrible pesadilla que el movimiento de la carrera comienza á disipar.

De cuando en cuando se cruza con carros, cubiertos de grandes toldos; vehículos sonámbulos, en los cuales todo duerme, los caballos y el conductor.

El niño, sin fuerzas ya, pregunta:

—¿Estoy muy lejos de Etiolles?

Un gruñido sordo le contesta.

Pero pronto otro viajero va á ponerse en camino con él por el campo, un viajero cuya aparición es anunciada por el canto de los gallos y el de las ranas que hay á lo orilla del río. Es el día; el día, que vaga bajo las nubes, como si estuviera indeciso y no supiera aún el camino que iba á tomar. El niño lo adivina en torno suyo y comparte con

toda la naturaleza ese ansioso esperar al nuevo día.

De pronto, enfrente de él, en la dirección de ese pueblo de Etiolles, donde le han dicho que está su madre, precisamente sobre ese horizonte, el cielo se abre, se desgarra. Primero es una línea luminosa, una palidez esparcida alrededor de la oscuridad, sin el más pequeño rayo. Ese línea se agranda poco á poco, con ese movimiento de la llama incierta que busca aire para ayudarse á subir.

Jack camina hacia la claridad; camina con una especie de delirio que decupla sus fuerzas. Cierta cosa le advierte que su madre está allí, y allí también el término de aquella noche horrorosa.

Ahora todo el fondo del cielo está abierto. Parecía un ojo grande claro, bañado de lágrimas, que miraba al niño con dulzura y cariño. "¡Allá voy, allá voy!„ está tentado por contestar á aquel llamamiento luminoso y bendito. La carretera que blanquea ya no le da miedo. En primer lugar, es una carretera sin fosos, por la cual parece que no debían de ir más que lujosos carruajes. A un lado y otro, bañadas con el rocío del alba, suntuosas propiedades presentan sus jardines ya floridos, sus veredas, donde se van refugiando las tinieblas, resbalando por la arena.

Entre las casitas blancas y las vallas de espalderas, se ven viñedos, verdes pendientes que bajan hacia un río, que también va saliendo de la oscuridad.

Y la luz del día, que se agranda, que se acerca.

¡Oh! Date prisa por lucir, aurora maternal; vierte un poco de calor y de esperanza y de fuerza al niño extenuado que corre tendiéndote los brazos.

—¿Estoy muy lejos de Etiolles? pregunta Jack á unos trabajadores que pasan, con el saco al

hombro, en grupos silenciosos, y medio dormidos todavía.

—No, no está lejos de Etiolles; no tiene más que seguir el bosque, *todo derecho*.[40]

El bosque despierta en aquel momento. Todo el inmenso telón verde, extendido á ese lado del camino, se estremece. Todo se vuelven piídos, arrullos, gorjeos que van y vienen desde las ramas de los arbustillos á las de las centenarias encinas. Las ramas rozan unas con otras, se doblan bajo el peso de aleteos precipitados, y mientras lo que queda de sombra en el aire se va evaporando, mientras los pájaros nocturnos, de vuelo silencioso y pesado, se dirigen á sus escondites misteriosos, una alondra sube del llano, trna, con las alas abiertas, se eleva con vibraciones sonoras, trazando ese primer surco invisible en que se juntan los buenos días de verano, la gran tranquilidad del cielo y todos los ruidos activos de la tierra.

El niño ya no anda, se arrastra. Una vieja harapienta, con mala cara, pasa conduciendo una cabra. Vuelve á preguntar otra vez:

—¿Estoy lejos de Etiolles?

La vieja *lo mira con aire feroz*, y le señala una vereda pedregosa que sube, estrecha y empinada, por el borde del bosque. A pesar de su cansancio, continúa sin detenerse. Ya el sol casi calienta; el alba de poco antes, se ha convertido en un hogar de rayos resplandecientes. Jack comprende que se acerca. Anda encorvado, vacilante, tropezando con las piedras que ruedan á sus pies; pero anda.

En fin, en lo alto, ve un campanario que se levanta por encima de techos agrupados. Vamos, otro esfuerzo. Es preciso llegar hasta allí. Pero las fuerzas le faltan.

Cae, se levanta, vuelve á caer, y á través de sus pupilas que se agitan, entrevé muy cerca de

40. El traductor ha mantenido las cursivas utilizadas por Daudet en el original. En la novela francesa esta marca diacrítica pretende llamar la atención sobre el habla particular de estos obreros: «tout drouet» (en lugar de «tout droit»). Sin embargo, dado que Giner de los Ríos ha soslayado esta variante dialectal, las cursivas en su traducción carecen ya de sentido.

él una casita con muchos parras y muchas flores y muchos rosales trepadores que casi la envuelven y suben hasta llegar á su palomar y á su torrecilla de ladrillos colorados. Encima de la puerta, entre la flotante sombra de las lilas ya floridas, se ve una inscripción en letras doradas: *Parva domus, magna quies.*

¡Oh! ¡Qué casa tan bonita, tan tranquila, tan bañada de dorada luz! Todo está aún cerrado, y sin embargo, no duermen, porque se oye una voz de mujer, fresca y alegre, que empieza á entonar precisamente aquella canción...

¡Aquella voz, aquella canción!... ¡Jack cree estar soñando! Pero se abren las dos hojas de una persiana, y una mujer aparece, blanca, con su traje de mañana, con el cabello retorcido sobre la nuca y los ojos aún medio dormidos.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... llama Jack con voz débil.

La mujer deja de cantar, sorprendida; mira, busca, entornando los ojos, porque la molesta el sol naciente; luego, de pronto, ve aquella pobrecita criatura cansada, lleno de barro, desgarrada, expirante. Lanza un grito: —¡Jack!

En un instante se encuentra á su lado, y con todo el calor de su corazón de madre, calienta al niño medio muerto de miedo, de angustia, de todo el frío y de todas las sombras de su última noche.

Jack, dijo para concluir:. . la vida no es una novela.

VIII

PARVA DOMUS, MAGNA QUIES

—No, no, Jack; no, hijo mío, querido; no tengas miedo, no volverás más á ese maldito colegio... Pegar á mi hijo: ¡se han atrevido á pegar á mi hijo!... Has hecho divinamente en escaparte... Ese miserable mulato te ha puesto la mano encima... ¿Acaso no sabe que por tu nacimiento, sin hablar de tu color, eres tú quien tenía derecho á darle de palos? ¿Por qué no se lo dijiste? ¿Por qué no le dijiste que tu madre ha tenido mulatos para que la sirvan? Vamos, no me mires con esos

ojos tan tristes. Ya te he dicho que no volverás más. En primer lugar, no quiero que te separes de mí. Voy á arreglarte aquí un cuartito muy mono. Ya verás qué bien se está en el campo. Tenemos muchos bichos, gallinas, conejos, y una cabra, y un borriquillo. Esta casa es el arca de Noé... Y ahora recuerdo que no he echado de comer á mis gallinas... ¡Tu llegada me ha emocionado tanto!... ¡Oh! Cuándo te ví allí, en la carretera, en ese estado... ¡Vamos! duerme, descansa otro ratillo. Te despertaré para comer. Pero antes, toma un poco de caldo frío. Ya sabes lo que ha dicho el Sr. Rivals; para reponerte, no necesitas más que dormir y comer... ¡Qué bueno está ¿no es verdad? el caldo de la tía Archambauld! ¡Pobrecito mio! ¡cuándo me acuerdo de que, mientras yo dormía, andabas tú por esos caminos de Dios!... Es horrible... ¿Oyes cómo me llaman las gallinas? Allá voy. Duérmete.[41]

Se fué andando de puntillas, ligera, feliz, como siempre, encantadora, aunque un poco colorada por el airecillo del campo, y demasiado vestida con un traje campestre, con mucho terciopelo negro sobre tela lisa, y un sombrero de paja de Italia guarnecido de flores. Más niña que nunca, jugaba á vivir en el campo.

Jack no podía dormir. Las pocas horas de descanso que tuvo al llegar, su baño, el caldo de la tía Archambauld, y, sobre todo, la maravillosa elasticidad de la juventud, su fuerza de resistencia, había podido más que su encorvamiento. Miraba en torno suyo, saboreando el bienestar de aquel medio ambiente tan tranquilo.

No era aquel el antiguo boulevard Hausmann, capitonado, guatado, ahogado. La habitación donde estaba era grande, tapizada de claro y con muebles á lo Luis XVI, todos blancos y grises, sin ningún dorado. Fuera, la tranquilidad del campo, el golpear de las ramas contra los crista-

41. Es, sobre todo, en las intervenciones de la madre cuando Giner de los Ríos se separa en mayor grado del francés y emplea distintos mecanismos expresivos en español, ya sean morfológicos (obsérvense los diminutivos de este párrafo), léxicos (la traducción de "jolie" por "mono", adjetivo de mayor frecuencia en el habla femenina), o sintácticos.

les, el arrullo de las palomas en el tejado y el *¡pita, pita, pita!* de su madre, que subía del corral mezclado con los piídos y chillidos que se producen alrededor de un puñado de trigo.[42]

Jack saboreaba la intimidad de aquel ligero tumulto producido entre el silencio que todo rodeaba. Se sentía feliz, descansado. Sólo una cosa le turbaba: el retrato de aquel D'Argenton que había enfrente de él, al pie de la cama, en una postura presuntuosa, despótica, con la mano puesta sobre un libro abierto, con los ojos claros y de mirada fría.

El niño pensaba:—¿Dónde está? ¿Dónde vive?... ¿Por qué no lo habré visto? Al fin, turbado por aquella mirada de fotografía que lo perseguía como una interrogación ó como una censura, se levantó y bajó en busca de su madre.

Esta estaba ocupada en cuidar y dar de comer á sus bichos, con su torpeza elegante, conguantes hasta el codo, el dedo meñique en el aire, el vestido levantado por un lado, enseñando una falda rayada y unas botitas con tacones muy altos.

La tía Archambauld se reía de su torpeza, mientras ella echaba de comer á los conejos. La tía Archambauld era la mujer de un guarda bosque que iba á limpiar y á guisar á las Aulnettes, como llamaban en el pueblo la casa que habitaba la madre de Jack.

—¡Jesús, Dios mío, qué bonito es su hijo de usted!... dijo la campesina, entusiasmada por la aparición de Jack en el corral.

—¿Verdad que sí, tía Archambauld?... ¿No se lo decía yo á usted?

—Pero ¡caramba! se parece mucho más á su mamá que á su papá... ¡Buenos días, hijo mío! ¿Quieres que te dé un beso?

Frotó contra la cara del niño su pellejo de vieja salvaje,[43] de ojos negros, que olía á la comida de

42. No es trigo, sino avena, lo que dice Daudet en la novela francesa.

43. No parece que las connotaciones de "salvaje" reflejen bien el sentido con el que Daudet utiliza "sauvagesse", que se refiere, más bien, al carácter rústico y campestre de la anciana. En la novela original las intervenciones de la tía Archambauld están marcadas dialectalmente. También en esta ocasión las marcas desaparecen en la traducción.

los conejos. Al oir la palabra *papá*, Jack levantó la cabeza.

—Puesto que no puedes dormir, vamos á ver la casa... dijo Ida, que se cansaba muy pronto de cualquiera ocupación.

Soltó los recogidos de su falda é hizo visitar al niño aquella habitación original, situada á un tiro de fusil del pueblo, y que realizaba ese ideal de lo confortable en el aislamiento que tienen todos los poetas, pero que generalmente no lo ven realizado más que los tenderos.

El cuerpo principal se componía de un antiguo pabellón de caza que en sus tiempos fué dependencia de uno de esos grandes castillos de Luis XV que abundan por aquellos sitios, pero que la repartición de la propiedad había emancipado, dejándolo fuera de los límites señoriales.

A aquellas piedras viejas se adosaba una torrecilla nueva con un palomar y una veleta, que acababa de dar á la casa el aspecto de antigua mansión señorial reformada. Visitaron también la cuadra, los cobertizos y el verjel, un verjel inmenso que estaba tocando con el bosque de Senart. Lo último que vieron fué la torrecilla. Una escalera de caracol, alumbrada con claraboyas de cristales de colores, conducía á una anchurosa habitación redonda, con cuatro ventanas ojivales, amueblada con un diván circular, forrado de tela argelina. Allí habían reunido algunas curiosidades artísticas: arcas de roble, un espejo de Venecia, tapices antiguos y una cátedra de madera tallada del tiempo de Enrique II, colocada á guisa de sillón, delante de una enorme mesa de despacho llena de papelotes.

Por todas partes se descubría un magnífico paisaje de bosque, de valle, de río; paisaje variado desde cada una de las ventanas, unas veces limitado por un telón de hojas verdes, otras ex-

tendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, lleno de aire, de luz.

—¡Aquí trabaja Él! dijo la madre al llegar á la puerta, con acento de religioso recogimiento.

Jack no tuvo necesidad de preguntar quién era aquel *Él* tan respetable.

A media voz, como si estuviese en un santuario, continuó diciendo, sin mirar á su hijo:

—Ahora está fuera, está viajando... Volverá dentro de unos días... Voy á escribirle diciéndole que has venido; se alegrará mucho, porque á pesar de su aspecto severo es el hombre mejor del mundo y te quiere mucho... Tú también, hijo mío, debes quererle á él... Porque si no, yo, colocada entre vosotros dos, voy á ser muy desgraciada.

Y mientras hablaba así, contemplaba el retrato de D'Argenton, colgado en el testero principal de la habitación; un retrato iluminado, reproducción de la fotografía que había en la alcoba. La imagen del poeta se repetía en todas las habitaciones, sin contar un busto en bronce florentino que se erguía sobre un pedestal á la entrada del jardín; y, particularidad muy significativa, no había más retrato que el suyo en toda la casa.

—¿Me prometes, Jack mío, que lo querrás?... repitió la pobre loca, enfrente de la imagen severa y bigotuda.

El niño bajó la cabeza y contestó haciendo un esfuerzo:

—Te lo prometo.

Entonces ella volvió á cerrar la puerta y bajaron la escalera sin hablar una palabra.

Aquella fué la única nube de aquel día memorable.

¡Estaban tan bien los dos, los dos solos, en el gran comedor suntuosamente amueblado, en el cual la espesa sopa del puchero tenía cierto perfume de aristocrático capricho! Oíase á la tía Archambauld, atareada en fregar los platos en la

cocina. Alrededor de la casa el silencio, el delicioso silencio del campo, estaba rondando como misterioso guardián. Jack no dejaba de admirar á su madre. Ella también lo encontraba á él hermoso, crecido y muy desarrollado para tener once años; y se besaban, entre bocado y bocado, como dos enamorados.

Por la noche tuvieron visitas. El tío Archambauld fué á buscar á su mujer, como todas las noches, porque vivían lejos, allá en la espesura del bosque. Le hicieron sentar en el comedor.

—¡Vamos, una copa de vino, tío Archambauld! ¡A la salud de su hijo!... ¿No es verdad que es muy guapo y que lo llevará usted algunas veces á recorrer el bosque?

—¡Pues ya lo creo que sí, señora D'Argenton!

Y mientras levantaba el brazo con la copa de vino, aquel gigante, rubio y tostado por el sol, el terror de todos los cazadores furtivos de la comarca, paseaba de derecha á izquierda una mirada que la costumbre de vigilar de noche por entre las hojas y las malezas, había afinado de tal suerte y la había hecho tan movible, que ya no podía fijarse.

El nombre de Argenton, aplicado á su madre, hacía cosquillas á nuestro amiguito Jack. Pero como no tenía noción exacta de las dignidades, ni de los deberes de la vida, su ligereza de niño lo llevó bien pronto hacia otros pensamientos, hacia aquellas promesas de llevarlo á cazar, que el guarda reiteró antes de irse, mientras llamaba á sus dos perros, que dormitaban debajo de la mesa, y mientras colocaba sobre su crespo cabello la gorrilla de guarda rural, dependiente del Estado.

Cuando el matrimonio se fué, oyóse rodar un coche lenta, trabajosamente, por los guijarros de la cuesta.

—¡Toma! ¡Parece que es el Sr. Rivals! Conoz-

co su caballo, que no anda nunca más que al paso. ¿Es usted, doctor?

—Sí, señora D'Argenton.

Era el médico de Étiolles, que, de vuelta de la visita, iba á ver qué tal iba su *enfermito* de por la mañana.

—¡Eh! ¿No le decía yo á usted que no era más que cansancio?.. ¡Buenas noches, hijo mío!

Jack miraba aquella cara ancha, colorada; aquel hombrecillo rechoncho, encorvado; con una levita enorme, cuyos faldones le daban en los talones, con su cabellera blanca y alborotada, y aquel andar tambaleándose que lo adquirió en veinte años de mar, embarcado en calidad de médico de un vapor.

¡Qué aspecto tan bueno y tan leal tenía!

¡Ah! ¡Qué buenas gentes y qué feliz se sentía uno en aquel medio ambiente *franco* y rústico, lejos del odiado mulato y del Gimnasio Moronval!

Cuando el doctor se marchó, echaron los gruesos cerrojos de la puerta. La oscuridad puso en derredor de las tapias su silenciosa barrera, y la madre y el niño subieron á la alcoba para acostarse.

Allí, mientras Jack se dormía, ella escribió á D'Argenton una carta larga para anunciarle la llegada de su hijo, y para tratar de enternecerlo hablándole del porvenír incierto de aquel niño, cuya respiración regular y tranquila oía ella allí, á su lado, detrás de la colgadura del lecho.

La madre no quedó un poco tranquila hasta dos días después que recibió una carta del poeta, fechada en la Auvernia.

Aunque cuajada de reticencias y de alusiones á la debilidad de la madre y al carácter indómito del niño, la carta era menos terrible de lo que pudo esperarse.

En resumen: D'Argenton había pensado ya en los gastos enormes que producía la educación

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Moronval, y aunque desaprobando la escapatoria, convenía en que no era una gran desgracia, porque el colegio iba muy de capa caída. (¡Claro, desde que él no estaba allí!) Cuanto al porvenir del niño, corría de su cuenta; y cuando llegase, es decir, dentro de ocho días, ya vería lo que se debía hacer.

Jamás Jack, en toda la vida, ni de niño, ni de hombre, pudo encontrar ocho días como aquellos, tan hermosos, tan felices, tan llenos de satisfacciones. Su madre, ocupada exclusivamente de él; el bosque, el corral, la cabra y subir diez veces la escalera pisándole las faldas á su Ida; ir donde ella iba, reir sin saber por qué; su dicha, en fin, la dicha formada por una porción de alegrías menudas é inenarrables.

Luego tuvieron otra carta, y:

"Mañana llega.„

Aun cuando D'Argenton había dicho que estaba dispuesto á volver á ver á aquel niño, á mostrarse bueno é indulgente con él, la madre no las tenía todas consigo, y quería preparar la entrevista. Así es que prohibió á Jack que montase con ella en el carruajillo que salió á esperar al poeta á la estación de Evry. Ella le dió una lección penosa para los dos, como si hubieran sido cómplices de alguna falta imperdonable: "Te quedarás á la entrada del jardín... ¿me entiendes?... No saldrás á su encuentro... Te esperarás hasta que yo te llame.„

¡Qué emoción para Jack!

Pasó aquella hora de espera en pasear por el jardín, mirando hacia la pedregosa vereda para ver llegar el carricoche.

Cuando esto sucedió, huyó, y escondido detrás de las grosellas, les oyó entrar en la casa, oyó la severa voz de *El,* sin vibraciones, y la voz de su madre, más dulce aún que de costumbre. "Sí, hijo mío... No, hijo mío...„

Por fin, se abrió una ventana de la torrecilla.

—Jack, sube de prisa...; puedes venir.

Su corazoncito latía al subir la escalera, tanto de ahogo como de temor; y en cuanto entró se halló mal preparado para una entrevista tan grave, asustado ante aquella pálida cabeza que se destacaba sobre el fondo oscuro de la madera tallada de la cátedra, embarazado ante el temor de su madre, que ni siquiera alargaba una mano á su timidez de niño.

Al fin balbuceó unos buenos días, y esperó.

El sermón fué corto, casi afectuoso, porque aquella su actitud de acusado distaba mucho de desagradar al poeta, el cual además se regocijaba de la jugarreta que el muchacho había hecho al director del colegio.

—Jack, dijo para concluir; es necesario ser formal, es preciso trabajar. La vida no es una novela. Creo en tu arrepentimiento, y si eres razonable, te querré y viviremos felices los tres. Ahora oye lo que tengo que proponerte: del tiempo que consagro á mis terribles luchas artísticas, quitaré todos los días una hora ó dos, destinadas á tu educación, á tu instrucción. Si quieres trabajar, yo me encargo de hacer en ti, del niño indisciplinado y ligero, un hombre como yo, bien templado para la batalla.

—¿Oyes, Jack? dijo la madre, á quien el silencio de su hijo ponía en cuidado... Comprendes, ¿no es verdad el gran sacrificio que nuestro amigo va á imponerse por ti?

—Sí, mamá... murmuró Jack.

—Espera, Carlota, replicó D'Argenton. Es preciso, ante todo, saber si le agrada mi proposición. Naturalmente, yo no obligo á nadie.

—¿Qué dices, Jack?

Jack, asustado de oir que llamaban Carlota á su madre, no sabía qué contestar, y buscó en su mente, durante un rato, algo muy tierno, algo

bastante elocuente para responder á tanta generosidad. A fuerza de buscar, acabó por esconder su agradecimiento en un profundo silencio. Al ver esto su madre, lo empujó á los brazos del poeta, el cual le concedió un verdadero beso de teatro, sonoro y frío, y todavía como quien reprime un movimiento de repulsión.

—¡Ah, querido mío, qué grande, qué bueno eres!... murmuró la pobre mujer, mientras el niño, despedido con un gesto, bajaba la escalera muy de prisa, para disimular su emoción.

En el fondo, la llegada de Jack á la casa iba á ser una distracción para el poeta. Pasada la alegría primera de la instalación, habíase pronto cansado de aquel vivir á solas con Ida, á quien llamaba ahora Carlota, en recuerdo de la heroína de Gœthe, y también porque no quería dejarle nada de la antigua Ida de Barancy. Con ella se sentía solo: de tal manera su invasora personalidad se había impuesto á aquella desgraciada criatura, de inteligencia limitada y de carácter nulo.

Ella repetía sus palabras, se impregnaba de sus ideas, diluía sus paradojas en interminables charlas; de suerte que no hacían los dos más que uno, y esa felicidad que puede parecer el ideal de la felicidad en ciertas condiciones de vida, se había convertido en el verdadero suplicio de D'Argenton, demasiado batallador, discutidor, controvertidor para darse por satisfecho con aquella aprobación permanente.

Al menos, ahora tendría alguien á quien contrariar, dirigir, morigerar, porque era mucho más pasante de escuela, que poeta; y en esas disposiciones agitadas de ánimo emprendió la educación de Jack con la puntualidad pomposa, la solemnidad metódica, que ponía en sus menores acciones aquel semipterno oficiante de pontifical.

Al día siguiente, Jack, cuando despertó en su alcoba, vió sujeta al cristal de su espejo una tarjeta escrita con la correctísima letra del poeta, á la cabeza de la cual se leía en caracteres muy gordos:

REGLAMENTO

Era un resumen de vida, un plan de estudios; el día dividido en una porción de casillas llenas de ocupaciones: *A las seis, levantarse.—De seis á siete, desayuno.—De siete á ocho, recitado.—De ocho á nueve...* Y así sucesivamente.

Los días, así reglamentados, se parecían á ventánas cerradas, cuyas persianas apenas si dejaban pasar por entre sus tabletas compactas el aire preciso para respirar y la luz suficiente para contentar la vista.

Ordinariamente, esos reglamentos no se hacen más que para faltar á ellos; pero D'Argenton tenía una severidad inaguantable[44] que no soportaba la menor inexactitud. A esto se agregaba la *manía del sistema*, á la cual el antiguo profesor del colegio Moronval no había podido naturalmente sustraerse.

El sistema de D'Argenton, consistía en mezclar en la cabeza del principiante los más diversos conocimientos: el latín, el griego, el alemán, el álgebra, la geometría, la anatomía, la síntaxis, con todos los estudios elementales indispensables. Allá que la naturaleza apartase, clasificara y distribuyese luego todo aquello.

El sistema podría ser excelente; pero sea que resultase demasiado vasto para la inteligencia del niño, sea que el profesor no tuviese habilidad bastante para aplicar sus teorías, ello es que Jack no sacó ningún provecho. Sin embargo, estaba bastante adelantado para su edad, y más inteligente, á pesar de su descosida educación, de

44. En efecto, la severidad de D'Argenton había de resultarle inaguantable a Jack, pero no esto lo que dice el narrador de la novela francesa. «Vétilleuse» no es tanto «inaguantable», sino «meticulosa», «minuciosa».

lo que generalmente se es á los once años. Pero lo que había de confuso, de trastorno en sus primeros años de estudios, se complicaba ahora con el sistema aglomerador de su nuevo maestro. Además sentíase aterrado ante aquel personaje imponente; y, sobre todo, la naturaleza lo turbaba y llegaba á absorberlo por completo.

Transportado de pronto, desde el patinillo[45] húmedo del horrible Pasaje de las Doce Casas, al campo, sentíase invadido por la visión de la naturaleza y por su contacto perpetuo.

Cuando, en las mejores horas de la tarde, se encontraba en la torrecilla delante del profesor y de los libros, abismado sobre un enorme cuaderno, cuyos renglones le daban vueltas, sentía locos deseos de escaparse, de mandar al diablo algún artículo del reglamento.

Mayo florido enviaba á las ventanas abiertas, sus perfumes; el bosque se engalanaba de verde, y Jack interrumpía la lección para seguir el vuelo de los pájaros que iban de rama en rama, ó la mancha rojiza que una ardilla, al pasearse, marcaba sobre el sombrío follaje de los enormes nogales. ¡Qué suplicio tan grande era declinar *Rosa, rosæ, la rosa*, en varios idiomas, mientras la naturaleza florecía en derredor! No pensaba más que en aquello, en estar al aire libre, al sol...

—¡Este chico es idiota! exclamaba D'Argenton cuando á sus preguntas, á sus argumentos contestaba Jack con los ojos espantados, como si se precipitase para contestar desde las cimas de los árboles que estaba contemplando, ó desde aquella nubecilla que corría allá á lo lejos. Su elevada estatura, demasiado desarrollada para su edad, contribuía también á darle apariencias de asustado. Y toda la severidad del poeta no servía más que para dificultar y entorpecer el impotente esfuerzo que hacía su memoria.

Al cabo de un mes declaró que renunciaba á

45. Deducimos que "patinillo" es el diminutivo de "patio". Se refiere Daudet al pequeño patio del antiguo colegio de Jack.

enseñarle, que en él gastaba completamente su tiempo precioso. robado á ocupaciones serias. En realidad, no lamentaba arrancarse él también á las múltiples exigencias de aquel reglamento de hierro que lo había esclavizado y aprisionado tanto como al niño. Por su parte, Ida, ó más bien Carlota, aceptó perfectamente la idea de que Jack era un inepto, una inteligencia obtusa; prefería creerlo á presenciar las escenas dolorosas, los arrebatos de cólera, las lágrimas finales de aquella educación tan difícil.

Adoraba la tranquilidad ante todo, y deseaba que estuviesen contentos todos los que hubiera á su alrededor. Sus puntos de vista, estrechos como su inteligencia, no iban nunca más allá del día, y cualquier porvenir le habría parecido caro si había que conseguirlo á costa de su tranquilidad inmediata.

Ya supondréis que Jack sintióse feliz al verse libre de aquel reglamento implacable: *A las seis, levantarse. - De seis á siete, desayuno.—De siete á ocho, etc...* El tiempo le pareció más largo, más alegre. Como había comprendido perfectamente que en la casa estorbaba, y lo había comprendido por la manera que su madre tenía de besarlo, por la voz que adoptaba para hablarle delante de *Él*, se escapaba de allí los días enteros, con ese desdén absoluto que tienen á las horas los niñosy los vagos.

Tenía dos buenos amigos, el guarda y el bosque. Por la mañana temprano se iba, llegaba á la casita del matrimonio Archambauld, precisamente en el momento en que la mujer, antes de salir para casa de los *parisienses*, servía el almuerzo de su marido en la sala limpia y fresca, empapelada de verde claro, que representaba cien veces seguidas, delante del mismo cazador en acecho, el mismo conejo que huía. De allí pasaba á la cuadra, donde se hallaban los perros,

cuyos aullidos, ladridos y saltos se repetían sin cesar delante de la puerta formada de barrotes, hasta que al abrir ésta, aquella multitud de hocicos cortos, largos, partidos, de orejas tiesas, caídas, regulares, se dispersaban por todos los rincones del corral en su primer transporte de dicha y de libertad.

¡Y qué saltos, qué posturas naturales adoptaban lejos de la cazolilla común y de la paja de la perrera! Los daneses, con manchas amarillentas, tan fácilmente domados y sometidos, los zarcerillos con sus patas tuertas, hechos para devorar el rastro del cual parece formar parte su propio cuerpo, recogido en el vértigo de la carrera; los galgos, alagartados, desgarbados, de pelos largos que los cubren los ojos, sedosos, aterciopelados y con movimientos que parecen caricias, y los *sluguis* de Africa, algo grandes y demasiado lujosos para la caza, y los lebreles heráldicos, todas las especies se encontraban representadas allí. Con mucha gravedad, el tío Archambauld ejercitaba á sus discípulos, con el collar de fuerza, los castigos á latigazos y esas severidades de la vista tan eficaces para ciertas bestias que las doman, las aplastan, las hacen echarse al suelo, atemorizadas y temblorosas. Jack pensaba algunas veces al ver á un rebelde: "Hé ahí uno que no entiende el sistema,„ y se lo hubiera querido llevar al bosque, hacerle participar de aquella libertad hermosa al aire libre, la cual le daba á él tanta superabundancia de vida.

¡Se sentía tan contento Jack, tan orgulloso de acompañar al guarda á través del bosque, de caminar al lado de aquel hombre terrible, temido en toda la comarca, y al cual su carabina, puesta á la bandolera daba una fisonomía verdaderamente belicosa!... Con él, veía un bosque especial lleno de vida y habitado, que los profanos no conocen. En vez de esas huidas espantadas por en-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tre las hojas, de esos ruidos opacos debajo de las hierbas, que apagan los pasos de cualquiera, gozaba del espectáculo tranquilo de los animales que iban y venían libremente á sus quehaceres, á sus diversiones. Unas veces era la hembra de un faisán, escoltada por sus polluelos, picoteando en los nidos de hormigas esos huevecillos blancuzcos tan grandes como perlas que se amontonan al pie de los árboles; ó cervatillos comiéndose los brotes nuevos, cruzando por los senderos con el ojo espantado, las patas extendidas, más divertidos que temerosos. Luego las liebres corriendo por los sembrados, los conejos, las perdices.

Detrás del frágil telar de las ramas nuevas, entre las cuales los oxiacantos en flor echaban sus hermosos ramos de altar, enteramente blancos y perfumados, aquellas vidas se agitaban, circulaban mezcladas á la sombra de las altas cimas. El guarda vigilaba las madrigueras, los huevos; mataba los bichos perjudiciales, las víboras, las urracas, las ardillas, los topos. Le daban un tanto por cabeza ó por cola de aquellos animales dañinos, y cada seis meses llevaba á Corbeil, á la subprefactura, toda una colección de *detritus* polvorientos y secos, con los cuales todos los días iba llenando un saco. ¡Ah! ¡Si hubiera podido meter también la cabeza de todos los leñadores furtivos del bosque! Y es que el tío Archambauld quería aún más á los árboles que á sus animales. Una cabra puede reemplazarse; para cada faisán que muere, nacen mil á la primavera siguiente. Pero un árbol, ¡tarda tanto en crecer!

Así es que los cuidaba mucho, los espiaba hasta sus más insignificantes enfermedades. Había, entre otras cosas, todo un plantío de abetos atacado por los *bastrichs* que lo ponía muy triste. Esos *bastrichs* son unos gusanillos muy pequeños, que no se sabe de dónde vienen, por milla-

res, en apretadas filas; eligen el árbol más fuerte, el más hermoso, el más sano, y lo toman por asalto. Para luchar contra esas terribles invasiones, el abeto tiene su resina, y con toda su fuerza de árbol, con ese jugo de su savia que al correr se le lleva un poco de su vida, procura resistir al enemigo. Esparce torrentes de resina sobre el *bastrichs* y sobre los huevecillos depositados en la fibra de su corteza, y se agota y se seca en esa lucha, casi siempre inútil. Jack se interesaba mucho por la suerte de aquellos pobres árboles; veía chorrear, durante el combate, aquel sudor oloroso, aquellas lágrimas vegetales difíciles de caer, color de ámbar purísimo lleno de reflejos. A veces, el abeto conseguía escapar del desastre; pero generalmente perecía, se agrietaba, y un día, aquel coloso coronado de cantos de pájaro, de vuelos de abeja, lleno de los murmullos de las existencias que albergaba y del soplar del aire en sus ramas vigorosas, adquiría el aspecto de un árbol quemado por el rayo, y se venía por fin abajo, dejando allá en lo alto el vacío de un hundimiento.

Las hayas tenían otro enemigo, una especie de gorgojos de color de bermellón, también casi imperceptibles, y tan numerosos, que cada hoja del árbol tenía su gusano, una picadurilla de un color rojo muy encendido. Desde lejos, aquella parte del bosque, aquellas ramas coloreadas por un otoño anticipado, una muerte precoz, tenía el aspecto de una salud fingida, las enfermizas rosetas que animan la tez de los tísicos; el tío Archambauld los miraba moviendo tristemente la cabeza, como hace delante de ciertos enfermos un médico cuando pierde la esperanza.

Durante sus excursiones por el bosque, el guarda y el niño no se hablaban; iban impresionados por la gran sinfonía de los bosques. El viento, según las esencias de los árboles que sacudía,

se transformaba en quejido y en aliento. Cuando pasaba por los pinos, parecía el rugido del mar, un silbido largo y prolongado; cuando sacudía los abedules, un chis chas, un paloteo temblo-roso, que dejaba las ramas inmóviles, pero pesaba sobre las hojas en mil notas metálicas; y de las orillas de los estanques, muy numerosos en aquella parte del bosque, salían dulces rozamientos, el refregón de las cañas inclinando una hacia la otra sus largas lanzas satinadas. Por encima de todo eso, la risa estridente de los picos, los picotazos de los picoverdes, el chillido melancólico de los cucús, todos esos ruidos vagos que suben de una superficie de cuatro ó cinco leguas de hojas. Jack tenía siempre en los oídos esos ruidos deliciosos, y le agradaban.

Pero recorriendo así todo el día el bosque en compañía del guarda, se había hecho muchos enemigos. Había allí, en las lindes del bosque, una población de cazadores y leñadores furtivos, á quienes la vigilancia de Archambauld hacía muy dura la vida, y que le profesaban un odio mortal.

Cobardes y astutos, cuando lo encontraban por el bosque, lo saludaban quitándose el sombrero, y el niño participaba del saludo; pero cuando Jack iba solo, todos le enseñaban los puños. Había, sobre todo, una vieja alta, llamada la tía Salé, la cual con su cabeza hundida, su piel de salvaje roja como el polvillo de las canteras, con los labios finos y metidos hacia adentro, perseguía á Jack hasta en sueños. Cuando se separaba del guarda á la puesta del sol para volver á su casa, encontraba siempre en un recodo del camino, á la vieja ladrona, cargada con su haz de leña como ese Nicodemus fantástico que se hace ver á los niños en la luna, atravesando la luz con su silueta de demonio tostado al fuego. La vieja lo esperaba sin moverse, y dejaba pasar al niño, que se violentaba para no correr; entonces, con voz

lánguida y con la pronunciación vulgar de la gente de la isla de Francia, le gritaba:

—¡Eh, tú, bribón!... ¿Por qué vas tan deprisa? Bien te he visto... ¿Crees que no? Espérame un poco, y verás cómo te arranco la nariz con mi zarpa...

Y se levantaba y se entretenía en asustarlo, en cazarlo, como ella decía, fingiendo perseguirlo, con la zarpa levantada. Jack oía sus pasos precipitados, el rozar del haz de leña contra el suelo, y volvía á su casa sofocado, sin respiración. Pero esos terrores no hacían más que dar mayor poesía al bosque, añadiendo á su grandeza la misteriosa atracción del peligro.

Al volver de sus correrías, Jack encontraba á su madre hablando en voz baja en la cocina con la mujer del guarda. Un profundo silencio reinaba en la casa, alterado solamente por la péndola del reloj grande que había en el comedor. El niño besaba á su madre, la cual le hacía una seña con la mano.

—¡Chist!... Calla... Está arriba... trabajando.

Jack se sentaba en un rincón, se entretenía en mirar al gato que se estiraba al sol, ó al busto del poeta cuya sombra se alargaba majestuosamente sobre la hierba. Con la torpeza propia de los niños que tienen ganas de hacer ruido, precisamente porque no deben de hacerlo, siempre tiraba algo, movía la mesa, tropezaba con las pesas del reloj, con esos movimientos inconscientes que esas pequeñas existencias exuberantes hacen á cada instante.

—¡Calla, hombre!... repetía Carlota; y la tía Archambauld, al poner la mesa, tomaba todo género de precauciones, andando sobre la punta de sus enormes pies, que no tenían puntas, encorbando con esfuerzo su ancha espalda, andando hacia atrás, palurda, torpe, pesada, para no molestar *al señor que estaba trabajando.*

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Trabajaba.

Oíase allá arriba, en la torrecilla, medir con mesurado paso sus reflexiones ó su fastidio, mover el sillón, empujar la mesa. Había empezado su *Hija de Fausto* y se encerraba durante todo el día con aquel título, discurrido allá en un tiempo, pero el cual no estaba todavía justificado ni por una sola línea escrita. Y sin embargo, tenía todo lo que había soñado, tranquilidad, campo, soledad, un magnífico cuarto de trabajo. Cuando se cansaba del bosque, de aquel reflejo verde que daba en los cristales, no tenía más que volver un poco el sillón, y se encontraba en frente de los azules variados, ilimitados, del agua, del cielo, del horizonte. Todo el aroma del bosque, toda la frescura del río, llegaban á él directamente; y el ruido del viento en las ramas, los murmullos del agua, del vapor, acentuaba aquella gran tranquilidad de la naturaleza y la ensanchaban en derredor suyo. Nada le estorbaba ni lo distraía; sólo allí, por encima de su cabeza los piídos de los pichones que tenían sus nidos en el palomar, y el *rrrúrrú* acariciador con el hincharse de sus cuellos matizados.

—¡Dios mío, qué bien se está aquí para trabajar! exclamaba el poeta.

Y en seguida cogía la pluma, abría el tintero... Pero nada, ni una línea. Las cuartillas continuaban en blanco, vacías de palabras como el pensamiento; y los capítulos, designados con anticipación—porque la manía de los títulos no dejaba de perseguirlo,—se esparcían como si fueran jalones numerados en un campo olvidado por el labrador. Estaba demasiado bien, tenía demasiada poesía en derredor suyo, lo ahogaba el exceso de ideal y de bienestar establecido.

Figuráos lo que es habitar un pabellón de Luis XV, en las lindes de un bosque, en esa comarca encantadora de Etiolles, á la cual se une

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

el recuerdo de la Pompadour con lazos de cintas de color de rosa y broches de brillantes; tener todo lo que se necesita para hacerse poeta y poeta notable: una querida adorada encantadora, á la cual sentaba muy bien el nombre romántico de Carlota; una tribuna Enrique II, á guisa de sillón para favorecer el estudio severo y recogido; una cabrita blanca llamada Dalti, que lo seguía en sus paseos, y, para contar las horas de esos días felices, un antiguo reloj de música esmaltado, cuya música dulce y sentida parecía salir del pasado, y evocar imágenes melancólicas de tiempos evaporados.

Era demasiado, muy demasiado; y el pobre rimador se veía tan estéril, más desprovisto de inspiración, que cuando después de todo el día dando lecciones, se encerraba en su guardilla.

¡Oh! qué horas más largas de fumar la pipa, de vagancia, de dormitar sobre el sofá, de estar de pie delante de las ventanas, de aburrimiento...

Cuando se oían los pasos de Carlota en la escalera, se sentaba apresuradamente delante de su mesa, con la cara absorta, crispada, la mirada perdida en una ausencia de expresión que también podía ser muy bien soñar.

—¡Adelante! contestaba al tímido golpecito dado en la puerta.

Carlota entraba, fresca, alegre, con los brazos al aire y tan campestre, que los polvos de arroz puestos en la cara, parecía harina escapada de algún molino de zarzuela.

—¡Vengo á ver mi poeta! decía al entrar.

Tenía una manera de pronunciar la palabra *poeta,* que le llenaba la boca.

—¿Cómo va eso? ¿Estás satisfecho?...

—¡Satisfecho!... ¿Acaso en esta horrible profesión literaria, que es un perpetuo esfuerzo del espíritu, se puede estar jamás satisfecho?

Se enfadaba, su voz se volvía irónica.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Es verdad, hijo mío... no quería más que saber si tu *Hija de Fausto*...

—¿Qué? ¿Qué hay con mi *Hija de Fausto?*... ¿Sabes cuántos años tardó Gœthe en escribir su *Fausto?*... ¡Diez años!... Y para eso vivía en plena comunicación artística, en un medio intelectual. No estaba como estoy yo, condenado á la soledad del pensamiento, la peor de las soledades, que conduce á uno á la inacción, á la contemplación, á la nada de toda idea.

La pobre mujer oía y callaba. A fuerza de oir repetir las mismas frases á D'Argenton, había comprendido los reproches que para ella envolvían sus palabras. El tono del poeta significaba: "No eres tú, pobre bestia, quien reemplazará el medio ambiente que me falta, ese roce del espíritu del cual brota la chispa...„ La verdad era que la encontraba estúpida y que se aburría con ella tanto como cuando estaba sólo,

Sin darse de ello cuenta, lo que le había seducido en aquella mujer, era el cuadro en el cual la conociera, la admirara, el lujo que la rodeaba,el hotel del boulevard Haussmann, los criados, el coche, la envidia que causaba á los demás bohemios la posesión de semejante querida.

Ahora que sabía que era de él solo, todo suya, que la había transformado, bautizado de nuevo, le había hecho perder la mitad de sus encantos. Estaba, sin embargo, muy bonita, embellecida por el aire del campo que sentaba tan bien á su belleza lujuriosa. Pero, ¿de qué sirve tener una querida bonita, si nadie la ve cogida de vuestro brazo? Además, no entendía una palabra de poesía, prefería los chismes de vecindad; no tenía, en resumen, nada de lo que era necesario para enamorar á aquel poeta impotente y distraerlo del incomensurable fastidio en que la ociosidad y el aislamiento lo tenían sumido.

Era cosa de verlo por la mañana, atisbando la

llegada del cartero con los tres ó cuatro periódicos á que se había suscrito, y cuyas fajas de colores rompía con tanto apresuramiento como si esperase encontrar en aquellas columnas alguna noticia que le concerniese, como por ejemplo, la crítica de la obra teatral que tenía en cartera, ó la bibliografía del libro que pensaba escribir. Y leía todos aquellos periódicos sin dejar ni una línea, hasta el pie de imprenta. Y encontraba siempre en ellos motivos para encolerizarse y asunto para las triviales conversaciones en la hora de almorzar.

Los demás tenían suerte. Les ponían en escena obras. ¡Y qué obras! Les editaban libros. ¡Y qué libros! Mientras que él nada, siempre nada. Lo peor es que los asuntos están en el aire, que cada cual los respira y los traduce, y, por consiguiente, los primeros que publican destruyen todo el trabajo de los demás. No pasaba una semana sin que le robaran alguna idea.

—¡Mira, Carlota! Han estrenado ayer en el teatro Francés otra comedia de Emilio Augier[46]... Enteramente mis *Manzanas de Atalante*.

—Pero, ¿eso no es una infamia?... ¡Te han robado tus *Manzanas*! Yo le escribiré á ese Sr. Laugier, decía la pobrecilla Carlota verdaderamente indignada.

Y él con gran amargura:

—Eso tiene el no vivir allí... Cualquiera le quita á uno el sitio.

Parecía que formulaba un reproche contra ella, como si no hubiera sido la ilusión de toda su vida el tener un retiro en el campo. Las injusticias del público, la venalidad de la crítica, todos los rencores de los impotentes los formulaba en frases pedantescas y frías.

Durante aquellas comidas aburridísimas, Jack no hablabla palabra, se encogía como si quisiera hacer que olvidasen su presencia, y sustraerse á

46. Émile Augier (1820-1889) fue un célebre dramaturgo francés, miembro de l'*Académie Française*. En la pronunciación francesa de su nombre se une el fonema /l/ final de "Émile" con el apellido, de tal manera que la madre de Jack, de escaso nivel cultural, lo llama "señor Laugier".

aquel perfecto mal humor. Pero á medida que D'Argenton se irritaba más, despertábase su sorda antipatía contra el niño: y el temblor de su mano cuando le echaba de beber, el fruncimiento de sus cejas cuando lo miraba, advertía al pobre Jack la existencia de aquel odio, que no esperaba más que un motivo cualquiera para estallar.

Jack lo miraba cortar su pan á grandes rebanadas.

IX

PRIMERA APARICIÓN DE BELISARIO

Una tarde que D'Argenton y Carlota habían ido á Corbeil, impulsados por esa necesidad de cambiar de sitio que persigue á todos los desocupados, Jack, que se había quedado solo con la tía Archambauld, tuvo que renunciar á salir al bosque, porque amenazaba un gran temporal.

El cielo, un cielo de Julio, cargado de espesos vapores, se iba oscureciendo por el borde de aquellas nubes donde oíanse sordos truenos; y el valle, ennegrecido, mudo, desierto, tenía esa inmovilidad de la espera que toma la tierra en los cambios de la atmósfera.

Cansada de ver allí al niño sin hacer nada, la mujer del guardabosque miró al cielo y dijo á Jack:

—¿Sabe usted, señorito Jack, que no llueve? De aquí á que empiece á caer agua, bien podía usted ser tan bueno, que se llegara á la carretera y me trajera un poco de hierba para los conejos.

El niño, satisfecho de ser útil, cogió una cesta y bajó corriendo el sendero que conducía desde la casa hasta el camino de Corbeil, y empezó á buscar los hierbajillos que se echan á los conejos,

La carretera se perdía de vista, blanca, llena de un polvillo fino que daba tintes grises al follaje espeso de los olmos y á toda la linde del bosque. La carretera estaba desierta, sin un caminante, sin un carro, y agrandada por esa misma soledad. Jack, en el fondo de la cuneta, muy apresurado en su recolección, porque los truenos se acercaban, oyó de pronto muy cerca de sí una voz que gritaba con tono agudo y monótono:

"¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!...„ Y después, en un tono mucho más bajo:

"¡Panamás! ¡Panamás! ¡Panamás!„

Era uno de esos mercaderes ambulantes que recorren los pueblecillos cargados con su mercancía. Aquél llevaba á la espalda, como si fuese un organillo, un gran cesto lleno de sombreros de paja común, apilados unos encima de otros. Caminaba difícilmente, trabajosamente; las piernas zambas, los pies puestos de lado, metidos en unos enormes zapatones amarillos, con el aspecto de un herido.

¿No habéis observado qué triste es un peatón en una carretera?

No se sabe dónde va aquella vida errante, si la casualidad le procurará un asilo, el abrigo de una granja para dormir. Parece arrastrar consigo la fatiga del camino recorrido y la incertidumbre de lo lejos en que entra. Para el campesino, aquel

transeunte es el extraño, el aventurero: lo mira con desconfianza, lo sigue con la vista hasta la salida del pueblo y no está tranquilo hasta que se encuentra de nuevo en la carretera, guardada por los gendarmes, aquel desconocido, que no puede ser más que un malhechor.

"¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!„

¿Para quién seguiría pregonando aquel pobre diablo? No había ninguna casa á la vista. ¿Sería para los pájaros, refugiados en el follaje de los olmos, temerosos é impacientes por la proximidad de la tormenta?

Sin dejar de pregonar, se había sentado en un montón de piedras y se enjugaba la frente con las manos, mientras Jack, al otro lado del camino, miraba aquella extraña cara, sin edad, terrosa y triste; con los ojos enrojecidos y legañosos; con la boca informe, abultada, cubierta de una barba roja y enseñando unos dientes puntiagudos y espaciados, que parecían los dientes de un lobo.

Pero lo que más llamaba la atención en aquella fisonomía, era una gran expresión de sufrimiento; la queja muda de aquellos ojos tiernos, de aquella boca abultada, de todo aquel rostro inacabado, monstruoso, que parecía un ejemplar encontrado, por casualidad, de las edades prehistóricas. El infeliz tenía sin duda conciencia de su terrible fealdad; porque al ver enfrente de él aquel niño que lo miraba con cierta inquietud, le sonrió amablemente.

Aquella sonrisa lo puso todavía más feo; formó en las cisuras de la boca y alrededor de los ojos un millón de arruguillas, todo ese plegarse de las caras de los pobres, las cuales se arrugan, en vez de aflojarse, cuando sonríen. Pero tenía el aire tan bondadoso al sonreir de aquel modo, que Jack se tranquilizó en seguida, y siguió cogiendo hierba.

De pronto un trueno espantoso y muy cercano

conmovió el cielo y el valle entero. Por la carretera corrió un estremecimiento que levantó el polvo del suelo y de los árboles.

El hombre se levantó, miró las nubes con expresión de temor; luego, dirigiéndose á Jack, que también se habia puesto en pie al oir el trueno, le preguntó si estaba todavía muy lejos del pueblo.

—Un cuarto de hora, poco más, respondió el niño.

—¡Ah, Dios mío! dijo el pobre buhonero: no puedo llegar antes de que empiece á llover. Se me van á mojar todos los sombreros. He traído demasiado, y el encerado que cubre el cesto no puede taparlos bien.

Jack tuvo un buen sentimiento al ver aquella consternación; además su famoso viaje le hacía compadecer á todo el que andaba por los caminos.

—¡Eh! ¡Buen hombre, buen hombre! gritó al mercader ambulante, que ya se alejaba cojeando, apresurándose cuanto podía, pero sin gran resultado, porque sus piernas estaban tan torcidas como unas cepas... Si quiere usted, nuestra casa está muy cerca de aquí y podría usted refugiarse con sus sombreros.

El pobre hombre se apresuró á aceptar. ¡Era tan delicada su mercancía!

Y los dos juntos apretaron el paso por el sendero arriba para que no les cogiese la tormenta. El hombre iba todo lo de prisa que podía; parecía ir haciendo esfuerzos prodigiosos, y levantaba mucho los pies á cada paso, como si los guijarros hubiesen sido ascuas.

—¿Está usted malo? preguntó Jack.

—¡Oh! sí, siempre... Los zapatos me hacen daño. Tengo los pies tan grandes, que no puedo encontrar nunca calzado para ellos. Y esto es muy malo cuando tiene uno que andar mucho. ¡Oh! Si alguna vez soy rico, me haré hacer unos zapatos á la medida.

Y seguía andando, sudando, cojeando, dando saltitos y lanzando de cuando en cuando, y por costumbre, su pregón melancólico: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!„

Llegaron á la casa. El buhonero depositó en la entrada su cuévano de sombreros y se mantuvo allí en actitud humilde. Pero Jack quiso que se sentase en el comedor.

—Vamos, buen hombre, siéntese usted ahí. Va usted á echar un trago y á tomar un bocado.

El otro no quería, se excusaba. Al fin se resignó, y dijo con su bondadosa sonrisa:

—Caramba, señorito, puesto que usted se empeña, no he de desairarlo. Me he comido un mendrugo hace poco en Draveil, y ya sabe usted que cuando se acaba de comer se tiene siempre un poquillo de hambre.

La tía Archambauld, que en su calidad de mujer del campo, esposa de un guardabosque, tenía un santo horror á los vagabundos, no ponía buena cara; pero no por eso dejó de poner encima de la mesa una hogaza y un gran jarro de vino.

—¡Ahora un pedazo de jamón! ordenó Jack con tono resuelto.

—Ya sabe usted que al señor no le gusta que se toque al jamón, dijo la tía Archambauld refunfuñando.

En efecto: el poeta era gastrónomo, y en la despensa había cosas expresamente para él, que se le tenían reservadas.

—¡No le hace, no le hace, tráigalo usted! dijo Jack, á quien no le desagradaba echárselas de amo de casa.

La buena mujer obedeció, pero en seguida se retiró á la cocina en són de protesta.

El hombre daba las gracias y comía con excelente ápetito. El niño le servía de beber, lo miraba cortar el pan á grandes rebanadas, que se metía en la boca de medio lado para que entrasen.

—¿Está bueno, eh?

—¡Oh, sí! ¡Muy bueno!

Fuera, la lluvia azotaba los cristales, la tempestad rugía. El hombre y el niño charlaban envueltos en el bienestar que da el sentimiento del abrigo. El mercader contaba que se llamaba Belisario, que era el hijo mayor de una numerosa familia. Vivían en la calle de los Judíos, en París, él, su padre, sus tres hermanos y sus cuatro hermanas. Toda esa gente fabricaba sombreros de paja para el verano y gorras para el invierno; y una vez dispuesta la mercancía, unos recorrían los barrios, otros los pueblos para venderla.

—Y usted... ¿va lejos?

—A Nantes, donde tengo una hermana establecida... Pasaré por Montargis, Orleans, la Turena, Anjou.

—Eso debe cansarlo á usted mucho, á usted que anda tan mal.

—Es verdad... No descanso un poco más que por la noche, cuando me quito estos malditos zapatos: y para eso el placer que siento disminuye pensando que tengo que volver á ponérmelos.

—¿Y por qué no viajan sus hermanos de usted?

—Son todavía demasiado jóvenes, y, además, el viejo Belisario, mi padre, no querría separarse de ellos. Le daría mucho disgusto. Yo ya es otra cosa.

Parecía que encontraba lo más natural del mundo que quisieran más á sus hermanos que á él. Luego añadió, mirando tristemente sus anchos zapatos amarillos, los cuales hinchaba y llenaba de bultos la deformidad de sus pies comprimidos.

—¡Si al menos pudiera hacerme unos á la medida!...

La tempestad iba en aumento. La lluvia, el viento, el trueno, hacían un ruido espantoso. No oían lo que hablaban; y Belisario seguía comiendo silenciosamente, cuando un gran golpe dado

á la puerta y reiterado en seguida, hizo que Jack palideciera horrorosamente.

—¡Ay, Dios mío! dijo. ¡Ahí están!

Era D'Argenton, que volvía con Carlota. No debían volver hasta la noche, pero el miedo á la tormenta, de la que creyeron huir apresurándose, había adelantado su regreso. Habían recibido toda aquella terrible lluvia, y el poeta estaba furioso, atormentado por el temor de algún reuma.

—¡Pronto, pronto, Carlotilla!... ¡Que enciendan lumbre en el salón!

—Sí, hijo.

Pero mientras se sacudían y chorreaban agua, mientras ponían, abiertos para que se secaran, los paraguas en el vestíbulo, D'Argenton vió con estupefacción una pila de sombreros de paja.

—¿Qué es esto? preguntó.

¡Ah, si Jack hubiese podido meterse cien pies debajo de tierra, con su convidado y la mesa puesta! De todos modos no habría tenido tiempo, porque el poeta entró en seguida, paseó su mirada fría por el comedor, y lo comprendió todo. El niño balbuceó algunas palabras para excusarse, para explicar...; pero el otro no lo escuchó.

– Carlota, ven y mira esto. No me habías dicho que el señorito Jack tenía convidados hoy. El señorito recibe á sus amigos.

—¡Ah! Jack, Jack, dijo la madre con tono de reproche.

—No le regañe usted, señora; he sido yo quien... empezó á decir Belisario.

D'Argenton, furioso, abrió la puerta, y señalándosela al infeliz con gesto imperioso:

—En primer lugar, usted me hace el favor de callarse y largarse de aquí en seguida, vagabundo. Si no, hago que lo prendan para enseñarle á usted á no meterse así en las casas.

Belisario, á quien su triste oficio había acostumbrado á todo género de humillaciones, no pro-

testó, recogió su cesto muy de prisa, dirigió una mirada triste á los cristales que chorreaban agua, otra mirada llena de agradecimiento á Jack, se inclinó para saludar humildemente, muy humildemente, y se mantuvo encorvado al salir al portal, salpicado por la lluvia copiosa que, al caer sobre los panamás, hizo más ruido que una granizada. Ya estaba fuera, y no pensaba en enderezarse.

Se le vió alejarse con la espalda puesta á todas las crueldades de la suerte, á toda la furia de los elementos, y con voz lamentable, maquinalmente empezó á pregonar en medio de aquella lluvia torrencial:

"¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!„

En el comedor hubo un momento de silencio, mientras la mujer del guarda encendía un hermoso fuego de sarmientos, mientras Carlota se ingeniaba para secar la ropa del poeta, y éste se paseaba en mangas de camisa, solemne y digno, presa de sorda cólera.

De pronto, al pasar por delante de la mesa, vió el jamón, su jamón, en el cual el cuchillo del buhonero, guiado por un feroz apetito, había hecho cortaduras profundas, agujeros como esas entradas de caverna que abre el mar á la hora de las mareas vivas, y el final de las cuales no conoce nadie.

Se puso lívido.

¡Figuráos que aquel jamón era sagrado, como el vino del poeta, su tarro de mostaza y su agua universal!

—¡Oh! ¡No había yo visto esto!... Era un verdadero festival... ¡Cómo! ¿El jamón también?

—¿Han tocado el jamón? preguntó Carlota levantándose indignada, estupefacta ante tamaña audacia.

La mujer del guarda añadió:

—¡Ah! ¡Caramba! bien sabía yo que el señor re-

gañaría por haber dado eso á ese bohemio... Pero el señorito no lo sabía. ¡Es tan joven!

Jack, que ya *no* estaba en el paroxismo de su caridad, ni bajo la influencia de aquella sonrisa bondadosa.—¡Oh! ¡Qué sonrisa tan buena, tan enternecedora!—Jack estaba aterrado de lo que se había atrevido á hacer. Conmovido, tembloroso, balbuceó:

—¡Perdón!...

¡Ah, sí, perdón!

Herido en su orgullo y en su glotonería, D'Argenton dejó desbordar todo lo que sentía de excitaciones, de crispaciones, de odio contra aquel niño, pasado misterioso, acusador de una mujer á quien amaba un poco, aunque sin estimarla en lo más mínimo.

Cosa rara en él, tuvo un acceso de cólera; cogió á Jack por el brazo, sacudió aquel cuerpo larguilucho de adolescente, lo levantó como para demostrarle su debilidad.

—¿Por qué te has permitido tocar á ese jamón?[47] ¿Con qué derecho?... ¡Bien sabías que no era tuyo! En primer lugar, aquí *no* hay *nada* tuyo. La cama donde duermes, el pan que comes, los debes á mi caridad. Y verdaderamente hago mal en ser tan caritativo. Porque después de todo, ¿te conozco yo acaso? ¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido? Hay momentos en que la precoz depravación de tus instintos me hacen temblar por tu origen...

Se detuvo al ver un signo desesperado de Carlota que le señalaba los ojos negros, interrogadores, curiosos de la tía Archambauld, que miraba de hito en hito. En la comarca se les creía casados; Jack pasaba por hijo del primer matrimonio de la señora D'Argenton.

Obligado á detenerse, á contener un mar de injurias que lo ahogaban, D'Argenton, exasperado, grotesco, mojado y humeante como un caballo de

47. El traductor ha calcado la estructura sintáctica francesa y ha mantenido una preposición "a" que no posee las mismas implicaciones en francés y en español cuando acompaña al verbo "tocar". Mientras que en francés "toucher à" significa "echar mano a", en español se diría que el jamón ha quedado personalizado por la preposición.

ómnibus, subió rápidamente á su cuarto y cerró la puerta de un portazo. Jack quedó consternado enfrente de la desesperación de su madre, que se retorcía los brazos preguntando á Dios qué había hecho para merecer una existencia semejante. Era el único recurso que tenía ante todas las complicaciones de la vida. Como siempre, la pregunta quedó sin respuesta; pero hay que creer que había cometido faltas bien grandes para que Dios la hubiese condenado á convertirse en la compañera ciega y obtusamente enamorada de un ser como D'Argenton.

Para acabar de agriar el humor, ya tan negro del poeta, al aburrimiento, á la tristeza de la soledad, vino á unirse la enfermedad. Como todos los que han vivido mucho tiempo mal y comiendo carne de vaca rabiosa, D'Argenton tenía mal estómago. ¡Qué gran pretexto también para explicarse la esterilidad de su cerebro, los largos sueños echados en el sofá, aquella apatía que lo anonadaba! En lo sucesivo, el famoso: "Está trabajando, el señor está trabajando„ fué reemplazado por: "El señor está con la crisis.„

Con esa palabra vaga bautizaba un malestar intermitente que no le impedía ir varias veces al artesón de amasar y cortarse sendas cortezas de pan caliente, que untaba con queso y que se comía á bocados manchándose los bigotes. Aparte de esto, tenía todo el aspecto de un enfermo: el aire lánguido, el mal humor, las exigencias perpetuas.

La buena de Carlota lo compadecía, lo cuidaba, lo mimaba. Esa hermana de la Caridad que hay en el fondo de cada mujer, estaba ribeteada en ella por una sensiblería estúpida, que hacía que quisiera más á su poeta desde que estaba enfermo. ¡Cuántas invenciones para distraerlo, para aliviarlo! Ponía debajo del mantel una manta para amortiguar el choque de los platos y los cubier-

tos; inventó todo un sistema de cojines, con que arreglaba el sillón Enrique II de su cuarto de trabajo; luego una porción de cuidados menudos: la franela, las infusiones, toda esa tibieza con que los enfermos adormecen, de buen grado, sus energías y que debilitan hasta el sonido de su voz. Es verdad que la pobre mujer, con esa alegría bulliciosa que la acometía algunas veces, destruía de un golpe todas sus virtudes de enfermera, volvía á su exuberancia de palabra, á sus gestos exagerados, y sólo se detenía un tanto confusa ante el abatimiento del poeta, que le decía con tono doliente: "¡Calla, mujer... que me fatigas!„

Esta enfermedad de D'Argenton llevó á la casa un visitante asiduo, el doctor Rivals, á quien era necesario espiar,[48] cojer al paso, porque su clientela, muy numerosa y esparcida en un contorno de diez leguas, lo acaparaba por completo. Entraba con su bondadosa cara, con la cabellera sedosa y enteramente blanca, los bolsillos de su enorme levitón atestados de folletos que leía por el camino, ya fuese en carruaje, ya fuera á pie. Carlota se ponía muy compungida al abordarlo en el corredor.

—¡Ah! doctor, venga usted pronto. ¡Si supiera usted en qué estado se encuentra nuestro pobre poeta!

—¡Bah! déjelo usted. No necesita más que distracción.

En efecto, D'Argenton, que acogía al médico con voz débil y llorosa, se alegraba tanto de verse delante de una cara nueva, de entrever en la monotonía de su existencia un elemento de variación, que olvidaba su enfermedad, hablaba de política, de literatura, deslumbraba al pobre doctor con el relato de la brillante vida parisiense; charlaba de los personajes que decía conocer, á los cuales había dirigido alguna vez una frase

48. El verbo "guetter", que es el utilizado por Daudet en la novela original, suele generar dificultades a los traductores, pues en francés puede utilizarse en múltiples contextos, cada uno de los cuales exige una equivalencia diferente en español. "Espiar", en cualquier caso, no parece la más afortunada en esta ocasión. Consciente, quizás, de ello, el propio traductor se corrige y propone entre comas una explicación más adecuada: "coger al paso".

cruel. El doctor, muy cándido, muy franco, no tenía razón alguna para dudar de aquella palabra fina, que hasta en sus vanidosas extravagancias parecía medir todas sus frases; y además el viejo Rivals no era hombre observador.

Le agradaba estar en aquella casa: tenía al poeta por *inteligente*, *original*; á la mujer por bonita, al niño por encantador, y no se le alcanzaba, como le hubiera sucedido á un espíritu más fino, qué lazos carnales, qué alfileres mal prendidos unían á aquellos tres seres y les hacían formar una familia.

¡Cuántas veces á mediodía, con su caballo atado á un barrote de la empalizada, el bueno del hombre se entretenía en casa de los parisienses, saboreando el grog[49] que Carlota le servía y le preparaba ella misma, y relatando sus viajes á la Indo-China, á bordo del *Bayonesa*![50] Jack permanecía allí, en un rincón, atento, silencioso, acometido por esa pasión por las aventuras que tienen todos los niños, pasión que pronto apagan las peripecias de la vida con su monótona nivelación y sus paulatinas estrecheces de horizontes.

—¡Jack! decía brutalmente D'Argenton señalando á la puerta.

Pero el doctor intervenía:

—Déjelo usted! ¡Es tan agradable tener niños cerca de sí! Estos perrillos tienen un olfato asombroso. Estoy seguro de que el de ustedes ha adivinado, sólo al verme, que me gustan los chiquillos con locura y que soy abuelo.

Entonces hablaba de su nieta Cecilia, que tenía dos años menos que Jack. Cuando empezaba el capítulo de las perfecciones de Cecilia no acababa nunca: era más prolijo todavía que cuando contaba sus viajes.

—¿Por qué no nos la trae usted aquí? Los dos jugarían y se entretendrían, decía Carlota.

—¡Oh! no, señora. Su abuela no lo consentiría,

49. Especie de ponche caliente elaborado con agua azucarada y ron con limón.

50. Una de las corvetas de la armada francesa destinadas a la campaña de Indochina.

No confía á nadie la niña, ni ella va tampoco á ninguna parte desde nuestra desgracia.

Esa desgracia, que el viejo Rivals recordaba con frecuencia, era la pérdida de su hija y de su yerno, muertos los dos antes del año de casados y poco después del nacimiento de Cecilia. Un misterio rodeaba aquella doble catástrofe. Con los D'Argenton las confidencias del doctor se limitaban siempre á estas palabras: "Desde nuestra desgracia...„ y la tía Archambauld, que estaba al corriente de lo sucedido, se encerraba en frases muy negras.

—¡Ah, ¡caramba! ¡ah, caramba! Las gentes que han pasado por un verdadero tormento...

No lo parecía, á juzgar por la animación y alegría del doctor, siempre que visitaba la casa. Tal vez contribuiría algo el grog de Carlota, un grog tan cargado, que si la señora de Rivals lo hubiese visto, se habría apresurado á echarle mucha más agua. Sea por lo que fuese, el bueno del hombre no se aburría en casa de los parisienses, se levantaba muchas veces diciendo: "Voy á Rís, á Tigery, á Morsang...;„ y continuaba la conversación comenzada, hasta que el piafar de su caballo, que se impacientaba en la puerta, le hacía echar á correr, saludando al poeta con unos buenos días, así como á Carlota, preocupada con su enfermo, y dando siempre la misma receta: "Distráigalo usted.„

¡Distraerlo!

Ya no sabía qué hacer para procurarle distracción. Pasaban las horas muertas combinando las comidas, ó salían al bosque en su carruajillo, llevándose el almuerzo envuelto en periódicos. Él se aburría.

Compró un barquito; pero aquello fué peor, porque el viaje á solas, en medio del Sena era forzoso, absoluto y hasta insoportable para aquellos dos seres que no se hablaban una palabra y echaban

los anzuelos por hacer algo, y para encontrar, en el silencio obligado de la pesca, un pretexto, una excusa á su mutismo perpetuo.

Bien pronto la barquilla no sirvió para nada, y permaneció amarrada entre los juncos de la orilla, llena de agua y de hojas caídas.

Luego siguieron las más singulares fantasías; reparaciones de la fachada, de la torrecilla, la construcción de una escalera exterior y de una terraza á la italiana, con la cual había soñado siempre el poeta, una porción de columnitas unidas por unas verjas de madera, guarnecidas de enredaderas. Pero se aburría también á pesar de su terraza.

Un día que había llamado á un afinador para que afinase el piano, en el cual tocaba algunas polkas, aquel hombre, un extraño inventor, le propuso que instalase en el techo un arpa aérea, una gran caja sin tapa, de cinco pies de alta, en la cual las cuerdas, tendidas, de longitud desigual, vibraban al viento sus acordes armoniosos, que parecían quejidos. D'Argenton aceptó con entusiasmo. Apenas hubieron colocado el aparato, aquello fué siniestro. Al menor soplo de aire se oían gemidos, modulaciones desgarradoras, gritos lamentables... ¡húúú... hú... húú!... Jack, en la cama tenía un miedo terrible, se tapaba la cabeza con las sábanas para no oir aquel ruido. De allí arriba se oía una melancolía atroz, capaz de volver loco á cualquiera.

—¡Me fastidia ese arpa!... ¡Basta, basta!... gritaba el poeta exasperado.

Fué preciso desmontar toda aquella maquinaria, llevarse el arpa aérea á un rincón del jardín, esconderla para que no sonase. Pero aun escondida sonaba. Entonces acabaron por romper las cuerdas, por matarla á puntapiés, á pedradas, como se hace con un animal rabioso que se empeña en no morir.

No sabiendo ya qué inventar para distraer á aquel infeliz, cuya inacción iba convirtiéndose en una manía, Carlota tuvo una idea generosa: "¿Por qué no había yo de convidar á algunos amigos?„

Era aquello un verdadero sacrificio, porque ella lo quería para sí sola; pero la alegría del poeta cuando le dijo que Labassindre y el doctor Hirsch iban á ir á verlo, la recompensó. Hacía ya mucho tiempo que pensaba en una diversión que viniese de fuera, y de la cual no se atrevía á hablar, después de sus declamaciones sobre la dicha de la soledad y de la vida á solas con su querida.

Poco tiempo después, Jack, al entrar en casa para comer, oyó en los alrededores un jaleo desacostumbrado, risas, choque de copas que salían de la terraza nueva, mientras movían las cacerolas, cortaban leña para hacer lumbre en la chimenea de la gran cocina del entresuelo. Cuando se acercó reconoció las voces, las frases de sus antiguos profesores del Gimnasio, á las cuales se unía la palabra de D'Argenton, no ya triste y quejumbrosa como de costumbre, sino reanimada al contacto de la discusión. El niño experimentó una impresión de terror á la idea de volver á encontrarse cara á cara de aquellos seres que le recordaban horas tan malas, y temblando se escurrió al jardín para esperar la hora de comer.

—Señores, cuando ustedes gusten vamos á la mesa, dijo Carlota presentándose en la terraza, fresca, animada, con un gran delantal blanco con peto hasta el cuello, vestida como ama de su casa que sabe, cuando llega la ocasión, recogerse las mangas de encaje y ponerse á guisar.

Pronto bajaron al comedor, donde los dos profesores dispensaron una acogida bastante buena al pobrecillo Jack; y todos se sentaron á la mesa delante de una de esas excelentes comidas de campo que conservan de la prisa con que han sido cocidas, sabor á hierba y perfumes campestres.

Desde las dos puertas que se abrían sobre el jardín, que parecía desde allí confundido con el bosque, cantos de perdices, piídos de pajarillos entraban por allí hasta llegar á los comensales y con ellos los últimos rayos oblícuos del sol que se estrellaban contra las vidrieras.

—Demonio, hijos míos, ¡qué bien estáis aquí! dijo Labassindre de pronto, cuando después de la sopa tragada con gran apetito, cada cual recobró la libertad de sus pensamientos.

—La verdad es que somos muy felices, dijo D'Argenton apretando la mano de Carlota, á la cual encontraba mucho más bonita y seductora, desde que ya no era el único que la miraba; y se puso á hacer la descripción de su felicidad.

Relató los paseos por el bosque, las excursiones en un bote, las paradas en los ventorrillos de á orillas del río, antiguas paradas de coche, y las largas tardes de trabajo en medio de los profundos silencios del verano y las veladas al amor de la lumbre, en otoño, cuando empieza á refrescar y la llama va subiendo, chisporrotea, alimentada de raíces y de sarmientos.

Lo decía como lo pensaba en aquel momento, y ella también se figuraba haber hecho aquella vida ideal durante el tiempo de aburrimiento mortal que había pasado tan trabajosamente. Los otros dos escuchaban con gesto indecible de admiración, de envidia, de placer, algo de amargura en la sonrisa, en el cual se contradicen los ojos llenos de afabilidad y la boca torcida á impulsos de un despecho convulsivo.

—¡Ah! ¡Tú tienes suerte! decía Labassindre. Cuando pienso que mañana á estas horas, mientras vosotros coméis aquí, en este sitio, yo me sentaré en algún bodegón, en el cual el aire que se respira, los vidrios tomados por la humedad, la ración que le sirven á uno, todo huele mal.

—¡Y si al menos estuviese uno seguro de comer

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

todos los días en el bodegón! murmuró el doctor Hirsch.

D'Argenton tuvo un rasgo:

—¿Y quién os prohibe pasar aquí una temporada? La casa es grande, la bodega está provista.

—Pues es claro, añadió Carlota apresuradamente; quédense ustedes... estaremos muy bien... Haremos excursiones.

—¿Y la ópera? dijo Labassindre, que ensayaba todos los días.

—Pero usted, señor Hirsch, usted no trabaja en la ópera.

—Caramba, Condesa, que me dan ganas de aceptar la invitación Ahora tengo muy poco que hacer, porque toda mi clientela se ha marchado al campo.

¡La clientela del doctor Hirsch en el campo! La cosa era excesivamente cómica. Sin embargo, á nadie le dió ganas de reir; entre bohemios estaban muy acostumbrados á esas fantasías.

—¡Vamos, decídete! dijo Argenton. En primer lugar me harás un favor. En el estado de salud en que me encuentro, podré hacerte algunas consultas.

—Eso ya me obliga... Ya sabes lo que te he dicho: Rivals no sabe lo que tienes. En un mes yo me encargo de ponerte bueno.

—Bueno. ¿Y el colegio? ¿Y Moronval? exclamó Labassindre, furioso al ver que el otro iba á disfrutar de un placer que no podía él compartir.

—¡Ah! peor para él. Ya estoy harto del colegio, de Moronval y del método Decostère...

Y el doctor, que veía seguro por algún tiempo un albergue y la comida, se deshizo en quejas, en imprecaciones contra el colegio que le daba de comer: Moronval no era más que un farsante; no tenía un cuarto, no pagaba nunca; además todo el mundo lo dejaba, la cuestión de Madú le había perjudicado mucho.

Los demás le siguieron en aquel tono y destrozaron á Moronval. Llegaron hasta á felicitar á Jack por su escapatoria, que, según parecía, había puesto al mulato en tal estado de rabia, que le había dado un formidable ataque de bilis.

Una vez en aquel terreno que les era familiar, los tres amigos no se detuvieron, y toda la noche la pasaron cortando sayos, como ellos decían.

Labassindre se los cortó á los primeros artistas de la ópera, farsantes sin voz y sin talento.

Se lo cortó á su director, que á propósito lo hacía morirse, haciendo papeles secundarios. ¿Y por qué? Porque sabían sus opiniones socialistas, porque sabían que había sido obrero, que procedía del puebo, y que amaba al pueblo.

—Sí, señor, amo al pueblo, decía el cantante animándose y golpeando la mesa con sus enormes puños ¿Y qué? ¿Qué les importa á ellos? ¿Acaso por eso no doy mi famosa nota? Y me parece que la doy, ¿eh?... "Oidme, hijos míos„ . Y ensayaba su nota, la acariciaba, la gargarizaba con delicia.

Luego llegó el turno á D'Argenton. Entrecortaba los sayos metódicamente, físicamente, á tijeretazos pequeños y secos. Los directores de teatros, los libreros, los autores, el público, para todo el mundo hubo algo; y mientras Carlota, ayudadá por Jack, cuidaba del café, los tres estaban allí, con los codos sobre la mesa, charlando por los codos, para ayudar á la digestión.

La aparición del doctor Rivals acabó de animar la sesión. Satisfecho de encontrarse con numerosa y alegre sociedad, el excelente doctor tomó asiento á la mesa.

—Ya ve usted, señora de D'Argenton, que nuestro enfermo no necesita más que distracción.

Detrás de sus ahuecadas gafas relampaguearon los ojos del doctor Hirsch.

—No soy de la misma opinión, doctor, dijo de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

buenas á primeras, poniéndose la barba en la mano y preparándose á la batalla.

El viejo Rivals, miró, no sin cierto estupor, á aquel personaje singular, craso, con corbata blanca, afeitado, calvo, y que como no tenía sano más que un poco del ojo izquierdo, necesitaba, para ver á su interlocutor, ponerse de aquel lado y hablar de perfil.

—¿El señor es médico? preguntó.

D'Argenton ahorró á su amigo el trabajo de mentir.

—El doctor Hirsch... el doctor Rivals... dijo presentándolos uno á otro.

Se saludaron como dos adversarios en el terreno, que cruzan las miradas antes de cruzar los aceros. El bueno de Rivals, que creía tener que habérselas con alguna notabilidad de París, algun extravagante genial, tomó al principio una actitud modesta; pero pronto echó de ver el desorden de aquel cerebro lleno de utopias. Entonces levantó la voz él también para corresponder al tono pedantesco, desdeñoso del doctor Hirsch, que empezaba á calentarle las orejas, las cuales estaban ya naturalmente muy coloradas.

—Mi querido compañero, me permitiré hacer observar á usted,..

—¡Ah! usted perdone, mi querido compañero...

Una verdadera escena de una comedia de Molière, con su latinajo correspondiente, con la diferencia de que en tiempo de Molière no existía ese tipo de desheredado como el Hirsch, porque para que se produzca ha sido necesario que venga este nuestro siglo XIX, turbulento, acalorado, demasiado lleno de ideas,

La enfermedad de D'Argenton era el asunto de la discusión, y era curioso el ver la expresión singularmente cómica del poeta, á quien le parecía por una parte que el doctor Rivals lo tomaba demasiado como enfermo imaginario, y por la

otra no podía contener cierto gesto al oir la espantosa nomenclatura de complicados males, de los cuales lo suponía atacado el doctor Hirsch.

—Acabemos, dijo éste levantándose de pronto. Dénme ustedes una hoja de papel, un lápiz... ¡Bueno!... Ahora voy, con la ayuda del plesímetro, á dibujar, á calcar la enfermedad de nuestro pobre amigo.

Sacó de un bolsillo de su amplio chaleco ese instrumento que se llama plesímetro.

—Ven aquí, dijo á D'Argenton que estaba muy pálido; y desabrochándole bruscamente la levita, extendió la hoja de papel por el pecho, paseó por encima su plesímetro, auscultándolo y trazando cada vez que aplicaba el oído, unas cuantas líneas con el lápiz. En seguida extendió sobre la mesa su papel lleno de jeroglíficos, como mapa dibujado por un niño.

—Sean ustedes jueces, dijo. Este es el hígado de nuestro amigo, exactamente dibujado del natural. Francamente, ¿tiene esto la facha de un hígado? Miren ustedes dónde debía estar, y donde está... Y observen que las proporciones gigantescas que ha adquirido, son á expensas de los demás órganos. ¡Figúrense ustedes qué desórdenes, qué destrozo!

Y con unos cuantos rasgos vigorosos del lápiz, iba señalando los destrozos.

—¡Es terrible! murmuraba D'Argenton, que miraba consternado todo aquello, y que, de pálido que estaba, se había puesto totalmente amarillo.

Carlota sentía que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

—Y ustedes, ¿creen esto? dijo el viejo Rivals sin poderse contener... Eso es medicina de salvaje. Se están burlando de ustedes.

—¡Ah! Permítame usted, querido colega...

Pero el anciano ya no escuchaba nada; había

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tomado el grog más cargado de costumbre, y la lucha se entabló de una manera terrible.

De pie, enfrente el uno del otro, con los puños cerrados, se lanzaban nombres de médicos, títulos de libros griegos, latinos, escandinavos, indios, chinos, cochinchinos. Hirsch llevaba ventaja en aquellas citas que, por lo raras, no podían ser comprobadas; pero el bueno de Rivals, triunfaba por su voz formidable, y lo pintoresco de su lenguaje, reemplazando los argumentos con amenazas de tirar á su adversario al agua "por encima de la borda.„

Ni Jack ni Carlota se asustaban de aquella discusión violenta: habían presenciado otras muchas en el Gimnasio. Labassindre, impacientado de ver que no podía meter su cucharada, se había ido á apoyar melancólicamente en la balaustrada de la terraza, para lanzar á los dormidos ecos del bosque, su famosa nota, retumbante y profunda.

El aire todo de los alrededores se conmovió. Hubo aleteos en el follaje, y los pavos reales de las quintas vecinas, los pavos reales, asustados, nerviosos, contestaron con esos gritos de alarma que dirigían al cielo en las tardes tormentosas del verano. En sus cabañas despertaron también los campesinos de los alrededores. La vieja Salé y su marido se atrevieron á echar una mirada curiosa á las vidrieras iluminadas de la casa de los parisienses, mientras la luna alumbraba la fachada blanca donde en letras doradas se destacaba la divisa de la casa: *Parva domus, magna quies*... "A casa pequeña, gran reposo„

...La gran alegría del anciano, fué llevar á los niños consigo en sus excursiones.

X

CECILIA

¿Dónde va usted tan temprano?... preguntó el doctor Hirsch, que bajaba perezosamente de su cuarto, á Carlota, ya muy vestida, con un libro de misa en la mano y seguida de Jack, al cual había vuelto á vestir con el traje favorito de lord Peambock, alargado para esta circunstancia, pero que aún resultaba corto.

—Vamos á misa, amigo mío. Hoy ofrezco yo el pan bendito. ¿No se lo ha dicho á usted D'Argenton?... Pronto; dése usted prisa... Hoy es necesario que todo el mundo vaya á la iglesia.

Era el 15 de Agosto, día de la Asunción. Muy orgullosa con el honor que se le hacía, la señora

D'Argenton salió al oir el último toque y se sentó, con el niño á su lado, en el banco reservado, al lado del coro. La iglesia estabavestida[51] de fiesta, iluminada, llena de sol y adornada con flores.

Los niños de coro y los sochantres llevaban sobrepellices blancas, recién planchadas; y delante del facistol, en una mesita rústica, los roscos de pan bendito se elevaban en columnas doradas, presentadas á la admiración de los habitantes. Para completar el cuadro, todos los guardabosques en traje de gala, verde, con el cuchillo de monte al cinto, su carabina en la mano, habían ido en corporación por asistir al *Tedéum* de la fiesta oficial; lo cual venía como pedrada en ojo de boticario á los cazadores furtivos y á los ladrones de leña.

Ciertamente, Ida de Barancy se hubiera mostrado muy asombrada si un año antes le hubiese dicho alguien que se sentaría junto al coro de una iglesia de pueblo, con el nombre de vizcondesa D'Argenton, y que, con respetuoso ademán, con los ojos fijos en su libro de oraciones, tendría la apariencia, la consideración, el prestigio de una mujer casada.

Aquel papel, nuevo para ella, la divertía. Vigilaba á Jack, volvía religiosamente las hojas de su libro de rezos, y se arrodillaba, produciendo con sus faldas unos frus-frus completamente edificantes.

Al llegar al ofertorio, el pertiguero, armado de su alabarda, se acercó á coger á Jack de la mano, y se inclinó al oído de la madre para preguntarle qué niña debia escoger para que tuviese la bolsa del petitorio. Carlota titubeó un momento. No conocía á casi nadie entre la gente de aquella asamblea endomingada, en la cual los sombreros con flores, las crinolinas parisienses, habían reemplazado á las cofias y capotillas de los días de trabajo. Entonces, el pertiguero le in-

51. Aunque no sean frecuentes, hay ocasiones en que Giner de los Ríos se permite introducir ciertas figuras retóricas ausentes en la novela francesa. Esta personificación de la iglesia mediante el verbo "vestir" es una de ellas.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

dicó la nieta del doctor Rivals, una niña muy bonita que estaba sentada al otro lado del coro, con una señora anciana vestida de negro.

Los dos niños se pusieron en marcha detrás de la majestuosa alabarda que iba marcando sus pasitos. Cecilia, con una bolsa de terciopelo demasiado grande para sus dedos, y Jack, con un cirio adornado con lazos y flores contrahechos. Estaba tan guapo el uno como el otro, él con su traje á la inglesa que le hacía parecer más alto; ella muy sencilla, con el cabello trenzado y caídos, que hacían resaltar la blancura mate de su rostro, iluminado por dos ojos de color gris claro como el de las perlas. Un agradable olor á pan bendito, mezclado al perfume del incienso, flotaba en la iglesia alrededor de ellos, como si fuese el propio aliento del domingo y de la fiesta religiosa. Cecilia pedía con amabilidad y sonriendo. Jack iba grave; aquella manita que temblaba en la suya, bajo su guante blanco, le producía la impresión enternecedora que le habría causado un pájaro cogido por él en el bosque, tibio aún de la pluma del nido, y dulce y suave como ella. ¿Presentiría ya que aquella manita sería su amiga, y que, andando el tiempo, todo lo que hubiese de bueno en su vida, le vendría de ella?

Iban y venían por entre los bancos.

—¡Bonita pareja hacen! decía la mujer del guarda al verlos pasar; y en voz más baja, muy baja, de modo que no la oyesen, añadía: "¡Pobrecita! Va á ser más guapa aún que su madre... ¡Con tal que no le suceda lo mismo que á ella!„

Cuando acabaron de pedir, Jack, de regreso á su sitio, creía sentir todavía el encanto comunicativo de la manita que había tenido en la suya; pero su felicidad no debía concluír allí. A la salida, en medio del barullo que había en la plaza, donde los cascos de los bomberos, las carabinas de los guardabosques, brillaban al sol confundidos

con los mil colores de los trajes de las mujeres, la señora de Rivals se acercó á la de D'Argenton y pidió permiso para llevarse á Jack á almorzar á su casa, y para tenerlo allí toda la tarde, á fin de que jugase con su compañera de colecta. Carlota se puso colorada de placer, arregló la corbata del niño, atusó sus hermosos cabellos rubios, y le dió un beso:

—¡Que seas muy bueno!

Y los dos niños, como en el paseo solemne de la colecta por la iglesia, se fueron juntos delante de la abuela, que trabajosamente les seguía.

Desde aquel día, cuando Jack no estaba en casa y preguntaban: "¿Dónde está?„ Ya no contestaban "En el bosque„ sino que podía decirse, sin temor de equivocarse: "Está en casa de Rivals.„

El médico vivía al final del pueblo, en el extremo opuesto al de la casa de Carlota, una casita baja muy parecida á la de los pobres campesinos, y la cual sólo se diferenciaba de las demás del pueblo en una placa de cobre y un botón colocados junto á la puerta, sobre los cuales se leían estas palabras. "Por aquí se llama de noche.„[52] Parecía antigua por lo ennegrecido de las paredes y lo tosco de las ventanas; pero algunos adornos modernos, sin concluir, indicaban que había habido en un tiempo propósitos de rejuvenecerla, y que una catástrofe súbita había venido á interrumpirla en medio de su tocado de casa vieja que se restauraba. Así, por ejemplo, encima de la puerta de entrada, un armazón de cinc estaba esperando que le pusieran una montera de cristales, y se alzaba sobre la cabeza de la gente que llamaba á la puerta la coronación de la marquesina sin terminar. Lo mismo sucedía á la derecha del pequeño patio plantado de árboles: había empezado á edificarse un pabellón dejado en suspenso cuando se hallaba á la altura del entresuelo, y

52. "Sonnette de nuit" admite una traducción más literal, como la de Pedro Gregorio Pérez: "Timbre de noche" (1901: 199). Giner los Ríos ha preferido, sin embargo, esta opción más alambicada.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

la puerta y las ventanas no eran más que agujeros cuadrados.

La *desgracia* de aquellas pobres gentes, había ocurrido precisamente cuando estaban haciendo esas reparaciones; y, por una superstición que se explicarán todos los que amen, las obras habían sido interrumpidas y abandonadas.

Hacía ocho años de aquello. Desde hacía ocho años, las cosas habían quedado en el mismo estado; y aun cuando en el pueblo todos estaban acostumbrados á verlas así, aquella falta de conclusión daba á la casa entera la fisonomía abatida de una persona á quien nada importa ya, y que á todo dice: "¿Para qué?„ El jardín que formaba detrás de la casa, al final de un corredor blanqueado con cal, una alfombra verde, se hallaba también en estado de completo abandono. La hierba crecía por todas partes, y anchas hojas parásitas cubrían el estanque, en el centro del cual había un surtidor que tampoco echaba agua.

El aspecto de las personas se parecía al de la casa. Desde la señora de Rivals, que desde hacía ocho años llevaba luto rigurosísimo por su hija, hasta Cecilia, que tenía en su semblante de niña cierta expresión de gravedad, de melancolía sorprendente á su edad, hasta la criada vieja que llevaba en casa de aquellas buenas gentes más de treinta años, y soportaba parte del peso de su desgracia, todo el mundo vivía con la misma opresión, con la misma tristeza hundida en el silencio.

Sólo el doctor se sustraía á la influencia general. Sus excursiones continuas al aire libre, las distracciones del camino, tal vez también la filosofía del hombre que ve morir con frecuencia, habían completado las disposiciones naturales de un temperamento que no tenía doblez alguna, y muy dispuesto á la expansión.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Mientras para la señora de Rivals, la presencia continua de Cecilia, lo que encontraba de la madre en las facciones ya dibujadas de la niña, era una renovación perpetua de su duelo, el doctor, por el contrario, recobraba su buen humor á medida que la chiquilla iba creciendo, porque parecíale que iba recobrando poco á poco la hija que había perdido. Cuando había pasado el día, corriendo de ceca en meca, y después de correr se encontraba solo con la niña, porque su mujer anduviese ocupada en algún quehacer de la casa, acometíanle ráfagas de alegría, de juventud, y ganas de cantar á voz en cuello los aires marineros que ya tenía olvidados; pero se contenía ante el mudo reproche de su mujer que, con su mirada silenciosa, parecía decirle al entrar en la habitación: "Acuérdate,„ como si tuviese alguna parte de culpa en la desgracia que les había herido á los dos.

Ese simple llamamiento á la tristeza bastaba para consternarlo, para hacerlo callar; y se quedaba silencioso, acariciando las trenzas del cabello de su nieta.

Entre aquellos dos ancianos, la infancia de Cecilia se desarrollaba melancólicamente. Salía poco, vivía en el jardín ó en una gran habitación llena de cajones, de cajas de hierbas y de raíces puestas á secar, la cual llamaban *la botica*. En aquella habitación había una puerta, siempre cerrada, que conducía al cuarto de la joven, cuya muerte era tan sentida; cuarto en el cual se hallaban marcadas todas las etapas de su corta vida por algún recuerdo de juego, de estudio, de religión, de tocador: libros, vestidos colgados ordenadamente en un armario, un cuadrito de comunión colgado en la pared, todo un museo de reliquias que ya amarilleaban, en el cual sólo entraba la madre con religioso recogimiento, sin que su pesar disminuyese jamás por las huellas que el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tiempo iba dejando en la fragilidad de los objetos.

Cecilia se detenía algunas veces pensativa ante aquella puerta cerrada siempre como la losa de un sepulcro. Por otra parte, pensaba demasiado. Jamás la habían mandado á la escuela como si temiesen por ella el contagio con las demás chicas del pueblo; y ese aislamiento le hacía daño. Su cuerpecito se cansaba de exceso de inacción. Faltábanle esas turbulencias de la vida, ese gritar sin causa, esos saltos locos que tienen los niños cuando no se hallan contenidos por el temor de que se burlen de ellos las personas serias.

—Es preciso distraerla, dijo el Sr. Rivals á su mujer... Ahí está el chico de la D'Argenton, que es muy mono, poco más ó menos de su edad, y que no charlaría.

—Sí; pero ¿quiénes son esas gentes? ¿De dónde han salido? Nadie las conoce, contestaba la señora de Rivals, siempre desconfiada.

—Son personas excelentes, hija mía... El marido es muy original, es verdad, pero ya comprendes que los artistas... La mujer es un poco tonta, pero muy buena. Cuanto á honradez, yo respondo.

La señora de Rivals meneaba la cabeza. No tenía confianza en la perspicacia de su marido.

—¡Oh! ¡Qué sabes tú!

Y suspiraba, dirigiéndole una mirada llena de censuras.

El viejo Rivals bajaba la cabeza como un culpable. Pero le tenía cariño á su idea.

—Ten cuidado, decía; la niña se aburre. Acabará por caer enferma. Y después, ¿qué? Ese Jack es un niño, se hastía también. ¿Qué quieres que suceda?

Por fin, la abuela se dejó convencer, y Jack se hizo el compañero de Cecilia.

Para él fué aquella una vida nueva. Al princi-

pio fué pocas veces, después más á menudo, y, por fin, todos los días. La señora de Rivals tomó bien pronto cariño á aquella criatura bonita, discreta y cariñosa que estaba cohibida por la indiferencia, como Cecilia lo estaba por la tristeza. Echó de ver el abandono en que dejaban al niño, y que siempre llevaba la blusa sin botones, y que á todas horas estaba libre, y que no tenía ni lecciones ni horas de estudio.

—¿No vas á la escuela, hijo mío?

—No, señora.

Y añadía, porque á veces hay verdaderos trozos de delicadeza en el corazón de los niños: "Mamá me enseña.„

Trabajo le hubiera costado á la pobre Carlota con la cabeza de chorlito que tenía. Por lo demás, era bien fácil advertir que en casa de sus padres nadie se ocupaba de él.

—Parece increíble, decía la señora de Rivals á su marido, dejar que ese niño campe por sus respetos, todo el día, sin hacer nada.

—¡Qué quieres! contestaba el doctor para disculpar á sus amigos Parece que no puede estudiar, ó, por lo menos, que no quiere. Tiene la cabeza un poco débil.

—Sí, la cabeza un poco débil, y además su padrastro no lo quiere...

Los hijos de primer matrimonio[53] son siempre unos parias.

Jack encontró verdaderos amigos en aquella casa. Cecilia lo adoraba y ya no podía pasar sin él. Jugaban juntos en el jardín cuando hacía buen tiempo, y si no, subían á la botica. La señora de Rivals estaba siempre allí. Como no había boticario en Etiolles, hacía ella misma las recetas de su marido cuando eran sencillas, pociones calmantes, polvos, jarabes. Como llevaba veinte años ejerciendo ese oficio la buena señora, tenía una gran experiencia; y hasta en ausencia del

53. Aunque en la traducción de Giner los Ríos esta afirmación sea asumida por el narrador, en la novela francesa, sin embargo, es la abuela de Cecilia quien la dice. Por otra parte, no dice exactamente "los hijos del primer matrimonio", sino "los hijos de la primera cama", metonimia que desaparece en la versión española en favor de una expresión más púdica.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

doctor, mucha gente iba á consultar con ella. A los niños les divertían aquellas visitas; deletreaban las etiquetas de los frascos, escritas en latin lleno de barbarismos, *sirupus gummi*; ó bien armados cada uno con unas tijeras, cortaban letreros y los pegaban, él, torpe como un muchacho; Cecilia, con la atención seria de la niña que está llamada á ser una mujer útil y preparada para todas las minucias de una existencia laboriosa y sedentaria. Tenía á la vista el ejemplo de la abuela. Esta regentaba la botica primero, y además llevaba los libros de su marido, se ocupaba de los ingresos, anotaba las visitas hechas en el día.

—Vamos á ver, ¿dónde has estado hoy? preguntaba al doctor cuando éste volvía á su casa.

El bueno del hombre olvidaba por el camino la mitad de las visitas que había hecho, y, voluntaria ó involuntariamente, suprimía siempre una parte de ellas, porque era tan generoso como distraído. Había cuentas que estaban presentadas hacía veinte años. ¡Ah! Si no hubiera sido por su mujer, ¡qué ruina! Ella le reñía cariñosamente, le preparaba su grog, se ocupaba de los más, insignificantes detalles de su traje, y ya cuando iba á salir á la calle, la niña le decía con mucha gravedad: "A ver, ven acá, abuelito, que vea yo si te falta algo.„

La bondad de aquel hombre tenía algo de divino.

Leíase en su mirada de niño, inocente y clara, pero sin la maliciosa expresión de los muchachos. Aun cuando había corrido mucho mundo, y conocido mucha gente y muchos países, la ciencia lo había tenido siempre hecho un cándido. No creía en el mal, y aplicaba la misma ilusión indulgente á todo lo que tenía vida, á los animales como á las personas. Así es que, para no cansar á su caballo, un antiguo compañero suyo que le

servía hacía veinte años, en cuanto encontraba una cuesta que subir, un camino algo escabroso, ó solamente con que el animal arrastrase un poco la pata, se bajaba del cochecillo y echaba á andar con la cabeza descubierta, hiciera sol, ó lloviera, ó venteara, conduciendo de la brida al animal, que lo seguía tranquilamente.

El caballo estaba hecho á su amo, como el amo al caballo; sabía que el doctor se entretenía á menudo en sus visitas, que no sabía nunca cuándo marcharse, y había aprendido á sacudirse las riendas de cierto modo á la puerta de las casas de los enfermos. Otras veces, cuando era hora de volver para el almuerzo ó para la comida, se paraba en medio del camino, y se volvía obstinadamente en dirección á casa.

—¡Toma! ¡Es verdad! ¡tienes razón! decía Rivals.

Entonces volvían apresuradamente, ó disputaban los dos.

—¡Vamos! ¡Acabarás por fastidiarme! gritaba la bondadosa voz del doctor. ¿Habráse visto un animal como éste? ¿No te digo que tengo todavía que hacer otra visita? ¡Vete tú solo, si quieres!

Y echaba á correr furioso hacia casa de su enfermo, mientras el caballo, tan terco como él, tomaba tranquilamente el camino del pueblo, arrastrando el cochecillo, ocupado solamente con libros y periódicos, lo cual hacía decir á la gente del campo que lo encontraba en el camino:

—Vamos, el doctor Rivals habrá tenido alguna pendencia con su caballo.

Desde entonces, la gran alegría del doctor fué llevar á los niños consigo á sus excursiones por las cercanías de Etiolles. El coche era ancho y podían ir tres muy cómodamente, y cuando se veía entre aquellas dos caritas risueñas, el buen señor sentía que la tristeza de su casa se evaporaba ante aquella admirable vista de la naturale-

za, que adormece los dolores, los mece y los tapa. Se divertía como un niño con aquellos niños. Jack estaba entusiasmado; no había visto nunca tantos prados, tantas viñas y tanta agua.

—A ver si adivinas lo que hay sembrado ahí, le decía Cecilia, ante esas grandes pendientes verdes que bajan hacia el Sena con movimiento de olas... ¿Cebada? ¿Trigo? ¿Centeno?

Jack se equivocaba siempre. Y en seguida carcajadas, alegrías, bromas.

—¡Abuelito, pues no dice que esto es centeno!

Ella se ponía á enseñarle á distinguir las espigas del trigo de las del centeno, los garfios flotantes de las avenas, lo rosado de los pipirigallos, lo violáceo de las alfalfas, el amarillo dorado de los campos de alcachofas, todas esas alfombras extendidas sobre los prados, esas cosechas en embrión que, cuando llega el otoño, se amontonan en haces aislados en medio del campo, que entonces parece más grande.

En todas las casas donde llamaban al médico, acogían perfectamente á los niños.

Unas veces visitaban una granja, donde mientras el Sr. Rivals se empinaba por la escalera de madera que conduce á la casa, los llevaban á visitar los nidos, á ver sacar el pan del horno, á ordeñar las vacas á la puerta del establo, ó bien uno de esos molinos levantados á orillas del Orge, del Yeres, del Essonne, parecidos á antiguas fortalezas con su pasadera verdosa, y todas esas huellas mohosas que deja el agua en las paredes entre sus mal unidas piedras.

Cuando los niños se cansaban de aquellas grandes habitaciones blancas, de las cuales sube el polvo de la harina continuamente, con la trepidadación del piso y de las paredes, pasaban las horas muertas contemplando las paletas que azotaban el agua, el hervir de la esclusa, y allí arriba, en el riachuelo aprisionado, tranquilo, som-

breado por los sauces, una especie de corral líquido, por el que correteaban manadas de patos.

Es una cosa singular la enfermedad en esas casas de campo. No entorpece nada, no detiene nada. Las bestias entran y salen á las horas de costumbre. Si el marido está malo, la mujer lo reemplaza en el trabajo; no se ocupa ni siquiera en hacerle compañía, ni tiene tiempo de apurarse ni de sentir. La tierra no espera, ni los animales tampoco. La casera trabaja todo el santo día; por la noche se acuesta rendida y duerme profundamente. El infeliz que está en la cama en el piso alto, encima de la habitación donde las piedras muelen, del establo donde los bueyes resuellan, es como el herido que cae en un campo de batalla. Nadie se ocupa de él. Se contentan con resguardarlo en un rincón, arrimarlo á un árbol ó meterlo en un foso, mientras la batalla que reclama á todos los demás, continúa. En derredor suyo se cierne el trigo, se limpia el grano, los gallos se desgañitan. Es un movimiento, una actividad no interrumpidos, mientras el amo de la casa, con la cara vuelta hacia la pared, resignado, silencioso y duro, espera que la noche que se acerca ó el día que clarea, le quite el mal ó le quite la vida.

Por eso, en las casas donde iban los niños no encontraban tristeza. Los mimaban. Siempre había alguna galleta para ellos, avena trillada para el caballo, una cesta de frutas que llevarle á la abuela.

¡Era tan querido el doctor, tan bueno, tan poco cuidadoso de sus intereses! Los campesinos lo adoraban y lo engañaban al mismo tiempo.

—Es un hombre muy caritativo, decían cuando hablaban de él... ¡Ah, si hubiera querido, sería rico!

Pero así y todo, procuraban no pagarle la cuenta; cosa que no era muy difícil con un carácter

como el suyo. Cuando salía de una casa después de acabar su visita, se veía rodeado de una multitud tenaz y bulliciosa. Jamás soberano alguno en sus viajes vió su carroza asaltada como el humilde carruajillo del doctor en el momento de marcharse.

—Señor Rivals, ¿qué debo darle á mi pequeño?

—Y para mi pobre marido, señor Rivals, ¿no hay nada que hacer?

—Esos polvos que me ha dado usted, ¿son para comer, ó para untárselos? ¿Tiene usted ahí un puñadito? Ya se nos están acabando.

El doctor contestaba á todo el mundo; hacía que uno le enseñase la lengua, tomaba el pulso á otro, distribuía papelillos de polvos, daba vino de quina, todo lo que llevaba, y se marchaba, al fin, estrujado, exprimido, en medio de las aclamaciones, de las bendiciones de todas aquellas buenas gentes del campo que, enjugándose una lágrima que asomaba á sus ojos, exclamaban enternecidas: "¡Qué hombre más bueno!„, mientras guiñaban el otro ojo maliciosamente, como diciendo: "¡Qué inocente!„ Y gracias si en el último momento no llegaba algún chiquillo corriendo, llamándolo para que fuese á asistir á un enfermo á cuatro leguas de allí.

Por fin, volvían á su casa, y aquel regreso á la puesta del sol por los senderos del bosque, ó por la carretera, atravesada por vuelos de golondrinas, animada por juegos de niños, por rebaños en dispersión, era delicioso. El Sena, de un azul muy oscuro á la hora del crepúsculo, corría allí en el horizonte, semejante á un arroyo de oro derretido. Sobre aquel fondo luminoso, grupos de árboles endebles, poblados sólo en la copa, como las palmeras; casitas blancas desparramadas por todas partes, producían la impresión de un paisaje oriental, más bien soñado que visto; una de esas ciudades[54] hacia donde se dirige la *Sacra Fa-*

54. Daudet aporta una precisión geográfica que desaparece en la traducción de Giner de los Ríos: "une de ces villes *de Judée*", puede leerse en la novela francesa (cursivas nuestras). Como se ve, el traductor ha prescindido de la mención a Judea.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

milia caminando de noche por caminitos en cuesta.

—Esto parece Nazaret, decía Cecilia, recordando imágenes religiosas; y los dos niños charlaban, se contaban cuentos en voz baja, mientras el carruajillo caminaba hacia la cena, de la cual Jack participaba también muchas veces.

De todas aquellas excursiones reunidos resultaba para el señor Rivals que el niño D'Argenton tenía una inteligencia muy abierta, un espíritu concentrado, pero profundo, en el cual había dejado inmensas huellas la poca instrucción recibida. Con su generosa bondad comprendió bien pronto lo abandonado que tenian al niño los suyos, y resolvió proveer á su indiferencia. Tomó la costumbre, todos los días después de almorzar, de hacerle trabajar durante una hora, precisamente el tiempo que empleaba en la siesta. Los que saben lo que es la costumbre de dormir la siesta después de comer, comprenderán cuánto valor y cuánto interés necesitó para resignarse á renunciar á ella.

Por su parte, Jack se aplicó de todas veras. El estudio le era fácil en medio de la laboriosa tranquilidad de la casa de Rivals. Cecilia asistía casi siempre á la lección, escuchaba religiosamente cuando su amigo recitaba el *Epitome,* y le enviaba el fuego de sus ojos llenos de pensamientos, como para ayudarle á comprender, y se sentía orgullosa y alegre cuando, después de almorzar, su abuelo extendía el cuaderno encima de la mesa y decía con cierta alegría mezclada de sorpresa: "¡Pues si esto está muy bien!„

En casa de su madre, Jack no hablaba de las lecciones. Se complacía en poderle demostrar victoriosamente que el poeta se había equivocado en su diagnóstico infalible y aterrador, y aquel pequeño complot entre el bueno del doctor y él quedaba muy fácilmente ignorado, porque los ha-

bitantes de *Parva domus* cada vez se ocupaban menos del niño. Salía y entraba á su capricho; iba donde quería, y no volvía á su casa más que á la hora de comer, sentándose á un extremo de la mesa, cada día más grande y cada día rodeada por mayor número de comensales.

Para poblar su soledad, para mantener en torno suyo ese ruido en el vacío que él llamaba *medio intelectual*, D'Argenton había abierto de par en par la puerta de su casa á todos los bohemios. El poeta, sin embargo, no era aficionado á tirar el dinero por la ventana: era visiblemente avaro; y cada vez que Carlota le decía con timidez: "Ya no tengo dinero, hijo mío,[54]" contestaba con un *¡Ya!*[55] muy acentuado, y una mueca bien poco agradable. Pero en él la vanidad podía más que nada; y el placer de mostrar su felicidad, de hacer de amo de casa, de excitar la envidia de todos aquellos pobres diablos, podía más que sus cálculos más equilibrados.

Sabíase en los círculos de los bohemios que había allá, al aire libre, en sitio delicioso, buena mesa y buena cama, si se perdía el precio del billete del tren. Esto se decía por todos los rincones de las cervecerías:

—¿Quién viene á casa de D'Argenton?

Y una vez reunido trabajosamente el dinero del viaje, llegaban á bandadas de improviso.

Carlota andaba en un pie.

—¡Pronto, tía Archambauld! ha venido gente; mate usted un conejo, dos conejos... ¡Pronto, una tortilla..., dos tortillas..., tres tortillas!

—¡Dios mío, qué gente! ¡Vaya unas figuras! decía la mujer del guarda, asustada, porque sin cesar había caras nuevas. ¡Y qué pelos, y qué barbas, y qué fachas!

D'Argenton experimentaba siempre la misma satisfacción en pasear á los recién llegados por todos los rincones de la casa, para que admira-

54. "Mon ami" es el vocativo cariñoso que utiliza la madre de Jack para dirigirse a d'Argenton. Giner de los Ríos lo traduce con un maternal "hijo mío" que no encaja bien con el tipo de relación que existe entre ambos.

55. "Déjà!", le responde en francés el poeta. No se trata de un "¡ya!" de constatación, sino de sorpresa ante la rapidez en gastar el dinero ("¿tan pronto!").

sen sus bellezas. Luego, aquellas turbas de granujas viejos, de barbas grises, se esparcían por los caminos, por las orillas del río, por el bosque, dando relinchos de alegría y zancadas extravagantes, como caballos viejos que llevaban á tomar verde.

Sobre el fondo de aquel fresco paisaje, aquellos sombreros de copa alta pelados, aquellas levitas negras raídas, aquellos rostros surcados por todos los sufrimientos de las miserias parisienses, parecían más sórdidos, más ajados, más deslucidos. Luego se reunían todos á la mesa; la mesa puesta todo el santo día y sin tiempo casi para sacudir las migajas del mantel de una comida á otra. Allí se estaban las tardes enteras bebiendo, discutiendo, fumando.

Aquello era una cervecería en medio del bosque; D'Argenton triunfaba. Podía volver continuamente á su eterno poema, repetir cien veces los mismos proyectos, decir á cada instante: "Yo... porque yo...„, con la autoridad del señor á quien pertenece el vino, y la casa, y todo. Carlota también estaba contentísima. Para su carácter variable y sus instintos bohemios, era una renovación de juventud todo aquel barullo de idas y venidas; la rodeaban, la admiraban, le hacían la corte; y aunque sin dejar de ser fiel á su amor, sabía mostrarse tan coqueta como era preciso para entusiasmar al poeta y hacerle apreciar su felicidad.

Los domingos recibía á las mujeres de aquellos desheredados; esas animosas criaturas que trabajan febrilmente toda la semana y á quienes sus maridos les permitían de vez en cuando el lujo de salir una tarde con ellos. Para con esas se las echaba un poco de dama de alto coturno; las llamaba *hijita mía,* lucía peinadores y batas á lo Luis XV, que contrastaban notablemente con aquellos otros trajes pobres.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Pero entre todos los bohemios, los más asiduos en la casa de D'Argenton seguían siendo Labassindre y el doctor Hirsch. Este, invitado al principio sólo por unos cuantos días, hacía meses que no se movía de allí, y aquella casa se había convertido en la suya propia. Hacía los honores á los convidados, usaba la ropa blanca del poeta y sus sombreros, entre el forro de los cuales colocaba, para poder ponérselos, una porción de tiras de papel, porque la cabeza de aquel fantaseador era extraordinariamente pequeña, tan pequeña, que cualquiera que la mirase no podía menos de preguntar cómo había podido meter allí tantos conocimientos, y ya no se asombraba uno del amontonamiento inaudito de semejante almacenaje.

Tal como era, D'Argenton no podia pasar sin él. Era el atento confidente de todos los caprichos de enfermo imaginario; y aun cuando no hacía mucho caso de la ciencia de Hirsch, aun cuando se guardaba muy bien de obedecer ninguna de sus prescripciones, su presencia lo tranquilizaba.

—¡Yo lo he curado!... decía el otro con aplomo. Así es que el doctor Rivals había perdido mucho de su autoridad en la casa.

Los días, los meses iban pasando. El otoño envolvía á *Parva domus* en las brumas melancólicas; luego la nieve del invierno cubría el palomar; la lluvia de Abril retumbaba al caer sobre la pizarra sonora del tejado, y otra primavera nueva la engalanaba con sus lilas abiertas. Por lo demás, todo seguía lo mismo. El poeta tenía algunos planes más en cartera, y en el ánimo algunas nuevas dolencias que el inevitable Hirsch bautizaba con nombres nuevos, á cual más extraños. Carlota continuaba tan insignificante, tan bonita y tan sentimental como siempre. Jack había crecido y estudiaba mucho. En diez meses, sin reglamentos ni métodos especiales, había hecho gran-

des progresos y sabía mucho más que muchos colegiales de su edad.

—Ahí está lo que he hecho de él en menos de un año, decía el señor Rivals á los D'Argenton con orgullo. Ahora mándenlo ustedes á un colegio, y respondo de que este muñeco llegará á dar algo.

—¡Ah, doctor, doctor, qué bueno es usted! exclamaba Carlota un poco avergonzada del reproche indirecto que había para ella en el interés y solicitud de aquel extraño, comparado con su indiferencia maternal. D'Argenton tomó la cosa con más frialdad; dijo que ya vería, que reflexionaría, que la educación de los colegios tenía graves inconvenientes. Cuando estuvo solo con Carlota, dejó desbordar su mal humor.

—¿Por qué se mete ese viejo en lo que no le importa? ¡Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena! ¿Si querrá enseñarme lo que yo debo hacer? ¡Más valiera que estudiase Medicina... ese medicucho de pueblo!

En el fondo, su amor propio había sido herido en lo vivo. Desde entonces ocurrió más de una vez oirle decir con tono grave:

—Tiene razón el doctor; es preciso pensar en este chico.

Y pensó en ello, ¡ay!

—Ven acá, granuja, dijo un día al pobre Jack el barítono Labassindre, que se paseaba por el jardín en gran conciliábulo con Hirsch y con D'Argenton.

El niño se acercó un poco turbado, porque, en general, ni el poeta ni sus amigos le dirigían la palabra.

—¿Quién ha hecho... ¡hem!... ¡hem!... la trampa para coger ardillas, que hay allí en el nogal aquel grande... ¡hem!... ¡hem!... del fondo del jardín?

Jack palideció, temiendo un regaño; pero como no sabía mentir, contestó:

—¡Yo!

Cecilia tenía ganas de una ardilla viva, y él había construído una trampa entretejiendo unos alambres por entre las ramas, por medio de una ingeniosa combinación, que aún no había atrapado ninguna ardilla, pero que bien podría cazarla.

—¿Y lo has hecho tú solo, sin modelo?

Él contestó con mucha timidez:

—Sí, señor Labassindre, sin modelo.

—¡Eso es extraordinario... extraordinario! repetía el gigantesco barítono, volviéndose hacia los otros dos... Este niño ha nacido para mecánico; esto es positivo. Lo lleva en la masa de la sangre, ¡qué queréis! Ese es el instinto, un dón.

—¡Ah! Eso es, un dón, contestó el poeta levantando la cabeza con altivez.

El doctor Hirsch no quiso ser menos:

—Sí, eso es un dón.

Y sin volver á ocuparse del niño, siguieron paseando juntos por el jardín, gravemente, lentamente, haciendo muchos gestos, y parándose todos cuando alguno de ellos tenía que decir algo muy importante.

Por la noche, después de comer, hubo gran discusión en la terraza.

—Sí, Condesa, decía Labassindre dirigiéndose á Carlota, como si tratara de convencerla de alguna verdad ya debatida entre ellos: el hombre del porvenir es el obrero. La aristocracia ya pasó, la clase media no tiene más que unos cuantos años de vida. Ahora le toca al obrero. Desprecie usted sus callosas manos y su sagrada herramienta. Dentro de veinte años regirá los destinos del mundo.

—Tiene razón... dijo D'Argenton con gravedad. Y la diminuta cabeza del doctor Hirsch hacía enérgicos signos de aprobación.

¡Cosa extraña! Jack, que desde que estuvo en el colegio estaba acostumbrado á los discursos

del barítono sobre la cuestión social, y que jamás lo escuchaba, porque le parecía muy fastidioso, experimentaba al oirlo aquella noche una emoción penetrante, como si hubiera adivinado el fin á que iban encaminadas aquellas palabras, y la existencia contra la cual se dirigían.

Labassindre pintaba un cuadro encantador de la vida del obrero.

—¡Oh! ¡Hermosa vida de independencia y de altivez! ¡Cuando me acuerdo de que he cometido la locura de dejarla!... ¡Ah! ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Y les contaba su vida de herrero en la fábrica de Indret, cuando se llamaba simplemente Roudic, porque el apellido de Labassindre, que usaba ahora, era el nombre de su pueblo: La Basse Indre, un pueblo bretón de las orillas del Loire. Recordaba las deliciosas horas pasadas junto al fuego de la fragua, desnudo de cintura arriba, machacando el hierro caliente, con otros buenos compañeros.

—¡Miren ustedes! decía: ya saben los grandes triunfos que he tenido en el teatro.

—¡Ya lo creo! respondió el doctor Hirsch con impudencia.

—Ya saben ustedes cuántas coronas de oro, y cuántas petacas y cuántas medallas me han regalado. Pues bien; por muy preciosos que para mí sean estos recuerdos, no hay ninguno que valga lo que este.

Y levantándose la manga de la camisa hasta el hombro, en su enorme brazo, velludo como la pata de un oso, el cantante enseñaba una gran picadura[56] colorada y azul, que representaba dos martillos de herrero cruzados, en un círculo de hojas de encina, con una inscripción: *Trabajo y libertad*. Desde lejos aquello parecía las huellas imborrables de un enorme puñetazo, y el desdichado no decía que aquella picadura, que había

56. Es lo que hoy denominaríamos "tatuaje". Así lo llama, de hecho, Daudet en la novela original: "tatouage". Ninguna de las tres traducciones españolas realizadas en el siglo XIX emplean el término "tatuaje", de lo que se deduce que la palabra aún no se había introducido en nuestro país. La primera edición del DRAE que la recoge es la de 1914. Además de "picadura", en la versión anónima publicada en París por la editorial Lassalle, así como en la de Pedro Gregorio Pérez, *tatouage* se ha traducido como "inscripción".

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

resistido á todo género de fricciones, á toda clase de pomadas, era la desesperación de su vida de teatro, porque le prohibía los efectos de ciertos trajes, le impedía levantarse las mangas para trabajar en *La Muda, Herculano,* y en todas las obras donde salían héroes de los países de sol, los cuales vestían con los brazos desnudos y las amplias túnicas replegadas sobre sus pechos de vencedores.

Como no había podido borrar aquellas picaduras, Labassindre las lucía, alardeaba de ellas, las ostentaba como una bandera. ¡Ah! ¡Maldito el empresario aquel de un teatro de Nantes que había ido á oirlo á la fábrica una noche que cantaba en una función dada á beneficio de un compañero herido! ¡Maldita también la nota incomparable que la naturaleza le había puesto en la garganta! Si no le hubieran desviado de su verdadero camino, á estas horas estaría, como su hermano Roudic, hecho un capataz de tercera en las fraguas de Indret, con un jornal magnífico, casa, leña, luz y otros emolumentos, y una renta segura para su vejez.

—Sí por cierto, sí; es muy hermoso todo eso, decia tímidamente Carlota; pero hace falta tener la fuerza necesaria para soportar esa vida. Le he oído decir á usted mismo que el trabajo era muy duro, muy penoso.

—Penoso, sí, para una damisela; pero me parece que éste no es el caso ahora, y que el individuo de quien se trata está perfectamente constituído.

—¡Admirablemente constituído! dijo el doctor Hirsch; de eso respondo yo.

Puesto que él respondía, no había más que hablar.

Sin embargo, Carlota procuró hacer algunas objeciones todavía. Según ella, no todas las naturalezas se parecen. Hay unas más delicadas,

más aristocráticas, á las cuales repugnan determinadas tareas.

Al oirla, D'Argenton se levantó furioso.

—¡Todas las mujeres son lo mismo! exclamó groseramente. Aquí hay una que me suplica que me ocupe de este caballerito —y bien sabe Dios que la cosa no me divierte, porque es un triste personaje. — Me ocupo, sin embargo; pongo á mis amigos en movimiento, y ahora se me viene á decir que mejor fuera que no me hubiese metido en eso.

—¡Pero si no es eso lo que yo digo! exclamó Carlota, desesperada de haber desagradado al amo.

—No, hombre, no dice eso, repitieron los otros dos; y al ver que la apoyaban, al ver que intervenían en favor suyo, la pobre mujer se enterneció, como esos chiquillos castigados que no se atreven á llorar más que cuando les defienden. Jack se marchó de la terraza bruscamente. Era superior á sus fuerzas ver llorar á su madre y no tirarse al cuello de aquel mal hombre que así la atormentaba.

Los días siguientes no se habló más del asunto. Pero el niño creyó observar en su madre un cambio en su actitud respecto de él. Lo miraba, lo besaba con más frecuencia que de costumbre, y á veces lo retenía á su lado, haciéndole sentir en sus abrazos ese apasionamiento que se tiene por los seres queridos de quienes debe uno separarse pronto. Esto lo turbaba tanto más, cuanto que oía decir á D'Argenton, con una sonrisa amarga que agitaba su bigote:

—Doctor; nos estamos ocupando de su discípulo de usted. Uno de estos días le daremos una noticia... creo que se alegrará usted.

Y el bueno del doctor, al volver á su casa muy satisfecho:

—Ya ves, le decía á su mujer, ya ves que he hecho bien en abrirles los ojos.

La señora de Rivals meneaba la cabeza.

—¡Quién sabe!... Desconfío de esa mirada tan mortecina: no me augura nada bueno para el niño. Cuando quien se ocupa de uno es un enemigo, es preferible que no hiciese nada, que se estuviera con los brazos cruzados.

Jack era de la mismísima opinión.

—¿De modo que me echas tú también: me echas, me rechazas?

IX

LA VIDA NO ES UNA NOVELA

Un domingo por la mañana, poco después de la llegada del tren de las diez, que había conducido á Labassindre y un bullicioso cargamento de bohemios, Jack, que estaba atisbando una ardilla que andaba muy cerca de la famosa trampa, oyó que su madre lo llamaba.

La voz salía del cuarto de trabajo del poeta, de aquel solemne laboratorio donde se fraguaban las cóleras, las observaciones, la enfurruñada vigilancia del enemigo. Advertido por el tono de la voz de su madre, ó solamente por esa inteligencia delos nervios, tan sutil en ciertos seres, el niño se dijo: "Hoy es...;„ y subió temblando la escalera de caracol.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Desde hacía diez meses que no había puesto los pies en el santuario, había habido allí muchos cambios. La majestad de aquel lugar le pareció atenuada. Los tapices descoloridos por el sol, impregnados del humo de las pipas, el diván argelino agujereado, la mesa de roble rajada por muchos sitios, el tintero empolvado, las plumas enmohecidas, decían que las discusiones y la holganza habían llevado allí esa trivialidad que vaga por las salas de los fumaderos.

Solamente el sillón Enrique II seguía imperando en medio de aquellos destrozos, con una autoridad inquebrantable. Allí estaba sentado D'Argenton para recibir al niño; Labassindre y el doctor Hirsch de pie á su lado como asesores de justicia, y los otros huéspedes de la semana, el sobrino de Berzelius y otros dos ó tres con barba gris, se hallaban tendidos en el canapé y envueltos en una nube de humo.

Jack vió todo esto de una ojeada: el tribunal, el juez, los testigos y su madre allí, junto á una ventana abierta, aparentando mirar con fijeza al campo, como para apartar su atención, su responsabilidad de lo que iba á suceder.

—Ven acá, hijito, dijo el poeta, á quien su sillón de roble daba á veces veleidades de cariño; ven acá.

Pero su voz, con sus preciosas entonaciones, conservaba tal dureza de timbre, tal inflexibilidad, que se habría podido creer que era el sillón Enrique II el que hablaba.

—Ya te he dicho muchas veces, muchacho, que la vida no es una novela. Has podido comprenderlo viéndome á mí sufrir, luchar en primera fila en la batalla literaria, sin escasear tiempo ni fuerzas, á veces cansado, jamás vencido, obstinándome, á pesar de la contradicción, y riñendo noble pelea... Ahora te toca á ti entrar en la liza. Ya eres un hombre.

El pobrecillo no tenía más que doce años.

—Ya eres un hombre. Es preciso que nos demuestres que no sólo tienes edad y estatura, sino que tienes también corazón de hombre. Te he dejado más de un año que te desarrollases libremente, que tuvieran todo el juego necesario tus músculos y tu espíritu. Algunos me han acusado de que no me ocupaba de ti. ¡Ah! ¡La rutina!... Por el contrario, te vigilaba, te custodiaba, no te perdía de vista ni un momento. Gracias á ese largo y minucioso trabajo, gracias, sobre todo, á ese infalible método de observación que me precio de poseer, he llegado á conocerte. He visto cuáles eran tus instintos, tus aptitudes, tu temperamento. He comprendido en qué sentido hay que obrar en tu interés, y, después de haber sometido mis observaciones á la consideración de tu madre, he obrado.

Al llegar á este punto de su sermón, D'Argenton se detuvo para recibir las felicitaciones de Labassindre y del doctor Hirsch, mientras el sobrino de Berzelius y los demás, absortos silenciosamente con sus largas pipas, movían la cabeza de arriba á abajo como fantoches y se contentaban con repetir con aires prudhonescos: "Está muy bien... muy bien.„

Jack, asustado, procuraba sacar algo en limpio de aquella fraseología incomprensible que pasaba por encima de su cabeza como una nube cargada de electricidad, y se preguntaba: "¿Qué irá á caerme encima ahora?„

Cuanto á Carlota, seguía mirando al campo con la mano puesta por encima de los ojos, observando no sé qué allí á lo lejos.

—Vamos al grano, dijo súbitamente el poeta, enderezándose en su sillón y adoptando un tono de voz que fustigó al niño como un látigo. La carta que vas á oir te dirá más que todas las explicaciones que pudiera yo darte. Lee, Labassindre.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Grave como fiscal de Consejo de guerra, el barítono sacó del bolsillo una carta de paleto ó de quinto, groseramente doblada y cerrada, y leyó después de lanzar dos ó tres mugidos cavernosos:

Herrería de Indret (Loire Inferior.)

"Mi querido hermano: Según te había indicado en mi última, he hablado al director en favor del chico de tu amigo, y aun cuando ese chico es demasiado joven todavía y no tiene las condiciones necesarias para ser aprendiz, el director me ha permitido que le tome como aprendiz. Vivirá y comerá con nosotros, y te prometo hacer cuanto pueda para que, dentro de cuatro años, sea un buen obrero. Todos aquí están buenos. Mi mujer y Zenaida te envían muchos recuerdos y el Nantés también, y yo también.

ROUDIC,

Capataz de los talleres de montaje.

—¡Oyes, Jack! replicó D'Argenton, con la mirada viva, el brazo extendido—dentro de cuatro años serás un buen obrero, es decir, lo que hay de más hermoso, de más noble en esta tierra de servilismo. Dentro de cuatro años serás esa cosa santa que se llama "el buen obrero.„

¡Había oído bien, pardiez! "el buen obrero.„

Pero no comprendía bien, y trataba de entender. En París el niño había visto obreros algunas veces. Algunos vivían en el Pasaje de las Doce Casas; y muy cerca del colegio, una fábrica de faroles, la salida de la cual había visto algunas veces el muchacho, dejaba escapar, á eso de las seis de la tarde, grupos de hombres vestidos con blusas manchadas de aceite, con las manos negras, rudas, agrietadas por el trabajo.

La idea de que llevaría una blusa fué la primera que se le ocurrió. Recordaba el tono despreciativo con que su madre decía en otro tiempo: "¡Son obreros, gente de blusa!„ El cuidado con

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

que en la calle evitaba el roce, que manchaba, de sus trajes manchados: cierto que todos los hermosos discursos de Labassindre sobre la función, la influencia del obrero en el siglo XIX, venían á contradecir ó atenuar sus vagos recuerdos en su espíritu. Pero lo que sí resultaba claro y abrumador es que sería necesario marcharse, abandonar el bosque, cuyas verdes cimas veía desde allí; la casa de los Rivals, á su madre, á su madre, á quien había reconquistado tan trabajosamente, y á la cual amaba tantísimo.

¡Dios mío! ¿Qué tendría que hacer en aquella ventana, desentendiéndose de todo cuanto se hablaba al lado suyo? Hacía un momento, sin embargo, que había perdido su inmovilidad indiferente. Un temblor convulsivo sacudía todo su cuerpo, y su mano, que tenía delante de los ojos á guisa de pantalla, se bajaba un poco como si quisiera contener sus lágrimas. ¿Sería muy triste lo que acababa de ver en el campo, en el horizonte por donde huyen los días, por donde desaparecen tantos ensueños, tantas ilusiones, tantos cariños y tantas llamas?

—¿De modo que tendré que marcharme? preguntó el niño con voz apagada, casi maquinal, como si dejase hablar á su pensamiento, al único pensamiento que tenía.

Al oir esta cándida pregunta, todos los individuos del tribunal se miraron, sonriendo compasivamente; pero allí, junto á la ventana, se oyó un gran gemido.

—Nos marcharemos dentro de ocho días, hijo mio, dijo Labassindre sin andarse en chiquitas; hace mucho tiempo que no he visto á mi hermano. ¡Así aprovecharé la ocasión de calentarme un poco al fuego de mi antigua fragua, vive Dios!

Y al hablar levantaba la manga y doblaba el brazo, hinchando sus músculos y luciendo su abundante vello.

—¡Está soberbio! exclamó el doctor Hirsch.

Pero D'Argenton, que no perdía de vista á la que estaba llorando junto á la ventana, había adoptado una expresión distraída y había fruncido las cejas terriblemente.

—Puedes retirarte, Jack, dijo al niño, y estar dispuesto para emprender el viaje dentro de ocho días.

Jack bajó asustado, estupefacto y repitiendo para sus adentros: "¡Dentro de ocho días! ¡Dentro de ocho días!„ La puerta de la calle estaba abierta. Salió con la cabeza descubierta, como estaba; echó á correr por las calles de Etiolles hasta casa de sus amigos, y encontrando al doctor, que salía en aquel momento, lo puso al corriente de lo que acababa de pasar.

El Sr. Rivals se indignó.

—¡Obrero! ¡Quieren hacerte obrero! ¡Y á eso llaman ocuparse de tu porvenir! Espera, espera, que yo le diré lo que viene al caso á tu señor padrastro.

Los que vieron en la calle al bueno del doctor hablando alto, gesticulando, y á Jack sin sombrero, ahogándose á consecuencia de la carrera, dijeron: "Alguien hay enfermo en casa de los parisienses.„

Nadie estaba enfermo... Cuando el médico llegaba, se estaban sentando á la mesa; porque á causa de lo exigente del estómago del amo de la casa, y como sucede en los sitios donde uno se fastidia, siempre adelantaban las horas de las comidas.

Todos los semblantes estaban risueños; y hasta se oía á Carlota que bajaba de su cuarto tarareando por la escalera.

—Quisiera hablar dos palabras con usted, señor D'Argenton, dijo el anciano Rivals con los labio temblorosos.

El poeta se retorció su poblado bigote.

—Pues siéntese usted ahí, doctor. Le pondrán á usted un cubierto y, almorzando, me dirá usted lo que guste.

—No, muchas gracias, no tengo ganas; y además, lo que tengo que decir á usted y á su señora—y saludó á Carlota que acababa de entrar,—es absolutamente confidencial.

—Supongo lo que le trae á usted, dijo D'Argenton, que no tenía maldito el deseo de celebrar una conferencia reservada con el doctor. ¿Es del chico, verdad?

—Precisamente; del chico.

—Pues entonces puede usted hablar. Estos caballeros saben de lo que se trata, y yo tengo en todos mis actos bastante lealtad y desinterés para que no me importe que se hable de ellos delante de todo el mundo.

—Pero, hijo... se atrevió á decir Carlota, á quien aquella explicación delante de gente asustaba por muchas razones.

—Puede usted hablar, doctor, dijo friamente D'Argenton.

De pie, al otro lado de la mesa, el médico empezó:

—Jack acaba de decirme que lo va usted á poner á un oficio, que lo manda usted como aprendiz á las fraguas de Indret. Vamos á ver, ¿es eso verdad?

—Muy verdad, querido doctor.

—¡Cuidado! replicó el Sr. Rivals conteniéndose; ese niño no ha sido educado para un trabajo tan duro. En pleno período de desarrollo va usted á lanzarlo á un elemento nuevo, á meterlo en una atmósfera nueva. Se juega usted su salud y su vida. No tiene nada de lo que se necesita para eso. No es bastante fuerte.

—¡Ah! permítame usted, querido compañero... interrumpió solemnemente el doctor Hirsch.

El Sr. Rivals se encogió de hombros, y siguió hablando sin mirarlo siquiera.

—Lo digo yo, señora—afectaba dirigirse á Carlota, á quien aquel llamamiento á sus sentimientos turbaba singularmente.—Es imposible que su hijo de usted resista esa vida. Usted lo conoce bien, usted que es su madre. Usted sabe que es una naturaleza fina, delicada, sin resistencia para la fatiga. Y no hablo ahora más que de la pena física. Pero crea usted que un niño tan bien dotado, cuyo espíritu, ya despierto, está preparado para toda clase de estudios, sufrirá mil muertes en ese anonadamiento forzoso, en ese letargo de todas sus facultades intelectuales á que lo condenan ustedes.

—Se equivoca usted, doctor, dijo D'Argenton que ya se iba irritando. Conozco al sujeto mejor que nadie. Lo he hecho trabajar. No sirve más que para trabajos mecánicos. Esa, y no otra es su aptitud. ¡Y precisamente cuando le doy los medios de desarrollar esa aptitud, cuando lo dedico á un oficio soberbio, el caballerito, en vez de darme las gracias, va á quejarse, á buscar protector fuera de su casa, en casa extraña!

Jack quiso protestar. Su amigo le ahorró el trabajo.

—No ha venido á quejarse. No ha hecho más que darme cuenta de la decisión de ustedes. Y yo le he dicho lo que le repito ahora aquí: Jack, hijo mío, no te dejes llevar. Echate al cuello de tus padres, de tu madre, que te quiere y del mairdo de tu madre, que te debe querer, aunque sólo sea por ella. Suplícales, conjúrales. Pregúntales qué les has hecho para que así quieran degradarte, ponerte tan por debajo de ellos.

—Doctor, dijo Labassindre dando un puñetazo que conmovió toda la mesa; la herramienta no degrada al hombre, antes lo ennoblece. La herramienta es la generadora del mundo. A los diez años, Jesucristo manejaba el cepillo de carpintero.

—Eso es verdad, murmuró Carlota, que en seguida tuvo una visión de su Jack vestido de niño Jesús con su cepillo de carpintero, desfilando en una procesión.

—¡No haga usted caso de esas tonterías, señora! gritó el doctor exasperado. Hacer de su hijo de usted un obrero, es alejarlo de usted para siempre. Aunque lo mandase usted al fin del mundo, estaría menos lejos de su espíritu, de su corazón, de usted; porque al menos existirían esos medios de aproximación que permiten las distancias y que las diferencias sociales matan para siempre. Ya verá, ya verá usted. Llegará día en que se avergonzará usted de él, en que le parecerá que tiene las manos bastas, el lenguaje grosero, sentimientos contrarios á los de usted; un día en que estará delante de usted, delante de su madre, como delante de una extraña de un rango más elevado que el suyo, no sólo humillado, sino avergonzado.

Jack, que aún no había hablado palabra, y que, acurrucado en un rincón, había escuchado muy atentamente, se afectó de pronto, á la idea de una desafección posible entre su madre y él.

Dió un paso hacia el centro del comedor, y afirmando su voz:

—No quiero ser obrero, dijo resueltamente.

—¡Oh, ¡Jack!.. murmuró Carlota desfalleciendo.

Esta vez fué D'Argenton quien tomó la palabra.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Conque no quieres ser obrero? Ahí tienen ustedes al caballerito que se permite querer ó no querer una cosa decidida por mí. ¿Conque no quieres ser obrero? Pero comer sí quieres, ¿verdad? ¿Y vestirte y dormir y pasearte? Pues bien, declaro que ya estoy harto de ti, parásito; y que, si no quieres trabajar, yo me niego á hacer más el primo contigo.

Se detuvo súbitamente, y pasando de la locura

frenética á esa frialdad que era su regla de conducta.

—Suba usted á su cuarto, le dijo. Ya veré yo lo que tengo que hacer.

—Lo que tiene usted que hacer, mi querido D'Argenton, yo se lo diré...

Pero Jack no oyó el final de la frase del señor Rivals; un gesto de D'Argenton lo había echado fuera.

En su cuarto, el ruido de la discusión llegaba á él como las partes variadas de una gran orquesta. Distinguía las voces, las conocía todas; pero entraban las unas en las otras, unidas por su propia resonancia, y aquello hacía un ruido discorde, sobre el cual flotaban pedazos de frases:

—¡Ha mentido usted!

—¡Señores!... ¡Señores!...

—La vida no es una novela.

—Herramienta sagrada *¡hem! ¡hem!*

Por fin se oyó la voz de trueno de Rivals que decía desde la puerta:

—¡Que me ahorquen si vuelvo á poner aquí los pies!

Luego la puerta fué cerrada violentamente, y el comedor quedó sumido en profundo silencio, interrumpido sólo por el ruido de los tenedores que trabajaban á más y mejor.

Estaban almorzando.

"Quiere usted degradarlo; ponerlo á más bajo nivel que ustedes.„ El niño había retenido la frase y comprendía que, en efecto, aquella era la intención de su enemigo.

¡No, mil veces no; no quería ser obrero!

Abrióse la puerta, y entró su madre.

Había llorado mucho, y verdaderas lágrimas, de esas que producen arrugas. Por primera vez aparecía la madre sobre aquella fisonomía de mujer bonita, pero la madre dolorida y triste.

—Oyeme, Jack,—dijo procurando mostrarse

severa; necesito hablar seriamente contigo. Acabas de darme un grave disgusto sublevándote abiertamente contra tus verdaderos amigos, y rehusando aceptar el empleo que te proporcionan. Ya sé yo que hay en esa nueva vida...

Mientras hablaba, Carlota huía la mirada del niño, una mirada de dolor, de reproche; tan ardiente, tan desolada, que no había podido resistirla.

—...Que hay en esa nueva vida que soñábamos para ti un aparente desacuerdo con la que has hecho hasta hoy. Confieso que en los primeros momentos, yo misma estaba asustada; pero ya has oído, ¿no es verdad? lo que te han dicho. La condición del trabajador, no es ya la que era en otro tiempo; ¡oh! ni mucho menos, ni mucho menos. Ya sabes que ahora le toca el turno al obrero. El tiempo de la aristocracia ha pasado, y el de la clase media está para pasar... Y además, á tu edad, debe uno dejarse guiar por las personas que le quieren y que tienen experiencia.

Un sollozo de su hijo la interrumpió:

—¿De modo que me echas; tú también me echas?

Esta vez, la madre ya no pudo resistir. Lo cogió en brazos y lo estrechó apasionadamente.

—¿Echarte yo? ¿Lo puedes creer? ¿Es eso posible? Vamos, cálmate; no tiembles, no te emociones así. Bien sabes cuánto te quiero, y que si en mi mano estuviese, no nos separaríamos nunca. Pero es preciso ser razonables y pensar un poco en el porvenir... ¡Ay! El porvenir se presenta bien sombrío para nosotros.

Y en uno de aquellos pujos de palabras que aún tenía á veces cuando se veía lejos del amo, trató de explicar á Jack, con todo género de vacilaciones, de reticencias, lo que tenía de irregular la situación en que se encontraban.

—Mira, hijo mío; eres todavía muy joven; hay cosas que no puedes comprender. Algún día, cuando seas mayor, te revelaré el secreto de tu nacimiento; una verdadera novela, hijo mío. Algún día te diré el nombre de tu padre y la inaudita fatalidad de que tú y tu madre habéis sido víctimas. Pero hoy, lo que es preciso que sepas, que comprendas, es que no tenemos nada nuestro, pobre hijo mío, y que dependemos en absoluto de... de Él. ¿Cómo quieres que me oponga á tu marcha, sobre todo sabiendo, como sé, que no te hace marchar más que por interés tuyo? No puedo pedirle nada, porque ha hecho mucho por nosotros. Y, además, él tampoco es muy rico, y esta terrible carrera artística es muy ruinosa para él. No podía sufragar los gastos de tu educación. ¿Qué va á ser de mí, colocada entre vosotros dos? Es preciso, sin embargo, adoptar un partido. ¡Ah! Si pudiera yo irme por tí á ese dichoso Indret... Piensa que así tendrás una manera de vivir. ¿No te gustará no necesitar á nadie para vivir, para ganarte el pan, para ser dueño de tí mismo?

Por el relámpago que pasó por los ojos del niño, la madre comprendió que había hecho blanco; y muy quedito, con voz acariciadora y mimosa, que sólo las madres tienen, murmuraba:

—¡Hazlo por mí, Jack! ¿Quieres? Ponte pronto en condiciones de ganarte la vida. ¿Quién sabe si algun día me veré obligada á recurrir á ti como á mi único sostén, á mi único amigo?

¿Pensaba lo que decía? ¿Era un presentimiento, uno de esos súbitos desgarrones del porvenir que muestran el destino hasta el fondo, y toda la desdicha de la propia existencia? ¿O habría hablado arrastrada por el torbellino de sus frases, por el arranque de su sentimentalismo?

Ello es que no podía encontrar manera mejor para vencer aquella joven alma generosa. El efecto fué instantáneo. La idea de que su madre

podía tener necesidad de él, que podría ayudarla con su trabajo, lo decidió súbitamente.

La miró con fijeza:

—Júrame, le dijo, que me querrás siempre; que no te avergonzarás de mí cuando tenga las manos negras.

—¡Te querré siempre, Jack mío!

Por toda respuesta, lo llenó de caricias, ocultando, bajo sus besos apasionados, su turbación y sus remordimientos; porque desde aquel momento la infeliz mujer tuvo remordimientos, los tuvo durante toda su vida, y jamás volvió á pensar en su hijo sin sentir una puñalada en el corazón.

Pero él, como si comprendiera toda la vergüenza, toda la incertidumbre, todo el terror que aquellos abrazos ocultaban, se desprendió de ellos y se lanzó á la escalera.

—Vamos, mamá, bajemos. Voy á decirle que acepto.

Abajo, los bohemios seguían comiendo.

A todos les llamó la atención el aspecto grave y resuelto que tenía Jack al entrar.

—Le pido á usted perdón, dijo á D'Argenton. He hecho mal en rehusar lo que me ofrecía usted hace poco. Ahora acepto, y le doy á usted las gracias.

—¡Está bien, muchacho! dijo el poeta con solemnidad. Ya sabía yo que la reflexión destruiría tus resistencias... Me alegro que reconozcas la lealtad de mis propósitos Da las gracias al amigo Labassindre, porque á él debes esa suerte. El te ha abierto de par en par las puertas del porvenir.

El barítono alargó su enorme pata, en la palma de la cual se hundió su manita.

—¡Choca, muchacho! le dijo afectando tratarlo como si fueran dos antiguos compañeros que trabajasen en el mismo taller; y desde aquel mo-

mento hasta el de emprender el viaje, no le volvió á dirigir la palabra, más que en ese tono brutal y familiar que los obreros usan entre sí como lazo de compañerismo.

Durante aquellos ocho días últimos, Jack no hizo más que corretear por el bosque y los caminos. Experimentaba más turbación é inquietud, que tristeza; y de cuando en cuando, la idea de la responsabilidad que iba á tener daba á su bella fisonomía una expresión inusitada, un fruncimiento de cejas que en los jóvenes marca el esfuerzo de una voluntad. Ahora era un Jack viejo. Anduvo visitando todos sus rincones favoritos, como si fuera un hombre que hiciese paso á paso la peregrinación de su infancia.

¡Ah! Por más que la tía Salé lo amenazaba desde lejos, Jack el viejo no le tenía miedo y se sentía con fuerza para cargar con el haz de leña que ella llevaba. Pero tenía un gran pesar por no poder ir á casa de Rivals á despedirse de Cecilia.

—Mira, Jack mío; después de la cuestión que han tenido estos señores, no sería conveniente, repetía Carlota cada vez que Jack le rogaba que le permitiese visitarlos.

Por fin, el día antes de marcharse, con la malvada alegría de su triunfo, D'Argenton consintió que el niño fuese á despedirse de sus amigos. Llegó á su casa de noche. No había nadie en el vestíbulo. Nadie en la botica, las persianas de la cual estaban cerradas. Nada más que un rayito de luz que salía de la biblioteca, de lo que llamaban la biblioteca, un inmenso granero atestado de diccionarios, de atlas, de obras de medicina y de enormes volúmenes de lomo encarnado de la colección Panckouke.

Allí estaba el doctor muy ocupado, llenando un cajón de libros.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? dijo al niño. Seguro esta-

ba yo de que no te irías sin despedirte. No querían dejarte venir, ¿no es verdad? Yo tengo en parte la culpa. Estuve un poco violento. Mi mujer me ha regañado de lo lindo... Y á propósito, ¿sabes que se ha marchado ayer con la chiquilla? Las he mandado á que pasen un mes en los Pirineos, con mi hermana. La niña estaba malucha. Cometí la tontería de anunciarle que te ibas, de golpe y porrazo, sin prepararla... ¡Ah, los niños! Cree uno que no sienten las cosas, y tienen pesares tan grandes y tan violentos como los nuestros.

Ahora hablaba á Jack como si fuese un hombre; y, sin embargo, á la idea de que su amiguita se había puesto mala por él, y que se marcharía sin verla, Jack el viejo sentía ganas de echarse á llorar como un chiquillo.

Miraba los libros esparcidos, la inmensa habitación, mal alumbrada por una vela puesta en un rincón de la mesa al lado del *grog* y de una botella de aguardiente; porque el señor Rivals aprovechaba la ausencia de su mujer para volver á sus antiguos hábitos de marino. Así es que el bueno del viejo tenía los ojos brillantes, y una singular animación al remover los libros, al soplar el polvo de los estantes y al vaciar todo un rincón de su biblioteca en el cajón que había á sus pies.

—¿Sabes lo que estoy haciendo, muchacho?

—No, señor.

—Estoy escogiendo libros para ti; libros que te llevarás para leer, ¡me oyes! para que los leas siempre que tengas un ratò desocupado. Recuerda esto bien: "los libros son los verdaderos amigos.„ Puede uno dirigirse á ellos en los grandes pesares de la vida, seguro de encontrarlos. Yo puedo decirte que si no fuese por mis librotes, después de mi desgracia, hace ya tiempo que no estaría en el mundo. Mira este cajón, hijo mío.

Hay muchos, ¿no es verdad?... No respondo de que *los comprendas todos ahora. Pero eso no importa*; hay que leerlos. Hasta los que no comprendas, te dejarán alguna luz en el espíritu. Prométeme que los leerás.

—Se lo prometo á usted, señor Rivals.

—Bueno... ya está el cajón. ¿Puedes llevártelo? No, que es muy pesado. Te lo enviaré mañana. Vamos, despídete de mí.

Y el buen viejo cogióle la cabeza con sus dos manos y le dió dos ó tres besos muy fuertes.

—Unos por mí y otros por Cecilia,—añadió con bondadosa sonrisa, y mientras cerraba la puerta Jack le oyó murmurar: "¡Pobre niño... pobre niño!„

Sucedía lo mismo que en Vaugirard, en el colegio de Jesuítas. Sino que ahora sabía ya por qué lo compadecían.

Al día siguiente, el viaje había puesto en movimiento toda la casa de D'Argenton.

Cargaron el equipaje en un carro detenido á la puerta. Labassindre, con un traje rarísimo, como si emprendiera una expedición á través de *las Pampas: altas polainas, chaqueta de terciopelo* verde, sombrero ancho, cartera de cuero colgada á la bandolera, iba y venía de una parte á otra, cantando. El poeta estaba á un tiempo mismo grave y radiante; grave porque se creía estar haciendo una obra humanitaria, social; radiante, porque aquel viaje lo llenaba de alegría. Carlota besaba á Jack, volvía á besarlo, y cuidaba de si le faltaba algo.

No; no le faltaba nada. Al contrario; iba demasiado bien vestido para obrero, estallando dentro de su traje, con esa fatalidad de los seres que crecen demasiado de prisa, condenados durante su adolescencia al martirio de la ropa demasiado corta.

—Tenga usted mucho cuidado, señor Labassindre.

—Lo cuidaré tanto como á mi nota, señora.

—¡Jack!

—¡Mamá!

Hubo un último abrazo. Carlota sollozaba. El niño no dejaba ver su emoción. La idea de que iba á trabajar para su madre, daba fuerzas á Jack el viejo. Al llegar al recodo del camino, se volvió para ver otra vez y llevarse, en lo hondo de su mirada, el bosque, la casa, el cercado y aquella cara de mujer que le sonreía á través de sus lágrimas.

—¡Escríbenos á menudo, Jack mío! gritó la madre.

Y el poeta, con solemnidad:

—Jack, acuérdate de que la vida no es una novela.

La vida no es una novela; pero para él sí lo era... ¡miserable!

No había más que verlo á la puerta de su casita, apoyado en su Carlota, en medio de los rosales, con una postura presuntuosa como una figura de cromo, y tan lleno de egoísmo y satisfacción, que olvidaba su odio y enviaba con la mano un adiós paternal y la bendición al niño á quien acababa de echar á la calle

SEGUNDA PARTE

INDRET

Al pasar por entre la muchedumbre, Labassindre fué reconocido.

El barítono se puso de pie en la barca en que el niño y él pasaban el río Loira, por un poco más arriba de Paimbœuf y con gesto enfático:

—¡Mira, Jack, dijo, mira si esto es hermoso!

A pesar de lo que había de convencional y grotesco en aquella admiración de comicastro, hallábase justificada por el asombroso paisaje que se presentaba á su vista.

Serían las cuatro de la tarde. Un sol de Julio, un sol de plata fundida, esparcía sobre las aguas su rostro luminoso. Aquello producía en el aire una reverberacion palpitante, como una bruma

de luz, en la cual, la vida del río, activa, silenciosa, aparecía con efectos rápidos de espejismo. Velas de barco entrevistas, que parecían doradas á aquella hora, pasaban á lo lejos como si volasen.

Eran barcazas procedentes de Noirmoutiers, cargadas hasta la borda de una sal blanquísima y brillante, manejadas por pintorescas tripulaciones: hombres con el enorme tricornio de los salineros bretones; mujeres cuyas cofias abundantes de tela, tenían la blancura y el brillo de la sal.[57]

Veíanse también faluchos costeros dedicados al comercio de cabotaje, con sus cubiertas atestadas de sacos de grano y barricas; remolcadores que arrastraban una fila interminable de barcas; alguno que otro barco nantés de tres palos, que, procedente del fin del mundo, volvía á su país después de dos años de ausencia, y remontaba el río con movimiento reposado, lento, casi solemne, como si llevara dentro de sí el recogimiento religioso propio de quien vuelve á su patria, y la poesía misteriosa que tiene todo lo que viene de muy lejos.

A pesar del calor de Julio, un soplo de viento animaba toda aquella hermosa decoración, porque el viento venía del mar con frescura y alegría, dejando adivinar que, un poco más allá, al otro lado de aquellas olas apretadas que iban perdiendo ya en aquel sitio la calma, la tranquilidad del agua dulce, se encontraba ya el verde Océano sin límites, las olas furiosas, las tempestades.

—¿Dónde está Indret? preguntó Jack.

—Allí; aquella isla que se ve enfrente de nosotros.

Al través de la plateada bruma que envolvía la isla, Jack veía confusamente grandes álamos en fila, y altas chimeneas, de las cuales se escapaba un humo espeso, negro, densísimo que iba esparciéndose y que ensuciaba el cielo. Al mismo

57. La división del texto en párrafos es uno de los aspectos en los que más libertades se permite Giner de los Ríos. No es extraño, como sucede en esta extensa descripción, que el traductor introduzca divisiones donde no las hay en la novela francesa. En el texto original, los tres párrafos que ocupan la presente página se presentan en uno solo. Parece que Giner de los Ríos quiere facilitar la lectura parcelando el texto en unidades que fatiguen menos la lectura. En este caso, la nueva división responde a la progresión temática de la descripción (cada vez que el narrador fija su mirada en un nuevo aspecto de la realidad, Giner de los Ríos cambia de párrafo), pero tenemos la impresión de que, en ocasiones, el traductor actúa más como un tipógrafo que se preocupa por "airear" la página de manera que no resulte excesivamente plúmbea para la vista del lector.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tiempo oía un ruido estrepitoso: mrtillazos dados sobre hierro, ruidos sordos, otros más claros que repercutían de diversos modos por la sonoridad del agua, y, sobre todo, un ronquido continuo, perpetuo, como si la isla fuese un inmenso buque de vapor parado, pero haciendo andar sus ruedas, á pesar de tenerlas paradas..

A medida que la barca se acercaba lentamente, muy lentamente, porque pasar el río era cosa dura y difícil, el niño iba distinguiendo grandes edificios bajos de techo, de paredes ennegrecidas, que se extendían en todas direcciones con una uniformidad abrumadora; luego, á orillas del río y hasta donde la vista alcanzaba, enormes calderas alineadas, pintadas de rojo, cuyo color producía un efecto fantástico. Buques-transportes de guerra, lanchas de vapor, alineados frente al muelle, esperaban ser cargados, con la ayuda de una enorme grúa colocada cerca de allí, y que desde lejos parecía una horca gigantesca.

Al pie de aquella horca, un hombre en pie veía llegar la lancha.

—Es Roudic, dijo el cantante; y con su más profunda voz de bajo, lanzó un ¡hurra! formidable que se oyó á pesar de aquel ruido infernal.

—¿Eres tú, muchacho?

—¡Diablo! Sí, soy yo... ¿Hay acaso quien dé una nota como la mía, debajo de la capa del sol? La lancha atracó. Los dos hermanos saltaron uno en brazos de otro y se dieron un terrible apretón.

Se parecían; pero Roudic tenía mucha más edad y carecía de ese aspecto de bienestar que tienen casi todos los cantantes. En vez de llevar barba, como su hermano, iba afeitado, rapado, y su gorro de marinero, un gorro de lana azul muy descolorido, adornaba una cara de verdadero bretón, curtida por el aire del mar, con unos ojillos de mirada muy inteligente, afinada por los minuciosos trabajos de su oficio.

—Y en tu casa, ¿qué tal? preguntó Labassindre. ¿Cómo están Clarisa, Zenaida y todos?

—Todos buenos, á Dios gracias. ¡Hola, hola! este es nuestro nuevo aprendiz. Un muchacho muy guapo y muy alto... pero no parece muy fuerte.

—Pues hijo, es fuerte como un toro, y está garantizado por los primeros médicos de París.

—Entonces mejor, porque este oficio nuestro es muy rudo. Vamos ahora, si os parece, á ver al director.

Siguieron una larga avenida de hermosos árboles, que pronto se trocó en una calle de pueblo, bordeada de casitas blancas, limpitas y todas iguales. Allí viven la mayor parte de los empleados de la fábrica, los maestros, los primeros obreros. Los otros habitan en la orilla opuesta, en la montaña ó en la baja Indret.

En aquel momento todo estaba silencioso: la vida y el movimiento hallábanse concentrados en la fábrica; y á no ser por la ropa blanca tendida en las ventanas, las macetas alineadas en los antepechos, el llanto de un chicuelo, la cadencia de una cuna, que salía por una puerta entreabierta, habríase podido creer que el barrio estaba deshabitado.

—¡Ah! la bandera está arriada, dijo el cantante cuando llegaban á la puerta de los talleres... ¡Cuántos sustos me tiene dados la dichosa bandera!

Y explicó á su amigo Jack que cinco minutos después de la entrada de los obreros en los talleres, arriaban la bandera para indicar que las puertas de la fábrica estaban cerradas. Mala cosa para los rezagados, porque se les apuntaba una falta de asistencia, y á la tercera falta les echaban á la calle.

Mientras él daba estas explicaciones, su hermano se entendía con el portero de guardia y

obtenía permiso para que entrasen en el establecimiento. Aquel era un ruido espantoso: ronquidos, silbidos, chirridos que variaban sin atenuarse, cruzándose de uno á otro de multitud de departamentos de techo triangular, espaciados en un terreno en cuesta, que se veía cruzado por numerosos railes.

Una ciudad de hierro.

Los pasos sonaban sobre placas de metal incrustadas en el suelo. Caminábase por entre montones enormes de barras de hierro, de aros fundidos, de lingotes de cobre; entre filas de cañones de desecho, llevados allí para ser fundidos de nuevo, mohosos por fuera, completamente negros por dentro y casi humeantes todavía, antiguos señores del fuego, que iban por el fuego á morir.

Roudic, al pasar, iba indicando las diferentes divisiones del establecimiento:

—Ese es el taller de montaje... los talleres de pulir... las calderas... las fraguas... la fundición.

Tenía que gritar para que lo oyesen; tan grande era el ruido que los ensordecía.

Jack, asombrado, veía con sorpresa las puertas de los talleres, que estaban casi todas abiertas á causa del calor que hacía; un bosque de brazos levantados, de cabezas ennegrecidas, de máquinas en movimiento en una oscuridad de antro profundo y sordo, alumbrado de cuando en cuando por sacudidas de luz.

Bocanadas de calor, olores de hulla, de tierra quemada, de hierro en combustión, salían de allí envueltos en impalpable polvillo negro finísimo, candente, que producía, al ser descompuesto por el sol, chispas metálicas; ese brillo de la hulla que puede convertirse en diamante.

Pero lo que constituía el carácter vivo, apresurado, jadeante de todo aquel trabajo gigantesco, era un sacudimiento perpetuo de sol[58] y de

58. Nuevo desliz del traductor: "ébranlement perpétuel du sol", dice Daudet en el original. Es el "suelo", que no el "sol", lo que tiembla.

aire; una trepidación contínua, algo así como el esfuerzo de una bestia enorme, á la cual hubieran encerrado debajo de la fábrica, cuyas humeantes chimeneas dejasen escapar la respiración y los quejidos. Temeroso de aparecer demasiado novicio, Jack no se atrevía á preguntar quién hacía aquel ruido que ya desde lejos le había impresionado.

De pronto se hallaron frente á un antiguo castillo del tiempo de la Liga,[59] sombrío, flanqueado por grandes torreones, y cuyos ladrillos, ennegrecidos por el humo de la fábrica, habían perdido su brillo primitivo.

—Aquí está la dirección, dijo Roudic.

Y dirigiéndose á su hermano, añadió:

—¿Subes?

—¡Ya lo creo! No me disgusta volver á ver al *Mono* y demostrarle que, á pesar de sus predicciones, se ha hecho uno un hombre á la moda.

Y se estiraba dentro de su americana de terciopelo, orgulloso de sus botas de gamuza amarilla y de su cartera de viaje, colocada á la bandolera. Roudic no le hacía objeción alguna, pero parecía cortado.

Pasaron por debajo de la poterna; penetraron en los vetustos edificios; cruzaron una porción de habitacioncillas irregulares, oscuras, donde trabajaba una serie de escribientes, sin levantar cabeza. En la última sala, un hombre de aspecto severo y frío estaba sentado á una mesa de escritorio, colocada junto á una gran ventana.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo Roudic?

—Sí, señor director; vengo á presentar á usted al nuevo aprendiz, y á darle gracias por...

—¡Ah! ¿Éste es ese verdadero prodigio? ¡Buenos días, muchacho! Parece que tenemos verdadera vocación por la mecánica, ¿eh? Eso está muy bien.

59. Aunque en alguna ocasión lo hace, Giner de los Ríos es poco dado a ofrecer al lector español aclaraciones sobre elementos de la cultura francesa que podrían resultarle desconocidos. La precisión documental de la que hace gala Daudet, como buen autor naturalista, se presta a veces a ello. La Liga fue una confederación católica fundada en el siglo XVI por el duque de Guise para defender a los católicos de los protestantes durante las llamadas "guerras de religión". El apoyo que recibió el duque de Guise por parte de nuestro católico Felipe II desacreditó la Liga ante el resto de franceses. Cuando Henri IV abjuró de la fe protestante y se convirtió al catolicismo ("París bien vale una misa"), la Liga se disolvió.

Y después de haber mirado atentamente al muchacho, prosiguió:

—Oiga usted, Roudic; no parece muy fuerte el chico. ¿Está enfermo?

—No, señor director. Al contrario, me aseguran que tiene una fuerza asombrosa.

—Asombrosa, repitió Labassindre adelantándose; y ante la mirada de sorpresa del director, creyó que debía recordarle quién era él, que se había ido de la fábrica hacía seis años para entrar en el teatro de Nantes, y que, de allí, fué á la Opera de París.

—¡Oh! me acuerdo muy bien de usted, contestó el director con tono de perfecta indiferencia, y de repente se levantó como para cortar la conversación.

—Llévese usted á su aprendiz, y procure usted hacer de él un buen obrero. Con usted estoy tranquilo.

El cantante, vejado por no haber producido el efecto que esperaba, salió muy disgustado. Roudic se quedó el último en el despacho y cambió algunas palabras en voz baja con su jefe. Despues los dos hombres y el niño volvieron á bajar diversamente impresionados. Jack meditaba en aquellas palabras "no es bastante fuerte„ que todos le repetían desde su llegada. Labassindre digería su humillación; el ajustador también parecía preocupado.

Cuando estuvieron fuera:

—¿Es que te ha dicho algo desagradable?... preguntó Labassindre á su hermano. Tiene peor aire que en mi tiempo.

Roudic movió la cabeza tristemente:

—No. Me hablaba de Carlillos, el hijo de nuestra pobre hermana, que está en camino de darnos muchos disgustos.

—¿El nantés os da disgustos? preguntó el cantante. ¿Qué es ello?

—Pues que desde que murió su madre se ha hecho un perdido completo; juega, bebe, tiene deudas. Sin embargo, gana muy buenos jornales en el taller de dibujo. No hay un dibujante como él en Indret. Pero, ¿qué quieres? Todo se lo comen las cartas. Hay que creer que el vicio es más fuerte que él; porque todos le hemos hablado: el director, yo, mi mujer, sin conseguir nada. Llora, se aflige, promete no volver á las andadas; pero así que coge la paga, ¡crac! escapa á Nantes y va á jugar. Yo he pagado ya bastantes veces por él. Pero ya no puedo más. Tengo mi casa, ¡ya comprendes! y además, va siendo ya preciso pensar en establecer á Zenaida. ¡Pobre hija! ¡Cuando pienso que había tenido la idea de casarla con su primo! ¡Dichosa sería! Por lo demás, ella es quien no ha querido, á pesar de que él es un buen mozo y tiene mucho gancho. ¡Ah! Las mujeres tienen más sentido que nosotros... En fin, en este momento tratamos de hacer que se marche, para arrancarlo á las malas compañías. Precisamente me decía el director que acababa de encontrarle una plaza en Guérigny, en el Nièvre. Pero no sé si el muchacho querrá ir. Debe tener algunos amores por aquí, y esto es lo que le ata. Mira, tú debías hablarle esta noche. Acaso te escuchara.

—Yo me encargo de ello; no tengas cuidado, dijo Labassindre con aire de importancia.

Mientras hablaban, bajaban las calles de la fábrica, llenas á estas horas, pues el trabajo había terminado, de una multitud de gentes de todos aspectos, de todos los oficios, de blusa, de chaqueta, y en la que se veían la levita del dibujante y los uniformes de los vigilantes.

Jack estaba asombrado de la seriedad con que se efectuaba esta salida del trabajo. Comparaba aquel cuadro con los gritos, los empujones en las aceras que dan animación á París á la hora de salida de los talleres, tan ruidosa como la salida de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

las escuelas. Conservábase aquí la disciplina como á bordo de un barco de guerra.

Una niebla cálida flotaba sobre toda aquella población; niebla que el viento de la mar no había disipado todavía y que flotaba como una pesada nube en la serenidad de aquella hermosa tarde de Julio. Las galerías, silenciosas, evaporaban sus olores de fragua. Silbaba el vapor, corría el sudor por las frentes, y la palpitación que Jack había visto hacía un momento, cesaba para dejar lugar á la respiración de aquellos dos mil pechos de hombres cansados por el trabajo de todo el día.

Al pasar por entre la multitud, Labassindre fué reconocido en seguida.

—¡Calle! ¿Cómo te va?

Lo rodeaban, le daban fuertes apretones de manos, se decían unos á otros:

—Mira al hermano de Roudic, el que gana cien mil francos al año sólo con cantar.

Todo el mundo quería verle, porque era una de las leyendas de la fábrica, aquella supuesta fortuna del antiguo herrero; y desde su partida, *más de un joven compañero había tanteado* su garganta para ver si por casualidad tenía en ella la nota, la famosa nota que producía millones.

En medio de este cortejo de admiraciones que su traje teatral inflamaba más, el cantante andaba con la cabeza erguida, hablando alto, riendo fuerte, lanzando "¡hola, tío tal!„ "¡hola, señora cual!„ á las casas cuajadas de rostros de mujeres; á las tabernas, á las pastelerías que llenaban aquella parte del Indret, donde se instalaban feriantes de todas clases, extendiendo sus mercancías al aire libre: blusas, zapatos, sombreros, pañuelos, toda la pacotilla ambulante que se encuentra en los campos y alrededor de los cuarteles y las fábricas.

Al pasar á través de aquellos puestos, Jack creyó ver una cara conocida, una sonrisa que atravesaba los grupos para llegar á él; pero no fué más que un relámpago, una visión arrebatada en seguida por la ola movible de la multitud, dirigiéndose á la gran ciudad obrera, esparciéndose hasta por la otra orilla del río, en anchas barcas cargadas, activas, numerosas, como para el transporte de un ejército.

Caía la noche sobre aquella agitación de hormiguero en dispersión. Bajaba el sol. El viento refrescaba, agitando los árboles como palmas; y era un grandioso espectáculo el de la isla laboriosa entrando también en su reposo, vuelta á la naturaleza por una noche. A medida que el humo se disipaba, aparecían entre las galerías masas de verdura. Se escuchaba el rumor del agua rompiendo en las orillas, y las golondrinas que rozaban la superficie del río, piando, se arremolinaban alrededor de las grandes calderas alineadas en el muelle.

La casa de los Roudic era la primera de una larga fila de construcciones que asemejaban un cuartel, en una ancha calle detrás del castillo. Una joven, de pie en el umbral de la puerta, elevada unos cuantos escalones, escuchaba, con la cabeza inclinada, á un mocetón apoyado en el muro y que hablaba con mucha animación. Jack había creído al pronto que aquella sería la hija de Roudic; pero oyó al viejo contramaestre decir al cantante:

—¡Mira! Allí está mi mujer sermoneando á su sobrino.

El niño recordó que Labassindre le había dicho por el camino que su hermano se había casado en segundas nupcias pocos años antes. La mujer era joven, bastante guapa, alta y esbelta, con un aire de dulzura en el rostro, y un no sé qué de debilidad, de abandono, esa actitud inclinada que

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

da á ciertas mujeres la fatiga de soportar una cabellera muy pesada. Contra la moda bretona, llevaba la cabeza descubierta, y su falda de tela ligera, su pequeño delantal negro, la hacían parecerse á la mujer de un empleado, y no á una campesina ó á una obrera.

—¡Eh! ¿Verdad que es linda? decía Roudic, que se había detenido á algunos pasos con su hermano y le daba con el codo, radiante de orgullo.

—¡Mi enhorabuena, querido! Se ha puesto más guapa desde que se casó.

Los otros seguían hablando, tan absortos en su conversación, que no veían ni oían nada.

Entonces el cantante quitándose el sombrero con un movimiento circular, entonó en plena calle y con voz atronadora:

Salve, morada casta y pura,
Do se adivina la presencia...

—¡Calle! mi tío, dijo volviéndose el que llamaban el nantés.

Hubo un momento de efusión, de abrazos. Fué presentado el aprendiz, á quien miró el nantés con aire despreciativo, pero al que la señora Roudic dijo con dulzura:

—Espero, hijo mío, que se encontrará usted bien entre nosotros.

Después entraron en la casa.

Detras de ésta, estaba puesta la mesa en un jardincillo lleno de legumbres y de flores. Otros jardines iguales, separados unos de otros por enrejados de cañas, extendíanse á lo largo de un pequeño brazo del Loira, que parecía como el Bièvre de aquel rincón, bordado de ropa tendida, de redes puestas á secar, de cáñamo, y arrastrando los detritus de todas aquellas casas de obreros.

—¿Y Zenaida? preguntó Labassindre en el momento de sentarse á la mesa.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Comeremos la sopa mientras llega, dijo Roudic; en seguida viene. Está trabajando en el castillo. ¡Ah! Es toda una famosa costurera.

¿Trabaja en casa del *Mono*? exclamó Labassindre, que no podía olvidar el recibimiento que le habían hecho. Vaya, que debe estar contenta. ¡Un hombre tan orgulloso, tan arrogante!

Y comenzó á clamar contra el director, apoyado por el nantés, que también tenía sus razones para odiarlo. El tío y el sobrino estaban, por otra parte, hechos para entenderse: ambos estaban en el límite que separa al artesano del artista, teniendo precisamente el suficiente talento para aislarse en su medio, pero una primera educación, costumbres, inclinaciones que les impedían salir de él. Mestizos de Europa, la raza más peligrosa, la más desgraciada de todas, con sus odios envidiosos y sus ambiciones impotentes.

—Os engañáis. Es, por el contrario, un hombre excelente, dijo Roudic defendiendo á su jefe, á quien amaba. Un poco duro en la disciplina. Pero cuando se manda á dos mil obreros, es preciso serlo. Si no, todo andaría mal; ¿no es verdad, Clarisa?

Volvíase así á cada momento en busca de apoyo hacia su mujer, porque tenía que habérselas con dos grandes discutidores, y él no era muy elocuente. Pero Clarisa se ocupaba en su comida, y notábase en ella la indolencia de una persona distraída, cuyas manos se mueven con lentitud y la mirada vaga, errante, porque la voluntad ausente está acaparada por algún combate interior.

Afortunadamente, Roudic recibió refuerzo, y un refuerzo serio. Acababa de entrar Zenaida, una mujercilla gruesa, que llegó, roja y sofocada, á lanzarse en lo más fuerte de la discusión. No era bonita. Pesada, pequeña, el talle mal formado, parecíase á su padre. La cofia blanca de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Guerande, en diadema; la saya corta, sostenida en las caderas por un rodete; el pequeño chal, sujeto muy bajo en los hombros, aumentaban su aspecto ancho y macizo. Positivamente, tenía todo el aire de un armario. Pero en las espesas cejas de esta buena muchacha, en su barba cuadrada, sospechábase tanta energía, fuerza y voluntad, cuanta blandura y abandono en el rostro de la madrastra.

Sin tomarse el tiempo para desatarse las grandes tijeras que colgaban de su cintura como un sable, y el peto de su delantal todavía lleno de alfileres y de agujas que hacían de él una coraza para su valeroso pecho, sentóse al lado de Jack y acometió en seguida. La elocuencia del cantante y del dibujante no le asustaba. Lo que tenía que decir, lo decía con el acento de una buena mujer, clara y sencillamente; pero cuando hablaba á su primo, su mirada y su voz encontraban expresiones de cólera.

El nantés aparentaba no observarlo; lo tomaba todo á risa, y respondía con chistes que no la hacían desarrugar el ceño.

—¡Y yo que quería casarlos! decía en un tono mitad serio mitad placentero Roudic, que los oía disputar.

—No he sido yo quien ha dicho que no, dijo el nantés mirando á su prima.

—He sido yo, contestó la bretona, frunciendo sus terribles cejas y sin bajar los ojos... Y me felicito de ello. Del modo que veo que van las cosas, sin duda que á esta hora ya estaría en el fondo del agua, de la pena de tener á usted por marido, primito mío.

Fué dicho esto con tal entonación, que el dichoso primo quedó un momento desconcertado.

Clarisa estaba también muy turbada, y sus ojos, casi llorosos, buscaban los de su hijastra como suplicándole.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Escucha, Carlillos, dijo Roudic con objeto de cambiar la conversación; voy á darte la prueba de que el director es una buena persona. Te ha buscado una plaza magnífica en la fábrica de Guérigny, y me ha encargado que te lo diga.

Hubo un momento de silencio, pues el nantés no se apresuraba á contestar.

Roudic insistia:

—Considera bien, hijo mío, que allá te encontrarás en condiciones mucho mejores que aquí... y que... y que...

Y miraba á su hermano, á su mujer y á su hija, como para encontrar el fin de la frase.

—Y que vale más irse que ser despedido, ¿no es verdad, tío? dijo el nantés brutalmente. . Pues bien; quiero que me despidan si están cansados de mis servicios, y que no se me trate como á un cualquiera, de quien se desembarazan reteniéndole su jornal.

—Tiene razón, ¡caramba! dijo Labassindre golpeando en la mesa.

Enredóse la discusión. Roudic volvió muchas veces á la carga, pero el nantés se mantenía firme. Zenaida, sin hablar, no quitaba los ojos de su madrastra, que salía á cada instante, aunque no tuviera necesidad de ello.

—Y usted, mamá, dijo al fin, ¿no opina que Carlillos debía marcharse?

—Sí, sí, respondió vivamente la señora Roudic... Pienso que haría bien en aceptar.

El nantés levantóse agitado y sombrío.

—Está bien, dijo. Puesto que todo el mundo aquí se alegraría de ver que me iba, ya sé lo que tengo que hacer. Dentro de ocho días me habré marchado. Ahora no hablemos más de ello.

Oscurecía, y encendieron luz. Los jardines próximos se iluminaban también, y se oía por todas partes risas, ruido de platos, esos rumores de ventorrillos al aire libre que hay en los arra-

bales de las grandes ciudades. Labassindre, en medio del embarazo general, había tomado la palabra, rebuscando en su memoria todos los restos de las antiguas teorías del colegio sobre los derechos del obrero, el porvenir del pueblo y la tiranía del capital. Producía mucho efecto, y los camaradas, venidos para pasar la noche con el cantante, se extasiaban ante aquella elocuencia fácil y clara, en medio de su trivialidad.

Aquellos compañeros, en traje de trabajo, ennegrecidos y cansados, á quienes Roudic invitaba á sentarse á medida que iban entrando, tomaban junto á la mesa posturas groseras, se echaban grandes vasos de vino, que bebían de un trago soplando ruidosamente y limpiándose con el revés de la manga, el vaso en una mano y la pipa en la otra.

Ni siquiera entre los bohemios había visto nunca Jack semejantes maneras, y á cada momento le chocaban, por su franca grosería, palabras rústicas. Además, no hablaban como el mundo, sino que usaban entre ellos una especie de jerga[60] que el niño encontraba baja y fea. Jack sintióse acometido súbitamente de una inmensa tristeza, ante aquella reunión de obreros que se renovaba continuamente, sin que se parase atención ni en los que entraban ni en los que salían.

—¡Y voy á parar en esto! decía aterrado.

Aquella noche, Roudic lo presentó al jefe de taller de la fundición, un tal Lebescam, bajo cuyas órdenes debía aprender el niño. Este Lebescan, un cíclope velludo que tenía barba hasta en los ojos, hizo un gesto al ver á su futuro aprendiz vestido de señorito y con las muñecas tan delgadas y las manos tan blancas. Los trece años de Jack tenían, en efecto, un aire algo femenino. Sus rubios cabellos, aunque cortados, hacían graciosas ondas, ese rizado hecho por los acariciadores dedos de la madre; y la finura, la dis-

60. En la novela original pueden leerse ejemplos concretos de esta jerga. Giner los Ríos sigue su estrategia habitual ante las variedades lingüísticas: eliminarlas de su traducción. Pedro Gregorio Pérez, sin embargo, sí traduce los ejemplos suprimidos en esta traducción: «De una máquina decían: "un chirimbolo", de los jefes de taller: "los contragolpes", de los malos obreros: "los chafallones"» (1901: 248).

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tinción que había en toda su persona; aquel aire aristócrata natural, que irritaba tanto á D'Argenton, resaltaban más, todavía, en el medio trivial en que ahora se encontraba.

Lebescam encontró, sobre todo, que tenía el aire muy delicado, muy "enfermizo.„

—¡Oh! ese aspecto se lo dan la fatiga del viaje y sus vestidos de señorito, dijo el bueno de Roudic; y volviéndose hacia su mujer: Clarisa, ve á buscar una blusa para el aprendiz .. ¡Mira! ¿sabes, mujer? Debías hacerle subir en seguida á su cuarto. Se cae de sueño; y mañana es preciso que esté en pie á las cinco. Ya oyes, pequeño: á las cinco en punto vendré á llamarte.

—Sí, señor Roudic.

Pero antes de subir, Jack debió sufrir los adioses de Labassindre, que quería beber un trago, especialmente por él.

—¡A tu salud, amigo Jack; á la salud del obrero! Yo os lo digo, hijos míos; el día en que queráis, seréis los amos del mundo.

—¡Oh! Los amos del mundo es mucho, dijo Roudic sonriendo. Con estar seguro de poseer á la vejez una casita y una poca tierra al abrigo del mar, nos daríamos por muy contentos.

Mientras que discutían, Jack, escoltado por las dos mujeres, entró en la casa. Esta no era grande y se componía de un piso bajo dividido en dos piezas, una de las cuales se llamaba "la sala,„ adornada con un sillón y algunas conchas en la chimenea. Arriba encontrábase la misma distribución. Nada de papel en las paredes; una capa de cal frecuentemente renovada; grandes camas con colgaduras rameadas, rosa y azul pálido, adornadas con franjas de borlas. En el cuarto de Zenaida, el lecho era una especie de armario abierto en la pared, á la antigua moda bretona. Un armario de encina tallada y ferrada, imágenes de santos colgadas por todas partes con ro-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sarios de todas clases, de marfil, de nácar, componían el mueblaje. En un rincón, un biombo de grandes flores ocultaba la escala por donde se subía al camaranchón del aprendiz.

—Aquí duermo yo, dijo Zenaida. Usted, hijo mío, allá arriba, precisamente encima de mi cabeza. Pero no le importe; puede usted andar, bailar, yo tengo el sueño pesado.

Le encendieron una gran linterna, dió las buenas noches, y subió á su camaranchón, verdadera buhardilla donde el sol daba tan de lleno que, aun en aquella hora de la noche, las paredes conservaban su calor, concentrado, sofocante. Una ventana muy estrecha, que apenas dejaba pasar aire, abríase casi en el mismo techo. Ciertamente, el dormitorio del colegio de Moronval había preparado á Jack para soportar extraños domicilios; pero al menos allá eran muchos para soportar tantas miserias. Aquí no había Madú—¡pobre Madú!—ni nadie. Esto era la soledad del desván, de donde no se ve más que el cielo, perdido en el espacio como una barquilla en alta mar.

El niño miraba al techo inclinado, donde ya había tropezado su cabeza, y una estampa de Epinal sujeta á la pared con cuatro alfileres; miraba también el traje extendido sobre su cama, preparado para el aprendizaje del día siguiente: el ancho pantalón de tela azul y la blusa. Todo caído sobre la cubierta, con pliegues de fatiga, de abandono, como si alguien, muy cansado, se hubiera tendido allí, al azar de la laxitud de sus miembros.

Jack pensaba: "Héme aquí. ¡Eso soy yo!„ Y mientras que se contemplaba así tristemente, subía del jardín el ruido confuso de las conversaciones de después de beber, mezclado á una discusión muy viva, emprendida en la habitación de abajo entre Zenaida y su madrastra.

No se distinguía muy bien la voz de aquélla,

sorda y baja como la de un hombre. La señora Roudic, por el contrario, tenía una voz ligera, fluida, que las lágrimas hacían más cristalina en aquel momento.

—Sí, que se vaya ¡Dios santo!, que se vaya, decía con más pasión de la que se hubiera podido sospechar en ella por su aspecto ordinario.

Entonces el tono de Zenaida, muy severo y muy firme, pareció dulcificarse. Después, las dos mujeres se besaron.

Abajo, en el jardín, Labassindre cantaba una de aquellas antiguas romanzas sentimentales, tan del gusto de los obreros:

Hacia las costas de Francia
Boguemos dulcemente.

Y los demás cantaban en coro:

Bogad, bogad,
Boguemos cantando.
Para nosotros
Los vientos son mares.

Jack se sentía en un mundo nuevo, donde para vencer le faltaría todo. Sentía miedo; adivinaba entre aquellas gentes y él, distancias, puentes hundidos, abismos infranqueables. Lo único que le sostenía y le tranquilizaba, era el pensar en su madre.

¡Su madre!

Pensaba en ella mirando el cielo cuajado de estrellas[61]

Hacía ya mucho tiempo que se encontraba en aquella actitud y la casa hallábase entregada al sueño y al silencio, cuando de pronto alzóse cerca de él un largo suspiro, tembloroso todavía por

61. Giner de los Ríos sólo ha traducido la mitad de la oración francesa. Para que el lector la conozca en su totalidad, ofrecemos la traducción que de ella hace Pedro Gregorio Pérez: "Pensaba en ella mirando aquel cielo lleno de estrellas, aquellos puntos dorados que se distinguían á miles en el cuadro azul de la ventana" (1901: 252).

las sacudidas del llanto, y comprendió que la señora Roudic también lloraba en su ventana, y que otra pena, además de la suya, velaba en aquella hermosa noche.

Un domingo, leía Jack ante el auditorio ordinario...

II

EL TORNO

En medio del taller de forja, especie de inmensa galería, imponente como un templo, donde la luz baja en franjas amarillas, donde la sombra de los rincones se ilumina súbitamente con fulgores de incendio, y una enorme pieza de hierro fija al suelo, ábrese como una boca siempre ávida, siempre en movimiento, para coger el metal candente que se trabaja á martillazos en medio de una lluvia de centellas. Es el torno.

Para comenzar la educación de un aprendiz (1),

(1) Hoy los aprendices del Indret viven aparte de los obreros. Tienen sus talleres, sus herramientas, sus trabajos, todo proporcionado á sus fuerzas. Indret se ha convertido en una escuela de aprendizaje modelo.[62]

62. La nota a pie de página no es del traductor, sino de Daudet. Dadas las duras descripciones que el novelista francés hace de los talleres de Ingret, parece que se sintió obligado a ofrecer esta aclaración para ganarse la simpatía de los industriales de la región.

se le pone desde luego en el torno. Allí, manejando el pesado tornillo, lo que ya exige más fuerza de la que tienen los brazos de un niño, aprende á conocer el herramental del taller, el manejo del hierro y la manera de trabajarlo.

¡El pobre Jack en el torno! Aunque yo estuviera buscando diez años una frase, no encontraría otra que expresara mejor la impresión de terror, de ahogo, de horrible angustia que le produce todo lo que le rodea.[63]

En primer lugar, el ruido, un ruido espantoso, ensordecedor; trescientos martillos cayendo al mismo tiempo sobre el yunque; silbidos de correa, rodar de poleas, y todo el rumor de un pueblo en actividad; trescientos pechos anhelantes y desnudos que se excitan, lanzan gritos que no tienen nada de humanos, en una embriaguez de fuerza en que los músculos parecen crujir y la respiración perderse. Después, vagones cargados de metal candente que atraviesan la galería, rodando sobre rails; el movimiento de los ventiladores alrededor de las fraguas, soplando fuego sobre fuego, alimentando la llama con el calor humano. Todo rechina, retumba, resuena, ladra, aúlla. Creeríase uno en el templo feroz de algún ídolo exigente y salvaje. En las paredes están colgadas filas de herramientas que parecen instrumentos de suplicio, garfios, tenazas, pinzas. Del techo penden pesadas cadenas. Todo esto, duro, fuerte, enorme, brutal; y al extremo del taller, perdido en una profundidad sombría y casi religiosa, un martillo pilón gigantesco, levantando un peso de treinta mil kilogramos, deslízase lentamente entre sus dos montantes, rodeado del respeto, de la admiración del taller, como el Baal reluciente y negro de aquel templo dedicado á los dioses de la fuerza. Cuando habla el ídolo, aquello es un ruido sordo, profundo, que estremece los muros, el techo y levanta torbellinos de polvo de hierro.

63. La frase a la que se refiere Daudet es "être à l'étau": literalmente, estar en el torno. En francés, esta expresión se utiliza en sentido figurado para referirse a la angustia extrema que atenaza a alguien. En este caso, Daudet juega con ambos sentidos, el literal y el figurado.

Jack está aterrado. Entrégase silenciosamente á su faena entre aquellos hombres que circulan alrededor de la prensa de machacar, medio desnudos, cargados de barras de hierro, cuya punta está hecha ascua, sudorosos, velludos, saltando, retorciéndose, tomando ellos también, en el intenso calor en que se agitan, flexibilidades de fuego, rebeliones de metal ablandado por una llama. ¡Ah! Si franqueando el espacio, los ojos de aquella loca de Carlota pudieran ver á su hijo, á su Jack, en medio de aquella confusión, lívido, descolorido, chorreando sudor; sus delgados brazos al aire, su blusa y su camisa entreabiertas sobre su pecho delicado y blanquísimo; los ojos enrojecidos, la garganta inflamada por el polvo, ¡cómo se apiadaría y cómo le acometerían los remordimientos!

En el taller todos tienen un nombre de guerra, y á Jack le han puesto *el Azteca,* á causa de su delgadez; y el lindo rubillo de otro tiempo está en camino de merecer este apodo, de llegar á ser el hijo de la fábrica, pequeño ser privado de aire, agobiado de trabajo, sofocado, cuyo rostro se avieja á medida que su cuerpo se debilita.

—¡Eh, el Azteca, duro ahí, muchacho! Aprieta el tornillo. Con fuerza. ¡Por vida del...[64]

Es la voz de Lebescam, que truena en medio de la tempestad de todos aquellos ruidos desencadenados. Este gigante negro, á quien Roudic ha confiado la primera educación del aprendiz, se interrumpe algunas veces para darle un consejo y enseñarle á tener un martillo. El maestro es brutal; el niño es poco diestro. El maestro desprecia esta debilidad; el niño tiene miedo de esta fuerza. Él hace lo que le dicen que haga, aprieta el tornillo lo mejor que puede. Pero sus manos están llenas de ampollas, desolladas, hasta darle fiebre y hacerle llorar. Por momentos va perdiendo la conciencia de su vida. Le parece que

64. "Nom de Dieu!", es el exabruto que dice en francés Lebescam. Pero en la novela francesa no puede leerse tal cual, porque Daudet ha preferido ocultarlo tras puntos suspensivos: "N...d...D...!". Frente a la corrección de Giner de los Ríos, que ha evitado cualquier expresión malsonante, otros traductores de la época se mostraron menos respetuosos. Pedro Gregorio Pérez, por ejemplo, recurre a la expresión "me cago en Dios", aunque recurre a la misma estrategia que Daudet y la oculta en iniciales: "m...c...e...D" (1901: 255).

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

forma parte él también de aquel herramental complicado, que es un instrumento entre los demás instrumentos, algo como una pequeña polea, sin conciencia, sin voluntad, girando, silbando con todo el engranaje, dirigido por una fuerza oculta, invisible, que conoce ahora, que admira y teme: el vapor.

El vapor es el que mezcla en el techo de la galería todas aquellas correas de cuero que suben, bajan, se entrecruzan, correspondiendo á poleas, á martillos, á fuelles. El vapor es el que mueve el martillo-pilón y aquellos enormes aparatos, bajo los cuales el hierro más duro se adelgaza en virutas y en hilos torcidos, rizados como cabellos. Él es el que incendia los rincones de la forja con un chorro de fuego; el que reparte el trabajo y la fuerza á todas las partes del taller. Su ruido sordo, su trepidación regular, es lo que ha conmovido tanto al niño á su llegada, y ahora le parece que no vive más que por él, que se ha apoderado de su aliento y ha hecho de él una cosa tan dócil como todas las máquinas que mueve.

¡Terrible vida, sobre todo después de los dos años de libertad y de aire libre que acababa de pasar en las Aulnettes!

Por la mañana, á las cinco, lo llamaba Roudic: "¡Eh, pequeño!„ La voz resonaba en toda la casa, hecha de tablas. Se comían un pedazo de pan de prisa, y comiendo se echaba un trago de vino servido por la bella Clarisa, que aún llevaba su cofia de dormir, y en seguida se marchaba para la fábrica, donde tocaba una campana melancólica, infatigable, que prolongaba su *dán... dán... dán...* como si hubiese tenido que despertar, no solamente la isla de Indret, sino todas las costas vecinas, y el agua, y el cielo, y el puerto de Paimbœuf y el de Saint-Nazaire. Producíase entonces un pisotear confuso; una gran afluencia de gente en las calles, en los patios, en las puertas de los

talleres. En cuanto pasaban los diez minutos reglamentarios, la bandera, arriada, anunciaba que la fábrica quedaba cerrada para los rezagados. A la primera falta, á descuento de la paga; á la segunda, multa; á la tercera, expulsión definitiva.

El reglamento de D'Argenton, con todo su tipo feroz, era tortas y pan pintado comparado con aquél.

Jack tenía mucho miedo de llegar después de que bajasen la bandera, y generalmente estaba á la puerta mucho antes de que sonase el primer toque de campana. Un día, sin embargo, dos ó tres meses después de su entrada en la fábrica, la maldad de los otros aprendices estuvo á punto de hacerle llegar tarde. Aquella mañana el viento soplaba por la parte del mar con esa alegría borrascosa que toma cuando cuenta con espacio libre; precisamente en el momento en que Jack entraba en el taller, embistió á su gorra y allá se la llevó.

—¡Párala, párala! gritaba el muchacho, corriendo detrás de ella á lo largo de la calle, que estaba muy en cuesta; pero en vez de cogerla un aprendiz que pasaba, dió un puntapié á la gorra y la echó mucho más lejos. Otro que venía detrás hizo lo mismo, y luego otro, y otro. La cosa se convirtió en un juego muy entretenido para todo el mundo, menos para Jack, que corría con todas sus fuerzas en medio de los gritos y de la chacota, de las risas y de las burlas, conteniendo las ganas que sentía de llorar, porque no se le ocultaba todo el odio hacia él que había en el fondo de aquella alegre algazara. Entretanto, la campana daba sus últimos toques. El niño se vió obligado á cesar en su persecución y á volver deprisa y corriendo sobre sus pasos. Estaba desolado; ¡una gorra cuesta cara!... y tendría que escribir á su madre pidiéndole dinero. Pues ¿y si D'Argenton veía la carta? Pero lo que más le desespe-

raba era aquel odio que lo rodeaba, que se notaba hasta en las cosas más pequeñas. Hay seres que para vivir necesitan cariño, como algunas plantas necesitan el calor: Jack era uno de ellos. Mientras corría iba preguntándose á sí mismo: ¿Por qué? ¿Qué les he hecho yo?

Cuando llegaba sin alientos á la puerta, todavía abierta, oyó tras de sí el ruido de unos pasos pesados y dificultosos, el resoplido de un animal, y casi en seguida sintió que una mano se posaba en su hombro. Al volverse vió una especie de monstruo rojo que le sonreía, mostrándole al hacerlo un sinnúmero de arrugas, y que le devolvía la gorra que había recogido. Era la segunda vez desde que llegara á Indret que Jack tropezaba con aquella sónrisa bondadosa, aquel semblante conocido ya. ¿Dónde la había visto por primera vez? ¡Ah, sí, caramba! en el camino de Corbeil. Era aquel buhonero que huía de la tormenta con un cargamento de sombreros á cuestas. Pero en aquel momento no tenía tiempo de reanudar su amistad. El vigilante de la puerta gritaba arriando ya la bandera:

—¡Eh, muchacho!... ¡Date prisa!

No tuvo tiempo más que para coger la gorra y dar las gracias á Belisario, que echó á andar, cojeando, la calle abajo.

En el trabajo, aquel día Jack se sintió menos triste, menos solo. Todo el tiempo le pareció estar viendo el hermoso camino de Corbeil, con sus parques, sus prados, el cochecillo del doctor volviendo á la caída de la tarde por en medio del bosque; y la frescura de los soñados prados, del río entrevisto, allí en aquel infierno, le causaban sensaciones febriles, estremecimientos fríos, seguidos de un calor ardiente. Cuando salió, buscó á Belisario por todo Indret; pero el buhonero ya no estaba allí. Al día siguiente, al otro... nadie. Poco á poco, aquella fea visión que le recordaba

tantas cosas hermosas, fué borrándose de su memoria lentamente, difícilmente, con el mismo paso pesado con que caminaba por la carretera. Cuando la visión se hubo borrado, Jack cayó de nuevo en su soledad.

En el taller no le querían. Toda reunión de hombres necesita una víctima, un ser contra quien se dirijan todas las ironías y todas las impaciencias nerviosas del cansancio. Ese era el oficio de Jack en el patio de su fragua. Los otros aprendices, casi todos nacidos en Indret, hijos ó hermanos de obreros, estaban más protegidos y más libres, por lo tanto, de los malos tratos de la gente; porque ya se sabe que esas persecuciones sin respuesta ni protesta se dirigen contra los débiles, los inofensivos, los inocentes. A él nadie lo defendía. El capataz, opinando que decididamente era demasiado *delicadillo,* había renunciado á ocuparse de él y le abandonaba á los caprichos tiránicos de toda una brigada de obreros. Además, ¿qué había ido á hacer en Indret aquel parisiensito delicado que no hablaba como todo el mundo y que decía á los compañeros: "Sí señor... gracias, señor„? Habían alabado mucho sus disposiciones para la mecánica; pero el Azteca no entendía nada de nada. Ni siquiera sabía colocar un remache. Pronto el desprecio excitó entre aquellas gentes cierta fría crueldad, el desquite de la fuerza sobre la debilidad inteligente. No pasaba un solo día sin que le hiciesen algo malo. Sobre todo, los aprendices eran feroces. Una vez uno de ellos le presentó un hierro calentado por la punta hasta el rojo oscuro: "Tú, Azteca, coge eso.„ Ocho días tuvo que estar en la enfermería. Y luego, las brutalidades, las torpezas de todos aquellos hombres, acostumbrados á cargar cosas de mucho peso y que no conocían la fuerza de sus borricadas.

Jack no disfrutaba un poco de descanso y de

distracción más que el domingo. Ese día sacaba del cajón uno de los libros del doctor Rivals y se iba á leerlo á la orilla del río Loira.

Hay en punto extremo de la isla un torreón viejo y ruinoso, que llaman la torre de San Hermelando, y que parece la garita de un centinela del tiempo de las invasiones normandas. Al pie de esa torre, en la hendidura de cualquier peñasco, se acurrucaba el aprendiz, con el libro abierto sobre sus rodillas, y el ruido, la magia, la inmensidad del agua delante de sí. El domingo echaba todas sus campanas á vuelo, contando el paso general y el descanso. Allá, lejos, pasaban barcos, y de trecho en trecho, muy lejos de él, se bañaban los muchachos, dando gritos y risotadas.

Leía, pero á menudo los libros del señor Rivals eran demasiado profundos para él, iban más allá de la medida actual de su espíritu y no le dejaban más que una semilla de buen grano —por decirlo así— que sólo más tarde germinaría. Cuando eso sucedía se interrumpía, se quedaba pensativo, y se distraía con el golpear del agua en las peñas y con el movimiento regular de las olas que bajaban y subían. Íbase lejos, muy lejos de la fábrica y de los obreros, hacia su madre y hacia su amiguita, hacia los domingos de otros tiempos, mejor vestidos, más felices que los de ahora; hacia las salidas de misa mayor, los paseos en Etiolles, al lado de Carlota deslumbradora, los ratos de juego en la gran sala de la farmacia, en la cual el delantal blanco de la pequeña Cecilia lucía haciendo resaltar sus años infantiles y candorosos.

Y así, durante algunas horas, olvidaba, era feliz. Pero vino el otoño con sus persistentes lluvias y sus tormentosos vientos, que interrumpían sus expediciones á la torre de San Hermelando. Entonces pasó los domingos en casa de Roudic.

La dulzura de carácter de aquel niño había conmovido á la familia del obrero, la cual era

muy buena para con él; Zenaida, sobre todo, cuidaba la ropa del muchacho con afán verdaderamente maternal, con la brusca actividad que la caracterizaba y que era la nota saliente de aquella pesadez de todo su ser. En el castillo, cuando iba á coser, no sabía hablar más que del aprendiz. El señor Roudic por su parte, aunque sentía cierto desprecio hacia la debilidad y la poca inteligencia obrera de Jack, solía decir:

—Pero así y todo, es un buen muchacho.

Únicamente le parecía que leía demasiado, y algunas veces le preguntaba riendo si estaba trabajando para hacerse maestro de escuela, ó cura. A pesar de esto, teníale cierto respeto, precisamente á causa de su instrucción. La verdad es que, exceptuando ajustar, el bueno de Roudic no sabía absolutamente nada; leía y escribía como cuando salió de la escuela, lo cual le mortificaba un poco desde que lo hicieron capataz y desde que se casó en segundas nupcias.

Su mujer era hija de un guardia de artillería, una señorita de pueblo, bien educada entre una familia numerosa y pobre, á la cual cada uno llevaba su parte de economía y de trabajo. Reducida á hacer aquella boda desproporcionada por lo que se refería á la educación y á la edad, había tenido hasta entonces por su marido un afecto tranquilo y protector. Él, siempre adorando en su mujer y enamorado como un muchacho de veinte años, se hubiera de buen grado echado á los arroyos para evitar que ella se humedeciese los pies al pasar. La miraba enternecido, la encontraba más bonita, más coqueta que las mujeres de los demás capataces, las cuales eran casi todas fornidas bretonas, más preocupadas del arreglo de sus casas que de su tocado.

Clarisa tenía el tono, las maneras de las muchachas pobres acostumbradas por su trabajo á una elegancia relativa; tenía en la punta de los dedos,

muy perezosos desde que se casó, cierto arte para arreglarse, para peinarse, que contrastaba con el aspecto monástico de las mujeres del país, que se encierran el cabello bajo unas anchas tiras de lienzo y desfiguran el talle bajo los pliegues poco graciosos de sus sayas.

La casa se resentía también de esa elegancia. Detrás de esos grandes cortinones de muselina blanca que constituyen el adorno en todas las casas bretonas, relucían los muebles sencillos, limpios y adornados con algún ramo de flores, y algunas macetas de albahaca y de alelíes adornaban los antepechos de las ventanas. Cuando Roudic volvía del trabajo, experimentaba siempre una alegría nueva al encontrar la casa tan limpia y á su mujer tan cuidada como si fuese domingo. No se paraba á preguntarse por qué su mujer estaba inactiva, como si en efecto fuera día de descanso; por qué, una vez terminados los preparativos para la comida, se quedaba pensativa, mano sobre mano, en vez de coger la costura, como hacía toda mujer de su casa á quien el día le viene corto para cumplir todos los deberes que le impone el cuidado doméstico.

El pobre Roudic creía cándidamente que su mujer no pensaba más que en él cuando se ponía guapa; y en Indret lo querían todos demasiado para desengañarlo, para decirle que otro acaparaba todos sus pensamientos, todo el afecto de Clarisa.

¿Qué había de realidad en el fondo de todo aquello?

Jamás en esas conversaciones de pueblo que se tienen á la puerta de la calle, jamás se separaba el nombre de la señora Roudic del del nantés.

Si la cosa de que se hablaba era cierta, hay que decir, para excusar á Clarisa, que el nantés y ella se habían conocido antes de ella casarse.

Él iba á verla á casa de su padre, acompañado

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

de Roudic; y si el sobrino, aquel muchacho guapo de pelo rizado, hubiera querido casarse en lugar del tío, seguramente que habría tenido todas las preferencias. Pero el guapo mozo del pelo rizado no pensaba en semejante cosa. No echaba de ver que Clarisa era seductora, fina y bonita, hasta que fué su tía política, una tía política á quien había tomado la costumbre de hablar siempre riendo y en tono de amable broma, de su singular parentesco, siquiera fuese porque él era algo mayor que ella.

¿Qué sucedió después?

Con las facilidades de la vecindad, de la intimidad permitida, de aquellos largos ratos de charla á solas por las noches, mientras el señor Roudic daba cabezadas apoyado en un pico de la mesa y mientras Zenaida se quedaba velando en el castillo, porque corría prisa algún vestido, aquellas dos naturalezas, igualmente atractivas y coquetas, ¿tuvieron la fuerza necesaria para resistirse? Esto era poco creíble. ¡Parecían tan hechos el uno para el otro!... ¡La languidez de Clarisa hubiera podido apoyarse tan bien en el robusto hombro del sobrino!...

Sin embargo, y á pesar de las apariencias, la certidumbre no existía para nadie. Por otra parte, los culpables, ó, mejor dicho, los acusados, tenían siempre sobre sí un par de ojos terriblemente abiertos: los ojos de Zenaida, que observaba hacía mucho tiempo aquel siniestro adulterio que iba desarrollándose en el hogar paterno.

Tenía maneras de evitar sus entrevistas, de llegar cuando menos la esperaban, de que indudablemente resultase, ella, una preocupación constante. Cansada del trabajo de todo el día, cuando llegaba la noche, instalábase en una silla haciendo media, ante la alegría de su primo y los ensueños de sonámbula que tenía su madrastra, quien con su mirada distraída, los brazos caídos, pasa-

ba la noche, y hubiera pasado toda su vida oyendo al apuesto dibujante.

Junto á la confianza ciega y absoluta del viejo Roudic, Zenaida aparecía el verdadero marido desconfiado y celoso: ¡y figuráos lo que sería un marido que fuese mujer, con todos los presentimientos y la clarividencia de la mujer!

Así es que la lucha resultaba terrible entre ella y el nantés; y la guerra de escaramuzas que se hacían abiertamente, ocultaba sordas cóleras, misterios de antipatía. El bueno de Roudic se reía, considerando todo aquello como un resto de cariño no confesado y de galante parentesco; pero Clarisa, al oirles, tenía palideces, desvanecimientos de todo su endeble ser, que demostraban que se consideraba incapaz de luchar, y se desesperaba ante su propia falta.

En el momento de nuestro relato, Zenaida triunfaba. Había maniobrado tan hábilmente en el castillo, que el director, no pudiendo decidir al nantés á que se marchase á Guérigny, acababa de mandarlo á Saint-Nazaire para estudiar, por cuenta de la fábrica, las máquinas de nuevo modelo que estaban á punto de instalar los buques transatlánticos. Era cuestión de algunos meses el levantamiento de planos y la confección de dibujos. Clarisa no odiaba á su hijastra por aquella separación, que sabía era obra suya, sino que sentia, por el contrario, cierto bienestar. Era de esas que dicen: "Defendedme„, en la languidez de su coquetería; y ya vemos que Zenaida se las arreglaba bien para defenderla.

Jack había comprendido desde los primeros días que entre aquellas dos mujeres había un secreto. Las quería á las dos igual. La alegría de Zenaida, hija de su valor y de su tranquilidad de alma, lo deleitaba, en tanto que la señora Roudic, más cuidada, más mujer, halagaba las antiguas costumbres de sus ojos, los instintos de su pasada

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

elegancia. Encontrábala cierta semejanza con su madre. Sin embargo, Ida era todo alegría: viva, charlatana, animadísima; y esta otra, silenciosa, reflexiva, una de esas mujeres cuya fantasía viaja tanto más cuanto mayor es la inactividad de su cuerpo. Además, no tenían facciones parecidas, ni semejante manera de andar, ni igual color de pelo. No importa, se parecían; y era un parecido íntimo, como el que resultaría de un mismo perfume echado á un vestido, de un mismo pliegue en los azares de un traje, de algo más sutil aún, que sólo un habilísimo químico del alma humana hubiera podido analizar.

Con Clarisa y Zenaida, el aprendiz se encontraba más á sus anchas que con Roudic, protegido por ellas, por esa distinción, ese refinamiento que en las clases obreras pone á las madres y á los hijos por encima de los padres y los maridos.

A veces, los domingos, ahora que el mal tiempo le impedía salir, leía para ellas.

Esto era en la sala baja, una habitación grande, adornada de mapas colgados de las paredes; de una vista de Nápoles, de colores rabiosos, de enormes conchas, de esponjas endurecidas, de moluscos disecados, de todos esos accesorios exóticos que la mar vecina, la llegada de los buques, vierten en aquel país dentro de las casas modestas. Pañitos de crochet en todos los muebles; un sofá y una butaca de terciopelo de Urecht, completaban aquel lujo relativo. La butaca, sobre todo, hacía las delicias del señor Roudic. Allí se instalaba cómodamente para escuchar la lectura, mientras Clarisa permanecía en su sitio de costumbre, junto á la ventana, en una actitud de espera y de melancolía, y mientras Zenaida, colocando aun por encima del deber religioso todas las exigencias de la casa, aprovechaba el domingo, que no iba á coser, para repasar la ropa de la casa, sin olvidar los trajes azules del aprendiz.

Jack bajaba de su desván con uno de los libros del doctor, y empezaba la sesión.

Desde los primeros renglones, los ojos del bueno de Roudic parpadeaban, se abrían desmesuradamente, y luego, fatigados por el esfuerzo, se cerraban por completo.

Aquel pícaro sueño traía su desesperación; aquel sueño que se apoderaba de él en cuanto se quedaba quieto, en cuanto sentía aquel bienestar de hallarse sentado, del cual no tenía costumbre de disfrutar; sueño aumentado también por lo blando de la famosa butaca. Se avergonzaba á causa de su mujer, y de cuando en cuando, preocupado por esa idea, para hacer ver que escuchaba, que no dormía, hablaba en voz alta como si soñara. Hasta había adoptado una frase para aquella atención simulada: un "¡es asombroso!...„ mal articulado, que llegaba siempre en los pasajes más ordinarios y que sólo servía para demostrar más claramente la ausencia completa de su espíritu.

Y es que tampoco eran nada divertidos los libracos de que el señor Rivals había atestado el baúl del amigo Jack. Traducciones de poetas antiguos, cartas de Séneca, vidas de Plutarco, un Dante, un Virgilio, un Homero, algunos libros de historia, y eso era todo. Muy á menudo el niño leía sin comprender lo que leía; pero se empeñaba en continuar, estimulado por la promesa que había hecho y la persuasión de que los libros impedirían que bajase demasiado al nivel que lo rodeaba. Leía valerosamente, piadosamente, esperando siempre ver alguna luz que brillara entre los oscuros renglones, con el mismo fervor que la mujer piadosa emplea en la iglesia para leer su libro de misa, aunque esté en latín.

El libro que prefería entre todos, y que leía con más frecuencia, era *El infierno,* de Dante. La descripción de todos aquellos suplicios le impre-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sionaban. Mezclábase en su imaginación de niño el espectáculo que todos los días tenía á la vista. Aquellos hombres medio desnudos, aquellas llamas, aquellos grandes fosos de la fragua por donde el metal fundido corría como ríos de sangre, veíalos pasar por las estrofas del poeta, y los crujidos del vapor, el chirrido de las sierras gigantescas, los golpes sordos del martillo retumbaban en los humeantes departamentos, hacían que se parecieran, para él, á los antros del infierno.

Un domingo Jack leía ante su auditorio ordinario un pasaje de su poeta favorito. Como de costumbre, el señor Roudic se había dormido desde el principio, conservando aquella bondadosa sonrisa de interés, cuya forma había aprendido su boca, y que le permitía decir sin despertar: "¡Es asombroso!„ Las dos mujeres, por el contrario, seguían la lectura con una atención profunda é impresiones diferentes.

Era el episodio de Francisca de Rímini:

" No hay dolor más grande que acordarse de los tiempos felices cuando se está en el infortunio...„

Mientras el aprendiz leía, Clarisa inclinaba la cabeza temblando. Zenaida, con las cejas fruncidas, erguida en su silla, tiraba de la aguja con furor.

Aquella poesía grandiosa, atravesando el silencio de aquella humilde morada de obreros, parecía estar á muchos cielos por cima de ellos, de sus impresiones, de sus ocupaciones, de su vida ordinaria; y, sin embargo, al pasar por allí, removía mundos de pensamientos, tocaba en aquellos corazones, y, semejante al rayo poderoso, llevaba consigo una electricidad peligrosa, llena de caprichos y de rarezas.

Las lágrimas brotaban de los ojos de la señora Roudic escuchando aquella historia de amor. Sin notar que su madrastra lloraba, cuando concluyó el relato, Zenaida fué la primera que habló:

—¡Vaya una mujer mala é impudente, dijo indignada, que se atrevía á relatar su crimen y á envanecerse con él!

—Verdad que era muy culpable, respondió Clarisa; pero muy desgraciada también.

—¿Desgraciada ella?... No diga usted eso, madre... ¡Cualquiera diría que compadece usted á esa Francisca, que amaba al hermano de su marido!...

—¡Sí, hija mía! Pero lo amaba antes de casarse, y le habían obligado á casarse con un hombre á quien no quería.

—*Obligado, no; y una vez casada, tenía el deber* de serle fiel. El libro dice que era viejo; pero á mí me parece que esa era una razón para que lo respetase más y evitar que los demás se riesen de él. ¡Bien hizo el viejo matándolos á los dos! Se lo merecían.

Hablaba con una violencia terrible, con todo su amor de hija, todo su honor de mujer sublevados, y también con ese cruel candor de la juventud que juzga la vida según el ideal que se han forjado, sin conocer, sin prever nada todavía.

Clarisa no contestó. Había levantado la cortina, y miraba hacia la calle. Roudic, medio despierto, abría un ojo y exclamaba: "¡Es asombroso!„ *Jack, con la mirada fija en el libro, pensaba* en lo que acababa de leer y en la discusión acalorada que había promovido su lectura. ¡De modo que en aquel medio ignorante y humilde, á cuatrocientos años de distancia, la inmortal leyenda de adulterio y amor, leída por un niño que apenas la comprendía, encontraba un eco inesperado! Y esa es la verdadera grandeza, el verdadero poder de los poetas: dirigirse á todos en la historia de uno solo, seguir, en la apariencia inmóvil, todos los viajes de la vida, como la luna en las noches hermosas parece levantarse al mismo tiempo por todos los puntos del horizonte acom-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

pañada de una piadosa ternura, de una mirada amistosa, iluminando todas las veredas aisladas, todos los recodos del camino.

—¡Ahora sí que estoy seguro; es él...! dijo Jack de pronto, dando un salto en la silla.

Por la callejuela de obreros acababa de pasar una sombra, á la vez que se oía una voz bien conocida del muchacho.

—¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!

Echóse á la calle precipitadamente, pero ya Clarisa lo había precedido; y cuando él salía, ella entraba estrujando una carta entre sus manos...

El vendedor ambulante iba ya lejos, á pesar de su espantosa cojera y el enorme montón de gorras y de sombreros de fieltro, bajo el cual caminaba, doblándose por la mitad, porque la carga de invierno era mucho más pesada que la de verano. Ya iba á doblar la esquina del muelle, cuando Jack gritó:

—¡Eh! ¡Belisario!...

El otro se volvió, con la fisonomía animada por su habitual sonrisa bondadosa.

—Ya sabía yo que era usted. ¿Qué hace por aquí Belisario?

—Pues nada: lo de siempre, señorito Jack. Mi padre quería que me estuviese en Nantes, porque se encontraba enfermo el marido de mi hermana. Por darle gusto me detuve allí. Hago excursiones á todos lados: á Chatenay, á la Indre baja. Por todos esos sitios hay una porción de fábricas, y el negocio no va muy mal. Pero aquí es donde más vendo. Además, hago encargos también para Nantes y para Saint-Nazaire, añadió guiñando el ojo y señalando hacia casa de Roudic, que se hallaba próxima al sitio donde estaban hablando.

Belisario estaba bastante satisfecho. Enviaba todo el dinero que tenía á París para su padre y

para los niños. La enfermedad de su cuñado le costaba mucho dinero también; pero trabajando todo se arreglaba y se iba saliendo adelante, y si no hubiera sido por los pícaros zapatos...

—¿Qué? ¿Le siguen á usted haciendo daño? dijo Jack.

—¡Oh! Siempre... Sabe usted que para que no me molestasen tendría que mandarme hacer unos á la medida; pero eso es muy caro y sólo pueden hacerlo los ricos.

Después de hablar de sí mismo Belisario, titubeó un momento, y luego preguntó á su vez:

—¿Qué le ha sucedido á usted, señorito Jack, para que me lo encuentre hecho un obrero ahora? ¡Qué bonita era aquella casita que tenían ustedes!

El aprendiz no sabía qué contestar. Se avergonzaba de sus manos ennegrecidas y de su traza de obrero. Entonces el vendedor ambulante, viéndolo turbado, se interrumpió:

—¡Qué bueno estaba el jamón, eh! Y aquella señora, que parecía tan buena, ¿cómo está? Era su mamá de usted, ¿no es verdad? Se parece usted mucho á ella.

Jack sentíase tan feliz oyendo hablar de su madre, que se hubiera estado allí en la calle todo el santo día siguiendo la conversación; pero Belisario no podía entretenerse. Acababan de darle una carta muy urgente para llevar á su destino... Y seguía guiñando el ojo y mirando á la misma ventana... Tenía que marcharse.

Diéronse un apretón de manos, y el vendedor se marchó, encorvado, cojeando, con aire de enfermo, levantando los pies á cada paso como un caballo cojo, y Jack lo seguía con una mirada enternecida, como si estuviese viendo el camino de Corbeil, con su florido bosque, desarrollándose bajo las pisadas fatigadas de aquel judío errante buhonero.

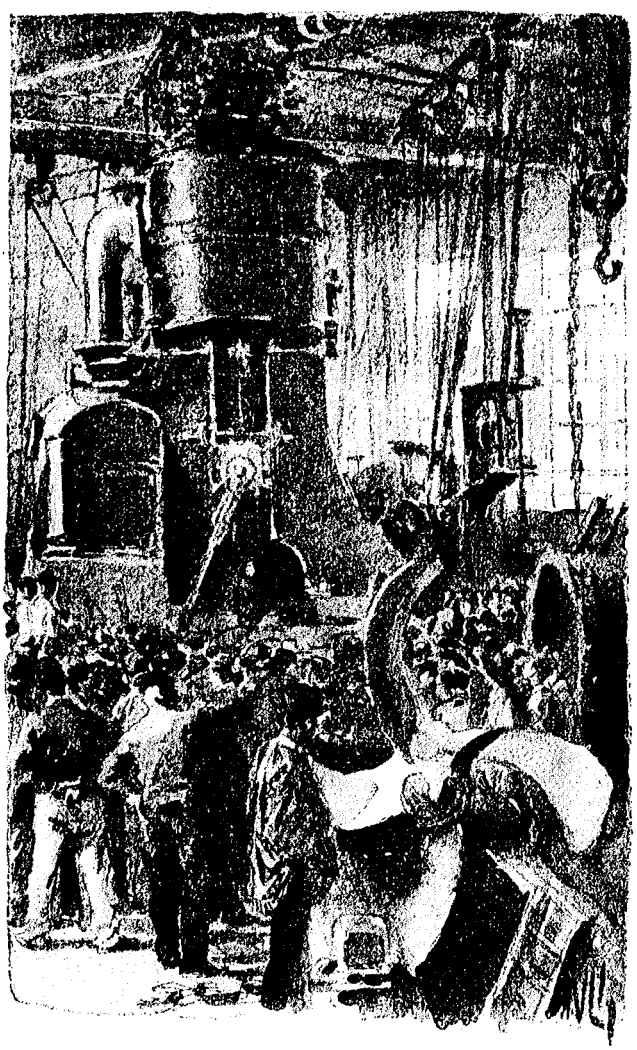
Cuando el aprendiz volvió á entrar, la señora

Roudic, muy pálida, lo estaba esperando detrás de la puerta.

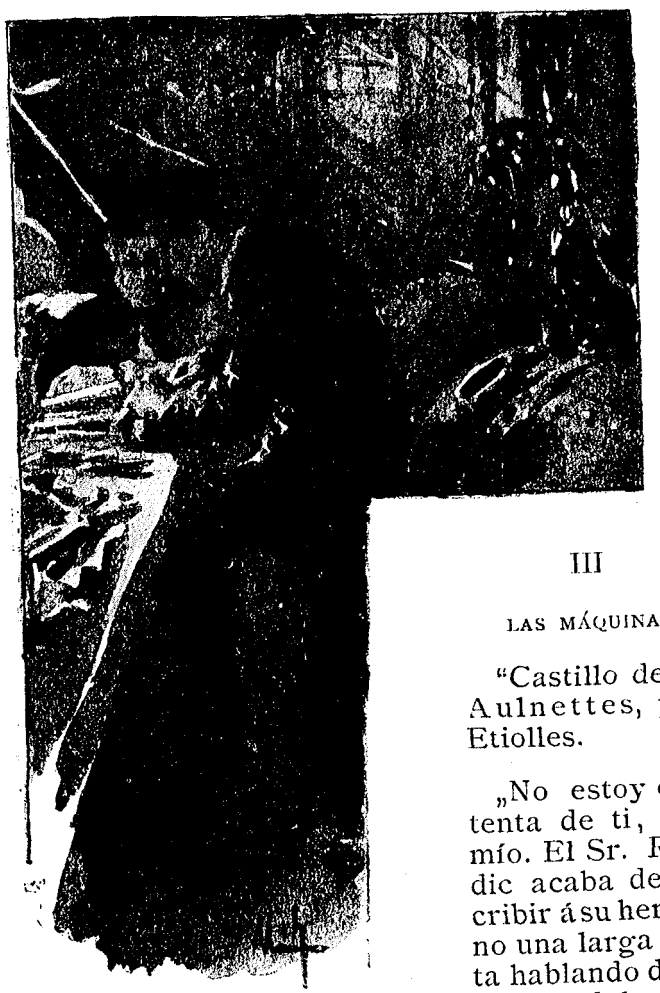
—Jack, preguntó en voz baja, con labio tembloroso: ¿qué te ha dicho ese hombre?

Contestó que se habían conocido en Etiolles, y que habían hablado de sus padres.

Ella dió un suspiro de consuelo. Pero aquella noche estuvo pensativa, aún más que de costumbre, más abrumada, más fatigosa. Parecía que el peso de su rubia cabellera había aumentado con el de algún terrible remordimiento.



Acababan de terminar una soberbia máquina...



III

LAS MÁQUINAS

"Castillo de las Aulnettes, por Etiolles.

„No estoy contenta de ti, hijo mío. El Sr. Roudic acaba de escribir á su hermano una larga carta hablando de ti, y aun haciendo el mayor elogio de tu dulzura y de tu buena educación; declara que, desde que estás en Indret, no has hecho el menor progreso, y que decididamente no le pareces apto para el oficio de herrero. Ya te figurarás la pena que esto nos ha causado. Si tú no sales adelante con todas las buenas disposiciones que esos señores

habían notado en ti, es porque no trabajas, y esta mala voluntad nos sorprende y nos aflige.

„Nuestros amigos están muy disgustados por lo que ocurre, y yo tengo el sentimiento de oir hablar todos los días de mi hijo, en los términos más desagradables. Roudic dice también en su carta, que el aire de los talleres no te sienta bien, que toses mucho, que estás pálido y delgado hasta inspirar compasión, y que da vergüenza encomendarte cualquier trabajo, porque al menor esfuerzo te corre el sudor por la frente. En verdad, no me explico esta debilidad en un ser que todo el mundo encontraba tan robusto. Ciertamente que no iré hasta á decir, como todos los demás, que en esto hay mucho de pereza, y sobre todo ese deseo de lamentarse, común á todos los niños. Yo conozco á mi Jack, y sé que es incapaz de una superchería. Pero imagino que comete imprudencias, que sales por la noche desabrigado, que olvidas cerrar la ventana ó ponerte al cuello el pañuelo que te he enviado. Haces mal, hijo mío. Ante todo hay que cuidar tu salud. Piensa que tienes necesidad de todas tus fuerzas para cumplir tu obra. Cuídate, y trabajarás bien.

„Convengo en que el trabajo que haces no debe ser siempre cómodo, y que sería más agradable correr por el bosque con el guarda; pero recuerda que el Sr. D'Argenton te decía: "La vida no es una novela.„ Y él sabe lo que se dice, porque la vida es dura, bien dura para él y su oficio es mucho más penoso que el tuyo.

„Ya sabes cuántas envidias, cuántas sordas conspiraciones trabajan contra este gran poeta Tienen miedo á su genio; le quieren impedir que produzca. Adivina lo que han hecho, hace algún tiempo, en el Teatro Francés. Han recibido una pieza que es completamente su *Hija de Fausto*, de que tantas veces nos has oído hablar. Naturalmente, no es su obra la que han plagiado, por-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

que aún no está escrita; pero sí su idea, sí su título. ¿De quién sospechar? Está rodeado de amigos fieles, interesados en su porvenir. Hemos pensado por un momento en la tía Archambauld, que anda siempre escuchando y mirando por las cerraduras. Pero ¿cómo se habrá arreglado para retener el plan de la pieza y contarlo á los interesados, ella, que apenas sabe una palabra de francés?

„Sea de ello lo que quiera, nuestro amigo está muy afectado por esta nueva decepción. En el primer momento ha tenido hasta tres crisis por día. Debo decir que el Sr. Hirsch se ha portado en estas cincunstancias de un modo admirable; y buena suerte ha sido tenerlo á nuestro lado, porque el Sr. Rivals continúa portándose mal. ¿Comprendes que no haya venido una sola vez á pedir noticias de nuestro pobre enfermo? A este propósito, querido hijo, es preciso que te diga una cosa: hemos sabido que sostienes una continua correspondencia con el doctor y con Cecilia, y debo prevenirte que el Sr. D'Argenton no mira esto con buenos ojos. El Sr. Rivals acaso es un buen hombre, pero es un espíritu rutinario, retrógrado, que no ha vacilado en tratar de apartarte, aun delante de nosotros, de lo que es manifiestamente tu vocación. Y, además, ya ves, hijo mío, en general, es menester no tener relaciones más que con las gentes de la propia clase, de su oficio, y permanecer, en lo posible, en su esfera. Sin esto se arriesga es desanimarse, es dejarse arrastrar por toda suerte de quiméricas aspiraciones, que sacan de quicio la existencia.

„Cuanto á tu amistad por la pequeña Cecilia, el Sr. D'Argenton piensa, y yo soy de su opinión, que estas cosas son niñerías que deben pasar, pues de lo contrario, llenan la vida y la distraen del recto y verdadero camino. Harás, pues, muy bien en interrumpir relaciones que solo han po-

dido perjudicarte, y que acaso no son extrañas al singular disgusto que muestras por una carrera emprendida á gusto y con todo ardor. Yo espero que comprenderás, querido hijo, que te hablo así por tu interés. Piensa que vas á cumplir quince años, que has emprendido un buen oficio que abre ante ti un porvenir, y no des la razón á los que han anunciado que jamás harías nada bueno.

„Tu madre, que te ama,

„CARLOTA

„*Post-scriptum.* — A las diez de la noche.— Querido mío, esos señores acaban de salir. Aprovecho la ocasión para añadir alguna línea á mi carta, diciéndote lo que te diría si estuvieras á mi lado. No te desanimes, Jack mío; sobre todo no te apoques. Ya sabes cómo es él. Muy bueno, pero inexorable. Ha resuelto que seas obrero, y es preciso que llegues á serlo. Todo lo que digas, de nada ha de servir, porque tiene su idea fija. ¿Es justa? No lo sé. Todo lo que aquí digo acaba por trastornarme la cabeza. Lo que hay de seguro, es que no hay necesidad de que te pongas malo.[65] Yo te lo suplico, Jack mío, cuídate. Tápate bien por la noche, cuando salgas. Debe haber humedad en esa isla. Presérvate de la niebla. Y escríbeme á casa de los Archambauld si tienes necesidad de alguna cosa... ¿Te queda todavía chocolate para tomar por la mañana?... Para esto, para las pequeñas provisiones, siso todos los días una pequeña suma del dinero de mi *toillette*. Figúrate que me has hecho económica; sobre todo, trabajo. Piensa que llegará un día, que acaso no está lejos, en que tu madre necesitará tu apoyo.

„¡Si tú supieras qué triste estoy algunos días al pensar en el porvenir! Sin contar que la existencia no es muy alegre aquí, sobre todo después de

65. Traducción poco afortunada de "il ne faut pas que tu sois malade". No se trata tanto de una «necesidad» como de un «deber»: "no debes caer enfermo".

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

este último asunto. No soy dichosa todos los días. Sólo que, ya me conoces, las penas se me pasan pronto. Lloro y río en el mismo momento, sin poder explicármelo. Por lo demás, haría muy mal en quejarme. El es nervioso, como todos los artistas; pero no es posible figurarse cuánta generosidad y cuánta grandeza hay en el fondo de su alma. Adiós, querido mío. Acabo mi carta, que la tía Archambauld va á poner en el correo al irse. Temo que no conservemos mucho tiempo á esta buena mujer. El Sr. D'Argenton desconfía de ella. La cree pagada por sus enemigos para robarle los asuntos de sus libros y sus dramas. Parece que esto es cosa corriente. Te quiero y te envío muchos besos, mi querido Jack... Todos estos puntos suspensivos son besos para ti.„

Detrás de las páginas de esta carta Jack vió claramente dos rostros, el de D'Argenton, doctoral y dictando, y el de su madre, de su madre entregada á sí misma, y que desde lejos lo abrazaba y lo rodeaba de sus zalamerías. ¡Cómo se la notaba oprimida á la pobre mujer! ¡Qué ahogo el de su naturaleza expansiva! Como la imaginación de los niños traduce sus pensamientos en imágenes con facilidad, parecíale á Jack, mientras leía, que su Ida—para él siempre se llamaba Ida,—encerrada en la torrecilla de *Parva domus*, lo llamaba en su ayuda como á su salvador.

¡Oh, sí! Él iba á trabajar, á vencer sus repugnancias, á convertirse en un obrero, trabajando de firme y ganándose bien su vida, para sacar á su madre de allí, para arrancarla á aquella tiranía. Y en seguida encerró todos sus libros, poetas, historiadores, filósofos, en el cajón del señor Rivals, que clavó por temor á las tentaciones. No quería leer más, abrir su espíritu á tantos caminos que le distraían. Quería guardar todas sus

fuerzas, todos sus pensamientos para el objeto que le mostraba su madre.

—Tienes razón, pequeño, le dijo Roudic. Los libros os llenan de viento la cabeza y os distraen del trabajo. No hay necesidad de saber tanto en nuestro oficio; y puesto que tienes la buena voluntad de aprender, mira lo que te propongo: Yo trabajo horas suplementarias por la noche, y aun los domingos. Si quieres, ven conmigo, y mientras trabajamos yo te enseñaré á manejar el hierro. Acaso seré yo más paciente y más feliz que Lebescam.

A partir de aquel día, se hizo así. Después de comer, el ajustador, encargado de un trabajo especial, se llevaba con él el niño á la fábrica desierta, apagada, recogida como si preparase fuerzas nuevas para el trabajo del día siguiente. Una pequeña lámpara, colocada sobre un banco, alumbraba solo la obra de Roudic. Todo el resto del taller estaba sumergido en la sombra fantástica con que la luna dibujaba los objetos por masas, sin precisarlos. Todo eran saltos y brincos en las paredes donde estaban colgadas las herramientas. Los tornos se alineaban en largas filas. Las cuerdas, las manivelas, las bobinas se entrecruzaban contenidas, inmóviles, mientras que trozos de metal, limaduras relucían en el suelo y crujían á cada paso, caídos de los bancos como prueba del trabajo hecho.

Roudic, inclinado, abstraído, manejaba sus instrumentos minuciosos, con los ojos fijos todo el tiempo en la aguja cronométrica. Ningún otro ruido que el rechinar del torno movido por los pedales y el susurro del agua que caía gota á gota sobre la rueda, girando á toda velocidad. En pie, al lado del contramaestre, Jack ocupábase en desbastar cualquiera pieza, poniendo en ello todas sus fuerzas, haciendo por tomar gusto al oficio. Pero decididamente faltábale la vocación.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Esto es cosa resuelta, pequeño, le decía Roudic. No tienes el sentimiento de la lima.

Sin embargo, el pequeño hacía todo lo posible y no se daba un instante de reposo. Algunos domingos lo llevaba el contramaestre á visitar la fábrica detalladamente, y le explicaba el funcionamiento de todas aquellas poderosas máquinas, cuyos nombres eran tan bárbaros, tan complicados como su aspecto.

"Máquina de pulimentar agujeros de botón para manivelas „

"Máquina de abrir muescas en cabezas de tornillos.„

Le detallaba pieza por pieza con entusiasmo todo aquel engranaje de ruedas, de sierras, de tuercas gigantescas; le hacía admirar el maravilloso ajuste de aquellas mil partes, formando un todo tan completo. De estas explicaciones, Jack no retenía más que algún nombre cruel, quirúrgico, que le hacía pensar en alguna trepanación formidable, en la que la interminable barrena hubiera penetrado en su cerebro. Todavía no había podido vencer el terror que le causaban todas aquellas fuerzas inconscientes, brutales, implacables, á las cuales se había entregado. Movidas por el vapor, le hacían el efecto de bestias feroces, que le acechaban al paso para agarrarlo, desgarrarlo, hacerlo pedazos. Inmóviles, frías, parecíanle aún más amenazadoras con las mandíbulas abiertas, los garfios tendidos, ó todos sus aparatos de destrucción, ocultos con una apariencia de crueldad satisfecha. Una vez, sin embargo, fué testigo de una ceremonia conmovedora que le hizo comprender, mejor que todas las explicaciones de Roudic, que había cierta hermosura, cierta grandeza en aquellas cosas.

Se iba á terminar, para un cañonero del Estado, una soberbia máquina de vapor de mil caballos de fuerza. Esta máquina se encontraba hacía

ya mucho tiempo en la galería de montaje, cuyo fondo ocupaba por completo, rodeada de una nube de obreros, en pie, completa, pero no acabada. Con frecuencia Jack, al pasar, la miraba de lejos; sólo á través de los cristales, porque nadie, á excepción de los ajustadores, tenía derecho á entrar. Tan pronto como estuviese terminada, la máquina debía partir para Saint-Nazaire, y lo que constituía la belleza, la rareza de aquella partida es que, á pesar de su enorme peso y de su complicación, los ingenieros de Indret habían decidido embarcarla montada por completo y en una sola pieza, permitiendo este atrevimiento los formidables aparatos de transbordo de que dispone la fábrica. Todos los días se decía: "Será mañana.„; pero siempre había en el último momento un detalle que vigilar, algo que reparar, que perfeccionar. Al fin estaba dispuesta, y se dió la orden de embarcar.

Fué aquel un día de fiesta para Indret. A la hora fijada estaban cerrados todos los talleres, las casas y las calles desiertas. Hombres, mujeres, niños, todos los vivientes de la isla habían querido ver la máquina salir de la galería de montaje, bajar el Loira y pasar al transporte que debía llevársela. Mucho antes de que abriesen el gran portalón, la multitud se había amontonado en los alrededores en un tumulto de espera, con ruido de fiesta. Al fin se abrieron las puertas del taller, y en la sombra del fondo se vió avanzar la enorme masa lenta, pesadamente, conducida sobre una plataforma con ruedas, que dentro de un momento iba á servir de punto de apoyo para levantarla, y que arrastraban sobre los rails palancas movidas por el vapor.

Cuando salió á la luz, brillante, grandiosa y sólida, fué acogida por una inmensa aclamación.

Detúvose un momento como para tomar aliento y dejarse admirar á la luz del sol, que la hacía

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

resplandecer. Entre los dos mil obreros de la fábrica, acaso no se encontrara uno que no hubiera cooperado á aquel hermoso trabajo en la medida de su talento ó de sus fuerzas. Pero habían trabajado aisladamente, cada uno de su lado, como el soldado combate durante la batalla, perdido en la multitud y el ruido, tirando delante de sí, sin juzgar del efecto ó de la utilidad de sus disparos, envuelto en el humo que le impide ver nada fuera del rincón donde se encuentra.

Ahora veían á su máquina, erguida y completa, ajustada pieza á pieza. ¡Y qué orgullosos estaban! En un momento fué rodeada y saludada con vivas y gritos de triunfo. Admirábanla como entendidos, la acariciaban con sus rugosas manazas, la hablaban en su rudo lenguaje: "¿Cómo va, querida?„ Los fundidores mostraban con orgullo las enormes hélices de bronce macizo, diciendo: "Nosotros las hemos fundido.„ Los forjadores respondían: "Nosotros hemos trabajado el hierro, y ahí dentro va nuestro sudor.„ Y los caldereros, los remachadores, celebraban, no sin razón, el enorme depósito pintado de rojo, dado de minio como un elefante de combate. Si estos alababan el metal, los ingenieros, los dibujantes, los ajustadores, se enorgullecían de la forma. Hasta nuestro amigo Jack decía mirando sus manos: "¡Ah, pícara, buenas ampollas me has costado!„

Para apartar á aquella multitud fanática, entusiasta como un pueblo de la India en las fiestas de Djaggernauth, y que el brutal ídolo habría podido aplastar á su paso, hubo necesidad casi de emplear la fuerza. Los vigilantes corrían por todas partes, dando empellones para dejar libre el camino; y bien pronto no quedaron alrededor de la máquina más que trescientos compañeros, escogidos en todos los talleres entre los más robustos, y que, armados de barras ó uncidos

á gruesas cadenas, no esperaban más que una señal para poner el monstruo en movimiento.

—¿Estáis todos, muchachos? ¡Oh! ¡Iza!

Dejóse oir un agudo silbido, y la máquina comenzó á moverse en los rails, brillando en su masa el cobre, el bronce, el acero, y sonando con ruidos metálicos sus tornillos, volantes y pistones. De la misma manera que á un monumento terminado que abandonan los obreros, se la había adornado en lo alto con un enorme *bouquet* de follaje, que coronaba todo aquel trabajo del hombre, como una gracia, una sonrisa de la naturaleza; y mientras que abajo la enorme masa de metal avanzaba penosamente, arriba el penacho de verdura se inclinaba y se erguía á cada paso, y murmuraba dulcemente en el aire puro. A los dos lados formábala cortejo la multitud, marchando todos mezclados, director, inspectores, aprendices, compañeros, con los ojos fijos en la máquina; y el silbato infatigable los guiaba hacia el río, donde humeaba una chalupa de vapor, pegada al muelle, presta á partir.

Héla ya colocada bajo la grúa, la enorme grúa de vapor de la fábrica de Indret, la palanca más poderosa del mundo. Dos hombres han subido sobre el tren que se va á elevar con ella, con la ayuda de cables de hierro, unidos todos por encima del *bouquet* por un anillo monstruoso, forjado de una sola pieza. Silba el vapor, el silbato redobla sus notas agudas, apresuradas, alegres, animadoras. El gancho de la grúa desciende como un gran cuello de pájaro, coge á la máquina con su pico curvado y la levanta lentamente, suavemente, por tiempos. En este momento la máquina domina la multitud, la fábrica, todo el Indret. Ahora todo el mundo puede verla y admirarla á su placer. En el oro del sol, donde se destaca, parecía decir adiós á los numerosos talleres que le han dado la vida, el movimiento,

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

hasta la palabra, y á los cuales no verá más. Por su parte, los compañeros experimentan, al contemplarla, la satisfacción de la obra terminada, esa conmoción singular y divina que recompensa en un minuto los esfuerzos de todo un año, y pone por encima de la pena sufrida el orgullo de la dificultad vencida.

—¡*Eso es toda una pieza!*... murmuró el viejo Roudic grave, los brazos desnudos, todavía temblando del esfuerzo hecho, y secándose los ojos humedecidos por lágrimas de admiración.

El silbato no ha parado su música excitante. Pero la grúa comienza á girar, á inclinarse del lado del río para depositar la máquina en la chalupa impaciente.

De pronto dejóse oir un crujido sordo, seguido de un grito desgarrador, espantoso, que encuentra eco en todos los pechos. En la emoción que flota en los aires, reconócese á la muerte, la muerte imprevista, súbita, que se abre paso con mano violenta y fuerte. Durante un minuto reinó un tumulto, un terror indescriptibles. ¿Qué ha sucedido? Uno de los obreros subidos en la plataforma acaba de ser cogido entre una de las cadenas de soporte, súbitamente estiradas, y el duro metal de la máquina. "¡Pronto, pronto, muchachos, contravapor!„ Pero son inútiles todos los esfuerzos hechos para arrancar al desgraciado á la horrible bestia; todo ha terminado. Alzanse todas las frentes, tiéndense todos los brazos en una maldición suprema; y las mujeres, gritando, se tapan los ojos con sus pañuelos para no ver los restos informes que cargan en unas parihuelas. El hombre ha sido deshecho, cortado en dos pedazos. La sangre, lanzada con violencia, ha salpicado los cobres, los aceros, hasta el verde penacho. No más silbato, no más gritos. La máquina acaba su evolución en medio de un silencio siniestro, mientras que un grupo se aleja

hacia la población, portadores, mujeres, todo un tristísimo cortejo.

Ahora se ve el temor en todos los ojos. La obra se ha hecho peligrosa. Ha recibido el bautismo de sangre y vuelto su fuerza contra los que se la habían confiado. Por eso todos los pechos lanzaron un suspiro de descanso cuando el monstruo cae sobre la chalupa, que baja ante su peso, enviando á las orillas dos ó tres grandes olas. Todo el río se estremece, y parece decir: "¡Cómo pesa!„ ¡Oh, sí, pesa mucho! Y los compañeros se miran unos á otros.

Héla al fin cargada, con su árbol de hélice y sus calderas al lado. Secada de prisa la sangre que la manchaba, ha recobrado su esplendor primero, pero no su impasibilidad inerte. Erguida y fiera sobre el puente del barco que se la lleva, y que parece arrastrar ella misma, dirígese presurosa hacia el mar, como si se le hiciera tarde para comer carbón, devorar el espacio y sacudir su penacho de humo en el sitio que ahora sacude su *bouquet* de follaje. Está tan hermosa así, que los obreros de Indret han olvidado su crimen, y saludando su partida con un inmenso y último *hurra,* la siguen, la acompañan con ojos amorosos... ¡Anda, máquina, haz tu camino á través de los mundos! Sigue tu línea trazada, derecha é inexorable. Marcha contra el viento, contra la mar y sus tempestades. Los hombres te han hecho bastante fuerte para que no tengas nada que temer. Pero ya que eres fuerte, no seas mala. Contén ese poder terrible que acabas de ensayar al partir. Dirige la nave sin cólera, y sobre todo, respeta la vida humana, si quieres hacer honor á la fábrica de Indret!

Aquella noche hubo, de un extremo á otro de la isla, un gran trajín de risas y de bromas. Aunque el accidente del día hubiera enfriado un poco los entusiasmos, todas las familias quisieron dis-

frutar de la fiesta preparada. Aquella no era la isla del trabajo anhelante y cansada, que por la noche se dormía tan pronto. Por todas partes, hasta en el sombrío castillo, se oían cantos, choque de vasos, detrás de los cristales iluminados, cuyos resplandores, reflejados á lo lejos, se mezclaban en el Loira á la claridad de las estrellas. En casa de los Roudic, una larga mesa reunía á los numerosos amigos, todo lo más escogido del taller. Se habló al principio del accidente... Los huérfanos no estaban todavía en edad de trabajar; el director había prometido una pensión á la viuda... Después la máquina ocupó todos los pensamientos. Aquella larga preocupación de muchos meses, no era ahora más que un recuerdo. Se hacía memoria de los diferentes episodios, las dificultades del trabajo. Había que oir á Lebescam, el velludo gigante, contar la resistencia del metal y cuánto le había costado ablandarlo en la forja:

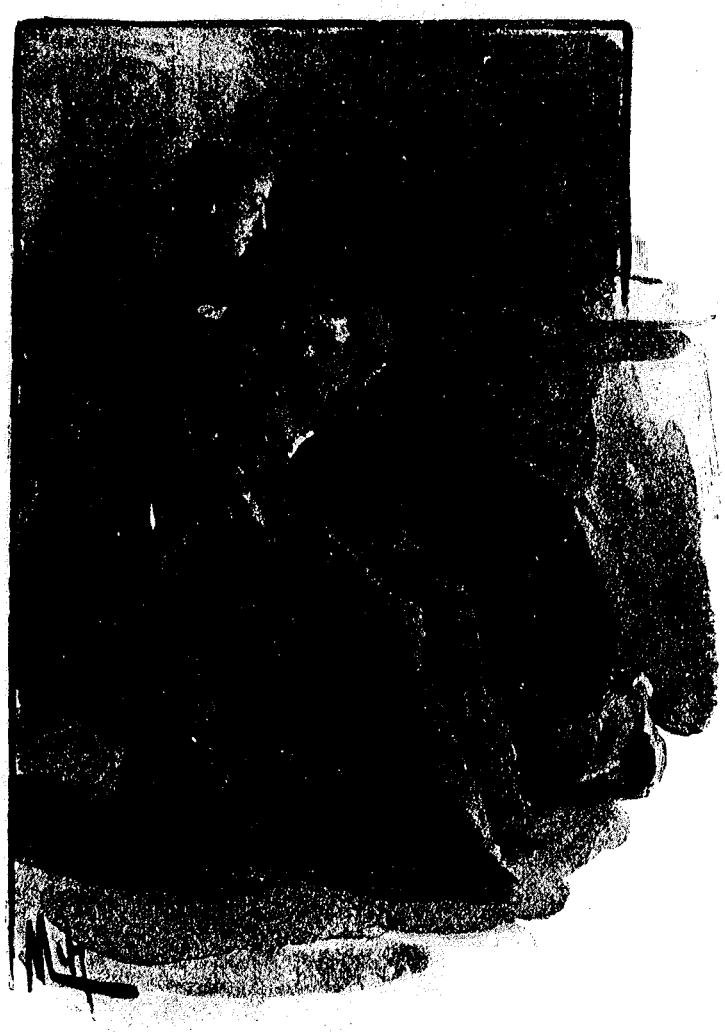
—Advierto que la soldadura no agarra... ¡Atención! Digo á los compañeros... vengan golpes derechos. ¡Ea, sobre mí, y de prisa!

Creía estar todavía allí. Sus puños cerrados caían sobre la mesa y la hacían temblar. Sus ojos llameaban como si la fragua reflejase en ellos. Jack escuchaba también con interés por la primera vez. Era el quinto entre los veteranos; y como estos recuerdos de grandes trabajos debían secar de un modo terrible los gaznates, se comprende que menudearan los tragos. Luego se pusieron á cantar; porque hay que acabar por esto cuando la reunión es bastante numerosa para atacar en coro: *Hacia las costas de Francia*. Y Jack, mezclando su voz á aquel concierto de voces desentonadas, repetía con los demás:

Bogad, bogad,
boguemos cantando.

Si los habitantes de las Aulnettes lo hubieran visto, habrían quedado contentos de él. Bronceado por el aire libre y el calor de la fragua, las ampollas de sus manos, cicatrizadas en duros callos, cantando aquel estribillo vulgar, pertenecía bien á aquel mundo. Era un verdadero obrero. Y Lebescam se lo hacía notar á Roudic:

—Sea enhorabuena... Ya no tiene el aire que tenía tu aprendiz... Comienza á ponerse al paso, ¡mil bombas!



El hombre está de rodillas...

IV

LA DOTE DE ZENAIDA

En la fábrica, Jack oía con frecuencia á los compañeros bramar[66] á propósito del matrimonio Roudic. Las relaciones de Clarisa y del nantés no eran un secreto para nadie; y al alejar al uno del otro, el Director no había conseguido, sin duda, más que hacer el escándalo más flagrante, é irreparable la caída de la mujer. Mientras que su sobrino había vivido en Indret, protegido contra sí mismo por la honradez del medio, el respeto á la casa conyugal, donde se advertía más su parentesco y daba á la falta un carácter más odioso todavía, Clarisa había podido resistir al

66. «Bramar» no es la equivalencia más apropiada para el verbo francés «ricaner» (reír sarcásticamente).

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

amor del guapo dibujante. Pero desde que él habitaba en Saint-Nazaire, donde el Director prolongaba expresamente su permanencia de mes en mes, las cosas habían cambiado. Se habían escrito, y después se habían visto.

De Saint-Nazaire al Bajo Indret no hay más que dos horas, y del Bajo Indret sólo un brazo del Loira que atravesar. En el Bajo Indret es donde se veían. El nantés, que no encontraba en los *Transatlánticos* la disciplina inflexible de la fábrica, se hacía libre cuando quería; y Clarisa, por su parte, tenía para pasar el río, cuando le parecía, el pretexto de las provisiones que no se encontraban en la isla. Habían alquilado un cuarto en una posada de la carretera. En Indret todo el mundo sabía sus relaciones; se hablaba de ello claramente, y cuando Clarisa bajaba la calle Mayor hasta el muelle, á la hora del trabajo, en medio del ruido de la fábrica, cuya bandera arriada la garantizaba contra su marido, notaba cierta sonrisa en los hombres, empleados ó vigilantes que se encontraba al paso, y una familiaridad más atrevida en la manera de saludarla. En la puerta de algunas casas, abiertas detrás de las cortinas levantadas para alguna faena doméstica, adivinaba rostros hostiles, ojos que la vigilaban. Al pasar, oía murmurar: "Ya va... ya va...„

¡Pues bien, sí! Aquello era más fuerte que ella, y allá iba. Allá iba, escoltada por el desprecio de todos, muriéndose de vergüenza y de miedo, con los ojos bajos, el sudor en las sienes, la frente llena de rubor, que el viento fresco del Loira no conseguía disipar siempre. Pero iba. Estas personas indolentes son algunas veces terribles.

Jack sabía todo esto. Había pasado el tiempo en que él y el pequeño Madú se devanaban los sesos para averiguar lo que era una *cocotte*. El taller abre pronto los ojos á los niños, y hasta los deprava; y los obreros no se ocultaban de él para

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

llamar á las cosas por su nombre y distinguir á los dos hermanos Roudic, diciendo: "Roudic el cantante„ y "Roudic el...„ Y reían, porque en el pueblo estas especies de vergüenzas hacen reir. Lo quiere así la vieja sangre gálica.

Jack no se reía. Compadecía á aquel pobre marido tan cándido, tan amante, tan ciego. Compadecía también á aquella pobre mujer, cuya debilidad y cuya indolencia se revelaban hasta en la manera de anudar sus cabellos, de dejar caer sus manos; á aquella silenciosa distraída que tenía siempre el aire de pediros perdón. Hubiera querido hablarle, decirle: "Llevad cuidado... se os espía... se os vigila...„ Y á aquel barbilindo de nantés, si hubiera podido cogerlo en un rincón, alzarse hasta sus hombros para sacudirlo, avergonzarlo: "¡Idos de aquí... dejad tranquila á esa mujer!„

Pero lo que sobre todo le indignaba, era ver á su amigo Belisario jugar un papel en estas infamias. El buhonero, á quien su oficio condenaba á correr los caminos, servía de mensajero á los dos culpables, generosos como dos amantes. Muchas veces lo había sorprendido el aprendiz deslizando cartas en el delantal de la señora Roudic, á cambio de alguna moneda, y le había chocado de tal modo ver á su amigo prestar su concurso á estas repugnantes traiciones, que desde hacía algún tiempo rehuía encontrarlo y no se detenía para hablar con él. El otro trataba de dirigirle su más amable sonrisa, de hablarle de aquella linda señora de allá abajo y de cierta loncha de jamón; pero no producía efecto. "¡Buenos días, buenos días! decía Jack. Otro día... Hoy no tengo tiempo.„ Y seguía su camino, dejando al buhonero estupefacto y con la boca abierta.

Belisario estaba bien lejos de sospechar el motivo de aquella frialdad. Lo sospechaba tan poco que un día, encargado de un mensaje urgente

para Clarisa, y no habiéndola encontrado en su casa, esperó la salida de los talleres y dió la carta al aprendiz con gran misterio:

—¡Es para la señora Roudic... chist! Nada más que para ella.

Bajo el sobre azulado, pegado con lacre, Jack había reconocido la letra del nantés. Sin duda, éste estaba en la posada esperándola.

—¡Por mi fe!... No, dijo el aprendiz rechazando la carta, yo no me encargo de esta comisión; y en el lugar de usted, preferiría vender mis sombreros á andar en tráficos parecidos.

Belisario lo miraba asombrado.

—Vamos, añadió Jack, usted sabe lo que hay en esas cartas. Usted lo sabe como yo, como todo el mundo. ¿Y cree usted que está bien ayudar á engañar á un hombre tan bueno?

La faz terrosa del buhonero se puso roja.

—He ahí una mala palabra, señor Jack. Yo no he engañado jamás á nadie, y todos los que conocen á Belisario podrán decirlo. Me dan papeles para que los entregue; los entrego, y nada más. Estas son mis pequeñas ganancias, y como somos tantos en casa, no tengo el derecho de rehusarlas... Mire usted, tengo al viejo, que no trabaja; hijos que criar, el marido de mi hermana, que está enfermo. Todo esto no es muy agradable. ¡Y cuesta tanto ganar dinero!... ¡Cuando pienso en que en tanto tiempo como trajino no he podido conseguir hacerme unos zapatos á mi medida, y que ando por los caminos con éstos, que me hacen sufrir tanto!... Si yo hubiera querido engañar á las gentes, estaría más rico de lo que estoy.

Tenía un acento tan honrado, tan convencido al hablar de este modo, que no había más remedio que creerlo. Jack intentó hacerle comprender su equivocación. Trabajo perdido. "Sus pequeñas ganancias... los hijos que criar... el viejo que no

trabajaba...„ Fuerte con estos argumentos, Belisario no buscaba otros. Evidentemente su probidad no era la misma de Jack. Era honrado sin matices, sin delicadeza, como se es en el pueblo, donde la delicadeza de sentimientos, los escrúpulos de conciencia no se encuentran más que por excepción, como una flor rara entre las plantas rústicas, por un azar del terreno ó del viento.

—Yo pertenezco á ese pueblo ahora, pensó Jack de pronto, mirando á su blusa. Y á esta idea le vinieron lágrimas á los ojos. Tendió entonces la mano á Belisario y se alejó, sin decir una palabra.

Que Roudic no supiera nada de lo que pasaba en su casa, no tenía nada de sorprendente, con su vida dedicada toda al taller, rodeado de buenas gentes que respetaban su ciega confianza, formada de ternura y de candidez. Pero Zenaida... Zenaida, ¿en qué pensaba? ¿No estaba ella allí? ¿Argos había perdido sus ojos?

Zenaida estaba allí; y más que nunca, al contrario, pues que desde hacía un mes no iba á trabajar. Sus ojos estaban también abiertos, y hasta habían adquirido una vivacidad y un brillo extraordinarios. Y estos ojos decían en su lenguaje, porque los ojos hablan cuando están contentos:

—Zenaida se va á casar.

No lo decían, lo gritaban:

—Zenaida se va á casar... ¡Zenaida tiene un novio! Y un gran novio, á fe mía; un sargento de aduaneros, muy ceñido en su uniforme verde, con un bigotillo belicoso y un kepis galoneado sobre la oreja. En todo el puerto de Nantes, con ser, como es, tan grande, y donde jamás faltan aduaneros, no se podrían encontrar dos sargentos Mangin. No había más que uno, y éste iba á ser para Zenaida. Verdad es que le costaba caro, ó al menos costaba caro á Roudic. Siete mil francos en hermosos escudos y en billetes que el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

buen hombre había ahorrado, sueldo á sueldo, durante veinte años. ¡Siete mil francos! El cabo no había querido menos. Con estas condiciones, consentía en encontrar en Zenaida las facciones más reguláres, el talle mejor, y en darle la preferencia sobre todas las grisetas de Nantes y las guapas salineras de Noirmoutiers y de Bourg-de-Batz, que al llevar la sal á la aduana le hacían la corte asiduamente. Roudic encontraba sus pretensiones un poco duras. Todas sus economías iban á irse en aquello. Y si él moría, ¿qué iba á ser de Clarisa? ¿Y si tenía más hijos? La mujer, en este caso, se había mostrado muy generosa.

—¡Bah! ¿Qué importa? decía. Tú, aún eres joven, puedes trabajar mucho tiempo. Haremos economías. Démosle su sargento. Ya ves que está loca.

Como mujer enamorada, adivinaba, comprendía la pasión.

Desde que había visto la posibilidad de llegar á ser la señora Mangin, de dar el brazo para toda la vida á aquel irresistible sargento, Zenaida ni comía ni bebía. Ella, tan positiva, sumergíase en contemplaciones, en sueños sin fin; permanecía horas enteras delante de su espejo peinándose, mirándose, y sacándose la lengua de pronto con cómica desesperación. La pobre muchacha no se hacía ilusiones sobre sí misma.

—"Bien sé que soy fea, decía, y que el señor Mangin no me quiere por mis bellos ojos; pero no importa. Que sea mi marido, y yo conseguiré que me ame.„

Y la buena criatura movía la cabeza con una sonrisa de satisfacción interior, porque ella sola sabía las provisiones de ternura, de paciencia, de abnegación que encontraría el que descansara sobre su corazón. La idea fija de aquel matrimonio, la angustia de saber si se realizaría, la alegría de la certidumbre, una vez arreglado el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

asunto y fijada la fecha, habían distraído su activa vigilancia. Por otra parte, el nantés no vivía en Indret. Y además, Clarisa se había mostrado tan buena en aquella ocasión, que Zenaida había casi olvidado sus sospechas. ¿Qué queréis? Antes que hija se es mujer. Algunas veces, cosiendo su *trousseau,* su traje de boda, que se hacía ella misma, acometíanla súbitamente impulsos de reconocimiento; soltaba su dedal, sus tijeras, y saltaba por entre las telas hasta su madrastra:

—¡Oh, madre... madre!...

Y la besaba, la estrechaba contra su pecho, á riesgo de pincharla, porque su peto estaba cada vez más lleno de agujas y de alfileres en aquella explosión terrible de todos sus talentos de costurera. No veía la palidez de Clarisa ni su turbación. No sentía la fiebre que abrasaba las manos blancas de la joven, con sus manos de virgen, siempre heladas. No notaba ya sus largas y frecuentes ausencias, ni oía lo que se decía en la calle Mayor de Indret. No veía, no escuchaba más que su dicha; vivía en una alegre exaltación, en una embriaguez de independencia.

Ya estaban publicadas las primeras amonestaciones, fijado el matrimonio para dentro de quince días, y la casita de los Roudic llena de esos alegres ruidos que preceden á una boda. Todo, abrir y cerrar puertas. Zenaida subía y bajaba diez veces al día la escalerilla de madera, con sus saltos de joven hipopótamo. Y la charla de las amigas, de las comadres, el probar vestidos, la llegada de regalos... la novia recibía muchos, porque aquella muchachota había encontrado medio, á pesar de su aire un poco áspero, de hacerse amar de todos. Jack contaba también darle un pequeño recuerdo con ocasión del matrimonio. Su madre le había enviado cien francos, escatimados á la escasa renta de su *toilette* y economizados difícilmente, porque el poeta llevaba la

cuenta exactísimamente de todos los gastos de la casa.

"...Este dinero es tuyo, Jack mío, decía Carlota. Lo he apartado para tí. Con él comprarás un regalillo para la señorita Roudic, y un traje para ti. Quiero que figures honrosamente en esa ceremonia, y tu guardarropa debe estar en lamentable estado, si, como me escribes, no te sirve ya tu traje inglés. Ponte guapo y diviértete. Sobre todo, no me hables de este envío en tus cartas. No hables tampoco á los Roudic. Querrán darme las gracias, y esto me haría tener grandes disgustos. Él tiene ahora los nervios muy excitados. Trabaja mucho este pobre amigo. ¡Y lo combaten tanto!...

„Todos se han conjurado para impedirle que llegue; en fin, es cosa convenida. No digas que estos cien francos proceden de mí. Di que son tus pequeñas economías.„

Hacía dos días que Jack se sentía orgulloso de tener aquel dinero en su bolsillo. Realmente, las monedas de oro equilibraban su andar; le daban una alegría pesada y llena de aplomo. Se alegraba de tener ropa nueva, limpia, y no su horrible traje de fogonero, gastado por numerosos lavados. Para esto había que ir á Nantes, y esperaba el próximo domingo con impaciencia. ¡Ir á Nantes! Otra fiesta más; y lo que le encantaba por encima de todo, era pensar que todas aquellas alegrías se las debía á su madre. Un solo punto le embarazaba: la elección del regalo para Zenaida. ¿Qué es lo que se regala á una joven que se casa? ¿Cómo darle gusto? ¿Cómo adivinar lo que le falta entre aquella porción de alhajas, de adornos que caen en la canastilla de las novias, como el adiós definitivo de todas las puerilidades, de todas las coqueterías de su juventud? Habría sido preciso ver lo que tenía.

Jack pensaba en esto una noche de invierno, al

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

volver á casa de los Roudic. Era una noche muy oscura. Cerca de la casa tropezó con alguien que corría rozando las paredes

—¿Es usted, Belisario?

No le contestaron; pero al empujar la puerta, el aprendiz vió que no se había engañado, y que Belisario había pasado por allí. Clarisa estaba en el corredor, despeinada por el viento, descolorida por el frío de la calle, y tan preocupada, que aun delante de Jack seguía leyendo la carta que tenía en la mano, al hilo de luz que se escapaba de la sala. Aquella carta debía decirle algo bien extraordinario. Jack recordó entonces que aquel día había oído decir en el taller que el nantés acababa de perder una gran suma en Saint-Nazaire jugando con los maquinistas de un barco inglés llegado hacía poco de Calcuta. Aquella vez preguntábanse cómo iba á pagar, y si no tomaría alguna resolución extrema. Esto era, sin duda, lo que anunciaba la carta; no había más que ver la emoción de Clarisa.

En la sala, Zenaida y Mangin estaban solos. Roudic, que había marchado por la mañana á Chateaubriant, donde se encontraban los papeles de su hija, no debía volver hasta el día siguiente, lo que no impedía al guapo sargento venir á hacer su corte y comer en Indret, donde su presencia estaba autorizada por la de la señora Roudic. Por otra parte, el sargento tenía aire muy tranquilo, poco peligroso, y merecía bien su epíteto de futuro, seco y frío como el tiempo de un verbo. En aquel momento, extendido en el buen sillón del contramaestre, con los pies en los morillos de la chimenea, mientras que Zenaida, muy vestida, peinada por su madrastra y muy encarnada, acababa de poner la mesa, le hablaba con mucha seriedad de las tarifas de aduanas, de lo que pagaban los granos oleaginosos, el índigo, el bacalao, para entrar en el puerto de Nantes.

Esto era bien poco, ¿verdad? Con todo, el amor es tal prestidigitador, que Zenaida se pasmaba á cada cifra y algunas veces hasta interrumpía su tarea, conmovida hasta el fondo del corazón por estos detalles como por una música deliciosa. La entrada del aprendiz vino á estorbar á estos enamorados, instalados de antemano en la paz tranquila de las conversaciones del hogar.

—¡Ah! He aquí á Jack. Es ya muy tarde. ¡Y la sopa que aún no está cocida! Pronto, á la cueva, amigo Jack. Y madre, ¿adónde ha ido? ¡Madre!...

Clarisa entró, muy pálida todavía, pero más tranquila, habiéndose arreglado el peinado y sacudido sus vestidos mojados.

—¡Pobre mujer! pensaba Jack mirándola, mientras que ella se esforzaba para comer, hablar, sonreir, bebiendo de un trago grandes vasos de agua, como para contener una terrible emoción que le apretaba la garganta. Zenaida nada veía. No quitaba la vista del plato del sargento, y parecía encantada de ver con qué majestuosa tranquilidad hacía él desaparecer todo lo que le servían, sin interrumpir un momento la famosa disertación sobre la tarifa comparada de los sebos y las mantecas. Aquel Mangin era la aduana hecha hombre. Gran hablador, expresándose en términos escogidos, lentamente, metódicamente, pero todavía menos lentamente que para comer, porque no se cortaba un bocado de pan sin mirarlo, examinarlo y tantearlo en todos sentidos, de la misma manera que levantaba cada vez su vaso á la altura de la lámpara y probaba el vino antes de beberlo, como si hubiera sospechado algún fraude, presto á detener en el mismo borde de los labios un líquido de contrabando ó un género prohibido. Así, cuando él estaba allí, las comidas no acababan nunca. Aquélla, particularmente Clarisa, parecía soportarla con impacien-

cia. No se estaba quieta en su sitio; iba á la ventana, escuchaba el ruido del granizo en los cristales, y luego volvía á la mesa.

—¡Vaya un tiempo que os va á hacer para volveros, mi pobre Mangin! Quisiera que estuviéseis ya en vuestra casa.

—¡Pues yo no! dijo Zenaida con tal expresión de candor, que todos se echaron á reir, y la muchacha con más gana que los otros. No importa. La observación de Clarisa había producido efecto; y el sargento, interrumpiendo una larga disertación sobre los consumos, se levantó para marcharse. Pero no estaba todavía fuera, y los preparativos de la marcha daban siempre á la gruesa Zenaida un cuarto de hora de gracia, añadido á la velada. Había que encender la linterna para alumbrar, que abrochar el capote. Encargábase ella de todos estos cuidados; ¡y si supiérais qué pesadas de encender eran las cerillas y qué difíciles de abotonar los guantes de uniforme!...

En fin, ya está empaquetado el novio. Su capuchón caído sobre los ojos, la bufanda dada dos ó tres vueltas alrededor del cuello y sólidamente atada por dos manos vigorosas, Mangin parecía haber desaparecido por completo en una escafandra de buzo. Tal como está, Zenaida lo encontraba todavía soberbio, y en pie en el portal, con el corazón algo oprimido por la separación, miraba con inquietud aventurarse en la calle Mayor de Indret, muy oscura, aquella encantadora silueta de esquimal, acompañada por el balanceo de una linterna. Su madrastra tiene que llamarla.

—Vamos, Zenaida, ¿no entras?

Y Clarisa, al hablar así, tiene en la voz una entonación impaciente, que no justifica en nada la solicitud amorosa por la joven. Aquella angustia nerviosa no hace más que aumentar con el tiempo, y no escapa al amigo Jack. Se habla, sin embargo, mientras se pone en orden la sala. De

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

cuando en cuando Clarisa mira el reloj y dice: "¡Qué tarde es!„

—¡Con tal que no pierda el tren!... responde Zenaida, que no piensa más que en su novio, y desde que él se fué lo sigue en todas las etapas de su viaje Ya llegó... llama al barquero... sube en la barca.

—¡Debe hacer frío sobre el Loira! exclama, terminando en voz alta su ensueño.

—¡Oh! sí, mucho frío... contesta la suegra tiritando; pero no es ella quien pasa malos ratos por el hermoso capataz. Dan las diez. Levántase vivamente, con brusco movimiento, como cuando se quiere despedir á algún importuno:

—¿Vamos á acostarnos?

Luego, viendo que se dispone el aprendiz á echar la llave, como de costumbre, adelántase para detenerlo.

—¡Ya está, ya está! Ya cerré yo; subamos.

Pero Zenaida no cesa de hablar de su Mangin.

—Jack, ¿le gustan á usted los bigotes rubios? ¿Cuánto pagan de entrada las semillas oleagi... oleaginosas?

Jack no lo recuerda. Ya se lo preguntará ella al Sr. Mangin.

—¡Qué interesante es eso de las tarifas!

—¿Queréis acostaros, sí ó no? pregunta la señora de Roudic aparentando reirse, pero muy nerviosa. Entonces cesa la charla, y los tres suben la estrecha escalera.

—Vaya, buenas noches, dice la suegra al entrar en su cuarto. Yo me caigo de sueño.

Y, sin embargo, mucho brillan sus ojos. Jack tiene ya puesto el pie sobre la escalerilla de su sotabanco; pero está el cuarto de Zenaida tan lleno de regalos de boda, que no puede resistir el pasarlos en revista.

Buena ocasión para lo que él quería saber. Durante el día habían venido amigas; sacaron todos

los tesoros, y estaban aún expuestos allí, sobre la ancha cómoda, junto á una Virgen de cera con el Niño en brazos. Al lado, doce cucharillas sobredoradas relucían en su estuche abierto; luego, una cafetera de plata, un libro de misa con broches, una caja de guantes.—¡guantes de hombre!—Y por todas partes los papeles, las cintas de colores que sujetaban aquellas sorpresas venidas del castillo. Luego había los regalos más humildes de las mujeres de empleados ó capataces. El velo, la corona, en cajas enviadas de Nantes y ofrecidos en común por la señora de Kerkabelec y la señora de Lebelleguic; la señora de Lemoallic, había mandado un reloj de sobremesa; la de Lebescam, un tapete; otras, labores de punto, de crochet, una sortija de cristal, una estampa, un frasco de esencia, y, por fin, un "matrimonio„: dos muñecos vestidos de conchas, cuyos colores reproducían el traje del país.

Zenaida enseñaba con orgullo todos aquellos tesoros, y los iba envolviendo con cuidado. El aprendiz lanzaba exclamaciones y no cesaba de preguntarse: "¿Y qué podría yo ofrecerle?„

—¿Y mi equipo, Jack? ¿No ha visto usted mi equipo? Espere usted.

Cogió ella una llave que había en una taza sobre la cómoda, y abrió un cajón, sacando de él otra llave con adornos al cincel y muy antigua, que abría el armario de roble que desde hacía cien años tenía la familia. Cedieron las dos hojas, dejando evaporarse un buen olor de lejía hecha con raiz de lirio, y Jack pudo admirar montones de sábanas, amarillentas, hiladas por la primera señora de Roudic, y mucha ropa blanca llena de adornos.

—¡Vamos... que ya hay algo! decia Zenaida triunfante.

La verdad es que nunca en casa de su madre, en donde tanta ropa buena había en el armario

de luna, nunca vió Jack tal cantidad de ropa blanca y tan bien colocada.

—Pues esto no es lo mejor, amigo Jack. Mire usted aquí.

Y levantando un montón de enaguas, le enseñó ella, hundida entre toda aquella tela blanca, cual recién casada, una cajita.

—¿Sabe usted lo que hay ahí dentro?... Mi dote.

Y esto lo decía con orgullo.

—Mi dote, querido; un lindo dote, que me proporcionará, dentro de quince días, el llamarme la señora de Mangin. ¡Ahí sí que hay dinero, y de todos colores!... Pues todo para mi Mangin. Cuando lo pienso, me dan ganas de llorar y reir al mismo tiempo, y también de bailar.

En una explosión de cómica alegría, aquella muchachota principió á bailar pesada danza ante aquella cajita, á la que debía su felicidad, cuando un golpe dado en la pared la interrumpió súbitamente.

—Vamos, Zenaida, deja á ese niño que se acueste. Ya sabes que tiene que madrugar.

Era la voz de Clarisa; pero muy irritada, hasta cambiada.

Algo avergonzada la futura señora de Mangin, cerró su cofre y se despidieron uno de otro en voz baja.

Jack apoyó su escalerilla contra el sotabanco, y cinco minutos después, la casita, entumecida bajo la nieve, mecida por el viento, parecía dormir como sus vecinos, en el silencio y la tranquilidad de la noche. Pero el antifaz de las casas engaña tanto como el de los hombres; y mientras ésta tiene cerradas sus ventanas cual párpados cargados de sueño, encubre el más sombrío de los dramas.

Sala baja de los Roudic. La luz está apagada. Alumbrados únicamente por mucha lumbre de cok en la chimenea, un hombre y una mujer se

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

hallan en un rincón. Los movimientos caprichosos de la llama permiten notar que la mujer se pone á veces muy encarnada, como si se avergonzara de algo. El hombre está de rodillas. Nada se ve de él sino una hermosa cabellera rizada, que se echa hacia atrás, un talle vigoroso y flexible doblado en actitud de adoración, de súplica.

—¡Oh! Te lo suplico, dice en voz baja, te lo suplico; si es que me amas...

¿Qué puede pedirle él todavía? ¿Qué más puede ella darle? ¿Acaso no es del todo suya, en todo momento, en todas partes y á pesar de todo? Sólo una cosa había ella respetado hasta entonces: la casa de su marido. Pues bien; el nantés no tuvo más que querer; escribir una palabra: "Vendré esta noche, deja abierta la puerta„, para decidirla á entregarle aquel último recurso de su honor, perdiendo esa especie de tranquilidad que comunica, aun á la más culpable, el hogar que nunca ha sido manchado.

Y no sólo dejó abierta la puerta, como él quería, sino que, ya acostados los demás, se había ella vuelto á peinar, poniéndose también el vestido que tanto le gustaba á él, y pendientes que él le había regalado; había tratado de ponerse muy hermosa para aquella primera noche de amor.

¿Qué más quería el nantés? Probablemente algo muy terrible, imposible; algo que ciertamente no poseía ella. Pues de no ser así, ¿cómo había ella resistido al apasionado abrazo, á la elocuente súplica de una fiebre de deseo, á aquella boca pegada á la suya?

Mas no cedía ella, tan débil, tan condescendiente. Hallaba una fuerza de resistencia ante la exigencia de aquel hombre; un acento de rebelión y de indignación para contestarle: "¡Oh! ¡No, no.. eso no. Es imposible!„

—Vamos á ver, Clarisa, puesto que te digo que

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

es por dos días. Con esos 6.000 francos, primero pagaré los 5 000 francos que he perdido; y con lo que queda, gano una fortuna.

Tuvo ella al mirarle una expresión de alucinamiento, de terror, y luego un sobresalto de todo su cuerpo.

—No, no; eso no.

Hubiérase dicho que contestaba menos á él que á sí misma, á un pensamiento tentador hundido bajo su resistencia. Entonces redobló él las ternuras, las súplicas; y trataba ella de alejarse de él, huyendo de aquellos besos, de aquellas caricias, de aquel arrebato apasionado, en el que desaparecían generalmente los escrúpulos, los remordimientos de la débil criatura.

—¡Oh! ¡No, por favor! Ni lo pienses siquiera. Busquemos otro medio.

—Te digo que no lo hay.

—Sí, hombre, escucha. Tengo una amiga muy rica en Chateaubriant, la hija del recaudador. Hemos sido compañeras de colegio; le voy á escribir, y le pediré esos 6.000 francos como si fueran para mí.

Decía ella lo primero que se le ocurría, para sustraerse á la obsesión de la súplica del otro. Pero él lo notaba, y replicó:

—Es imposible; necesito el dinero mañana mismo.

—Pues mira, deberías ir á ver al Director. Es un hombre muy bueno, y que te aprecia. Quizás...

—¿El? ¡Qué tontería! Me echaría del obrador. Y cuando pienso que tan fácil sería lo que quiero... Dentro de dos días, nada más que dos días, devolvería el dinero.

—¡Oh! Dices eso...

—Si lo digo es porque tengo seguridad de hacerlo. ¿Sobre qué quieres que lo jure?

Y viendo que no la convencería, que se encerraba en ese mutismo absoluto en donde se atrin-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

cheran los débiles contra sí mismos y contra los demás, dejó él escapar esta lúgubre palabra:

—He hecho mal en hablarte de eso. Mejor hubiera sido no decirte nada, subir y coger en el armario lo que necesitaba.

—Pero ¡desgraciado! murmuró ella temblando, y temblaba porque veía al otro capaz de hacer lo que decía; por lo visto no sabes que Zenaida mira su dinero todos los dias, que lo cuenta, lo vuelve á contar... Mira: sin ir más lejos, esta misma noche la oía yo enseñarle la cajita al aprendiz.

El nantés se estremeció.

—¿Al aprendiz?

—Sí; ¡está tan contenta la pobre muchacha!... Un disgusto así la mataría. Además, no está la llave puesta.

Pero notando que al discutir iba suministrándole armas al otro, se calló. Y lo peor era que se amaban, que se lo decían cruzando sus miradas, uniendo sus labios en los intervalos de aquel triste debate.

Horrible era aquel dúo, tan desemejante en todo.

—¿Qué va á ser de mí? repetía á cada instante el miserable.

Si no pagaba aquella deuda de juego, quedaba deshonrado, perdido, echado de todas partes. Lloraba como un niño, movía su cabeza sobre las rodillas de Clarisa, llamándola "su tía... su querida tiíta...„ Ya no era el amante quien suplicaba; era un niño, al que sirvió Roudic de padre y á quien todos mimaban en la casa.

La pobre mujer lloraba con él, pero sin querer ceder. En medio de sus lágrimas, continuaba diciendo: "No... no... eso no puede ser„ agarrándose á esas palabras como un náufrago á la tabla que ha agarrado y aprieta con desesperación. De repente, se levantó:

—¿No quieres?... Está bien. Ya sé lo que tengo

que hacer. ¡Adiós, Clarisa! No sobreviviré á mi vergüenza.

Esperaba él un grito, una explosión. Nada de eso. Dirigióse hacia él:

—Quieres morir... Pues mira, yo también. Ya estoy harta de esta vida de mentira, en la que el amor, obligado á esconderse, tanto se oculta que no se le halla. ¡Vamos, ven!

Él la detuvo:

—Pero ¿qué es eso? ¡Querrías tú!... ¡Qué locura! ¿Estás en tu juicio?

Ya no le quedaba argumento ninguno que aducir; agitábale sorda cólera ante la súbita rebelión de aquella voluntad. Una borrachera de crimen excitaba su cerebro.

—¡Vaya una tontería! exclamó dirigiéndose hacia la escalera.

Clarisa llegó antes que él, plantándose en el primer peldaño.

—¿Adónde vas?

—¡Déjame .. déjame; es preciso!

Balbucía, y ella se agarró á su ropa.

—¡No hagas eso, te lo suplico!

Pero subía la embriaguez, y él nada podía escuchar ya.

—¡Mira lo que haces!... ¡Si das un paso, llamo!

—¡Pues llama! ¡Todo el mundo sabrá que tienes á tu sobrino por querido, y que tu querido es un ladrón!

Díjole él esto casi al oído, pues hablaban en voz muy baja en aquella lucha, pesando sobre ellos, á su pesar, ese silencio del sueño que la noche trae consigo. A la roja claridad del hogar, apareció él tal como realmente era, desenmascarado por una de esas violentas emociones que dejan ver los movimientos del alma al descomponer las facciones. Vióle con su gran nariz ambiciosa y dilatada, sus labios delgados, sus ojos bizcos á fuerza de mirar los naipes. Pensó ella en todo lo

que á aquel hombre había sacrificado, y qué compuesta se había puesto para aquella noche de amor, la primera que pasaban juntos.

¡Oh! ¡Qué horrible, qué espantosa noche de amor!

De repente sintió profundo asco de sí misma y de él; la abandonaban sus fuerzas. Y mientras subía el malhechor la escalerilla, recorriendo á tientas la vieja casa paterna, cuyos rincones todos conocía, caía ella sobre el diván, hundiendo su cabeza en los cojines para ahogar sus sollozos y sus gritos, para no ver, no oir nada.

La brisa fresquita hacía correr la lancha...

V

LA EMBRIAGUEZ

No eran aún las seis de la mañana. En las calles de Indret la oscuridad era completa. De trecho en trecho, en los escaparates de algunas panaderías y tabernas, luces humosas aparecían en la neblina, como detrás de un papel empapado de aceite, con ese color blanquecino del rayo de luz que no puede atravesar la nube. En una de aquellas tabernas, junto á la estufa atestada de cok,[67] estaban sentados y charlaban apurando copas, el sobrino de Roudic y su aprendiz:

67. El cok, o coque, es un tipo de combustible derivado del carbón. En ningún momento menciona Daudet el tipo de combustible con el que se llenaba la estufa. Se trata de un añadido personal de Giner de los Ríos.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Vamos, Jack, otra ronda.

—No, gracias, señor Carlos. No tengo costumbre de beber, y temo que me haga daño.

El nantés se echó á reir:

- ¡Vaya, hombre! Un parisién como tú... ¡Esas son bromas!... ¡Mozo! dos copas de aguardiente, y... listo.

El aprendiz no se atrevió á rehusar. Las tentaciones de que era objeto por parte de aquel hombre tan buen mozo, le halagaban en extremo. Y había motivo para ello.

Aquel dibujante tan orgulloso, que en dieciocho meses no le había hablado tres veces, al tropezar con él, por casualidad, en Indret, le había hecho el honor de tratarlo como á un compañero, llevándole con él á una taberna y obsequiándole con tres copitas de diferentes colores. Tan extraordinario era aquello, que Jack, al principio, estaba receloso. Tenía el otro tan singular aspecto, preguntándole con tanta obstinación: "¿De veras que no hay nada nuevo?„

Y decía el aprendiz para sus adentros:

—¡Si te figuras tú que voy á servirte de correo como *Belisario*!

Mas no duró mucho aquella mala impresión. Al apurar la segunda ronda de aguardiente, se había tranquilizado. Después de todo, el nantés no parecía un mal hombre; más bien un infeliz arrastrado por sus pasiones. ¡Quién sabe! Quizás bastara una mano amiga, un buen consejo, para encarrilarlo de nuevo en el camino recto, logrando así que renunciara al juego y respetara la casa de su tío.

A la tercera ronda, Jack, presa de una súbita efusión, y de corazón muy ardiente, ofreció su amistad al nantés, quien la aceptó agradecido, y una vez ya amigo suyo, creyó poderle dar algunos consejos:

—¿Quiere usted que le diga una cosa señor nan-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tés?... Pues mire usted... siga mi consejo... no vuelva usted á jugar.

El golpe iba bien dirigido, y sin duda produjo efecto, pues el dibujante frunció los labios con movimiento nervioso—sin duda la emoción—y tragó de un golpe su copa de aguardiente. Viendo Jack el efecto que producía, no paró en eso.

—¡Y mire usted, amigo! Otra cosa quiero decirle...

Por fortuna le interrumpió la voz del tabernero, pues esta vez le hubiera costado trabajo al nantés ocultar sus impresiones.

—¡Muchachos! La campana.

En el aire frío de la mañana, un sonido monótono y lúgubre, mezclábase á un movimiento de muchedumbre muda, á toses, al ruido de los zuecos sobre las aceras de las calles pendientes.

—¡Vaya! dijo Jack, hay que largarse.

Y como había pagado su amigo las dos primeras rondas, se empeñó en costear la tercera, feliz por poder sacar una moneda de cuatro duros del bolsillo y echarla sobre el mostrador, diciendo: "Cóbrese.„

—¡Pijota! ¡Una amarilla!... exclamó el tendero, poco acostumbrado á ver semejantes piezas salir de los bolsillos de un aprendiz. El nantés no dijo nada, pero se estremeció... ¿Qué, tambien ese había andado en el armario? Jack triunfaba al ver el asombro de ambos.

—¡Y las que quedan! exclamó dando golpecitos sobre su chaqueta, y le dijo al oído al dibujante: Es para un regalo que quiero hacerle á Zenaida.

—¿De veras? dijo el otro con mal intencionada sonrisa.

El tabernero no cesaba de darle revueltas á la moneda, con cierta inquietud.

—¡A ver si se da usted prisa! le dijo Jack. Va usted á ser causa de que llegue cuando ya no haya bandera.

En efecto, la campana seguía tocando, pero lentamente, como si le faltara voz en las últimas llamadas. Por fin, cuando recogió Jack la vuelta, salieron ambos agarrados del brazo.

—¡Qué lástima, amigo Jack, que tengas que encerrarte en ese chamizo! El barco de Saint-Nazaire no llega hasta dentro de una hora. ¡Con qué gusto me hubiera quedado otro ratito contigo! De veras que me sería provechoso el oirte. ¡Ah! ¡Si siempre me hubiesen aconsejado así!

Y poco á poco fué llevando al aprendiz hacia el Loira. El muchacho se abandonaba. Al salir del calor sofocante de la taberna, el frío de la calle había rematado la acción de las tres rondas de copitas. Andaba como aturdido, tropezaba á cada paso, y como el piso estaba muy resbaladizo, apoyábase con todas sus fuerzas en el brazo de su amigo, para no caerse. Parecíale que acababan de darle un tremendo golpe en la cabeza, ó que le estrechaban el cráneo con un sombrero de plomo. Pero aquello sólo duró algunos minutos.

—Espérese, dijo. Me parece que ya no se oye la campana.

—¡Demonio!

Volvieron la cabeza. Una claridad blanquecina desgarraba el cielo, alumbrándole por encima del taller. La bandera había desaparecido. Quedó Jack aterrorizado. Era la primera vez que semejante cosa le sucedía. Pero el más desconsolado de los dos, era el nantés.

—Es culpa mía, es culpa mía, decía. Hablaba de ir á ver al Director para suplicarle, explicándole que él era el único culpable; y tuvo el aprendiz que tranquilizarle.

—¡Bah! No me he de morir porque figure una vez mi nombre en la tablilla de los ausentes. Le acompañaré á usted hasta el barco, y estaré de vuelta para la llamada de las diez. Todo será un jabón del larguirucho Lebescam.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Era justamente el jabón ese, lo que él temía.

Pero aquel miedo quedaba muy por bajo de la alegría, del orgullo que sentía al ir cogido del brazo del nantés, sobre todo cuando pensaba que contribuía á hacerle entrar en el buen camino. Este giro daba á su conversación mientras bajaban hacia la ría abajo los corpulentos árboles ensabanados de escarcha; y tal era la acción con que acompañaba sus palabras, que no sentía el áspero frío de aquella mañana, ni el cierzo que soplaba, cortando como una navaja de afeitar. Hablaba del honrado señor Roudic, tan bueno, tan cariñoso, tan confiado; de Clarisa, la cual, aunque en inmejorables condiciones para ser feliz, apesadumbraba por su palidez y por aquella mirada desencajada que se le ponía en ciertos momentos.

—¡Ah! ¡Si la hubiese usted visto esta mañana al marcharme yo! Estaba tan descolorida, que parecía una muerta.

Al decir estas palabras, sentía el aprendiz el brazo del nantés estremecerse bajo el suyo, lo cual le probó que aún había corazón en aquel muchacho.

—¿No te ha dicho nada, Jack? ¿De veras que nada te ha dicho?

—Nada, ni una palabra. Zenaida le hablaba, pero ella no contestaba. No probó bocado. Temo que esté enferma.

—¡Pobre mujer!... dijo el nantés con un suspiro de alivio, que el niño tomó por tristeza, llenándole de piedad.

—Por una vez, basta, pensaba. No he de ensañarme en él.

Llegaban al muelle. El barco no llegaba aún. Una espesa niebla cubría la ría.

—¿Te parece que entremos ahí? dijo el nantés.

Era una caseta de tablas con bancos en su interior; allí se resguardaban los obreros mientras

esperaban á los barqueros. ¡De sobra conocía Clarisa esa caseta! Y la vieja, que en un rincón había instalado su cajón de aguardiente y café, más de cuatro veces había visto á la señora de Roudic esperar el barco y atravesar el Loira en días atroces.

—¡Ya pica esta mañana, muchachos! ¿No toman ustedes una copita?

Jack consintió, pero á condición de que él pagaría, y quiso además convidar á un marinero que tiritaba al pie del semáforo, donde estaba de servicio. El marinero y el nantés tragaron el aguardiente como una guinda. El aprendiz les imitó; pero lo que no pudo imitar fué la sonrisa de golosina, el "¡ah!„ de satisfacción que dejó escapar mientras se limpiaba la boca con la manga. ¡Terrible copita! Parecíale á Jack que acababa de tragarse ascuas de la fundición.

De repente, un silbido desgarró la niebla. ¡El barco de Saint-Nazaire! Fué preciso separarse, pero prometieron verse otra vez.

—Eres un buen muchacho, Jack, y te doy las gracias por tus buenos consejos.

—¡Quite usted, hombre! Eso no vale nada, contestó Jack, estrechando reciamente la mano del nantés, y muy extrañado por sentirse tan conmovido como si se separara para siempre de un amigo de toda la vida. Sobre todo, Carlos, ya sabe usted lo que le he dicho: no vuelva usted á jugar.

—¡Oh! no; nunca más, dijo el otro apresurándose á embarcarse para que no le viera su joven amigo soltar la carcajada.

Ya que se hubo marchado el nantés, ni por asomo se le ocurrió á Jack volver al obrador. Sentíase en el corazón desusada alegría, le ardían las venas, quería gritar, correr, gesticular. Hasta la niebla blanca que cubría el Loira, surcado por grandes navíos negros que se deslizaban cual sombras chinescas, parecíale alegre, atrac-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tivo, como si se hubiera sentido alas para franquearlo; y, por el contrario, lo que le parecía lúgubre era todo aquel martilleo, aquel ruido de caldería, aquel sordo ronquido que harto conocía él y del que anhelaba huir. Bien mirado, ausente durante algunas horas ó durante todo un día, no por eso había de calentarle más las orejas Lebescam. Entonces se le ocurrió esta idea feliz:

—Ya que estoy libre, ¿por qué no voy á Nantes á comprar el regalo para Zenaida?

Ya está en el barco, luego en la Baja Indret después en la estación, transportado, según le parece á él, como por encanto, de tal suerte le era todo fácil y ligero aquella mañana. Pero en la estación no había salida antes de las doce. ¡Cómo pasa el tiempo! La sala de espera estaba fría y desierta. Por fuera soplaba el viento. Jack entró en una casa de comidas á la que concurrían más obreros que labriegos, aunque estaba en pleno campo, y tenía como muestra estas palabras en caracteres negros, sobre la fachada recién revocada: "*Aquí, si usted gusta*„ el grito que se oía en la fragua cuando está el hierro candente, y con el que se avisa á los compañeros para que vengan á batirlo. Muestra mentirosa como todas las muestras, pues no se trataba aquí de fragua.

Aunque era temprano, había gente en casi todas las mesitas, alumbradas con lamparitas de petróleo, cuyo humo nocivo mezclábase con el de las pipas, para envenenar la atmósfera. Allí, en los rincones, apuraban copitas los parroquianos de semana, el desecho, la hez de los talleres, los que no pueden con el martillo por parecerles pesado y que sólo manejan el vidrio. Allí no había más que caras repugnantes, miserables, chaquetas perezosas, manchadas de vino y de lodo, brazos cansados por el sueño especial del borra-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

cho, todos los irregulares, los cobardes, los incapaces, todos aquellos que la taberna acecha en torno del taller, á quienes atrae con su escaparate traidor en donde las botellas, simétricamente colocadas, disimulan con sus colores los venenos del alcohol.

Asfixiado por el humo, aturdido por el ruido, titubeaba el aprendiz en tomar asiento al lado de los demás, cuando oyó que le llamaban desde el fondo de la sala.

—¡Oye!... ¡Por aquí, Azteca!

—¡Hola! Ahí está Gascuña.

Gascuña era un obrero de Indret, despedido la víspera por embriaguez. Junto á él en la misma mesa, hallábase un marinero, mejor dicho, un novato de dieciséis á diecisiete años, cuya cabeza imberbe y ya ajada, con esa boca especial del hombre de mar, salía de su ancho cuello azul con aire desenvuelto en demasía. Unióse Jack á aquella amable sociedad.

—¡Conque tambien tú echas una cana al aire! dijo Gascuña con esa familiaridad de compañerismo que une á los malos obreros... Pues me alegro; vas á tomar una copa con nosotros.

Aceptó, y fué entre ellos una porfía de cortesías y un derroche de frascos de todos colores. El novato era el que más simpatizaba con Jack. ¡Llevaba su bonito traje con tanta soltura y valentía! Y luego tanta serenidad, tanta audacia, importándole un bledo Dios y los gendarmes. A su edad, ya había dado dos veces la vuelta al mundo, y hablaba de las javanesas y de Java, como si el país ese hubiese estado enfrente, del otro lado del Loira. ¡Ah! ¡Con qué gusto hubiera trocado el aprendiz su chaleco de punto, su chaqueta, su blusa, por el sombrero de hule gallardamente echado hacia atrás sobre la cabeza pelona del novato, y aquella faja suelta de un azul desteñido por el sol y el agua de mar! Aquel

sí que era un oficio, lleno de aventuras, de peligros y de espacio que recorrer! Pero el marinero se quejaba:

—"Demasiado caldo para tan poca carne...„ decía á cada instante.

A Jack le seducía la expresión; parecióle sumamente chistosa.

—¡Demasiado caldo para tan poca carne! ¡Estos marinos, vaya una gente de rompe y rasga!

—Pues no digo nada de Indret, añadía Gascuña. ¡Valiente chamizo!...

Y principió á decir pestes contra el director, los vigilantes: vagos que se cruzan de brazos mientras echa uno los hígados para ellos.

—La verdad es que mucho habría que decir... observó Jack, quien recordó súbitamente frases del cantante Labassindre, sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital.

Aquella mañana tenía Jack la lengua tan expedita como las piernas.

Poco á poco, su elocuencia hizo callar todas las charlas de la casa de comidas. Le escuchaban. Oía que decían: "¡Pues poco listo que es ese muchacho! ¡Cómo se conoce que viene de París!„ Sólo le faltaba, para producir mayor efecto, la voz de bajo profundo de Labassindre, y no aquella vocecilla de gallito resfriado, aquella voz de adulto en la que se destacaban notas graves que en aquel momento parecían acudir de muy lejos, como si hubiese dirigido sus palabras á varias atmósferas por encima de su cabeza. Pero lo que decía, se enredó tanto al poco rato, que ya ni él mismo se entendía; y sintiendo á poco como un mecimiento y un vaivén, cual si se lanzara en pos de sus ideas, en la barquilla de un globo cuyo movimiento le mareaba y acababa de hacerle perder el sentido.

...Una sensación de frío sobre la frente le volvió en sí. Estaba sentado á la orilla del Loira.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

¿Cómo se hallaba allí, al lado de aquel marinero que le humedecía las sienes? La plena claridad deslumbraba sus ojos y le costaba trabajo abrirlos; despues vió, enfrente de él, el humo del taller, y á su lado un pescador de pie en su barca, izando la vela y disponiéndose á salir.

—¿Qué tal, amigo? dijo el novato mientras retorcía su pañuelo. ¿Te sientes mejor?

—Sí, muy bien, contestó Jack tiritando y muy mareado.

—Pues entonces, al barco.

—¿Por qué? dijo muy extrañado el aprendiz.

—Pues porque vamos á Nantes. ¿No recuerdas que le has alquilado un barco á ese marinero, hace un rato, en la casa de comidas? Mira, ahí tienes á Gascuña con las provisiones.

—¡Las provisiones!

—Pues sí, hijo mío, dijo el fundidor cargado de una enorme cesta de la que salían frascos y la mitad de un pan... ¡Vamos, arriba; andando muchachos! El viento sopla bien. Dentro de una hora estaremos en Nantes, y allí sí que habrá juerga formal.

Jack, durante un minuto, vió entonces muy claramente lo que iba á hacer, el abismo hacia que iba rodando. Hubiera querido echarse en la lancha del barquero, que allí junto estaba, y volver á Indret; pero aquello requería un esfuerzo de voluntad de que no era él capaz.

—¡Ya estás aquí! le gritó el novato... Estás todavía un poco pálido, el almuerzo te repondrá. El aprendiz no se resistió y se embarcó con los demás. Después de todo, le quedaban sesenta francos; más de lo suficiente para comprarse un traje y llevarle un regalito á Zenaida; de manera que no sería inútil su viaje á Nantes. Además, consecuencia del estado en que se hallaba, era pasar por las más contrarias impresiones, y de la más negra tristeza á una alegría sin motivo.

Ahora, sentado con los demás en el fondo del barco, almorzaba con apetito, estimulado por el airecillo frío y salado que impulsaba á la nave bajo un cielo opaco, un verdadero cielo bretón, ladeada como un pájaro que roza el agua con un ala... Las jarcias crujían, hinchábase la vela y los dos ribazos se deslizaban, apareciendo paisajes conocidos, siluetas de pescadores, lavanderas, pastores, rebaños que, á lo lejos y sobre la hierba recién segada, parecían, de lejos, gruesos insectos.

Jack veía todo aquello, y su imaginación sobrexcitada poetizaba cuanto hería su vista. Evocaba recuerdos de lecturas, aventuras de mar, historias de viajes lejanos, incitado por la presencia del marinero y por el encuentro de grandes buques que la barca evitaba al pasar.

¿Por qué en aquel recuerdo, una viñeta inglesa de un antiguo Robinson Crusoé, que le dieron en su niñez, se presentaba obstinadamente á su espíritu, con su página amarillenta y gastada, su Robinson acostado en una hamaca, asiendo un frasco de ginebra, en medio de marineros ébrios, de restos de comilona, y por debajo esta inscripción que recordaba él al cabo de diez años: *Y en una noche de orgía olvidé todas mis buenas resoluciones?* Quizás había en aquel momento botellas vacías que rodaban por el barco, vino derramado, gente tumbada sobre los restos de una comilona. Jack, nada sabía de fijo, pero bandadas de gaviotas desparramadas por el viento, aumentaban su ilusión de viaje lejano; y más que tenía la vista alzada, no viendo más que cielo, copos de nubes pardas que huían y sin cesar se amontonaban por encima de su cabeza con azarosa rapidez, que ya le iba mareando.

Cambió de postura, vuelto á la vida real por las canciones de sus dos compañeros que gritaban estribillos de á bordo.

—*¡Vaya una juerga! ¡Pero qué juerga!* ¡Ah! Si hubiese él podido imitarles; pero sólo sabía cantares de niño, como: *Tengo zapatos coloraos*, y se habría avergonzado de semejante ignorancia; á más que se sentía molestado por una mirada que no se apartaba de la suya.

De pie, enfrente de él, escupiéndose de vez en cuando las manos para apretar mejor el timón, el patrón le clavaba con sus ojos claros que parecían desteñidos en su cara curtida. Hubiese querido Jack imponerle silencio á aquella mirada despreciativa que le decía: "¡No te da vergüenza, mocoso!„ pero esos viejos lobos de mar, acostumbrados á acechar el chubasco que se desliza como una sombra sobre las olas azuladas, tienen pupilas firmísimas que nada intimida. Para adormecer aquella fatigosa vigilancia, quiso Jack obligar al patrón á que bebiera. Ofreciale un vaso que temblaba en su mano, y una botella vacía de la que se empeñaba en sacar vino:

—Vamos, patrón; un traguito...

El patrón hizo señal de que no tenía sed.

—Déjalo al tio ése, dijo en voz baja el novato á su amigo, ¿No recuerdas que no quería llevarnos?... Su mujer ha sido quien le decidió... Decía él que tenías demasiado dinero y que no le parecía eso natural.

¡Pero qué! ¿Se han figurado ustedes que Jack va á dejar que lo traten de ladrón?... Han de saber que tiene tanto dinero como le da la gana. Con solo escribir á... Por fortuna recuerda, en el desorden de sus ideas, que su madre le ha prohibido el que pronunciara su nombre, y él se contenta con afirmar que aquel dinero es suyo, muy suyo; que son economías, que va á comprarse un traje, y llevarle un regalito á Ze... Ze... Zenaida.

Hablaba, hablaba... Pero nadie le escuchaba. Gascuña y el marinero estaban disputando. El

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

uno quería pasar en Châtenay, un suburbio de Nantes que se extiende á la orilla del agua, destartalado. sombrío y lleno de obradores, con tabernas ó míseros jardines ennegrecidos por la lluvia y el humo. El otro quería que continuaran hasta Nantes; y en la reyerta, que ya se calentaba, amenazábanse de "destrozarse la cara á botellazos, abrirse la barriga á navajazos, ó sencillamente destornillarse la cabeza para ver lo que había dentro.„

Lo chusco era que aquellas lindezas se las decían uno junto á otro, teniendo que agarrarse á la borda de la barca para no caerse, pues soplaba de firme el viento y la nave surcaba el agua inclinada á un flanco. Para poner en práctica aquellas terribles amenazas, preciso hubiera sido que dispusieran libremente de sus manos y de mayor trecho. Pero Jack no veía las cosas así, y, por el contrario, las tomaba muy en serio; de tal suerte, que lamentando la discordia sobrevenida entre sus dos compañeros, trataba de calmarlos, de reconciliarlos.

—¡Amigos míos... mis buenos amigos... por favor!

Tenía lágrimas en la voz, en los ojos, sobre las mejillas, una sensibilidad extraordinaria, como si todas sus demás sensaciones se hubiesen fundido, desleído en un inmenso deseo de llorar.

Quizás fuera por ver tanta agua en torno suyo. Por fin se apaciguó la riña, súbitamente, como había venido, á tiempo que pasaban delante de la última casa de Châtenay. Entraban en Nantes. El patrón recogió la vela y empuñó los remos para guiarse con más seguridad en medio del hacinamiento del puerto.

Quiso Jack levantarse para gozar del golpe de vista, pero fuéle preciso volverse á sentar en seguida, mareado. Parecíale que le subían en alto y le mecían. Pero esta vez no perdió el conoci-

miento. Todo giraba en torno suyo. Vetustas casas esculpidas, con balcones de piedra, mezclábanse con mástiles de buques, persiguiéndolas, envolviéndolas, hasta que desaparecían reemplazadas por grandes velas extendidas, tubos negros soltando humo, cascos relucientes, rojos ó pardos. En la proa de los navíos, caras pálidas, esbeltas y envueltas en mantos, subían y bajaban al compás de las olas, y á veces, chorreando agua, parecían llorar de cansancio y de aburrimiento. Por lo menos eso se le figuraba á Jack. Entre aquellos estrechos y macizos muelles, bajo aquel cielo opaco que cautivaba la mirada, tanto más, cuanto que la impedía elevarse, los buques se le figuraban prisioneros, y los nombres grabados en sus flancos parecían pedir que reapareciera el sol, el espacio sin límites, las dársenas doradas de los países transatlánticos.

Entonces recordó á Madú, sus correrías al puerto de Marsella, cuando se ocultaba en el fondo de algun barco, entre el carbón, las mercancías y los bagajes Pero este recuerdo desapareció, arrastrado por los gritos de los marineros amarrando maromas, por el rechinar de las poleas y los martillazos de los talleres de construcción.

De repente, no está ya Jack en el barco. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Por dónde ha bajado?

El ensueño tiene olvidos de esos, y Jack vive en un agitado ensueño. Sus dos compañeros y él caminan sobre un muelle interminable, en el que hay una vía férrea, atestado de toda clase de mercancías las que están cargando ó descargando, y todos son obstáculos por los que hay que saltar. Tropieza con balas de algodón, se da contra los ángulos de las cajas, respira por todas partes olores fuertes ó salados de especias, de café, de semillas ó de esencias. Pierde á sus compañeros, los vuelve á encontrar, los pierde de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

nuevo, y de repente les sorprende disertando largamente sobre las semillas oleaginosas, con el sargento Mangin, quien le mira con inquietud, y se retuerce su bigotillo rubio, con aire inquieto. Pues es cosa singular, Jack se ve obrar, se duplica.

Hay en él un Jack que hace locuras, que grita, que gesticula, da traspiés, dice y hace mil tonterías; y un ser razonable, pero mudo, amordazado, impotente, condenado á asistir á la degradación del otro, sin poder hacer más que mirar y acordarse. Ese segundo Jack, clarividente y consciente, duérmese á veces, sin embargo, mientras el insensato continúa sus divagaciones, y he ahí por qué hay grandes soluciones de continuidad en aquella jornada turbulenta, ausencias, vacíos que no puede colmar la memoria.

¿Podéis figuraros la confusión de Jack razonable, al ver á su "duplicado„ andar por las calles de Nantes armado de una larga pipa, envuelto en una faja de marino, nuevecita, arrollada alrededor de su chaqueta? Quisiera él gritarle: "¡Pero, majadero, no tienes tipo de marino! Por más que ostentes una pipa, una faja, el sombrero de hule de tu novato; por más que andes entre tus dos compañeros moviendo los hombros balbuciendo con aire canalla: "Demasiado caldo para tan poca carne, ¡mil demonios!„ Todo lo más que pareces es un monaguillo que se ha tragado el vino de las vinajeras, con tu faja azul mal ceñida y tu cara de inocentón... ¡Mira! Todo el mundo se vuelve y se ríe cuando pasas.„

Mas, incapaz de expresar idea alguna, solo puede pensar eso en lo íntimo de su ser, y se ve obligado á seguir á su compañero, dando traspiés, obedeciendo á todos sus caprichos.

Le acompaña hasta un gran café lleno de dorados, de espejos, en donde se reflejan las imágenes como si fueran á caerse. El Jack que aún tiene

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

vista, mira enfrente de él, entre los que entran y salen, un grupo miserable y lúgubre en el que se halla su duplicado muy pálido, sucio, manchado de esos lodos que salpican pasos inciertos, avinados. Un mozo se acerca á los tres pilletes. Los echan fuera, vuelven al frío de la calle.

¡Qué ciudad!... ¡Qué grande es!... Muelles, siempre muelles bordeados de vetustas casas con balcones de hierro. Pasan un puente, luego otro, después otro. ¡Cuántos puentes! ¡Cuántas rías que se cruzan, se mezclan, ofreciendo continuo y fatigoso movimiento de olas en todos los espectáculos inciertos de aquella correría sin objeto determinado! Y acaba por ser tan triste el correr así, que Jack se halla otra vez llorando á lágrima viva sobre una escalerilla que hunde sus últimos peldaños en el agua negra de un canal, inmóvil, espesa y cargada de tintorería.

Gascuña y el marinero juegan al tángano sobre el ribazo. Jack está desesperado y no sabe por qué. Se aburre, ¡y está mareado!... "¡Hombre, si me ahogara!...„ Baja un peldaño, luego otro. Ya toca al agua, y el pensar que va á morir le enternece y se compadece á sí mismo.

"¡Adiós, amigos!„ dice sollozando. Pero están tan ocupados con su juego, que ni le oyen.

—¡Adiós!... ¡Voy á morir!

Los pobres amigos, tan sordos como antes, discuten una jugada. ¡Y qué desgracia la de morir así, sin despedirse de nadie, sin que nadie trate de retenerle á uno en el borde del precipicio! ¡Vaya si le dejarían ahogarse esos monstruos! Están allí arriba gritando, amenazándose como por la mañana. Otra vez hablan de abrirse la barriga, de destornillarse la cabeza.

Gente les rodea; acuden policías; Jack tiene miedo, sube los peldaños y se escapa.

Ya está junto á un gran taller. Alguien pasa á su lado, corriendo y tambaleándose. Es el mari-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

nero, desgarrado, sin sombrero, sin corbata, con el ancho cuello colgándole sobre el pecho.

—¿Y Gascuña?

—En el canal... Allí lo envié de un testarazo.

Y el marinero se las guilla más que á paso, pues le persigue la policía. Tan lúgubres son las ideas de Jack, que halla casi natural que el novato haya ahogado á Gascuña, como si el asesinato fuera el último peldaño de una escala en la que ha puesto el pie y que se hunde.

Querría él retroceder, informarse de lasuerte de aquel desgraciado. De repente le llaman.

—¡Hola, Azteca!

Es Gascuña, sin sombrero, reventado.

—Tu marinero ya tiene lo que le hace falta... De una patada, ¡pumba! al canal... Me persigue la policía... Me las guillo... ¡Buenas noches!

¿Quién de los dos es el muerto? ¿Quién el asesino? Jack no busca ya, ya no comprende; y no sé como se enmarañan las cosas, pero es lo cierto que ahí están otra vez los tres en una taberna, alrededor de una enorme cazuela de sopa de cebolla, en la que se echan muchas botellas. Ese extraño brebaje repítese varias veces, en tabernas distintas, pues los mostradores, las mesas destartaladas se suceden en ese vertiginoso ensueño en el que el Jack que raciocina, ha renunciado casi á seguir al otro. Desfilan una hilera de pavimentos húmedos, oscuras cuevas, puertecillas ojivales en cuyo remate hay muestras que hablan; toneles, vasos de espumoso líquido, racimos de uvas. Todo aquello va oscureciéndose poco á poco hasta que resplandece la negrura de los tugurios, en los que bujías plantadas en botellas, alumbran una horrenda visión de mujeres negras adornadas con gasa rosada; marineros bailando un baile inglés, acompañados por arpistas de levita..

Allí Jack, excitado por la música, hace mil lo-

curas. Ahora está sobre una mesa, bailando una danza que un antiguo profesor de baile que tuvo su madre, le enseñó á él cuando era niño.

Y sigue bailando; pero se hunde la mesa y cae en medio de pedazos de vajilla, acompañado por abominable clamoreo.

Tirado sobre un banco, en medio de una plaza desierta, desconocida, en la que se alza una iglesia, recuerda aún los compases de su danza. Es cuanto queda de aquella jornada en su cabeza vacía, tan vacía como su bolsillo... ¿El marinero? Se fué... ¿Gascuña? Desapareció... Está sólo en esa hora del crepúsculo en la que la soledad nos hace sentir toda su amargura. Enciéndese en rápidas llamaradas el amarillento gas y es en seguida reflejado en la ría y riachuelos. Extiéndese la sombra por todas partes, cual ceniza amontonada sobre el hogar del día débilmente alumbrado aún. En aquella sombra, húndense poco á poco los macizos contornos de la iglesia. Ya no tienen techo las casas, ni gavias los buques. La vida desciende hacia el suelo, á la altura de los rayos de luz que despide alguna que otra tienda.

Después de los gritos, los cantares, las lágrimas, la desesperación. Jack es ahora presa de terror. En la lúgubre página del libro que durante el día ha estado leyendo, hay escrito: "Nada.„ Y después esta otra: "Nada y noche...„

Ya no se mueve, ni fuerza le queda para sustraerse á aquel abandono, á aquella soledad que le espanta; y ahí permanecería tendido sobre ese banco, como todos, en un anonadamiento que no es sueño, si un grito harto conocido, grito salvador, no le arrancase de su estupor: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!„ Llama: "¡Belisario!...„

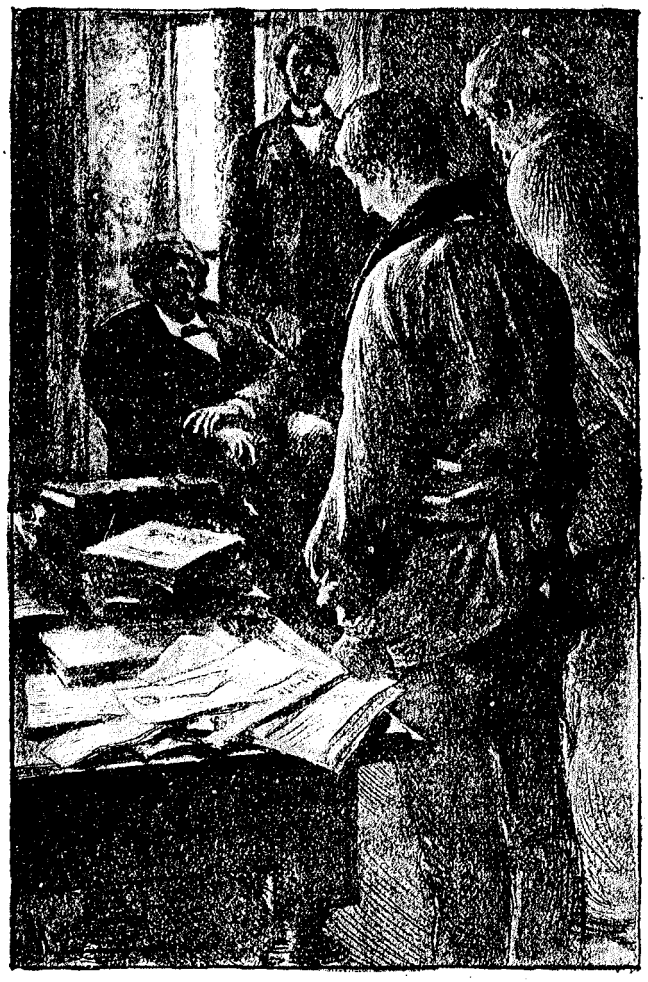
Era Belisario. Jack trata de ponerse en pie, de explicarle que ha corrido una "juer... juer... juerga;„ pero no sabe si lo consigue. De todos modos, apóyase sobre él el granujilla, cuyo paso va al

compás del suyo, tan incierto, tan difícil, pero sostenido siquiera por una fuerte voluntad. Belisario se lo lleva, le riñe cariñosamente. ¿En dónde están? ¿Adónde va?

Los muelles están alumbrados y desiertos... Una estación... ¡Qué gusto! ¡Hallar un banco!...

¿Qué sucede? ¿Qué le quieren?

Le despiertan, le sacuden, le atropellan, le hablan rudamente. Sus manos están sujetas por manos de hierro; sus muñecas atadas con cuerdas. Y ni siquiera tiene valor para resistirse, pues el sueño puede ahora más que nada. Duerme en una cosa que se parece á un vagón. Luego en un barco donde hace mucho frío, pero sigue roncando, rodando por el suelo, incapaz de moverse. ¡Y qué alivio experimenta, tras de aquellas peregrinaciones sin cuento en un sonambulismo sin nombre, al tenderse sobre la paja, durmiendo á sus anchas, resguardado de la luz y del ruido por una puerta y dos cerrojos enormes y estridentes que acaban de echar!



...El director llamó á su despacho á los culpables...

VI

MALAS NOTICIAS

Por la mañana, un ruido terrible, que tenía lugar por encima de su cabeza, despertó á Jack de repente.

¡Oh! ¡El despertar lúgubre de la embriaguez; la sed ardorosa, el temblor, la torpeza de los miembros cansados y como estrechados en una pesada armadura que los hiriera por todas partes; luego la vergüenza, la angustia inexplicable del ser humano que se halla convertido en bestia, y repugnándole tanto su vida manchada que se siente incapaz de recomenzar á vivir!

Jack sintió todo esto al abrir los ojos, antes de recobrar su memoria, y como si hubiese dormido bajo la obsesión de un remordimiento.

Había aún demasiada oscuridad para distinguir los objetos; pero, sin embargo, de sobra veía que no estaba en su bohardilla. No veía relucir sobre su cabeza el cristal de su ventanilla, azulado por el espacio; y la palidez del alba le llegaba de dos altas ventanas que entrecortaban la claridad en una multitud de manchas blancas sobre la pared. ¿En dónde estaba? En un rincón, no lejos del haz de paja que le servía de cama, entrecruzábanse cuerdas, poleas, objetos pesados. En seguida, el ruido estrepitoso que le había despertado antes, recomenzó. Era como el rechinar de una cadena que están desenrollando, luego como el campaneo profundo de un enorme reloj. Bien conocía él ese reloj. Iba á hacer dos años que regulaba el empleo de su tiempo; oíalo con el viento de invierno, el calor del verano, cuando se quedaba dormido en su cuartito de aprendiz, y por la mañana, daba con sus pesadas notas en el húmedo cristal de su ventanilla, diciéndole: "¡Levántate!„

De manera que estaba en Indret. Sí; pero generalmente, aquella voz de la hora venía de más lejos, de más alto. Muy cansada debía tener la cabeza para que retumbaran tanto los ruidos en su cerebro, con aquellas vibraciones persistentes. A no ser que estuviera en la torre misma del reloj, en aquel cuarto alto que en Indret llamaban el "Secuestro„ y en el que encerraban á veces á los aprendices indisciplinados.

Allí estaba. ¿Por qué?... ¿Qué es lo que había hecho?...

Entonces, el débil rayo de luz que se deslizaba en el cuarto é iba dando su aspecto á las cosas, penetró también en su memoria y alumbró todos sus repliegues. Trataba de reconstruir su jornada de la víspera, y cuanto iba viendo le llenaba de espanto. ¡Ah! ¡Si hubiese podido no recordar!

Pero con una implacable crueldad, su segundo

"yo„ despierto del todo, le recordaba cuantas locuras había hecho ó dicho durante el día. Aquello salía de la confusión del ensueño, pedazo por pedazo. El *otro*, nada había olvidado, y es más, aducía pruebas; un sombrero de marinero, cuya cinta se había perdido... una faja azul... pedazos de pipa, hebras de tabaco con alguna monedilla de cobre. A cada nueva revelación, avergonzábase Jack en la sombra, lanzaba exclamaciones de rabia y de asco, tenía esos movimientos desesperados del orgullo ante la vergüenza irreparable. A una de esas exclamaciones más rudas que las demás, un gemido le contestó.

No estaba Jack solo. Alguien estaba con él, una sombra sentada allí sobre una piedra.

¿Qué es eso? preguntaba Jack inquieto; y miraba dibujarse sobre la pared blanqueada, aquella silueta grotesca é inmóvil, tirada allí como una bestia, ofreciendo á la vista ángulos irregulares y salientes. Sólo un ser en el mundo, podía ofrecer semejante aspecto: Belisario... ¿Pero qué hacía allí Belisario?... Sin embargo, recordaba Jack vagamente que había sido protegido por el vendedor ambulante.

Recordaba una lucha en una estación, en medio de sombreros y de gorras dispersados por un viento muy fuerte. Pero todo ello confuso, turbio, incierto, y como manchado de hez de vino.

—¿Es usted Belisario?

—¡Oh! sí, yo mismo, dijo el vendedor con voz ronca y desesperado acento.

—Pero, ¿qué demonios hemos hecho para que nos encierren aquí como dos malhechores?

—Lo que otros han podido hacer, no lo sé ni me importa, Pero lo que sé muy bien, es que yo nada he hecho á nadie, y que ha sido muy mala intención la de haberme puesto mis sombreros en semejante estado.

Y detúvose un momento, sacudido aún por su

terrible batalla, mirando su desastre en torno suyo en la noche oscura, toda su mercancía pisoteada, destrozada, desaparecida.

Aquel horrible espectáculo, que no se apartaba de su vista desde la víspera, le impedía sentir el sueño, el cansancio de su cuerpo cargado de cadenas y de cuerdas, hasta el acostumbrado suplicio del *borceguí*, al que le condenaban su destino errante y su deformidad.

—Diga usted, ¿me pagarán mis sombreros?... Porque yo nada tengo que ver con lo que sucede. Supongo que no se le olvidará á usted decirles que no soy yo quien le he ayudado á hacer eso.

—¿Qué es ello?... ¿Qué he hecho yo?... preguntó Jack con firmeza; mas recordó que, entre tantas locuras, alguna más grave pudo muy bien haber cometido, y esta vez le preguntó más tímidamente á Belisario:

—En una palabra; ¿de qué se me acusa?

—Pues dicen... ¿Pero por qué me hace usted hablar? De sobra sabe usted lo que pueden decir.

—No; se lo juro á usted.

—¡Pues bien! Dicen que usted es quien ha robado...

—¿Robado?... ¿Y qué?

—El dote de Zenaida.

El aprendiz, completamente serenado, lanzó un grito de indignación y de dolor.

—¡Pero eso es una infamia! ¿Usted, Belisario, no creerá tal cosa, supongo?

Belisario no contestó. Todo el mundo en Indret creía que Jack era culpable, y los gendarmes que los habían detenido la víspera, convencieron al vendedor. Todas las pruebas estaban en contra del aprendiz. En cuanto se habló en el taller del robo cometido en casa de los Roudic, pensóse en Jack, quien justamente faltaba á la lista aquella mañana. ¡Ah! Bien había calculado el

golpe el nantés, alejando á Jack del obrador... Desde la casa de comidas de la calle Mayor de Indret, hasta la estación de la Bolsa, en Nantes, en donde el culpable y su cómplice habían sido detenidos en el momento en que tomaban billetes para escaparse no se sabía dónde, seguíase el rastro del robo en la persona del aprendiz, fácil de conocer por el oro que sembraba por todo el camino, por aquellas monedas de veinte francos que cambiaba á cada momento. ¡Y qué prueba más convincente, la de aquella juerga de todo un día, aquella borrachera que sigue generalmente al crimen, como un remordimiento cojo y enmascarado!

La duda no era, pues, posible para nadie. Sólo un punto permanecía inexplicable: la desaparición completa de aquellos 6.000 francos, de los que ni un rastro quedaba, ni en los bolsillos de Belisario, en los que solo había algunos francos, producto de la venta diaria, ni en los del aprendiz, en los que se hallaban monedas raras, enmohecidas, monedas de tabernas de marinos á las que van á beber todas las tripulaciones del mundo.

Fuera de duda quedaba que no habían podido, aun en diez horas, gastar en los tugurios del puerto lo que le faltaba á la cajita de Zenaida. El pedazo principal estaba, sin duda, escondido en algún sitio.

¿Dónde?... Eso es lo que se trataba de averiguar.

Así es que, en cuanto amaneció, el director mandó llamar á los culpables á su despacho, dos verdaderos criminales, cubiertos de lodo, pálidos, destrozados, tiritando. Y eso que siquiera Jack tenía la gracia de la juventud, su carilla fina é inteligente conservaba, á pesar del estado en que se hallaba su traje y su abominable faja azul, algo interesante, distinguido.

Pero Belisario, espantoso, más feo por los golpes recibidos en la riña, por las señales de resis-

tencia, escritas por todas partes sobre su cara, sus vestidos, en rasguños, en chichones, resultaba más terrible aún por la expresión de sufrimiento atroz que sus pies hinchados, atormentados durante toda la noche, imprimían sobre su faz terrosa, manchada de rojo y moviéndose en perpetuas muecas, expresión que cerraba su boca de labios gruesos, imprimiendo el mutismo lamentoso que se nota en el hocico de las focas. Al verles juntos, uno al lado del otro, el parecer general hallábase bien confirmado; parecer según él cual el aprendiz, aquel niño tan dulce, tan tímido, no había sido sino el instrumento de algún miserable, cuyos consejos lo habían perdido.

Al atravesar la antesala del Director, vió Jack algunas caras que le parecieron apariciones, cual si las imaginaciones de una espantosa pesadilla hubiesen tomado cuerpo y se hubieran erguido enfrente de él; y olvidándose de que era inocente, bajó la cabeza como un verdadero culpable. El marinero que le había traído, las tabernas de Indret, de la Baja Indre, y hasta de Nantes, le recordaban las etapas de su jornada. Vióla en un minuto con todos sus penosos y grotescos recuerdos. Cuando entró en la dirección estaba humilde, lloroso, dispuesto á arrodillarse para pedir perdón.

Sólo estaban allí el Director, sentado delante de la ventana en su vasto sillón de escritorio, y el Sr. Roudic, de pie junto á él, con su gorrillo de lana azul en la mano. Los dos vigilantes que habían traído á los criminales quedáronse en el fondo de la estancia, junto á la puerta, sin apartar la vista del vendedor ambulante, malhechor peligroso, capaz de todos los crímenes. Jack, al ver al capataz, había hecho el movimiento casi instintivo de ir hacia él, con la mano tendida como para un amigo, un defensor natural; pero la fisonomía del Sr. Roudic tenía un aspecto

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

de severidad, y sobre todo de tristeza, que mantuvo á distancia al aprendiz durante todo el rato que duró el interrogatorio.

—Escúcheme, Jack, dijo el director. Teniendo en consideración su juventud, sus padres, las buenas notas que hasta hoy ha merecido usted, y más que nada, sobre todo, teniendo en cuenta el buen nombre de la casa de Indret, he obtenido que, en lugar de llevarle á Nantes, le dejaran á usted aquí algunos días, antes que empiece la instrucción. De modo, pues, que en este momento todo queda entre usted, Roudic y yo; de usted depende que no pase la cosa adelante. Lo único que se le pide es que devuelva lo que le queda.

—Pero, señor mío...

—No me interrumpa, luego se explicará usted... que devuelva lo que queda de los 6.000 francos. robados, pues es indudable que no ha podido usted gastar 6.000 francos en un día, ¿verdad? Pues bien, dénos usted lo que aún tiene en su poder, y me contentaré con devolverle á usted á sus padres.

—Usted perdone, dijo Belisario, adelantando tímidamente su gruesa cabeza con una sonrisa amable llena de arrugas. Usted perdone...

Miróle fría y despreciativamente el director, y quedó parado, rascándose la cabeza.

—¿Qué tiene usted que decir?

—Pues... Como veo que ya se arregló eso del robo, yo desearía, contando con su bondad, que se hable ahora algo de mis sombreros.

—¡Cállese usted, bribón! No comprendo cómo tiene usted el atrevimiento de decir una palabra. ¡Como si no supiéramos que el verdadero culpable es usted, á pesar de sus modales melosos, y que nunca este niño, sin los malos consejos que usted le ha dado, habría cometido semejante acción!

—¡Oh!... dijo el desdichado Belisario volvién-

dose hacia el aprendiz como para invocar su testimonio.

Jack quiso protestar; pero el señor Roudic no le dió tiempo.

—Sobrada razón tenía usted, señor director. Ese mal amigo es quien le ha perdido. No había antes aprendiz más honrado, más fiel á su deber. Mi mujer, mi hija, todos le querían en casa. Teníamos confianza en él. Ha sido preciso que encontrara á ese miserable.

Belisario, al oirse tratar así, tenía una cara tan asustada, tan desesperada, que Jack, olvidando por un minuto la acusación que sobre él mismo pesaba, tomó la defensa de su amigo.

—Le juro á usted, Sr. Roudic, que este pobre hombre nada tiene que ver en todo esto. Cuando nos detuvieron ayer, acababa de hallarme perdido en las calles de Nantes, y como no... como no estaba yo en situación de guiarme por mí mismo, iba á traerme á Indret.

—¿De manera que ha dado usted el golpe solo? preguntó el director con tono incrédulo.

—¡Pero si yo no he hecho nada, señor mío! Yo no he robado, yo no soy un ladrón.

—Mucho ojo, amiguito, entra usted en mal camino. Sólo una confesión completa y la restitución del dinero, pueden merecer nuestra indulgencia...

En cuanto á su culpabilidad, es eso cosa demasiado evidente. No trate usted de negarla. Vamos á ver, desgraciado niño; usted estaba solo con las señoras Roudic aquella noche. Antes de acostarse, Zenaida abrió su armario delante de usted y le enseñó el sitio en que estaba su dinero ¿Es esto verdad? Luego, en medio de la noche, oyó que se movía su escalerilla de usted, y le habló. Claro está que no contestó; pero ella está segura de que fué usted el ladrón, pues no había en la casa más que usted.

Jack, aterrorizado, tuvo, sin embargo, fuerza suficiente para contestar aún:

—No he sido yo. Yo no he robado nada.

—¿De veras? ¿Y todo ese dinero derrochado por el camino?

Iba él á decir: "Mi madre es quien me lo ha enviado.„ Pero recordó las recomendaciones que ella le hizo: "Si te preguntan de dónde proceden esos cien francos, dirás que son tus economías.„ Y, en efecto; con aquella fe ciega, con aquella veneración que le merecían las órdenes de su madre, el aprendiz contestó: "Son mis economías.„

Hubiérale ella encargado que dijera: "Yo soy el ladrón,„ que sin titubear, sin discutir, habríase confesado culpable. Era un niño de ese temperamento.

—¿Cómo quiere usted hacernos creer que con los dos reales diarios de sueldo que aquí le dan, haya usted podido ahorrar los dos ó trescientos francos que ha debido usted derrochar durante todo un dia?... No trate usted de buscar esa salida. Mucho mejor sería que le pidiera usted perdón á estas buenas gentes, á quienes tanto daño les ha hecho, y reparar en seguida cuanto usted ha hecho.

Entonces el Sr. Roudic se acercó á Jack y le puso la mano sobre el hombro:

—Jack, hijo mío, dinos en dónde está el dinero. Piensa que es el dote de Zenaida, que he trabajado veinte años de mi vida, que me he privado de todo para economizar semejante cantidad. Mi consuelo era, que un día había yo de comprar la felicidad de mi hija con tantos sacrificios... De sobra sé que al dar el golpe, no pensabas tú en todo esto, pues á ser así, nada malo habrías hecho; yo te conozco y sé que no eres malo. No, ha sido un momento de locura. Se te habrá ido la cabeza al ver tanto dinero, junto con la facilidad de cogerlo. Pero ya has debido reflexionar, y lo

único que te detiene, es la vergüenza de confesar... ¡Vamos, Jack, un poco de valor!... Piensa en que soy viejo, que ya no puedo volver á ganar ese dinero, y que mi pobre Zenaida!... Vamos, dinos en dónde está el dinero, hijo mío.

Muy turbado, muy encarnado, el buen hombre limpiaba su frente después de aquel esfuerzo de elocuencia.

Sólo un culpable bien avezado al crimen, podía resistirse á tan tiernas súplicas. El mismo Belisario estaba tan conmovido, que hasta se olvidaba de su catástrofe, y mientras Roudic hablaba, hacíale al aprendiz continuos gestos que él creía misteriosos, pero que su fisonomía traducía con exageración cómica: "Vamos, Jack, dale sus dineros á ese pobre hombre.„ Es que comprendía muy bien los sacrificios de aquel padre, él, pobre vendedor ambulante, cuya vida era un martirio continuo para los suyos.

¡Ay! Si Jack hubiese tenido aquel dinero, ¡con qué alegría lo hubiera puesto entre las manos del Sr. Roudic, cuya desesperación le estrechaba el corazón! Pero no lo tenía, y solo podía decir:

—Yo no le he robado á usted, Sr. Roudic. Juro que no he cogido nada.

El director se levantó impaciente.

—Vaya, basta. Para resistirse á palabras como las que acaba usted de oir, preciso es tener un alma muy criminal; y si ellas no os han arrancado la verdad, todo cuanto pudiéramos decir sería inútil. Van á llevarle otra vez arriba. Si esta noche no se ha decidido usted á devolver lo que se le pide, le abandono á la justicia; y bien sabrá ella hacerle hablar.

Al oir esto, uno de los vigilantes, antiguo gendarme, hombre listo y seguro, acercóse á su jefe y le dijo en voz baja:

—Creo, mi director, que si quiere usted sacar algo del chiquillo, hay que separarlo del otro.

He visto el momento en que iba á confesarse; el vendedor ambulante es quien se lo impidió, pues no cesaba de hacerle señas.

—Tiene usted razón. Hay que ponerles en sitios diferentes.

Y los separaron; á Jack le llevaron al cuarto del reloj. Al salir, vió la cara atontada de Belisario, á quien se llevaban ya con las esposas en las manos; y la imagen de aquel desdichado, tan desgraciado y menos culpable que él, añadió aún á su tormento.

¡Qué largo le pareció el día!

Primero trató de dormir, de hundir su cabeza en la paja para ahuyentar la desesperación que le invadía. Pero el pensar que todo el mundo le creía criminal, y que él mismo había dado margen á toda clase de sospechas por su conducta vergonzosa, sacudíale á cada instante con violentos sobresaltos... ¿Cómo probar su inocencia? Enseñando la carta de su madre y probando que todo el dinero gastado provenía de ella. Pero... ¡y si lo llegaba á saber D'Argenton! Esa falta de perspectiva que amalgama en los cerebros jóvenes las pequeñas razones con las grandes, le hacía abandonar en seguida aquel medio de salvación. Veía una escena atroz en Aulnettes, y la pobre Carlota llorando.

Pues entonces, ¿por qué medios justificarse? Y mientras que, acostado sobre la paja, destrozado aún por la borrachera de la víspera, debatíase en aquellas dificultades de su conciencia, el ruido, la actividad del trabajo subían en torno suyo; el reloj daba las horas por encima de su cabeza, y aquel timbre reposado parecía el paso lento, inexorable de algún vengador que se aproximaba.

Las dos. Las cuatro. La entrada, la salida de los obreros. Va á llegar la noche y tiene que probar su inocencia. ¡Si no se ha devuelto el dinero, á la cárcel! Quisiera Jack estar allí ya. Pa-

récele que allí estará bien, encerrado, hundido en tan negro calabozo, tan escondido, que nadie había de ir á reclamarle. Diríase que aún no conoce el horrible tormento á que va á ser sometido. Parecíale que alguien grita en la escalera que conduce á la sala del reloj.

Alguien resopla, suspira, y se suena detrás de la puerta, en la que se oye por fin uno de esos golpecitos que denuncian una mano gruesa y hasta temerosa de hacer demasiado ruido. En seguida, la llave giró en la cerradura.

—Soy yo... ¡Uf! ¡Qué alto está esto!. .

Zenaida dijo estas palabras con un tonillo gracioso y desenvuelto; pero había llorado tanto, veíase bajo la toca tan desordenado aquel cabello, ordinariamente peinado con tanto cuidado; traía tan hinchados y rojos los ojos, que aquella ficticia alegría con que pretendía encubrir los vestigios de su dolor, sólo servía para patentizarlos más.

La pobre muchacha mira sonriendo á Jack, que la contempla tristemente.

—¡Qué fea soy! ¿no es verdad?... ¡Horrorosa!... Estoy tan convencida de ello, que á mí misma me encuentro fea... Cuando me miro al espejo me hago gestos... Soy chiquitilla, mal formada, y tengo la nariz gruesa y los ojos pequeños. Lo peor es que no se me agrandarán llorando, y que desde ayer estoy hecha una Magdalena... Sólo una dote como la mía ha podido hacer que un hombre tan guapo como mi Mangin olvidara tales defectos. Ya me lo decían los envidiosos. "Lo que ese busca es tu dinero.„ ¡Como si no lo supiera yo! Sí; lo que le gustaba era mi dinero; lo que le agradaba en mí era el dinero, pero yo le amaba y pensaba: "Cuando sea su mujer, sabré hacer que él también me ame.„ Pero ahora, ya sabe usted, amigo Jack, que todo ha cambiado. Por cien pesetas, que es todo lo que me queda, no hay quien abrace á una mujer tan fea como yo. Yo, cuando mi padre

no quería darme más que 4.000, Mangin dijo que á ese precio prefería continuar soltero. De modo que me parece que le estoy viendo entrar esta noche retorciéndose el bigotito, y volverme luego las espaldas sin más ceremonias. Pero juro que le ahorraré ese trabajo; me apresuraré á relevarle de todo compromiso... Sólo que, antes de renunciar para siempre á mi felicidad, he querido venir aquí á hablar un poco con usted, Jack.

Jack, con la cabeza baja, lloraba. Aunque tan joven, alcanzábasele la inmensa humillación de toda una naturaleza femenina encerrada en la cándida confesión de fealdad, hecha por Zenaida. Además, aquella virtud heroica, la confianza que la excelente muchacha ponía en su amor, y en sus cualidades de mujer de su casa para conquistar, después de la boda, el corazón de un marido bonito y comprado á peso de oro, formaban un cuadro conmovedor.

Al verle llorar, Zenaida se estremeció de alegría.

—¡Ah! ¡Ya les decía yo que no era malo, y que en cuanto viese mi cara groserota y fea, bañada en lágrimas desde ayer, se le subiría el corazón á los labios, y sin poderse contener exclamaría: "La verdad es que he hecho mal en causar tanta pena á la pobre Zenaida, que ayer se puso contenta por pensar en casarse, bailaba sola delante del armario de su cuarto!„ Mire usted, ayer por la mañana, cuando cogí la cajita en la mano y la encontré ligera como una pluma, creía que me habían robado el corazón; desde entonces siento en el pecho un vacío que no se llena con nada... ¿No es verdad, querido Jack, que usted quiere devolverme mi dote?

—¡Pero si no lo tengo, Zenaida; se lo juro á usted!

—No, no me diga usted eso. Ya sabe usted que no vengo á reñirle, y por eso no me tiene miedo.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Lo único que quiero, es que me diga dónde está el dinero. Me hago cargo de que faltará un poco; pero ¿qué le hemos de hacer? Todos sabemos lo que es la gente joven; á su edad, es justo que se diviertan. ¡Ah! ¡Ah! ¡Buena cuenta habrá usted dado de los cuartos de papá Roudic! ¡Pues mejor que mejor! Pero dígame dónde tienes lo demás.

—Zenaida, por piedad, oígame usted. Están ustedes equivocados; yo no he robado. No; no he sido yo. ¡Ah, qué horrible es que todos me crean ladrón!

Pero ella, sin oirle, continuó:

—Por Dios, que no me vaá querer; que el diablo se lleva el matrimonio de la pobre Zenaida. Vamos, Jack, querido Jack, no sea usted malo. ¡Qué le va á pesar á usted algún día!... Por su madre de usted, á quien tanto quiere, y por el nombre de esa amiguita de su pueblo, de la que tanto me habla usted, y que tal vez andando el tiempo sea su novia, porque esas amistades de niños suelen acabar así; sí, por su nombre se lo pido. ¡Ah! Todavía dice usted que no. ¿Cómo quiere usted que se lo ruegue?... ¿De rodillas y con las manos juntas, como delante de Santa Ana?

Arrodillada ante la piedra en que se hallaba sentado el aprendiz, rompió de nuevo á llorar con todo ese concierto de sollozos, sofocaciones y sobresaltos que son acompañamiento obligado del llanto en las naturalezas fuertes de ordinario, poco expansivas en sus manifestaciones de dolor. En ellos la desesperación reviste las proporciones de una explosión. Es una bala asoladora que nace en las profundidades del alma, y se desborda con espantosa violencia.

Zenaida, de rodillas, cubierta la cabeza con la blanca cofia, y en actitud suplicante, era copia exacta de esas grandes escenas de desesperación, de esas sombrías figuras de mujer orando que suelen encontrarse en algún solitario rincón

de iglesia, en día de labor, en algunas aldeas de Bretaña.

No menos desolado que ella, Jack trataba de asirla la mano, en uno de cuyos dedos brillaba el grueso anillo nupcial de plata. Quería aún defenderse y justificarse.

De pronto, Zenaida se levantó de un salto.

—Bueno. Ya le castigarán á usted. Nadie le querrá á usted en su vida, porque tiene usted mal corazón.

Salió corriendo, bajó de dos en dos las escaleras y entró en el gabinete del Director, que con el padre de ella la esperaba.

—¿Qué hay?

Zenaida no contestó. Se limitó á mover negativamente la cabeza. Los sollozos obstruían su garganta, y no la dejaban hablar.

—Vamos, hija mía, no se aflija usted tanto. Todavía nos queda un recurso antes de dirigirnos á la justicia, la cual piensa siempre más en castigar al culpable que en reparar el mal por él causado. Roudic me asegura que la madre de ese miserable está casada con un hombre muy rico. Pues vamos á escribirle... Y según me dicen son gente honrada, muy bien puede ser que usted no haya perdido su dote.

Dicho esto, cogió un pliego de papel y se puso á escribir, leyendo al propio tiempo en alta voz, la siguiente carta:

Señora:

"Su hijo de usted ha cometido un robo de 6.000 francos, suma que componía todos los ahorros de la honrada y laboriosa familia con quien vivía. Creyendo que el ladrón restituiría siquiera una parte de lo robado, no le he denunciado todavía á la justicia; pero empiezo á creer que ha derrochado toda la suma en la orgía que ha seguido al crimen, y que ha durado un dia entero. Así las cosas, es inevitable la intervención de los tribu-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

nales, salvo si usted se halla dispuesta á indemnizar á la familia Roudic de la cantidad que le ha sido sustraída. Espero la contestación de usted para ajustar á ella mi conducta; pero le advierto que solo esperaré tres días, pues bastante tiempo he permanecido inactivo. Si el domingo no he recibido contestación, el culpable será entregado el lunes por la mañana á las autoridades

El Director.„

Y firmó.

—¡Qué golpe para esa pobre gente!... dijo el padre Roudic, el cual, en medio de su dolor, todavía sabía compadecerse del ajeno.

Zenaida alzó la cabeza, muy enfadada.

—¿Y qué? dijo. ¿No me ha robado mi dote el chico? Pues los padres deben devolvérmelo.

¡Qué crueles suelen ser el amor y la juventud! Ni un momento se le ocurrió pensar en la desesperación de aquella madre al conocer la deshonra de su hijo. Por el contrario, el viejo Roudic se enternecía al pensar que si él hubiera recibido una noticia de aquel género, se habría muerto de vergüenza.

Por eso, aunque la desgracia ocurrida á Zenaida le llegaba á lo más vivo, sentía una como vaga esperanza de que todo se arreglaría, de que el aprendiz devolvería el dinero ó de que quizás aquella carta tan cruel se extraviaría y no llegaría á su destino. Un pedazo de papel, que mezclado con tantos otros va tan lejos, es una cosa tan frágil, tan sujeta á contingencias!

En efecto; una carta es frágil y pequeña, y se extravía algunas veces. Pero la que el director escribió y lacró á la luz de una vela, y luego confió al correo, formando con otras un grueso paquete, no era probable que se perdiese. El cartero bretón la tomará de la caja de latón en que fué depositada, la guardará en su saco de cuero, y con ella en su poder, se detendrá en tal ó cual

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

venta del camino, pero es seguro que no la olvidará. Cruzará el aire sin que vientos ni tempestades puedan quitársela. En el ferrocarril, solícitos empleados la encerrarán en un saco de lona, que al pasar el tren por una estación se deja caer en el andén y no se perderá.

La mezclarán con otras cartas mayores, rodará, se deslizará, saltará al compás del vagón, al cual una chispa perdida podría incendiar, llegará á París, y, una vez allí, pasará por infinidad de rejas, ventanillos y despachos, sin ser quemada, robada, ni rota, ni perdida é irá derecha adonde debe ir, y con más seguridad que ninguna otra. ¿Por qué? Porque lleva una mala noticia. Las cartas de esta especie son sagradas: jamás les ocurre nada.

La prueba es que ésta, después de haber recorrido toda Francia, subió en la caja de latón de Casimiro, peatón de Etiolles, el sendero de la rojiza ladera que conocemos.

D'Argenton detesta al viejo Casimiro, porque como es tan perezoso que le parece que las Aulnettes está muy distante, la mayor parte de las veces da los periódicos y las cartas para que las lleve su mujer, la cual no sabe leer y pierde siempre alguna en el camino. Una probabilidad más de que la mala noticia no llegue. Pero no. Precisamente ese día desempeña Casimiro por sí mismo su misión, y helo aquí que llega, llama á la verja de hierro adornada con una guirnalda formada por un trozo de parra del mismo metal, bajo el que en letras doradas, cada día más comidas y amarillentas por la acción del sol y de las lluvias, se lee: *Parva domus, magna quies.*

...Vió á su amante del brazo de un caballero...

VII

UN COLONO PARA METTRAY

Nunca había merecido el *chalet* de las Aulnettes un destino mejor que aquella mañana. Bajo aquel cielo de invierno, surcado por grandes nubes grises, que á todo escape corrían impulsadas por el viento; aislado y como empequeñecido entre los grandes árboles deshojados; herméticamente cerrado á la humedad del jardín y del camino, participaba del silencio lúgubre de la tierra, aún dormida, y del aire, aún desierto de aves que lo ani-

maran. Solo algún cuervo que otro, picoteando granos esparcidos en los vecinos campos, daba con su vuelo, rasante al suelo, tendidas las negras alas, alguna vida al triste paisaje.

En el granero de la torrecilla descolgaba Carlota racimos de uvas medio secas; el poeta trabajaba, y el doctor Hirsch dormía, cuando la llegada del cartero, única distracción de aquellos desterrados voluntarios, formó de este aburrimiento diseminado un solo grupo.

—¡Ah! Una carta de Indret, dijo D'Argenton. Y se puso á leer los periódicos, poniendo á un lado la carta sin abrirla, como perro que defiende un hueso, al que no quiere que nadie toque. Carlota le arrojaba miradas febriles.

Él, entre tanto, leía:

—¡Ah! Fulano acaba de publicar su libro. ¡Ese animal escribe! ¡Hombre! Versos de Hugo... ¡Siempre lo mismo!

¿Por qué empleaba toda aquella cruel lentitud en desdoblar el periódico? Porque allí, detrás de él, estaba Carlota impaciente, sin poder disimular la intensa alegría que animaba su rostro y hacía afluir á él la sangre; porque cada vez que llegaba una carta de Indret, la madre se sobreponía á la amante, y aquel desdichado egoísta no podía soportar que otro sentimiento le disputara el dominio absoluto é indiviso de la que quería para él solo.

Por esto, y nada más que por esto, había enviado tan lejos al muchacho. Pero el corazón de las madres, aun de las madres como ésta, es de tan especial contextura, que cuanto más lejos está el hijo de sus entrañas, más le quieren, como si pretendiesen cegar, en fuerza de cariño, el espacio que de ellos las separa y aproximarse á su corazón.

Desde que Jack se había ido, su madre, atormentada por el remordimiento, le adoraba con

tanta ternura, como debilidad había puesto al abandonarle.

Huía de hablar para no irritar al poeta, pero le consagraba todo su pensamiento.

D'Argenton lo adivinaba, y de aquí que cada vez odiara más al muchacho.

Las primeras cartas de Roudic, en las que se quejaba de aquél, le arrancaron frases de desdeñosa satisfacción.

—¿Ves como no sirve ni para trabajar? decía.

Pero esta idea todavía no le dejaba contento. Hubiera dado cualquier cosa por humillar á Jack, rebajándolo más todavía. Decidióse al fin á abrir la carta, y á las primeras palabras que de ella leyó, palideció, á la par que se reflejó en su rostro una especie de satisfacción malvada.

—¡Ya me lo figuraba yo!

Pero al leer en seguida la intimación de devolver la suma robada, vió en perspectiva una serie de complicaciones desagradables, y alargó la carta á Carlota con ademán contristado.

¡Qué terrible golpe, después de los ya recibidos! Herida en su orgullo de madre á los ojos del poeta y herida en su ternura, el mayor castigo de aquella pobre mujer eran las acusaciones de su propia conciencia.

Ésta, con su voz aguda, que domina todos los sofismas y todas las reflexiones:

—¡Tú tienes la culpa! ¡Nadie más que tú! ¿Por qué le abandonaste?

Ahora lo urgente era salvarle, costara lo que costara. ¿Pero cómo? ¿Dónde encontrar el dinero? No poseía un céntimo. La renta de su mobiliario, un hogar de casualidad adornado con riquezas de pacotilla, había producido unos cuantos miles de francos, gastados en poco tiempo. El "Buen Amigo„ había querido dejarle, al separarse, un regalo que le sirviese de recuerdo; pero se había negado tenazmente á recibirlo, por

consideración á la dignidad de D'Argenton.

Por lo tanto, nada poseía ya, salvo algunas joyas, que no llegarían á la cuarta parte de la cantidad necesaria. En cuanto á su poeta, no había que pensar siquiera en él; le conocía demasiado. En primer lugar, odiaba al muchacho; en segundo, era avaro. De la raza auvernesa, conservaba rasgos mezquinos, aficiones de ahorro, un verdadero respeto de aldeano al dinero que tenía en depósito en casa de su apoderado. Además, no era rico: las Aulnettes costaban caro, le llevaban buena parte de su renta, y sólo por economizar pasaba en ellas el invierno, á pesar del aburrimiento de aquella soledad, esperando desquitarse de este modo de los derroches del verano y aquel ir y venir de convidados que mantenían en rededor de sus inquietudes literarias, un *medio intelectual* cuidadosamente cultivado.

¡Pensar en él! De ningún modo. Pero D'Argenton lo temió, y, por anticipado, adoptó cierto glacial continente, poniéndose en guardia como hombre que ve venir un sablazo.

—Siempre he dicho que ese chico tiene los más perversos instintos, dijo cuando calculó que habría terminado de leer la carta.

Ella no contestó, y tal vez no le oyó, absorbida por esta idea: "Es preciso que antes de tres días tenga yo ese dinero para que el niño no vaya á la cárcel.„ D'Argenton continuó diciendo:

—¡Qué vergüenza para mí haber recomendado á mis amigos á semejante bribón!... ¡Oh, pero me servirá de lección!... ¡En buena me he metido!

La madre sintió que toda la sangre le afluía al rostro.

—Es preciso que antes de tres días tenga yo ese dinero, para que el niño no vaya á la cárcel.

Él espiaba sus pensamientos, y creía adivinarlos. Por prudencia, para evitar que le pidiera nada, se anticipó diciendo:

—¡Y pensar que no hay medio alguno de evitar semejante deshonra y de impedir que ese desdichado vaya á la cárcel!... No somos bastante ricos para eso.

—Si tú quisieras... dijo ella bajando la cabeza.

—¡Si yo quisiera! ¡Ya me esperaba yo esa frase! ¡Como si no supieras tú, mejor que nadie, lo que aquí se gasta, y en qué situación tan terrible me encuentro! ¡Como si no bastara haber tenido durante dos años á ese mal bicho! ¿Todavía voy á tener que pagar sus robos? ¡Seis mil francos! ¿Dónde quieres que vaya á encontrarlos?

—Ya sé que no los tienes, y por eso no había pensado en tí...

—¿No habías pensado en mí? Entonces... ¿en quién?

Y confusa, con la cabeza baja, nombró entonces al hombre con quien había vivido mucho tiempo, al "Buen Amigo„ de Jack, al que ella llamaba su "Antiguo Amigo.„ Aquel nombre lo pronunció temblando, esperando que el poeta lo acogería con alguna explosión de celos ante aquel pasado, cuyo recuerdo evocaba tan imprudentemente. ¡Se equivocó! Al oir hablar del "Buen Amigo„ contentóse D'Argenton con ponerse un poco colorado. También á él se le había ocurrido lo mismo.

Después de todo, el antiguo protector de Ida formaba parte, lo mismo que el niño, del pasado de Carlota, de aquel misterioso pasado acerca del cual su propio orgullo le había obligado siempre á no interrogarla, fingiendo ignorarlo, como esas historias de Francia escritas durante la Restauración, que suprimían la república y el reinado de Bonaparte, saltándolos como si no hubieran existido. Y pensó para sí: "Eso no es de mi tiempo... ¡Allá ellos!„ Con lo que se puso muy contento por haberse librado de semejantes escrúpulos á tan poca costa. Pero en vez de mani-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

festar esta tranquilidad, adoptó la actitud de quien se siente herido.

—Demasiados sacrificios ha hecho mi orgullo en aras de mi amor. Puedo, por lo tanto, hacer uno más.

—¡Oh! Gracias, gracias. ¡Qué bueno eres!

Y pusiéronse á hablar de lo que iban á pedir prestado, pero en voz baja, porque en el pasillo se escuchaban ya los pasos del doctor Hirsch, arrastrando las zapatillas.

Fué aquella una singular conversación, cortada, silábica y superficial. Él afectaba gran repugnancia; ella una concisión impuesta por la delicadeza. Hablaban impersonalmente, diciendo: No se *negará*; era buena prueba de ello ofertas que en otro tiempo se habían hecho y que habían sido rechazadas. Pero, por desgracia, *habitaba* en Turena, y como una carta tardaba dos días en llegar y otros dos días en volver...

De pronto Carlota dijo, asustándose al propio tiempo de su audacia:

—¡Si fuera yo misma!...

D'Argenton respondió tranquilamente:

—Tienes razón. Vamos.

—¿Qué? ¿Vas á acompañarme á Tours? Pues entonces vendrás á Indret, y llevaremos juntos el dinero en seguida que lo recibamos.

—También iré á Indret.

—¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno eres! repetía la pobre, besándole las manos loca de alegría.

La verdad es que le importaba muy poco que fuera á Tours sola y todo. Sin conocer detalladamente su historia, sabía que había vivido y que que había sido feliz en aquella ciudad. ¡Y si no volvía!... Era tan débil, tan inconsistente, que su antiguo amigo, el niño que nuevamente iba á encontrar, su pasado entero, iba á presentarse ante ella, invitándola á sacudir aquel yugo que él mismo consideraba pesado y duro en demasía.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

La verdad es que no podía prescindir de ella. Su egoísmo vano, sus supersticiones de enfermo, le ataban á aquella ciega ternura, á aquellos continuos cuidados, á aquel buen humor expansivo. Además, agradábale la idea de emprender aquel viaje y sustraerse de aquel drama bucólico terrible, en el que hacía tanto tiempo bostezaba estéril y prolongadamente.

Claro es que pensaba revestir sus temores y esta necesidad de distracción de caballeresco ropaje, diciendo á Carlota que no quería abandonarla, sino estar en todo á su lado, así en las alegrías como en las penas.

De este modo alcanzaba, por encima de los dolores de la madre, el reconocimiento de la amante. Por otra parte, la actividad que señala el período preparatorio de cualquier viaje, hacía olvidar á la frágil alma de la pobre Carlota el golpe mortal que acababa de recibir.

Semejante á esas viudas de aldeanos franceses que, apenas muerto el marido, se consagran á disponer un banquete de funerales digno de ellos, olvidando, por sus deberes de dueña de casa, los de viuda llorosa y afligida, mientras hacía los baules y daba órdenes á la Archambauld, casi había llegado á olvidar el triste objeto de su viaje.

A la hora de la comida dijo D'Argenton al doctor Hirsch:

—Tenemos que emprender un viaje. El chico ha hecho una de las suyas, y buena, por cierto. Vamos á Indret. Tú te encargas de la casa mientras estemos fuera.

Hirsch no se tomó la molestia de pedir más explicaciones. No le extrañó lo más mínimo que el chico hubiera hecho lo que se le atribuía, y probó lo bien que desempeñaba su misión de parásito, diciendo como D'Argenton:

—¡Me lo figuraba!

Partieron en el expreso de la noche, y llegaron á Tours por la mañana temprano. El "Antiguo Amigo„ de la antigua Ida de Barancy vivía fuera de la ciudad, en una de esas hermosas quintas que dominan el Loira, tan bonitas, medio escondidas entre los árboles, y cuyos macizos de verdura bajan hasta el río, mientras sus torrecillas se erguían en el horizonte. El Sr. Conde, como en otro tiempo le llamaban los criados de Ida, era un viudo sin hijos, excelente persona y hombre de mundo. A pesar de la manera de abandonarle, que fué algo brusca, conservaba el mejor recuerdo de aquella mujer joven, alegre y locuaz, que en otro tiempo había alegrado su juventud. Sin dificultad alguna, pues, se manifestó dispuesto á recibir á Carlota.

Alquilaron un coche en la fonda, y saliendo de la ciudad, emprendieron juntos el camino, siguiendo una hermosa carretera. Esta tenacidad del poeta en seguirla, comenzaba á inquietar á Carlota.

—¿Querrá entrar conmigo? decía.

A pesar de su ignorancia de las costumbres sociales, comprendía que esto no era posible. En esto pensaba, mientras al través de las ventanas del carruaje contemplaba aquellos hermosísimos campos en que había pasado algunos años de su vida vagabunda y paseado tantas veces con su Jack, tan pequeñito entonces, tan bonito, tan rubio y tan elegante, y ahora reducido á la categoría de simple artesano, y tal vez á punto de vestir el traje de presidiario.

Sentado á su lado, y observándola con el rabillo del ojo, D'Argenton la miraba, mordiéndose rabiosamente el bigote. Estaba muy bonita aquella mañana, un poco pálida á causa de la emoción producida por la mala noticia, por la fatiga de una noche en ferrocarril y el disgusto de la visita que iba á hacer. Y esto, añadido á los colores negros

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

que por coquetería dominaban siempre en su vestido y su tocado, daba á su belleza unos tonos de distinción que hacía tiempo parecían olvidados por la mujer de casa, á la par que enfermera de las Aulnettes

El soberbio D'Argenton estaba como turbado, inquieto y á disgusto. No sentía los celos de Otelo, que enloquecen y matan, sino ese malestar enervante que entorpece y embrutece. Comenzaba á arrepentirse de haberla acompañado; se sentía estúpido, turbado por el extraño papel que estaba representando; sobre todo, se arrepentía de haberla dejado venir.

La vista del castillo acabó de desconcertarlo. Cuando Carlota le dijo: "¡Ahí es!„; cuando en medio de los árboles vió los bordados de una joya del Renacimiento, con la terraza, puentes levadizos cayendo sobre el río, sombreado en estío, pero visible en aquella época del año, en que los paisajes helados se matizan de un poco de verde, se acusó á sí mismo de aturdimiento, de locura, de imprudencia. Evidentemente, cuando ella entrase allí, no volvería á salir.

D'Argenton no sabía aún hasta qué punto había arraigado en el corazón de aquella mujer, y que todos los tesoros del mundo no tendrían poder bastante para separarla de él.

—¿No irá á bajar? se preguntaba Carlota cada vez más inquieta. En fin, al término de la alameda, hizo que parase el carruaje.

—Al final del camino te espero.

Él añadió, con una sonrisilla humilde:

—No tardes mucho.

—No, hijo mío; no tengas cuidado.

Ya estaba el carruaje lejos, cerca de la verja, y aún la miraba él. Cinco minutos después, apoyado en un árbol y observando, vió á su querida cogida del brazo de un señor alto, delgado, elegante, esbelto todavía, aunque en su manera de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

andar se conocía que tenía cierta edad. Cuando la pareja desapareció, D'Argenton sintió la impresión de un vacío inmenso, y el movimiento de la falda de Carlota, que volvía el recodo de una alameda, le pareció irónico, irritante, como si de lejos hubiese sentido un bofetón en la cara.

Entonces comenzó para él una angustia terrible... ¿Qué se dirían allí?... ¿Volvería él á verla?... ¡Y era el bribón de aquel chicuelo quien tenía la culpa de que él pasase por aquel tormento humillante!

Sentado sobre el desgastado escalón de una puertecilla, que cerraba por uno de los extremos el magnífico parque donde Carlota acababa de desaparecer, el poeta esperaba febrilmente, volviéndose á cada momento hacia la verja y mirando allí, á la entrada, el coche parado y el cochero inmóvil, envuelto en su largo carrik. En torno suyo se desarrollaba un paisaje admirable, capaz de calmar la más dolorosa agitación: plantíos de vides ricas y regulares; colinas llenas de árboles; campos cubiertos de verdor y cruzados por riachuelos; aquí y allá una ruina del tiempo de Luis XI, y alguno que otro de aquellos bonitos castillos, numerosos á orillas del Loira, en el frontispicio de los cuales la salamandra se retuerce entre **DD** entrelazadas.

Con esa ociosidad propia de quien está solo y esperando, pero al cual cualquier cosa es buena para fijar el pensamiento errante, D'Argenton miraba hacía un momento un grupo de trabajadores ocupados en abrir, en el vallecillo que se desarrollaba á sus pies, una especie de canal para que corriesen las aguas. Al avanzar unos cuantos pasos, para ver más de cerca, observó que aquellas gentes, uniformadas con blusas azules, pantalones á rayas, á los cuales desde lejos había confundido con campesinos, eran niños, regimentados bajo las órdenes de un vigilante, me-

dio campesino, medio caballero, que los dirigía y trazaba los límites del canal.

El silencio de aquel trabajo al aire libre, ejecutado por obreros tan jóvenes, llamaba la atención. Ni una palabra, ni un grito, ni siquiera la excitación del ser en movimiento que siente y ejercita su fuerza.

—¡Más derecho!... ¡No tan de prisa!... decía el vigilante; y las herramientas chocaban, los rostros sudorosos se inclinaban hacia el suelo; y, de cuando en cuando, al levantarse para tomar aliento, veíanse frentes estrechas, cráneos puntiagudos, cabezas que llevaban todas las señales de atrofia ó de desorden.

Seguramente aquellos chicos no habían sido educados en la libertad del aire libre: la palidez de la mayor parte de ellos, sus ojos enrojecidos y poco abiertos, delataban miserias de la vida, ahogos de los barrios pobres y de las casas mal sanas.

—¿Qué chicos son esos? preguntó el poeta.

—¡Ah! El señor no es de aquí, seguramente... Son colonos de Mettray... La colonia está allí.

Y el vigilante señalaba á D'Argenton un grupo de casas blancas, regulares y nuevas, situadas en la colina vecina.

El poeta conocía de nombre el célebre establecimiento penitenciario, pero desconocía el reglamento y las condiciones de admisión. Hizo preguntas á aquel hombre, diciendo que estaba íntimamente unido con una familia á la cual acababa de sumir en la mayor aflicción el único hijo que tenía.

—Enviádnoslo en cuanto salga de la cárcel.

—Es que, contestó D'Argenton con cierto sentimiento, es que creo que no irá á la cárcel. Sus padres han podido evitarlo devolviendo el dinero...

—En ese caso no podremos admitirlo. No reci

bimos más que los muchachos que han estado presos. Pero tenemos un establecimiento anexo, la *Casa paterna,* que es una aplicación del régimen celular á la juventud.

—¡Ah! ¡De veras!... ¿El régimen celular?

—Y que puede con los caracteres más indómitos .. Además, aquí tengo algunos reglamentos. Si el señor quisiera enterarse de ellos...

D'Argenton aceptó, dió algún dinero para los muchachos presos, y volvió á subir el camino cargado de folletos. La verja del castillo acababa de cerrarse. El carruaje bajaba por la alameda.

¡Por fin!...

Carlota, satisfecha, feliz, con los ojos brillantes, tenía prisa por reunirse con su poeta.

—Sube pronto, le dijo.

Se cogió de su brazo, y temblorosa de alegría, añadió:

—He triunfado.

—¡Ah! contestó él.

—Y más de lo que yo esperaba.

Él repitió su ¡ah! muy secamente, con mucha indiferencia, y se puso á hojear los folletos aparentando el mayor interés, como para demostrarle que todo lo demás le tenía sin cuidado. No estaba tan satisfecho un poco antes, cuando se mordía las uñas mirando á la verja; pero ahora se acercaba ella tanto á él, sumisa y obediente, que ya no valía la pena de atormentarse. Al ver su silencio, Carlota calló también, creyéndole ofendido en sus celos; así es que él se vió obligado á replicar:

—¿De modo que has triunfado?

—Por completo, hijo mío... Siempre *se tuvo* la intención de hacer un regalo á Jack cuando llegase á ser mayor de edad, para comprarle un nombre y que se pudiera establecer. Ese regalo era de diez mil francos. Me los han dado en seguida. Habrá que devolver seis mil francos; que-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

dan cuatro mil, que me han dicho que emplee yo como quiera en el chico.

—Pues la manera de emplearlos está encontrada... Es preciso pagarle con eso una celda en la *Casa paterna* de Mettray, durante dos ó tres años. Allí solamente será donde tal vez podamos hacer del ladrón un hombre honrado.

Ella se estremeció al oir aquella palabra de *ladrón,* que le recordaba la realidad. Ya sabemos que en aquel pobrecillo cerebro las impresiones fugitivas, sin cesar renacientes, borraban en un segundo hasta la huella de una idea.

Carlota bajó la cabeza.

—Estoy pronta á hacer cuanto tú quieras, dijo. ¡Eres tan bueno, tan generoso! ¡No lo olvidaré jamás!

Bajo el espeso bigote, la boca del poeta tuvo un estremecimiento de placer y de orgullo. Era más amo que nunca. Lo aprovechó para hacer un largo discurso. Ella tenía mucha parte de culpa. Su debilidad de madre no era extraña á lo que sucedía. Un niño, mimado como el suyo, siempre entregado á sus malos instintos, no podía menos de hacerse malo. Era preciso un hombre enérgico para guiar aquel caballo resabiado. Se lo encargaran á él solo, y pronto lograría ponerlo al paso.

D'Argenton repitió dos ó tres veces seguidas:

—Lo arreglaría, ó lo mataría.

Ella no contestaba. La dicha de pensar que su hijo no iría á la cárcel, lo dominaba todo. En seguida decidieron que saldrían aquella misma noche para Indret. Sino que para ahorrarle á ella una humillación tan grande, convinieron en que se quedaría en la Baja Indre.

D'Argenton iría solo para llevar el dinero y para buscar al culpable, á quien conducirían inmediatamente á la colonia. Decía ya *la colonia* á secas; y, por anticipado, veía á Jack con su

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

uniforme de tela burda azul, confundido con aquellos infelices jóvenes presos, víctimas en su mayoría de los vicios ó de los crímenes de sus padres, quienes sentaban plaza de reclutas desde chicos en el gran regimiento de los reprobados.

Era domingo el día que se bajaron del tren en la gran estación fabril de la Baja Indre, y tomaron la mejor habitación de una hospedería que daba al camino, porque el pueblo estaba enteramente desprovisto de toda fonda.

Mientras el poeta iba á cumplir su misión de justiciero, Carlota se quedó sola, esperando en aquella habitación sórdida, hasta donde llegaban gritos, risas, un gran alboroto de borrachos, canciones soñolientas y tristes, salmos, en ese tono lastimero que caracteriza todas las mélodías bretonas, melancólicas como el mar ó como las salvajes llanuras de las Landas. Cantos de marineros se mezclaban á aquéllos, más vivos, más desvergonzados, pero tristes también. De aquel vulgarísimo tumulto de taberna, de la monotonía de una menuda lluvia, que se estrellaba incesantemente contra los vidrios de la ventana, destacábase para aquella mujer una impresión singular del destino á que habían condenado á su hijo. Por culpable que fuese Jack, era, al fin y al cabo, hijo; y sentirse tan cerca de él, traía á su memoria los años felices que en otros tiempos habían pasado juntos.

¿Por qué lo había abandonado?

Lo recordaba niño, encantador y delicioso, lleno de inteligencia y de ternura; y al pensar que vería entrar á un obrero ladrón, y que aquel sería su hijo, el remordimiento vago que la atormentaba hacía dos años tomaba cuerpo y se levantaba ante ella. ¡Aquellas eran las consecuencias de su debilidad! Si Jack hubiera seguido á su lado, en vez de haber sido entregado á la depravación de las fábricas; si lo hubiese puesto en

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

un colegio con niños de su edad, ¿se habría convertido en un ladrón? ¡Ah! La predicción de aquel dichoso médico se había realizado. Lo iba á encontrar pervertido, humillado.

La trivialidad de aquel domingo de obreros, cuyo olor y cuyo ruido le rodeaban, aumentaban sus remordimientos.

¡Allí vivía su Jack haría dos años!... Todas las repugnancias de igual carácter superficial, incapaz de sentir la grandeza de una misión cualquiera, de una vida comprada con el trabajo manual, se sublevaban ante aquella idea. Para tratar de distraerse de aquellos tristes pensamientos, cogió el prospecto de la colonia, que se hallaba abierto delante de ella. Allí encontró palabras que le hicieron estremecerse: "*Casa paterna. Colegio de represión. El régimen adoptado es el del aislamiento absoluto. A los muchachos se les instala en celdas y no se ven jamás unos á otros, ni siquiera en la capilla.*„ Con el corazón metido en un puño cerró el libro y se puso á la ventana, á esperar el regreso del poeta, la llegada del niño, con los ojos fijos en un rinconcillo del Loira, el cual entrevía allá á lo lejos, al final de la callejuela, agitado como un mar y salpicado por el agua que caía del cielo.

Entretanto, D'Argenton iba á cumplir su misión, y por cierto muy contento de cumplirla. No se hubiera cambiado por un hombre rico en aquel momento. Él, que se moría por darse aires de importancia, podía dárselos magníficos. Ya anticipadamente preparaba el discurso que dirigiría al criminal; los perdones que le haría pedir en el despacho del director. Por de pronto, todas aquellas actitudes premeditadas se resumían en una manera de colocar la cabeza majestuosamente, en adoptar un aire de gravedad, al que ayudaba el traje oscuro, los guantes negros, mientras subía con el paraguas abierto por la

calle Mayor de Indret, desierta á aquella hora, á causa del mal tiempo y de las vísperas.

Una vieja le enseñó la casa de los Roudic. Pasó por delante de la fábrica, silenciosa, de descanso, y refrescando con deleite sus techos ahumados y cnnegrecidos. Pero al llegar á la casa que acababan de designarle, se detuvo, vacilante de haberse equivocado. De todas las casas alineadas en aquella calle-cuartel, aquella era la más alegre, la más animada. De las ventanas abiertas de los entresuelos se escapaba un alegre ruido de bretonas, pasos de gente de pueblo, que golpeaban pesadamente el pavimento. Bailaban *al són de las bocas,* como dicen en Bretaña, y se danzaba con esos ánimos que la voz da al ritmo y á la medida.

—"Es imposible...¡No es aquí!...„ se decía D'Argenton, que iba creyendo encontrar una casa desolada, en la cual entraría como entra un redentor.

De pronto se oyó gritar:

—¡Vamos, Zenaida, el *Plato de Estaño!...*

Y muchas voces repitieron ruidosamente:

—¡Sí, sí, Zenaida, el *Plato de Estaño!...*

¡Zenaida! aquel era el nombre de la hija de Roudic.

Lo que es aquellas gentes, tomaban filosóficamente su desastre. Aún titubeaba, cuando una voz de mujer comenzó á cantar:

En el patio del Plato de Estaño.

Y el coro, mezcla de hombres y de mujeres, repetía:

En el patio del Plato de Estaño.

Y en seguida un torbellino de cofias blancas empezó á pasar por delante de la ventana, acompañado del rozar de faldas de paño y del esfuerzo de las voces.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¡Vamos, sargento!... ¡vamos, vamos, Jack!... gritaban.

¡Aquello era demasiado!... ¡Vaya! Muy receloso, el poeta empujó la puerta, y en medio del polvo que levantaba aquel baile de locos, la primera persona á quien vió, fué á Jack, el ladrón, el futuro colono, saltando con siete ú ocho muchachas, entre las cuales había una regordeta, alegre y colorada, que arrastraba en la animación del corro á un guapo sargento de aduaneros. Recostado contra el muro, un hombre grueso, ya canoso, veía con interés y alegría cómo se divertían; y risueño, trataba de hacer partícipe de la diversión á una joven alta y pálida, que á su lado estaba. La joven, agradecida, sonreía con tristeza.

¿Qué había sucedido?

Lo siguiente:

Al otro día de escribirle á la madre de Jack, vió el director de Indret entrar en su habitación á la señora de Roudic, conmovida, agitada. Sin pararse en la fría acogida que le dispensaban, pues hacía tiempo que su mala conducta la había acostumbrado al desprecio tácito de las gentes honradas, rehusó la silla que le ofrecían, y muy erguida, con pasmosa seguridad tratándose de ella, se expresó así:

—Vengo á decirle á usted, caballero, que el aprendiz no tiene culpa ninguna; no es él quien ha robado el dote de mi hijastra.

El director se agitó en su sillón, sobresaltado.

—Sin embargo, señora, ahí están las pruebas.

—¿Qué pruebas? La más seria de todas es que, al estar ausente mi marido, Jack permanecía solo con nosotros en casa. Pues bien, caballero; esa prueba es justamente la que vengo á destruir. Aquella noche había allí otro hombre, además de Jack.

—¡Un hombre! ¿El nantés?

Contestó ella con un movimiento de cabeza: "Sí, el nantés...„

¡Oh, qué pálida estaba!

—¿De modo que el nantés fué quien cogió el dinero?

¿Hubo acaso un momento de duda en aquella cara de muerta? En todo caso, su contestación fué serena y firme.

—No: no fué el nantés quien cogió el dinero... Fuí yo... para dárselo.

—¡Desdichada mujer!

—¡Sí, sí, muy desdichada! Decía él que solo era por dos días, y yo he esperado todo este tiempo ante la desesperación de mi marido, las lágrimas de Zenaida, ante el horrible temor de ver condenar á un inocente... ¡Qué suplicio!... Nada llegaba. Entonces escribí lo siguiente: "Si mañana á las once no he recibido nada, me denuncio y te denuncio...„ Y aquí estoy.

—¡Ahí está usted! ¡Ahí está usted!... ¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Quiero que detenga usted á los verdaderos culpables, ahora que usted los conoce.

—Pero, ¿y su marido de usted?... Esta doble deshonra le matará.

—¿Pues y á mí? dijo ella con amarga altivez. Morir es cosa muy fácil. Lo que estoy haciendo es algo más doloroso.

Y tenía ella un trágico valor al hablar de la muerte.

Miraba á la muerte, la llamaba anhelante, con una ternura que nunca dedicó á su amante.

—Si su muerte de usted pudiera reparar la culpa, repuso con tono grave el director; si pudiese servir para recuperar el dote de aquella pobre niña, comprendería yo que quisiera usted morir... Pero es el caso que ese suicidio sólo á usted es á quien sacaría de apuro. La situación será la misma, más complicada, más lúgubre.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¿Y qué hacer entonces? dijo ella apesadumbrada.

Y en su incertidumbre, tornábase la antigua Clarisa, un largo cuerpo delgado, sacudido por un combate demasiado fuerte para él.

—Ante todo, es preciso salvar lo que se pueda de ese dinero. Quizás quede algo aún.

Clarisa movió la cabeza. De sobra conocía ella al terrible jugador. Sabía cómo se había apoderado del dinero, pisoteándola casi para correr hacia la cajita; y claro está que debió jugar hasta el último céntimo.

El director había llamado. Entró un vigilante, el antiguo gendarme, enemigo especial de Belisario.

—Va usted á marchar para Saint-Nazaire, le mandó su jefe, y le dirá usted al nantés que necesito de él en seguida. Es más, le esperará usted para mayor seguridad.

—El nantés está en Indret, mi director. Acabo de verle salir de casa de la señora de Roudic. No estará muy lejos, seguramente.

—Pues mucho mejor... Búsquelo y tráigamelo aquí... Sobre todo, no le diga usted que ha visto á la señora de Roudic en mi despacho... No tiene que sospechar...

—Ya entiendo..., dijo guiñando el ojo el perspicaz vigilante, que ni una palabra del asunto sabía. Volvió la espalda y salió.

El director y Clarisa permanecieron mudos. La mujer estaba apoyada en el ángulo de la mesa escritorio, revelando su fisonomía amargos pensamientos; y el ruido laborioso del taller, los quejidos, los silbidos del vapor, unas veces en tono de súplica, ó amenazadores, ó dolorosos, acompañaban la tempestad de su alma. Abrióse la puerta alegremente.

—¿Me ha llamado usted, señor director? dijo el nantés con voz jovial.

La presencia de Clarisa, su palidez, el aspecto severo de su jefe...

Todo lo comprendió.

¡De manera que cumplió ella lo prometido!...

Durante un minuto, su fisonomía atrevida y brutal quedó trastornada por el terror, por la locura del hombre acorralado que mata para salir del callejón sin salida, en el que se revuelve sin hallarla; pero sucumbió bajo el esfuerzo de aquella lucha interior, y acabó por dejarse caer delante del escritorio, murmurando:

—¡Perdón!

Con un gesto le mandó el director que se levantara:

—Guarde usted sus súplicas y sus lágrimas; de sobra conocemos todo eso. Vamos al grano... Esta mujer ha robado á su marido y á su hija por usted. Usted prometió devolver el dinero en el término de dos días.

El nantés dirigió á su querida una mirada llena de agradecimiento; lo salvaba ella por una mentira; pero Clarisa no le miraba; no tenía gana de mirarle; harto lo había visto la noche del crimen.

—¿En dónde está el dinero? repitió el director.

—¡Aquí está!... Lo traía.

En efecto, lo traía; pero como no había hallado á Clarisa en su casa, llevábaselo él otra vez, más que á paso, dirigiéndose hacia la casa de juego, para ver si le favorecía otra vez la suerte. Era un verdadero jugador.

El director cogió los billetes puestos sobre la mesa:

—¿Está todo el dinero?

—Faltan 800 francos... dijo el otro titubeando.

—¡Ah! Ya comprendo. Para emprender esta noche otra vez la batalla...

—No; se lo juro á usted. Los he perdido, pero los devolveré.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Es inútil; nadie le pide nada. Yo pondré los 800 francos que faltan. No quiero que esa niña pierda un céntimo de su dote. Ahora se trata de explicar á Roudic de qué manera había desaparecido el dinero, y cómo ha vuelto. Póngase usted ahí, y escriba.

Reflexionó un momento el director mientras se sentaba el nantés, y cogió una pluma. Clarisa había levantado la cabeza. Esperaba. Era su vida ó su muerte la tal carta.

—Escriba usted: "Señor director: yo fuí quien, en un momento de locura, cogí los 6.000 francos *en el armario de los Roudic...*„

Hizo el nantés un gesto de protesta; pero temió á Clarisa y dejó restablecer los hechos en toda su verdad lógica y cruel.

"De los Roudic ...„ dijo, repitiendo la última palabra. El Director continuó:

"... Aquí está el dinero... No puedo conservarlo en mi poder. Me abrasa... Dé usted libertad á la persona de quien he dejado sospechar, y ruegue usted á mi tío me conceda su perdón. Dígale que dejo la oficina y me voy sin atreverme á verle. Volveré cuando, á fuerza de trabajo y de arrepentimiento, haya ganado el poder estrechar la mano de un hombre honrado...„ Ahora la fecha... y firme usted...

Y viendo que titubeaba:

—¡Cuidadito, joven! Le prevengo á usted que, si no firma, hago que detengan inmediatamente á esta mujer...

El nantés firmó sin decir una palabra. El director se levantó.

—Ahora puede usted marcharse... Vaya usted á Guerigny, si usted quiere, y trate de conducirse bien. De todas maneras, no olvide usted que, si llego á saber que le han visto rondando por Indret, los gendarmes le echarán á usted mano. Esta carta les autoriza para ello...

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

El nantés hizo un medio saludo, echando al pasar una mirada sobre Clarisa. Pero la ilusión había desaparecido. La mujer volvió dulcemente la cabeza, bien decidida á no volverle á ver, á conservar intacta en su conciencia y remordimiento la imagen horrible que conservó del ladrón aquella noche. En cuanto hubo salido el nantés, acercóse la señora de Roudic al director, cruzando las manos en ademán de agradecimiento.

—No me dé usted las gracias, señora. Esto lo he hecho por su marido, para ahorrarle á ese buen hombre la más cruel de las torturas.

—Pues por mi marido es por quien le doy á usted las gracias, caballero... Unicamente en él pienso; y prueba evidente de ello es el sacrificio que voy á hacerle.

—¿Qué sacrificio?

—El de vivir, cuando tan agradable sería la muerte, dormirse para siempre... Todo estaba ya dispuesto y trazado en mi espíritu. Unicamente por Roudic desisto de mi propósito. ¡Si usted supiera qué falta me hace descansar un poco!

Y, en efecto, el milagro de vigor que durante aquella crisis la había sostenido, ya no obraba, y reaparecía su indolencia habitual en tal desmadejamiento de todo su cuerpo, tan abatida parecía estar cuando, medio encorvada, retirábase ya del despacho, que el director, temiendo una catástrofe, otra desgracia mayor é irreparable, le dijo:

—¡Vamos, señora, un poco de valor! Piense usted en el dolor de Roudic cuando lea luego esta carta; será un golpe terrible para él. No aumente usted sus sufrimientos.

—Eso mismo es lo que yo pienso, dijo ella; y salió lentamente.

En efecto: rudo golpe fué para el pobre Roudic el saber, por boca del director, la falta

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

de su sobrino. Fué necesaria toda la alegría de Zenaida, al hallar de nuevo sus cuartitos, para calmar un poco en el corazón de aquel buen hombre la extrañeza dolorosa que sienten las naturalezas honradas ante la infamia y la ingratitud. Su primera palabra fué: "¡Le quería tanto mi mujer!„ Y los que tal oyeron se sonrojaron por él, por tan cruel sencillez.

¿Y el Azteca? ¡Ah! El pobre Azteca tuvo su día de gloria. Fijóse en todas las puertas de la fábrica una orden del director proclamando muy alto la inculpabilidad del aprendiz. Le rodearon, le festejaron. De sobra está decir si los Roudic le pidieron les perdonase, ofreciéndole de nuevo su amistad. Sólo una cosa faltaba á su felicidad: ¡Belisario!

En cuanto abrieron la jaula, en cuanto le dijeron: "Queda usted en libertad,„ el vendedor ambulante se fué sin preguntar nada. Parecíale tan turbio todo aquello, tanto temía el ser otra vez cogido, que no pensaba más que en huir, en recorrer el camino con toda la ligereza que le permitieran sus pies heridos. Jack sintió mucho aquella huida. Hubiera querido sincerarse junto á aquel desgraciado, golpeado por él, encarcelado dos días, y casi arruinado por el desastre de su mercancía. Lo que más le afligía era pensar que Belisario se habría ido creyéndole culpable, pues nadie pudo decirle la verdad, marchándose tan pronto; y el pensar que aquel miserable le tomaba por un ladrón, arrojaba cierta sombra sobre su alegría.

Mas á pesar de todo, había almorzado alegremente en el acto de prometerse por esposos Zenaida y el sargento Mangin; también bailó con los demás, y en medio de la algazara entró D'Argenton. La aparición del poeta, majestuoso y enguantado de negro, produjo sobre la alegre reunión malísimo efecto. Y es que cuando se ha

compuesto uno un tipo especial para cierto papel, es difícil desecharlo de repente. De sobra lo probó la actitud de D'Argenton. Por más que le explicaron que se había hallado el dinero, que Jack resultaba inocente, y que, al venir él á Indret, se había cruzado con una segunda carta del director, destinada á reparar todo el mal que hizo la primera; por más que vió todas aquellas gentes tratar al aprendiz como hijo de la casa, desde el Sr. Roudic, que le daba golpecitos sobre el hombro, diciéndole palabras cariñosas, hasta Zenaida, que le cogía la cabeza en sus fuertes manos y se divertía en despeinarlo, ensayándose para hacer lo mismo con el sargento, no por eso abandonó el poeta su actitud digna y grave. No dejó de decirle á Roudic, en términos muy expresivos, el disgusto que le habían dado, á él y á la madre de Jack.

—¡Pero yo soy más bien quien debe una satisfacción á ese pobre niño!.. gritaba el ajustador.

D'Argenton no le escuchaba. Hablaba del honor, del deber, y de los conflictos á que conduce la vida desordenada.

Jack, aunque relativamente inocente, más de un motivo de pesar tenía; recordaba su jornada de Nantes, y en qué estado el sargento Mangin, allí presente, podía certificar haberle visto. Se sonrojaba, no sabía qué actitud conservar mientras duraba el sermón del pontífice. Por fin, cuando éste hubo maravillado á todas aquellas buenas gentes con su elocuente palabra; cuando hubo discurrido durante una hora, destilando tristeza empalagosa, soñoliento aburrimiento, al que había acabado por sucumbir el Sr. Roudic:

—Mucha sed debe usted tener desde el tiempo que hace que está usted hablando, le dijo cándidamente el ajustador; y mandó que trajeran una jarra de sidra de primera, con un pastel de trigo moreno que Zenaida había preparado para la

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

merienda. Y, la verdad, tan buena cara tenía aquel pastel, tan doradita y apetitosa estaba la corteza, que el poeta, siempre glotón, como ya sabemos, se dejó tentar y le dió tremenda cuchillada, parecida, en sus dimensiones, á la que le dió Belisario al jamón de las Aulnettes.

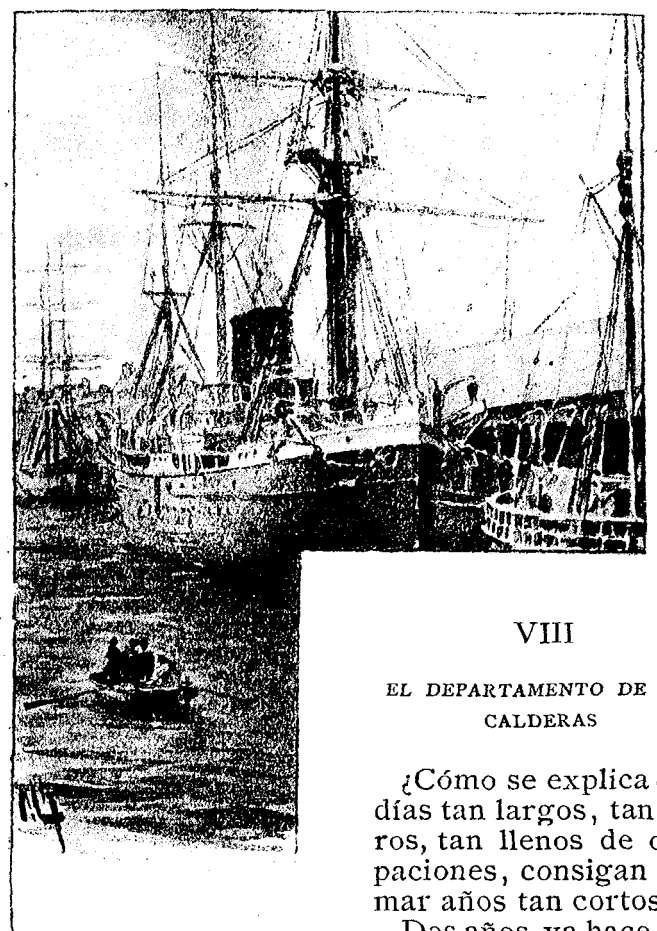
De cuantas palabras acababa de oir, sólo había retenido Jack una cosa: que D'Argenton había hecho un viaje muy largo para traer á Indret el dinero que le ahorraría la vergüenza de verse sentado en el banco de los criminales. En efecto, no había dejado el poeta de sacar partido de esa circunstancia, dando con frecuencia golpecitos sobre su cartera, diciendo: "Aquí traía el dinero...„ Y el niño, figurándose de buena fe que D'Argenton había sustraído 6.000 francos de su propia fortuna, sin más objeto que el de salvarle á él, principiaba á creer que se había equivocado sobre aquel personaje antipático, y que su frialdad y su repulsión no eran más que aparentes... Nunca había sentido tanto respeto ni tanto afecto hacia "el enemigo„ quien, estupefacto también, no reconocía ya al potro indómito; y atribuyéndose aquel nuevo mérito, decía:

—Me lo he metido en el bolsillo.

Este pensamiento, y la buena acogida que le dispensaron los Roudic, acabó de ponerle de buen humor.

La verdad, si hubiesen ustedes visto al poeta y al aprendiz bajar, cogidos del brazo, las calles de Indret y hablar junto á la orilla del Loira, los hubieran ustedes tomado por dos amigos. ¡Qué contento estaba Jack hablando de su madre, preguntando noticias, detalles, respirándola, por decirlo así, sobre las facciones de aquella á quien tanto él quería! ¡Ah! Si hubiese él sabido que tan cerca la tenía y que, desde hacía una hora, D'Argenton, combatido por un resto de piedad y su egoísmo celoso, se preguntaba:

El niño, vestido á la inglesa, se parecía al hijo de lord Peambock.



VIII

EL DEPARTAMENTO DE LAS CALDERAS

¿Cómo se explica que días tan largos, tan duros, tan llenos de ocupaciones, consigan formar años tan cortos?

Dos años, ya hace dos años que se casó Zenaida y que fué Jack el héroe de una terrible aventura. ¿Qué se ha hecho durante esos dos años? Ha trabajado, sufrido, seguido paso tras paso el camino que lleva el aprendiz al conocimiento del oficio y á la paga del obrero. Ha pasado del torno á la elaboración del hierro. Primero le hicieron forjar con máquina, luego con el martillo. Sus manos han adquirido callos, y su inteligencia también. Por

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

la noche cae rendido en la cama, pues no es fuerte; duerme de un tirón, y al día siguiente recomienza una existencia sin ilusiones, sin distracción. Le horroriza la taberna desde el famoso viaje de Nantes. La casa de los Roudic está triste. Mangin y su mujer se han instalado en el Pouliguen, en la costa, y toda la casa parece vacía desde que se marchó aquella muchachota, así como su cuarto pareció quedar vacío desde el día en que mandó quitar su armario, el gran armario del equipo.

La señora de Roudic ya no sale; permanece sentada en un rincón, al lado de la ventana, cuyo visillo está siempre echado, pues ya no espera á nadie ahora; arrastra una existencia indiferente, automática, dejando la vida marcharse, como la sangre, por una herida abierta. Sólo el señor Roudic conserva la serenidad de su conciencia feliz. Sus ojillos tan listos, tan agudos, han conservado la viveza de su mirada, que forma extraño contraste con su alma cándida, ciega y crédula, para la cual el mal no existe.

Ni un acontecimiento en la vida de Jack. El último invierno fué muy rudo; el Loira ha hecho muchos destrozos, invadiendo casi toda la isla, parte de la cual permaneció cuatro meses debajo del agua. Han trabajado los obreros en la humedad, respirando niebla y miasmas de los pantanos. Jack ha tosido mucho, y la fiebre le ha tenido clavado en la enfermería; pero esos no son acontecimientos. De tarde en tarde alguna carta de Etiolles, muy tierna cuando escribía su madre, en secreto, autoritaria y fría cuando dictaba el poeta. Los actos más insignificantes de D'Argenton ocupaban lugar preferente en las cartas de su paciente víctima. Así es como supo Jack que *La Hija de Fausto,* ya terminada y leída á los artistas del teatro Francés, habían tenido la desvergüenza de rechazarla aquellos trastos, por

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

unanimidad, lo cual les mereció una palabra cruel por parte de D'Argenton. Otra gran noticia: la reconciliación con los Moronval, admitidos ya á la mesa de *Parva Domus,* adonde llevaban los domingos muchachillos exóticos de todos los colores, que asustaban mucho á la señora Archambauld.

Moronval, Madú, el Gimnasio: ¡qué lejos estaba todo eso! Más largo que la distancia entre Indret y el pasaje de las Doce Casas; más largo que los años transcurridos entre aquel pasado fantástico y este presente tan lúgubre. El Jack de aquel tiempo hacíale el efecto de un Jack de una raza superiormente más fina, que nada había transmitido de su cabellera rubia, de su piel rosada y fina á aquel muchacho alto, curtido, desgarbado, con pómulos rojos, encorvada la espalda, altos y delgados los hombros bajo su blusa.

Así es como se hallaban justificadas las palabras del señor Rivals: "Las grandes separaciones las motivan las diferencias sociales.„

Otro triste recuerdo para Jack: esos Rivals. A pesar de las observaciones de D'Argenton, ha conservado en su corazón infinito agradecimiento hacia aquel excelente hombre, tierna amistad por Cecilia, y todos los años, el primero de Enero, les escribe una larga carta. Pues bien: ya van dos veces que quedan sus cartas sin contestación. ¿Por qué? ¿Qué ha podido hacerles también á esos?

Sólo un pensamiento sostiene á nuestro amigo Jack en medio de los chascos de su triste existencia: "Gana tu vida... tu madre te necesitará.„ Pero ¡ay! los salarios están en proporción del trabajo y no en relación con la voluntad del obrero. Querer, no es nada; lo que hace falta es poder. Y Jack no puede. A pesar de las predicciones de Labassindre, nunca valdrá dos cuartos en su oficio. No tiene el dón. Y ahora con diecisiete

años, habiendo acabado su aprendizaje, apenas si consigue ganar tres francos diarios. Con esos tres francos tiene que pagar su cuarto, mantenerse, vestirse, es decir, comprarse otro traje cuando esté ya demasiado roto el que lleva puesto. ¡Valiente oficio le han puesto entre las manos! ¿Y cómo se las arreglaría si le escribiera su madre: "Llego... voy á vivir contigo?. „

—Mira, nene, dice el señor Roudic, quien ha conservado al aprendiz ese apelativo de "nene„ aunque Jack le lleva toda la cabeza; tus padres han hecho mal en no escucharme; esto no es lo que te conviene. Nunca sentirás la lima, y nos veremos obligados á dejarte siempre en los trabajos groseros, en donde no consigue uno ganarse la vida. En tu lugar yo, preferiría rodar por el mundo y buscar fortuna por un lado y por otro... Mira, el otro día entró en el taller de ajuste Blanchet, el maquinista jefe del *Cydnus,* y viene en busca de fogoneros. Si el departamento de las calderas no te asusta, podrías probar. Ganarías tus seis francos diarios dando la vuelta al mundo, con casa, comida y lumbre... ¡Eso sí, lo que es como lumbre... de firme! El oficio es rudo, pero no se muere uno; yo lo practiqué durante dos años, y aquí estoy. Vamos á ver: ¿quieres que le escriba á Blanchet?

—Sí, señor Roudic... Prefiero eso.

La idea de tener doble sueldo, ver otras tierras, esa afición á los viajes heredada desde su infancia, historias de Madú, campañas de la *Bayonesa,* contadas por el señor Rivals, razones fueron todas que acabaron de decidir á Jack á que emprendiese el oficio de fogonero; oficio adoptado por todos los malos obreros del hierro, por todos los inútiles del martillo y del yunque, y que sólo pide vigor y una gran resistencia.

Salió de Indret una mañana de Julio, cuatro años justos después de su llegada.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

¡Qué tiempo tan hermoso también aquel día!

Desde el puente del barquito, en el que estaba Jack de pie junto al señor Roudic, quien había querido acompañarle, el espectáculo era grandioso. La ría se ensanchaba á cada movimiento de rueda, separando, ahuyentando sus ribazos con toda su fuerza, como para aumentar el trecho de su embocadura en el mar. El aire se hacía más vivo, los árboles se achicaban, hundíanse las dos orillas, alejándose una de otra en una perspectiva desarrollada, al parecer, por el viento que soplaba de cara. De trecho en trecho, estanques brillaban en el interior de las tierras, humaredas subían en la atmósfera, miles de gaviotas rozaban la ría con su vuelo blanco, lanzando gritos de niños. Pero todo aquello desaparecía perdido en la aproximada inmensidad del Océano, que no sufre grandeza ninguna junto á la suya, como tampoco quiere vegetación alguna en la orilla de la esterilidad amarga de sus olas.

De repente el barco entró de un salto en el espacio. ¿Cómo definir de otra manera ese nuevo movimiento de toda su armazón, ese mecimiento que las olas, bañadas de luz deslumbradora, libres en gigantesca corriente aérea, parecían continuar de una ola á otra hasta el límite extremo del horizonte, hasta esa línea verdosa en que, reunidos cielo y agua, cierran el espacio á las ansiosas miradas?

Nunca había visto Jack el mar. Ese olor fresco y salado, esa ráfaga que de cada ola desprende la marea que sube, le inoculó en el corazón la embriaguez del viaje.

Allá, á la derecha, con esa disminución en sus techos que entre las rocas presentan los puertos de mar, avanzaba Saint-Nazaire hasta el agua, con su campanario, cual vigía en lo alto, y su muelle, continuando una calle hasta el mar. Entre las casas alzábanse mástiles, se cruzaban, mez-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

clados desde lejos unos con otros, y tan juntos que parecía que un vendaval los había echado en el puerto, como resguardo. Al aproximarse, todo se ensanchó, se separó, agrandándose.

Desembarcaron en el muelle. Allí les dijeron que el *Cydnus*, gran transporte de la Compañía Transatlántica, salía aquel mismo día, dentro de dos ó tres horas, y que desde la víspera estaba ya en alta mar. Es el único medio que hasta ahora se ha hallado para que esté al completo la tripulación en el momento de marcharse, sin que tengan los gendarmes que ir recorriendo uno por uno todos los tugurios de Saint-Nazaire.

Jack y su acompañante no tenían, pues, tiempo suficiente para ver la ciudad, llena en aquel momento de la animación y del ruido de un día de mercado que se notaba hasta en el puerto. Todo el muelle estaba cubierto de verduras, de cestas de frutas, de gallinas atadas por parejas, moviendo las alas y piando en el suelo. Delante de su mercancía, labriegas y labriegos bretones, en fila, de pie y con los brazos colgando, esperaban tranquilos y mudos algún parroquiano. No se apresuraban, no molestaban al transeunte. En cambio, una ola de vendedores ambulantes, cargados de corbatas, portamonedas, alfileres y sortijas, circulaban ruidosamente, ofreciendo su mercancía. Marineros de todos los países, burguesillas de Saint-Nazaire, mujeres de obreros ó de empleados de la Compañía, recorrían el mercado en el que el cocinero del *Cydnus* acababa de recoger sus últimas provisiones. Por él supo Roudic que Blanchet estaba á bordo, y furioso por no estar allí todos sus fogoneros:

—Vamos ligeros, nene, que nos esperan ya.

Entraron en un barquito y atravesaron la dársena, cubierta de buques. Esto ya no era el puerto de Nantes, surcado por embarcaciones de todos tamaños. Sólo se veían aquí buques enormes, y

una especie de descanso, de inacción. Sólo algunos martillazos y el piar de algunas aves que embarcaban, rompía la monotonía de aquel silencio sonoro, cristalino, que se nota donde hay mucha agua. Los grandes transportes transatlánticos, colocados en hilera á lo largo del muelle, silenciosos y pesados, parecían echar un sueño entre dos travesías. Imponentes buques ingleses, llegados de Calcuta, ostentaban sus numerosos pisos de camarotes, su proa muy alta, sus sólidos flancos cubiertos de una nube de marineros que los estaban pintando. Pasaban entre aquellas montañas inmóviles en las que tomaba el agua el color sombrío de canal que atraviesa una ciudad, como entre espesas murallas, con cadenas, cuerdas que chorrean agua al levantarse. Por fin, salieron del puerto y franquearon el dique, en cuya punta esperaba ya el *Cydnus* la marea.

Un hombre bajo, seco y nervioso, en mangas de camisa y con tres galones de oro en su gorra, interpeló á Jack y á Roudic, cuya barca acababa de colocarse á lo largo del *steamer*. Apenas si se oían sus palabras en ese tumulto de las últimas disposiciones que preceden á la marcha; pero sus gestos parecían elocuentes. Era Blanchet, el jefe maquinista, á quien llamaban sus subordinados *el Mocó* (1). En cuanto paró algo el ruido de los bagajes que hundían en la cala, gritó con marcadísimo acento del Mediodía:

—¡Ya estáis llegando, pijóta!... ¡Ya me estaba oliendo que me íbais á dejar plantado!

—Es culpa mía, querido, dijo Roudic; quería acompañar al nene, y ayer no estaba yo libre.

—¡Pijota! ¡Pues es chiquitín tu nene! Nos veremos obligados á doblarlo en cuatro para que

(1) La marina francesa se divide en dos grandes razas: los *Mocó* y los *Ponanteses;* Bretaña y Provenza, los del Norte y los del Mediodía.[68]

68. La aclaración a pie de página es de Daudet, no del traductor.

quepa en el cuarto de los fogoneros... Vamos andando; bajemos pronto, que quiero instalarlo.

Tomaron por una escalerilla de cobre que formaba caracol, con estrecho pasamano; luego otra, sin pasamano, pendiente como un palo; luego otra, por fin otra.

Jack, que nunca había visto transatlántico alguno, como él decía, estaba asombrado de la magnitud, de la profundidad de éste. Bajaban á un abismo en el que los ojos, acostumbrados á la gran claridad de fuera, no distinguían ni los seres ni los objetos. Era de noche allí: una noche de mina, alumbrada por lámparas colgadas, sin aire, con un calor sofocante y cada vez mayor. Una escalerilla, que bajaron á tientas, les llevó al departamento de las máquinas, verdadera estufa que un calor húmedo y pesado, mezclado con un fuerte olor de aceite, llenaba de una atmósfera insoportable, de una neblina flotante, por encima de la cual, tres ó cuatro pisos más arriba, aparecía en el recuadro de un tragaluz el azul del cielo.

Grande era la actividad que allí reinaba. Los maquinistas, los ayudas, los principiantes, iban, venían, pasaban revista general á la máquina, asegurándose de que todas las piezas estaban cabales y funcionaban bien. Acababan de llenar las calderas, y ya bramaban con furia. El hierro, el cobre, otros metales, refregados con aceite hirviendo, relucían, deslumbraban; y la extremada limpieza de los aparatos les daba aspecto más feroz, como si aquellos agarradores, que abrasaban, aun tocándolos con manos forradas de estopa, aquellos émbolos incandescentes, todos aquellos utensilios que estaban removiendo con ganchos de hierro, hubiesen brillado con todo el fuego que absorbían. Jack miraba atentamente la formidable bestia. Otras había visto en Indret; pero ésta le parecía aún más terrible, sin duda

porque sabía que se vería obligado á estar siempre á su lado, dándole comida noche y día. Por todas partes termómetros, manómetros, una brújula, el cuadrante telegráfico que transmite las órdenes, estaban alumbrados por grandes lámparas con reflectores. Al final del cuarto de las máquinas hundíase un pasillito muy estrecho, muy oscuro. "Aquí está el depósito del carbón...„ dijo Blanchet enseñando un agujero abierto en la pared. Al lado de aquel agujero había otro, en el que una linterna alumbraba unas á modo de camas y ropas colgadas. Allí dormían los fogoneros. Estremecióse Jack. El dormitorio Moronval, la buhardilla de los Roudic, todos aquellos cuartitos de ocasión en los que había acariciado sus sueños de niño, eran palacios comparados con aquello.

—Y el departamento de las calderas, añadió *Mocó* empujando una puertecita.

Figúrense una larga cueva ardiendo; una calle de las catacumbas abrasada por el reflejo rojizo de unos diez hornos en plena combustión. Hombres casi desnudos, activando el fuego, removiendo los ceniceros, agitábanse delante de aquellos hornos, que congestionaban sus caras, chorreando de sudor. En el cuarto de las máquinas se ahogaban; aquí se estaban abrasando.

—¡Aquí está nuestro hombre!... dijo Blanchet al jefe de los fogoneros, presentándole á Jack.

—Llega á tiempo, dijo el otro, casi sin volverse; me falta gente para las escorias.

—¡Animo, nene! dijo el Sr. Roudic dándole á su aprendiz un vigoroso apretón de manos.

Y Jack, en seguida, se puso á los desperdicios. Todos los desechos del carbón, que se amontonan en los ceniceros, son echados en cestos que los fogoneros van subiendo sobre cubierta para vaciarlos en el mar. Oficio muy duro; los cestos son pesados, las escaleras muy recias, sofocante la

transición del aire puro al ahogo del abismo. Al tercer viaje sentía Jack que le flaqueaban las piernas. E incapaz de levantar siquiera su cesto, permanecía anonadado, lleno de un sudor que le impedía todo esfuerzo, cuando uno de los fogoneros, viéndole en tal estado, fué á coger en un rincón un gran frasco de aguardiente, y se lo presentó.

—No, gracias, no bebo, dijo Jack.

El otro se echó á reir.

—Ya beberás, dijo.

—¡Nunca!... dijo Jack; é irguiéndose por un esfuerzo de su voluntad, más bien que por el de todos sus músculos, cargó el terrible cesto sobre su espalda y lo subió valientemente.

La cubierta presentaba un golpe de vista animado y pintoresco. El barquito que traía á los viajeros acababa de llegar, colocándose al lado del gran *steamer*. De allí subía una ola de pasajeros, presurosos, atontados, que ofrecían curiosa diversidad de trajes y de lenguas: todos los países del mundo dándose cita sobre ese medio mixto, internacional, que se llama la cubierta de un buque. Toda aquella gente corría, se instalaba. Los había alegres; otros lloraban, emocionados aún por la despedida; pero en todas las frentes se leía una esperanza ó un temor, pues los viajes son casi siempre el resultado de una perturbación, de algún cambio en nuestra existencia, y esas travesías de un continente á otro son por lo general el último estremecimiento de una gran sacudida. Así es que los lutos se rozan con la ventura sobre las cubiertas de los paquebots, y unen su melancolía á la fiebre del viaje.

Notábase en todas partes esa fiebre especial, en la marea que subía con estrépito, en las sacudidas del buque levando anclas, en la agitación de las barquillas que lo rodeaban. Animaba allí en el muelle una muchedumbre agitada y cu-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

riosa, venida para saludar á los viajeros, siguiendo de lejos alguna silueta querida, y formando sobre el reducido trecho una línea negra que cortaba el horizonte azul. Aquella fiebre enardecía el afán de las barcas de pesca ganando la alta mar á toda vela, exponiéndose á los azares de toda una noche de combate; y los grandes *steamers* que volvían la notaban en la dejadez de su velamen, como un sentimiento por los hermosos países recorridos.

Mientras acababa el embarque, cuando la campana de proa apresuraba á la gente, Jack, después de vaciar su cesto de desperdicios, había permanecido apoyado mirando á los pasajeros; los de los camarotes, bien vestidos y denotando riqueza, y los de la cubierta, sentados ya sobre su pobre equipo... ¿Adónde iban? ¿Qué quimera les arrastraba? ¿Qué realidad cruel y fría les esperaba á su llegada?... Una pareja, sobre todo, le interesaba: una madre y su hijo, que le recordaban la imagen de Ida y del pequeño Jack cuando iban así cogidos de la mano. La mujer, joven, de negro, envuelta en un manto mejicano á grandes rayas, con ese ademán independiente que las mujeres de militares y de marinos toman durante las frecuentes ausencias del marido. El niño, vestido á la inglesa, recordaba al lindo hijo de lord Peambock.

Cuando pasaron junto á Jack, ambos se apartaron, y la dama alzóse el largo vestido de seda para no rozarse con las mangas del fogonero, negras de carbón. Fué un movimiento casi imperceptible; pero él lo comprendió, y parecióle de repente que su pasado, aquel grato pasado en dos personas y que él invocaba en los días tristes, acababa de renegar de él, alejándose para siempre.

Una palabrota marsellesa, acompañada de rudo puñetazo entre los dos hombros, interrumpió su triste ensueño:

—¡Maldito perro de *Ponantés,* fogonero del demonio!... ¡Ya estás bajando á tu puesto!...

Era el *Mocó,* que hacía su visita, y Jack bajó sin decir una palabra, avergonzado por aquella humillación delante de la gente.

Al poner el pie sobre la escalera que conducía al departamento de las calderas, una ruda sacudida conmovió al buque; el vapor, que mugía desde por la mañana, regularizó su ruido y la hélice se puso en movimiento.

Partían.

Abajo, aquello era un infierno.

Atascados hasta la boca, desprendiendo con resplandores rojos un calor que se palpaba, devoraban los hornos paladas de carbón, renovadas sin cesar por los fogoneros, cuyas cabezas hacían muecas, tumefactas, apopléticas, bajo la acción de aquellos terribles fuegos. El bramido del Océano parecía ser el rugido de la llama; el ruido de la ola, confundido con un chisporroteo de chispas, daba la ilusión de un incendio inextinguible, renaciendo á pesar de los continuos esfuerzos que se hacían para apagarlo.

—¡Ponte ahí!... dijo el fogonero jefe.

Fué Jack á ponerse delante de una de aquellas bocas ardiendo que giraban en torno suyo, ensanchadas y multiplicadas por el primer aturdimiento del vaivén del barco. Era preciso activar aquella hoguera, removerla, darle alimento, descargarla sin cesar. Lo que le hacía más terrible aquel trabajo es que como no tenía costumbre del mar, las trepidaciones violentas de la hélice, las sorpresas del balance, le hacían tambalear, echándole á cada momento sobre la llama. Tenía que agarrarse para no caer, y al mismo tiempo soltar en seguida los objetos incandescentes á los que trataba de asirse.

Sin embargo, trabajaba con todo su ánimo; pero al cabo de una hora de aquel suplicio de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

fuego, sintióse sordo, ciego, sin aliento, ahogado por la sangre que le subía... Hizo lo que veía hacer á los demás, y, chorreando agua, abalanzóse bajo la "manga de aire„, largo tubo de tela por donde cae el aire exterior, precipitándose á torrentes desde lo alto del puente. ¡Ah, qué agradable era aquello! Casi en seguida una capa de hielo cayó sobre sus hombros. Aquella corriente de aire mortal detuvo su aliento y su vida.

—¡El frasco! gritó él con voz ronca al fogonero que se lo *había ofrecido antes*.

—Aquí está, compañero. ¡Bien sabía yo que beberías!

Jack tragó gran cantidad de alcohol; era un alcohol casi puro; pero tal era el frío del infeliz, que le pareció aquello tan *insípido como* agua clara.

Cuando hubo bebido, notó un gran bienestar de calor interior comunicado á todos sus nervios, á todos sus músculos, y que luego se convirtió en quemazón en el hueco del estómago. Entonces, para apagar aquel fuego que le abrasaba, recomenzó á beber. Fuego por dentro y fuego por fuera, llama sobre llama, alcohol sobre carbón: así es como iba á vivir desde allí en adelante.

Principiaba un horroroso ensueño de embriaguez y de tortura que iba á durar tres años, tres lúgubres años, con días uniformes, sin distinguir los meses; siempre en la misma estación: la canícula constante y ardiente del departamento de calderas.

Atravesó zonas desconocidas, cuyos nombres eran claros, musicales, que refrescaban el ánimo; nombres españoles, italianos ó franceses, pero ese francés infantil de las colonias; pero Jack no vió en todas aquellas mágicas comarcas ni los cielos de zafiro, ni las islas verdes ostentándose en fecundos ramilletes sobre las olas fosfores-

centes. El mar bramaba siempre para él con su misma furia, y el fuego era siempre tan terrible, tan abrasador.

Y cuanto más hermosas eran las comarcas, más horrible le parecía el departamento de las calderas.

Detúvose en puertos pintorescos, rodeados de bosques de palmeras, de plátanos con verde penacho, de cerros color de violeta, de casetas blancas sostenidas por bambúes; pero para él todo tenía color de hulla.

Después que con los pies descalzos sobre los muelles abrasados por el sol, cubiertos de brea derretida ó de jugo negro de las cañas de azúcar, había vaciado Jack sus cestos de desechos, machacado carbón ó trasbordado hulla, dormíase á lo largo de los ribazos, ó iba á encerrarse en algún tugurio; ribazos y tugurios que le recordaban los de Nantes, espantosos testigos de su primera borrachera.

Allí encontraba otros fogoneros, ingleses, malayos, nubios, bestias feroces, máquinas de atizar hornos; y como nada tenían que decirse, bebían. Por de pronto, al ser fogonero hay que beber. La bebida sostiene.

¡Y Jack bebía!

En aquella noche de abismo, sólo un punto luminoso: su madre.

Permanecía en el fondo de su vida lúgubre como una Madona en el fondo de una capilla cuyos cirios hubieran sido apagados. Ahora que se hacía hombre, muchos lados misteriosos de su martirio se iban llenando de luz. Su respeto por Carlota tornábase en tierna piedad, y principiaba á quererla como se quiere á aquellos por quienes se sufre ó por quienes se expía. Aun en sus más grandes desórdenes, no olvidaba el fin que se había propuesto al entrar de fogonero, y un instinto maquinal le hacía conservar su paga de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

marinero. La lucidez que le dejaba el alcohol acudía á este pensamiento: que trabajaba para su madre.

Mientras tanto, aumentaba la distancia entre ellos, parte por las leguas recorridas y parte por esa indiferencia del tiempo, que se apodera de los desterrados y de los que sufren. Las cartas de Jack escaseaban cada vez más, como si cada vez las mandara desde más lejos. Las de Carlota, numerosas y llenas de charla, le esperaban en las escalas; pero le hablaban de cosas tan extrañas á su nueva situación, que sólo las leía por oir su música, eco lejano de una ternura siempre viva en su corazón. Cartas de Etiolles le contaban los episodios ordinarios de la vida de D'Argenton.

Más tarde, otras fechadas desde París, anunciaron un cambio en la existencia de ambos, una nueva instalación en el muelle de los Agustinos, junto al Instituto. "Estamos en pleno centro intelectual, decía Carlota. El Sr. D'Argenton, cediendo á las instancias de sus amigos, se ha decidido á volver á París y á fundar una Revista filosófica y literaria. Será este un medio de dar á conocer sus obras y también de ganar mucho dinero. ¡Pero cuánto trabajo cuesta eso! ¡Cuántas caminatas á casa de los autores, de los editores! Hemos recibido un trabajo muy interesante del Sr. Moronval. También yo ayudo á nuestro amigo. En este momento acabo de copiar *La Hija de Fausto*. ¡Qué feliz eres, hijo mío, al vivir lejos de todas estas preocupaciones! ¿Sabes?... Al Sr. D'Argenton lo ponen malo... ¡Ya debes estar muy crecido, Jack mío! Envíame tu retrato.„

Algún tiempo después, pasando por la Habana, halló Jack un voluminoso paquete que llevaba sus señas: "Jack de Barancy, fogonero á bordo del *Cydnus*.„

Era el primer número de

LA REVISTA DE LAS RAZAS FUTURAS

VIZCONDE A. D'ARGENTON, REDACTOR JEFE

Lo que somos, lo que seremos. . .	La Redacción.
La Hija de Fausto (prólogo). . . .	Vizconde A. D'Argenton.
De la educación en las colonias . .	Evaristo Moronval.
El obrero del porvenir	Labassindre.
Medicación por los perfumes . . .	Doctor Hirsch.
Pregunta indiscreta al director de la Ópera.	L...

El fogonero hojeó maquinalmente aquella colección de insulceses, manchada con sus manos, cubierta de negro á medida que iba leyendo. Y de repente, viendo allí reunidos los nombres de sus verdugos, ostentándose sobre aquella cubierta satinada y de color suave, cierto orgullo despertóse en él. Tuvo un minuto de indignación y de rabia, y desde el fondo de su ser les gritaba, blandiendo los puños como si hubiesen podido verle y oirle: "¡Ah, miserables, miserables! ¿Qué es lo que habéis hecho de mí?„ Pero aquello no fué sino un relámpago. El departamento de las calderas y el alcohol dominaron pronto aquel movimiento de revuelta, y la inercia en que aquel desgraciado se hundía cada día más, lo cubrió pronto de sus capas grises, que recuerdan la arena amontonada sobre caravanas detenidas, y cuyos viajeros, los guías y los caballos, permanecen sepultados con todas las apariencias de vida.

¡Cosa extraña! A medida que se apagaba su cerebro, que perdía su voluntad todos sus resortes, su cuerpo, excitado, sostenido, alimentado por persistente reconfortante, parecía vigorizarse más. Su andar era tan firme, tan igual su fuerza en el trabajo cuando estaba borracho como en

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

estado normal; de tal suerte se había acostumbrado al veneno; su misma cara, pálida, convulsiva, permanecía impenetrable, rígida por el esfuerzo del hombre que manda sobre su embriaguez, condenándola al silencio. Puntual, endurecido, con la misma indiferencia soportaba las largas y uniformes jornadas de la travesía y las horas de tormenta, esas batallas contra el mar, tan lúgubre en el cuarto de calderas, las invasiones del agua, los momentos de excesivo trabajo, el carbón ardiendo y rodando por la cala... Para él aquellos terribles momentos se confundían con los ensueños habituales de sus noches: visiones, delirio, pesadillas llenas de sobresalto y de angustia que agitan el sueño de los alcoholizados.

¿No sucedió durante uno de aquellos ensueños la terrible sacudida que conmovió á todo el *Cydnus,* una noche mientras dormía el pobre fogonero? Aquel golpe seco y directo en los flancos del *steamer;* aquel ruido espantoso, seguido de crujidos, de roturas; aquel ruido de agua interior, aquellos montes líquidos cayendo en cataratas, desapareciendo en riachuelos; los pasos precipitados, los timbres eléctricos que se contestaban unos á otros, el susto, los gritos, y por encima de todo aquello la lúgubre parada de la hélice, dejando al navío abandonado á las silenciosas sacudidas del balance, ¿no era un ensueño todo aquello?... Sus compañeros le llaman, le sacuden: "¡Jack!... ¡Jack!...„ Se abalanza, medio desnudo. El cuarto de las máquinas tiene ya dos pies de agua. La brújula está rota, las lámparas apagadas, las esferas tiradas. Se hablan unos á otros, se buscan en la oscuridad, en medio del lodo: "¿Qué hay? ¿Qué sucede?„

—Un americano que se ha echado sobre nosotros... Nos vamos á pique... ¡Sálvese quien pueda!

Pero en lo alto de la estrecha escalera hacia la

que se precipitan fogoneros y maquinistas, aparece el *Mocó* en pie, con un revólver en la mano:

– Al primero que asome por aquí, le salto la tapa de los sesos. ¡A las calderas, Dios de Dios, y duro! No está lejos la tierra. Podemos aún llegar.

Cada uno vuelve á su puesto y activa el trabajo con la furia de la desesperación. En el departamento de las calderas el cuadro es horrible. Los hornos, atascados hasta la boca, echan un humo de carbón mojado que ciega; amarillo, infecto, asfixiante, que ahoga á los trabajadores, mientras sigue subiendo el agua, á pesar de las bombas, y hiela todos sus miembros. ¡Oh, qué felices son los que van á morir allí arriba, al aire libre! Aquí es la muerte negra, entre dos grandes paredes de hierro; una muerte que se parece á un suicidio: de tal suerte las fuerzas, paralizadas, tienen que abandonarse ante ella.

Ya se acabó. Ya no funcionan las bombas. Están apagados los hornos. A los fogoneros les llega el agua á los hombros, y esta vez el mismo *Mocó* es quien ha gritado con voz de trueno:

—¡Sálvese quien pueda, niños!...

Una gran sombra sube, se arrastra, apoyándose en la pared.

IX

EL REGRESO

En el muelle de los Agustinos, malecón estrecho, tranquilo, limitado de un lado por librerías, y del otro por los puestos de los libreros de lance; en una de esas antiguas casas del último siglo, cerrada con pesadas puertas de medio arco, hallábase instalada la *Revista de las Razas futuras*. No se escogió para ella al azar aquel barrio retirado. En París, los periódicos y las publicaciones se fundan, en general, en el barrio que más les conviene. En el centro, junto á los grandes boulevares, las hojas mundanas ostentan sus

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

cubiertas abigarradas, cual telas nuevas. En el barrio Latino, periodiquillos efímeros alternan con coplas ilustradas y escaparates sabios de las librerías médicas. Pero las revistas de lectura compacta, serias, que tienen un fin, escogen calles tranquilas, claustrales, en donde el movimiento del París que pasa no molesta mucho sus trabajosas lucubraciones.

La *Revista de las Razas futuras*, publicación independiente y humanitaria, estaba admirablemente situada sobre aquel malecón en donde se respira polvo de viejos librotes, "en la vecindad de la Academia,„ como decía Carlota. También la casa, con sus viejos balcones ennegrecidos, su viejo frontispicio, su ancha escalera con pasamano ornamentado, suficientemente enmohecido y triste, respondía bien al espíritu de la Revista. Pero lo que menos correspondía era el aspecto y el traje de los redactores.

Desde hacía unos seis meses que estaba fundada *Las Razas futuras*, el portero, aterrorizado, había dejado franquear el umbral de la casa á cuanto encierra de más grasiento, más anormal y más mísero la baja literatara. "Vienen aquí hasta negros, hasta chinos,„ les decía á sus colegas del muelle de los Agustinos el desdichado carcelero; y supongo que al decir eso se refería á Moronval, uno de los asiduos de la Revista, escoltado siempre de algún "exótico.„ Pero no era Moronval el único familiar de la venerable casa convertida en cita de los bohemios de París y de la provincia, de todos esos tristes que circulan por la vida con manuscritos demasiado voluminosos para sus demasiado estrechas levitas.

Un bohemio fundando una Revista, y una revista con dinero, con acciones, figúrense qué suerte. Hay que decir que no había accionistas.

Hasta la fecha, sólo dos existían, D'Argenton,

naturalmente, y luego... nuestro amigo Jack. No se rían ustedes. Jack era accionista de la *Revista de las Razas futuras*. Figuraba por la cantidad de diez mil francos en los libros, los diez mil francos de "Buen Amigo.„ Algunos escrúpulos había tenido Carlota al emplear así aquella suma que tenía que entregar á su hijo cuando éste fuera mayor; pero cedió á los razonamientos de D'Argenton:

—Vamos á ver... Comprende la cosa... Es una colocación magnífica... Los números son los números. Mira cómo se cotizan las acciones de la *Revista de Ambos Mundos*. ¿Hay una colocación que pueda compararse con esa? No digo yo que realicemos en seguida semejantes beneficios. Pero aunque solo sacáramos la cuarta parte, vale esto mucho más que papel del Estado ó los ferrocarriles. Mira si he titubeado yo en poner ahí mi dinero.„

Y la verdad es que, conociendo la sórdida avaricia del poeta, aquel argumento no tenía réplica.

Desde hacía seis meses, D'Argenton había sacrificado más de treinta mil francos para la instalación de las oficinas, el alquiler, la redacción, sin hablar de adelantos hechos ya sobre trabajos que no habían sido aún entregados. Actualmente, nada quedaba de la primera remesa de fondos; y se iba á ver obligado, como él decía, á hacer otro llamamiento á sus accionistas, pues había inventado aquel pretexto de los accionistas para librarse de los sablazos.

La verdad es que, hasta entonces, enfrente de la ausencia total de ingresos, los gastos eran demasiado pesados. Además de las oficinas de la Revista, el poeta había alquilado en el cuarto piso de la casa un hermoso cuarto con balcones á la calle, teniendo ante él un horizonte maravilloso; la *Cité*, el Sena, Nuestra Señora, cúpulas,

agujas, y los coches que corren por los puentes, y los barcos que pasan bajo los arcos de esos puentes. Allí, siquiera, se sentía respirar y vivir. Ya no era aquello como el rincón perdido de Aulnettes, en donde, por el verano, un moscardón que atravesaba el gabinete del poeta todas las tardes á las tres, era esperado como el acontecimiento del día. ¡Imposible trabajar en semejante letargo! ¡Y pensar que tuvo valor de encerrarse allí durante seis años! Y ¡claro! ¿qué sucedió? Pues que empleó seis años en escribir la *Hija de Fausto,* mientras que, desde su llegada á París, merced al medio intelectual, había principiado no sé cuántos estudios, artículos de fondo y novelas.

También Carlota tomaba parte en la actividad febril de su artista. Siempre joven, siempre fresca, vigilaba la casa y la cocina, lo cual no era cosa de juego con la enorme cantidad de convidados reunidos continuamente alrededor de la mesa. Y también la asociaba él á sus tareas.

Para facilitar sus digestiones, había tomado la costumbre de dictar, en lugar de escribir; y como tenía Carlota una hermosa letra inglesa, ella era quien le servía de secretario. Todas las noches, cuando comían solos, dictaba él durante una hora, paseándose por la habitación. En la vieja casa adormilada oíanse sus pasos, su voz solemne, y otra voz dulce, amable, admirable, que parecía ayudar á aquel pontífice oficiando.

—Ya está nuestro autor componiendo, decía con respeto el portero.

La noche en que nos hallamos frente á la pareja D'Argenton, hallábase ésta instalada en un precioso saloncito, perfumado de te verde y de cigarrillos habanos. Carlota está preparando su mesa para escribir, colocando un tintero, un portaplumas de marfil, polvillos de oro para secar, y hermosos cuadernos de papel blanco, con

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

márgenes para las correcciones. Precaución inútil, pues nunca corrige el poeta; viene la idea como viene, de un golpe, y ya no se toca á ella. Pero es más bonito el cuaderno con márgenes, y cuando se trata de su poeta, pone Carlota en juego toda su coquetería.

Justamente, aquella noche está inspirado D'Argenton; siéntese con ánimos suficientes para estar dictando toda la noche, y quiere aprovechar la ocasión para escribir un largo artículo *sentimental*, destinado á engatusar al abonado cuando llegue la época del renuevo de abono.

Tortura su bigote, en el que se notan algunos hilos blancos, y levanta su espaciosa frente, la que resulta mayor aún, porque se está desplumando. Espera la inspiración. Por un contraste bastante frecuente en la vida íntima, no está Carlota tan bien dispuesta. Diríase que hay una nube en sus ojos brillantes. Está pálida, distraída, pero siempre dócil, pues á pesar de su evidente cansancio, principia á mojar su pluma en el tintero; con delicadeza, con el dedo chico en el aire, cual gata que teme mancharse las patitas.

—¡Vamos, Lotita! ¿Estás ya? Capítulo primero... ¿Has escrito capítulo primero?

—Capítulo primero... dice Carlota con voz triste.

El poeta la mira nervioso; y después principia con resolución evidente de no ocuparse de ella, importándole poco el motivo de su tristeza:

"En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos tan fecundos... de esos Pirineos tan fecundos en leyendas...„

Este sonsonete le encanta.

Repítelo varias veces con modulaciones de vanidad; luego, volviéndose hacia Carlota:

—¿Has puesto "tan fecundos en leyendas?...„

Trató de repetir "tan fe... tan fecundos,„ pero se detuvo, con la voz entrecortada por sollozos.

Carlota llora. Por más que muerde su pluma y aprieta los labios para contenerse, las lágrimas desbordan. Llora, llora...

—¡Vaya, bueno! dice D'Argenton malhumorado... ¡Y qué bien cae la cosa! ¡Una noche que estaba yo tan bien dispuesto!... ¿Qué te pasa? ¿Es esa noticia del *Cydnus*? ¿Y qué? Es un rumor sin fundamento. Ya sabes cómo son los periódicos. De todo echan mano para llenar sus columnas... Todos los días sucede eso de estar sin noticias de un buque. Además, hoy ha debido ir á la Compañía nuestro amigo Hirsch...

...Va á venir luego, y sabrás á qué atenerte. Tiempo te queda de sobra para lamentarte.

Háblale el poeta con voz desdeñosa, de una condescendencia autoritaria, como se habla á los débiles, á los niños, á los locos, á los enfermos; ¿no es ella algo de todo eso? Luego, después de calmada:

—¿En dónde estábamos? Me has hecho perder el hilo. Léeme cuanto te he dictado... ¡Todo!

Carlota contiene sus lágrimas, y repite por décima vez:

—"En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos tan fecundos en leyendas...„

—¿Y qué más?

Detiénese ella un momento, vuelve la página del cuaderno nuevo, y por fin dice:

—No hay más.

Queda asombrado D'Argenton; parecíale que había mucho más. Eso le sucede siempre cuando dicta. El terrible adelanto que sobre la expresión lleva el pensamiento, le desconcierta. Todo cuanto sueña, todo cuanto se halla en su cerebro en estado de embrión, créelo ya formulado, realizado; y después de accionar mucho, de mascullar algunas palabras, queda aterrado ante lo poco que ha producido, ante la desproporción del ensueño y de la realidad. Desilusión de D. Quijote

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

creyéndose en el Empíreo, tomando por el viento del espacio el aliento de los marmitones y los fuelles de cocina que agitan en torno suyo, y sintiendo sobre su caballo de madera todas las peripecias de una caída imaginaria. También D'Argenton se creyó arrastrado en el espacio, volando, volando... ¡Cómo! ¡Tantos calofríos, tanta fiebre, exaltación, actitudes, pasos contrariados, tantas veces pasar la mano por su cabellera, para llegar á estas dos líneas: "En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos, etc!„ Y siempre sucede lo mismo:

Está furioso, siéntese puesto en ridículo:

—Pero también es culpa tuya, le dice á Carlota... ¡Vaya un estímulo para trabajar, el estar enfrente de una persona cuyo lloriqueo es incesante! Mira, esto es horrible... Todo un mundo de pensamientos, de concepciones... Y luego nada, nada, nunca nada. Y pasa el tiempo, corren los años, y otros cogen los puestos... ¿Por lo visto no sabes, desdichada mujer, qué poco se necesita para ahuyentar la inspiración?... ¡Oh! ¡Estrellarse siempre contra alguna estúpida realidad!... Yo, que para escribir necesitaría vivir en una torre de cristal, á mil pies por encima de las nimiedades de la vida, he escogido por compañeros al capricho, al desorden, al ruido...

Da una patada en el suelo, arrea un puñetazo sobre la mesa, mientras Carlota, que no ha llorado lo suficiente, recoge, derramando lágrimas, las plumas; el limpiaplumas, portaplumas, todos sus arreos de secretario, desparramados sobre la alfombra del salón.

La llegada del doctor Hirsch pone término á esta escena dolorosa, pero tan frecuente, que todos los átomos de la casa están acostumbrados á ella; y en cuanto pasa la tormenta, en cuanto cesa el mal humor, vuelven en seguida á sus respectivos asientos y devuelven á los objetos su

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

apariencia de armonía y de tranquilidad acostumbradas. No viene sólo el doctor; acompáñale Labassindre, y ambos operan una entrada misteriosa, grave, extraordinaria. Sobre todo el cantante, acostumbrado á los efectos escénicos, tiene cierta manera de cerrar herméticamente los labios, alzando la cabeza, que significa visiblemente: "Sé una cosa de la mayor importancia, pero nada podrá decidirme á comunicárosla.„

D'Argenton, temblando aún de furor, no comprende lo que significan esos apretones de manos tan raros, tan significativos que le prodigan sus amigos sin desplegar los labios. Una palabra de Carlota le entera de lo que ocurre.

—¿Y qué, doctor? dice ella adelantándose hacia el médico fantasista.

—Pues siempre lo mismo, señora. No hay noticias.

Pero mientras dice "no hay noticias,„ dirigiéndose á Carlota, le da, por el contrario, á comprender á D'Argenton, con sus ojos desmesuradamente abiertos bajo sus gafas saltonas, que lo que dice es una gran mentira; que hay noticias, noticias terribles.

—¿Y qué piensan esos señores de la Compañía?... ¿Qué dicen?... preguntó la madre con el deseo y el miedo de enterarse, tratando de descifrar la verdad sobre aquellas caras y muecas.

—Pues... señora... pues... Mientras se enreda Labassindre en una serie de frases largas, muelles, que no consiguen tranquilizar, Hirsch, á fuerza de retorcer la boca según el método Decostère, ha conseguido dar al poeta la configuración de estas palabras: "*Cydnus* perdido, con equipaje y tripulación .. Colisión en alta mar... Hacia el Cabo Verde... ¡Espantoso!„

El grueso bigote de D'Argenton se ha estremecido, pero nada más; mirando aquella cara paliducha, vana y correcta, en la que no se ha

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

movido una facción, bien difícil sería definir sus impresiones, saber si domina allí el triunfo ó un tardío remordimiento ante aquel lúgubre desenlace. Quizás pugnen estos dos sentimientos sobre el rostro impasible, que no traduce claramente ninguno de ellos.

Unicamente siente el poeta la necesidad de ir á evaporar fuera la agitación que le causa aquella gran noticia.

—He trabajado mucho, dice muy seriamente á sus amigos... Quiero tomar el aire... Vamos á dar una vuelta.

—Haces bien, dice Carlota... Sal un poco; eso te estará bien.

Carlota, que generalmente retiene en casa á su "artista„, porque cree que todas las damas del arrabal San Germán están enteradas de su regreso, y han tomado ya número para "beberle toda la sangre de su corazón„, siente aquella noche especial satisfacción al verle marchar, quedándose ella sola con sus pensamientos. Podrá, pues, llorar á sus anchas, sin que trate nadie de consolarla, entregándose por completo á sus terrores, á esos presentimientos que no se atreve ella á confesar por miedo á que le digan brutalmente alguna palabra de consuelo. He aquí por qué hasta la misma criada le molesta, y en lugar de entablar larga charla con ella, como lo hace cada vez que sale el señorito, la manda aquella noche á su cuarto.

—¿Quiere la señora quedarse sola?... ¿No tiene miedo la señora?... ¡Es tan triste ese viento que sopla por el balcón!

—No: déjeme usted...; no tengo miedo.

Por fin, ya está sola, ya puede callarse, reflexionar como guste, sin que le diga la voz del tirano: "¿En qué estás pensando?...„ ¿En qué ha de pensar? ¡En su Jack! ¿Y en qué otra cosa podría pensar?

Desde que ha leído en el periódico este lúgubre renglón: *No hay noticias del Cydnus,* la imágen de su hijo la persigue, la enloquece, no la abandona. Siquiera durante el día, el egoísmo exclusivista de su poeta le quita hasta su tormento; pero por la noche, no duerme. Escucha el viento que sopla, y le causa singular terror. En aquel ángulo del malecón en que habitan, siempre llega de algún punto diferente, irritado ó plañidero, sacudiendo las viejas maderas, rozando los cristales sonoros, haciendo chasquear alguna persiana desenganchada. Pero ya grite ó cuchichee, siempre le está hablando á Carlota. Le dice, lo que dice á las madres y á las mujeres de los marineros: palabras que la hacen palidecer.

Y es que viene de lejos ese viento de tempestad, y viene de prisa; y ¡cuántas aventuras ha visto! Sobre esas grandes alas de pájaro loco, alas con que tropieza en todas partes, todos los rumores, todos los gritos son transportados y anunciados con igual rapidez. A veces bromista ó terrible, en el mismo minuto desgarra la vela de un barco, apaga una bujía, levanta una punta de mantilla, prepara varias tormentas, activa un incendio; todo eso es lo que él cuenta y lo que da á su voz tantas entonaciones diferentes, alegres ó fúnebres.

Esta noche su voz es siniestra. Pasa corriendo sobre el balcón, sacude las ventanas, silba debajo de las puertas. Quiere entrar. Tiene algo urgente que decirle á esa madre; y todos los ruidos que trae, que sacude contra la vidriera, sacudiendo sus alas húmedas, retumban como un llamamiento ó un aviso. La voz de los relojes, un lejano silbato de tren, todo toma el mismo acento quejumbroso, reiterado, apremiante. Lo que quiere decir el viento, de sobra lo sospecha ella. Habrá visto, en alta mar, pues en todas partes

está al mismo tiempo, un gran buque luchando en medio de las olas, abrir sus flancos, perder su velamen, hundirse en el abismo con brazos extendidos, caras espantadas y pálidas, cabelleras ocultando miradas enloquecidas, y gritos, sollozos, despedidas, maldiciones echadas en el umbral de la muerte. Es tal su alucinación, que cree oir, entre los rumores que á ella acuden desde el lejano naufragio, un quejido vago, apenas articulado:

—¡Mamá!

Es sin duda una ilusión, un error de su pensamiento inquieto.

—¡Mamá!

Esta vez, el quejido es algo más fuerte... Pero no, es imposible. Será que le zumban los oidos... Pero, Señor, ¿va acaso á volverse loca?... Para sustraerse á aquella sorpresa de sus sentidos, Carlota se levanta y anda por el salón... Mas no hay duda, alguien ha llamado. Y ha sido en la escalera. Carlota corre á abrir la puerta.

El gas está apagado, y la lámpara que ella tiene en la mano dibuja, sobre los peldaños, los arabescos del pasamanos... Nadie... Y, sin embargo, está ella segura de haber oido. Se inclina, alzando mucho su luz. Entonces, algo suave y ligero, que flota entre la risa y el sollozo, resuena en la escalera, por la que sube una gran sombra, arrastrándose junto á la pared.

—¿Quién está ahí?... grita ella temblando, animada de loca esperanza, que la impide tener miedo.

—Soy yo, mamá... ¡Oh! ¡bien te veo!... contesta una voz ronca y débil.

Baja ella presurosa algunos peldaños. Es él, es su Jack, ese obrero herido que se apoya sobre dos muletas, tan débil, tan emocionado al pensar que verá á su madre, que ha tenido que detenerse en medio de la escalera, llamándola con voz

lastimera. ¡He ahí lo que ella ha hecho de su hijo!

¡Ni una palabra, ni un gesto, ni una caricia! Están ahí, enfrente uno de otro, y lloran mirándose.

Hay fatalidades de ridículo que persiguen á ciertos seres y convierten en inútiles ó falsas todas sus manifestaciones.

Estaba escrito que D'Argenton, rey de los Fracasados, fracasaría en todos sus efectos. Cuando volvió, aquella noche había resuelto, después de haberlo hablado detenidamente con sus amigos, anunciar la fatal noticia á Carlota, para acabar ya de una vez con aquello, sosteniendo aquel primer asalto con algunas frases solemnes, indicadas en aquella circunstancia. Sólo la manera que tuvo de abrir la puerta, anunciaba la gravedad de lo que iba á decir. Pero ¡cuál no fué su sorpresa al hallar, á hora tan desusada, que había aún luz en el salón! Carlota de pie, y junto á la lumbre, los restos de una de esas comidas devoradas de prisa y corriendo, comidas de esas que improvisa la emoción de la llegada ó la despedida.

Vino hacia él muy agitada:

—¡Chito! No hagas ruido... Está ahí... Duerme. ¡Oh, qué feliz soy!

—¿Quién?

—Pues Jack. Ha naufragado. Está herido. Su buque se perdió. A él lo han salvado por milagro. Llega de Río Janeiro, donde ha pasado dos meses en el hospital.

Tuvo D'Argenton una vaga sonrisa, que podía, en rigor, pasar por prueba de satisfacción. Hay que hacerle la justicia de que tomó la cosa muy paternalmente, y que fué el primero en decir que Jack se quedaría en casa hasta que estuviera completamente bueno. Y en verdad que es lo

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

menos que podía hacer por su principal y único accionista. Diez mil francos de acciones merecían alguna consideración.

Pasada la primera emoción, pasados que fueron los primeros días, volvieron á sus costumbres el poeta y Carlota; allí no había más que la presencia de aquel querido enfermo, cuyas piernas, abrasadas por la explosión de una caldera, eran difíciles de cicatrizar. Con su chaqueta de lana azul, negro aún el rostro por su antiguo oficio, con las facciones abultadas, estropeadas por una capa morena, de la que se destacaba su bigotillo rubio, con un color de mies abrasada; encarnados los ojos y sin pestañas, roja la faz, hundidas las mejillas, ocioso, descorazonado, envuelto en esa laxitud que dejan las grandes catástrofes, el ahijado de lord Peambock, el Jack de Ida de Barancy, se arrastraba de silla en silla, causando espantosa irritación en D'Argenton y gran vergüenza en su madre.

Cuando veía ésta entrar á algún desconocido en la casa, cuando notaba alguna mirada de extrañeza, curiosa, deteniéndose sobre el obrero, cuyo porte, cuya palabra, formaban extraño contraste con el lujo tranquilo de aquel interior, apresurábase ella á decir: "Es mi hijo... Les presento á ustedes á mi hijo... Ha estado muy enfermo;„ como esas madres de niños delicados, que se apresuran á afirmar su maternidad por miedo á sorprender alguna sonrisa ó alguna compasión demasiado significativas. Pero si sufría Carlota al ver á su Jack en aquel estado, si se avergonzaba de sus modales vulgares, casi groseros, de ciertas maneras que tenía de sentarse á la mesa, en las que se notaban costumbres de taberna, comilonas de marinero, más sufría ella aún por el tono de desprecio que los familiares de la casa afectaban al hablar de su hijo.

Jack halló allí á todos sus antiguos conocidos

del Gimnasio, á todos los fracasados de *Parva domus,* con algunos años más, con pelo y dientes menos, pero inmóviles en sus situaciones sociales y moviéndose en el mismo sitio, como verdaderos fracasados que eran. Todos los días reuníanse en las oficinas de la *Revista* para discutir el número, y, dos veces á la semana, había gran comida en el cuarto piso. D'Argenton, que ya no podía vivir sin ver mucha gente en torno suyo, rebosaba aquella debilidad á sus propios ojos, con la asombrosa fraseología cuyo secreto él poseía:

—Tenemos que formar un grupo... Hay que apretarse unos á otros, marchar todos juntos.

¡Y se apretaban de firme! Estrechábanse en torno suyo hasta ahogarle. Entre todos, aquel cuyos codos más le entraban en el cuerpo, hasta los huesos, era Evaristo Moronval, secretario de la redacción en la *Revista de las Razas futuras.*

Moronval era quien había ideado eso de la *Revista,* y á él le debía su título palingenésico y humanitario. Él corregía las pruebas, vigilaba el ajuste, leía los artículos, las novelas, y, por fin, reanimaba, con palabras de fuego, el valor abatido del director ante la indiferencia de los abonados y los gastos incesantes de toda especie.

Por estos múltiples servicios, tenía el mulato un sueldo fijo bastante escaso, pero él lo redondeaba con toda especie de trabajos suplementarios y peticiones de dinero.

Hacía ya tiempo que el Gimnasio de la Avenida Montaigne había quebrado, pero no por eso había renunciado del todo su director á la educación de niños del Oriente; y siempre venía á la *Revista* escoltado por los dos últimos productos que le quedaban de aquel extraño cultivo. Uno de ellos era un pequeño Príncipe japonés, joven de una edad indefinida, entre quince y cincuenta, y que, al no tener ya su largo vestido de mi-

kado, parecía tan pequeñito, delgadillo, con un bastoncillo, un sombrerillo, con aspecto de una figurilla de barro amarillo, caída de una estantería sobre la acera parisiense.

El otro, un muchachote de quien sólo se veían los ojillos y la frente, pues todo lo demás desaparecía en un montón de grasa, bajo una barba negra y rizada como palisandro en rama, evocaba varios recuerdos en la memoria de Jack, quien reconoció á su viejo amigo Said, por ciertos cigarrillos que no dejó de ofrecerle el egipciaco en una de sus primeras entrevistas. Hacía ya tiempo que había concluído la educación de aquel desdichado joven; pero sus padres se lo dejaban á Moronval, para que éste lo iniciara en los usos y costumbres del gran mundo. Fuera de Said, todos los familiares de la *Revista* y de las comidas semanales, el mulato, Hirsch, Labassindre, el sobrino de Berzelius y los demás, tomaban, para hablarle á Jack, el mismo tono protector, condescendiente y familiar. Habríase dicho que era algún pobre diablo admitido por favor á la mesa de un rico patrono.

No había quedado "don Jack„ más que para una persona, la dulce y excelente señora Moronval-Decostère, siempre igual, con su grande y solemne frente reluciente y su vestidito negro, menos solemne, pero más reluciente que la frente. Además, que le llamasen "don Jack„, ó "chico,„ ó "amigo,„ ó "hijo mío;„ que le tuvieran tono despreciativo, indiferente ó cariñoso, todo le era igual á aquel desgraciado, que se quedaba en un rincón, con la pipa entre los dientes, adormilado, embrutecido, escuchando, sin entenderlas, las chillerías literarias con que habían mecido sus primeros años. Sus dos meses de hospital, sus tres años de alcohol y de departamento de calderas, y la última sacudida, le habían causado un atontamiento, un cansancio, la necesidad

de no hablar, de no moverse, de dejar huir y apagarse en la tranquilidad del silencio; las iras del mar, mezcladas con el bramido de las máquinas que aún retumbaban en el fondo de su cerebro como el ruido de la ola en el fondo de una concha.

—"Está embrutecido...„ decía á veces D'Argenton.

No: pero soñoliento, mudo, sin voluntad, entregado por completo al bienestar de la inmovilidad del suelo y de la serenidad del aire. No hallaba algún calor, algo de vida, sino con su madre, en las pocas tardes en que se ausentaba el poeta. Entonces se acercaba á ella, reanimábase con sus charlas de pájaro, con sus palabras de ternura. Sólo que prefería escucharla á hablar él mismo.

Su voz hacíale en el oído un delicioso murmullo, como el de las primeras abejas durante el verano, en el tiempo de la miel.

Un día que estaban sentados uno al lado de otro, despertóse repentinamente de un prolongado letargo, y le dijo á Carlota, lenta, muy lentamente:

—Cuando yo era niño hice un largo viaje, ¿verdad?

Miróle ella algo turbada. Era la primera vez, en su vida, que se ocupaba él del pasado.

—¿Por qué?... preguntó ella.

—Pues porque el primer día que puse el pie sobre un buque, hace tres años, experimenté curiosa sensación... Parecíame que cuanto veía lo había visto ya otra vez... La luz que se filtraba hasta los camarotes me impresionaba como un recuerdo... Parecíame que cuando era pequeñito había yo jugado sobre aquella escalera... Tiene uno cosas de esas en los ensueños.

Miró ella varias veces en torno suyo para asegurarse de que estaban solos.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—No ha sido un ensueño, Jack mío. Tenías tres años cuando volvimos de Argelia. Murió tu padre repentinamente y volvíamos á Turena.

—¡Ah! ¿Conque murió mi padre en Argelia?

—Sí... contestó ella, muy despacito y bajando la cabeza.

—¿Y cómo se llamaba mi padre?

Titubeó ella, muy conmovida; no se esperaba esa súbita curiosidad... Y, sin embargo, por molesta que fuera aquella conversación, no podía ella rehusar el darle á conocer su padre á un muchachote de veinte años, ya en edad de oirlo y comprenderlo todo.

—Llevaba uno de los más grandes nombres de Francia, hijo mío; un nombre con que tú y yo nos firmaríamos hoy, si una catástrofe súbita, espantosa, no hubiese venido á impedirle que reparara su culpa... ¡Ah! Éramos muy jóvenes cuando nos encontramos... Era, lo recuerdo, en una cacería de jabalíes en las barrancas de la Chiffa. Te diré que en aquella época tenía yo la pasión de la caza. Es más, recuerdo que montaba un caballo árabe llamado Solimán, un verdadero diablillo...

Y ya se había escapado; la loca se había escapado á rienda suelta sobre su caballo árabe llamado Solimán, recorriendo aquel país de quimeras, y poblándolo con todos los lores Peambock, con todos los rajahs de Singapore de su deslumbradora imaginación.

No trató Jack de interrumpirla; de sobra sabía que era inútil. Pero cuando ella se detuvo para tomar aliento, sofocada por el viento, la rapidez de su carrera, aprovechó él aquella breve parada para volver á su primitiva pregunta, fijando, por una palabra bien positiva, aquel espíritu que fácilmente descarrilaba:

—¿Cuál era el nombre de mi padre? repitió.

¡Oh! La mirada extrañada de sus ojos claros... Se le había olvidado por completo de lo que es-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

taban hablando. Muy de prisa, jadeante aún por la relación de sus correrías, contestó ella:

—Llamábase el marqués de l'Epan, jefe de escuadrón del 3.º de húsares.

Preciso es creer que no tenía Jack sobre la nobleza, sobre sus derechos y prerrogativas, las mismas ilusiones que su madre, pues acogió con la mayor tranquilidad el secreto de su ilustre nacimiento. Después de todo, el que su padre hubiera sido Marqués, no le impedía á él ser fogonero, y un mal fogonero, tan reventado, tan descuartizado, tan fuera de servicio como la caldera del *Cydnus,* la cual estaba en aquel momento en el fondo del Océano Atlántico, con seiscientas brazadas de mar por encima de ella. Que llevara su padre un nombre retumbante, no le impedía eso de llamarse Jack él, y ser uno de esos pobres desdichados que la vida trae y lleva en su ola movediza.

Por otra parte, aquel padre de que le hablaban había muerto ya, y ese despertar de una sensación desconocida, que durante un minuto había agitado á Jack, como no halló nada á que asirse, anonadóse, una vez satisfecha su curiosidad, del mismo modo que su hundía todo lo demás en el embrutecimiento de sus facultades.

—Vaya, Carlota... Hay que tomar una determinación con ese muchacho. No puede estar ahí eternamente sin hacer nada. Ya tiene buenas las piernas. Come como un buey, sin que esto sea un reproche. Tose todavía un poco; pero dice Hirsch que siempre toserá. Debería decidirse á algo. Si es demasiado dura la vida en los buques, que éntre en los ferrocarriles. Labassindre asegura que se sacan muy buenos sueldos.

A esas censuras del poeta, objetaba Carlota que Jack estaba aún muy débil.

—¡Si vieras cómo se cansa cuando sube los cuatro pisos, y qué delgado está! Le oigo agitar-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

se durante la noche. Mira, mientras tome fuerzas deberías ocuparle en la *Revista*.

—Corriente, dijo el otro. Le hablaré á Moronval.

También quiso Moronval hacer un ensayo, pero no logró éxito. Durante algunos días, desempeñó Jack en la *Revista* el oficio de mozo de oficina. Llevar las pruebas á la imprenta, doblar los números, pegar las fajas, lo encargaron de todo, excepto de barrer las dos salas, las que, por un resto de pudor, dejaron á cargo del portero. Con su habitual impasibilidad, llenaba Jack aquellas diversas funciones, sufriendo las despreciativas alusiones de Moronval, quien tenía un montón de rencores que satisfacer, y las rabias frías de D'Argenton, cuyo humor se agriaba ante la constante resistencia de los abonados. ¡Pues no eran poco testaduros esos suscritores! Sobre el magnífico libro talonario, cubierto de sarga verde, adornado de remates de cobre, libro destinado á la suscrición, sólo se leía el nombre de uno, perdido en la primera página como un cascarón de nuez sobre el inmenso mar desierto: "*Sr. Conde de... en el castillo de... en Mettray, cerca de Tours.*„ Ese suscritor se lo debían á Carlota.

Pero no impedía esa ausencia de ingresos que continuaran los gastos, ni que se presentaran los redactores, el cinco de cada mes, á cobrar sus artículos, con más algún dinero adelantado.

Moronval, sobre todo, era insaciable. Después de venir él mismo, enviaba á su mujer, á Said, al *príncipe* japonés. D'Argenton se ponía furioso, pero no se atrevía á rehusar.

Era tan golosa su vanidad y tenía el mulato tantas golosinas en el bolsillo... Sin embargo, cuando no tenía un céntimo la redacción, temiendo el Director que siguiesen los demás el ejemplo de Moronval, no cesaba de lamentarse, oponiendo á los sablistas la misma barrera infran-

queable: "Mi comité de accionistas me lo prohibe en absoluto.„

El comité de accionistas estaba allí, en un rincón, comité sin saberlo, compuesto de un solo miembro, ocupado en pegar fajas con una brocha y un gran frasco de cola. Así como no había en la *Revista* más que un abonado: "Buen Amigo,„ sólo había un accionista, Jack, con el dinero de "Buen Amigo.„

Ni Jack ni nadie lo sospechaba: pero D'Argenton lo sabía, y era un malestar, una vergüenza consigo mismo, y, sobre todo, con el hijo de aquella mujer, á quien volvía á odiar como antes.

Al cabo de ocho días, declararon inútil al mozo de oficina.

—No nos sirve para nada; lejos de ayudar, es una molestia para todo el mundo.

—¡Pero, querido, si hace cuanto puede!

Sentíase ella con más ánimo para defenderle, desde el gran susto que había sufrido.

—En una palabra, te digo que me molesta. ¿Cómo explicarte eso? No está en su centro con nosotros. No sabe ni hablar, ni sentarse; ¿no ves cómo está en la mesa, con las piernas separadas, siempre á una legua de su cubierto, y cómo se queda dormido sobre su plato?... Y luego, ese muchachote siempre á tu lado, te envejece, hija mía. Además, tiene costumbres deplorables. Bebe; te digo que bebe. Nos trae aquí olores de taberna. ¡En fin, es un obrero!

Bajó ella la cabeza, y lloró. Ya lo había ella notado que bebía; pero ¿quién tenía la culpa? ¿No habían sido ellos quienes lo habían precipitado en el abismo?

—Mira, Carlota, tengo una idea. Puesto que está aún demasiado débil para buscar trabajo, vamos á mandarle á Etiolles para que se restablezca. Pasará algún tiempo en el campo, respirando aire puro, y quizás nos ayude á alquilar

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Parva domus, que se nos ha quedado encima con una escritura para diez años. Le mandaremos algún dinero, cuanto necesite... Eso le aprovechará.

Carlota le abrazó, en un arranque de agradecimiento.

—¡Oh!... ¡Tú eres el mejor de todos!

Y quedó convenido que iría ella al día siguiente á instalar á su hijo en Aulnettes.

Llegaron allá en una de esas mañanas de otoño, dulces y doradas, que parecen un verano atibiado, aliviado de su calor pesado y ardoroso. Ni un soplo en el aire, pero muchos gorjeos de los pájaros, crujidos en las hojas caídas, y un perfume de madurez, de henos secos, de hierbas quemadas, de frutas maduras. Los senderos del parque, apenas alumbrados, sembrados de flores amarillas, como recibían menos sol, también menos sol daban, prestaban más sombra, y silenciosos, suaves, llegaban hasta las cañadas. Jack reconocía todos aquellos caminos. Al poner allí el pie, tomaba de nuevo posesión de algunos años de su infancia, años felices, inolvidables; y á pesar de las tristezas de su falsa posición, sintió su ser dilatarse en la buena, en la libre Naturaleza. También ella parecía reconocerle, llamarle, acogerle. En su alma enternecida por todos aquellos recuerdos y por su debilidad, oía Jack una voz reconfortante y dulce: "Ven á mí, pobre niño; ven sobre mi corazón, de latidos lentos y serenos. Yo te abrazaré, yo te cuidaré. Tengo bálsamo para todas las heridas, y el que lo busca ya está curado...„

Carlota dejó temprano á su hijo y la casita, con todas sus ventanas abiertas al aire tibio, con todos los ruidos del jardín, ligeramente inculto, que mezclaba sus flores y sus frutos en el renuevo de la estación otoñal; la casita que recorría Jack pieza por pieza, bajándose un poco para

encontrar en todos los rincones migajas de su infancia desaparecida, resultó por primera vez, y sin ironía alguna, en armonía con el letrero de su frontispicio:

Pequeña casa, gran reposo.

TERCERA PARTE

CECILIA

Una vez despachada la receta, retiróse la labriega con toda especie de reverencias.

—¡Pero eso se llama difamación! Tienes derecho á llevarle á los Tribunales á ese miserable Hirsch. ¡Haberme dejado durante cinco años con el convencimiento de que *mi* amigo Jack era un ladrón!... ¡Qué canalla!... Vino á casa con el único propósito de darme esa noticia; ¡bien podía volver para desmentirla, puesto que quedaba reconocida tu inocencia, comprobada, y comprobada en los términos más halagüeños, más elocuen-

tes para ti. Vamos á ver, enséñame otra vez tu libreta.

—Aquí tiene usted, señor Rivals.

—¡Magnífico! No se puede reparar mejor un error involuntario. Ese director es un hombre honrado... ¡Mira, chico, estoy contento! Con frecuencia me atormentaba la idea de que mi discípulo era un pillo... ¡Y pensar que si no te llego á encontrar por casualidad en casa de los Archambauld, hubiera podido conservar esa idea durante largo tiempo!

En efecto; en la casita del guardabosque era donde el Sr. Rivals acababa de hallar á su antiguo amigo.

Desde diez días que hacía que habitaba Aulnettes, vivía Jack como un brahmín contemplador, hundido en el gran silencio de la naturaleza, aspirando los últimos hermosos días, empapándose en sus soles atibiados, no saliendo de su casa más que para internarse en la tranquilidad vivificadora del bosque. Los árboles le daban savia; el suelo, firmeza, y á veces, sacudiendo su frente para despertar en ella algún pensamiento, parecíale que perdía algo de su propia fealdad de enfermo y de casi presidiario, bajo el cielo claro, profundo, puro.

Los únicos seres humanos con quienes se relacionaba eran los Archambauld, de quienes tan buen recuerdo había conservado. La mujer le recordaba á su madre, á quien había servido largo tiempo, afectuosa y fiel; el hombre, el buen gigante, silencioso y huraño, absorto como un fauno en la vegetación del bosque, evocaba para él todo un pasado de paseos silenciosos y regeneradores. Revivía en él su infancia entre aquellos dos solitarios. La mujer le compraba el pan, sus provisiones, y á veces, cuando tenía pereza para irse á su casa, él mismo hacía cocer una sencilla comida en la ceniza del hogar de aquella buena

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

gente. Pasaba largos ratos á la puerta de la casa, fumando su pipa junto al guarda. Nunca le hacían una pregunta. Sólo que al verle con los pómulos inflamados, tan delgado en su alta estatura, Archambauld tenía esos movimientos tristes de cabeza que le ocurrían cuando veía los árboles del bosque roídos por gorgojos.

Aquel día, al llegar á casa de sus amigos, había hallado Jack al marido en la cama, sufriendo un violento ataque de reuma articular, que dos ó tres veces al año tiraban al suelo á aquel coloso, dejándolo tendido como un gran árbol herido por el rayo.

De pie, á su cabecera, un hombre de baja estatura, vestido con larga levita cuyos faldones estaban llenos de periódicos y de libros, permanecía mudo, descubierto, con su hermosa cabellera blanca medio despeinada. Era el Sr. Rivals.

Al pronto, fué penosa la entrevista. Avergonzábase Jack al hallarse enfrente del viejo doctor, cuyas lúgubres predicciones recordaba. El Sr. Rivals, atribuyendo ese malestar al recuerdo del robo, permanecía muy frío. Pero á pesar de todo, conmovióle la debilidad de aquel muchachote. Salieron juntos, volviendo á pie y charlando, por los caminillos verdes del bosque; y de uno á otro sendero, de un detalle vago á otro más concreto, llegaron al límite del bosque y á la completa explicación del error.

El Sr. Rivals triunfaba, no cansándose de leer la página de la cartilla en la que el director del taller reconocía la falsa acusación de que Jack había sido objeto.

—Bueno, pues ahora que estás instalado por aquí, supongo que te veremos con más frecuencia. Por de pronto, eso es indispensable. Te mandan al campo, del mismo modo que se pone á un caballo á que coma verde; pero no es suficiente. Necesitas cuidados, grandes cuidados, sobre

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

todo en la estación en que vamos á entrar. ¡Etiolles no es Niza, qué demonio!... ¿Recordarás cuánto te gustaba antes estar en nuestra casa? Pues siempre es la misma. La única que falta es mi pobre mujer. Murió hace cuatro años, de pena, de disgusto, pues desde nuestra desgracia, nunca se repuso del todo. Afortunadamente me quedaba la "pequeña„ que la reemplazaba, pues sin ella no sé yo lo que de mí hubiera sido. Cecilia lleva las cuentas, cuida de la farmacia. ¡A ella sí que le gustará verte!... Vamos, ¿y cuándo vienes á casa?

Titubeaba Jack antes de contestar. Como si hubiese penetrado su pensamiento, añadió riéndose el Sr. Rivals:

—Y no necesitas presentarte con tu cartilla delante de la niña para que te reciba bien... Nunca le he hablado de nada, ni tampoco á su madre. Te querían demasiado para que les diera yo tal disgusto... Nunca ha habido el menor resentimiento entre vosotros... De modo que puedes presentarte tranquilo. Hoy está el tiempo demasiado fresco para que vengas á comer con nosotros. La niebla te hace mucho daño. Pero mañana te espero para el almuerzo. Las costumbres, ya las conoces; se almuerza á las doce, ó á las dos, ó á las tres; según las visitas. La cosa está peor que antes, porque mi pijotero caballo, con los años, se ha vuelto perezoso y cabezudo... No pasa día sin que tengamos alguna cuestión... Ya estás en tu casa, entra pronto. ¡Mañana, sin falta! Y no dejes de ir, porque vengo yo á buscarte.

Al cerrar la puerta de la casa, que se enredaba entre plantas trepadoras, experimentó Jack rara impresión.

Parecióle que volvía de una de aquellas grandes excursiones en coche que hacía él entre el médico y su amiguita; que iba á hallar á su madre poniendo la mesa con la mujer del guar

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

da, mientras Él trabajaba en la torrecilla. Y lo que completaba la ilusión, era el busto de D'Argenton, que no se habían llevado á París por ocupar demasiado sitio, y que continuaba dominando el césped, enmohecido, triste, paseando en torno suyo su sombra movediza como la aguja de un reloj de sol.

Pasó la velada junto á la chimenea, delante de una lumbre de sarmientos, pues el departamento de calderas lo había vuelto friolero. Y lo mismo que antes cuando volvía de sus correrías campestres, los recuerdos que traía le impedian sentir el peso de la tristeza y de la tiranía que pesaban sobre toda la casa; igualmente aquella tarde, el encuentro del Sr. Rivals, el nombre de Cecilia, varias veces pronunciado, habían dejado en su corazón un bienestar desconocido desde hacía largo tiempo, y poblada su soledad de dulces fantasmas, de visiones felices, que le acompañaron hasta en su sueño.

El día siguiente, á las doce, llamaba á la puerta de los Rivals.

Tal como se lo anunció el buen doctor, estaba la casa; es decir, sin acabar; y la marquesina se enmohecía más cada día, esperando su cristalería.

—El señor no ha regresado aún...; la señorita está en la farmácia, le dijo á Jack la criadita que vino á abrirle la puerta, y que había sustituído á la antigua y fiel sirviente de otros tiempos. Un perrillo que ladraba en su casita, ocupada antes por el viejo terranova, tambien probaba, á su manera, que las casas duran más que los seres, sea cualquiera la especie á que pertenezcan.

Subió Jack á la farmacia, á aquella espaciosa habitación en la que tanto había jugado. Llamó vivamente, impaciente por ver á su amiga, siempre niña en su recuerdo, y á la que la palabra cariñosa "la chiquita„ que decía el médico, representaba en su vestidito de los siete años.

—Entre usted, Jack.

En lugar de entrar, se puso Jack á temblar, lleno de miedo, de extraña emoción.

—Entre usted, repitió la misma voz, la voz de Cecilia, pero aumentada, sonora, más rica, más suave, más profunda que antes.

De repente abrióse la puerta, y Jack, envuelto en luz, preguntóse si aquella deliciosa aparición de una doncella no desprendía rayos de su vestido claro, de su chaquetilla de cachemir azul, de sus brillantes cabellos, cual nimbo sobre su frente mate, á la vez dulce y altivo. ¡Ah! Qué azorado se hubiera sentido si los ojos de aquella hermosa joven, ojos de un gris delicado y discreto, no le hubiesen dicho claramente, sencillamente: "¡Buenos días, Jack! Soy yo, soy Cecilia... no tengas miedo„ y si una manecita, descansando en la suya, no le hubiese recordado aquel calor suave que le llegó al corazón el día de la colecta del 15 de Agosto.

—La vida ha sido muy dura para usted, Jack; me lo ha dicho mi abuelo.—Y le miraba ella muy conmovida.—Yo también he tenido grandes disgustos... Mi abuelita murió... Le quería á usted mucho, y con frecuencia hablábamos de usted.

Cecilia era la única que hablaba. Sentado enfrente de ella, la contemplaba.

Era alta, graciosa en sus movimientos muy sencilla.

En aquel momento, apoyada sobre el viejo bufete en el que en otro tiempo escribía la señora de Rivals, inclinaba ligeramente la cabeza para hablar á su amigo, con un movimiento de golondrina que gorjea en el borde de un techo.

Recordaba Jack haber visto á su madre muy hermosa también, admirándola con todo su corazón; pero había en Cecilia y se desprendía de ella un aroma de primavera divina, algo sano, reconfortante y puro, con lo que hubiera formado sin-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

gular contraste la gracia mundana de Carlota, su risa alegre y sus grandes gestos.

Súbitamente, mientras estaba allí extasiado delante de ella, su mirada, al bajarse, halló una de sus propias manos descansando de llano sobre su chaqueta, con esa torpeza que tienen en el reposo los miembros de los trabajadores. Parecióle enorme aquella mano negra, eternamente negra, atravesada de cortaduras, de rozaduras, terminada por uñas destrozadas, dura, curtida al contacto del hierro y del fuego. Avergonzábale aquella mano, y no sabía dónde ocultarla. Se decidió por metérsela en el bolsillo.

Pero ya era otro.

Súbita lucidez inundó su espíritu sobre su deplorable aspecto. Veíase sentado sobre una silla, alicaído, con las piernas separadas una de otra, ridículamente vestido con un pantalón de trabajo y una antigua chaqueta de terciopelo, de D'Argenton, demasiado corta para sus brazos. Era su sino: las ropas demasiado cortas.

¿Qué estaría ella pensando de él? ¡Qué buena y qué indulgente tenía que ser para no estallar de risa, sin reparo alguno! Pues sabía ella muy bien reirse á pesar de su aire serio, y adivinábase multitud de diablillos burlones escondidos en las aletas móviles de su naricilla tan correcta, en las comisuras de sus labios rosados, un poco gruesos y finamente arqueados.

A esa molestia física que sentía, añadíase otra moral. Para acabar de confundirle y apenarle, he aquí que todas sus orgías, todas sus juergas de marinero se presentaban á su recuerdo, como si los tugurios que había conocido en los cuatro puntos cardinales, hubiesen dejado su horror sobre toda su persona, como si se vieran esas cosas. La arruga de tristeza que sellaba aquella frente tan unida, la compasión que denotaba aquella hermosa mirada, todo le decía que la jo-

ven notaba su abyección; y Jack sufría, estaba avergonzado.

¡Santa vergüenza, bendito sufrimiento! Era su alma que se despertaba, confusa y empapada de lágrimas. Pero él no se daba cuenta de ello. Dábale rabia el haber venido, y pensaba escaparse, bajar precipitadamente la escalera, y correr hasta Aulnettes para encerrarse allí, tirando luego la llave al pozo para que no tuviera la tentación de salir otra vez.

Por fortuna, vino gente á la farmacia, y como Cecilia se puso á pesar, á despachar y numerar las recetas como antes lo hacía su abuela, no sintió ya Jack el peso de aquella atención de muchacha, detenida sobre su triste persona.

Entonces pudo admirarla á sus anchas.

Era admirable, en efecto, admirable de dulzura, de paciencia, con todas aquellas pobres mujeres de labriegos, charlatanas y estúpidas, cuyas largas explicaciones recomenzaban continuamente, sin descanso.

Era una palabra cariñosa, una sonrisa, un buen consejo, una manera tranquila de ponerse al alcance de las gentes que hablaban, inclinando hacia ellos toda la gracia de su espíritu. En aquel momento se las había con una antigua conocida de Jack: aquella vieja merodeadora, la tía Salé, que tanto le asustaba cuando era pequeño. Encorvada como casi todos los labriegos que la tierra atrae hacia ellos en sus faenas diarias, agrietada por el sol, polvorienta y seca, sólo conservaba la Salé un poco de vida en sus ojos desconfiados, negruzcos, hundidos bajo los párpados, como animales nocivos que se guarecen en un hoyo. Hablaba ella de su "hombre, de su pobre hombre que hacía muchos meses que estaba enfermo y que no se decidía á reventar.„ Hacía ella á propósito en decir cosas feroces, aderezándolas con su charla de bruja, mirando á la joven

bien cara á cara, como divirtiéndose en molestarla.

Ocurriósele á Jack, dos ó tres veces, el poner á la puerta de la calle á aquel monstruo apergaminado y harapiento; pero se contuvo viendo á Cecilia permanecer impasible ante aquella grosería agresiva, conservando ella esa firme serenidad, contra la cual, y creyendo morder, lima sus dientes la maldad más aguda.

Una vez despachada la receta, retiróse la labriega con toda especie de reverencias, de bendiciones falsamente obsequiosas.

Al pasar junto á Jack, volvióse, y le reconoció:

—¡Calle! El chico de Aulnettes, díjole en voz alta á Cecilia que la acompañaba. ¡Pues no está poco de capa caída!... Diga usted, señorita Cecilia, ¿ese sí que les cortará la lengua á los que en otro tiempo decían que el Sr. Rivals educaba al chico de D'Argenton para convertirlo en marido de usted? Me parece que ahora sí que lo despreciaría usted... ¡Demonio y cuánto nos cambia la vida!

Y se fué bromeándose.

Jack sintióse palidecer. ¡Ah! ¡La vieja asquerosa le había soltado aquel golpe de "podadera„ con que en otro tiempo le amenazaba! Verdadero golpe de podadera, de ese instrumento de hoja retorcida, malo y cazurro como su nombre. La herida caló mucho, mucho, y tardaría mucho en curarse.

Pero no sólo fué Jack el herido, y sé yo de alguien que hacía como que escribía en el libro de apuntes, y que escribía torcido, con la cabeza baja y la cara muy colorada por viva emoción.

—¡Catalina! Pronto; la sopa y buen vino, y buen coñac, y todo lo necesario.

Era el doctor que volvía, y que al ver á Jack y á Cecilia cortados, silenciosos, enfrente uno de otro, estalló en alegre risa.

—¡Cómo! ¿Es cuanto tenéis que contaros desde hace siete años que no os habéis visto! ¡Vamos, andando á comer! Verás qué pronto se pone á sus anchas el pobre muchacho.

El almuerzo, lejos de darle ánimo á Jack, no hizo sino aumentar su disgusto. Ante Cecilia, no se atrevía á comer, temiendo sacar á relucir sus costumbres de taberna. En la mesa de D'Argenton, las malas costumbres adquiridas durante su vida obrera, no le habían preocupado nunca. Aquí, sentíase fuera de lugar, ridículo, y sobre todo sus desdichadas manos le atormentaban. Menos mal, la que tenía cogido el tenedor; pero, ¿qué hacer con la otra? Sobre la blancura del mantel, todas sus señales resaltaban espantosas. Por último, la dejaba colgando á lo largo de su cuerpo, lo cual le daba un aspecto de manco.

La amabilidad de Cecilia, no hizo sino aumentar su timidez. Notólo ella, y ya no le miraba más que con el rabillo del ojo, hasta el final de aquella comida, que le pareció interminable.

Por fin, vino Catalina á quitar el postre, y puso delante de la joven el agua caliente, el azúcar y la botella llena de aguardiente añejo. Desde que faltaba su abuela, Cecilia era la que hacía el *grog* al doctor, y el buen hombre no había salido ganando en el cambio, pues por miedo á cargar demasiado, llegó á componer una loción farmacéutica "en la que disminuía cada día la dosis de alcohol,„ según observaba melancólicamente el Sr. Rivals.

Al darle el vaso á su abuelo, volvióse la joven hacia el convidado:

—¿Bebe usted aguardiente, Jack?

El doctor se echó á reir.

—¿Que si lo bebe él, un fogonero? ¡Eres de una candidez!... Por lo visto no sabes qué es lo que los sostiene á estos infelices... Mira, á bordo de la *Bayonesa*, teníamos uno que rompía los nive-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ladores para beberse el alcohol puro que tenían dentro... Ya puedes hacerle un *grog* de esos acorazados; nunca estará demasiado fuerte para él.

Miró ella á Jack con aire muy dulce, muy triste:

—¿Quiere usted?

—¡No, gracias, señorita!... dijo él en voz baja, casi avergonzado. Y si le costó algún trabajo el retirar su vaso, bien recompensado quedó por uno de esos agradecimientos que ciertas mujeres saben manifestar sin decir una palabra y que sólo comprenden aquellos á quienes ellas se dirigen.

—¡Vaya, otra conversión!... dijo el buen doctor tragándose su *grog* con mueca cómica, pues él no estaba convertido más que á medias, como esos salvajes que no consienten en creer en Dios sino para darle gusto al misionero.

Los labriegos de Etiolles, ocupados en sus faenas campestres, que vieron á Jack volviendo de casa de los Rivals aquella tarde, y recorrer la carretera á grandes pasos, pudieron creer que se había vuelto loco, ó que el almuerzo del médico le había trastornado la cabeza. Gesticulaba, hablaba solo, amenazando al horizonte con el puño, presa de una agitación, de una rabia que parecía imposible en medio de su indiferencia habitual.

—¡Obrero! decía él frenético... ¡Obrero! lo soy para siempre. Dice bien D'Argenton. Preciso es que no salga de entre mis semejantes, que allí viva y muera; sobre todo, que nunca trate de elevarme. Cuesta esto demasiado sufrimiento.

Hacía tiempo que no se sentía tan nervioso, tan lleno de vida.

Sucedíanse en él sensaciones nuevas, desconocidas; y en el fondo de todas brillaba la imagen de Cecilia. ¡Qué esplendor de gracia, de belleza, de pudor! ¡Y pensar que si, en lugar de echarlo al

hoyo, le hubiesen educado é ilustrado, hubiera él podido llegar á ser un hombre digno de aquella joven, obtenerla por mujer y poseer solito aquel tesoro! ¡Oh Dios!... Arrojó ese grito de cólera desesperada que lanza el náufrago que en vano lucha contra la ola y ve, algunas brazadas más lejos, el ribazo inundado de sol, donde están secándose las redes.

En aquel momento, al volver el camino de Aulnettes, hallóse frente á frente con la tía Salé, cargada de un haz de leña. Miróle la vieja con la pérfida sonrisa que tuvo por la mañana al decir: "seguramente que no le querría usted ahora por marido.„ Estremecióse Jack ante aquella sonrisa, y todo el furor que le agitaba y que no sabía sobre quién descargar, pues de seguir su impulso directo, habría recaído sobre alguien que le era muy querido, sobre el ser debil y ligero, único responsable de su desastre; todo su furor tornóse contra la horrible vieja.

—¡Ah, víbora! pensó él; voy á arrancarte los colmillos.

Tenía Jack tan terrible aspecto, que, al verle venir hacia ella, amedrentóse la Salé, tiró su haz de leña é internóse en el bosque con una ligereza de cabra vieja. Era el desquite de los antiguos sustos. Persiguióla algunos pasos, pero se detuvo súbitamente.

—¡Soy un loco!... Esa mujer nada me ha dicho que no sea verdad... Ahora, ya no me querría Cecilia.

No comió aquella noche; no encendió ni lumbre ni lámpara. Sentado en un rincón del comedor, única pieza que él habitaba, y en la que había reunido los pocos muebles dispersos por toda la casa, fijos los ojos sobre la puerta de cristales, detrás de la cual la ligera neblina de una hermosa noche de otoño blanqueaba bajo la marcha invisible de la luna, Jack, pensaba: "Cecilia ya

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

no me querrá „ Aquello llenó toda su velada. Ya no le querría.

En efecto, todo los separaba. Por de pronto, él era obrero, y luego... Presentósele á los labios la horrible palabra: "bastardo...„ Era la primera vez de su vida que se le ocurrió pensar en aquello. Cuando uno es niño, esas cosas son indiferentes, siempre que no venga alguien á recordarlas con ultrajes, y Jack había vivido en un mundo muy poco escrupuloso, pasando, de la sociedad de los Fracasados, á esa clase obrera en la que todas las faltas tienen su disculpa en la miseria, y en donde, más que en ninguna parte, son numerosas las familias de adopción. Como nunca oyó hablar de su padre, nunca se preocupó de semejante cosa; apenas si notó la falta de ese afecto, del mismo modo que un sordomudo puede darse cuenta de los sentidos que le faltan, sin llegar á conocer toda su utilidad y los goces que proporcionan.

Ahora, esa cuestión de nacimiento le ocupaba más que nada. Cuando le dijo Carlota el nombre de su padre, quedó *perfectamente tranquilo ante* aquella sorprendente revelación; pero ahora hubiera él querido hacerle preguntas, arrancarle detalles, hasta confesiones, para representarse con alguna exactitud aquel padre desconocido... ¿Marqués de l'Epan?... ¿Era realmente Marqués? ¿No era esa una nueva fantasía de aquel pobre cerebro enloquecido por los títulos nobiliarios? ¿Era verdad que hubiese muerto? ¿No le había dicho todo aquello su madre, para evitar de contarle alguna historia de separación, de abandono, de que se hubiera ella avergonzado ante él? ¡Y si viviese aún ese padre, si fuese tan generoso que quisiera reparar su culpa, dándole su nombre á su hijo!

"¡Jack, marqués de l'Epan!„

Repetíase esta frase á sí mismo, como si este

título le acercase á Cecilia. El pobre niño ignoraba que todas las vanidades de este mundo no valen, para llegar á lo vivo á un verdadero corazón de mujer, como la piedad, que lo entreabre á todas las ternuras.

"Voy á escribir á mi madre„ pensó Jack. Pero era tan delicado lo que tenía que preguntar, tan complicado, tan difícil de decir, que resolvió ir á ver á Carlota, teniendo con ella una de esas conversaciones en las que los ojos ayudan á las palabras, en las que las reticencias de las confesiones se traducen en un silencio, más elocuente á veces que las mismas palabras.

Desgraciadamente, no tenía bastante dinero para tomar el tren. Estaba su madre para mandarle fondos de un día á otro, pero sin duda se le había olvidado.

"¡Bah! se dijo, anduve el camino á pie cuando tenía once años. Ahora lo volveré á andar, aunque estoy algo débil.„

En efecto, al día siguiente, anduvo otra vez el terrible camino; y si le pareció menos largo y menos lúgubre, hallóle, en cambio, más triste. Es impresión frecuente ese desencanto de los recuerdos de la infancia hallados de nuevo en la edad en que todo se juzga y todo se razona. Diríase que hay en los ojos de los niños una materia colorante que dura tanto como la ignorancia de sus primeras miradas; á medida que crece, todo cuanto él admiraba, palidece. Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niños.

Jack vió el sitio en donde había dormido, la verja de Villeneuve-Saint-Georges, en donde se había parado para hacerle creer á una bondadosa gorra de orejeras que su madre vivía allí; el montón de piedras á lo largo de un foso, en donde un cuerpo tendido tanto miedo le había causado, y la taberna que tan mala fama tenía, espan-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

toso garito tantas veces evocado en sus ensueños. ¡Ay! ¡Como tugurios, cuántos había él visto desde entonces! Las caras siniestras de obreros borrachos, de malhechores, que tanto miedo le causaban antes, ya no le llamaban la atención, y pensaba él, al pasar junto á ellos, que si el Jack de su juventud, irguiéndose de repente del polvo de la carretera con su andar indeciso de colegial fugitivo, encontrase al Jack de ahora, quizás le temiera más que á cualquiera otra lúgubre aparición.

Llegó á París á eso de la una de la tarde, con una lluvia fastidiosa y fría; y persiguiendo la comparación que establecía entre sus recuerdos y la hora presente, recordó el alba espléndida, la hermosa desgarradura de un cielo de Mayo, en la que se le había aparecido su madre al cabo de su primer viaje, como un arcángel San Miguel envuelto en gloria y ahuyentando ante su luz las sombrías cohortes de la noche.

En vez de la finquita de Aulnettes, en donde cantaba su Ida, en medio de las flores, bajo el pórtico cavernoso y frío de la *Revista de las razas futuras*, D'Argenton, que salía, se le apareció seguido de Moronval, cargado de pruebas de imprenta, y de un escuadrón de Fracasados, apurando en algunas palabras una reciente discusión.

—¡Hombre, Jack! dijo el mulato.

El poeta se estremeció y alzó la cabeza.

Al ver aquellos dos hombres enfrente uno de otro, vestido el uno con esmero, enguantado, reluciente, saliendo de una mesa bien servida; y el otro, calado de agua, con traje lustroso por el uso, cansado, con su chaqueta de terciopelo demasiado estrecha y corta, nunca se le habría ocurrido á nadie que pudiese haber lazo alguno entre ellos. Y esa es, en efecto, la fisonomía particular de esas familias de París, en las que el pa-

dre es carpintero, la hija Condesa y el hermano peluquero en algún barrio.

Tendióle Jack la mano á D'Argenton, quien se dejó coger un dedo, preguntándole si estaba alquilada la casa de Aulnettes.

—¿Cómo? ¿Qué es eso de alquilada? dijo el otro que no comprendía.

—¡Pues naturalmente! Al verte aquí, ¿qué idea quieres que se me ocurra, sino: "Ya está ocupada la casa y ha tenido que volverse?„

—No, dijo Jack estupefacto; y es más, nadie, desde que yo estoy allí, se ha presentado.

—Pues entonces, ¿qué vienes tú á hacer aquí?

—Vengo á ver á mi madre.

—Es un capricho que comprendo. Pero por desgracia hay gastos de viaje.

—He venido á pie, dijo Jack muy sencillamente, con cierto aire de firmeza y de altivez que no le conocían.

—¡Ah!... dijo D'Argenton.

Y se recogió un segundo para soltarle esta frasecita:

—¡Vaya! Veo con gusto que tus piernas se hallan en mejor estado que tus brazos.

—¡Chiste *fegós*! dijo riéndose el mulato.

Sonrió el poeta modestamente, y contento por el efecto producido, alejóse á lo largo de los muelles, seguido de su escolta servil.

Ocho días antes, el chiste cruel de D'Argenton habría pasado sin rozar sobre el embrutecimiento de Jack; pero desde la víspera, ya no era el mismo. Algunas horas habían bastado para hacerle altivo y susceptible, y tanto, que después de aquel ultraje pensó volverse á pie como había venido, sin siquiera ver á su madre; pero tenía que hablarle, hablarle seriamente. Subió.

El cuarto estaba destartalado; halló Jack á los tapiceros instalando colgaduras, poniendo bancos como para una distribución de premios. Aquel

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

mismo día daban una gran fiesta literaria en la que había de reunirse toda la chusma de las artes y de las letras; y he ahí por qué se había enfadado tanto D'Argenton al ver llegar al hijo de Carlota. Tampoco ésta pareció muy contenta. Al verle, detúvose en su actividad de ama de casa que está transformando sus habitaciones, creando saloncitos para los fumadores, en todas partes hasta en los dormitorios y los cuartos de tocador.

—¡Cómo! ¿Eres tú, mi pobre Jack? Apuesto á que vienes á buscar dinero. Sin duda has creído que te había olvidado. Te diré. Es que quería encargar al Sr. Hirsch que te lo llevara, pues dentro de dos ó tres días tiene que ir á Aulnettes para hacer experimentos muy curiosos sobre los perfumes, una nueva medicación que él ha inventado, sacada de un libro persa... Ya verás; es un asombro como descubrimiento.

Hablaban de pie, á media voz, en medio de los obreros que iban, venían, clavaban, removían los muebles.

—Tendría que hablarte muy seriamente, dijo Jack.

—¡Jesús, señor! ¿Qué sucede? ¿Qué pasa?... Ya sabes que lo serio no ha sido nunca mi lado fuerte... Y además, ya ves, hoy está todo patas arriba con motivo de nuestra *soirée*.. Será una cosa magnífica. Hemos lanzado quinientas invitaciones... No te digo que te quedes, porque... ya comprendes... Y además que eso no te gustaría... Bueno, puesto que te empeñas en hablarme, ven por aquí, en la azotea... He mandado colocar aquí un retiro para los fumadores; ya verás qué cosa más elegante.

Hízole ella pasar debajo de un techito de cinc, forrado de lienzo rayado; allí había un diván, una jardinera, una lámpara colgante; pero todo aquello aparecía muy triste, en pleno día, con el ruido

estridente de la lluvia y el horizonte húmedo, nebuloso, de las orillas del Sena. Sentíase Jack cortado. Pensaba: "mejor hubiera sido escribirle...„ y no sabía por dónde principiar.

—¿Qué es lo que quieres decirme? saltó Carlota, esperando, apoyada la barbilla en la mano, con esa bonita actitud de la mujer que escucha.

Titubeó todavía Jack un minuto, así como se detiene uno al ir á poner un peso demasiado fuerte sobre un estante de chucherías, pues lo que tenía que decir parecíale considerable para la cabecita ligera que se inclinaba hacia él.

—Quisiera... quisiera hablarte de mi padre.

Tuvo ella en la punta de los labios un "¡vaya una idea!„ y si no lo pronunció, la expresión extrañada de su rostro, en donde se notaba estupefacción, temor, aburrimiento, lo dijo por ella.

—Es ese un asunto muy triste para ambos; ¡pobre hijo mío! pero, en fin, por penoso que sea, comprendo tu curiosidad y estoy pronta á satisfacerla. Además, añadió ella solemnemente, siempre me prometí que cuando cumplieras veinte años, te había yo de revelar el secreto de tu nacimiento.

Esta vez, él fué quien la miró, estupefacto.

¡De modo que ya no recordaba ella que tres meses antes le había hecho á su hijo idéntica revelación! Pero no protestó él contra tal olvido. Salía ganando el poder confrontar lo que le dijera ella ahora, con lo anteriormente comunicado.

¡Y es que la conocía tan bien!

—¿Es verdad que era noble mi padre? preguntó Jack en seguida.

—Todo lo más noble que hay, hijo mío.

—¿Marqués?

—No, sólo barón.

—Pues si yo creía... tú me dijiste...

—¡No, no! Los marqueses eran los Bulac, de la rama primogénita.

—¿De modo que estaba emparentado con esos Bulac?

—¡Pues ya lo creo! El era el jefe de la rama segunda.

—Y entonces... ¿mi padre se llamaba?

—El barón de Bulac, teniente de navío.

Hubiérase desmoronado el balcón, arrastrando el fumadero y cuanto éste contenía, y no recibiera Jack más ruda sacudida en todo su ser. Sin embargo, tuvo aún suficiente valor para preguntar:

—¿Hace mucho que murió?

—Mucho... contestó Carlota; é hizo un gesto elocuente para echar muy lejos, en el pasado, aquella existencia, muy problemática ya para ella.

Su padre había muerto; he ahí lo que había de probable. Y ahora, ¿era un Bulac? ¿era un de l'Epan? ¿Había mentido también su madre ahora? Pero bien mirado, quizás no mentía la pobre; quizás no supiese ella misma lo que había pasado.

¡Qué vergüenza!

—¡Qué mala cara tienes, Jack mío! dijo Carlota, interrumpiéndose de repente, en una larga historia romántica en la que se había lanzado con ardor, en pos de su teniente de navío; tus manos están heladas. He hecho mal en traerte aquí al balcón.

—No es nada, dijo Jack con esfuerzo; andando pasará.

—¿Pero te vas ya? Y, en efecto, tienes razón; mejor es que vuelvas á casa temprano. El tiempo no está bueno. ¡Vamos, dame un beso!

Y le abrazó ella muy tiernamente, alzóle el cuello de su chaqueta, le dió un tartán suyo, por el frío que hacía, y metióle algun dinero en el bolsillo.

Creía ella que la tristeza de su hijo la motiva-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ban aquellos preparativos para una fiesta de que él no se aprovecharía; así es que deseaba verle pronto fuera; y cuando vino la criada á decirla: "Señora, ahí está el peluquero,„ la aprovechó para apresurar la despedida:

—Ya ves, tengo que dejarte... Cuídate, y escríbeme con más frecuencia.

Jack bajó lentamente, agarrándose al pasamanos. Sentía mareos.

¡Oh! no era, no, la fiesta aquella lo que le estrechaba el corazón; sino todas las demás fiestas á las que no había sido convidado durante su vida, la fiesta de los niños que tienen un padre y una madre á quienes aman y respetan; la fiesta de todos aquellos que tienen un nombre suyo, un hogar, una familia. También había él oído hablar de otra fiesta de la que le excluiría sin piedad la suerte; la fiesta del amor feliz que une para siempre á algo hermoso, leal y honrado. Tampoco asistiría él á esa fiesta. Y el desgraciado se desesperaba, sin darse cuenta de que, sentir todas esas felicidades, es ser digno de ellas, y que mucha distancia había desde su embrutecimiento antiguo, á esta percepción tan clara de su destino; percepción que sólo ella podía darle fuerza para combatirlo.

Entregado á sus lúgubres pensamientos, acercábase á la estación de Lyon, de esos barrios pobres en donde parece más espeso el barro, más densa la niebla, porque las casas de por allí, son más negras, los arroyos más espesos, y que la miseria del hombre ayuda y aumenta todas las tristezas de la naturaleza. Era la hora de la salida de las fábricas. Un pueblo pálido y cansado, ola humana que arrastraba numerosos desalientos y dolores, esparcíase por las aceras y las calles, hacia las tabernas, hacia tugurios, ostentando algunos este raro título: *Al consuelo*, como si la embriaguez y el olvido fuesen el único refu-

gio de los miserables. Jack, rendido, frío, sintiendo el horizonte cerrado por todas partes sobre su vida, tan herméticamente como lo estaba sobre aquella tarde de otoño, lluviosa y fría, tuvo de repente un gesto y un grito de desesperación.

—¡Y mucha razón que tienen!... ¡Hay que beber!

Y franqueando uno de esos umbrales manchados por las horas de un sueño abyecto, ó por las batallas sangrientas de la borrachera, el antiguo fogonero se hizo servir una copa grande de *vitriolo* (1). Pero en el momento de levantar la copa, en medio de la muchedumbre confusa y ruidosa, en el humo de las pipas, el espeso vapor que formaban aquellas respiraciones avinadas, aquellas blusas caladas de lluvia, parecióle que una sonrisa celeste entreabríase delante de él, y que una voz dulce murmuraba á su oído:

—¿Bebe usted aguardiente, Jack?

No, ciertamente que no; ya no lo bebía, no lo volvería á beber nunca.

Salió bruscamente de la taberna, dejando su copa llena sobre el mostrador, en el que su dinero, echado con fuerza, retumbó en medio de la extrañeza general.

(1) Es el nombre que el pueblo, en París, da al aguardiente.[70]

70. Una vez más, la nota a pie de página pertenece al autor francés, no a Giner de los Ríos.

Jack y Cecilia cogieron cada uno una cesta de mimbre, y salieron, sin dirección fija, al trabajo.

II

CONVALECENCIA

El cómo Jack, que cayó enfermo á consecuencia de aquel triste viaje, estuvo preso durante quince días en Aulnettes, abandonado á los cuidados del doctor Hirsch, quien ensayaba sobre aquel nuevo Madú su sistema de medicación por los perfumes; cómo vino á libertarlo el Sr. Rivals, llevándolo á su casa á la fuerza, y devolviéndole la vida y la salud, demasiado largo sería quizás para ser contado, y prefiero enseñaros en seguida á nuestro amigo Jack instalado en una buena butaca, junto á una de las ventanas de la "farmacia„, con libros á su lado y un gran reposo en torno suyo; un reposo regenerador que

viene del horizonte tranquilo, de la casa silenciosa, del paso ligero de Cecilia, comunicando á su inercia la cantidad suficiente de movimiento para que saboree mejor el convaleciente sus largos días de completa inacción.

Es tan dichoso, que ni siquiera habla, contentándose con dejar sus ojos medio abiertos sobre aquella querida criatura, escuchando la aguja de Cecilia ó su pluma sobre el papel rayado de sus libros de cuentas.

—¡Oh, ese abuelo mío! .. Estoy segura de que me birla la mitad de las visitas... Ayer, sin ir más lejos, le cogí en dos mentiras... Me sostuvo que no había ido á ver á los Goudeloup, y dos minutos después decía que la mujer está algo mejor. ¿Usted habrá notado eso, verdad, Jack?

—¿Señorita?... dice éste, sobresaltado.

No ha oído; la miraba, siempre sencilla, de carácter igual, graciosa, sin esas niñerías estudiadas, esos movimientos de pájaro de las muchachas que saben que el ser algo loquillas es una gracia, pero que todo lo echan á perder con la afectación.

En ella todo es serio, todo es profundo. Su voz resuena en espacios de pensamientos; su mirada absorbe y conserva la luz. Nótase que cuanto entra en aquella alma, y todo cuanto sale, va lejos y de lejos viene. Y es tan verdad esto, que las palabras, esa moneda corriente, gastada, borrosa, toman de repente, pronunciadas por ella, una frescura de un sello especial, como á veces les sucede en música, cuando van envueltas en un acorde mágico de Haendel ó de Palestrina. Si decía Cecilia "mi amigo Jack„, parecíale á Jack que nadie antes que ella le había llamado así; y cuando decíale ella "adiós„, estrechábase su corazón como si nunca más la hubiese de ver; de tal suerte, con aquella naturaleza reflexiva y serena, tomaba todo un sentido definitivo. En el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

estado especial de la convalecencia, en el cual es el sér débil tan sensible á las influencias físicas y morales, que se estremece por la menor corriente de aire y se repone con cualquier rayo de sol, impresionábase vivamente Jack con todo aquel encanto. ¡Oh qué buenos, qué deliciosos días pasados en aquella casa bendita, y qué bien dispuesto estaba todo en torno suyo para apresurar su curación! La "farmacia„, gran habitación casi desnuda, rodeada de altos armarios de madera blanca, adornada de cortinas de muselina, dando al Mediodía; en el final de una calle de pueblo, con el horizonte de los campos segados, comunicábale su sana tranquilidad, sus tónicos olores de hierbas secas, de plantas cogidas durante el esplendor de su florecimiento. Aquí la naturaleza se ponía al tanto del enfermo, dulce, bienhechora, y respiraba él su recuerdo con delicia. Riachuelos corrían para él en el aroma de los bálsamos, y el bosque extendía sus arcos de verdura sobre el perfume de aquellas plantas recogidas al pie de sus grandes robles.

A medida que volvían sus fuerzas, trataba Jack de leer. Hojeaba los viejos librotes de la biblioteca, y entre ellos hallaba algunos que ya había leído, tratando ahora de comprenderlos mejor. Cecilia continuaba su trabajo cotidiano; y como el médico estaba siempre fuera, los dos jóvenes permanecían solos, con la criadita. Lo suficiente era aquello para que charlara la gente, y la presencia asidua de aquel muchachote junto á aquella linda muchacha, llamaba la atención de muchas madres prudentes.

Ciertamente que, de haber vivido la señora de Rivals, no hubieran sucedido así las cosas; pero el doctor era otro chiquillo en medio de aquellos dos chiquillos. Y también ¿quién sabe? quizás tuviera también su idea aquel buen doctor.

Pero D'Argenton, informado de la instalación

de Jack en casa de los Rivals, había tomado aquello por una injuria personal. "No está decente el que permanezcas ahí, escribíale Carlota á su hijo. ¿Qué reputación nos dará eso en el país? ¡No parece sino que no tenemos con qué curarte! Es como una censura que nos haces...„ Y como esta primera carta quedó sin efecto, el poeta escribió, él mismo, ÉL MISMO: "Mandé á Hirsch para que te curara; pero has preferido la rutina idiota de ese médico de aldea, á toda la ciencia de nuestro amigo. ¡Quiera Dios que te dé buen resultado! En todo caso, puesto que ya estás mejor, te concedo dos días para volver á Aulnettes; si en el término de dos días no has vuelto allí, te considero como rebelde á mi autoridad, y desde ese momento todo quedará terminado entre nosotros. ¡A buen entendedor... y no digo más!„ Mas como continuaba Jack inmóvil, vieron llegar á Carlota. Vino con grandes aires de dignidad, sendas pastillas de chocolate en su saquito para golosear durante el camino, y multitud de frases aprendidas de memoria, apuntadas por su "artista.„ El Sr. Rivals la recibió en la planta baja, y sin dejarse intimidar por la reserva aparente de la dama, por el pliegue especial de sus rojos labios y el esfuerzo que hacía para contener su exuberante lengua, díjole de un golpe:

—Debo avisarle á usted, señora, que yo he sido quien ha impedido á Jack que vuelva á Aulnettes... Estaba su vida en peligro... sí, señora, hubiérale costado el pellejo... Su hijo de usted atraviesa una terrible crisis de cansancio, de extenuación, de crecimiento. Afortunadamente está aún en la edad en que se reforman los temperamentos, y espero que resista el suyo á este rudo golpe, siempre que no lo confíe usted á su miserable Hirsch, á ese asesino que le asfixiaba con incienso, almizcle y benjuí, so pretexto de curarlo. Supongo que usted nada sabía de eso. He ido

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

á sacarlo de Aulnettes, entre torbellinos de humo, en medio de aspiradores, inhaladores, pebeteros. Es más: he desbaratado todo aquello de un puntapié, y creo que algo le tocó al médico. Actualmente, su hijo de usted está fuera de peligro. Déjemelo usted algún tiempo todavía; yo me encargo de devolvérselo más vigoroso que antes y capaz de emprender de nuevo su dura existencia; pero si lo entrega usted en manos de ese abominable droguero, pues creeré que su hijo de usted la molesta y que quiere usted deshacerse de él.

—¡Oh, Sr. Rivals! ¿Qué es lo que usted me está diciendo?... ¿Qué es lo que he hecho ¡Señor, Señor! para merecer semejante injuria?

Esta última pregunta trajo naturalmente un diluvio de lágrimas, que el doctor secó en seguida con algunas buenas palabras, y luego Carlota, tranquila, subió á ver á su Jack, que estaba leyendo solo en la farmacia. Hallóle hermoseado, cambiado, como si se hubiese despojado de alguna envoltura grosera; pero estaba también extenuado, lánguido por el esfuerzo de la transformación. Estaba Carlota muy conmovida, y Jack palideció al verla entrar:

—¿Vienes á buscarme?

—No, hijo, no... Estás demasiado bien aquí, y este buen doctor, que tanto te quiere, ¿qué diría si te llevara?

Por primera vez en su vida pensaba Jack que puede uno ser feliz lejos de su madre, y el dolor de la separación le habría ciertamente ocasionado una recaída. Quedaron un momento solos. Carlota le hizo algunas confidencias. No parecía estar muy contenta. "Hijo mío, esa vida literaria acarrea demasiados trastornos. Ahora tenemos grandes fiestas todos los meses. Cada quince días, lecturas... ¡Si vieras qué jarana es para mí! Mi pobre cabeza, que no es ya de por sí muy

fuerte, ni sé cómo resiste. El príncipe japonés del Sr. Moronval ha escrito un gran poema, en su lengua, por supuesto... y ÉL se ha empeñado en traducirlo, verso por verso. De modo que está tomando lecciones de japonés, y claro está que yo con él. ¡Vaya un lío!... La verdad, se me está figurando que no es mi vocación la literatura. Hay día que no sé lo que hago ni lo que digo. Y esa Revista, que no nos produce un céntimo, que ni siquiera tiene un abonado... A propósito, "Buen Amigo...„ pues ha muerto... ¡Si supieras cuánto lo he sentido!... ¿Te acuerdas tú de él?„

En aquel momento entró Cecilia.

—¡Ah, señorita Cecilia!... ¡Cuánto ha crecido usted y qué hermosa está!

Y abría Carlota los brazos de par en par, sacudiendo todos los encajes de su abrigo para abrazar á la joven. Pero Jack no estaba á gusto. D'Argenton, "Buen Amigo„, por nada del mundo hubiera él hablado de todo eso delante de Cecilia, y varias veces dióle otro giro á la charla de su madre, quien no tenía tales escrúpulos. Y es que aun sintiéndose muy cariñoso hacia Carlota, colocaba Jack en su puesto á cada uno de aquellos dos amores de su vida; el uno le protegía, y por el otro protegía él; y tanta piedad entraba en su ternura filial cuanto respeto había en su primer arrebato amoroso.

Quisieron que comiera allí la señora de D'Argenton; pero parecíale que ya había permanecido bastante tiempo en aquella casa; mejor dicho, demasiado tiempo para el egoísmo feroz del poeta. Así es que desde cierta hora hasta su marcha estuvo inquieta, preocupada. Forjaba de antemano lo que le contaría al llegar, para disculparse.

—Sobre todo, Jack mío, si tienes que escribirme, envía tu carta á la lista de correos, á París. Ya comprendes, está muy irritado contra ti en

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

este momento, y es menester que también yo simule estar enfadada: Que no te extrañe si recibes alguna filípica con letra mía. Siempre está detrás de mí cuando escribo; á veces me dicta... Mira, ¿sabes lo que haremos?... pues pondré una cruz al final de la carta, y esa cruz significará: "Esto no cuenta.„

Y así es cómo, con cierto candor, confesaba ella cuán esclava era. Sólo una cosa podía consolar á Jack de esa tiranía, y era el ver á aquella insensata marcharse tan alegre, tan joven, con su traje tan bien ajustado sobre su cuerpo y su saquito de viaje, que llevaba ella tan elegante, tan alegremente colgado del brazo, como cualquier gran peso que la vida le hubiera echado encima.

¿Habéis mirado alguna vez esas flores de agua cuyos largos tallos parten desde el fondo de los ríos, suben alargándose, retorciéndose al través de todos los obstáculos de la vegetación acuática, para estallar por fin en la superficie en magníficas corolas, redondeadas como copas, embalsamadas de perfumes muy suaves, atenuados, cambiados por la amargura y el color verde del agua? Así crecía el amor en el corazón de aquellos dos niños. Aquel amor venía de muy lejos, de su más tierna infancia, de ese tiempo en que toda semilla produce un germen y la promesa de una florescencia. En Cecilia, las flores divinas habían subido rectas en un alma pura, en la que miradas algo perspicaces las hubieran fácilmente descubierto. En Jack habíanse detenido en el fango, entre plantas enredadísimas, enrolladas alrededor de ellas cual ataderos que la impedían crecer. Pero por fin llegaba á las regiones de aire y de luz, se erguía, resaltaba, enseñando casi en la superficie su rostro de flores, en las que el movimiento de la ola pasaba aún ligeramente rozando. Poco faltaba, muy poco, para que

se abriesen. Fué aquello obra de una hora de amor y de sol.

—Si queréis, decíales una noche el Sr. Rivals á los dos niños, iremos mañana todos juntos á las vendimias del Coudray. El amo de la granja me ha propuesto mandarme su carricoche. Vosotros os iríais desde por la mañana, y yo me llegaría allí para la hora de la comida.

Aceptaron con alegría.

Pusiéronse en camino en una hermosa mañana de fines de Octubre, con una ligera niebla que parecía ir desapareciendo á cada vuelta que daban las ruedas del coche, deslizándose como una gasa y descubriendo un admirable paisaje. Sobre los campos segados, sobre los haces dorados, sobre los largos tallos, último esfuerzo de la estación, largos hilos sedosos y blancos flotaban, atándose unos á otros, arrastrando como restos de la niebla, que subía. Formaba aquello una capa de plata hilada á lo largo de aquellas llanuras en las que imprime el otoño tanta grandeza y solemnidad. La ría se deslizaba al pie de la carretera, bordeada de antiguos dominios señoriales y de enormes macizos de árboles enrojecidos por el verano. El aire, ligero y fresco, ayudaba al buen humor de los viajeros, sacudidos sobre los duros asientos, con los pies hundidos en la paja y agarrándose á los lados del carricoche. Una de las hijas del labrador guiaba un borriquillo gris y testarudo que sacudía sus largas orejas, molestado por las avispas, muy numerosas en esa época del año en que la recolección de las frutas esparce suaves perfumes en el aire.

Y trotaban, trotaban.

Etiolles y Soisy desfilaban de cada lado de la carretera con esas casualidades de paisajes que son la delicia del viaje. Una vez atravesado el puente de Corbeil, distante algunos kilómetros de la pequeña ciudad, entraron en plena vendimia.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Sobre los cerros que bajaban hacia el Sena, una nube de trabajadores se había desparramado, cortando y deshojando, con ese ruido de granizo que hacen los gusanos de seda en las hojas de las moreras. Jack y Cecilia cogieron cada uno una cesta de mimbre, y salieron sin dirección fija, al trabajo. ¡Oh, qué lindo sitio, qué rústico paisaje entrevisto entre las cepas! el Sena estrecho, girando, pintoresco, lleno de islitas siempre verdes, algo así como una miniatura del Rhin junto á Basilea; el ruido de una esclusa, no lejos de allí, con sus torrentes de agua, sus torbellinos de espuma, y sobre todo aquello, el sol que subía en una niebla dorada al lado de una delgada media luna blanca, amenazando ya en aquel hermoso día, con noches más largas y lumbres encendidas á media tarde.

En efecto, aquel hermoso día fué muy corto, ó por lo menos así le pareció á Jack. No se apartó un minuto de Cecilia; tuvo constantemente ante la vista su sombrero de paja de alas estrechas, su falda de percal rameado, y su cestita, que llenaba él con los más hermosos racimos, cuidadosamente recogidos, cubiertos de ese fino polvillo, cual el de la mariposa, que da á la uva la transparencia del cristal sin pulimentar. Miraban juntos aquella flor del fruto, y cuando alzaba Jack la vista, admiraba sobre las mejillas de su amiga, en sus sienes, en las comisuras de sus labios, una pelusilla igual, un polvillo tan delicado, una ilusión de todas las facciones, lo que el alba, la juventud, la soledad, dejan en los racimos sujetos al árbol y en los corazones que no han amado aún. Los cabellos de la joven, alzados por el aire, añadían ligereza á aquella apariencia vaporosa. Nunca había visto él fisonomía tan primaveral. El ejercicio, la excitación de su agradable trabajo, la alegría comunicada en toda la viña por los llamamientos, los cánticos, las risas de

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

los vendimiadores, habían transformado la tranquila ama de casa del Sr. Rivals; tornábase la niña que era, corría sobre las pendientes, llevaba su cesto sobre la espalda, con el brazo alto, atenta su cara, tan pura, en el equilibrio de la carga, con ese andar cadencioso que recordaba Jack haber notado en las mujeres bretonas que transportan el agua sobre su cabeza en grandes cántaros, y queriendo conciliar la ligereza de su paso con la carga que sostienen.

Llegó, sin embargo, un momento en que el cansancio hizo sentar á los dos jóvenes al borde de un bosquecillo lleno de brezos rosados, crujiendo de hojas secas...

¿Y entonces?

Pues no; no se dijeron nada. No era su amor de esos que se dicen y formulan tan pronto. Dejaron la noche caer misteriosamente sobre el más hermoso ensueño que en su vida habían tenido; ensueño embriagador, rápido, perfumado de naturaleza, y al que un crepúsculo de otoño vino á dar de repente un encanto de intimidad, encendiendo de trecho en trecho en el horizonte ventanas ó umbrales invisibles que hacían pensar en regresos á casas llenas de seres amados. Como refrescaba el viento, quiso absolutamente Cecilia abrigar el cuello de Jack con una toquilla de lana que había llevado por precaución. La suavidad del tejido, el calorcito que daba, su buen olor de prenda cuidada... fué aquello como una caricia que hizo palidecer al enamorado.

—¿Qué tiene usted, Jack?... ¿Sufre usted?

—¡Oh, no, Cecilia! ¡Nunca me he sentido tan bien!...

Habíale ella cogido la mano; pero cuando quiso retirar la suya, retúvola él á su vez, y permanecieron allí un momento silenciosos, con los dedos entrelazados.

Y aquello fué todo.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Cuando bajaron á la granja, acababa de llegar el doctor. Oíase abajo en el patio su cariñosa y franca voz, y el ruido del coche que estaban desenganchando. El fresquecillo de las tardes de otoño tiene una poesía que saborearon Cecilia y Jack al entrar en la sala baja, en la que ardía la lumbre de la cena. El rústico mantel, los platos con flores pintadas, el olorcillo refrigerante de una comida de labriegos, todo contribuía á la rusticidad de la fiesta, terminada, al llegar el postre, por un desmoronamiento de uvas sobre la mesa, por las idas y venidas de la sala á la bodega, y *una probadura general de los vinos antiguos y* nuevos. Jack, completamente ocupado de Cecilia, que le tocó por vecina, demostraba profundo desdén hacia las polvorientas botellas que llegaban de la bodega. El doctor, por el contrario, apreciaba en mucho esa buena costumbre de las comidas de vendimias; y tanto la apreciaba, que su nieta se levantó sin ruido, mandó enganchar, se envolvió en su abrigo, y el bueno del Sr. Rivals, viéndola ya dispuesta, dejó la mesa, subió al coche y cogió las riendas de su caballo, dejando su vaso medio lleno sobre la mesa, en medio del escándalo que por esto armaron los convidados.

Volviéronse á casa los tres, como antiguamente, por la soledad de la campiña, sólo que algo más estrechos en el cabriolé, pues él no había crecido y hacía ahora en los caminos cierto ruido de muelles gastados hasta los tornillos. Pero ningún encanto quitóle aquel ruido á aquel paseo que las estrellas, tan numerosas en otoño, seguían desde arriba como una lluvia de oro suspendida en el aire vivo. Seguían paredes de parques, por las que sobresalían ramas; parques terminados generalmente por algún pabelloncito misterioso, con las persianas cerradas, cual si hubiese encerrado el pasado en su sombra; del

otro lado ofrecíase el Sena, en donde sólo había las casas de los escluseros, y en el que se deslizaban, confiados á la corriente, largos trenes de madera, cuyos fuegos encendidos delante y detrás ardían silenciosamente reflejados por el agua.

—¿No tienes frío, Jack?... decía el doctor.

¡Cómo había él de tener frío!

El gran chal de Cecilia le rozaba, y tenía además tanto sol en sus recuerdos!...

¡Ay! ¿Por qué ha de salir el sol después de días tan maravillosos? ¿Por qué nos ha de coger la muerte en medio del ensueño? Jack sabía ahora que amaba á Cecilia; pero también sentía que su amor le destinaba á todos los sufrimientos. Estaba demasiado alta para él; y aunque mucho había cambiado viviendo á su lado, aunque habíase despojado algo de su ruda corteza, sentíase indigno de la bonita hada que le había transformado. Sólo el pensar que sin duda había la joven adivinado su pasión, le ponía tímido junto á ella. Pero ya volvía la salud, y principiaba á sentirse avergonzado por sus largas horas de inacción en la "farmacia.„ ¡Era Cecilia tan valiente, tan trabajadora!... ¿Qué pensaría de él si continuara allí? Nada, nada; era preciso, indispensable, marcharse.

Una mañana entró en el cuarto del Sr. Rivals para darle las gracias y comunicarle su resolución:

—Tienes razón, le dijo el buen hombre; ya estás fuerte, tienes buena salud; hay que trabajar. Con la cartilla que tienes, pronto hallarás trabajo.

Hubo un momento de silencio. Sentíase Jack muy conmovido, y también algo molesto por la singular atención con que le miraba el Sr. Rivals.

—¿No tienes nada que decirme?... le preguntó de repente el doctor.

Jack, muy encarnado, muy azarado, contestó:

—Pues no, Sr. Rivals.

—¡Ah! Me parecía, sin embargo, que cuando estaba uno enamorado de una buena y honrada niña que tiene por único pariente á un viejo pobre hombre de abuelo, á éste es á quien había que pedírsela.

Jack, sin contestar, ocultó su rostro entre sus manos.

—¿Por qué lloras, Jack? Ya ves que no andan tan mal tus asuntos, puesto que yo he sido el primero en hablarte de tus amores.

—¡Oh, Sr. Rivals! ¿es posible? ¡Un miserable obrero como yo!...

—Trabaja para dejar de serlo... Puede uno salir de ahí. Yo te diré cómo, si quieres.

—Sí, pero eso no es todo, eso no es todo. Usted no sabe lo más terrible. Yo soy... yo soy...

—Sí, ya lo sé; eres bastardo, dijo el doctor muy tranquilo. ¡Pues ella también! .. Bastarda..., y algo más triste todavía... Acércate, hijo mío, y escucha.

Sentada junto á mí, me cuenta en voz baja su horrible historia.

III

LA DESGRACIA DE LOS RIVALS

Estaban en el gabinete del doctor. Por la ventana descubríase un hermoso paisaje de otoño, carreteras de aldea bordeadas de árboles deshojados, y más lejos, viejo y cerrado desde hacía quince años, el antiguo cementerio del país, con sus madreselvas perdidas entre las hierbas, sus cruces inclinadas por esos movimientos de la tierra de sepultura, más atormentada y más activa que la otra.

—¿No has entrado nunca allí? dijo el Sr. Rivals, enseñándole á Jack, desde lejos, el cementerio.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Pues hubieras visto en medio de las zarzas una gran piedra blanca, sobre la que sólo hay escrito una palabra: *Magdalena*. Es mi hija, es la madre de Cecilia, la que está enterrada ahí. Ha querido que la pusieran aparte y que sólo se escribiese su nombre sobre su tumba, pretextando que no era digna de llevar el nombre de su padre y de su madre... ¡Querida hija! ¡Ella, tan honrada, tan valiente!... Y nada pudo hacerle renunciar á su decisión. ¡Ya te figuras qué dolor para nosotros el de decirnos que, después de haberla perdido tan joven, á los veinte años, teníamos que dejarla dormir solitaria! Pero preciso es que se cumpla la voluntad de los muertos. Esa es la razón de por qué sobreviven y cuentan entre nosotros; y he aquí por qué está sola nuestra hija, según su deseo. No hizo nada, sin embargo, para merecer ese destierro en la muerte; y si alguien hubiese de ser castigado, más bien debía de ser yo, viejo loco, causa, por mi descuido, de la desgracia que nos aflige.

Un día, hace de esto dieciocho años, y justamente en este mes de Noviembre en que estamos, vinieron á buscarme para un accidente acaecido en una de esas grandes cazas que han lugar tres ó cuatro veces al año, en el bosque de Senart. Durante el tumulto del ojeo, uno de los cazadores recibió en la pierna toda la descarga de una Lefaucheux. Hallé al herido en la cama de matrimonio de los Archambauld; era un buen mozo de unos treinta años, robusto y rubio, con la cabeza fuerte, poblado entrecejo, y ojos muy claros; esos ojos de los países del Norte que parecen animarse con la blancura de los hielos. Sufrió admirablemente la extracción que tuve que hacerle de todos los perdigones, plomo por plomo, y una vez terminada la operación, dióme las gracias en un francés muy correcto, con acento extranjero, musical y dulce. Como no podía ser

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

transportado sin peligro, continué yendo á cuidarle en casa del guarda. Supe que era ruso y de una gran familia; "el conde Nadine,„ nombre que le daban sus compañeros de caza.

Aunque era peligrosa la herida, hallóse pronto Nadine fuera de peligro, merced á su juventud y á su vigor, merced también á los cuidados de la buena de Archambauld; pero no podía andar mucho, y como se me figuraba que sufriría por su aislamiento, siendo muy duro para un joven acostumbrado al lujo y á la gran vida, esa convalecencia en invierno, en medio del bosque, con ramas secas y hojas por todo horizonte, y como compañía la pipa silenciosa de Archambauld, vine con frecuencia á buscarle en mi coche, al volver de mis visitas.

Comía con nosotros. Y es más, cuando el tiempo estaba demasiado malo, dormía en casa.

Tengo que confesarlo: yo adoraba á aquel bandido. Ignoro de dónde sacaba lo que sabía, pero estaba enterado de todo. Había navegado, servido, dado la vuelta al mundo; conocía la guerra y la marina. A mi mujer, dábale recetas farmacéuticas de su país; á mi hija le enseñaba canciones de la Ukrania.

Estábamos positivamente dominados por él, yo sobre todo, y cuando por la noche volvía, azotado por el viento y la lluvia, traqueteado en un cochecillo, pensaba con alegría que iba á hallarle junto á mi chimenea, asociándole en mi espíritu al grupo delicioso que me esperaba, en medio de la noche negra, al final de mi camino. Algo se resistía mi mujer al entusiasmo general; pero como era una costumbre de su carácter, la desconfianza que adoptaba ella para servir de contrapeso á mi credulidad, no me preocupaba.

Pero ya principiaba á estar del todo bueno nuestro enfermo; muy bien hubiera podido acabar de pasar el invierno en París, pero no se iba.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

El país éste parecía convenirle, retenerle. ¿Por qué lazos? No pensaba en preguntárselo.

Pero un día me dijo mi mujer:

—¡Escucha, Rivals! Tiene que explicarse el señor Nadine, ó no venir á casa con tanta frecuencia; principian á hablar de Magdalena.

—¡Magdalena!... ¡Qué cosas tienes!

Tenía yo la cándida convicción de que por mí se quedaba el Conde en Etiolles, por la partida de ajedrez que jugábamos todas las noches, por nuestras largas charlas marítimas mientras apurábamos *grogs*. ¡Imbécil! Hubiérame bastado mirar á mi hija en cuanto él entraba, verla cambiar de color, aplicarse á su bordado, permanecer muda mientras él estaba allí, asomarse á la ventana para acechar su llegada. Pero no hay peores ojos que los que no quieren ver, y yo quería continuar estando ciego Sin embargo, preciso fué rendirse á la evidencia, pues confesóle Magdalena á su madre que se amaban.

Fuí inmediatamente á ver al Conde, bien resuelto á obligarle á explicarse.

Explicóse, en efecto, y con mucha soltura y una franqueza que me conmovió. Quería á mi hija y me la pedía, sin ocultarme todos los obstáculos que su familia, indigestada de nobleza, había de oponer á nuestros proyectos. Añadía que estaba en edad de pasar sin consentimiento, y que, además, su fortuna personal, unida á lo que le diera yo á Magdalena, bastaría anchamente para los gastos de una casa.

Una gran desproporción de fortuna me habría asustado, y lo que me decía de la medianía de sus recursos, me sedujo en seguida. Y luego ese aire de señor bonachón, esa facilidad de arreglar los negocios, diciéndolo todo, firmándolo todo con los ojos cerrados... En una palabra: estaba instalado en casa como futuro yerno nuestro, y aún nos preguntábamos por qué puerta había en-

trado. No se me ocultaba que había en todo eso algo de impremeditado, de irregular; pero me aturdía la felicidad de mi hija, y cuando su madre me decía: "Hay que tomar informes, no podemos dar así á nuestra hija al primero que se presenta,„ burlábame yo de ella y de sus perpetuos temores. ¡Estaba yo tan seguro de mi hombre! Un día, sin embargo, le hablé de él al señor de Viéville, uno de los principales accionistas de aquel término de caza.

—La verdad, querido Rivals, me dijo, yo no conozco al conde de Nadine. Me ha parecido un buen muchacho. Sé que lleva el nombre de una gran familia, que está muy bien educado. Sobra esto para correr juntos unas cuantas liebres. Ahora, claro está, que si fuera á darle la mano de mi hija, ahondaría algo más en los informes. Yo, en el lugar de usted, me dirigiría á la embajada rusa. Allí deben tener todos los antecedentes que usted desee.

Sin duda creerás tú, mi buen Jack, que después de eso me apresuré á ir á la embajada. ¡Pues no! Siempre fuí demasiado descuidado. En la vida, nunca he hecho lo que quería hacer, por falta de tiempo. No sé si lo desperdicio; pero mi existencia, cualquiera que sea la edad en que muera, habrá carecido de la mitad del tiempo que necesitaba para hacer cuanto hubiera deseado. Atormentado por mi mujer sobre aquellos desdichados informes, acabé por mentir: "Sí, sí, ya fuí... Excelentes informes... Inmejorables, esos condes de Nadine.„

Desde entonces he recordado varias veces el aspecto singular de aquel pillo, cada vez que suponía que me iba yo á París, ó que de allí volvía; pero entonces no veía yo nada; estaba de lleno en aquellos hermosos proyectos de porvenir que llenaban los días felices de los dos jovenes. Pasarían con nosotros tres meses del año, y el res-

to del tiempo lo vivirían en San Petersburgo, en donde le ofrecían á Nadine un gran empleo en la administración. Hasta mi pobre mujer acababa por entregarse á la alegría y á la confianza de todos.

Pasó el final del invierno en continuas correspondencias. Los papeles del Conde tardaban mucho en venir, los parientes rehusaban todo consentimiento, y durante aquel tiempo, estrechábanse cada vez más los lazos, y tanto crecía la intimidad, que me decía yo con inquietud: "¡Y si no fueran á llegar los papeles!...„ Por fin los recibimos: un paquete de jeroglíficos imposibles de descifrar; fés de nacimiento, de bautismo, de licencia absoluta.

Lo que nos divirtió fué una página cubierta de títulos, nombres y apellidos del futuro: Ivanovitch, Nicolavitch, Stephanovitch, toda una genealogía que alargaba el apellido de familia á cada generación.

—¿Pero, tiene usted tantos nombres? decíale mi hija riéndose, ella que no se llamaba más que Magdalena Rivals. ¡Ah! ¡Muchos más tenía el pillo aquél!

Tratóse primero de celebrar el matrimonio en París, con gran pompa, en Santo Tomás de Aquino; pero reflexionó Nadine que no era conveniente irritar hasta tal punto la autoridad paterna, y la ceremonia tuvo sencillamente lugar en Etiolles, en esa humilde iglesia que ya conoces y que conserva en sus libros de actas la prueba de una irreparable mentira. ¡Qué hermoso día! ¡Qué contento estaba yo! Mira, hay que ser padre para comprender ciertas cosas. Mi orgullo al entrar en esa iglesia con mi hija, sintiéndola temblorosa á mi brazo, y la alegría de decirse: "Mi hija es feliz, y á mí me lo debe.„ ¡Oh! El golpe de alabarda bajo el pórtico, no se me borrará nunca del corazón. Luego, después de la misa, almuerzo en

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

casa y salida de los niños en diligencia para su hermoso viaje de bodas. Aún los veo á ambos, estrechados uno contra otro en el fondo de aquel coche, arrastrados por la doble alegría del viaje y su felicidad, y envueltos á poco en una nube de polvo en la que se oían cascabeles y chasquidos de látigo.

En esos casos, los que se van son muy felices, pero los que se quedan, se quedan muy tristes. Cuando por la noche nos sentamos á la mesa, la madre y yo, aquel sitio vacío entre nosotros, nos dió á conocer cuán solos nos quedábamos. Y luego, sucedió aquello con demasiada rapidez, sin darnos tiempo para prepararnos á la separación. Nos mirábamos estupefactos. Yo, siquiera, tenía mis tareas, las visitas, los enfermos; pero la pobre madre veíase reducida á revolver su sentimiento en todos los rincones de la casa que le recordaban la ausente. Ese es el sino de las mujeres. Todos sus pesares, todas sus alegrías, nacen en el hogar; allí se concentran, se incrustan, de tal suerte, que los hallan en el armario cuya ropa están colocando ó en el bordado que rematan.

Por fortuna, las cartas que recibíamos de Pisa, de Florencia, rebosaban amor y salud. Y también nos ocupábamos de los niños. Yo les estaba construyendo una casa junto á la nuestra. Escogíamos colgaduras, muebles, papeles.

Y cada día hablábamos de ellos. "Están aquí... están allí... se alejan... se aproximan.„ Por fin, esperábamos esas últimas cartas que los viajeros echan en el buzón con ánimo de adelantarse á ellas.

Una noche que había yo vuelto muy tarde de mis visitas y que comía sólo, aquí, pues ya estaba acostada mi mujer, oigo un paso precipitado en el jardín, en la escalera. La puerta se abre. Es mi hija. No aquella hermosa joven que se había ido un mes antes, sino una pobrecita, adelga-

zada, pálida, cambiada, cubierta de un mal vestidillo, un saco de viaje en la mano, aspecto miserable, asustado y enloquecido.

—Soy yo... Aquí estoy.

—¡Dios mío! ¿Qué te sucede? ¿Y Nadine?

Ella no contesta; cierra los ojos y se pone á temblar, á temblar. ¡Figúrate cual sería mi angustia!

—¡Por favor, háblame, hija mía!... ¿Dónde está tu marido?

—No lo tengo... no lo tengo... nunca lo tuve.

Y de repente, sentada junto á mí, ahí donde tú estás, me cuenta su terrible historia.

No era Conde, no se llamaba Nadine. Era un judío de orígen ruso, llamado Roesch, miserable aventurero, caballero de industria, uno de esos hombres que han probado todos los oficios, por falta de paciencia para seguir uno. Estaba casado en Riga, casado en San Petersburgo. Todos sus papeles eran falsos, fabricados por él. Sus recursos debíalos á su destreza en imitar los billetes del Banco ruso. En Turín le echaron mano, cumpliendo una orden de extradición. ¿Te figuras tú, mi pobre niña sola en aquella ciudad desconocida, violentamente separada de su marido, y enterándose de que era bígamo y falsario? Pues el miserable confesaba sus delitos. No se le ocurrió más que una cosa: refugiarse aquí á nuestro lado. Tenía tan mareada la cabeza, según ella misma nos lo contó más tarde, que en la estación no sabía decir más palabras que éstas, el empleado que le preguntaba adonde quería ir: "Pues allá, á casa de mamá...„ Huyó, dejando en la fonda sus vestidos, sus alhajas, cuanto le había dado aquel infame, é hizo el viaje de un tirón.

Por fin, ya estaba aquí, resguardada, en el nido, y lloraba por vez primera desde la catástrofe. Yo le decía:

—Cállate... cállate... vas á despertar á tu ma-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

dre. Pero yo lloraba aún más fuerte que ella. Al día siguiente, todo lo supo mi mujer. No me hizo el más pequeño reproche. "Bien sabía yo, me dijo, que ese matrimonio nos había de traer alguna desgracia.„ Tuvo ella presentimientos desde el primer día en que entró en nuestra casa aquel hombre.

¡Ah! Se habla mucho de nuestro diagnóstico de médicos; pero ¿qué es esto comparado con esos avisos, esas confidencias que el destino cuchichea al oído de ciertas mujeres?

Pronto se supo en el pueblo la llegada de mi hija.

—¿Y qué, Sr. Rivals, ya llegaron nuestros viajeros, eh?

Me pedían noticias, detalles, pero de sobra veían, por mi aspecto, que yo no era feliz. Notaban que el Conde estaba ausente, que Magdalena y su madre nunca salían, y pronto me sentí rodeado de una simpatía compasiva que me molestaba más que todo lo restante.

Sin embargo, aún no conocía del todo mi desgracia. Mi hija no me había confiado su secreto: un niño iba á nacer de aquella unión mentirosa, ilegítima, deshonrosa... ¡Cuán triste era entonces nuestra casa!... Entre mi mujer y yo, desesperados y mudos, cosía Magdalena su ropita de recién nacido, adornando con cintas y encajes esos objetitos que son la alegría y el orgullo de las madres, y que no podía ella mirar sin vergüenza, por lo menos así lo creía yo: cualquiera alusión al miserable que la había engañado, le hacía palidecer y estremecerse, y el pensar que había pertenecido á "aquello,„ parecía molestarla como una mancha. Pero mi mujer, que veía más claro que yo, me decía á veces: "Te equivocas... estoy segura de que le quiere todavía.„ Sí, ella le quería, y por grandes que fuesen su desprecio y su odio, el amor dominaba aún en su co-

razón. Lo que la mató fué seguramente el remordimiento de continuar queriendo á un ser indigno; pues murió pronto, algunos días después de habernos dado á nuestra Cecilita. No parecía sino que no esperaba otra cosa para marcharse. Hallamos bajo su almohada una carta doblada, gastada en los dobleces, la única que le escribió Nadine antes de casarse, y cuyos renglones estaban borrados, calados de lágrimas. Debió leerla muchas veces, pero tenía demasiado orgullo para confesarlo, y murió sin siquiera pronunciar una sola vez aquel nombre que siempre tenía ella en los labios.

¿Te extraña, verdad, hijo mío, que en una casita tranquila, en una aldea, haya podido ocurrir uno de esos dramas negros y complicados que solo parecen posibles en la confusión de las grandes ciudades como Londres ó París? Cuando el destino hiere así, por casualidad, un rinconcito tan bien oculto entre setos y plantas, me hace pensar en esas balas perdidas que matan, durante la batalla, á un labrador en el campo ó á un niño que vuelve de la escuela. Es la misma ciega atrocidad.

Creo que si no nos hubiese quedado nuestra Cecilita, mi mujer habría muerto con su hija. Su vida, desde aquel día, no fué más que un largo silencio, preñado de sentimientos y de reproches. Además, tú la viste. Pero era preciso educar esta niña, educarla en casa, dejándole ignorar la desgracia de su nacimiento. ¡Terrible tarea la que nos impusimos! Hay que decir que estábamos libres para siempre del padre, muerto algunos meses después de su condena. Mas por desgracia, dos ó tres personas sabían la historia en el país. Tratábase de preservar á Cecilia de una indiscreción, y sobre todo de una de esas cándidas crueldades tan frecuentes en los niños, que dicen ellos con la boca sonriente y la mirada cla-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ra, inocentes delatores de cuanto oyen. Ya sabes cuán solitaria estaba la niña antes de conocerte. Merced á esa precaución, ignora todavía en qué terrible tempestad ha nacido. Lo único que le han dicho es que era huérfana, y para explicarle ese apellido de Rivals que lleva, que su madre se había casado en la familia.

Pero, mira, ¿no es una prueba de que hay mucha gente buena en este mundo, ese acuerdo tácito de todo un pueblo, generalmente tan charlatan y tan criticón? De cuantos conocían nuestra desgracia, ni uno solo ha hecho delante de Cecilia la menor alusión desagradable, ni siquiera pronunciado un nombre que hubiese podido darle sospechas sobre el drama que se ha desarrollado en torno de su cuna. Pero no por eso se tranquilizaba la pobre abuela; temía, sobre todo, las preguntas de la niña, y yo las temía tanto como ella; pero tenía preocupaciones más crueles y profundas. ¡Son tan terribles esos misterios de la herencia!

¡Quién sabe si la hija de mi hija no habrá traído con ella, al nacer, algún espantoso instinto, esa sucesión del vicio que, á falta de otra fortuna, legan á veces á sus hijos esos miserables. Sí; bien puedo decirte á ti eso, Jack; á ti, que conoces ese milagro de gracia y de pureza; temía á cada momento el ver aparecer al padre en esas facciones divinas, y hallar en esa cándida voz la herencia paterna, pervertida aún por todos los recursos que la coquetería suministra á la mujer. Mas ¡qué alegría también, qué orgullo el ver perfeccionarse en la niña una imagen exquisita, afinada, de su madre, algo así como uno de esos retratos que se hacen de memoria, añadiéndoles la gracia, la intensidad de un sentimiento! Ya conocía yo esa sonrisa cariñosa y burlona, esos ojos tiernos, pero altivos, más altivos aún que los de Magdalena; esa boca amable y severa que sabría

muy bien decir "no;„ y todas las virtudes de la abuela, su valor, su firme voluntad.

El porvenir, sobre todo, me asustaba. No se casará, decía la abuela... ¿Era esto posible? ¿Y cuando faltáramos nosotros? ¡Qué tristeza y qué peligro, con semejante hermosura, el quedarse en la vida sin protector! Y, sin embargo, ¿cómo arreglarnos? No podíamos asociar á un caso excepcional, sino otro caso excepcional también. ¿Dónde hallarlo? No era ciertamente en un pueblo, en donde cada familia ostenta sus virtudes al aire libre, cual ropa tendida, en donde todos se conocen, se juzgan, se acechan... En París no conocíamos á nadie; y además, París es un abismo... Entonces fué cuando vino tu madre á instalarse aquí. La creían casada con D'Argenton; pero cuando principié á verles, la mujer de Archambauld me avisó muy secretamente de lo que pasaba. Aquello fué para mí una revelación. Yo dije al verte: "Este es el marido de Cecilia.„ Desde aquel momento te consideré como nieto mío, y principié á educarte, á ilustrarte.

¡Oh! cuando despues de la lección os veía en un rincón de la farmacía, tan felices, tan unidos; tú, más fuerte y más alto que ella; y ella más razonable ya que tú, sentía una emoción, una tierna piedad ante la amistad naciente que os atraía uno hacia otro. Y cuanto más te abría Cecilia su almita cándida, cuanto más se desarrollaba tu inteligencia, yendo, ávida de saber, á las hermosas y grandes cosas, más orgulloso y satisfecho estaba yo de mi idea. Todo lo tenía arreglado en mi magín. Ya os veía á los veinte años, venir diciéndome:

—Abuelo, nos amamos.

Y yo contestaba:

—¡Pues ya lo creo que tenéis que amaros; y amaros de veras, pobres réprobos que sois... pues en la vida cada uno de vosotros será todo para el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

compañero. Y hé ahí por qué me has visto tan enfurecido cuando ese individuo quiso convertirte en obrero. Parecíame que me quitaban á mi hijo, al marido de mi Cecilita.

Desmoronábase todo mi plan maravilloso, cayendo desde la altura de que á ti te arrojaban. ¡Cómo los he maldecido á esos locos con sus teorías humanitarias! Sin embargo, conservaba aún una esperanza.

Yo me decía: "Las rudas pruebas de los comienzos, dan con frecuencia mejor temple á los hombres. Si Jack se sobrepone á su tristeza, si lee mucho, si conserva su cabeza en el ideal mientras se agitan sus brazos,quedará digno de la mujer que le destino." Las cartas que de ti recibíamos, tan tiernas, tan elevadas, mantenían en mí aquellos pensamientos. Las leíamos juntos, Cecilia y yo, y se hablaba de ti todos los días.

De repente, la noticia de ese robo. ¡Ay, amigo mío! Aquello me espantó. ¡Qué rabia le tenía á la debilidad de tu madre, á la tiranía de ese monstruo, quienes te habían perdido arrojándote en mal camino! Sin embargo, respeté la simpatía, la ternura que para ti había en el corazón de mi niña. No me atreví á desengañarla, esperando en ella edad más avanzada y más sólida razón para que sufriese mejor su primera decepción... Además, sabía yo muy bien, por el ejemplo de su madre, que hay terrenos tan activos, que cuanto en ellos se echa, toma raíz y toma fuerza con las resistencias.

Notaba yo que habías arraigado en ese corazoncito, y contaba con el tiempo, con el olvido para arrancarte de cuajo. ¡Pues no! nada sirve.

Bien lo he notado el día en que, después de haberte encontrado en casa del guarda, anunciéle á Cecilia tu visita para el día siguiente ¡Si hubieses visto cómo brillaban sus ojos, y cómo trabajó durante todo el día! En ella, es esto signo infali-

ble: las grandes emociones se traducen por mayor actividad, como si su corazón, latiendo con demasiada rapidez, necesitase ponerse al tanto del movimiento de su aguja ó de su pluma.

¡Y ahora, escúchame, Jack! Tú quieres á mi nieta, ¿verdad? Pues se trata de ganarla, de conquistarla, saliendo de la condición á la que te ha hecho descender la ceguedad de tu madre. Te he visto de cerca durante estos dos meses, y tanto la parte moral como la parte física marchan bien. He aquí, pues, lo que tienes que hacer: trabaja para ser médico: me reemplazarás en Etioles. He querido, primero, conservarte á mi lado, pero he calculado que necesitas cuatro años, trabajando mucho, para ser *oficial de sanidad* (1), lo cual es suficiente en nuestras aldeas; pero durante ese tiempo, tu presencia despertaría en el país la triste novela que acabo de contarte. Y además, es cruel para un hombre honrado el no ganar su vida.

En París dividirás la tuya en dos partes: obrero durante el día, y por la noche estudiarás, en tu cuarto, en la clínica, en todas esas conferencias que le dan á París ese sello especial de ciudad estudiosa y sabia. Todos los domingos te esperaremos. Yo revisaré tu trabajo de la semana, te guiaré, y el ver á Cecilita te dará fuerzas... No dudo que llegues, y pronto. Lo que vas á emprender, Velpeau y otros lo han hecho. ¿Quieres probar? Cecilia es la recompensa de ese esfuerzo.

Sentíase Jack tan conmovido, tan turbado; era tan tierno, tan extraordinario lo que acababa de oir, y tan hermosa era la perspectiva que le ofrecían, que no halló ni una palabra, y por toda contestación se echó en brazos de aquel excelente hombre.

(1) Título especial que se concede en Francia á los que acreditan ciertos estudios médicos.[71]

71. Esta es la única nota a pie de página que ha introducido Giner de los Ríos en su traducción.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Mas una duda, un temor, persistían aún en él. Quizás no sintiese Cecilia hacia él sino una amistad de hermana. Y luego, cuatro años, muy largo era eso. ¿Consentiría ella en esperarle hasta entonces?

—Eso, hijo mío, dijo alegremente el Sr. Rivals, eso es cosa puramente personal, y no puedo yo contestarte...; pero te autorizo á que tú mismo te informes. Está arriba. Acabo de oirla subir hace un rato. Anda á hablarle.

¡Hablarle! La verdad, muy difícil era eso. A ver si se puede decir una palabra cuando late el corazón hasta romperse y nos aprieta la garganta la emoción.

Cecilia estaba escribiendo en la "farmacia.„ Nunca le había parecido á Jack tan hermosa, tan imponente, ni siquiera el día en que la vió de nuevo, después de siete años de ausencia. Pero en él, ¡qué cambio desde aquel día! La belleza, reconquistada por los cuidados del doctor y la vida racional, ennoblecía sus facciones, quitando á sus gestos la timidez de su torpeza. Pero no por eso dejaba de estar muy humilde ante ella.

—Cecilia, le dijo, me voy á marchar.

Al oir esto, levantóse ella, muy pálida.

—Voy á emprender de nuevo mi dura existencia. Pero ahora mi vida tiene un fin. Su abuelo me ha permitido le diga á usted que la amo y que voy á trabajar para conquistarla.

Tanto temblaba y tan bajito hablaba, que otro que no hubiera sido Cecilia, no hubiera podido distinguir lo que decía.

Pero ella le entendía perfectamente; y mientras que por todos los rincones de la espaciosa sala agitábase en los rayos del sol poniente todo el pasado, escuchaba la joven aquella declaración de amor cual eco de todos sus pensamientos, de todos sus ensueños desde hacía diez años. Y era ella una niña tan singular, que en lugar de son-

rojarse y ocultar su rostro, como hacen en semejante caso las jóvenes de buena familia, permanecía en pie, con una hermosa sonrisa reflejada en sus ojos llenos de lágrimas. De sobra sabía ella que el amor lucharía con grandes pruebas, con largos años de espera, con todos los tormentos de la separación; pero hacíase fuerte para darle más valor á Jack. Y cuando hubo éste acabado de explicarle sus proyectos:

—Jack, contestó ella dándole su manecita fiel; le esperaré á usted cuatro años; le esperaré siempre, amigo mío.

—Puede usted contar conmigo, señora Weber.

IV

EL COMPAÑERO

—Oye tú, *Chirlo*,[72] ¿no sabrías acaso de algún puesto vacante en cualquier taller de construcción?... Este muchacho ha estado de fogonero en los paquebots, y quisiera encontrar trabajo.

Aquel á quien llamaban *el Chirlo,* gran mocetón de chaqueta y gorra, y surcada la cara de una larga cicatriz, ocasionada por un accidente del oficio, acercóse al mostrador, pues casi siempre en una taberna del suburbio es donde han tenido lugar esas escenas de enganche, y después de mirar de arriba á abajo al

72. "Balafre" es el apodo de este personaje en la novela original. La traducción de Giner nos resulta más expresiva que la de Pedro Gregorio Pérez ("acuchillado"), o la de la versión anónima publicada por Lassalle ("cicatriz").

compañero que le presentaban, y tocándole los brazos, dijo con tono doctoral:

—Algo endeble de brazos es; pero puesto que ha sido fogonero en un vapor...

—Tres años, dijo Jack.

—Pues, hijo, eso prueba que eres más fuerte de lo que parece... Vete á casa de los Eyssendeck, esa casa grande de la calle Oberkampf. Allí piden operarios. Dile al segundo que quien te envía es *el Chirlo*. Y ahora, si quieres ofrecernos una copa de la botella... (1)

Pagó Jack la copa, fuése á las señas que acababan de darle, y una hora más tarde, contratado en casa de Eyssendeck con seis francos diarios, seguía la calle del Arrabal del Temple, con la cabeza alta y mirada alegre, en busca de un cuarto no muy distante de la fábrica. Iba á ponerse el sol; estaba la calle muy animada, por ser lunes, día feriado ya en todos los barrios excéntricos, y sobre aquella larga vía inclinada había una circulación no interrumpida de gentes que bajaban hacia la ciudad ó que se alejaban aún más de ella. Las tabernas, abiertas, vomitaban parroquianos hasta las aceras. Bajo las anchas puertas cocheras, las carretas y otros vehículos desenganchados, con las varas en el aire, anunciaban el momento del descanso. ¡Qué tumulto, sobre todo, más allá del canal! ¡Qué hormigueo sobre aquel pavimento desigual, agrietado ya para las revoluciones de todos los carricoches que lo surcan sin cesar, siguiendo los riachuelos, cargados de víveres, de legumbres baratas, de pescado, todo un mercado ambulante en el que las obreras—infelices mujeres á las que aleja de su casa el trabajo diario — compran la cena de la familia esperando el momento de prepa-

(1) Hay la copa del litro y la copa de la botella. Ésta es mucho más distinguida.[73]

73. En actualidad hablaríamos más de una "caña" que de una "copa" (como traducción de "canon", la medida a la que se refiere Daudet, equivalente a 1/8 de litro). Ya en la edición de 1899 del DRAE se define la *caña*, en su octava acepción, como un "vaso cilíndrico alto y estrecho".
La nota a pie de página es del autor francés. El traductor español se limita a mantenerla en su texto. Giner los Ríos, como se ha visto en las páginas precedentes, traduce siempre las notas aclaratorias de Daudet, lo que no hacen los demás traductores. Pedro Gregorio Pérez, por ejemplo, suprime esta nota en su traducción.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

rarla! Y gritos de los mercados, gritos de París, alegres unos, subiendo en notas agudas, tan lentos los demás, tan monótonos, que parecen arrastrar en pos de ellos todo el peso de la mercancía anunciada.

Jack, en medio de aquella animación, seguía acechando, en la escasa claridad que quedaba, los letreros amarillos de los cuartos amueblados. Era feliz: estaba lleno de valor, de esperanza, impaciente por comenzar la doble vida de obrero y de estudiante que iba á emprender. Le empujaban, le atropellaban, y él nada notaba. No sentía el frío de aquella tarde de Diciembre, no oía las obrerillas decirse una á otra, al pasar junto á él: "¡Qué buen mozo!„ Sólo le parecía que el inmenso arrabal participaba de su alegría, de su confianza, y le animaba con ese continuo buen humor, que es el fondo del carácter parisiense. En aquel momento, la retreta, tocando en la calle, trajo en medio de la muchedumbre un grupo compacto, apenas distinto, pasos acompasados, un poco de armonía, una especie de *Angelus* con clarín, que seguían los muchachos silbando. Y todas las caras se alegraban al oir aquella nota viva en medio del cansancio.

—¡Qué agradable es vivir! ¡Cuánto voy á trabajar!... decíase Jack mientras iba andando.

De repente chocó contra una gran cesta, cuadrada como un órgano, llena de sombreros de fieltro y de gorras. Al verlo arrimado contra la pared, recordó Jack la fisonomía de Belisario. Ya se le parecía el cesto aquel; pero lo que completó el parecido es que el cesto descansaba á la puerta de un tenducho que olía á cuero y á pez y presentaba en su estrecho escaparate varias hileras de fuertes suelas, adornadas de clavos fuertes y relucientes.

Jack recordó el eterno sufrimiento de su amigo el vendedor ambulante, su ensueño no satis-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

fecho de calzado hecho á su medida; y mirando hacia la tienda, vió, en efecto, la silueta pesada y grotesca del vendedor de gorras, siempre tan feo, pero más limpio, mejor vestido. Sintió Jack verdadera alegría al verle, y después de haber llamado dos ó tres veces, entró sin que lo notara Belisario, absorto en la contemplación de un calzado que le estaba enseñando el tendero. No era para él; era para un niño de unos cuatro á cinco años, pálido, hinchado, cuya cabeza enorme se movía sobre unos hombros delgaduchos. Mientras le probaba el zapatero las botitas, hablábale el vendedor al niño con su cariñosa sonrisa:

—¿Se está bien ahí dentro, verdad, querido?... ¿Quién va á tener calorcito en sus piececitos?... Mi amiguito Weber.

No pareció sorprenderle la aparición de Jack.

—¡Hombre, está usted ahí! le dijo tan tranquilamente como si lo hubiera visto la víspera.

—¡Hola, Belisario! ¿Qué hace usted ahí? ¿Es de usted este niño?

—¡Oh, no! Es el nene de la señora Weber, dijo el vendedor ambulante con una sonrisa que significaba claramente: "De buena gana quisiera yo que fuese mío.„

Y añadió dirigiéndose al tendero:

—¿Se los ha hecho usted bien anchos, verdad? Que pueda alargar bien los dedos... ¡Qué desgraciado es el que tiene un calzado que le aprieta!

Y el pobre diablo miraba sus pies con una desesperación que de sobra daba á entender que si podía encargarle calzado á la medida al hijo de la señora Weber, no era él suficientemente rico para permitirse el mismo lujo.

Por fin, cuando le hubo preguntado veinte veces al niño si estaba á gusto, haciéndole dar patadas en el suelo, sacó Belisario penosamente de su chaqueta un largo bolsillo de lana encarnada, con sortijas de metal, y cogió algunas monedas

de plata, que puso en la mano del zapatero, con ese aire reflexivo, importante, que toman las gentes del pueblo cuando se trata de dar dinero.

Y ya una vez fuera:

—¿Por dónde va usted, compañero?... preguntóle á Jack con tono significativo, como si le quedara por decir: "Si usted va por aquí, yo me marcharé por allí.„

Jack, que notaba aquella frialdad, sin podérsela explicar, contestó:

—Pues, la verdad, no sé adónde voy... Estoy como jornalero en casa de Eyssendeck, y busco un cuarto que no esté demasiado lejos de mi taller.

—¡En casa de Eyssendeck!... dijo el vendedor ambulante, quien conocía todas las fábricas del Arrabal; no es fácil entrar ahí. Se necesita una buena cartilla.

Y miró fijamente á Jack, para el cual fué una revelación esa palabra de *cartilla*. Sucedíale con Belisario lo que le había sucedido con el Sr. Rivals. También aquél le creía culpable del robo de los seis mil francos: tan verdad es que esas acusaciones, aun cuando son reconocidas injustas, dejan manchas indelebles. Pero cuando supo Belisario lo que había ocurrido en Indret; cuando hubo visto la declaración del Director, su fisonomía cambió de repente, y su adorable mueca sonriente iluminó su faz terrosa, como en tiempos mejores:

—Mire usted, Jack, es muy tarde para buscar un cuarto. Va usted á venir á mi casa, pues ahora estoy por cuenta mía y tengo una gran habitación, en donde dormirá usted esta noche... Sí, hombre, sí... Es más; tengo algo muy bueno que proponerle. Pero hablaremos de eso comiendo... ¡Vamos andando!

Y ya van los tres: Jack, el vendedor ambulante, y el niño de la señora Weber, cuyos zapatos

nuevos sonaban en la acera, subiendo el Arrabal hacia Menilmontant, en donde vivía Belisario, en la calle de Panoyaux.

Durante el trayecto contábale á Jack que habiéndose quedado viuda su hermana de Nantes, había vuelto á París con ella; que ya no recorría la provincia, y que no había que quejarse mucho del comercio...; y de cuando en cuando, en medio de su historia, interrumpíase para lanzar su grito de *¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!* en aquel trayecto, en el que le conocían todas las fábricas. Pero tuvo que coger en sus brazos al niño de la señora Weber, que se quejaba.

—¡Pobrecito! decía Belisario; no tiene costumbre de andar. Nunca sale, y para llevármelo conmigo algunas veces acabo de mandarle hacer ese hermoso par de zapatos á la medida. La madre está fuera todo el día. Su oficio es llevar pan á las casas. ¡Un oficio muy duro, y una mujer muy buena y muy valiente!... Sale por la mañana á las cinco, distribuye pan hasta las doce, vuelve para comer algo, y echa á andar otra vez á su panadería hasta por la noche. Mientras tanto, queda el niño en casa. Una vecina lo vigila, y cuando nadie puede ocuparse de él, lo ponen delante de la mesa, atado á su silla, por causa de las cerillas. Ya hemos llegado.

Entraron en una de esas grandes casas obreras agujereadas de mil ventanas estrechas, surcadas por largos pasillos en los que los pobres ponen su cocina y su cuarto ropero, pues nada cabe en sus reducidas viviendas. Las puertas dan á esos pasillos y dejan ver cuartos llenos de humo y de chiquillos que gritan. En aquel momento comía la gente. Jack, al pasar, veía personas sentadas á la mesa, alumbrándoles una mala vela, y oía sobre las mesas el ruido de una grosera vajilla.

—¡Que aproveche, amigos! decía el vendedor ambulante.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¡Buenas noches, Belisario! contestaban bocas llenas, voces alegres, amigables. En ciertos sitios era la cosa más triste. Ni lumbre, ni luz; una mujer, niños acechando al padre, esperando que trajese aquella noche, lunes, lo que le quedaba de su paga del sábado.

El cuarto de Belisario estaba en el sexto piso, en el fondo del pasillo, y vió Jack todos esos miserables interiores obreros, estrechados como alvéolos de una colmena cuya cúspide hubiese habitado su amigo. Y, sin embargo, el pobre Belisario parecía estar muy orgulloso de su habitación.

—Va usted á ver, Jack, qué bien instalado estoy, cuánto sitio tengo... Sólo que espere usted... Antes de entrar en nuestra casa, preciso es que lleve al niño á casa de la señora Weber.

Buscó delante de la puerta contigua á la suya una llave bajo el ruedo, abrió como hombre al corriente de las costumbres de la casa, se fué derecho á la estufa, en donde cocía desde las doce la sopa de por la noche, y encendió luz; luego, después de atar al niño en lo alto de la silla, delante de la mesa, y darle dos tapaderas de cazuela para que se distrajera:

—Ahora, dijo, vámonos pronto. La señora Weber va á volver y tengo ganas de oir lo que dirá cuando vea las botas nuevas del chiquillo. ¡Verá usted qué broma!... Claro que la pobre no puede sospechar de dónde cae ese calzado. ¡Hay tanta gente en casa, y la quieren tanto!... Vamos á divertirnos.

Veíase ya, abriendo la puerta de su cuarto, una larga pieza abuhardillada, dividida en dos por una especie de alcoba con cristales. Un montón de gorras y de sombreros anunciaba la profesión del inquilino, y la desnudez de las paredes delataba su pobreza.

—Pero, Belisario, le preguntó Jack: ¿no vive usted ya con su familia?

—No, dijo el vendedor ambulante, algo molesto y rascándose la cabeza, según costumbre en semejante caso. Ya sabe usted que en las familias numerosas no siempre están todos de acuerdo. A la señora Weber le ha parecido que no era justo que yo trabajara por todos, sin ganar nunca nada para mí. Me ha aconsejado que viva aparte... Y, en efecto, desde entonces gano el doble; puedo sostener á mis padres, y economizo algo. A la señora Weber es á quien debo esto. ¡Es una mujer muy lista!

Mientras hablaba, preparaba Belisario su lámpara, arreglaba su mercancía y se ocupaba de la comida: una soberbia ensalada de patatas con arenques, que estaba sazonándose desde hacía tres días, lo cual le dió un sabor de primera. Sacó de un armario de madera blanca dos platos pintarrajados, un cubierto de estaño, otro de boj, pan, vino, un manojo de rábanos, y todo lo colocó sobre un aparador cojo, fabricado, como el armario, por un carpintero del Arrabal. Pero el vendedor ambulante estaba orgulloso de su mobiliario y de su cuarto, y decía: *el aparador, el armario,* de una manera absoluta, cual si hubiera poseído muebles de gran precio.

—Ahora podemos comer, dijo enseñando su cubierto con aire triunfal; un verdadero cubierto al que servía de mantel un periódico. "Claro está que esto no vale el famoso jamón que usted me ofreció allá en el campo. ¡Dios de Dios, qué jamón!... Nunca he comido nada semejante.„

También las patatas estaban verdaderamente buenas, y Jack les metió mano. Belisario, contentísimo al ver el apetito de su amigo, también atizaba de firme, pero sin dejar de cumplir sus obligaciones de amo de casa, levantándose á cada momento para vigilar el agua que cocía en la lumbre, ó para moler el café entre sus rodillas estevadas.

—Oiga usted, Belisario, observó Jack: ¿sabe usted que está usted instalado de primera?... ¡Esto es una casa completa!

—¡Oh! Hay ahí muchas cosas que no me pertenecen. La señora Weber es quien me las presta, mientras tanto.

—¿Mientras qué, Belisario?

—Pues mientras llega el día de la boda, dijo valientemente el vendedor ambulante, pero con dos placas rojas en las mejillas. Y viendo que Jack no se burlaba de él, continuó: "Este matrimonio es cosa convenida entre nosotros desde hace algún tiempo; y es una gran dicha que yo no esperaba el que consienta la señora Weber en volverse á casar. Había sido tan desgraciada con su primer marido, un bandido, que se emborrachaba y que le pegaba cuando estaba ebrio... ¡Diga usted si no es un pecado el levantar la mano sobre una mujer tan hermosa!... Luego la verá usted, cuando vuelva. ¡Y tan buena y tan valiente!... Le juro á usted que no seré yo quien le toque al pelo de la ropa; y que si quiere ella pegarme... pues me estaré quieto.„

—¿Y cuándo piensa usted casarse? preguntó Jack.

—¡Ahí está el demonio! Yo quisiera en seguida; pero la señora Weber, que es la misma razón, dice que al precio en que están los comestibles, no tenemos bastante dinero para poner casa solos, y quisiera que tuviésemos un compañero.

—¿Un compañero?

—Pues sí... Eso se hace con frecuencia en nuestros barrios cuando hay poco dinero. Se busca un compañero, soltero ó viudo, que va á medias con el gasto. Se le da cuarto, ropa blanca. ¡Ya ve usted qué economía para todo el mundo! Donde hay para dos, hay para tres. Lo difícil es hallar un buen compañero, serio, activo, que no traiga desorden á la casa.

—¿Y yo, Belisario, le parece á usted que puedo convenirle? ¿Me halla usted bastante serio?

—¿De veras, Jack? ¿Usted consentiría? Lo estoy pensando desde hace una hora; pero no me atrevía á hablarle á usted.

—¿Y por qué?

—Pues, mire usted... Está esto tan miserable... Vamos á tener una casita tan modesta... Quizás no fuera suficiente para un mecánico que va á ganar seis y siete francos diarios.

—No, no, Belisario. No será demasiado poca para mí su comida. Tengo que hacer grandes economías; tengo que ser razonable, pues también yo pienso casarme.

—¡Hombre!... Pues entonces no podemos arreglarnos... dijo consternado el vendedor.

Jack se echó á reir, y le explicó que su matrimonio no podía ser un hecho hasta dentro de cuatro años, y eso trabajando él mucho.

—Pues queda dicho. Usted será el compañero, y un compañero de primera. ¡Qué suerte la de habernos encontrado! Cuando pienso que si no se me hubiera ocurrido el comprarle calzado al chiquillo... ¡Chist! No haga usted ruido. Ya está ahí la señora Weber. Vamos á reirnos un rato.

Un terrible paso de hombre, vigoroso y apresurado, hacía temblar la escalera y el pasamanos. Sin duda lo oyó el niño, pues lanzó una especie de berrido, pegando sobre la mesa con las tapaderas de la cazuela.

—¡Aquí estoy, aquí estoy, hijo mío! ¡No llores, querido! gritaba la repartidora de pan, consolando á su hijo desde el fondo del pasillo.

—Escuche usted... dijo en voz baja Belisario Oíase una puerta que se abría, luego una exclamación, seguida de una carcajada joven y sonora. La cara de Belisario, durante ese tiempo, formaba mil arrugas, llenas de satisfacción.

Aquella ruidosa alegría que se oía en todo el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

piso, merced á la endeblez de los tabiques, acercóse á los dos amigos é hizo su entrada en la buhardilla bajo la figura de una mujer alta y vigorosa, de unos treinta á treinta y cinco años, envuelta en una de esas largas blusas azules con las que se preservan de la harina las repartidoras de pan. La de la señora Weber encerraba un talle robusto y elegante.

—¡Ah, malditón! dijo ella al entrar con su niño en brazos... ¡Usted es el autor de esto!... ¡Pero qué bien calzadito estás, hijo mío!

Y se reía, se reía con una lagrimilla en los ojos.

—Tiene *malicia*, ¿*verdad*?... *decía Belisario*, cayéndose de risa también él. ¿Cómo ha podido adivinar que he sido yo?

Una vez calmada aquella gran alegría, sentóse á la mesa la señora Weber y tomó café en una cosa que muy bien podía ser algún antiguo tarro de mostaza; luego le presentaron á Jack como futuro compañero. Hay que decir que primero acogió ella con reserva la idea; pero cuando hubo admirado en el postulante aquella suprema distinción; cuando supo que Jack y Belisario se conocían desde hacía diez años y que tenía ella enfrente al famoso héroe de la historia del jamón, historia que tantas veces le había contado, su cara perdió aquella expresión de desconfianza, y tendióle la mano á Jack.

—¡Vaya! Veo que no se ha equivocado Belisario... Usted que lo conoce, bien sabe usted qué animalote es. Ya me ha traído aquí media docena de compañeros que no valían la cuerda para ahorcarlos. A fuerza de ser bueno, es un inocente. ¡Si yo le contase á usted todo lo que le han hecho sufrir en su familia! Era la víctima, la bestia de carga; mantenía á todo el mundo y no recibía más que disgustos.

—¡Oh, señora Weber!... dijo el buen hombre, que no quería oir hablar mal de los suyos.

—¿Qué hay con la señora Weber? Tengo que explicarle al compañero por qué le he separado á usted de toda esa ralea, pues de lo contrario parecería haber obrado por interés, como tantas mujeres. Vamos á ver: ¿no es usted más feliz ahora que vive usted aparte, y que le aprovecha algo su trabajo?

Y continuó, dirigiéndose á Jack:

—Por más que hago, aún le explotan. Le mandan los más pequeñitos, pues son un regimiento de chiquillos rizaditos y ya con los dedos ganchudos, como ese viejo judío de papá Belisario. Vienen aquí cuando yo no estoy, y siempre hallan medio de llevarse algo. Le digo á usted todo eso, Jack, para que me ayude usted á defenderle contra los demás y contra él mismo, á ese malditón.

—Puede usted contar conmigo, señora Weber.

Entonces se ocuparon en instalar al compañero. Quedó convenido que, hasta el momento del matrimonio, viviría con Belisario y dormiría en la primera habitación, sobre una cama de tijera. Comerían juntos, y Jack pagaría cada sábado su parte correspondiente de comida y de inquilinato. Después de la boda ya verían de instalarse más anchamente y más cerca de Eyssendeck.

Mientras se discutían esas graves cuestiones, la señora Weber, con su niño dormido en los brazos, preparaba la cama del compañero, quitaba el cubierto, lavaba la vajilla; Belisario se ponía á coser sus sombreros, y Jack, sin perder un minuto, amontonaba en un rincón del cuarto los libros del doctor Rivals, como para tomar posesión de aquella casita de trabajadores y ponerse al nivel de las personas de bien que le rodeaban.

Algunos días antes, cuando aún estaba en Etiolles, le habrían causado mucha extrañeza si le hubieran dicho que había de recomenzar con ardor su vida de obrero, sin sentir humillación ni cansancio, y que volvería á su infierno con el co-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

razón alegre. Y fué, sin embargo, lo que sucedió. Sí: ciertamente había que atravesar un nuevo infierno; pero esperábale al final Cecilita, paciente y envuelta en su velo de desposada; Jack lo sabía, y esa perspectiva, esa recompensa de sus esfuerzos, le allanaba el camino.

Su nuevo taller de la calle Oberkampf le recordó Indret, pero más en pequeño. Aquí, como faltaba el sitio, habían superpuesto tres pisos de máquinas y de instrumentos. Colocaron á Jack en lo alto, bajo la claraboya, en un sitio en que llegaban todos los ruidos del taller, su humo, su polvareda. Cuando se apoyaba en el pasamano que rodeaba una especie de galería en donde él trabajaba, veía una terrible maquinaria humana siempre en movimiento; los forjadores delante de su fuego, los mecánicos con sus máquinas, y abajo, cubiertas de blusas que les daban el aspecto de aprendices, cierto número de obreras ocupadas en trabajos de detalle.

El calor era sofocante; tanto más, cuanto que no se sentía, como en Indret, el espacio y el viento de mar alrededor de los obradores recalentados, sino que, al contrario, estaba la inmensa casa aprisionada entre otras fábricas, dando á la calle, ventana por ventana, con otros oficios penosos. ¡Mas no importa! Ya estaba Jack bastante habituado á la fatiga para sufrirlo todo; sentíase por encima de las dificultades y de los sufrimientos de su condición, del mismo modo que en el taller dominaba á sus compañeros, cuyo esfuerzo llegaba á sus oídos en una sonoridad de catedral. Considerábase allí como de paso; hacía su trabajo concienzudamente, pero con el pensamiento siempre en otra parte.

Los demás compañeros lo notaban. Le veían viviendo lejos de ellos, indiferente á sus riñas y preocupaciones. Las conspiraciones contra el patrono y el segundo, las batallas al salir del tra-

bajo, los recién llegados pagando su bienvenida, las horas pasadas en las tabernas, la copita de por la tarde y las franca chelas, en nada de eso tomaba parte Jack, extraño á los disgustos y á los placeres de los demás. No oía los sordos quejidos, los bramidos de revuelta de aquel gran arrabal, perdido como un lugar de sufrimiento en medio de la ciudad suntuosa y haciendo relucir con sus harapos todo el lujo que lo rodea. No oía las teorías socialistas que la miseria inculca á esos desgraciados, demasiado desposeídos y viviendo cerca de los que poseen para no desear un desquiciamiento general que cambie de repente su mísera suerte. La historia y la política profesadas sobre el cinc del mostrador por *el Chirlo,* el gran Luis ó Francisco Botella, dejábanle igualmente frío; historia mezclada de entregas á perro chico, dramas ó novelas de Dumas, cuyos héroes todos salen del Ambigú. No diré que le quisieran sus compañeros; pero le respetaban. A las primeras chanzas demasiado fuertes había contestado con una mirada tan clara, una mirada de rubio, aguda y determinada, que hizo callar á los guasones; sabían además que había sido fogonero de vapor, y todo el mundo conoce de oídas las terribles batallas que riñen entre ellos los maquinistas con los hierros de atizar la lumbre. A los ojos de los hombres bastaba esto para hacerlo casi simpático, y á los ojos de las mujeres tenía otro prestigio: la luz que rodea á los que aman y son amados. Con su largo talle elegante, erguido ahora por el arranque que da la voluntad, y su porte esmerado, hacíales á las obreras, que todas habían leído *Los Misterios de París,* el efecto de un príncipe Rodolfo en busca de una Flor de María. Pero las pobres muchachas perdían las sonrisas ajadas que le dirigían cuando él atravesaba el trozo de taller en donde estaban ellas siempre charlando, presas

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

siempre de alguna emoción fuerte; pues como casi todas tenían un amante en la fábrica, aquellos líos traían celos, enemistades, disgustos continuos. A la hora del almuerzo, cuando tomaban sobre el borde de la mesa de labor su pobre comida, encendíanse las discusiones entre aquellas criaturas, que no renunciaban á ser mujeres, se peinaban para el taller como para un baile, y á despecho de la limadura de hierro y de las manchas del trabajo, conservaban en sus cabellos un lazo, un alfiler reluciente, un resto de coquetería.

Al salir del taller, Jack se iba siempre solo. Tenía afán por verse en su cuarto, dejando su blusa de obrero y cambiando de ocupación. Rodeado de sus libros, libritos de colegial en cuyas márgenes había dejado su infancia muchos recuerdos, principiaba su tarea nocturna, extrañándole cada vez la facilidad que iba adquiriendo; resucitando en él cada palabra clásica antiguas lecciones aprendidas. Sabía más de lo que creía. A veces, sin embargo, surgían dificultades inesperadas entre los renglones, y conmovía ver á aquel muchachote, cuyas manos se deformaban cada día en el rudo trabajo manual, enervarse con el manejo de la pluma, blandirla, y tirarla á veces con un movimiento de cólera impotente. A su lado cosía Belisario las viseras de sus gorras ó la paja de sus sombreros de verano, con un silencio religioso, la estupefacción de un salvaje asistiendo á hechizos de mago. Sudaba, por los esfuerzos que hacía Jack; sacaba la lengua, se impacientaba; y cuando había vencido el compañero alguna gran dificultad, él mismo movía la cabeza con aire vencedor. El ruido de la gruesa aguja del vendedor ambulante atravesando la espesa paja; la pluma del estudiante, crujiendo sobre el papel; sus gruesos diccionarios pesadamente removidos, llenaban la buhardilla de una atmósfera de trabajo tranquila y sana; y cuando

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

alzaba Jack los ojos, veía enfrente de él, detrás de los cristales, claridades de lámparas laboriosas, sombras ligeras prolongando activamente su velada, el revés de una noche de París, todo lo que irradia en el fondo de sus patios, mientras se iluminan sus boulevares.

Hacia la mitad de la velada, una vez dormido y acostado el niño, la señora Weber, para economizar carbón y aceite, venía á trabajar junto á sus amigos. Remendaba la ropita del chiquillo, la de Belisario y la del compañero.

Quedó convenido que el matrimonio sólo tendría lugar en la primavera, pues el invierno está para los pobres lleno de inquietudes y de gastos. Mientras tanto, los dos enamorados trabajaban con ánimo al lado uno de otro, lo cual es una manera de hacerse el amor. Era ya el interior de tres que proyectaban; pero parece ser que para Belisario faltaba aún algo, pues sentado junto á la repartidora de pan, tenía actitudes melancólicas, suspiros sordos y roncos, como los que han notado los naturalistas en las tortugas de Africa en la época del celo. De cuando en cuando trataba de coger la mano á la señora Weber, conservándola algún tiempo entre las suyas; pero decía ella que se retrasaba el trabajo, y se contentaban con tirar de sus agujas al compás, hablándose en voz baja, entre ellos, con ese silbido de las voces gruesas que quieren contenerse.

No se volvía Jack por miedo á molestarles, y mientras escribía, pensaba: "¡Qué felices son!„

El, sólo era feliz el domingo, el día de Etiolles.

Nunca dama se cuidó tanto como Jack desde por la mañana de aquel día, á la luz de la lámpara, desde las cinco de la mañana. La señora Weber le tenía preparada la ropa blanca, su traje de señor, bien colocado sobre el respaldo de una silla. ¡Y adelante con el limón y la piedra pómez para borrar las señales del trabajo! Quería que nada

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

en él recordase al mercenario que era durante la semana. ¡Entonces sí que lo habrían tomado por el príncipe Rodolfo las obreras de Eyssendeck, al verle marcharse hacia allá!

¡Día delicioso, sin horas, sin minutos, de una felicidad no interrumpida! Toda la casa le esperaba, le dispensaba grata acogida, con una buena lumbre encendida en la sala, flores en la chimenea, y la alegría del doctor y la emoción de Cecilia, á quien la presencia de su amigo ponía colorada cual si acabara de recibir un beso de él. Como en otro tiempo, cuando eran niños, daba su lección delante de ella, y la mirada inteligente de la joven le envalentonaba, le ayudaba á comprender.

El Sr. Rivals corregía el trabajo de la semana, lo explicaba, señalaba otro, y en eso era el profesor tan valiente como el discípulo, pues el viejo médico, á menos de visitas extraordinarias, se reservaba toda la tarde del domingo, y ahora se veía obligado á repasar los libros de su juventud para ponerse al alcance de un principiante. Una vez acabada la lección, cuando el tiempo lo permitía, iban á dar una vuelta por el bosque, despojado, enrojecido por las heladas, con las ramas movidas por el viento, saltando á cada momento algún conejo ó algún cervato.

Era el momento más agradable que experimentaban en todo el día.

El buen doctor, deteniendo adrede el paso, dejaba pasar delante de él á los jóvenes, agarrados del brazo, alegres y vivos, atormentados de confidencias que á veces estorbaba la cándida bondad del viejo. Él los hubiera puesto demasiado pronto á sus anchas, mientras que ellos tenían aún en esas horas minutos en que el amor se compone más de adivinaciones que de palabras. Y sin embargo, se contaban la semana, pero con largos silencios, que eran, como la música, el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

acompañamiento discreto y apasionado de esa ópera á dos voces.

Para entrar en aquella parte del bosque que se llama el gran Senart, pasaban delante del chalet de Aulnettes, adonde continuaba viniendo de cuando en cuando el doctor Hirsch para sus experimentos sobre los perfumes. No parecía sino que abrasaba allí todos los bálsamos del bosque y de la campiña; tan espeso era el humo que subía en el aire, agarrándose á las gargantas.

—¡Ah! ¡Ah!... ¡Ya llegó el envenenador! decía el Sr. Rivals á los niños... ¿Huelen ustedes su cocina del demonio?

Quiso Cecilia hacerle callar.

—Ten cuidado, abuelito; podría oirte.

—¡Que me oiga!... ¿Te crees tú que le tengo miedo?... ¡No hay cuidado de que se mueva! Desde el día en que quiso impedirme llegar hasta nuestro amigo Jack, bien sabe que el viejo Rivals tiene aún los puños fuertes.

Pero por más que decía, los jóvenes hablaban en voz más baja, andaban más de prisa al pasar delante de *Parva domus*. Adivinaban que no había allí nada bueno para ellos, y parecía como que veían la mirada venenosa que les lanzaban los anteojos del doctor Hirsch, emboscado detrás de sus persianas cerradas. En suma, ¿qué tenían que temer del espionaje de aquel fantoche? ¿No había acabado todo entre D'Argenton y el hijo de Carlota? Desde hacía tres meses no se veían, vivían separados por un constante pensamiento de odio que los alejaba más cada día.

Jack quería demasiado á su madre para censurarle el que tuviera un amante; pero desde que su amor por Cecilia le había enseñado la dignidad, odiaba al amante de su madre, haciéndole responsable de la culpa de aquella mujer débil, clavada á su cadena por la violencia, la tiranía, todo aquello que aleja las almas altivas é inde-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

pendientes. Carlota, que temía los disgustos, las explicaciones, había renunciado á reconciliar á aquellos dos hombres. Ya no le hablaba á D'Argenton de su hijo; pero á escondidas pasaba muchos ratos de charla con éste.

Dos ó tres veces vino en simón, y velada, al taller de la calle Oberkampf, preguntando por Jack, á quien vieron sus compañeros á la portezuela hablando con una mujer, joven aún, de una elegancia algo chillona. Corrió el rumor de que tenía una querida de "búten„. Le cumplimentaron, creyendo ver en eso uno de esos líos extraños, pero bastante frecuentes, en los que ciertas mujeres alegres, salidas del arrabal, vuelven, una vez ricas y de moda, al sitio donde vivieron.

Esos obreros están mejor vestidos que los demás; tienen ese aire arrogante, esa mirada distraída de los hombres de quienes están reinas enamoradas.

Para Jack eran aquellas sospechas doblemente ultrajantes; y sin decir nada á Carlota, alegó, para impedirle que volviera, el reglamento del taller prohibiendo toda salida.

Desde entonces sólo se vieron de tarde en tarde, en los jardines públicos; sobre todo, en las iglesias, pues al igual de todas sus semejantes, tornábase devota al envejecer, por un desbordamiento de sentimentalismo inactivo, y también por una afición á honores, á ceremonias, la necesidad de satisfacer las últimas vanidades de mujer bonita, arrodillándose en un reclinatorio.

En aquellas escasas y cortas citas, Carlota hablaba continuamente, según costumbre, aunque con aire triste y algo cansado. Decía, sin embargo, que estaba muy tranquila, muy feliz, llena de confianza en el porvenir literario del Sr. D'Argenton. Pero un día, al cabo de aquellas charlas, y al salir de la iglesia del Panteón:

—Jack, le dijo ella con cierta cortedad: ¿po-

drías tú?... Figúrate, no sé cómo me las he arreglado; pero no me queda dinero suficiente para acabar el mes. No me atrevo á pedirle á él, pues andan muy mal sus negocios. Y con todo eso, está enfermo ese pobre amigo. ¿Podrías adelantarme por algunos días?...

No la dejó terminar. Acababa de cobrar, y puso el jornal en la mano á su madre, sonrojándose. Y luego, en plena luz de la calle, notó lo que no había podido ver en la sombra de la iglesia: rastros de sufrimiento en aquella cara sonriente, esas palideces veteadas de encarnado, en las que parece marcharse la juventud, desleída en ríos de lágrimas. Una inmensa piedad se apoderó de él.

—Ya sabes, madre; si eres desgraciada... aquí estoy yo... Vente conmigo... ¡Me alegraría tanto, estaría tan orgulloso al tenerte á mi lado!...

Ella se estremeció.

—No, no, es imposible, dijo en voz baja. Tiene demasiado disgustos en este momento; no sería digno por parte mía.

Y se alejó precipitadamente, cual si temiera ceder á alguna tentación.

¿Te parece que he tardado en arreglar todo esto?

V

JACK CON SU MADRE

Es una mañana de verano, en Menilmontant, en el cuartito de la calle de Panoyaux. El vendedor ambulante y su compañero están ya levantados, aunque apenas despunta el día. El uno va y viene, con paso torpe, haciendo el menor ruido posible; arregla, barre, cepilla el calzado, y causa maravilla el ver cómo ese ser de aspecto torpón, es diestro, ligero; está atento en no molestar á su valiente compañero, ya sentado delante

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

de la ventana abierta, bajo un cielo alegre y vivo de una mañana de Junio, un cielo de un azul claro, teñido de rosa, en el que se recortan las mil chimeneas de aquel patio de suburbio. Cuando alza Jack la vista de sobre su libro, ve delante de él el techo de cinc de una gran fábrica de metalurgia. Dentro de un rato, cuando dé de lleno el sol, será ese un espejo terrible, de una reverberación insoportable.

En este momento, refléjase la luz naciente en tintas vagas y suaves, de tal suerte, que la alta chimenea puesta en medio de la manzana, consolidada por largas cuerdas, que van á juntarse con los techos vecinos, seméjase al mástil de algún buque que surca aguas relucientes y espesas.

Abajo, los gallos cantan en esos gallineros que los comerciantes de los suburbios instalan en un rincón de jardincillo ó bajo un cobertizo. Ningún otro ruido hasta las cinco. De repente se oye un grito:

—"¡Señora Jacob, señora Mathieu, el pan!„

Es la vecina de Jack, que principia su gira. Lleno su delantal de panes de todos tamaños, calentitos aún y despidiendo buen olor, recorre los pasillos, las escaleras, y en el ángulo de las puertas, en donde están colgadas las latas para la leche, coloca ella el pan muy derechito, llamando por su nombre á sus parroquianas, á quienes sirve de despertador; pues en el arrabal, siempre es ella la que primero se levanta.

—¡"Aquí está el pan!„

Es el grito de la vida, el llamamiento elocuente é irresistible. Ahí está el sostén del día, el pan tan duro de ganar, el que da la alegría á la casa y anima la mesa. Hay que echarlo en el saquito del padre, en el cestito de la niña al irse á la escuela; es preciso para el café de por la mañana y para la sopa de por la noche.

—"¡Aquí está el pan! ¡Aquí está el pan!„

Las señales del palo crujen bajo el largo cuchillo de la repartidora. Una mella más, otra deuda, y horas de trabajo comprometidas antes de llevarse á cabo. ¡No importa! Ningún momento del día aporta las emociones de éste. Es el despertar con su inmediato apetito, su instinto animal; el abrirse la boca al mismo tiempo que los ojos. Así es que, con el llamamiento de la señora Weber, que sube, que baja, y á la que puede seguirse en todos los pisos, despiértase la casa, ábrense las puertas, óyense ruidos alegres en las escaleras, lanzan los niños ruidos de triunfo y vuelven á sus casas llevando en sus brazos un pan más grande que ellos, con ese movimiento de avaro, abrazando un tesoro que notaréis en todos los pobres infelices que salen de una panadería, y que da una idea bien exacta de lo que es el pan.

Pronto está levantado todo el mundo. Enfrente de Jack, del otro lado de la fábrica, entreábrense ventanas, muchas ventanas, todas aquellas en las que se nota luz por la noche y que descubren ahora el misterio de aquella laboriosa pobreza. En una de ellas viene á sentarse con rostro triste una mujer, y principia á coser á máquina, ayudada por su nena, que le va dando uno á uno los pedazos de tela. En otra de ellas, una joven, ya peinada, sin duda alguna empleada de tienda, se inclina para cortar el pan de su pobre almuerzo, por no echar migajas de pan en su cuarto, barrido desde el amanecer. Más lejos, la ventana de una buhardilla, en la que está colgado un espejo, y que en cuanto sale el sol se guarece con una gran cortina encarnada para evitar la terrible reverberación del cinc. Todos esos cuartos de pobres dan á la parte de atrás de una enorme casa, á ese lado por donde se vierten las aguas sucias, en donde se notan las resquebrajaduras

de la construcción, los canalones y los tubos de chimenea. Aquello es negro, es feo. Pero no por eso se entristece el estudiante. Sólo una cosa le conmueve; es oir la voz de una vieja, diciendo cada día y con el mismo tonillo, en medio del aire puro de la mañana, exenta de los ruidos de la calle, esta frase siempre igual y triste como un quejido: "¡Los que están en el campo, con un tiempo tan hermoso, deben ser muy felices!„ ¿A quién le dice eso la pobre vieja? A nadie y á todo el mundo; á ella misma, quizás al jilguero, cuya jaula, llena de hojas verdes, cuelga ella de la persiana, quizás á las macetas de su ventana. Jack es de su parecer, y de buena gana formularía con ella su queja; pues su primer pensamiento va siempre, valiente y tierno, hacia una tranquila callejuela de pueblo, hacia la puertecilla verde en donde se hallan estas palabras sobre una placa de metal: *Para llamar al médico.* Y mientras está ahí, soñando, olvidando un minuto su pesada tarea, óyese en el pasillo el roce de un vestido de seda, y la llave atormenta la cerradura.

—¡A la derecha! dice Belisario, que va á hacer el café.

La llave gira á la izquierda.

—¡A la derecha!

La llave gira más á la izquierda cada vez. El vendedor ambulante, impacientado, va á abrir con su cafetera en la mano, y Carlota se precipita en el cuarto. Belisario, estupefacto por aquella invasión de volantes, de plumas, de encajes, hace grandes reverencias y se mueve mucho, mientras la madre de Jack, quien no reconoce al ser barbudo y mal peinado que está delante de ella, se excusa y retrocede hacia la puerta:

—¡Usted dispense, caballero!... Me equivocaba.

Al oir aquella voz, alza Jack la cabeza, y se abalanza:

—No, madre... no te equivocas.

—¡Ah, mi Jack, mi Jack!

Y salta á su cuello, refugiándose en sus brazos.

—¡Sálvame, Jack, defiéndeme!... ¡Ese hombre, ese miserable á quien todo he dado, todo sacrificado, mi vida, la de mi hijo!... Me ha pegado, sí, acaba de pegarme... Esta mañana, al volver él á casa, después de dos noches pasadas fuera, he querido hacerle algunas observaciones. Era mi derecho, me parece... Entonces el miserable se ha puesto furioso, y ha levantado la mano sobre mí, sobre mí...

El final de su frase se pierde en una explosión de lágrimas, de sollozos acerbos. En cuanto oyó las primeras palabras de aquella desgraciada mujer, retiróse discretamente Belisario, cerrando la puerta ante aquella escena de familia.

Jack, de pie delante de su madre, la mira, lleno de terror y de piedad. ¡Qué cambiada está, qué pálida! En la juventud del día y el sol que inunda el cuartito, las señales del tiempo aparecen más profundas sobre su cara, y cabellos blancos, que no se ha cuidado ella de ocultar, brillan sobre sus sienes, ya algo desguarnecidas. Sin secar sus lágrimas, habla Carlota rápidamente, contando sus quejas contra el hombre á quien acaba de dejar, sin orden, al azar; pues son tantas las palabras que se agolpan sobre sus labios, que la hacen tartamudear:

—¡Oh, cuánto he padecido, Jack mío, desde hace diez años! ¡Cómo me ha herido y desgarrado!... Te digo que es un monstruo... Pasa su vida en el café, en cervecerías en donde hay mujeres. Allí es donde escriben ahora el periódico. ¡Así sale él!... ¡El último número era de una imbecilidad!... Y has de saber que, cuando fué á Indret para llevar el dinero, también estaba yo allí, en el pueblo, enfrente, y tenía mucha gana de verte. Pero el señor no quiso. ¡Te parece á ti si hay que

ser malo! ¡Si supieras cuánto te detesta porque no lo necesitas! Eso es lo que no te perdona. ¡Y poco que nos reprochaba el pan que comías tú en su casa!

¡Es de una avaricia!... ¿Quieres que te diga otra cosa que ha hecho? Nunca hubiera querido decírtelo; pero hoy todo desborda. Pues, mira: tenía yo diez mil francos para ti, diez mil francos que "Buen Amigo„ me dió para ti cuando sucedió eso de Indret. ¡Pues los ha metido él en eso de la *Revista;* sí, hijo mío, en su *Revista!...* ¡Oh! De sobra sé que pensaba hacerles producir grandes intereses; pero los diez mil francos se han perdido como tantos otros; y cuando le pregunté si lo tendría en cuenta, pues en tu situación te sería muy útil ese dinero, ¿sabes lo que ha hecho? Ha escrito una larga lista de todo cuanto ha gastado para ti cuando estabas en casa de Roudic. Y asciende la cantidad á quince mil francos. Pero añadió que no me pide lo restante. ¡Vamos, que es generoso!... Yo, sin embargo, todo lo sufrí: sus injusticias, sus maldades, las furias que le daban tratándose de ti, la manera indigna con que hablaba, entre sus amigos, de ese asunto de Indret, como si tu inocencia no hubiese sido reconocida, proclamada; pues hasta eso sufría yo, porque todo lo que podían decir no me impedía amarte, pensar en ti cien veces al día. ¡Pero dejarme dos noches seguidas en medio de todos los tormentos de la indecisión, de los celos; preferir no sé qué chica de teatro, qué mujer perdida del arrabal San Germán (pues parece ser que están todas locas detrás de él, esas condesas), acoger mis reproches con aires desdeñosos, encogiéndose de hombros; y en un acceso de cólera atreverse á pegarme, á mí, á mí, Ida de Barancy! Eso ya es demasiado para mi orgullo, para mi amor propio. Me vestí, me puse mi sombrero y me planté delante de él, diciéndole:

"Mireme usted bien, Sr. D'Argenton: es la última vez que usted me verá. Le dejo; me voy con mi hijo, deseándole á usted halle otra Carlota. Yo ya estoy harta.„ Entonces me marché, y aquí estoy.

Escuchóla Jack hasta el final sin interrumpirla, palideciendo únicamente á cada revelación de infamia, y tan avergonzado por lo que ella contaba, que no se atrevía á mirarla. Cuando hubo acabado, cogióle la mano, y con mucha dulzura, con mucho cariño, pero también con mucha gravedad, le dijo:

—Te doy gracias por haber venido, madre... Sólo una cosa faltaba á mi felicidad, á la dignidad de mi vida; eras tú. Ahora ya estás aquí, eres mía; te poseo, y es cuanto podía desear. Sólo que ten cuidado, no te dejaré marcharte otra vez.

—¡Marcharme yo! ¡Volver al lado de ese hombre!... ¡No, mi Jack! Contigo, siempre contigo, nada más que los dos... Recordarás lo que te dije, que llegaría un día en que necesitara de ti. Y ese día ha llegado, te lo juro.

Bajo las caricias de su hijo, disipábase poco á poco su emoción, alejándose con grandes suspiros, como los de los niños que han llorado mucho. "Ya verás, Jack mío, qué hermosa vida vamos á llevar; porque te debo muchos cuidados y ternuras; voy á pagarte, pierde cuidado. ¡Si supieras qué libre estoy, cómo respiro! Mira, bien estrecho es tu cuarto, bien desnudo está, bien feo: es una perrera. Pues bien, desde que estoy aquí, me parece que he entrado en un paraíso.„

Aquella apreciación, algo ligera, de su cuarto, que él y Belisario hallaban magnífico, dió á Jack ciertas inquietudes para el porvenir; pero no pudo fijarse en ello un minuto. Quedábale apenas media hora antes de ir al taller, y era preciso instalar y decidir tantas cosas, que no sabía por

dónde principiar. Fué primero á consultar al vendedor ambulante, quien continuaba recorriendo pacientemente el pasillo, y que hasta por la noche hubiera estado así, sin ocurrírsele una vez el ir á ver si había terminado ya la explicación.

—Esto me sucede, Belisario. Mi madre se viene á vivir conmigo. ¿Cómo vamos á arreglarnos?

Estremecióse Belisario, ocurriéndosele en seguida: "Ya no podrá ser el compañero. Ya quedó diferido otra vez el matrimonio.„ Pero nada dijo, y no pensó más que en ver de sacar del apuro á su amigo. Quedó convenido que, siendo el cuarto de ellos lo mejorcito que en el descansillo había, Jack lo ocuparía con su madre, que pondría el vendedor ambulante sus gorras y sus sombreros en el cuarto de la señora Weber, y que él buscaría una habitación en la casa.

—No es nada, no es nada... decía el pobre hombre, tratando de tomar un aire resuelto. Entraron, y Jack presentó á Belisario á su madre, el cual recordaba ahora la hermosa señora de Aulnettes, y se puso, para aquel día de instalación, al servicio de Ida de Barancy, pues ya no se trataba de Carlota. Tratábase de alquilar una cama, dos sillas, un lavabo; y cogió Jack en un cajón, en donde guardaba sus economías, tres ó cuatro luises que entregó á su madre.

—Mira, mamá, si te aburre la cocina, la señora de Weber, cuando vuelva, se ocupará de la comida.

—No por cierto. Eso es cosa mía. Unicamente rogaré al señor Belisario que me indique las tiendas en donde suele comprar. Quiero no molestarte en nada. ¡Ya verás qué comidita te preparo, puesto que estás tan lejos que no puedes venir á almorzar! Todo estará dispuesto para cuando vuelvas.

Y ya había dejado el chal, y se había prepara-

do para ponerse á trabajar. Contentísimo Jack al verla tan resuelta, abrazóla de todo corazón y se fué con más alegría que nunca. ¡Con qué ánimo trabajó aquel día, pensando en las muchas obligaciones que sobre él pesaban! ¡Habíale preocupado tantas veces la situación precaria de su madre, desde sus proyectos de matrimonio! Este pensamiento le estropeaba sus alegrías, sus esperanzas.

¿Hasta dónde la haría descender aquel hombre? ¿A qué estaba destinada?

Avergonzábase á veces al dar por suegra á su querida Cecilia á aquella mujer de vida tan disipada, que otros que su hijo quizás tacharían de despreciable. En adelante, todo cambiaba. Ida, reconquistada, protegida por el amor más atento, más tierno, iba á ser digna de aquella á quien un día llamaría ella "mi hija„. Parecíale á Jack que, sólo por aquel acontecimiento disminuía la distancia entre su novia y él; y en su alegría manejaba él el pesado balancín de la fábrica Eyssendeck con tal ánimo, que lo notaron los compañeros.

—¡Mira allí arriba al Aristo, qué contento parece estar!... Según parece, andan bien tus negocios con tu buena moza, ¡eh! aristócrata.

—¡Hombre!... Verdad que sí, decía Jack riéndose.

Durante todo el día, no hizo sino reirse. Pero después del trabajo, mientras subía la calle Oberkampf, tuvo miedo.

¿Iba á hallar en su cuarto á aquella que tan precipitadamente entró en él? Sabía con qué prontitud poníale Ida alas á todos sus caprichos; y luego, la pasión degradante que tuvo siempre aquella criatura por su cadena, hacíale temer que hubiese cedido á la tentación de reanudarla después de haberla roto. Así es que salvó pronto la distancia; pero ya desde la escalera cesó su temor.

Entre los ruidos de aquella casa obrera, oíase una voz fresca, una voz sonora, que Jack conoció muy bien.

Al primer paso que dió en su "perrera„, detúvose estupefacto. Limpia de cabo á rabo, libre de la mercancía de Belisario, adornada con una hermosa cama y con un lavabo, alquilados por Ida, el cuarto parecía agrandado, transformado. Ramilletitos comprados á las floristas ambulantes, adornaban todos los rincones; y una mesa ya servida, ostentaba sus alegrías de mantelería limpia y de vajilla común, cargada de un hermoso pastel y de dos botellas de vino lacrado. La misma Ida apenas si se reconocía, con enagua bordada, chambra clara, una gorrilla echada sobre su lindo peinado, y, por encima de todo, la alegría de una fisonomía de mujer bonita, consolada, descansada, charlando como un pajarillo.

—¡Vamos! ¿Qué dices de todo esto? gritó ella, corriendo hacia su encuentro con los brazos abiertos.

Jack la abrazó.

—¡Soberbio!

—¿Te parece á ti que he tardado en arreglar todo esto? Hay que decir que Bel me ha ayudado mucho... ¡Qué muchacho tan complaciente!

—¿Quién? ¿Belisario?

—Pues claro, mi amigo Bel, y la señora Weber también.

—¡Hola, hola! Veo que ya sois grandes amigos.

—¡Pues ya lo creo! ¡Son tan cariñosos, tan atentos! Los he convidado á comer con nosotros.

—¡Demonio!... ¿Y la vajilla?

—Ya ves, he comprado algo de eso, muy poco. El matrimonio de al lado me ha prestado algunos cubiertos. También son muy complacientes esos Levindré.

Jack, que ignoraba la existencia de vecinos tan amables, abría los ojos, extrañado.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—Y no es sólo eso, mi Jack... No has visto este pastel. He ido á comprarlo á la plaza de la Bolsa, en un sitio que yo conozco, donde los dan setenta y cinco céntimos más baratos que en las demás tiendas. Eso sí, está lejos; y al volver estaba ya muerta de cansancio, y tanto, que tuve que tomar un coche.

Esa era Carlota. ¡Dos pesetas en coche para economizar tres reales! Por lo demás, bien se veía que conocía ella las mejores tiendas. Los panecillos eran de la tahona vienesa, y el café y el postre del Palais-Royal.

Jack la escuchaba con estupor. Notólo ella, y preguntó cándidamente:

—¿Quizás haya gastado demasiado?

—¡No, mamá!...

—Sí, sí; bien lo veo en tu cara. Pero ¡qué quieres!... aquí faltaban muchas cosas; y además, no todos los días vivimos juntos. Y ya verás si vengo dispuesta á ser razonable...

Y sacó de la cómoda un largo cuaderno verde, que agitó con ademán triunfal.

—Mira ese hermoso libro de apuntaciones que he comprado en casa de la señora Levêque.

—¡Levêque, Levindré!... Por lo visto, ya conoces á toda la gente del barrio...

—¡Ya lo creo! Levêque, el librero de al lado. Una buena anciana, que tiene, además, gabinete de lectura. Es muy cómodo, porque, ya ves, hay que seguir el movimiento literario... Mientras tanto, he subido un cuaderno para apuntar los gastos. Esto, hijo mío, era indispensable. En una casa ordenada no se puede dar un paso sin esto. Esta noche, después de comer, haremos, si gustas, nuestro arqueo. Mira, todo está escrito.

—Entonces, si todo está escrito...

Interrumpióles la llegada de Belisario, de la señora Weber, y del niño de cabeza gorda. Nada más cómico que la familiaridad protectora con

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

que hablaba Ida de Barancy á sus nuevos amigos.

—Diga usted, amiguito Bel, sin que sea esto mandarle... Señora Weber, cierre usted la puerta, que ha estornudado el niño.

Y grandes aires, una dignidad de reina amable, maneras condescendientes de tratar á aquellas pobres gentes, procurando ponerlas á sus anchas. A sus anchas, pues ya lo estaba la señora Weber. Era una buena mujer, que no se intimidaba, pues tenía conciencia de su oficio modesto, pero muy útil, y del vigor de sus brazos. Y tampoco parecía corto de genio el joven Weber, atracándose de corteza de pastel. El único que estaba poco animado era Belisario, y sus razones tenía. Creerse á quince días de la felicidad, estar á punto de tocar la dicha y ver alejarse todo en el "quizás„ del porvenir, francamente, eso es terrible. Volvía de cuando en cuando una mirada lamentosa hacia la señora Weber, que parecía soportar con bastante tranquilidad aquella pérdida del compañero, ó hacia Jack, contentísimo, ocupándose en servir á su madre con atenciones de enamorado.

¡Con cuánta razón puede decirse que los acontecimientos de este mundo son como esos columpios que arman los chiquillos en una viga, y que no alzan á uno de los jugadores sin hacerle sentir al otro todas las durezas, todas las asperezas del suelo! Jack subía hacia la luz, mientras bajaba su pobre compañero, con todos sus ensueños, hacia la implacable realidad. Para principiar, él que tan bien se hallaba en su cuarto, que tan orgulloso estaba de su habitación, iba á vivir, desde aquel momento, en una especie de hoyo abierto en la pared, y ventilado únicamente por un ventanillo. No había más cuarto desocupado en todo el piso, y por nada del mundo se habría alejado Belisario de la señora Weber la distancia de diez metros. Aquel sér llamábase Belisa-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

rio; pero también se llamaba Resignación, Bondad, Abnegación, Paciencia. Tenía muchos nombres muy nobles, que no añadía al suyo, de los que no se vanagloriaba nunca, pero que adivinaban fácilmente los que vivían con él.

Una vez que se marcharon los convidados, cuando quedaron solos Jack y su madre, extrañóle mucho á ella verle quitar en seguida el mantel, y poner encima de la mesa gruesos libros de estudio.

—¿Qué vas á hacer?

—Pues, ya ves, voy á trabajar.

—¿En qué?

—Es verdad... No sabes nada aún.

Y le dijo entonces el secreto de su corazón, la doble vida que hacía, y la espléndida esperanza que le estimulaba. Hasta entonces, nunca le había dicho Jack nada á su madre. Demasiado conocía él aquella cabeza destornillada, llena de hendeduras, para que se atreviera á confiarle sus proyectos de felicidad. Temía Jack demasiado el que fuera ella á contárselo todo á D'Argenton; y el pensar que su ensueño de amor sería profanado en aquella casa, en donde no veía más que odios hacia su persona, causábale espanto, le irritaba. Desconfiaba del poeta, de su camarilla, y parecíale que corría riesgo su felicidad en semejantes manos.

Pero ahora que había vuelto á él su madre, ahora que la poseía ya, por fin, sola é independiente, podía hablarle de Cecilia, concederse esa alegría suprema.

Jack contó, pues, su amor con la embriaguez, el ardor de sus hermosos veinte años, la elocuencia que hallaba en la sinceridad de su palabra y en esa madurez de impresiones, fruto de antiguos sufrimientos. ¡Ay! Su madre no le comprendía. No comprendía ella cuánto había de grande, de serio en el cariño de aquel desheredado.

Aunque muy sentimental, no tenía el amor la misma significación en ella que en él. Al escucharle, estaba Ida conmovida como en un tercer acto de melodrama, cuando la dama joven, vestida de blanco, escucha la declaración del galán, recién rizadito y con americana nueva. Estaba contentísima, muy emocionada, dulcemente cosquilleada por aquella cándida pasión que la hacía sonreir. "¡Oh, qué mono, qué mono! repetía ella sin cesar. ¡Qué *monos* váis á estar los dos! Eso me recuerda á Pablo y Virginia.„ Pero lo que más le llamaba la atención era lo imprevisto, lo complicado, lo anormal de aquella historia de Cecilia. Interrumpía á Jack á cada momento: "Eso es una novela, una verdadera novela...„

Y fué soltando expresiones raras, especiales, restos del medio intelectual en que había vivido. Pero Jack no oía, en aquellas contestaciones, sino el eco de su propia palabra. Saboreaba Jack todos aquellos buenos recuerdos, sus angustias pasadas, sus proyectos, sus ensueños, sin oir las tontas interrupciones de su madre, sin notar que, para ella, resumíase toda aquella historia en una impresión sin importancia, como un estribillo de romanza, y un tanto apiadada de las tontas candideces de dos enamoradillos *tan inocentes*.

«¡Champagne... Champagne!...» Alzábanse las copas á su paso.

VI

LA BODA DE BELISARIO

Hacía apenas ocho días que vivía Jack con su madre, cuando una tarde fué Belisario á esperarle á la salida del taller, con cara de júbilo.

—Estoy muy contento, Jack. Tenemos por fin un compañero. La señora Weber lo ha visto y le gusta. Es cosa hecha. Vamos á casarnos.

Ya era tiempo. El desgraciado adelgazaba, sobre todo, viendo que pasaba el verano, y que la

llegada de los limpia-chimeneas y las castañeras aplazaría aún su felicidad, pues para aquel vendedor ambulante estaban las estaciones personificadas por los nómadas de la calle, del mismo modo que lo son para la gente del campo las aves emigradoras. Demasiado sumiso al destino para quejarse, lanzaba su grito de: *¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!*, con una tristeza que daba ganas de llorar. De ahí proviene, sin duda, la melancolía que toman en ciertos días esos gritos de París, traduciendo en palabras indiferentes todas las inquietudes, todos los dolores de una existencia. Sólo el tono es significativo en esas canciones, siempre iguales. Pero buscad cuántas maneras hay de gritar "¡trapero!„, y ved si la llamada valiente de por la mañana se parece á la de la noche, á la melopea cansada, afónica, descorazonada que lanza maquinalmente el vendedor al volver á su casa. Jack, que había sido la causa involuntaria del disgusto de su amigo, se alegró casi tanto como él al saber la buena noticia que le anunciaban.

—¡Hombre! De buena gana vería yo á ese compañero.

—Ahí está, dijo Belisario, designándole á algunos pasos un gran diablo con traje de trabajo, en mangas de camisa, con un martillo sobre el hombro y un delantal de cuero arrollado debajo del brazo. La cara, notable por la insignificancia de sus facciones, adormilada, iluminada por un reflejo de botella, ocultábase á medias bajo una barba abundante, la barba enmarañada, sucia, descolorida, de aquel antiguo comensal del Gimnasio Moronval, á quien llamaban los Fracasados "el hombre que ha leído á Proudhon.„ Si los parecidos físicos tienen entre sí relaciones morales, el nuevo compañero de Belisario, llamado Ribarot, no debía ser un hombre malo, sino un perezoso, sentencioso, pretencioso, ignorante y

borracho. Guardóse muy bien Jack de comunicar tan pésimas impresiones al vendedor ambulante, que contemplaba con placer su nueva adquisición, prodigándole sin motivo fuertes apretones de manos. Además, como la señora Weber había dado su aprobación, pues era lo principal. Verdad es que la buena mujer había hecho lo que Jack: viendo tan feliz á su enamorado, no se había atrevido á ser exigente, y pasando por encima de un exterior defectuoso, contentóse con aquel compañero, á falta de otro.

Durante la quincena que precedió al matrimonio, qué alegres "¡sombreros, sombreros!„ retumbaron en los patios obreros de Menilmontant, de Belleville, de la Villette! Era sonoro y alegre, un verdadero despertar de gallo triunfante y claro, algo así como el antiguo "¡hímen!„ ó "¡himeneo!„ traducido por una boca ignorante. Después llegó, llegó el hermoso día, el gran día. A pesar de cuanto pudo decir la señora Weber, había querido Belisario hacer las cosas en grande, y vació su gran bolsa de lana encarnada. Pero ¡qué boda! ¡Qué de esplendores!

En la burguesía, en general, tómase un día para el matrimonio civil y otro para la ceremonia religiosa; pero el pueblo, que no tiene tiempo que perder, acumula todas las ceremonias, las lleva á cabo á un tiempo, y escoge casi siempre el sábado para tanta molestia, de que descansará el domingo. Hay que ver las alcaldías de los suburbios en ese día consagrado. Desde por la mañana, los simones se detienen en la puerta, llénanse de desfiles más ó menos largos los polvorientos pasillos, esperando durante horas en la gran sala común. Mézclanse todas las bodas, hacen conocimiento los muchachos convidados, y van á beber copitas; míranse las novias, se analizan, mientras que los parientes, fastidiados por el mucho tiempo que esperan, hablan entre sí,

pero en voz baja, pues á pesar de todas sus fealdades, la desnudez de sus paredes y la insulsez de sus carteles, la municipalidad impresiona á esas pobres gentes. El terciopelo raído de los banquillos, la altura de los techos, el ujier con su cadeneta al cuello, el teniente alcalde, solemne todo, les aterroriza y les divierte. Háceles la ley el efecto de una gran señora desconocida, invisible, que los recibe en sus salones. Debo decir que entre los innumerables desfiles que atravesaron el reducido patio de la alcaldía de *Menilmontant* aquel bienaventurado sábado, la boda de Belisario fué una de las más brillantes, aunque le faltaba ese vestido blanco de la novia que hace que se asomen á la ventana todas las mujeres y se agolpen en grupos curiosos todos los desocupados de la calle. La señora Weber, en su calidad de viuda, llevaba un vestido de un azul chillón, de ese color de añil á que tan aficionadas son las mujeres que gustan de lo positivo; un chal alfombrado, doblado sobre el brazo, y una suntuosa cofia adornada de cintas y flores que revoloteaban por encima de su cara reluciente de auvernesa bien lavada. Acompañaba al padre de Belisario, un vejete amarillo, con nariz en forma de gancho, movimientos vivos y perpetuos golpes de tos, que su nueva nuera trataba de calmar dándole vigorosas frotaciones en la espalda. Aquellas fricciones turbaban la majestad de la boda, interrumpida á cada momento en su marcha, mientras se estrechaban entre sí las parejas esperando el final de cada golpe de tos.

Venía después Belisario, dando el brazo á su hermana, la viuda de Nantes, con las narices como su padre, cazurra, y con el pelo crespo. En cuanto á él, no le habrían reconocido sus parroquianos. El pliegue de terrible sufrimiento que surcaba sus mejillas de cada lado, su gruesa vena bien hinchada en medio de la frente, aquella boca

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

siempre abierta y diciendo "¡ay!„ sin hablar, nada existía ya de todo aquello; y con la cabeza erguida, casi hermoso, adelantaba orgullosamente, uno delante de otro, enormes zapatos lustrados, zapatos á la medida, hechos expresamente para él, y tan anchos y tan largos, que le daban el aspecto de un habitante del Zuiderzée calzado con sus patines de invierno. ¡Pero no importa! Belisario ya no sufría; tenía la ilusión de un par de pies nuevos, y una doble felicidad hacía resplandecer su rostro. Llevaba de la mano al niño de la señora Weber, cuya gruesa cabeza estaba aún exagerada por uno de esos rizados extravagantes que son la especialidad de los peluqueros del suburbio. El "Compañero,„ á quien costó trabajo hacerle abandonar por un día su martillo y su delantal de cuero; el panadero, patrono de la señora Weber, y su yerno, notables ambos por el enorme cordón rojo que formaban sus cuellos vigorosos entre el pelo cortado al rape y el paño del cuello, ofrecían una sucesión de levitas grotescas, señaladas con todas las arrugas del armario, de donde raramente salían, y rígidas en las mangas, en donde no había señal de codos.

Después venía el matrimonio Levindré, los hermanos y hermanas de Belisario, vecinos, amigos; por fin, Jack y su madre, pues la señora de Barancy había consentido en honrar la comida con su presencia, pero sin haberse podido determinar á seguir la boda durante todo el día.

Después de la ceremonia de la alcaldía, después del interminable esperar, acompañado de dolores de estómago, pues hacía ya tiempo que habían dado las doce, púsose en marcha el cortejo para ir á tomar el tren en la estación de Vincennes. La comida tendría lugar en Saint-Mandé, en la avenida del Bel-Air, en una fonda cuyas señas tenía aún Belisario en su bolsillo, y decia: "Bodas y festines.„ Cuando llegó la boda de Be-

lisario, no estaba aún libre el salón, y mientras tanto, fueron á dar una vuelta alrededor del lago de Vincennes, ese bosque de Boloña de los pobres. Muchas otras bodas, ya hartas de comida, ó alrededor de mesas al aire libre, esparcían sobre el verde césped vestidos blancos, trajes negros, uniformes; y, en efecto, en esas fiestas siempre hay un colegial, un militar de uniforme. Toda aquella gente reía, cantaba, se divertía, tragaba, con gritos, carreras, bailes, en torno de un organillo. Los hombres se habían puesto sombreros de mujer, y las mujeres sombreros de hombre. Veíase detrás de los setos, partidas de gallina ciega, en mangas de camisa, parejas que se besaban ó alguna señorita arreglándole á la novia algún volante descosido.

¡Oh! Esos vestidos blancos, almidonados, azulados, ¡con qué animo los dejan arrastrar sobre la hierba las pobres muchachas, figurándose ser, durante un día, unas señoras muy elegantes! Eso es lo que busca, sobre todo, el pueblo en sus placeres: una ilusión de riqueza; pasar de su condición social, á la de los envidiados, de los felices de la tierra.

El vendedor y su boda, paseábanse melancólicamente entre el polvo y el ruido de aquella *kermesse* del himeneo, atracándose de bizcochos mientras llegaba el festín tan deseado. No carecían ciertamente de elementos de alegría, y ya lo verían luego; pero, por el momento, el hambre paralizaba toda expansión. Por fin, uno de los miembros de la tribu Belisario, despachado momentos antes para traer noticias, vino á anunciar que todo estaba dispuesto, que no faltaba más que sentarse á la mesa, y pronto tomaron el camino de la fonda.

Estaba puesta la mesa en una de esas grandes salas separadas por tabiques movibles, pintados de colores insignificantes, adornados con

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

espejos y molduras siempre iguales. Oíase muy bien lo que pasaba de una á otra pieza; las risas, los choques de vasos, y las llamadas de los mozos, y los timbres impacientes. Con el cálido vapor que allí reinaba y el jardincillo bajo las ventanas, habríase uno creído en algún gran establecimiento de baños. Aquí, como en la alcaldía, fueron presa los convidados de un temeroso respeto ante aquella gran mesa servida, adornada en las dos puntas por un ramo de azahar artificial y otros caprichos, todo ello inmutable, preparado para bodas permanentes, ensuciado por generaciones de moscas que iban á posarse allí, á pesar de los servilletazos de los mozos. Mientras esperaban á la señora de Barancy, que no llegaba, se sentaron.

Quería el novio ponerse al lado de su mujer; pero la hermana del nantés dijo que aquello ya no se hacía, que no era decente, que había que colocarlos uno enfrente de otro. Y aquello se hizo, pero después de largo debate durante el cual el viejo Belisario, volviéndose hacia su nueva nuera, le preguntó con tono muy desagradable:

—Vamos á ver: ¿cómo se arregla eso? ¿Usted cómo se las compuso con el Sr. Weber?

Así interpelada, la repartidora de pan contestó muy tranquilamente, "que ella se casó en su tierra, en una granja, y que hasta ella misma sirvió en la mesa.„

Por lo visto, no dió resultado la malicia del viejo, pero fácil era ver que no estaban contentos los Belisarios, y que no serían suficientes los esplendores de la comida para devolverles su alegría, casándose el mayor, pues ya se acabaron las gangas.

Al principio, cada uno comía en silencio, primero porque tenían mucha hambre, y también por cierta intimidación causada por el servicio

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

de aquellos señores de frac, á quienes trataba Belisario de desarmar con su buena sonrisa. Tipos singulares, esos mozos de los alrededores de París, ajados, consumidos, desvergonzados, con sus barbillas afeitadas, cayéndoles sus grandes patillas y dejando ver la boca, lo cual les da expresiones irónicas, severas, administrativas. Habríase dicho prefectos destituídos y reducidos á trabajos humillantes.

Lo curioso era el aire desdeñoso con que miraban á todos aquellos infelices, gente de poco, convidados á una boda á duro por barba Esa cifra enorme de un duro, que cada invitado repetía con admiración y envolvía en una hermosa aureola á aquel Belisario capaz de gastarse veinte duros de un golpe en su boda, llenaba á los mozos de un profundo desprecio, traducido por gestos entre ellos y una impasible seriedad con los convidados. Tenía Belisario á su lado á uno de aquellos señores, que le aplastaba de santo terror; otro, plantado enfrente, detrás de la silla de su mujer, fijábale tan desagradablemente que el vendedor, para sustraerse á aquella vigilancia, había cogido la lista colocada á su izquierda y no hacía más que leerla y releerla. ¡Cómo deslumbraba aquella lista! Entre ciertas palabras familiares fáciles de reconocer, tales como *patos*, *nabos*, *solomillo*, *judías*, erguíanse epítetos grandiosos ó barrocos, nombres de ciudades, de generales, de batallas, *Marengo*, *Richelieu*, *Chateaubriand*, *Barigoule*, ante los cuales Belisario, como los demás convidados, permanecía estúpido. ¡Y pensar que iban á comer de todo aquello! ¿Y se figuran ustedes la cara de aquellos desgraciados cuando les presentaban dos platos de sopa: "bisque ó puré de Crecy„ dos botellas de vino de España, "Jerez ó Pajarete?„ Como en esos juegos de sociedad en los que os dan á escoger entre dos nombres de flores, bajo los cua-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

les hay apuestas imprevistas. ¿Cómo decidirse? Cada uno titubeaba, luego manifestaba su elección al azar.

Verdad es que importaba poco la elección, pues los dos platos contenían la misma agua tibia y dulzona, y las dos botellas eran un solo y único licor amarillo ó turbio, un extraño enjuague que le recordaba á Jack el jarope del Gimnasio Moronval.

Cruzaban los convidados miradas asustadas, acechaban á los vecinos para ver cómo se las componían ellos, qué vaso, entre aquellos de formas tan raras, era el que había que presentarle al mozo. El "compañero„ salía del apuro bebiéndolo todo en el mismo, en el más grande. Pero de todas maneras, tantas inquietudes y tanto malestar habían echado un frío excesivo en el principio de aquella comida-ilusión. La novia fué la primera que se sobrepuso á aquella ridícula situación. La excelente mujer, en quien un razonamiento muy justo daba el verdadero sentido de las cosas, dióse ánimo á sí misma dirigiéndose á su hijo.

—No estés á disgusto, nene, decía ella; no estés á disgusto: come de todo. Bastante caro nos cuesta para que nos regalemos.

Aquella palabra, llena de sabiduría, produjo su efecto en la asamblea, y pronto un formidable ruido de mandíbulas y de risas circuló por la mesa, en donde pedían mucho la cesta del pan. La tribu Belisario era la única que hacía contraste en medio de la alegría general. Los jovenes cuchicheaban, reíanse cazurramente; el viejo hablaba muy alto, con voz autoritaria, y reíase con risa irónica mirando á su hijo, quien le demostraba, sin embargo, mucho respeto, y no cesaba de recomendar á la novia "el plato del padre,„ "el vaso del padre.„

Al verles reunidos todos allí, rapaces y fero-

ces, preguntábanse cómo la señora Weber había podido sustraer su pobre vendedor ambulante á aquella rapacidad. Fué preciso toda la magia del amor para llevar á cabo aquella revolución; pero ya era un hecho ahora, y sentíase la buena mujer bastante fuerte para asumir aquella gran responsabilidad, para afrontar las antipatías, los rencores, las alusiones mal intencionadas que giraban ahora en torno suyo, pero sin impedirla sonreir á todos con su ancha cara, llenando el plato de su hijo: "¡No estés á disgusto, nene!„

Ya principiaba á animarse el festín, cuando oyóse un ruido de seda, y la puerta se abrió de par en par, para dejar entrar á Ida de Barancy, presurosa, sonriente, encantadora.

—Os pido me dispenséis, buenas gentes, pero tenía un coche que no andaba; ¡y luego está esto tan lejos! He creído que nunca llegaría.

Se había puesto su más hermoso vestido, feliz con poderse vestir, pues desde hacía un mes faltábanle ocasiones para exhibir sus trajes.

Produjo un efecto extraordinario.

Su manera de sentarse al lado de Belisario; el cómo puso los guantes en su vaso, su manera de indicarle á un mozo que se acercara para presentarle la lista, todo eso sumió en admiración á la asamblea.

Había que ver cómo los zarandeaba á aquellos mozos tan desdeñosos, tan solemnes.

Reconoció á uno de ellos, aquel que aterrorizaba á Belisario, pues le había ella visto en una fonda del boulevard en la que cenaba ella algunas veces con D'Argenton al salir del teatro.

—¿Y usted está aquí ahora?... Vamos á ver, ¿qué va usted á darme?

Reíase en voz alta, alzando sus brazos desnudos bajo la manga abierta para que se le vieran las manos más blancas, sacudía sus pulseras mirándose en el espejo que había enfrente de

ella, y enviaba con la punta de los dedos un saludo á su hijo. Luego pedía un taburete, agua de Seltz, hielo, como quien conoce á fondo los recursos del restaurant.

Mientras hablaba ella, reinaba profundo silencio alrededor de la mesa, como al principio de la comida. Fuera de los jóvenes de la familia de Belisario, absortos en la contemplación de las pulseras de Ida, que sus relucientes miradas probaban cual piedras de toque, todos titubeaban en hablar, no osaban moverse, como al principio, con los mozos.

Tampoco Jack estaba dispuesto á animar la fiesta. Todas aquellas ceremonias de matrimonio le hacían soñar con amor y porvenir, y lo que le rodeaba, maldito si le interesaba en nada.

—¡Pero saben ustedes que está esto poco alegre!... dijo de repente Ida de Barancy, cuando hubo gozado bien de su fácil triunfo... ¡Vamos, amigo Bel, un poco de alegría, qué demonio! Y por de pronto, esperen ustedes...

Levantóse y cogió su plato en una mano y en la otra su vaso:

—Pido el cambiar de sitio con la señora de Belisario... Estoy segura de que no se ha de quejar su marido.

Hízose aquello con tanta gracia de condescendencia; llenóle aquella proposición á Belisario de una alegría tan profunda y completa; fué tanto lo que gritó el pequeño Weber cuando lo alzó su madre de la silla que ocupaba, que se dispersó para siempre la atmósfera de malestar, y el final de la comida fué una verdadera comida de boda. Cada uno comió ó se figuró comer. Los mozos dieron no sé cuántas vueltas en torno de la mesa, ejecutando prodigios de prestidigitación, sirviendo á veinte personas con un solo pato, un solo pollo, tan hábilmente trinchados, que para todos había, y hasta se podía repetir. Y los

guisantitos á la inglesa, cayendo como balas sobre el plato: y las judías, á la inglesa también, preparadas en un rincón: sal, pimienta, un poco de mantequilla—¡y qué mantequilla! — amalgamado todo ello por un mozo que se sonreía mientras agitaba aquel detestable menjurge. Pero lo mejor fué le llegada del Champagne. Fuera de Ida de Barancy, que lo había bebido con mucha frecuencia en su vida, todos cuantos allí había solo conocían de nombre aquel vino mágico, y la sola palabra de Champagne significaba para ellos riquezas, juergas por todo lo alto, entre seda y diamantes. Hablaban de él en voz baja, lo esperaban, lo acechaban.

Por fin, al llegar el postre, apareció un mozo con una botella cubierta de papel de plata, á la que principió á destapar con unas tenacillas. Al gesto que hizo para taparse los oídos la nerviosa Ida, que nunca descuidaba un efecto, algo que pudiese poner sus gracias en evidencia, las demás mujeres se prepararon también para una detonación formidable.

Pero no hubo nada.

El tapón salió muy naturalmente, sin explosión, como todos los tapones del mundo, y en seguida, el mozo con la botella en el aire, lanzóse en torno de la mesa, corriendo y diciendo muy de prisa: "¡Champagne... Champagne... Champagne!„ Alzábanse las copas, y esta vez hacía el prodigio de la botella inagotable. Hubo espuma para veinte personas, un chisporroteo en el fondo del vaso que causó el respeto de todos; y hay que creer que, una vez ejecutada la ronda, aún quedaba, puesto que Jack, que estaba colocado enfrente de la puerta, vió al mozo apurando la botella antes de marcharse. Pero no importa: es tal la magia de esa palabra "Champagne,„ hay tanta alegría francesa en la más insignificante parcela de su espuma, que una extraordinaria animación

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

circuló desde aquel momento entre los convidados.

En los Belisarios, tradújose por una rapacidad extraordinaria. Echaban mano de cuanto había en la mesa, hundiendo en sus bolsillos naranjas, pastelillos rancios, diciendo que preferible era llevárselos á dejarlos á los mozos.

De repente, en medio de las risas y de los cuchicheos, ofreciéronle á la señora Weber un plato de dulces de pega, adornados con el bebé de azúcar rosada y azul que siempre ofrecen á la novia en esas circunstancias: pero allí estaba ya el pequeño Weber, con su enorme rizado, para impedir que le llamara la atención á la buena mujer aquella bromaza tradicional.

Rióse más que los demás, mientras Belisario se ponía muy colorado...

Luego vinieron las canciones.

Levantóse primero el "Compañero,„ impuso el silencio con una mirada, y puesta la mano en el corazón, entonó con voz sentimental y algo aguardentosa, una romanza popular del año 1848: *Dios ama el trabajo*.

Hijos de Dios, creador de la tierra,
Cumplamos cada cual nuestra misión.

¡Qué pillo el tal "Compañero!„ ¡Bien había él comprendido lo que era preciso cantar para seducir al valiente matrimonio!

Pero, para no dejar á la asamblea bajo tan grave impresión, en seguidita, después de *Dios ama el trabajo*, emprendió algo más alegre:

Al pasar por Charonne hay que entrar
A echar una copita en casa de Savard.

Y por el estilo las sabía á centenares.

¡Famoso compañero iban á tener ahí Belisario

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

y su mujer! ¡Qué veladas más gratas iban á pasar en la calle del Panorama!

Pero mientras, sin duda notaron los mozos el escamoteo de los Belisarios, pues en un abrir y cerrar de ojos quedó la mesa limpia como la mano. ¡Ya se había acabado! Los convidados se miraron consternados.

Por encima de ellos, en torno de ellos, había un ruido espantoso. Bailaban, cantaban, temblaban los techos al compás.

—¿Y por qué no bailamos nosotros también? Sí; pero es que cuesta caro la música.

Alguien propuso el utilizar la que por todas partes se oía; pero por desgracia, los rigodones, las polcas, las varsovianas, los valses, de tal suerte mezclaban sus notas en aquel tumulto, que era imposible distinguir nada claro.

—¡Ah, si tuviésemos un piano! suspiraba Ida de Barancy, haciendo galopar sus dedos sobre todos los muebles, como si hubiese sabido tocar. También hubiera querido bailar la señora de Belisario, pero habíale prohibido á su marido todo gasto suplementario, lo cual no impidió que desapareciese el vendedor ambulante con su compañero, volviendo cinco minutos después, acompañado de una especie de menestral de aldea, el cual se instaló en una tribuna improvisada, con un litro de vino entre las piernas, con su violín sólidamente apoyado sobre su brazo, ¡y adelante con la música, hasta mañana!

Aquel violinista rústico, que tocaba aires de antaño, la precaución que tomaban las mujeres de rodear su cintura con un pañuelo enrollado, para evitar las manchas de las manos de los hombres, las danzas auvernesas, que en todo mezclaba la señora de Belisario, todo aquello trasplantaba al salón del fonducho con rosetones de oro, un perfume de fiesta campestre.

Aquellos eran, en efecto, los alrededores de

París, esa línea intermedia en que se encuentran y se confunden las tradiciones de la aldea y las costumbres parisienses. Unicamente Ida, con su Jack, parecía perdida, caída desde alguna región superior en las bajas capas sociales; y sin embargo, gustábale demasiado aquello para no dar á entender que ella hallaba allí, á pesar de sus pretensiones nobiliarias, ciertos rastros de una existencia anterior, algún soplo de juventud debido á lejanos recuerdos. Se reía, se agitaba, organizaba bailes; y el roce de su vestido de seda, el ruido metálico de sus pulseras, dejaban en el alma de los presentes una impresión profunda de admiración y de celos.

La boda de Belisario era, pues, muy alegre. Hasta el mismo novio, feliz por utilizar sus pies nuevos, embrollaba con entusiasmo todas las figuras del baile.

En los salones vecinos, escuchaban y decían: "¡Cómo se divierten!„ A cada momento venían á mirarles por la puerta, aprovechando la continua entrada y salida de los mozos con ensaladeras llenas de vino dulce.

Al poco rato, como sucede siempre en esas fiestas, los intrusos principiaron á deslizarse entre los invitados, cuyo número aumentaba continuamente.

Toda aquella gente, saltaba, gritaba; sobre todo, bebía prodigiosamente, y la señora de Belisario hubiera estado muy inquieta si el panadero, patrono, no hubiese declarado que tomaba por cuenta suya todos los gastos del baile.

Pero ya iba á amanecer.

Hacía tiempo que el joven Weber roncaba, tendido sobre un banco, envuelto en el chal alfombrado de su madre. Jack habíale hecho ya á Ida muchos signos, que ella fingió no comprender, arrastrada por el placer que su feliz naturaleza sabía recoger en torno suyo, en donde quiera

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

que se hallara. Parecía un viejo papá tratando de sacar á su hija de una diversión.

—¡Vamos, ya es tarde!

Y pasaba ella, girando en brazos de cualquiera.

—En seguida... Espera.

Pero el baile tomaba un aspecto abandonado y locuelo, que molestaba mucho á Jack, en especial por su madre.

El "Compañero„ principiaba á hacer tonterías, y entre los honestos pasos de la señora Weber, arriesgaba él otros menos inocentes, sin soltar su pipa.

Consiguió Jack apoderarse de su madre, envolvióla en un gran abrigo con capucha, y la hizo subir en el último simón que se hallaba en el camino.

Después de ellos, no tardó en retirarse el matrimonio Belisario, abandonando á sus alegres convidados.

A aquella hora, no había ni tren ni tranvía. Los recién casados decidieron volver á pie por el bosque de Vincennes, llevando Belisario el niño sobre sus hombros y dándole el brazo á su mujer. Gustábales el fresco después del ahogo de la fonda, cuyo aspecto era poco agradable al salir el sol.

El jardincillo, lleno de botellas vacías, de grandes tinas en donde estaban lavando vasos, aparecía en un resto de niebla, sembrado de pedazos de tul, de muselina, arrancados de los vestidos por los tacones de los caballeros, durante el baile.

Mientras se oían aún sonidos agrios de violín en la planta baja, los mozos, atontados, adormilados, pero siempre sardónicos, abrían las ventanas del principal, sacudían las alfombras, regaban los pisos, principiaban á poner la nueva decoración para otra representación.

Algunos individuos, cansadísimos, pálidos y

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ojerosos, pedían coches, se dormían sobre bancos delante de la puerta, mientras venía el primer tren. Había disputas en el mostrador para pagar las cuentas; escenas de familia, riñas, batallas.

Belisario y su mujer se hallaron pronto lejos de aquellas víctimas del placer. Felices, fuertes, con la cabeza erguida, tomaron con paso rápido un camino más corto, humedecido por el alba, lleno de gorjeos de pájaros, de ruidos matinales, y entraron en París siguiendo las grandes avenidas de Bel-Air, sombreadas por acacias florecientes. Era un buen rato de viaje, pero no les pareció largo. El niño durmió durante todo el camino, apoyando confiadamente su gruesa cabeza sobre el pecho del vendedor ambulante, y ni siquiera se despertó cuando le colocaron en su camita de mimbres, al llegar á casa, hacia las seis de la mañana.

Inmediatamente se quitó la señora de Belisario su hermoso vestido azul, su cofia de flores, y se puso su gran delantal. Para ella, el domingo no existía. Lo mismo ese día que otros, hay que distribuir pan.

Comenzó, pues, en seguida su jira, y mientras su hijo y su hombre dormían allí arriba á pierna suelta, la buena mujer lanzaba su recio "¡aquí está el pan!„ á todas las puertas de sus parroquianos con una especie de animosa satisfacción, como si desde aquel momento hubiese ella principiado á reponer todos los gastos de aquella espléndida boda.

No tardó mucho el matrimonio en darse cuenta de la incapacidad del "Compañero,„ y del mal negocio que habían hecho al tomarlo como asociado. La comida de la boda le había ya hecho ver á Belisario, que el individuo aquel era aficionado á la bebida.

Ocho días después, notaba el honrado vendedor

en él otros vicios, sostenidos por una pereza invencible, entrada en la carne de aquel hombre como un virus, y que había enmohecido para siempre sus facultades laboriosas. El "Compañero„ era cerrajero de oficio; pero nadie recordaba haberle visto trabajar, aunque nunca se le veía sin su martillo sobre el hombro y su delantal enrollado debajo del brazo. Ese delantal, que nunca él desdoblaba, servíale de almohada varias veces al día, cuando al salir de una taberna, en la que había rezado una estación demasiado larga, experimentaba la necesidad de una siesta sobre un banco de los boulevares exteriores ó en algún edificio que estaban derribando.

En cuanto al martillo, era éste un atributo y nada más; lo llevaba como la Agricultura en las plazas públicas sostiene el cuerno de la abundancia, de que nunca cae nada. Todas las mañanas, antes de salir, decía él blandiéndolo: "Voy á buscar trabajo.„ Pero preciso es creer que su gesto, su manera de hablar, con su barba inculta y bailándole los ojos furibundos, todo eso hacía que huyera el trabajo, pues nunca el "Compañero„ se lo encontró en el camino, y pasaba todas las horas en el arrabal, de una taberna á otra, "haciendo la pantera,„ como dicen los obreros parisienses, aludiendo sin duda al movimiento de vaivén que se nota en las fieras enjauladas.

Belisario y su mujer tuvieron paciencia al principio. El aire sentencioso del "Compañero„ les imponía algo; y luego, ¡cantaba tan bien el: "Dios ama el trabajo!„ Pero como al fin y al cabo comía con robusto apetito, los recién casados, que reventaban trabajando desde por la mañana hasta por la noche, mientras el "Compañero„ hacía la pantera durante toda la semana, y no traía nunca nada el día primero de mes, principiaron á cansarse.

La señora de Belisario era de parecer que le

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

despidieran sencillamente, devolviéndolo á la calle, al montón de basura donde lo había recogido el vendedor ambulante con su deseo de tener un compañero.

Pero Belisario, á quien su perfecta felicidad matrimonial y sus botas nuevas hacían aún más bondadoso, suplicó á su mujer que tuviera paciencia. Cuando un judío se pone á ser generoso, su caridad no tiene límites.

—¿Quién sabe, decía, si no podríamos llegar á corregirlo, á cambiarlo?

Quedó, pues, convenido que cuando entrara Ribarot pegándose calabazadas contra las paredes, no le darían de cenar, lo cual era una gran privación para el borracho, quien, por un beneficio de la naturaleza, tenía más hambre aquellos días.

Era una comedia el ver los esfuerzos que hacía para no caerse, para saludar sin abrir la boca. Pero la repartidora estaba dotada de una extraordinaria sagacidad, y con frecuencia, mientras servía la sopa por cucharadas, al presentar el "Compañero„ su plato, le soltaba el trapo:

—¿No le da á usted vergüenza sentarse á la mesa en el estado en que se encuentra?... Usted está borracho, bien lo veo.

—¿De veras?... decía Belisario. Sin embargo, me parece que...

—Está bien, sé lo que sé... ¡Andando! A acostarse, y más que á paso.

El "Compañero„ se levantaba, cogía su martillo y su delantal, balbuciendo algunas palabras de súplica ó de dignidad, con una triste mirada hacia la sopa que humeaba, y se marchaba luego á acostarse como un perro en el cuchitril que ocupaba Belisario antes de casarse. No tenía mal vino Ribarot, y bajo aquella barba espesa, sucia y revolucionaria, ocultaba él una cara de niño

vicioso y débil. Y cuando ya se había ido, el vendedor ambulante, con sus gruesos labios llenos de bondad, suplicaba á su mujer:

—Vamos, dale un poco de sopa.

—Lo que es tú, si te escucharan...

—Nada más que esta vez... ¡Anda!...

La mujer se resistía un poco aún, con esa indignación que la mujer del pueblo que trabaja como un hombre, siente contra el hombre que no hace nada; pero siempre acababa ella por ceder y se iba Belisario á llevarle triunfalmente un plato de sopa al "Compañero„ en su perrera, y volvía muy emocionado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Mira, me da lástima verle tan desesperado. Dice que, si bebe, es por disgustos, porque no encuentra trabajo y está á cargo de nosotros.

—¿Y quién le impide hallar trabajo?

—Dice que no quieren darle trabajo porque no tiene ropa decente, y que si pudiese arreglarse un poco...

—¡Pues hombre! Harta estoy de arreglarle... Y su levita de boda que le mandaste hacer sin que yo lo supiera, ¿por qué la vendió?

No podía Belisario contestar á esto.

Sin embargo, aquella buena gente hacía un esfuerzo aún, y le compraban á Ribarot una blusa de trabajo. Una mañana salía él con ropa bien blanquita, un nudo de corbata hecho por la señora de Belisario, y ya no volvía en ocho días, al cabo de los cuales, le hallaban dormido en un nicho, sin la mayor parte de la ropa, no habiendo salvado del desastre más que su martillo y su delantal de cuero.

Despues de algunas juergas por el estilo, ya no esperaban más que una ocasión para deshacerse de aquel intruso, quien, en lugar de ser un alivio para el matrimonio, hacíase una pesada carga. El mismo Belisario tenía que confesarlo, y

con frecuencia venía á quejarse de Ribarot con su amigo Jack, quien mejor que nadie comprendía su pena, pues también él tenía un compañero terriblemente incómodo, pero un compañero de quien no podía quejarse, pues demasiado le quería para eso.

Ida bajaba al gabinete de lectura de la señora Levêque...

VII

IDA SE ABURRE

La primera visita de la señora Barancy á Etioles causóle á Jack una gran alegría y también mucha inquietud. Estaba orgulloso por haber reconquistado á su madre, ¡pero la veía tan loca, tan charlatana, tan imprudente en sus gestos y palabras! Temía el juicio que acerca de ella formulara Cecilia, esa luz imprevista, esas adivinaciones tan rápidas y tan severas, que surgen en los espíritus jóvenes, aun acerca de cosas que ellos ignoran. Los primeros instantes de la entrevista le tranquili-

zaron un poco. Fuera del tono enfático con que Ida llamó á Cecilia "hija mía,„ abrazándola, todo estuvo bien; pero cuando, bajo la influencia de un buen almuerzo, hubo la señora de Barancy dejado su tono grave para volver al tono alegre de la mujer fácil que se ríe para que pueda verse su dentadura; cuando principió á devanar sus historias extravagantes, sintió Jack volver todos sus temores. Y justamente la alegría y la emoción la ponían en vena de aventuras, manteniendo á los auditores bajo la emoción de una sorpresa permanente. Hablaban de los parientes que el Sr. Rivals tenía en los Pirineos. "¡Ah, sí, los Pirineos! suspiró ella. ¡Gavarnie, las gargantas, el mar de hielo!... Hace quince años que hice yo ese viaje, con un amigo de mi familia, el duque de Casares, un español. ¡Vaya un loco!... Estuvo á punto de matarme veinte veces. Figúrense que saliamos en coche á la Daumont con cuatro caballos, y siempre á galope tendido, y con el coche lleno de Champagne. Era un raro completo el duquesito ese... Le conocí en Biarritz y de una manera muy chusca.„

Después, al decir Cecilia que adoraba el mar:

"¡Ay, hija mía, si lo hubiese usted visto como yo, una noche de tempestad junto á Palma!... Estaba en el salón del buque con el capitán, un grosero que quería obligarme á beber punch... Yo no quería... Entonces el miserable se vuelve loco de ira, abre una ventana, me coge por el pescuezo, pues era un hombre muy fuerte, y me tenía suspendida sobre el agua, con la lluvia, la espuma, los relámpagos... ¡Horror!„

Trataba Jack de cortar aquellas peligrosas digresiones; pero siempre se reanudaban por algún sitio, semejantes á esos reptiles cuyos anillos están llenos de vida y se renuevan á pesar de las mutilaciones.

Mas no por eso dejaba Cecilia de tratar á la

madre de su amigo con cariñoso respeto, algo inquieta, únicamente, al ver á Jack tan preocupado aquella mañana. ¿Qué le pasaría al desgraciado, en el momento de principiar á dar su lección, cuando oyó á la joven decirle á su madre: "¿Si bajásemos al jardín?„ Nada más natural; pero el pensar que estarían ambas solas, le llenó de un indecible terror.

¡Qué le contaría Ida!... Y mientras explicaba el doctor, veíalas andar una al lado de la otra en el caminito de la huerta. Cecilia, delgada, esbelta, sobria de gestos, como todas las mujeres verdaderamente elegantes, acariciando con su falda color de rosa los tomillos que bordeaban el camino. Ida, majestuosa, hermosa aún, pero exuberante de atavío, de actitudes. Con una gorra de plumas, resto de sus antiguos esplendores, daba saltitos haciendo la muchachita, y de repente se detenía para ejecutar un gran ademán en redondo, que seguía su sombrilla abierta.

Hablaba sola; y mientras la escuchaba, alzaba de cuando en cuando Cecilia su linda cara hacia la ventana en donde se le aparecían, inclinadas una hacia otra, la cabeza ensortijada del discípulo y la cabellera blanca del profesor. Por primera vez parecióle á Jack que era muy larga la lección, y no quedó contento hasta que pudo recorrer los caminos del bosque, con su novia ligeramente apoyada sobre su brazo. ¿Conocéis por experiencia ese empuje maravilloso que le da la vela al buque, que le hace volar, hendir la corriente, la brisa? Aquello era lo que el enamorado sentía al estrechar bajo el suyo el brazo de Cecilia; entonces las dificultades de la vida, los obstáculos de la carrera que él emprendía, estaba seguro de atravesarlo todo con aire de vencedor, ayudado por una influencia reconfortante que se cernía por encima de él en esas regiones misteriosas en que desencadena sus tormentas el

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

destino. Pero aquel día la presencia de su madre turbaba aquella deliciosa impresión.

Ida nada sabía del amor: lo veía ridículamente sentimental, ó bien en alegre juerga. Soltaba, al designarle los enamorados al médico, risitas atrevidas, exclamaciones picarescas, ó bien se apoyaba sobre su brazo, con largos suspiros de órgano expresivo: "¡Ah, doctor, qué cosa tan hermosa es la juventud!„ Mas lo peor de todo era las susceptibilidades que se le ocurrían súbitamente sobre las conveniencias sociales; llamaba á los jóvenes pareciéndole que se alejaban demasiado: "¡Niños, no vayáis tan lejos... que los veamos á ustedes...„ Y soltaba miradas singularmente significativas.

Dos ó tres veces sorprendió Jack una mueca del buen doctor. ¡Bien claro estaba que le aburría! Pero á pesar de todo, estaba tan hermoso el bosque, Cecilia tan completamente afectuosa, mezclábanse tan bien las palabras que decía con el murmullo de las abejas y el ruido de los moscardones en lo alto de los robles, á las charlas de los nidos y de los riachuelos en las hojas, que poco á poco el pobre muchacho acabó por olvidar á su terrible compañero. Mas no había tranquilidad duradera con Ida; siempre había que temer algún estallido.

Los paseantes se detuvieron un momento en casa del guarda. Al ver á su antigua ama, confundióse la señora Archambauld en saludos, en cumplimientos de toda especie, sin siquiera preguntar por el señor, pues su malicia de labriega le decía que no había que nombrarlo. Pero la vista de aquella buena mujer, mezclada durante tanto tiempo á la vida común, fué desastrosa para la antigua señora D'Argenton. Sin querer probar la merienda que apresuradamente preparaba la señora Archambauld en la sala, levantóse de repente y tomó sola el camino de Aulnettes á

grandes pasos, como si alguien la llamase. Quería ver de nuevo *Parva domus*.

La torrecilla de la casa estaba cubierta de parra y de hiedra, que la encerraban, la aprisionaban de arriba á abajo. Sin duda estaba ausente Hirsch, pues estaban cerradas todas las persianas y reinaba completo silencio en el jardín. Detúvose Ida un momento escuchando cuanto le decían aquellas piedras mudas, pero tan elocuentes; luego cortó una rama de clemátide que arrojaba del otro lado de la pared millares de estrellitas blancas, y la aspiró largo tiempo, con los ojos cerrados, sentada sobre los peldaños del umbral.

—¿Qué tienes? le preguntó Jack, quien, muy inquieto hacía un rato que la buscaba.

Y contestó ella, con la cara inundada de lágrimas:

—No es nada... un poco de emoción. ¡Tengo tantas cosas enterradas ahí!...

La verdad es que con su silenciosa melancolía, con la inscripción latina encima de la puerta, la casita aquella semejábase á una tumba.

Secó Ida sus lágrimas, pero ya no volvió á reaparecer su alegría. En vano Cecilia, á quien le habían dicho que estaba la señora D'Argenton separada de su marido, trató de borrar con sus caricias aquella penosa impresión; en vano trató Jack de interesarla con sus hermosos proyectos de porvenir para distraerla de los años transcurridos.

—Mira, hijo mío, decíale ella al volver por la noche á la estación de Ivry: no te acompañaré mucho por aquí. He padecido demasiado; está muy reciente la herida.

Su voz temblaba al hablar.

De modo que, á pesar de lo que aquel hombre le había hecho pasar, después de las humillaciones, de los ultrajes que de él había recibido,

aún le quería, todavía no había podido olvidarle.

Pasaron muchas semanas sin que asomara Ida por Etiolles, y tuvo Jack que dividir su día de vacaciones, dándole la mitad á Cecilia, pero renunciando á lo más grato de aquellas entrevistas: á los paseos por el bosque, á las buenas charlas que tenían lugar al caer el día sobre el rústico banco de la huerta para volverse á París, en donde le esperaba su madre con la mesa puesta. Tomaba los trenes de por la tarde, desiertos y abrasando, pasando de la tranquilidad del campo á la animación de los domingos en los arrabales. Los ómnibus llenos, las aceras invadidas por las mesas de los cafés, en donde familias enteras, el padre, la madre, los chiquillos, sentábanse delante de los vasos de cerveza y de los periódicos ilustrados; gente allí parada, mirando por encima de la fábrica de gas un enorme globo amarillo que subía, formando toda aquella muchedumbre singular contraste con lo que él acababa de dejar, que quedaba como aturdido y desconsolado. En la calle de Panoyaux, más desierta, hallaba otra vez costumbres de provincia, juegos de volante delante de las puertas y en el patio de la gran casa silenciosa, y el portero con algunos vecinos, sentados en sillas y saboreando el fresco producido por riegos frecuentes.

Generalmente, cuando él llegaba estaba su madre hablando en el pasillo con el matrimonio Levindré.

Belisario y su mujer, que salían todos los domingos de doce de la tarde á doce de la noche, de buena gana se hubieran llevado á la señora de Barancy; pero avergonzábase ésta de exhibirse con aquellas pobres gentes, y gustábale mucho, además, la compañía de aquella pareja de obreros perezosos y charlatanes.

La mujer de Levindré, costurera de oficio, esperaba desde hacía dos años, para ponerse á tra-

bajar, que pudiera comprar una máquina de coser, en seiscientos francos; ¡seiscientos francos, ni un céntimo menos! En cuanto al marido, amo antes de una tienda de joyería, decía que no quería trabajar sino por cuenta propia. Con algunos socorros que los parientes de uno y de otro les proporcionaban, iba trampeando aquel matrimonio, verdadero nido de rencores, de revueltas, de quejas contra la sociedad.

Ida se entendía muy bien con ellos, doliéndose de su miseria, dándose hartazgos de admiraciones, de adulaciones prodigadas por aquellos individuos, que esperaban sacarle los seiscientos francos de la máquina de coser, ó la cantidad necesaria para instalar un comercio de joyería, pues habíales dicho ella que estaba en un apuro momentáneo, pero que el día que á ella le diera la gana, volvería á ser muy rica.

Aquel oscuro y estrecho pasillo, ¡cuántos suspiros, cuántas confidencias oyó!...

—¡Ah, señora Levindré!...

—¡Ah, señora de Barancy!...

Y el Sr. Levindré, que había inventado todo un sistema político, lo desarrollaba en frases grandilocuentes, mientras que desde la perrera en que dormía el "Compañero„ su borrachera, subía un ronquido sonoro y monótono. Mas también los Levindré iban á veces el domingo á ver á unos parientes, á ciertos amigos, ó bien asistían á comidas de francmasones, lo cual les ahorraba gasto.

Aquellos días, para huir del aburrimiento, de la melancolía y de la soledad, bajaba Ida al gabinete de lectura de la señora Levêque, en donde estaba Jack seguro de hallarla.

Aquella tiendecita pobre, llena de libros con forro verde que despedían un olor húmedo, estaba totalmente atestada de revistas, de antiguos periódicos ilustrados, con grabados de modas en

el escaparate, y sólo recibía un poco de aire y de luz de la puerta abierta. Allí vivía una vieja, archivieja, pretenciosa y sucia, que se pasaba el día haciendo cintajos de los que llevaban nuestras bisabuelas. Parece ser que la señora Levêque había conocido días mejores, y que en tiempos del primer Imperio era su padre un personaje de consideración: algún ujier de la Corte ó conserje de Palacio. "Soy nieta del duque de Dantzick...„ decíale á Ida con énfasis. Era aquella mujer uno de esos viejos campeones de las cosas pasadas, que sólo se hallan en los barrios excéntricos, arrojados por el perpetuo oleaje del París moderno. Semejante á los polvorientos libracos de su tienda, con dorso de lustrina, todos incompletos ó rotos, estaba su conversación llena de esplendores románticos y desdorados. El deslumbramiento de aquel reino mágico, del que sólo había visto el final, habíale dejado en la vista como la visión de un espejismo, y sólo la manera de cómo decía "los señores mariscales„, representaba todo por un desfile de penachos, de bordados, de agujetas, de sombreros rodeados de armiño blanco. ¡Y las anécdotas sobre Josefina, los chistes de la mariscala Lefèvrel... Había, sobre todo, una historia que la señora Levêque contaba aún mejor y con más frecuencia que las demás; era el incendio de la embajada de Austria, la noche del famoso baile dado por la princesa de Schwartzenberg. Toda su vida quedó alumbrada por el reflejo de aquel célebre incendio, y en aquella llama veía ella pasar los brillantes mariscales, las damas con talle alto, descotadas, con peinados griegos ó romanos, y el Emperador con frac verde y calzón blanco, llevando en sus brazos, por el jardín ardiendo, á la señora de Schwartzenberg desmayada.

Con su manía de nobleza, hallábase bien Ida junto á aquella vieja loca. Y mientras estaban

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

allí sentadas en el oscuro tenducho, haciendo sonar nombres de duques, de marqueses, cual anticuarios ordenando cobres antiguos ó alhajas rotas, entraba un obrero á comprar un periódico de cinco céntimos, ó alguna mujer del pueblo, impaciente por saber la continuación de algún folletín, venía á ver si había ya salido éste, y daba sus diez céntimos, privándose de su rapé si era vieja, y del manojo de rábanos de su almuerzo si era joven, para devorar las aventuras de *El Jorobado* ó de *Monte Cristo,* con esa hambre de lecturas románticas que distingue al pueblo de París. Por desgracia, tenía la señora Levêque nietos sastres, para libreas del Arrabal San Germán,—"sastres de la nobleza„, como ella decía—que la convidaban á comer cada quince días; y para pasar el domingo no tenía entonces otro recurso la señora de Barancy que el recorrer los tomos de la tenducha, un montón de ejemplares descabalados, ajados, manchados por todos los dedos del arrabal y conservando entre sus hojas migas de pan ó manchas de grasa, que probaban que los habían leído comiendo. Aquellos libros contaban perezas de muchachas de vida alegre, ocios de obreros y hasta pretensiones literarias, pues muchos tenían en sus márgenes apuntes con lápiz, notas extravagantes.

Quedábase allí sentada y sola delante de la ventana, leyendo sus novelas hasta que se mareaba. Leía para evitarse pensar y sentir. Fuera de su centro en aquella gran casa obrera, las ventanas laboriosas que tenía enfrente de ella no le causaban, como á su hijo, una excitación al trabajo, sino un cansancio mayor, un descorazonamiento más amargo. La mujer siempre triste que sin cesar cosía junto á la ventana, la pobre vieja que decía "los que están en el campo con un tiempo semejante...„ aumentaban su aburrimiento con su queja muda ó formulada. La pure-

za del cielo, el calor del verano, sobre todas aquellas miserias, presentábanselas más negras, así como la ociosidad del domingo, en el que sólo se oían las campanas de la iglesia, mezcladas con los silbidos de las golondrinas, pesábanle con su silencio y su tranquilidad. Y ella recordaba sus paseos de otros tiempos, paseos en coche, jiras campestres que se le aparecían, doradas por el sentimiento como por una puesta de sol desaparecida. Pero los años de Etiolles, más recientes, le causaban una herida mucho más viva. ¡Oh, qué hermosa vida, con sus alegres comidas, la chillería de los convidados al bajar del coche, las largas veladas sobre la terraza italiana, y ÉL, de pie contra un pilar, con la frente alzada y el brazo tendido, recitando á la claridad de la luna:

Yo creo en el amor como creo en Dios!

¿En dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Cómo no le había escrito desde hacía tres meses que estaba sin saber de ella? Entonces el libro se le caía de las manos y permanecía pensativa, con la mirada vaga, hasta que volvía su hijo, á quien trataba ella de sonreir. Pero él adivinaba en seguida el desorden de su estado moral, por el desorden del cuarto, por la desidia de aquella mujer, antes tan coqueta, y que arrastraba ahora por la buhardilla un peinador sucio y babuchas indolentes. Nada había preparado para la comida:

—Ya ves, no he hecho nada. Este calor mata. Y luego estoy tan desanimada...

—¿Y por qué? ¿No te hallas bien conmigo? Te aburres, ¿verdad?

—No, no me aburro... ¡Aburrirme contigo, mi Jack!

Abrazábale ella con pasión, tratando de agarrarse á él para sustraerse al abismo en que se sentía desaparecer.

—Vamos á comer fuera, decía Jack...; eso te distraerá.

Pero faltábale á Ida la distracción suprema de poder vestirse con riqueza, de poder sacar del armario en donde quedaban colgados sus lindos trajes de otro tiempo, demasiado coquetones, demasiado excéntricos para su situación presente, y cuyo lujo pedía el de un coche, ó por lo menos un barrio muy distinto. Vestíase tan modestamente como podía para aquellos paseos por calles pobres. Pero á pesar de todo, siempre había en su traje algo llamativo: la abertura de su corpiño, los rizos de su cabello, los grandes pliegues de sus enaguas; y Jack afectaba á propósito un porte de hombre bonachón y serio, protegiendo con toda su seriedad aquella madre que se ostentaba como una querida.

Ibanse entre aquellas largas hileras de burguesillos, de obreros con ropa dominguera, andando despacito, unos detrás de otros, por calles y boulevares cuyos letreros conocían ellos letra por letra; mezcla de caras honradas y de aposturas grotescas, levitas que suben hasta el pescuezo, chales que bajan hasta la espalda, trajes fuera de moda, exhibidos únicamente aquel día de domingo, sinónimo de reposo y de paseo, y que llena toda la ciudad de un vaivén, de un murmullo de muchedumbre que se esparce por todos lados después de una fiesta de fuegos artificiales.

Nótase, en efecto, algo de ese cansancio en el final del domingo, final ya oscurecido por la preocupación del día siguiente.

Jack y su madre seguian la ola viviente; parábanse en una fondita de Bagnolet ó de Romainville y comían melancólicamente. Hacían por hablar juntos, por mezclar sus ideas; pero esa era la gran dificultad de su existencia en común. Desde tanto tiempo como hacía que vivían lejos uno de otro, harto distinta había sido la suerte

de ambos. Si se sublevaban las delicadezas de Ida ante el grosero mantel del fonducho, apenas lavado de antiguas manchas de vino; si limpiaba con asco su vaso y su cubierto, Jack casi no se daba cuenta de los descuidos del servicio, acostumbrado desde hacía largo tiempo á todas las repugnancias que trae consigo la pobreza. En cambio, su espíritu elevado, su inteligencia cada día más ensanchada, extrañábanse de la vulgaridad de su madre, ignorante, sí, pero instintiva antes, falseada ahora por su larga estancia en medio de los Fracasados. Tenía frases típicas, maneras de hablar tomadas de D'Argenton, un tono pedante y áspero en todas las discusiones que ambos tenían: "Pues yo... pues yo...„ Siempre principiaba así, y acababa con algún gesto desdeñoso, que significaba claramente: "Demasiado buena soy en meterme á discutir contigo, pobre obrero...„

Merced á este milagro de asimilación que hace que al cabo de algunos años de matrimonio se parezcan el marido y la mujer, asustábase Jack al ver sobre el hermoso rostro de su madre expresiones del "enemigo„; hasta aquella sonrisa puntiaguda, espanto de su infancia tan variada. Nunca escultor manejando una arcilla dócil la moldeó mejor que aquel falso poeta, atormentado de dominación, había moldeado á aquella débil mujer.

Después de la comida, uno de sus favoritos paseos durante aquellas largas tardes de verano era el jardín de las Alturas de Chaumont, que acababan de terminar; jardín inmenso y melancólico, improvisado en las antiguas Alturas de Montfaucon, adornado de grutas, de cascadas, de galerías, de puentes, de precipicios, de ramas de pinos rodando por las pendientes. Aquel parque tenía un lado artificial y romántico, que le hacía á Ida de Barancy el efecto de un parque gran-

dioso. Dejaba arrastrar su vestido con delicia sobre la arena de los caminos; admiraba los macizos de plantas exóticas, las ruinas, en las que de buena gana hubiera ella grabado su nombre. Y cuando se habían dado un buen paseo, subían á sentarse en lo alto sobre un banco, dominando la vista admirable que se ofrece desde aquellas alturas. Un París azulado, envuelto en polvo flotante, extendíase á sus pies. Una cuba gigante, despidiendo vapor y rumores confusos. Los cerros que envuelven los arrabales formaban en aquel vapor como un círculo inmenso, unido al antiguo Montfaucon por Montmartre y el Père-Lachaise.

Más cerca de ellos, tenían el espectáculo de la alegría popular.

En los caminos revueltos, entre las plazoletas del jardín, los tenderillos de levita, guantes y sombrero de copa, circulaban alrededor de la música; mientras que arriba, en lo que quedaba de los antiguos cerros, entre el césped calvo y el suelo color de ocre rojo, familias de obreros desparramados como un gran rebaño en las faldas del monte, corrían, se revolcaban, se dejaban escurrir por la pendiente, echaban cometas, con gritos lanzados en una atmósfera sumamente sonora, por encima de la cabeza de los paseantes. ¡Cosa extraña! Ese magnífico jardín, dispuesto en pleno barrio obrero, un halago del Imperio á los habitantes de La Villette y de Belleville, parecíales demasiado cuidado, demasiado afinado, y lo dejaban por sus antiguos cerros, más escabrosos, más campestres.

Ida miraba aquellos juegos con cierto desdén, y también allí su actitud, la languidez de su cabeza sobre su mano abierta, los arabescos de su sombrilla sobre la arena, todo decía: "¡Cuánto me aburro!„

Sentíase Jack muy insuficiente ante aquella

persistente melancolía; hubiera querido conocer alguna familia honrada, y no demasiado vulgar, en la que hallara su madre mujeres á quienes confiar todas las puerilidades de su espíritu. Una vez creyó hallar lo que buscaba. Era justamente en el jardín de las Alturas de Chaumont, un domingo. Delante de ellos andaba un buen viejo, de aspecto rústico, encorvado, con chaqueta parda, escoltado de dos niños, hacia los cuales se inclinaba con ese interés y esa paciencia inalterable que sólo tienen los abuelos.

—Yo conozco esas trazas, decíale Jack á su compañera. ¡Pues ya lo creo!... No me equivoco... Ese es el señor Roudic.

El señor Roudic, en efecto; pero tan envejecido, tan caído, que el antiguo aprendiz de Indret le reconoció, sobre todo, por la muchachita que andaba á su lado, cuadrada, mofletuda, fabricada á trompicones: una reducción de Zenaida, mientras sólo le faltaba al niño un kepis de aduana para parecerse del todo al Sr. Mangin.

—¡Hombre! ¡El nene!... díjole el buen hombre á Jack, que se acercaba á él, y tuvo una triste sonrisa que iluminó su cara, poniendo de manifiesto todos los estragos del sufrimiento.

Entonces notó Jack que llevaba una ancha gasa en el sombrero; y temiendo recrudecer recientes dolores, no se atrevía á preguntarle por nadie, cuando á un recodo del camino apareció Zenaida, más maciza que nunca, ahora que había cambiado su falda de gruesos pliegues por un verdadero vestido, y su cofia por un sombrero parisiense. Una facha; ¡pero tan buena!... Iba del brazo del Sr. Mangin, el antiguo sargento, que había ascendido y estaba ahora en las aduanas de París, y cuyo uniforme, de paño fino, tenía galones de oro en las mangas. ¡Qué orgullosa estaba Zenaida de aquel bonito oficial! ¡Cuánto parecía quererle á su Mangin, á pesar de parecer tratarle á trompico-

nes, contestando por él á cada momento! Además, preciso es creer que á Mangin le gustaba ser tratado así, pues tenía una cara de felicidad, expansiva, y su manera de mirar á su mujer denotaba que si hubiese de recomenzar, ahora que la conocía, la tomaría sin dote.

Jack presentó su madre á todas aquellas buenas gentes; y como andaban en dos grupos:

—¿Qué ha sucedido? preguntóle en voz baja á Zenaida. ¿Acaso Clarisa?...

—Sí, murió hace dos años, de una manera espantosa: ahogada en el Loira.

Y añadió Zenaida, bajando la voz:

—Al padre le decimos que fué un accidente; pero usted que la conocía, Jack, bien sabe usted que no murió por un accidente, sino que ella misma se mató, porque ya no veía á su nantés... ¡La verdad, hay hombres!... ¡No sé lo que le dan á una en la bebida!...

Estaba lejos de sospechar la buena Zenaida que al hablar así, atormentábale el corazón á Jack, el cual miraba á su madre suspirando.

—¡Pobre señor Roudic! continuó Zenaida; también creímos que él la seguiría... Y eso que nunca ha sospechado la verdad; que si la sospecha... Cuando trasladaron á París al Sr. Mangin, le trajimos con nosotros, y vivimos todos juntos en la calle de las Lilas, en Charonne, una callejuela en la que no hay más que jardines, junto al cuartel de la Aduana... Vendrá usted á verle, ¿verdad, Jack?... Bien sabe usted que siempre quiso mucho á su nene... Quizás consiga usted hacerle hablar. A nosotros nunca nos dice una palabra... Sólo los niños le divierten, le interesan. Pero acerquémonos; ya ha mirado dos ó tres veces de este lado. Sospecha que hablamos de él, y eso no le gusta.

Ida, que estaba en gran conversación con el Sr. Mangin, se detuvo de repente al ver á Jack

junto á ella. ¿Qué decía ella tan interesante? Una palabra del señor Roudic lo puso en seguida al corriente:

—¡Hombre, sí, charlaba bien, y se aficionó mucho al pastel de centeno!

Comprendió que se trataba de D'Argenton. Pidiéronle á Ida noticias de su marido; y, feliz al poder hablar de él, extendióse sobre aquel interesante asunto. El talento del poeta, sus luchas artísticas, la alta situación que ocupaba en la literatura, los asuntos de dramas ó de novelas que removía en su cerebro, todo lo contó ella, todo lo analizó, mientras los demás la escuchaban por cortesía, sin entender una palabra. Separáronse con promesa de verse de nuevo.

Estaba Jack contentísimo por haber hallado á aquellas buenas gentes, de trato más agradable para su madre que los Levêque y los Levindré, y de una condición social algo superior á la pareja Belisario. Fué, pues, á su casa algunas veces con Ida, y halló de nuevo, en un estrecho cuartito de suburbio, las conchas, las esponjas, los hipocampos, sobre la chimenea como en Indret, y los grabados de santos del cuarto de Zenaida, y el grueso armario con sus adornos de hierro: todo un interior bretón expatriado junto á las fortificaciones, con una ilusión de campiña en torno suyo. Gustábale estar en aquel lugar honesto y de una limpieza de provincia. Pero no tardó en notar que su madre se aburría con Zenaida, demasiado trabajadora, demasiado positiva para ella, y que allí, como en todas partes adonde la llevaba, perseguíala la misma melancolía, el mismo malestar que expresaba ella con estas tres palabras:

—¡Huele á obrero!

La casa de la calle de Panoyaux, el pasillo, el cuarto que ella ocupaba con su hijo, el pan que comía, todo le parecía impregnado de un olor y

de un gusto especiales, de ese aire viciado de los barrios pobres que las acumulaciones de pueblo, los humos de taller, el sudor del trabajo, mantienen en ciertas partes de las grandes ciudades. "¡Huele á obrero!„

Si abría ella su ventana, hallaba ese olor en el patio; si salía, aportábale la calle, en sus bocanadas malsanas; y las gentes á quienes ella veía, su mismo Jack cuando volvía del taller con su blusa manchada de aceite, exhalaban aquel mismo olor miserable que se apoderaba de ella, penetrándola de una inmensa tristeza, de ese descorazonamiento, causa de los suicidios.

Hallóse frente á frente con Jack „

VIII

¿CUÁL DE LOS DOS?

Una tarde, Jack halló á su madre en un estado de exaltación extraordinaria, brillándole los ojos, la tez animada, libertada de aquella atonía que ya principiaba á inquietarle.

—D'Argenton me ha escrito, díjole ella en seguida; sí, hijo mío, ese señor se ha atrevido á escribirme... Después de haberme dejado cuatro meses sin saber de él, ha acabado por impacientarse al ver que yo no me movía... Me escribe para avisarme que vuelve á París, de regreso de un corto viaje, y que si necesito de él, está á mis disposición.

—¿Y supongo que no necesitas de él? preguntó Jack, que acechaba á su madre, muy emocionado.

—¡Yo necesitar de él!... ¡Ya ves si me acuerdo de ese señor!... Él sí que debe hallarse muy solo sin mí... Un hombre que nada sabe hacer con sus manos, sino manejar un portaplumas. ¡Ah! ¡Ese sí que es un artista!

—¿Y vas á contestar?

—¿Contestar?... A un insolente que se ha permitido alzar la mano sobre mí... ¡Ah! No me conoces. Gracias á Dios, tengo más orgullo que todo eso... Ni siquiera he acabado de leer su carta. La he tirado no sé dónde, y la he roto en mil pedazos .. No es, ciertamente, con mujeres educadas como yo lo he sido, en un castillo, en medio de la opulencia, con quien se pueden permitir semejantes fantasías... Pero de todas maneras, me gustaría á mí ver su interior, ahora que yo no estoy allí, para ponerlo todo en orden. ¡Buen desbarajuste debe ser aquello! A no ser que... Pero cá! no es posible. No se hallan todos los días tontas como yo... Además, bien claro está que se aburría, puesto que se ha visto obligado á ir á pasar dos meses á..., á... ¿cómo demonios se llama ese pueblo?

Y sacó ella tranquilamente de su bolsillo la carta que pretendía haber roto y tirado, buscando en ella el nombre que deseaba saber:

– ¡Ah, sí!... á las aguas de Royat es donde ha ido... ¡Qué locura! Es lo peor que hay para él, esas aguas minerales... Después de todo, que haga lo que le dé la gana; á mí no me importa.

Sonrojóse Jack por ella, al verla mentir de aquella manera, pero no le hizo observación alguna. Durante toda la velada sintió en torno de la mesa esa actividad inquieta de la mujer, que trata de ahuyentar un pensamiento con la agitación. Había ella hallado su animación de los primeros días, arreglaba, limpiaba el cuarto; y mientras andaba, mientras se ocupaba, mascullaba palabras de censura, acompañándolas con

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

movimientos de cabeza. Luego venía á apoyarse sobre la silla de Jack, le besaba, mimándole:

—¡Qué valiente eres, querido mío! ¡Cuánto trabajas!

Al contrario, estaba trabajando muy mal, preocupado por lo que pasaba en el alma de su madre.

—¿Soy ciertamente yo á quien ella besa? decíase el muchacho; y sus sospechas hallábanse confirmadas por un ligero detalle, que probaba hasta qué punto el pasado triunfante se había vuelto á apoderar de aquel pobre corazón de mujer. No cesaba de tararear la romanza favorita de D'Argenton, cierto "vals de las hojas„, que el poeta solía estropear al piano, al caer de la tarde, sin luz:

¡Como locas girad, pobres hojas,
girad, como locas, girad!

Sentimental y lento, aquel estribillo, que ella estropeaba aún, arrastrando las notas finales, la preocupaba, la perseguía; lo dejaba, lo volvía á repetir, por fragmentos, cual si hubiese marcado los intervalos de su pensamiento. Música y palabras, todo recordaba á Jack momentos de vergüenza y de dolor. ¡Ah! Si se hubiese atrevido, ¡qué duras verdades habríale dicho á aquella insensata; de qué buena gana hubiese echado á la basura aquellos ramilletes ajados, todas aquellas hojas muertas y secas, bastante locas para bailar aún en aquella pobre cabeza vacía, llenándola con sus torbellinos! Pero era su madre. La amaba; quería, á fuerza de respeto, obligarla á que ella misma se respetase; no le habló, pues, de nada. Unicamente aquel primer aviso del peligro había lanzado su espíritu en todos los tormentos celosos de los seres á quienes se va á ha-

cer traición. Llegó hasta á acechar el aspecto que tenía ella cuando se iba; y cuando volvía, la acogida de su sonrisa. Tenía por ella esas fiebres, esos mareos que aporta la soledad á las mujeres ociosas. Y no había medio de hacerla vigilar; era su madre. A nadie podía dar parte de la desconfianza que le inspiraba.

Ida, sin embargo, desde la carta de D'Argenton, habíase entregado con más valor á las ocupaciones caseras; cuidaba de la casa, preparaba la comida de su hijo, y hasta sacaba del olvido en que lo había dejado el libro de gastos, lleno de claros. Jack seguía desconfiando. Conocía la historia de esos maridos engañados, cuya vigilancia queda envuelta en cariños, en atenciones delicadas, y que pueden darse cuenta de la fecha de su infortunio por las manifestaciones de un remordimiento tácito. Una vez, al volver del taller, creyó ver á Hirsch y á Labassindre, cogidos del brazo, volver el ángulo de la calle de Panoyaux. ¿Qué podía ocurrirles en aquel barrio perdido, tan lejos de la *Revista* y del malecón de los Agustinos?

—¿No ha venido nadie?... preguntóle al portero; y por la manera que tuvo de contestarle, notó que le engañaban, que había ya algún complot organizado contra él.

El domingo siguiente, al volver de Etiolles, halló á su madre tan completamente abismada en su lectura, que no le oyó subir. No se habría fijado en aquello, acostumbrado como estaba á su afán de leer novelas; pero hizo Ida desaparecer demasiado pronto el libro abierto sobre sus rodillas.

—¡Me has asustado!... dijo ella al mismo tiempo, exagerando á propósito su emoción para desviar la atención de Jack.

—¿Qué estabas leyendo?

—¡Oh! nada, tonterías... ¿Qué tal están nues-

tros amigos, el doctor y Cecilia? ¿La has abrazado bien por mí á esa querida niña?

Pero á medida que hablaba, poníase sonrojada, pues era una de las particularidades de aquella naturaleza de niño, el de mentir fácilmente y el de no poder ocultar la mentira. Molestada por aquella mirada que no se apartaba de ella, levantóse nerviosa:

—¿Quieres saber lo que leo?... Pues mira.

Reconoció él la cubierta satinada de la *Revista,* que leyó él por vez primera en el departamento de calderas del *Cydnus,* sólo que mucho más disminuida, reducida á la mitad, impresa sobre papel delgado y malo, y con ese aspecto especial de las revistas en que no se cobra. Mas el mismo énfasis ridículo, títulos retumbantes y vacíos, estudios sociales llenos de delirio, ciencia de taberna y poesías de gaita de feria. Jack ni siquiera hubiera abierto aquel libraco grotesco, á no haberle llamado la atención el título siguiente, encabezando el sumario:

"SEPARACIÓN

POEMA LÍRICO

por el vizconde Amaury D'Argenton.„

Y principiaba así:

"A UNA QUE SE HA MARCHADO

¡Cómo! ¡Sin una palabra de despedida!
¡Cómo! ¡Sin volver la cabeza!
¡Cómo! ¡Ni siquiera una mirada hacia el umbral abandonado!
¡Cómo!...»

Y seguían doscientos versos, largos y menudos, ennegreciendo las páginas como una prosa fastidiosa; y no era más que el preludio. Para

que no hubiera equivocación posible, el nombre de Carlota, que repetía cada cuatro ó cinco versos, indicaba suficientemente la intención del autor. Jack tiró el libro, encogiéndose de hombros:

—¿Y ese miserable se ha atrevido á enviarte eso?

—Sí; dejaron el número abajo, hace dos ó tres días, dijo ella tímidamente...: no sé quién.

Hubo un momento de silencio. Ida estaba deseando recoger el libro, pero no se atrevía. Por fin se inclinó con movimiento indiferente. Jack lo notó.

—¡Supongo que no querrás conservar aquí eso! Estos versos son ridículos.

Ida se irguió:

—¡Hijo mío, no soy del mismo parecer!

—¡Vamos! Por más que se desgañita para aparecer conmovido, por más que chilla como una cigüeña, no consigue emocionarnos.

—No seamos injustos, Jack. (Su voz temblaba.) Bien sabe Dios que yo conozco al Sr. D'Argenton mejor que nadie, y los defectos de su naturaleza, puesto que los he tenido que sufrir. El hombre, te lo abandono. En cuanto al poeta, eso es otra cosa.

Según parecer de todo el mundo, el Sr. D'Argenton tiene la *nota conmovida* como nadie la ha tenido en Francia... ¡La nota conmovida, hijo mío!... Musset la tenía, pero sin elevación, sin ideal. Desde ese punto de vista, el *Credo del Amor* es incomparable.

Sin embargo, me parece que ese principio de la *Separación* tiene algo más tierno aún. Esa mujer que se va, una mañana, con vestido de baile, en medio de la niebla, sin una palabra de despedida, sin volver la cabeza.

No pudo Jack contener un grito de indignación:

—¡Pero si esa mujer eres tú! ¡Y bien sabes cómo te has marchado, en qué odiosas circunstancias!

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Y contestó ella estremeciéndose:

—Hijo mío, por más que trates de humillarme, renovando el ultraje al recordármelo, hay aquí una cuestión de arte, y creo que entiendo de esto algo más que tú. Aunque el Sr. D'Argenton me hubiese ultrajado cien veces más, no me impediría eso reconocer que es una de las celebridades literarias de estos tiempos. Más de uno habla de él con desprecio, y el día de mañana dirá con orgullo: "Yo le conocí... me senté á su mesa „

Y salió majestuosamente para reunirse con la señora Levindré, la eterna confidente; y Jack, que ya se había puesto á trabajar—era su único recurso en sus disgustos aquel trabajo que le aproximaba á Cecilia,—oyó al poco rato, en casa de los vecinos, una lectura en voz alta, interrumpida por exclamaciones entusiastas y lágrimas encubiertas por el ruido de los pañuelos.

—Estemos firmes... ¡Se acerca el "Enemigo!„ pensaba el pobre muchacho.

Y no se equivocaba.

Amaury D'Argenton se aburría tanto sin Carlota, como ésta sin él. Víctima y verdugo, indispensables uno á otro, sentían profundamente, cada uno por su lado, el vacío de las existencias descabaladas.

Desde el primer día de la separación, el poeta había tomado una actitud de corazón herido, y dado á su gruesa cabeza paliducha una actitud dramática y byroniana. Frecuentaba los restaurants de noche, y cervecerías en donde se cena, rodeado de su escolta de aduladores y de explotadores, á quienes hablaba él de Ella, nada más que de Ella. Quería hacer decir á los hombres y á las mujeres allí presentes:

—Es D'Argenton, el gran poeta... Su querida le ha dejado, y trata de aturdirse.

Trataba de aturdirse, en efecto; cenaba fuera, pasaba las noches de juerga; pero pronto se can-

só de aquella existencia irregular y costosa. Claro está que es de gran efecto el dar un puñetazo sobre la mesa de un restaurant de noche, gritando: "¡Mozo, un ajenjo puro!...„ para que digan los provincianos de alrededor: "Se está matando... Es por una mujer... Sin embargo, cuando el estómago no lo admite, cuando después de haber pedido muy alto: "Un ajenjo puro!„, se ve uno obligado á decirle al mozo en voz baja: "¡Mucha goma!„ preciso es convenir en que son esas actitudes demasiado heroicas.

Al cabo de algunos días de aquella existencia, acabó D'Argenton de estropearse el estómago; reaparecieron las "crisis„ más frecuentes, y la ausencia de Carlota se hizo sentir en todo su horror. ¿Qué otra mujer hubiese podido aguantar aquellas quejas continuas, tener presente la hora de los jaropes y traérselos al poeta con la religión de Fagón cuidando al gran rey?. Volvía á ser presa de puerilidades de enfermo. Tenía miedo á estar solo, y siempre conservaba á alguien: á Hirsch ó á otro, acostado en el diván. Las noches le parecían lúgubres, porque estaba rodeado del desorden, de la suciedad que todas las mujeres, aun aquella loca de Ida, saben evitar en torno de ellas. La lumbre no calentaba, la lámpara ardía mal, entraba el aire por debajo de las puertas; y herido en su egoísmo, en lo que más sensible tenía D'Argenton, echó, en efecto, de menos á su compañera.

Fué verdaderamente desgraciado á fuerza de haberlo querido parecer. Entonces, para distraerse, trató de viajar, pero no le sentó el viaje; por lo menos así lo demostraba el tono lamentoso de su correspondencia.

—"Ese pobre D'Argenton me ha escrito una carta...„ decíanse los Fracasados entre ellos, con tono á la vez contrito y satisfecho.

A todos les escribía "cartas desesperadas.„ Era

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

lo que reemplazaba "las palabras crueles.„ De lejos, como de cerca, una idea fija le roía el corazón: "Esa mujer pasa sin mí, es feliz sin mí, por su hijo. Su hijo llena todos sus deseos.„ Este pensamiento lo exasperaba.

—Haz un poema sobre eso, le dijo Moronval, al verle tan triste al volver como cuando se fué... Eso te aliviará.

En seguida se puso á escribir, y sucediéndose las rimas con el sistema de trabajo sin tachas que desde largo tiempo había adoptado el poeta, pronto hubo compuesto el prólogo de "La separación.„ La desgracia fué que la composición poética, en vez de calmarle, le excitó más aún. Y como necesitaba calentarse los sesos, imaginó una Carlota ideal, más hermosa, más seráfica que la otra, elevada por encima de la tierra, de toda la altura de su inspiración forzada.

Desde aquel momento la separación se hizo intolerable.

En cuanto hubo publicado la Revista el prólogo del poema, Hirsch y Labassindre quedaron encargados de llevar un ejemplar á la calle de Panoyaux. Una vez puesto aquel cebo, viendo D'Argenton que decididamente no podía vivir sin Carlota, resolvióse á dar el gran golpe. Se hizo rizar el pelo, perfumar, arreglar el bigote á la húngara, tomó un simón que había de esperarle en la puerta de la casa, y se fué á la calle de Panoyaux, á las dos de la tarde, cuando están solas las mujeres y envían al cielo torbellinos de humo negro todas las fábricas del arrabal.

Moronval, que le acompañaba, fué á hablarle al portero, y luego volvió:

—Puedes subir... Sexto piso, en el fondo del pasillo. Está ella.

D'Argenton subió. Estaba más pálido que de costumbre, y latíale el corazón. ¡Oh misterios de la naturaleza humana! ¡Que seres como ese ten-

gan un corazón, y que ese corazón pueda latir! Verdad es que era menos el amor que el acompañamiento del amor lo que le emocionaba; el lado romántico de la expedición, el coche en la esquina de la calle como para un rapto, y más que nada, su odio satisfecho; la idea del mal rato que pasaría Jack volviendo del taller, encontrándose con que el pájaro había volado. He aquí el plan que había imaginado: aparecer ante ella de repente, caer á sus pies, aprovechar la turbación, el susto que había de producir la sorpresa, para abrazarla, envolverla, diciéndole: "¡Ven, huyamos!„; hacerla subir en coche, y ¡buen viaje!

Muy cambiada tenía que estar desde hacía tres meses para resistirse. He ahí por qué no la había él avisado; por qué andaba sin ruido por el pasillo, que sudaba miseria por todas sus resquebrajaduras, y cuyas numerosas puertas, con sus llaves puestas, parecían decir: "Aquí no hay nada que robar...; éntre quien quiera.„

Entró vivamente, sin llamar, con un "soy yo„ misteriosamente modulado.

¡Cruel decepción! ¡Decepción eterna, unida á los pasos majestuosos de aquel hombre! En vez de Carlota, fué á Jack á quien halló delante de él; Jack, á quien una fiesta de familia de sus patronos hacía libre durante todo un día, y que hojeaba activamente sus libros mientras que Ida, tendida sobre su cama, abreviaba, como de costumbre, el aburrimiento de su ociosidad con una siesta de algunas horas.

En presencia uno de otro, los dos hombres se miraron estupefactos. Esta vez no estaba la ventaja de parte del poeta. Primeramente no estaba en su casa; y luego, ¿podía tratar como á un inferior á aquel muchachote, de cara inteligente y altiva, en la que resplandecía algo de la belleza de la madre, para desesperar aún más al amante?

—...¿Qué viene usted á hacer aquí? preguntó Jack, impidiendo la entrada.

El otro se puso encarnado, pálido, y balbuceó:

—Creía yo... Me habían dicho que estaba aquí su madre de usted.

—En efecto, aquí está; pero estoy yo con ella, y no la verá usted.

Todo esto fué dicho rápidamente, en voz baja, con un mismo acento de odio.

Y Jack, avanzando con violencia hacia el amante de su madre, obligóle á retroceder, y se hallaron en el pasillo. Atontado, trató D'Argenton de recuperar su aplomo con alguna actitud, y con tono á la vez majestuoso y enternecido:

—Jack, le dijo, ha habido una equivocación entre nosotros durante largo tiempo. Pero ahora que ya es usted un hombre formal, conocedor de las cosas de la vida, es imposible que dure esa equivocación. Le ofrezco mi mano, hijo mío querido; una mano leal, que nunca ha mentido al estrechar otra mano.

Jack se encogió de hombros.

—¿Para qué esa comedia entre nosotros, señor mío? Usted me detesta, y yo le aborrezco...

—¿Y desde cuándo somos tan enemigos, Jack?

—Pues me parece que es desde que nos conocemos, caballero. Desde el tiempo á que alcanzan mis recuerdos, me siento el corazón lleno de odio contra usted. ¿Y qué podríamos ser usted y yo sino dos enemigos? ¿Qué otro nombre puedo darle? ¿Quién es usted para mí? ¿Debería yo siquiera conocerle? Y si á veces, durante mi vida, he pensado en usted sin odio, ¿le parece que habré podido recordarle sin avergonzarme?

—Es verdad, Jack; convengo en que era falsa, muy falsa nuestra situación recíproca. Pero no puede usted hacerme responsable de una fatalidad... Después de todo, querido, la vida no es una novela... no hay que exigir de ella...

Mas Jack le detuvo en medio de aquellas consideraciones laberínticas, de que nunca estaba desprovisto.

—Tiene usted razón, caballero. La vida no es una novela; al contrario, es cosa muy seria y muy positiva. Y la prueba está en que tengo todos los momentos contados, siéndome imposible perder tiempo en discusiones ociosas... Durante diez años, mi madre ha sido de usted, su sierva, su cosa. Lo que yo he padecido durante esos diez años, nunca se lo dijo á usted mi altivez de niño; pero pasemos. Ahora mi madre es mía. Me he apoderado de ella, y sabré retenerla á mi lado por todos los medios posibles. No se la devolveré nunca... Y además, ¿para qué la quiere usted?... Ya tiene canas y arrugas: ¡tanto la ha hecho usted llorar!... No es una mujer bonita, una querida que pueda satisfacer su vanidad de usted. Es una madre; déjemela usted.

Mirábanse bien cara á cara en el descansillo lúgubre y miserable, en el que se oían á ciertos intervalos gritos de niños, ecos de otras disputas, tan frecuentes en la gran colmena obrera. Era el marco que convenía á aquella escena humillante que removía vergüenzas á cada palabra.

—Equivoca usted el sentido del paso que he dado, dijo el poeta, muy pálido, á pesar de su gran desfachatez... Sé que Carlota es muy digna, que disponen ustedes de pocos recursos... Venía yo, como antiguo amigo, para ver si hacía falta algo, si me necesitaban.

—No necesitamos á nadie. Mi trabajo nos basta.

—Se ha vuelto usted muy orgulloso, mi querido Jack... No lo era usted tanto antes.

—Es verdad, caballero. Y así es que su presencia, que antes podía yo sufrir, me es odiosa hoy día; y le prevengo que no estoy dispuesto á aguantarle á usted por más tiempo.

Era tan determinada, tan provocativa la acti-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

tud de Jack; era tan ardiente su mirada, que no se atrevió el poeta á añadir una palabra, y se retiró gravemente, bajando de nuevo los seis pisos, en los que su traje, su rizado y su elegancia formaban una mancha singular, denunciando uno de esos errores sociales que de una punta á otra de este extraño París unen entre sí tantos contrastes. Cuando Jack le vió desaparecer, entró. Ida, pálida, despeinada, con los ojos hinchados por el sueño y por las lágrimas, le esperaba de pie contra la puerta.

—Aquí estaba yo, dijo en voz baja... Lo he oído todo, todo; hasta que soy vieja y tengo arrugas.

Acercóse á ella, cogióle las manos, y mirándola hasta en lo más profundo de sus ojos:

—No está lejos... ¿Quieres que le llame?

Desprendió sus manos, y sin titubear abrazó á su hijo en uno de esos arranques que la impedían ser una vil criatura:

—¡No, mi Jack! Tienes razón... Soy tu madre, nada más que tu madre, y ya no quiero ser más que eso.

Algunos días después de esta escena, escribíale Jack al Sr. Rivals la siguiente carta:

"Mi amigo, mi padre; ya se acabó: me ha dejado, ha vuelto con él. Ha sucedido esto en circunstancias tan dolorosas, tan imprevistas, que el golpe ha sido más rudo aún para mí... ¡Ay! La mujer de quien me quejo es mi madre. Más digno sería callarme; pero no puedo. He conocido en mi infancia un pobre negrito que decía á cada momento: "Si el mundo no pudiera quejarse, el „mundo se ahogaría de pena.„ Nunca como hoy he comprendido aquella palabra. Creo que si no le escribiese á usted esta carta, si no arrojase este suspiro hacia usted, lo que tengo sobre el corazón me impediría respirar y vivir. Ni siquiera he podido esperar hasta el domingo. Está de-

masiado lejos; y luego, delante de Cecilia nunca me hubiera atrevido... Ya le conté ¿verdad? la explicación que tuvimos juntos ese individuo y yo. Desde aquel día veía yo á mi pobre madre tan triste; parecíame tan por encima de sus fuerzas lo que ella había hecho, que resolví mudarla de barrio para distraerla y desorientar su dolor. De sobra comprendía yo que había principiado á reñirse una batalla, y que si quería yo ganarla, si quería conservar á mi madre á mi lado, tenía que emplear todos los medios, valerme de todas las tretas posibles. Nuestra calle, nuestra casa, le disgustaban. Era preciso algo más alegre, más aireado, que la impidiese echar tanto de menos su malecón de los Agustinos. Alquilé, pues, en Charonne, en la calle de las Lilas, en el fondo de un jardín de hortelano, tres piececitas recién revocadas, adornadas con papel nuevo, adornándolas yo con un lindo mobiliario, algo más completo que el mío. Todas mis pequeñas economías—y perdóneme este detalle, pero me he prometido decírselo á usted todo,—las economías que venía yo realizando desde hacía seis meses para mis exámenes y mis inscripciones, empleáronse en esos gastos, á los que bien sabía yo que usted pondría su vistobueno. Belisario y su mujer ayudaron á la instalación, así como también la buena Zenaida, que vive en la misma calle con su padre, y con la que contaba yo para distraer un poco á mi pobre mamá.

„Todo esto se hizo á escondidas, una verdadera sorpresa de enamorado, puesto que en esta nueva lucha tenía yo que combatir á mi enemigo, á mi rival, en su propio terreno. La verdad, me parecía que estaría ella bien allí. Ese final de suburbio, tranquilo como una calle de pueblo, con los árboles pasando por encima de las murallas y los gallos dejando oir sus alegres toques de clarín, todo me parecía á propósito para alegrarla,

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

dándole la ilusión de aquella vida de campo que tanto echaba ella de menos.

„Por fin, ayer noche, todo estaba dispuesto para recibirla. Estaba Belisario encargado de decirle que la esperaba yo en casa de los Roudic, trayéndomela á la hora de la comida. Yo llegué mucho antes que ellos, alegre como un niño, paseándome orgulloso por nuestra casita reluciente de limpieza, adornada con lindos visillos en todas las ventanas, y grandes ramilletes de rosas en la chimenea. Había encendido lumbre, pues estaba algo fresca la tarde, y eso le daba á la habitación un aspecto confortable y ya habitado, que me alegraba mucho... ¡Pues bien! ¿Lo creerá usted? En medio de mi satisfacción, sentí pasar de repente un lúgubre presentimiento. Fué aquello vivo y rápido como una chispa eléctrica: "¡No "vendrá!„ Y por más que me trataba á mí mismo de loco, preparando su silla, su cubierto, acechando su paso en la calle silenciosa, recorriendo las habitaciones en donde todo la esperaba... ¡bien sabía yo que no vendría!... En todas las decepciones de mi existencia he tenido yo adivinaciones de esas. No parece sino que antes de herirme me avisa la suerte, por una especie de piedad, para que me sean menos dolorosos sus golpes. No vino. Belisario llegó solo, muy tarde, con un billete que ella le dió para mí. No era muy largo; sólo algunos renglones escritos apresuradamente, anunciándome que estaba muy enfermo el señor D'Argenton y que consideraba ella como un deber el ir á sentarse á su cabecera. En cuanto estuviese curado, volvería ella.

„¡Enfermo!... No había yo pensado en semejante cosa, pues yo también habría podido retenerla á mi lado invocando el mismo motivo... ¡Oh y qué bien la conoce ese miserable! ¡Qué bien ha estudiado ese corazón tan débil y tan bueno, siempre dispuesto á proteger, á entregarse! Usted le

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

curó esas crisis extrañas de que se quejaba él en Etiolles y que se disipaban en la mesa, después de una buena comida. Pues esa enfermedad es la que ahora tiene. Pero mi madre, feliz sin duda al hallar una ocasión de hacer las paces con él, ha caído en el garlito. ¡Y pensar que si cayese yo enfermo, verdaderamente enfermo, quizás no me creyera!

„Pero volviendo á mi triste historia, ¿me ve usted solo en mi pabelloncito, en medio de mis preparativos de bienvenida, después de tanto vaivén, de esfuerzos, de dinero gastado tan inútilmente? ¡Ah! ¡Cruel, cruel!... No quise quedarme, y volví á mi antiguo cuarto. Habíame parecido demasiado triste, triste como una casa de muerta, pues para mí ya la había habitado mi madre.

„Me marché, dejando apagarse la lumbre en el hogar y deshojarse mis ramilletes sobre el mármol con un ruidito suave. La casa está alquilada por dos años, y la conservaré hasta el final del contrato, con esa superstición que hace que se conserve mucho tiempo abierta la jaula de algún pájaro favorito que alzó el vuelo. Si vuelve mi madre, allá volveremos juntos; pero si no vuelve, nunca pondré yo allí los pies. Mi soledad tendría la tristeza de un luto.

„Y ahora que le he contado á usted todo, ¿necesito decirle que esta carta es para usted, nada más que para usted, y que no debe leerla Cecilia? Me avergonzaría eso demasiado. Me parece que, en su concepto, de alguna de esas infamias me haría á mí responsable, manchando la pureza de mi amor. Quizás ya no me amase... ¡Ah, amigo mío! ¿Qué sería de mí si semejante desastre ocurriese? Ya no me queda más que ella. Su ternura lo reemplaza todo; y en mi desesperación, al hallarme solo ante la ironía de aquella casa vacía, sólo he tenido un pensamiento, un grito:

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

"¡Cecilia!„... Si me fuera á abandonar ella tambien! .. ¡Ay! Eso tienen las traiciones de los seres queridos, que nos insinúan en el corazón el temor de otras traiciones... Pero... ¡qué tonterías digo! Tengo su palabra, su promesa, y Cecilia no ha mentido nunca.„

Jack se sentó sobre un banco para no caerse.

IX

LA CHICA YA NO QUIERE

Durante largo tiempo, estuvo creyendo que su madre volvería. Por la mañana, por la noche, en el silencio de su trabajo, muchas veces imaginó oir el roce de su vestido en el pasillo, su paso ligero junto á la puerta. Cuando iba á casa de los Roudic, siempre echaba una mirada hacia el pabellón de la calle de las Lilas, esperando hallarlo abierto, y á su Ida instalada en aquel refugio, cuyas señas él mismo le había mandado: "La casa te espera... Ahí está para ti... Cuando quieras, no tienes más que venir...„ Nada, ni una contestación. El abandono era real, definitivo, más implacable que nunca.

Jack sintió verdadero pesar. Cuando nuestras madres nos hacen daño, parécenos ese daño como un error ó una crueldad de Dios, como un dolor contra naturaleza. Pero Cecilia era maga. Conocía los bálsamos, los simples, todos esos calmantes que tienen nombres de flores y que perfuman las curaciones. Conocía las palabras encantadas que calman, las miradas firmes que reponen, y su ternura delicada, ingeniosa, desafiaba todas las ferocidades de la suerte.

Un poderoso reconfortante, también, era el trabajo, el trabajo obstinado, coraza pesada y molesta, pero que protege muy bien contra el dolor. Mientras estuvo allí su madre, más de una vez le impidió trabajar, sin darse cuenta, con su naturaleza de pájaro aturdido, su continuo ir y venir, y aquella voluntad descarrilada que la hacía de repente vestirse para salir, y en seguida quitarse su sombrero y su chal para quedarse en casa.

Hasta las precauciones que tomaba para no molestar á Jack, le distraían. Ahora que su madre se había ido, recuperaba prontamente el tiempo perdido.

Cada domingo iba á Etiolles, un poco más enamorado y un poco más ilustrado. El doctor estaba contentísimo con los progresos de su discípulo; antes de un año, continuando así, ya sería bachiller, y podría tomar su primera inscripción en la escuela de medicina. Aquella palabra de bachiller, hacía sonreir de placer á Jack, y cuando la pronunciaba delante de los Belisarios, de quienes era de nuevo el "Compañero,„ después de otra fechoría de Ribarot, la buhardillita de la calle de Panoyaux resultaba positivamente agrandada é iluminada. Es más: la repartidora de pan, entusiasmada, se enamoró súbitamente de la ciencia. Por la noche, durante la velada, después de acabada su costura, exigía que Belisario le

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

enseñase á leer, haciéndole seguir las letras con su dedo cuadrado, que las iba tapando á medida que las designaba. Pero si al Sr. Rivals le parecían bien los progresos de Jack, no sucedía lo mismo con su salud. Desde el principio del otoño, la antigua tos, que había vuelto, adelgazaba sus mejillas, avivaba su mirada y le daba á su mano la quemazón de un hierro caliente.

—No me gusta esto, decía el buen hombre examinando á su discípulo con inquietud. Trabajas demasiado; tu espíritu está demasiado excitado, demasiado recalentado... Hay que detenerse algo... ¡Tiempo tienes! Cecilia no se va.

No por cierto, no se iba. Nunca había estado más cariñosa, más atenta, más solícita; parecía como que adivinaba todas las ternuras perdidas, la parte de felicidad tardía que aquel desheredado había de hallar en ella. Y aquello era justamente lo que aguijoneaba al amigo Jack, dándole para el trabajo un ardor que nada podía moderar. Por más que hacía, quitándose horas de sueño, trabajando diecisiete horas, no sentía el cansancio; y en el estado de exaltación que triplicaba sus fuerzas, el volante del taller Eyssendeck no le pesaba más que su pluma.

Los recursos del cuerpo humano son inagotables. Jack, tratando el suyo á fuerza de vigilias excitantes y de indiferencia absoluta, había llegado, como los fakires de la India, á esa febricidad intensa en que el mismo dolor es una especie de placer. Bendecía hasta el frío de la buhardilla, que le arrancaba desde las cinco de la mañana al pesado sueño de sus veinte años, hasta la tosecilla seca que le tenía despabilado durante largas horas de la noche. A veces, en su mesa de trabajo, sentía, de repente, una ligereza de todo su sér, una lucidez de vidente, una emoción extraordinaria de sus facultades intelectuales, mezclada con una gran debilidad. Era como un

desvanecimiento hacia un mundo superior. Entonces su pluma corría rápidamente; todas las dificultades se allanaban. Hubiera ido así hasta el final de su tarea, pero á condición de que nada se interpusiera en el camino en que corría á toda velocidad. En semejante caso, en efecto, el más ligero choque es peligroso, y Jack iba á recibir uno terrible.

No vengas mañana... Nos vamos por ocho días.

RIVALS.

Jack recibió aquel telegrama un sábado por la tarde, mientras le planchaba la señora de Belisario buena ropa blanca para el día siguiente, y mientras él estaba ya poniéndose tan contento, en aquel final de sábado que anunciaba ya el domingo. Lo imprevisto de aquel viaje, el laconismo del telegrama, todo, hasta la indiferencia de los caracteres impresos reemplazando la letra conocida y amiga, causóle singular espanto. Esperaba una carta de Cecilia ó del doctor, que le explicara aquel misterio, pero no recibió nada, y durante ocho días, sacudido por todos los terrores, pasó Jack de los calofríos de la angustia al delirio de la esperanza, con el corazón estrechado ó dilatado, sin más motivo que una nube cubriendo el sol ó enseñándolo de repente.

La verdad es que ni el doctor ni Cecilia se habían marchado, sino que el Sr. Rivals había alejado al enamorado, necesitando tiempo para prepararle á un gran golpe, á una decisión de Cecilia, súbita, inesperada, y sobre la cual esperaba él que volvería la joven.

Sucedió la cosa súbitamente.

Una noche, al volver á su casa, halló el doctor á Cecilia con una fisonomía extraña, algo de sombrío y resuelto en la palidez de sus labios y la agitación insólita de sus hermosas cejas ne-

gras. En vano trató de hacerla sonreir durante la comida; y de repente, á una frase que él decía: "El domingo, cuando venga Jack...„

—Deseo que no venga, contestó ella.

Él la miró estupefacto.

Y repitió ella, pálida como una muerta, pero con voz muy firme:

—Deseo que no venga...; que ya no vuelva.

—¿Qué es lo que sucede?

—Una cosa muy grave, abuelo; mi matrimonio con Jack no es posible.

—¿No es posible?... ¡Me espantas! ¿Qué ha sucedido?

—Nada; una luz que de repente me ha ilumínado. No le quiero, me he equivocado.

—¡Desgraciados de nosotros! ¿Qué demonio es esto? Cecilia, hija mía, recobra tus sentidos. Sin duda habréis tenido alguna riña de enamorados, alguna tontería.

—No, abuelo; te juro que no ha habido ninguna tontería. Siento hacia Jack una amistad de hermana, nada más. He tratado de amarle, y ahora veo que es imposible.

El doctor hizo un movimiento de asombro; el recuerdo de su hija acababa de cruzar por su imaginación.

—¿Quieres á otro?

Cecilia se sonrojó.

—No, no; no amo á nadie. No quiero casarme.

Y á cuanto pudo decirle el Sr. Rivals, á cuanto quiso él invocar, Cecilia no contestó más que una cosa:

—No quiero casarme.

Trató el doctor de seducirla por orgullo. ¿Qué dirían en el pueblo? Aquel joven que iba á casa de ellos desde hacía tantos meses, sabiendo todo el mundo que era su novio... Y á él mismo le enternecía una piedad que hubiese querido comunicar á ella.

—Piensa en que eso es un golpe espantoso... Su vida trastornada, su porvenir perdido.

Sufrió Cecilia una contracción en todas sus facciones, prueba de lo muy emocionada que estaba. El Sr. Rivals le cogió la mano:

—Niña, por favor... no te apresures en tomar semejante decisión... Espera un poco aún... Ya verás, reflexionarás.

Pero ella rehusó, con una energía tranquila:

—No, abuelo, es imposible. Quiero que sepa cuanto antes cuál es mi determinación... De sobra sé que le voy á dar un gran disgusto; pero cuanto más esperemos, más lo sentirá.

Cada día que pase aumentará su tormento, y luego, que me sería demasiado penoso el verme frente á frente con él. Me siento incapaz de esa mentira, de esa traición.

—Pues entonces, lo que tengo que hacer es decirle que no vuelva... dijo el doctor levantándose furioso; está bien. Pero ¡voto á tal! malditas mujeres...

Miróle ella tan desesperadamente, y tan pálida y emocionada, que el anciano se detuvo de repente, en medio de su ira.

—No, no, hija mía; no estoy enfadado... No es más que un minuto de rabia... Después de todo, lo que sucede es más por culpa mía que por debilidad tuya. Eras demasiado joven. Yo no hubiera debido... ¡Ah! ¡Viejo loco, viejo loco!... ¡De modo que hasta el final de mi vida estaré haciendo tonterías!

Lo terrible era escribirle á Jack. Emborronó tres borradores de cartas que principiaban todos así: "Jack, hijo mío, la chica ya no quiere.„ No hallaba una palabra más. "La chica ya no quiere...„ Por fin se dijo: "Prefiero hablarle...„ Y para ganar tiempo, para prepararse á aquella penosa entrevista, remitió á ocho días después la visita de Jack, con la vaga esperanza de que Cecilia

cambiaría quizás de parecer durante la semana. De nada se trató entre ellos, durante aquellos ocho días. Pero al sábado siguiente, cuando le dijo el Sr. Rivals á su nieta:

—Mañana vendrá. ¿Persistes en las mismas ideas? ¿Es tu decisión irrevocable?

—¡Irrevocable! contestó ella firmemente, dejando caer, una después de otra, y con todo su peso, las sílabas de esa palabra antihumana.

Jack llegó el domingo temprano, según su costumbre, y pronto salvó la distancia entre la estación de Evry y Etiolles. Grande era su emoción al franquear el umbral, un umbral amigo, sin embargo, y que hubiera debido tranquilizarle con el recuerdo de tantas buenas acogidas.

—El señor le espera en el jardín, le dijo la criada al abrirle la puerta.

Y en seguida sintió el frío en el corazón, adivinando algún desastre.

La cara convulsa del buen doctor acabó de espantarle. Éste, que cuarenta años de horas fúnebres pasadas á la cabecera de los enfermos habían acorazado ya contra el espectáculo de los sufrimientos humanos, estaba tan tembloroso, tan turbado como Jack.

—¿No está Cecilia?...

Tal fué la primera palabra del infeliz.

—No, hijo mío, la dejé... allí... En donde estábamos. Y allí quedará algún tiempo.

—¿Mucho?

—Sí, mucho.

—De manera... ¿De manera que ya no me quiere, Sr. Rivals?

El doctor no contestó, y Jack se sentó sobre un banco para no caerse. Era en el fondo del jardín. En torno suyo, un tiempo claro y suave de Noviembre, el blanco rocío cubriendo el suelo, esa gasa flotante que vela un sol del veranillo de San Martín, recordándole el día de Coudray, la

vendimia, el cerro dominando el Sena y las primeras palabras de amor de ambos, cayendo aquel día en medio de la gran naturaleza, como el tímido grito de un pájaro que echa á volar por vez primera. ¡Qué aniversario!...

Al cabo de un rato de silencio, púsole el doctor, paternalmente, la mano sobre el hombro:

—Jack, no te desesperes demasiado... Puede aún cambiar de parecer... ¡Es tan joven! Quizás no sea sino un capricho.

—No, señor Rivals; bien sabe usted que no: Cecilia no tiene caprichos... Sería demasiado horrible el darle á uno una puñalada por puro capricho... No. Seguro estoy de que lo ha pensado mucho antes de tomar semejante resolución, y que mucho ha debido costarle. Bien sabía ella lo que en mi vida significaba su amor, y que al arrancar ese amor, toda mi vida se iría por la herida. De manera que si ella lo ha hecho, es que ha creído deber hacerlo. Era de esperar. ¿Es acaso posible tanta felicidad para mí? ¡Si supiese usted cuántas veces me he dicho: "Eso es demasiado hermoso, y no puede suceder...!„ ¿Y qué ha sucedido? Pues que no ha lugar. Ni más ni menos.

Un esfuerzo de su voluntad contuvo el sollozo que le ahogaba.

Levantóse penosamente. El Sr. Rivals le cogió las manos.

—¡Perdóname, pobre hijo mio! Yo soy el culpable de todo esto. Pero creí hacer dos felices.

—No, Sr. Rivals; no se acuse usted. Lo que sucede tenía que suceder. Estaba Cecilia muy por encima de mí para que pudiese amarme. La piedad que yo le inspiraba, pudo engañarla un momento. Ahora ya ve más claro, y le espanta la distancia que nos separa. ¡Pero no importa! Escuche usted bien esto, querido amigo, y repítaselo de mi parte. Hay una cosa que me impedirá

siempre el guardarle rencor, por muy duro que sea el golpe con que me hiere.

Y Jack designó los campos, el cielo, todo el horizonte con un gesto ámplio.

—El año pasado, en día semejante, sentí yo que amaba á Cecilia, y creí que podría amarme; entonces principié el más feliz, el único feliz tiempo de mi vida; un año lleno, incomparable, que, ahora que lo miro, me parece resumir toda una existencia. Aquel día, nací; y hoy, me muero. Pero esa época bendita, ese olvido de mi mala estrella, á Cecilia y á usted se lo debo. Nunca lo olvidaré.

Y retiró poco á poco sus manos de las manos convulsas del doctor.

—¿Te marchas, Jack?... ¿No almuerzas conmigo?...

—No, gracias, Sr. Rivals. Haría un convidado demasiado triste.

Atravesó el jardín con paso firme, franqueó la puerta y se alejó rápidamente, sin mirar hacia atrás. Si se hubiese vuelto, hubiera visto allá arriba, en el piso principal, bajo la blancura del visillo alzado, á su adorada, tan pálida, tan temblorosa como él, y que lloraba tendiéndole los brazos, pero sin pensar en retenerle.

Los días que siguieron á éste, fueron muy tristes en casa de los Rivals. La casita, rejuvenecida y alegre desde hacía algunos meses, tomó su antiguo aspecto triste, más triste aún por toda aquella alegría desaparecida. El doctor, muy inquieto, acechaba á su nieta en sus paseos solitarios por el jardincillo, y en las largas estaciones que hacía en el cuarto de su madre, abierto ahora, y del que parecía apoderarse por el derecho del sufrimiento. En donde antes lloró Magdalena, hoy lloraba Cecilia, y el pobre abuelo hubiera podido equivocarse al sorprender á veces un rostro joven, inclinado allá arriba, detrás de la

ventana, en el silencio y la pesadumbre de un dolor oculto... ¿También esa iba á morir?... ¿Por qué?... ¿Qué le pasaba?... Si ya no quería á Jack, ¿cómo explicar aquella tristeza, aquella necesidad de hallarse sola, la languidez que la forzosa actividad de ama de casa no conseguía ahuyentar? Y si le quería ella aún, ¿por qué haberle despedido?

De sobra conocía el buen doctor que allí había algún misterio, un combate interno; pero en cuanto decía él una palabra, Cecilia se desviaba, se le escapaba de entre las manos, cual si ella sola fuera juez supremo en las decisiones de su conciencia. Ante aquella actitud inquietante de su nieta, el buen hombre llegó hasta á olvidar el dolor de Jack; bastante tenía con rumiar el suyo, dándole vueltas en su imaginación; y el cabriolé que le llevaba á todas horas por las carreteras, y su viejo caballo, cada vez más indisciplinado, hubieran podido dar cuenta de sus tormentos, con sólo fijarse en la desastrosa forma de guiarle.

Una noche vinieron á llamar para un enfermo. Era la vieja Salé, que esperaba, lamentándose, en el camino. Parece ser que esta vez "su hombre, su pobre hombre, se decidía á reventar„. El señor Rivals, á quien su avanzada edad y sus disgustos no impedían el estar siempre listo en cuanto llamaban á su casa, salió precipitadamente de Etiolles á Aulnettes.

La Salé habitaba junto á *Parva domus,* un verdadero hoyo abierto en la parte baja del camino, un cuarto en donde se penetraba como en una cueva, sucio, oscuro, mal cerrado, verdadero tugurio de labriegos del tiempo de La Bruyère, que había sobrevivido á todas las construcciones de alrededor. Como pavimento, la tierra; como muebles, un armario roto, escaños cojos; todo ello alumbrado por un gran fuego de leña

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

robada, chisporroteando y verde aún. Además, todo allí olía á robo, tanto los restos de viejos muebles, amontonados contra la pared, como la escopeta colocada en el ángulo de la chimenea, con las trampas y las redes que los merodeadores tienden por los campos recién segados. Sobre un poco de paja, en un rincón oscuro, entre toda aquella miseria deshonrosa, el viejo "reventaba„.

"Reventaba„ de sesenta años de pillastrería, de acechos nocturnos en los bosques, en la nieve, los pantanos, arrastrándose sobre el vientre, huyendo de los caballos de la gendarmería. Una vida de vieja liebre malhechora, feliz aún al poder morir en su madriguera. Al entrar, ahogábase el Sr. Rivals por un olor de aromas quemados, que dominaba los malos olores de aquel cuchitril.

—¿Qué demonios han quemado aquí, tía Salé?

La vieja se turbó y quiso mentir; pero no le dió tiempo el médico.

—¿Por lo visto ha venido por aquí el vecino, el envenenador?

No se equivocaba el Sr. Rivals. Hirsch, en aquellos últimos tiempos, había ido á ensayar sobre aquel miserable su siniestra medicación de los perfumes. Faltábanle ocasiones de experimentarla. Los labriegos desconfiaban; además, veíase obligado á tomar grandes precauciones, por causa del médico de Etiolles, que le hacía una guerra encarnizada á su medicina sin diploma.

Ya dos veces le había llamado el juzgado de Corbeil, amenazándole con penas severas si continuaba ejerciendo. Pero la vecindad de los Salé, la humildad de su condición... A pesar del miedo que le tenía á los gendarmes, había cedido aún á la tentación.

—¡Pronto, pronto! ¡Abra usted la puerta, la

ventana!... ¡Este desgraciado se está ahogando!

La vieja se apresuraba á ejecutar las órdenes del doctor, mascullando:

—¡Ah, mi pobre hombre, mi pobre hombre! Y tanto como decía que nos lo curaría... ¡Mire usted que engañar á la gente de esa manera!... Somos unas pobres bestias de labriegos.

Mientras el Sr. Rivals, inclinado sobre el moribundo, acechaba la fuerza que le quedaba á su pulso insensible, una voz cavernosa salió de debajo de los harapos del haz de paja:

—Díselo, mujer; has dicho que se lo dirías.

Continuó la vieja hablando con facundia, removiendo la lumbre del hogar. Pero el moribundo recomenzó con su voz apagada:

—Díselo, mujer... díselo, mujer...

El Sr. Rivals miró á la Salé, cuya cara curtida había tomado un hermoso color de ladrillo. Acercóse tímida.

—Pues claro, seguramente que también es la culpa de ese médico de al lado si le he causado yo disgusto á esa señorita, que es tan caritativa y tan buena.

—¿Qué señorita? ¿De quién habla usted? preguntóle vivamente el doctor, soltando el brazo del enfermo.

Ella titubeaba. Pero la voz del hombre, cada vez más débil y cual si viniese de más lejos, murmuró otra vez:

—Díselo... Quiero que se lo digas... insistió el viejo Salé.

—Pues sí, se lo voy á decir, repuso la vieja resueltamente. He aquí lo que es, mi buen señor Rivals: ese bandido, ese infame, me ha dado veinte francos—¡qué gente más mala hay, Dios mío!—me ha dado veinte francos para que le contara á la señorita Cecilia toda la historia de su papá y de su mamá!

—¡Bribona!... gritó el viejo Rivals, con una ra-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

bia que le hizo hallar la fuerza y la energía de su juventud.

Y había cogido á la horrible labriega, sacudiéndola brutalmedte.

—¿Y te has atrevido á hacer eso?

—Fué por los veinte francos, mi buen señor... Si ese asqueroso individuo no me hubiese dado veinte francos, me hubiera muerto antes de hablar... Por de pronto, y tan de veras como que va á morir un cristiano, yo nada sabía de ese asunto. Él ha sido quien me lo ha contado todo, para que luego lo diga yo.

—¡Ah, el miserable! ¡Bien me dijo que se vengaría!... Pero ¿quién ha podido darle instrucciones y guiarle en su venganza?

Un quejido profundo, uno de esos vagidos como los que lanza el hombre cuando llega al mundo ó sale de él, llamó al médico junto al lecho de paja.

Ahora que ella, la vieja Salé, lo había contado todo, el tío Salé se dejaba morir, y quizás aquel ligero escrúpulo de conciencia, entre todos sus crímenes de viejo vagabundo, le hizo más fácil el terrible paso. Hasta por la mañana permaneció el médico inclinado sobre aquella agonía, sobre aquel átomo que iba á desaparecer con las primeras claridades del día. Fuéle preciso un gran valor para permanecer allí enfrente de aquel moribundo y de aquella vieja, acurrucada junto á la lumbre, y que no se atrevía á hablarle ni á mirarle. Retenido por su deber, el médico pensaba, y de un pensamiento á otro, trataba de juntar los cabos, aún oscuros, de aquella infame maquinación.

Cuando expiró el tío Salé, volvióse en seguida á Etiolles, pero después de haberse cerciorado de que aquel infame Hirsch no estaba ya en *Parva domus*. ¡Ah! Si lo hubiese tenido á mano en aquel momento, habría vuelto á hallar

todas sus violencias de cirujano de á bordo ante aquel cobarde enemigo, que para vengarse de él se había ensañado con su nieta.

Al volver, se fué derecho al cuarto de Cecilia. Nadie. La cama no estaba deshecha. Se estremeció. Corrió á la "farmacia„. Nadie tampoco. Unicamente estaba abierto el antiguo cuarto de Magdalena, y allí, entre las reliquias de la querida muerta, en el reclinatorio en que se habían arrodillado todos sus pesares, halló á Cecilia dormida, en una actitud de decaimiento que daba claros indicios de toda una noche de plegarias y de lágrimas.

Al oir los pasos del médico, abrió ella los ojos:

—¡Abuelo!

—¿De modo que los miserables esos te han descubierto el secreto que tanto trabajo nos ha costado el ocultarte? ¡Oh, Dios mío! ¡Tantos esfuerzos, tantos cuidados para evitarte ese dolor! ¡Y que ese disgusto te llegue por extraños, por enemigos! ¡Pobrecita!...

Cecilia, que había ocultado su cabeza en el hombro de su abuelo, murmuró:

—¡No me hables, no me digas nada! ¡Tengo vergüenza!...

—Al contrario, tengo que hablarte... ¡Ah! ¡Si hubiese yo podido sospechar de dónde venía la causa de tu negativa! Porque, claro está que por eso es por lo que no has querido casarte. ¿No es así, hija mía?

—Sí.

—Pero ¿por qué? Vamos á ver: explícame tu pensamiento.

—Yo no quería confesar la deshonra de mi madre, y mi conciencia me obligaba á decírselo todo al que fuera mi marido... No se podía hacer más que una cosa, y la hice.

—¿De modo, Cecilia, que le quieres, le quieres todavía?

—Con toda mi alma. Y creo que también él me quería lo suficiente para no romper conmigo; á mí correspondía el ahorrarle ese gran sacrificio. No se casa uno con una muchacha que no tiene nombre, y que, si alguno llevase, sería el nombre de un ladrón y de un falsario.

—Te engañas, hija mía; Jack tenía á gran orgullo el casarse contigo; y, sin embargo, conocía bien toda tu historia. Yo mismo se la había contado.

—¿Es posible?

—¡Ah! ¡Niña, niña! Si hubieses tenido más confianza en mí, en tu abuelo, ya te habría yo evitado la triple puñalada con que has asesinado nuestra felicidad.

—¿De manera que Jack, el pobre Jack, sabía quién soy yo?...

—Yo creí deber avisarle, hace un año, cuando me habló de su amor.

—¿Y seguía queriéndome?...

—¡Chiquilla!... Puesto que te amaba... Además, ¡son tan parecidos vuestros sinos!... Tampoco él tiene padre, y su madre nunca fué casada. La única diferencia entre vosotros, es que tu madre era una santa, mientras que la suya...

Y así como le había contado á Jack la historia de Cecilia, contóle el Sr. Rivals á Cecilia la historia de Jack, el largo martirio de aquel pobre ser, tan afectuoso y tan bueno; el abandono de su infancia, el destierro de su juventud; y de repente, como si todo aquel pasado, á medida que lo recordaba, le hiciese comprender mejor el presente, exclamó:

—Ya caigo en la cuenta, ella ha sido... El golpe viene de ella. Sin duda habrá hablado de vuestro matrimonio delante de Hirsch... Y claro que así ha sucedido... Esa loca es la causa de que hayas conocido el drama que con tanto cuidado te ocultaba... ¡Tenía que suceder! Semejante gol-

pe dado á ese pobre muchacho, sólo podía provenir de su madre.

Mientras escuchaba estas explicaciones, sentía Cecilia violenta desesperación al pensar que le había causado ella á Jack, ya tan desgraciado, un dolor espantoso y bien inútil. Hubiera querido pedirle perdón, humillarse ante él.

—¡Jack... pobre amigo!... repetía ella entre sollozos.

Y midiendo con su propio dolor la herida que ella le había causado, repetía:

—¡Ah! ¡Cuánto ha debido sufrir!

—¡Y lo que está sufriendo!

—¿Tienes noticias suyas, abuelo?

—No. Pero él mismo podría venir á traértelas... contestó el médico sonriendo.

—Quizás no quiera ya volver.

—Pues vamos á buscarle... Hoy es domingo, y no está en el taller. Le encontraremos, y nos le traeremos aquí... ¿Quieres?

—¡Que si quiero!...

Algunas horas después, el Sr. Rivals y su nieta tomaban el tren para París.

Acababan de marcharse, cuando un hombre, cubierto de sudor, encorvado bajo el peso de un gran canasto de mimbres, deteníase delante de la casa. Miraba la puertecita verde y la placa de cobre, sobre la que deletreaba él con trabajo: "Pa-ra- lla-mar al mé-di-co„.

—¡Aquí es! dijo él por fin; y llamó, limpiándose la frente. La criada acudió; pero viendo que se las había con esos vagabundos que andan errantes por el campo, no hizo más que entreabrir la puerta.

—¿Por quién pregunta usted?

—Por el amo de esta casa...

—No está.

—¿Y su hija?...

—Tampoco.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¿Cuándo volverán?

—No sé.

Y cerró brutalmente la puerta.

—¡Señor!... ¡Señor!... dijo el vendedor ambulante con voz ronca. ¿Vamos á dejarlo morir así?

Y permanecia allí, de pie, atontado, en medio del camino.

La sala principal de espera, estaba ya llena...

X

EL ATRIO DE NUESTRA SEÑORA

Había, aquella noche, gran reunión literaria en el muelle de los Agustinos, al lado de la Sorbona, en casa del redactor-jefe de la *Revista de las Razas futuras*.

La plana mayor y la segunda fila de los Fracasados estaban convocadas para aquella fiesta, dada por el regreso de Carlota, fiesta que D'Argenton iba á solemnizar aún más con la lectura de su gran poema *Los Rompimientos*, ya por fin terminado. Extrañas circunstancias habían marcado el engendro de aquella obra magistral. Una vez vuelta Carlota

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

al redil, ¿cómo continuar lamentando la ausencia de la ingrata, describiendo los sufrimientos del amante abandonado? Había en ello cierto ridículo; y era lástima, pues nunca la inspiración del poeta se había mostrado tan abundante y sostenida. Después de titubear algunos días, habíase decidido.

—¡Bah! ¡Andando!... continuó. La obra de arte no ha de depender de las circunstancias.

Y fué un espectáculo sumamente bufo, aquel poeta, lamentándose del abandono de su querida en presencia de la querida misma, que se oía llamar "malvada,„ "infiel,„ "querida ausente,„ y consignaba todos estos hermosos epítetos con su propia letra, en un cuaderno atado con lazos color de rosa. Una vez terminado el poema, había querido D'Argenton leerlo á su gente, menos por vanidad de artista que por orgullo de amante, para que supieran todos aquellos desdichados nulos que su esclava había vuelto, y que esta vez le pertenecía para siempre. Nunca el cuartito del cuarto piso había visto una velada tan suntuosa, tal lujo de flores, de cortinones, de *buffet*; hasta el traje de la querida ausente, blanco del todo, sembrado de pálidas violetas, muy en armonía con el papel mudo que tenía que desempeñar durante la lectura. Nadie habría sospechado, al entrar allí, qué apuros de dinero se cernían sobre todos aquellos esplendores, cual invisibles telarañas tendidas sobre alas de mariposas. Nada más exacto, sin embargo. La *Revista* tocaba á su fin, disminuyendo de tamaño á cada número, y ya no aparecía sino á intervalos, cada vez más lejanos. D'Argenton, después de haber sepultado allí la mitad de su herencia, trataba de venderla. Y aquella situación desastrosa, unida á algunas *crisis* hábilmente simuladas, era justamente lo que había hecho que aquella loca de Carlota se volviera con su "artista.„ No tuvo más que pre-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sentarse ante ella como el grande hombre vencido, extenuado, abandonado de todos, dudando de su incierta estrella, tan brillante en otro tiempo, para que la infeliz le jurase eterna constancia:

—Ahora soy tuya, tuya para siempre.

En el fondo, D'Argenton no era sino un vano y un necio; pero puede decirse que jugaba admirablemente con aquella mujer, y que sabía sacar efectos asombrosos de aquel tosco instrumento. Si supieran ustedes qué miradas le echaba ella en aquel gran sarao; cómo lo hallaba seductor, enfermizo, genial, tan hermoso como hacía doce años, cuando se le apareció bajo las lámparas de cartón del Gimnasio Moronval, quizás más hermoso aún, pues el medio era diferente, más confortable, más rico, y la aureola de su poeta tenía más rayos de luz.

Por lo demás, la misma gente, los inevitables de siempre. Aquí tenemos á Labassindre, con traje de terciopelo verde-botella, y las botas altas de Fausto, y el doctor Hirsch, estrellado de manchas químicas, y Moronval, con su frac negro, rozado en las costuras, de corbata blanca, muy negra en los pliegues, y después los "exóticos,„ el eterno egipcio con su piel estirada, el japonés azafranado, y el sobrino de Berzelius, y el hombre que había leído á Proudhon. He aquí todo el desfile grotesco, pálido, flaco, famélico, pero siempre lleno de ilusiones, con manos calenturientas, ojos sin pestañas, abrasados á fuerza de contemplar los astros.

Diríase una reunión de peregrinos de Oriente en marcha hacia alguna Meca desconocida, y cuya lámpara huye continuamente del horizonte. Desde hace doce años que conocemos á esos desgraciados "Fracasados,„ algunos han caído en el camino; pero de las aceras de París han surgido otros fanáticos para reemplazar á los muertos y estrechar las filas. Nada les desanima, ni las

enfermedades, ni el frío, ni el calor, ni el hambre. Andan, se apresuran, y nunca llegarán. En medio de ellos, D'Argenton, mejor comido, bien vestido, parecíase á un rico señor caminando entre los andrajosos, con su harén, sus pipas, sus riquezas. Y lo que añadía á su irradiación aquella noche, era su vanidad satisfecha, la conciencia serena del triunfo.

Durante la lectura del poema, Carlota, sentada en el diván, con una actitud que quería ser indiferente, sonrojábase con las alusiones que pasaban en cada estrofa, envueltas en velos transparentes, cual misteriosas coquetas contentísimas al verse reconocidas. En torno suyo, mujeres de "Fracasados„ se inclinaban humildes y halagadoras, y entre ellas, la diminuta señora de Moronval, la cual, sentada, parecía muy alta por causa de la inconmensurable altura de su frente y de su barba, secándose los ojos á cada momento para que vieran su emoción. ¡Hipocresía poco digna de una Moronval-Decostère de nacimiento! Pero la miseria abate los orgullos más empingorotados, y Moronval, colocado enfrente de su mujer, la vigilaba, era el jefe de la claque, dando á su cara de mono mil expresiones variadas, de una admiración extraordinaria, mientras se roía las uñas con rabia, lo cual era siempre indicio de algún sablazo. Ante aquella asistencia comprada, los versos se deslizaban con una lentitud y una monotonía desesperantes, cual movimiento de devanadera devanando una madeja interminable. ¡Y seguían, seguían! Aquello se mezclaba al chisporroteo del fuego, al ruidillo de las lámparas, al ruido del viento que erraba por el balcón, y de repente sacudía con furia los cristales, como cierta noche. Pero Carlota no se hallaba aquella noche en esas disposiciones inquietas en que acoge el espíritu los presagios y los presentimientos. Pertenecía por completo á su

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

poeta, al drama que él allí cantaba, rimando fuertemente cada verso. El poema contenía, efectivamente, una parte muy dramática. En el último canto, suponía D'Argenton que la querida ausente, de vuelta junto á su amante, moríase de los sufrimientos causados por la ausencia. Cerrábale el poeta los ojos, jurándole amor eterno:

"He puesto junto á ti, en la tumba, lo mejor de mí mismo; lo que te llora y lo que te ama,„ decía el poeta. Y era tan conmovedora aquella magnanimidad del hombre que consentía en olvidar, y la suerte funesta de aquella desgraciada, que todo el mundo sollozaba al escuchar aquellos versos. Y Carlota sollozaba con más ahinco que los demás, pues ella era quien moría, y esas cosas le enternecen á uno, más tratándose de sí mismo que tratándose de los demás.

De repente, en el momento culminante, cuando D'Argenton paseaba sobre la asamblea una mirada satisfecha, abrióse violentamente la puerta del salón, y la doncella, una de esas doncellas familiares, con muchos lacitos como los que gastan esas mujeres, entró en el salón con aire asustado, gritándole á su ama:

—¡Señora!... ¡Señora!...

La gente se levantó:

—¿Qué hay?... ¿Qué sucede?.

—Hay ahí un hombre...

—¿Un hombre?

—Sí, un hombre de malas trazas, y muy feo, que desea hablar á la señora. Le he dicho que no estaba la señora, que no se la podía ver. Entonces se sentó en un peldaño, diciendo que esperaría.

—¡Allá voy!... dijo Carlota muy emocionada y como si adivinase de parte de quién venía aquel hombre.

Pero D'Argenton se opuso vivamente.

—No... No...

Y volviéndose hacia Labassindre, el más vigoroso de los asistentes:

—Anda y mira quién es ese intruso.

—¡Allá voy... allá voy!... dijo el cantante ahuecando la voz; y salió ensanchando los hombros.

D'Argenton, que se había quedado con un hemistiquio entre los dientes, volvió precipitadamente delante de la chimenea, dispuesto á reanudar la lectura interrumpida.

Pero la puerta se abrió de nuevo, dejando ver la cabeza y el brazo de Labassindre, que llamaba con un gesto al poeta. D'Argenton se abalanzó furioso hacia el pasillo:

—¡Vamos! ¿Qué demonios es eso?

—Parece ser que Jack está muy enfermo, le dijo en voz baja el cantante.

—¡Eso, que se lo cuenten á otros!

—Ese pobre diablo es quien lo afirma.

D'Argenton miró al pobre diablo, feo, tímido, cuya alta silueta, encorvada bajo la puerta, no le era desconocida.

—¿Usted es quien viene de parte de ese señor?

—No, no vengo mandado por él, contestó el otro... Está demasiado enfermo para ocuparse de eso... Hace tres semanas que está acostado, enfermo, muy enfermo.

—¿Y qué tiene?

—No sé qué tiene en el pulmón, pero dice el médico que no durará ocho días. Y entonces hemos pensado, mi mujer y yo, que convenía avisarle á su madre, y á eso he venido.

—¿Quién es usted?

—Soy Belisario, Bel, como me decía la señora... ¡Oh! ¡Bien me conoce ella, y á mi mujer también!

—Pues bien, señor Belisario, dijo el poeta con tono burlón... Dígale usted al que le envía, que el golpe está bien imaginado, pero que está ya gastado. Que busque otro.

—¡Usted perdone! dijo el vendedor ambulante, que no comprendía los "chistes crueles.„

Pero ya D'Argenton había cerrado la puerta, dejando á Belisario estupefacto en el descansillo, con la visión de un salón entrevisto allá en el fondo del cuarto, lleno de gente y de luces.

—No es nada... Un individuo que se equivocaba, dijo el poeta volviendo al salón; y mientras continuaba su lectura majestuosamente, volvíase el vendedor muy de prisa por las calles negras, azotado por el viento frío, ansioso de volver junto á Jack, junto al pobre compañero que en aquel momento yacía sobre el triste lecho de su buhardilla...

Sintióse enfermo un día que volvía de Etiolles. Se había acostado sin decir una palabra; y desde entonces, la fiebre le sacudía, la fiebre y un fuerte catarro, tan grave, que el médico del taller avisaba á sus amigos que era de temer un desenlace funesto. Belisario hubiera querido avisar al Sr. Rivals; pero Jack se opuso resueltamente. Es más: sólo esta vez había salido de su silencio aletargado, y otra también para enviar á la repartidora de pan á que le vendiese su reloj y una sortija que le había dado su madre. Y es que el dinero se hacía raro en la calle de Panoyaux. Todas sus economías habíalas empleado Jack en la compra del pequeño mobiliario Charonne, los cajones estaban vacíos, y los Belisarios se hallaban también sin un céntimo, á consecuencia de la boda y de los gastos de instalación.

¡Mas no importa! Para cuidar á aquel desgraciado abandonado, el vendedor ambulante y su mujer se habían sentido capaces de hacer toda especie de sacrificios. Después de haber llevado al Monte de Piedad colchones, muebles, habían empeñado una carga de sombreros de paja que sería absolutamente necesario desempeñar cuando llegara la primavera. Pero ni este sacrificio fué

suficiente. ¡Está todo tan caro, la leña, los medicamentos!... La verdad, no habían tenido suerte con los compañeros.

El primero, un borracho perezoso y comilón; el segundo, la misma perfección, convirtiéndose en pesada carga por su enfermedad. En la vecindad, aconsejábanles que llevasen á Jack al hospital. "Estará mejor que aquí, y no les costará á ustedes nada.„ Pero se obstinaban con cierto orgullo en conservar á su amigo junto á ellos, cual si hubiesen faltado á los deberes de la asociación al confiarle entre otras manos.

Ahora ya no podían más. Y como la gravedad del mal correspondía con aquella penuria inminente, se habían decidido á avisar á Carlota, "la hermosa señora,„ como decía con voz indignada la repartidora de pan. Ella era quien mandó allí á su marido.

—Sobre todo, traétela contigo, para estar seguro de que venga... El ver á su madre aliviará á ese desgraciado. Nunca habla de eso. ¡Es tan digno!... Segura estoy de que está pensando en su madre.

Belisario se venía sin la hermosa señora. Así que estaba desconsolado y muy inquieto por la acogida que le reservaba su mujer. La señora de Belisario, con el niño dormido sobre sus rodillas, hablaba en voz baja con la señora Levindré, delante de una lumbre pobre y triste, lo que llama el pueblo una "lumbre de viuda,„ mientras ponía cuidado en la penosa respiración de Jack y la horrible tos que le ahogaba. Nadie habría reconocido en aquella habitación desnuda y desamparada la buhardilla clara, con vistas al patio, en donde cantaba el trabajo desde por la mañana como una alondra parisiense. Allí no quedaban rastros de libros ni de estudios. Unicamente un puchero de tisana que humeaba sobre la chimenea, llenaba el cuarto de esa atmósfera especial, vaga y pesa-

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

da, que se nota en el cuarto donde hay un enfermo. Y allí cuchicheos, un ruido de tenacillas, y el paso de Belisario ya de regreso.

—¿Solo?... preguntó la repartidora de pan.

Contó él, en voz baja, que no le habían dejado ver á la madre de Jack; que los bigotazos de D'Argenton no le habían permitido la entrada.

—¡Vaya unos canallas!... ¡Pero tú no tienes sangre en las venas!... Siempre con tus miedos... Era preciso darle un empujón, entrar á la fuerza y gritarle á esa bribona: ¡Señora, su hijo de usted se está muriendo!

¡Qué magnífica mirada de madre lanzó ella hacia su hijo dormido sobre sus rodilas!

—¡Ah, mi pobre Belisario, nunca serás más que una gallina!

El vendedor ambulante bajaba la cabeza. Sabía que le reñirían cuando volviera, pero no era dueño de su timidez, pues la costumbre de andar por calles y caminos, á merced de los gendarmes y de los agentes de policía, le había dado una humildad sumisa, que no eran capaces de sacudir las valentías de su mujer.

—Si hubiera yo ido, bien segura estoy de que me la traigo conmigo... decía la buena mujer apretando los puños.

—¡Quite usted, hija mía! añadía agriamente la señora Levindré; usted no sabe lo que son esas mujeres.

Decía ella "aquellas mujeres„ desde que la marcha de Ida de Barancy le había quitado toda esperanza para su máquina de coser, ó la comandita de su marido. También éste acababa de entrar.

Todas las noches, con esa facilidad de las llaves en las puertas adoptada en los interiores pobres, venían á charlar junto al enfermo, so pretexto de preguntar por él. Al saber que no había

venido la señora, el Sr. Levindré endilgó un largo discurso sobre la Frinée moderna, vergüenza de nuestras sociedades, y desarrolló una vez más su sistema político, que había de limpiar al mundo de todas esas escorias. Los demás escuchaban, con la boca abierta, á aquel charlatán soñoliento é inagotable, mientras soplaba el viento sobre las brasas apagadas y se oía, por debajo de las sábanas, la continua tos de Jack.

—Bueno, pero ¿qué vamos á hacer? dijo la señora de Belisario, que nunca se apartaba mucho de la cuestión pendiente. No podemos dejar que se muera ese infeliz por falta de cuidados.

Los Levindré opinaron:

—Hay que hacer lo que les ha dicho el médico. Llévenlo al atrio de Nuestra Señora, al despacho central. Allí le darán una tarjeta de entrada para un hospital.

—¡Chist!... ¡Chist!... ¡No hablar tan fuerte!... dijo Belisario designándoles la alcoba en la que se agitaba el enfermo, sacudido por la calentura. Hubo un momento de silencio, durante el cual se oía el roce de las sábanas.

—Estoy seguro de que nos ha oído, añadió el vendedor enfadado.

—¡Y qué!... No es ni su hermano de usted, ni su hijo; y sería para ustedes un gran desahogo el llevárselo al hospital.

—¡Es el compañero! dijo Belisario, imprimiendo á su lenguaje toda la dignidad y la valentía de su hermoso y cándido corazón.

Y fué aquello tan conmovedor, que la vendedora de pan se puso muy encarnada, y miró á su marido con los ojos llenos de lágrimas.

Los Levindré se marcharon, encogiéndose de hombros: y cuando ya hubieron salido, en seguida pareció el cuarto menos frío y menos desamparado.

Jack había oído. Oía cuanto se decía. General-

mente, desde que aquella recaída de su enfermedad del pecho, junta con la terrible decepción de su amor, le tenían allí clavado en su cama, no dormía, pero apartábase á propósito de la vida que le rodeaba, encerrándose en un mutismo que la misma calentura y sus alucinaciones no conseguían vencer. Sus ojos, vueltos hacia el techo de la alcoba, permanecían abiertos durante todo el día, y si la pared, la sombría pared, arrugada y resquebrajada como una cara de viejo, hubiese podido hablar, hubiese contado que en aquella mirada de sonámbulo había escrito en letras de fuego:

"Desgracia completa.. desesperación sin límites...„ Unicamente la pared veía aquello, pues el desgraciado no se quejaba nunca. Hasta trataba de sonreir á su robusta enfermera cuando ésta le llenaba de jaropes abrasando y de amables palabras. Así es como pasaba sus largos días solitarios, en donde venía á buscarle el ruido del trabajo hasta en su buhardilla, para hacerle maldecir su forzosa inacción. ¡Por qué no era él valiente y fuerte como otros para resistir á los desencantos de la vida!... Pero ¿para quién trabajar ya? Su madre se había marchado, y Cecilia ya no le quería. Estas dos figuras de mujer le obsesionaban, no se apartaban de su imaginación. Cuando desaparecía la sonrisa alegremente indiferente de Carlota, el rostro puro de Cecilia envuelto como en un velo por su negativa, se erguía delante de él, y Jack permanecía allí, anonadado, incapaz de una palabra ó de un gesto, mientras el latido de sus sienes y de sus pulsos, su respiración fatigosa, los accesos de tos ruda, se rimaban con la agitación que le rodeaba, el soplo del viento y de la chimenea, el ruido de los ómnibus sacudiendo el suelo de la calle, el ronquido monótono de una maquinilla de tejer en la buhardilla vecina.

Al siguiente día de esta conversación, junto á la cama de Jack, cuando la repartidora de pan, al volver de su obligación con el delantal blanqueado por la harina, entró en el cuarto para saber cómo había pasado la noche el enfermo, quedóse atónita al ver un gran espectro en pie, ya vestido, discutiendo con Belisario delante de la lumbre de la chimenea:

—¿Qué ha pasado?... ¡Cómo! ¡Se ha levantado usted!

—Ha querido levantarse, dijo el vendedor ambulante con acento de verdadera tristeza. Quiere ir al atrio de Nuestra Señora.

—¡Al atrio de Nuestra Señora!... exclamó la pobre mujer. ¿Y para qué?... ¿Le falta á usted algo aquí? ¿Qué le falta?

—Nada, nada, mis buenos amigos... Sois dos corazones generosos y llenos de abnegación. Pero me es imposible permanecer aquí más largo tiempo. Os ruego que no me retengáis. Necesito marcharme... Quiero marcharme.

—Pero ¿cómo se las va usted á componer, mi pobre compañero, débil como se encuentra?

—¡Oh! Algo torpón estoy. Pero cuando hay que echar á andar, se anda. Me apoyaré en el brazo del buen Belisario. Así me paseó en las calles de Nantes un día en que estaba aún más flojo que hoy.

Ante una voluntad tan firme, no había medio de titubear. Abrazó Jack á la mujer de Belisario, y bajó, sostenido por éste, después de haber echado una tristísima mirada de despedida á aquel cuartito, en donde tan hermosas horas había pasado, en donde había acariciado tan hermosos ensueños, y que estaba seguro de no volver á ver.

En aquella época, el despacho central estaba situado enfrente de Nuestra Señora de París; un monumento cuadrado, gris y de aspecto

triste, al que se subía por algunos peldaños. Para llegar hasta allí desde las alturas de Menilmontant ¡qué largo les pareció el camino! Detuviéronse varias veces, en los ángulos de los puentes, en los bancos, pero no mucho tiempo, pues era muy vivo el frío.

Bajo el cielo, bajo y pesado, de Diciembre, el enfermo parecía más pálido, más desfigurado que en su habitación. Sus cabellos estaban cubiertos de sudor, caídos por el esfuerzo de la marcha; y parecíale, con su gran debilidad, que todo daba vueltas, las casas negruzcas, los arroyuelos, las caras de los transeuntes condoliéndose de la triste pareja que formaban el vendedor ambulante y su compañero.

En ese París brutal, bullicioso, en el que la existencia se parece á un combate, habríase dicho un herido caído durante la acción, y al que llevaba á la ambulancia un compañero bajo las balas y la metralla, antes de volver á tomar él parte en el peligro.

Era aún temprano cuando llegaron al despacho central. Sin embargo, ya estaba llena la vasta sala de espera; una muchedumbre esperaba sentada en los bancos de madera, alrededor de una inmensa estufa roja que lanzaba potente resoplido.

Reinaba allí una atmósfera sofocante, pesada, soñolienta, que comunicaba el mismo descorazonamiento á toda la asistencia, á los desgraciados, llegando sin transición del frío de la calle á aquella especie de invernadero, á los empleados que allá en el fondo escribían detrás de una puerta de cristales, el mozo de sala llenando la estufa con ademán de profundo cansancio. Cuando entró Jack, cogido del brazo del buen Belisario, todas las miradas se volvieron hacia él, enemigas é inquietas.

"¡Vaya.. ya viene otro!.. „ parecían decir. En

efecto: es tal la aglomeración en los establecimientos hospitalarios, que por más esfuerzos que haga la caridad, siempre hay más enfermos que camas para recibirlos. Y es que es un diestro fabricante de desgracias ese París feroz, y las inventa asombrosas, imprevistas, complicadas, con ayuda del vicio, de la miseria y de todas las combinaciones que traen consigo estos dos elementos de sufrimiento. Había allí numerosas muestras de su habilidad, ostentándose misérrimas sobre aquellos bancos especiales, en aquella sala del atrio. A medida que iban entrando, los separaban en dos categorías; de un lado los heridos, los que las ruedas de los talleres, los engranajes de las máquinas de vapor, los ácidos de los tintes hieren, magullan ó abrasan, ciegan, desfiguran; del otro, los que tiritan de calentura, los anémicos, los tísicos, miembros ateridos, ojos vendados, toses diversas, cavernosas, agudas, que parecían obedecer á un compás y herir el aire á un tiempo cual instrumentos de una desgarradora orquesta.

¡Y qué harapos, qué calzado, qué sombreros qué mantones! La lógica en lo que tiene de horrendo; rotos, llenos de lodo, flecos salpicados de agua sucia, pues la mayor parte de aquellos desgraciados habían venido á pie, arrastrándose como Jack.

Todos, todos ellos, esperaban con profunda angustia la llegada del médico, quien iba á entregarles, ó no, una tarjeta para que los recibiesen en un hospital. Así es que había que oirles hablar entre sí de sus enfermedades, exagerándolas á propósito, tratando de persuadir á sus vecinos de que estaban mucho más enfermos que ellos. Jack escuchaba aquellas lúgubres conversaciones, sentado entre un hombre hinchado y con miembros delgados, que tosía violentamente, y una desgraciada mujer, joven, envolviendo en un

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

chal negro una sombra de cuerpo, una cara estrecha, cuya nariz y cuyos labios estaban tan pálidos, que sólo los ojos parecían tener alguna vida, ojos desencajados por la visión de la última hora que se acercaba. Una vieja con una cofia de lana en la cabeza y una cesta debajo del brazo, ofrecíales bizcochos, pastelillos llenos de polvo y duros á aquellos infelices abrasados por la calentura, á aquellos moribundos, rechazada por todos, y continuando su jira silenciosa. Por fin, se abrió la puerta, y un hombrecillo nervioso y seco apareció.

¡El médico!

Hízose un silencio profundo en aquellos bancos, en los que redoblaron las toses, tomando las fisonomías una expresión de profunda ansiedad. Mientras se calentaba las manos sobre la placa del calorífero, inspeccionaba el doctor los enfermos colocados á su alrededor, con esa mirada del sabio, escrutadora y firme, que inquieta á los borrachos y á los impuros. Luego principió la visita, seguido del mozo que entregaba los billetes de entrada para los hospitales. ¡Qué alegría en aquellos desgraciados cuando eran admitidos! ¡Qué desilusión, qué súplicas cuando les decían que no estaban bastante enfermos!

El examen era breve y algo brutal, pues había mucha gente y los infelices no cesaban de hablar de sus males, contando cosas que no tenían importancia para el médico.

No puede la gente figurarse la ignorancia, el embrutecimiento, la inocencia de ese pueblo, cortado hasta para decir un nombre, unas señas que haya que dar, temiendo siempre comprometerse, y cuya timidez divaga luego sobre cosas indiferentes.

—¿Y usted, señora, qué es lo que tiene? pregunta el médico á una mujer á cuyo lado está un niño de unos doce años.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—No soy yo, señor, es mi hijo.

—Bueno; ¿y qué tiene su hijo de usted? Vamos, pronto.

—Está sordo, señor... Eso le sucedió de una manera...

—¡Ah! ¿Está sordo?... ¿Y de qué oído?

—De los dos principalmente, señor.

—¿Cómo principalmente?

—Sí, señor... Vamos, Eduardo, levántate cuando te hablan... ¿De qué oído estás sordo? díjole al chiquillo, sacudiéndole para que se levantara.

Pero el chiquillo guarda un mutismo idiota.

—¿De qué oído estás sordo? repite la madre gritando.

Y al ver el atontamiento del pobre enfermo:

—¡Ya ve usted, señor! Es—como le digo á usted,—de los dos principalmente.

Más lejos, dirígese el médico al hombre gordo con miembros delgados, vecino de Jack:

—¿Qué le duele?

—El pecho, señor...; todo esto me abrasa.

—¡Ah! Le quema á usted el pecho... ¿No suele usted beber un poco de aguardiente?

—¡Oh! nunca, señor mío... dice el otro indignado.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¿Conque no bebe usted aguardiente? ¿Y vino?

—Sí, señor, cuanto necesito.

—¿Y cuánto necesita usted?... Supongo que serán algunos litros.

—Eso depende de los días, de las ocasiones.

—Sí, ya comprendo... Por ejemplo, los días de paga...

—¡Hombre! Los días de paga, de sobra sabe usted lo que pasa... Se reune uno con los amigos...

—Justamente, los días de paga se emborracha usted... Usted es albañil, cobra usted cada ocho días; de modo que, por lo menos, cuatro veces al

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

mes, está usted hecho una uva... Perfectamente. A ver la lengua.

Y por más que protesta el borracho, tiene que confesar, pues se las tiene con un verdadero juez de instrucción.

Cuando llegó el doctor delante de Jack, le examinó el médico con cuidado, preguntándole que cuantos años tenía, y si hacía tiempo que estaba enfermo. Jack contestó con esfuerzo, con una voz que parecía un silbido; y mientras hablaba, Belisario, colocado detrás de él, guiñaba los ojos, adelantaba sus gruesos labios.

—Vamos á ver, hijo mío, dijo el médico aplicando su oído sobre las ropas mojadas del enfermo para auscultarle...

—¿Y ha venido usted á pie?

—Sí, señor.

—¡Es extraordinario que haya usted podido andar en el estado en que se encuentra!.. Le ha sido precisa una terrible energía. Pero le prohibo que recomience. Le van á usted á llevar en una camilla.

Y volviéndose hacia el empleado que escribía los billetes:

—Caridad... Sala de San Juan de Dios.

Y sin añadir palabra, continuó su inspección.

Entre las mil visiones rápidas, confusas, que pasan por delante de la vista en el movimiento de las calles de París, que se suceden, borrando una á la otra, ¿halláis nada más punzante que esas camillas colgadas, cubiertas con un toldillo de lienzo rayado, mecidas por dos hombres, uno delante y otro detrás? Aquello es en parte cama y en parte tumba; y la forma vaga, vagamente dibujada allí debajo, abandonada á las sacudidas de la marcha, os hacen soñar siniestramente. Hay mujeres que se santiguan al ver eso, como cuando pasa un ataúd. A veces, va sola la camilla, pero también una madre, una hija, una hermana,

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

con los ojos húmedos por esa humillación de la enfermedad indigente, siguen á esa agonía que anda.

Así escuchaba Jack junto á él, al lado de los hombres que llevaban la camilla, el paso desigual del bueno del vendedor ambulante, quien, de cuando en cuando, le cogía la mano para probarle que no estaba completamente abandonado.

De sacudida en sacudida, soñoliento y rendido, llegó el enfermo al hospital de la Caridad, á la sala de San Juan de Dios, situada en el segundo piso en el fondo del patio segundo. Una sala triste, con un techo sostenido por columnas de hierro colado, y cuyas ventanas dan por un lado al patio sombrío, y por el otro, á un jardín profundo y húmedo; veinte camas al lado una de otra, dos grandes butacas junto á una enorme estufa, una mesa y un inmenso aparador, cubierto de una tapa de mármol. Tal es el sitio.

Al entrar Jack, cinco ó seis fantasmas con grandes batas pardas y gorros de dormir interrumpieron una partida de dominó silenciosa para ver pasar al recién llegado. Otros, que se calentaban, se apartaron. Unicamente un ángulo claro en la pieza inmensa, el despachito con cristales en donde estaba la Hermana, y delante, un altar de la Virgen, gracioso y fresco, con sus encajes, sus flores artificiales, sus candeleros guarnecidos de cera blanca, y su Madona de estuco, cuyos brazos, en anchas mangas flotantes, se desviaban de su vestido cual si fueran alas. Vino la hermana junto á Jack, y con una vocecilla muy aguda y monótona, cuya resonancia parecía absorbida por la cofia y el velo:

—¡Oh! ¡Pobrecito, qué enfermo debe estar!... Pronto, acostarle... No tenemos cama, pero el último, allá, estará pronto vacío. El que lo ocupa está muy mal. Y mientras tanto, vamos á ponerle una cama de tijera.

El enfermero colocó la cama junto á la que pronto iba á quedar vacía, y de la que se escapaban sordos gemidos, largos suspiros, que resultaban aún más lúgubres por la indiferencia descorazonada con que cada uno los escuchaba. Aquel hombre iba á morir; pero estaba Jack demasiado enfermo, demasiado absorto, para darse cuenta de tan triste vecindad. Apenas si oyó á Belisario decirle: "¡adiós!„ prometiéndole volver al día siguiente; luego un ruido de marmitas y de platos, ocasionado por la distribución de la sopa, y después un cuchicheo junto á su cama, en el que se trataba de un tal "once duplicado„ que, según decían, estaba muy enfermo. Él era aquel á quien así designaban. Ya no se llamaba Jack, sino el "Once duplicado„ de la sala de San Juan de Dios. A falta de sueño, sentíase ya entumecido, anonadado por su gran cansancio, cuando una voz de mujer, tranquila y clara, le produjo ese espanto que ahuyenta el primer sueño.

—¡La oración, señores!

Y Jack entrevió vagamente, junto al altar, la sombra de una mujer arrodillada en los pliegues groseros de su vestido de paño burdo; pero en vano trató de seguir su voz muy viva, algo cantante, y que caía de aquella boca acostumbrada á la plegaria, sin paradas ni suspiros. Sin embargo, estas últimas palabras llegaron á su oído atento: "Proteged, Señor, á mis amigos, á mis enemigos, á los prisioneros, á los viajeros, á los enfermos y á los agonizantes...„

Jack se durmió entonces con sueño febril, agitado, en el que se mezclaban los quejidos de la vecina agonía con la visión de prisioneros, sacudiendo sus cadenas y de viajeros caminando sobre un camino sin fin.

...Él mismo es uno de esos viajeros. Va por aquella carretera que se parece á la de Etiolles, más larga, más sinuosa, y alargándose á cada

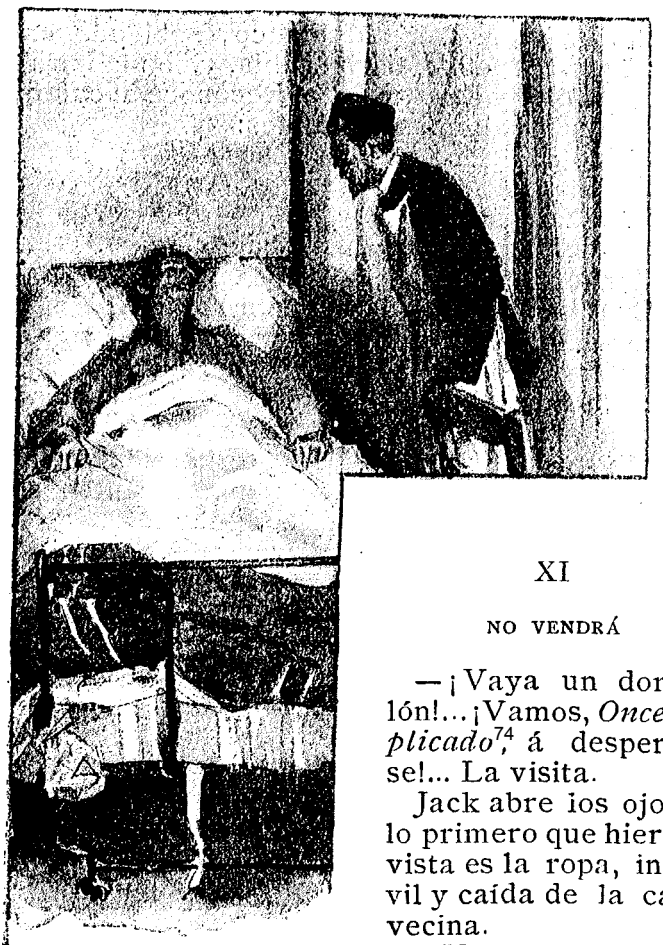
paso. Cecilia y su madre le preceden, sin querer esperarle; y distingue él entre los árboles el vuelo de aquellos dos vestidos. Lo que le impide juntarse á ellas, son enormes máquinas colocadas á lo largo de los fosos, espantosas, lanzando terrible resoplido, y cuyas bocas abiertas le envían un aliento abrasador. Allí están todas, las sierras de vapor, las cepilladoras, moviendo sus bielas, sus ganchos, sus émbolos, en medio de un formidable ruido de martillos de fragua: Jack, tembloroso, se decide á pasar en medio de ellas; lo cogen, lo levantan, lo desgarran; pedazos de su carne vuelan con pedazos de su blusa de trabajo; sus piernas son abrasadas por metales en fusión, y queda todo su cuerpo envuelto en brasas que penetran hasta dentro de su pecho. ¡Qué horrible lucha para salir de allí, para refugiarse en el bosque de Senart, cuyos límites rodean aquel *caminito maldito*!... Y *he aquí*, que, *bajo la frescura* de los grandes árboles, vuélvese Jack pequeñito.

Tiene diez años. Vuelve de un alegre paseo con el guarda; pero allí, en un rincón del bosque, la vieja Salé, con la podadera en la mano, le acecha, sentada sobre su haz de leña. Jack quiere huir...; la vieja se lanza detrás de él, le "da caza...„ terrible, por el inmenso bosque, tan oscuro ahora que desciende el ruido bajo los árboles. Él corre, corre... La vieja va más de prisa que él... Jack oye su paso que se acerca, el roce de su haz en la madriguera, su respiración entrecortada. Por fin lo coge, lucha con él, lo tira al suelo, y con todo su peso, se sienta sobre el pecho del niño y lo aplasta con su leña llena de espinas.

Jack se despertó sobresaltado. Reconoció la gran sala alumbrada con lamparillas, aquellas camas simétricas, aquellas angustiosas respiraciones, aquellas toses desgarrando el silencio. Ya

no soñaba; y sin embargo, sentía el mismo peso en su cuerpo, algo frío, inerte, siniestro, que los enfermeros que corrieron á sus gritos, se apresuraron á quitar, colocándolo en la cama vecina, corriendo las cortinas alrededor con un lúgubre chirrido.

"¡Jack, soy yo... soy Cecilia!„



XI

NO VENDRÁ

—¡Vaya un dormilón!...¡Vamos, *Onceduplicado*[74], á despertarse!... La visita.

Jack abre los ojos, y lo primero que hiere su vista es la ropa, inmóvil y caída de la cama vecina.

—Vamos, que, según me han contado, famoso susto se ha llevado usted anoche!... Ese desgraciado que cayó sobre su cama de usted agitándose en la agonía... Comprendo que ha debido usted emocionarse mucho... Vamos á ver, álcese un poco que le examine... ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué débiles estamos!

Aquel que hablaba así era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, con una gorra de ter-

74. "Onze bis": así es como las enfermeras llaman a Jack, pues ésta es la habitación que ocupa el enfermo en el hospital. Pedro Gregorio Pérez traduce literalmente ("once bis"), como también lo hace el traductor anónimo de la editorial Lassalle. Giner de los Ríos, por el contrario, ha optado por una traducción que, sin tener presente el texto original, puede resultarle confusa al lector.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

ciopelo, un gran delantal blanco, subiendo en punta hacia el pecho, barba rubia, y con la mirada penetrante y algo burlona. Reconoce al enfermo y le dirige algunas preguntas:

—¿Qué oficio tiene usted?

—Mecánico.

—¿Bebe usted?

—Antes... Ya no bebo desde hace tiempo.

Un largo silencio.

—¿Cuál ha sido su vida, mi pobre amigo?

Y no añade más el médico, por miedo á asustar á su enfermo; pero Jack ha sorprendido en su fisonomía la misma curiosidad dolorosa, el mismo interés simpático que notó la víspera en el atrio de Nuestra Señora. Los internos rodean la cama. El jefe de servicio les explica los síntomas que ha observado en el enfermo. ¡Muy interesantes, según parece, y muy alarmantes, los tales síntomas! Uno por uno vienen los alumnos á darse cuenta de las observaciones del profesor. Jack presenta su espalda á todos aquellos oídos curiosos; y por fin, en medio de las palabras "inspiración, espiración, estertores sibilantes, crujidos en la cúspide y en la base, tisis aguda,„ comprende que su estado es muy grave, y tan grave, que después que dictó la receta el médico á un interno, acércase la hermana de la caridad á su cama, y despacito, discretamente, le pregunta si tiene una familia en París, alguien á quien avisar; si acaso espera visitas hoy, domingo. ¿Su familia? ¡Mire usted, ahí está! Son esos dos seres, un hombre y una mujer, que están al pie de la cama sin atreverse á acercarse, dos caras del pueblo, algo ordinarias y buenas, que le sonreían. No tiene más parientes que esos: no tiene más amigos. Son los únicos que nunca le han hecho daño.

—¡Hola! ¿Y qué tal vamos?... ¿Estamos algo mejor? preguntó Belisario, á quien le habían dicho

que el compañero estaba perdido, y que oculta sus ganas de llorar bajo un aspecto alegre.

Su mujer pone sobre la tablilla, junto á Jack, dos hermosas naranjas; y después de dar noticias del niño de cabeza gruesa, siéntase como en visita junto á su marido, que no dice una palabra. Tampoco Jack habla. Tiene los ojos abiertos y fijos. ¿En qué está pensando?... Sólo una madre puede adivinarlo.

—¡Diga usted, Jack! le preguntó de repente la señora de Belisario: ¿y si fuera yo á avisarle á su mamá?

Ilumínase su mirada apagada, y se fija, sonriendo, en la de la buena mujer aquélla... Sí, eso es lo que él quiere. Ahora que sabe que va á morir, olvida cuanto su madre le ha hecho. Necesita tenerla allí, estrecharse contra ella. Y ya echa á andar la excelente mujer; pero el vendedor ambulante la detiene, y en voz baja ha lugar un conciliábulo muy animado al pie de la cama. El marido no quiere que vaya allí su mujer. Sabe que está enfadada contra la "hermosa señora„ que detesta al hombre de los bigotes, y que si no la dejan entrar, va á gritar, á armar escándalo, ¿quién sabe? quizás la lleven á la prevención. El miedo hacia la prevención desempeña decididamente un gran papel en la vida de Belisario. La repartidora de pan reconoce la timidez del vendedor ambulante, su facilidad en dejarse poner á la puerta de la calle.

—¡No, no! Está tranquila, esta vez la traigo, dijo él con una confianza enérgica, que logró comunicar á su compañera; y se va.

Llega rápidamente al malecón de los Agustinos; pero esta vez tiene menos suerte que la víspera.

—¿Adónde va usted?... le pregunta el portero que le detiene al pie de la escalera.

—A casa del Sr. D'Argenton.

—¿Es usted quien vino anoche?

—Sí, señor, contesta Belisario con la inocencia de su alma.

—Pues bien, es inútil que suba usted; no hay nadie... Están en el campo, y no vendrán hasta dentro de algún tiempo.

¡En el campo, con un tiempo semejante, con aquel frío, y la nieve! Parecíale eso inverosímil á Belisario. En vano insiste, en vano cuenta que el hijo de aquella señora está muy enfermo en el hospital. El portero se aprovecha de la historia, pero no permite que el infortunado mensajero franquee siquiera la alfombrilla del pie de la escalera. Ahí tenemos á Belisario otra vez en la calle, desesperado. De repente, ocúrresele una idea sublime.

Nunca le contó Jack lo que pasó entre los Rivals y él; lo único que le dijo es que ya no se casaría. Pero ya en Indret, y sobre todo en París desde que viven juntos, varias veces se ha hablado entre ellos de la bondad del viejo médico. ¡Si fuera Belisario á buscarle para llevar al lecho de muerte del pobre compañero una simpatía, un rostro amado! Dicho y hecho. Se va á su casa y coge el cesto de los sombreros, pues nunca viaja sin él, y ya está andando, tiritando y encorvado, por la carretera de Etiolles, en donde le encontró Jack por vez primera. ¡Ay! Ya hemos visto lo que le esperaba al cabo de aquella larga carrera.

Durante aquel tiempo, la señora de Belisario, que continuaba junto á su amigo, ya no sabe qué pensar de aquella prolongada ausencia, ni cómo calmar la inquietud del enfermo, presa de gran agitación al figurarse que va á ver á su madre. Y lo que aumenta todavía esa excitación, es la muchedumbre que acude los domingos á los hospitales. Desde la calle, desde el pie de la escalera, óyese un barullo, un vaivén, que los patios

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

sonoros y los pasillos prolongan y destacan más. A cada momento, ábrese la puerta y acecha Jack la entrada de los visitantes. Son éstos obreros, burguesillos decentemente vestidos que circulan por las salas, hablan con los enfermos á quienes han venido á ver, los animan, tratan de hacerles sonreir con una anécdota, un recuerdo de familia, un encuentro de la calle. A veces ahóganse las voces en medio de lágrimas, haciendo los ojos esfuerzos para permanecer secos. Hay palabras torpes, silencios penosos, todo el malestar, todas las reticencias cuando cae la palabra desde una boca sana sobre la almohada de un moribundo. En vano escucha Jack ese suave murmullo de voces, por encima del cual se esparce un aroma de naranjas. Pero ¡qué desencanto á cada nueva visita, cuando, después de haberse alzado un poco, agarrándose al palillo colgado de una cuerda por encima de sus manos, ve que no llega aún su madre, y cae más rendido, más desesperado que nunca! Como en todos los que van á morir, el poco de vida que le queda, ese hilo tan fino que va adelgazándose cada vez más, demasiado frágil para sujetarle á los años robustos de la juventud, le trae á las primeras horas de su existencia. Tórnase niño. Ya no es el mecánico Jack, es el pequeño Jack (con *k*), el ahijado de lord Peambock, el rubillo vestido de terciopelo, el hijo de Ida de Barancy, que espera á su madre...

¡Nadie!

Y sin embargo, ¡vaya si viene gente! mujeres, niños, chiquitillos que se detienen sorprendidos viendo la delgadez del padre, su capote de convaleciente, y lanzan gritós de admiración ante las maravillas del altarcito, costándole mucho trabajo á la religiosa el contener aquellas exclamaciones. Pero la madre de Jack no viene. La repartidora de pan no sabe ya qué decirle. Ha agotado todos los recursos, la enfermedad de

D'Argenton, el domingo que anima para ir á pasearse; ahora ya no sabe qué decir, y para hacer algo, ha puesto un pañuelo de hierbas sobre sus rodillas y monda despacio las naranjas.

—No vendrá... dice Jack, como decía antes en la casita de Charonne. Sólo que su voz es más nerviosa, más agitada que aquella noche, y halla, aunque está muy débil, acentos de cólera: "¡Estoy seguro de que no vendrá!„

Y el desgraciado cierra los ojos en medio de un supremo cansancio; pero es para meditar sobre otras penas, para recoger en su espíritu todos los restos de su amor, para llamar "¡Cecilia... Cecilia!„ sin que este grito salga de su boca muda. La religiosa se ha acercado al oirle gemir, y pregunta en voz baja á la mujer de Belisario, cuya ancha cara está reluciente de lágrimas:

—¿Qué tiene este pobrecito?... Parece ser que está peor...

—Es su madre, hermana, es su madre que no viene... La espera... ¡Y eso le deshace, le roe al infeliz!

—Habría que avisarla en seguida.

—Ya ha ido mi marido. Pero es una hermosa señora. Sin duda teme mancharse el vestido en el hospital...

De repente, levántase en un arranque de ira.

—No llores, amigo mío, dijo ella á Jack cual si hablase á su niño; voy á buscártela, á tu mamá.

Jack ha oído que se iba, pero continúa repitiendo con voz ronca y fija la mirada en la puerta:

—¡No vendrá... no vendrá!...

La hermana trata de decirle algunas palabras:

—¡Vamos! Hijo mío, cálmese...

Entonces se incorpora terrible, y preso de una especie de delirio:

—Le digo á usted que no vendrá... No la cono-

ce usted: es una mala madre... Todo cuanto lúgubre hay en mi vida, á ella se lo debo. Mi corazón no es sino una llaga de todas las heridas que ella me ha hecho. Cuando fingió el otro estar enfermo, acudió en seguida á él, y ya no le ha abandonado... Pero yo me muero, y no viene... ¡Oh! ¡Qué mala madre, qué mala madre! ¡Ella es quien me ha matado y no quiere verme morir!

Rendido por aquel esfuerzo, dejó Jack caer su cabeza sobre la almohada; y la religiosa permaneció inclinada sobre él para consolarle, calmándolo, en tanto que el día de invierno, rápido y sombrío, terminaba, apagándose lúgubremente en un crepúsculo amarillento, cargado de nieve.

Carlota y D'Argenton bajaban de un coche en el malecón de los Agustinos. Volvían del concierto popular, de gran etiqueta, con pieles, guantes claros, terciopelos y encajes. Ella estaba loca de contenta. ¡Figúrense ustedes que acababa de ostentarse en público con su poeta, y ostentarse bonita como lo estaba aquel día, con la tez avivada por el frío, envuelta en ese lujo del invierno, en que la belleza de la mujer toma el aspecto delicado, brillante, de una joya protegida por el fino algodón en rama del estuche! Una mujer del pueblo, alta, robusta, que acechaba delante de la puerta, se abalanzó sobre ella al pasar.

—¡Señora, señora!... Hay que venir en seguida.

—¡La señora de Belisario!... dijo Carlota palideciendo.

—Su hijo de usted está muy enfermo... La llama á usted... Venga usted.

—¡Pero esto es una persecución! dijo D'Argenton. Déjenos usted pasar... Si el señor ese está enfermo, pues le mandaremos nuestro médico.

—¡Si lo que le sobran son médicos! Está en el hospital.

—¿En el hospital?

—Sí, allí está por ahora; pero no estará mucho tiempo, se lo prevengo á usted... Si quiere usted verle, hay que darse prisa.

—¡Venga usted, venga usted, Carlota; eso es una mentira!.. Hay un lío en ese cuento... decía el poeta tratando de llevársela hacia la escalera.

—Señora, su hijo de usted va á morir... ¡Dios de Dios, y que haya mujeres así!

Carlota no pudo resistir más.

—Lléveme usted, dijo.

Y las dos mujeres echaron á correr por el muelle, dejando á D'Argenton estupefacto y furioso, convencido de que era aquello una farsa de su enemigo.

En el momento de abandonar el hospital la repartidora de pan, dos personas penetraban allí, presurosas, inquietas, en el tumulto de la muchedumbre que principiaba á retirarse: una joven y un anciano.

—¿En dónde está?... ¿En dónde está?...

Un rostro divino se inclinó sobre el lecho de Jack:

—¡Jack, soy yo... soy Cecilia!

Ella es, ella es. He ahí su cara pura, pálida por las vigilias y las lágrimas; y esa mano que él tiene cogida en la suya, es esa manita bendita que tanto bien le ha hecho en otro tiempo, y que, sin embargo, le ha conducido adonde está; pues tiene á veces el destino crueldades de esas, hiriéndonos de lejos por mano de los mejores, de los más queridos. El enfermo abre y cierra los ojos para asegurarse de que no sueña. Cecilia continúa allí. Jack oye su voz de oro. Ella le habla, le pide perdón, explica por qué le ha causado tanta pena... ¡Ah! Si hubiese podido sospechar que sus dos sinos corrían pareja... Y mientras hablaba, un gran sosiego descendía en el corazón de Jack, ahuyentando la ira, la amargura, el sufrimiento.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

—¿De modo que sigue usted amándome?

—¡Nunca he cesado de quererle á usted, Jack!... ¡Nunca amaré á otro!

Cuchicheada en aquella estancia anónima, que tantas muertes lúgubres había visto, aquella palabra "amar„ tomaba una dulzura extraordinaria, como si alguna paloma perdida se hubiese refugiado entre los pliegues de aquellas cortinas de hospital.

—¡Qué buena es usted, viniendo á verme, Cecilia! Ahora ya no me quejo. No me importa el morir aquí, al lado de usted, reconciliado.

—¡Morir! ¿Y quién habla de morir? decía el señor Rivals con voz henchida de emoción... No tengas miedo, hijo mío, ya te sacaremos de ésta. Ya no tienes la misma cara que cuando vinimos.

Desde hacía un momento, en efecto, estaba Jack transfigurado por aquella subida de llama, aquella luz de poniente que las existencias ó los astros que desaparecen proyectan en torno suyo en un último y espléndido esfuerzo.

Conservaba contra su mejilla la mano de Cecilia, descansando sobre ella con amor y diciendo cosas en voz muy baja:

—Todo cuanto me faltaba en la vida, usted me lo ha dado. ¡Ha sido usted todo para mí: mi amiga, mi hermana, mi mujer, mi madre!

Pero á su exaltación sucedió pronto un letargo inerte, y al color de sus mejillas, lividéces fatales. Señaláronse entonces todos los estragos del mal, en aquellas facciones algo crispadas por la dificultad de la respiración, que salía como un silbido. Cecilia lanzaba á su abuelo miradas de espanto, la sala se llenaba de sombra, y el corazón de los que aquello presenciaban se estrechaba, sintiendo acercarse algo más lúgubre, más misterioso que la noche. De repente trató Jack de incorporarse, con los ojos abiertos de par en par:

—Escuchen... escuchen... ¿alguien sube... Ya viene.

Oyóse el viento de invierno en las escaleras, los últimos murmullos de una muchedumbre que se dispersa, y lejanos ruidos de coches en la calle. Dos mujeres subían precipitadamente la escalera. Las habían dejado entrar, aunque ya había pasado la hora de las visitas. Hay casos en que las consignas deponen su rigor. Al llegar á la puerta de la sala de San Juan, después de aquellos patios, aquellos pisos recorridos con paso rápido, Carlota se detuvo:

—¡Tengo miedo!... dijo.

—¡Vamos, vamos! es preciso... dijo la otra... ¡Señora, las mujeres como usted no deberían tener hijos!

Y la empujó brutalmente delante de ella. ¡Oh! Aquella gran pieza desnuda, con las lamparillas encendidas, con todos aquellos fantasmas arrodillados, proyectándose la sombra de las cortinas...; Ida vió todo aquello con una ojeada, y allá, allá en el fondo, una cama, dos hombres inclinados, y Cecilia Rivals de pie, tan pálida como una muerta, tan pálida como aquel cuya cabeza sostenía ella en su mano, apoyada sobre la almohada.

—¡Jack, hijo mío!

El Sr. Rivals se volvió.

—¡Silencio! dijo.

Escuchaban. Hubo un murmullo que apenas se distinguía, un ligero silbido quejumbroso, y luego un gran suspiro.

Carlota se acercó, desfallecida y temerosa. Era su Jack, aquel rostro inerte, aquellas manos alargadas, aquel cuerpo inmóvil, en el que su mirada desesperada buscaba la ilusión de un aliento de vida.

El doctor se inclinó:

—Jack, amigo mío, es tu madre... Ha venido.

Jack (A. Daudet) Proyecto de investigación HUM2004-00721 Edición de David Marín Hernández

Y ella, la desgraciada, con los brazos tendidos, á punto de echarse sobre él, exclamó:

—Jack... soy yo... aquí estoy.

Ni siquiera un movimiento.

La madre lanzó un grito de espanto:

—¿Muerto?

—No... dijo el viejo Rivals con voz ronca... no... *¡Libertado!*

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

PÁGINAS.

I.—La madre y el niño..... 3
II.—El Colegio Moronval..... 29
III.—Apogeo y decadencia del reyezuelo Madu-Ghezo.. 55
IV.—Una reunión literaria en el Gimnasio Moronval.... 79
V.—Consecuencias de una lectura en el Colegio Moronval..... 103
VI.—El reyezuelo..... 133
VII.—Marcha de noche á través del campo..... 159
VIII.—*Parva domus, magna quies*..... 183
IX.—Primera aparición de Belisario..... 207
X.—Cecilia..... 229
XI.—La vida no es una novela..... 253

SEGUNDA PARTE

I.—Indret..... 273
II.—El torno..... 293
III.—Las máquinas..... 313
IV.—La dote de Zenaida..... 329
V.—La embriaguez..... 349
VI.—Malas noticias..... 369
VII.—Un colono para Mettray..... 387
VIII.—El departamento de las calderas..... 415
IX.—El regreso..... 435

TERCERA PARTE

I.—Cecilia..... 459
II.—Convalecencia..... 481
III.—La desgracia de los Rivals..... 495
IV.—El compañero..... 513
V.—Jack con su madre..... 535
VI.—La boda de Belisario..... 551
VII.—Ida se aburre..... 573
VIII.—¿Cuál de los dos?..... 591
IX.—La chica ya no quiere..... 609
X.—El atrio de Nuestra Señora..... 627
XI.—No vendrá..... 649

COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y **5** encuadernado en piel á la inglesa.

ROBERTO HELMONT

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

Ilustrado con más de 100 fotograbados y 15 cromotipias.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y **4,50** encuadernado en piel á la inglesa.

Treinta años de París

Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN III

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado á la inglesa.

RECUERDOS DE UN HOMBRE DE LETRAS

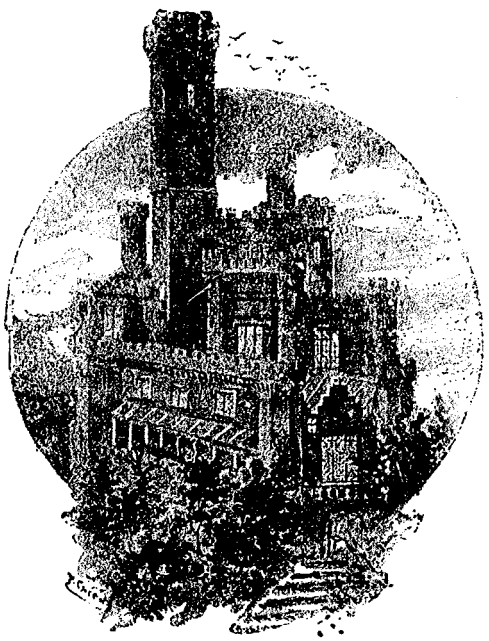
POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 98 grabados á varias tintas.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN IV

4 pesetas en rústica y **5** encuadernado en piel á la inglesa.



La lucha por la existencia

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 12 grabados á varias tintas, ocho heliotipias y cubierta al cromo, de P. Carcedo.

COLECCIÓN JUBERA

VOLUMEN V

3,50 pesetas en rústica y **4,50** encuadernado en piel á la inglesa.

Mujeres de Artistas

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN VI

5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa

URANIA

POR C. FLAMMARION

Edición ilustrada con 91 fotograbados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCIÓN JUBERA

VOLUMEN VII

3,50 pesetas en rústica y **4,50** encuadernado en piel á la inglesa.

LA BELLA NIVERNESA

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 158 grabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN VIII

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa

SOR FILOMENA

POR

EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT

Un tomo en 8.° con más de 90 grabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN IX

3,50 pesetas en rústica y **4,50** encuadernado en piel á la inglesa

TARTARIN DE TARASCON

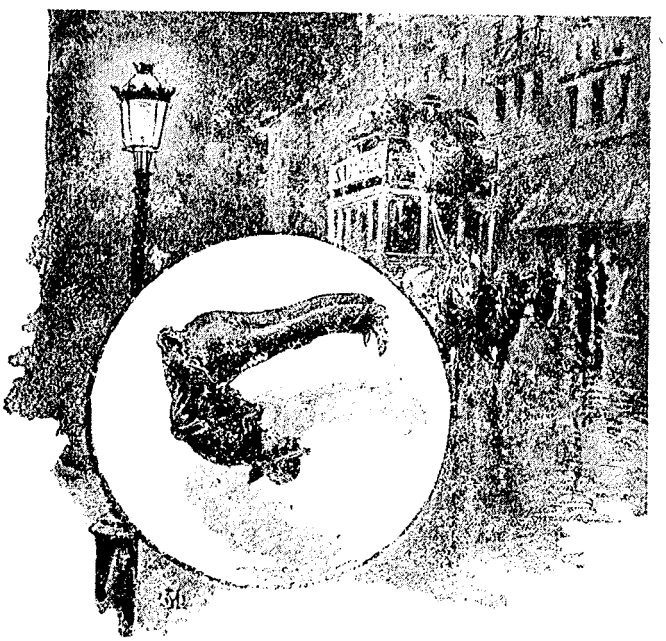
POR A. DAUDET

Un tomo en 8.° con más de 100 grabados y una elegante cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN X

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



EDMUNDO DE GONCOURT

LOS HERMANOS ZEMGANNO

Versión castellana de

DOÑA EMILIA PARDO BAZAN

Un tomo en 8.° de 400 páginas, ilustrado por Apeles Mestres y una bonita cubierta al cromo.

COLECCION JUBERA

VOLUMEN XI

ANDRES MIRALLES

DE MI COSECHA

Obra ilustrada con 116 grabados

POR

PRIMITIVO CARCEDO

Fotograbados de LAPORTA.

Precio: 5 pesetas.